



LA PERLA
RUSA

PHAVY PRIETO

LA PERLA RUSA

L A T R I L O G Í A T U + Y O

PHAVY PRIETO

A Simone.

*Gracias por estar siempre a mi lado
y ser mi dios griego de ojos azules.*

Ti amo, Amore.

I PARTE

TU +YO = ÉXTASIS

DE MOSCÚ A MADRID

Mi nombre es Irina Luciana Komarova, aunque casi siempre evito mencionar el nombre completo por lo que esto implica. Soy hija única y mi querido padre es el magnate ruso Luciano Komarov, alguien muy conocido por su apellido en Rusia y prácticamente en toda Europa. Mi madre es la modelo española Natalia Suárez, aunque hace veinticinco años que no ejerce dicha profesión, exactamente desde el instante en que se casó con mi padre.

Papá es un empresario muy reconocido por poseer la mayor empresa petrolera del país, aunque esa sea la principal fuente de ingresos, además mantiene un consorcio de negocios que lleva el apellido Komarov y que se expande por toda Europa, Asia y próximamente Estados Unidos.

Desde pequeña he sabido que terminaría trabajando en las empresas de mi padre, por eso siempre he tenido claro qué debía estudiar empresariales y ahora que había acabado los últimos exámenes de la carrera, tenía que realizar las prácticas convenientes para terminar mi formación, por lo que había decidido que el mejor lugar para hacerlas era el país natal de mamá, España. No solo deseaba practicar el idioma en el que siempre me hablaba mi madre desde que era una niña y conocer mis raíces, sino que también quería experimentar algo de la semi-libertad a la que tan poco acostumbrada estaba en casa de mis padres y que estando lejos de allí podría obtener con mayor facilidad.

Era la oportunidad perfecta para no tener la supervisión constante o la sobreprotección excesiva a la que siempre he debido estar sometida desde que tengo conocimiento. A mis veintidós años, mis padres me seguían tratando como a una niña, cuando sabían perfectamente que ya había dejado de serlo y aunque no se tomaron muy bien mi decisión de marcharme lejos de allí, lo aceptaron sabiendo que no iba a cambiar de opinión por mucho que intentaran

convencerme de lo contrario.

Había temido que mi relación con Dimitrios, el chico con el que salía desde hacía más de un año no resistiera a los nueve meses que debía pasar lejos de Moscú, concretamente en la sede central de la capital de España, que tenía en Madrid, pero nada más lejos de la realidad, puesto que esa relación ya estaba muerta antes de embarcarme rumbo a mi destino.

Debí estar ciega para no darme cuenta, para no advertir las señales y ser capaz de ver que Dimitrios me estaba engañando con otra. Sí, con otra. Aún podía recordar el momento en el que había llegado a casa de mi ex - novio para darle una sorpresa, lo había preparado todo para que fuera una gran despedida, incluso había hablado a escondidas con el conserje para que me abriera la puerta de su casa y así aparecer por sorpresa, pero cuando entré y escuché los golpes, deduje que provenían del cabecero de la cama cuando éste golpeaba contra la pared después de escuchar los jadeos que provenían de la habitación donde él dormía, comprendí que algo no andaba bien, de hecho, lo supe antes de abrir la puerta, pero aun así lo hice, él muy capullo me la estaba pegando con Clarissa, que no era ni más ni menos que la prima de mi mejor amiga Nadia.

«¡Era un cerdo!» Exclamé para mis adentros mientras arrugaba la prenda que tenía en las manos al recordar la imagen de aquella lagarta sentada a horcajadas sobre Dimitrios y su rostro de soberbia al verme como si estuviera feliz de haberlos encontrado juntos.

Aunque desde luego, la cara de Dimitrios al verme cuando abrí aquella puerta y le pillé in-fraganti fue distinta; se quedó pálido y descompuesto. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba engañándome con la prima de Nadia, aunque eso ya no importaba puesto que iba a irme muy lejos de allí y no pensaba volver a verle el pelo, ni a tener noticia alguna de él. En el fondo, ahora me alegraba de no haber accedido a la cantidad de guarradas que él quería hacer conmigo en la cama y a las que me había negado por pudor, ¡Que las hiciera con la puta de Clarissa si quería! A mi desde luego no iba a volver

a volver a engañarme.

Ahora más que nunca tenía claro que me pensaba largar de allí y por una larga temporada. Las insistentes llamadas de Dimitrios con mensajes en el buzón de voz simulando hipotéticas excusas me estaban exasperando. Si existía la más mínima duda de querer marcharme por él, definitivamente ésta se había evaporado tan rápido como una gota en mitad del desierto. Mi padre me había dado un nuevo teléfono con número español y pensaba dejar el mío personal allí para que nadie me localizara, no me apetecía en absoluto que me contactara o se presentara por sorpresa en Madrid para visitarme, así que pasé al nuevo terminal todos los teléfonos que me interesaba tener que se reducían a un porcentaje minúsculo y desde luego el de Dimitrios no era precisamente uno de ellos.

Menos mal que no le había dado la dirección del pequeño apartamento al que pensaba mudarme porque no la recordaba... ahora me alegraba infinitamente de no haberlo hecho. España sería mi bote salvavidas, no consideraba estar enamorada en absoluto de Dimitrios, es más, aunque llevábamos saliendo algo más de un año, solo habíamos empezado a tomarnos la relación algo más en serio los últimos meses, aunque tal parecía que solo lo había tomado en serio yo, pero... ¡Joder! Dolía en el orgullo que te pusieran los cuernos y que tu novio prefiriera a otra en lugar de a ti. Sí, definitivamente lo que me dolía era el orgullo y no el corazón.

—¿Ya tienes todo listo?

Alcé la vista y vi a mi madre que acababa de entrar en la habitación seguramente para supervisar las ocho maletas que viajarían conmigo en el Jet privado de la familia.

Conseguí convencer a mis padres dejarme viajar sola, no entendía porque se empeñaban en acompañarme puesto que era absolutamente innecesario. Además, me alojaría todo el tiempo que pasara en Madrid, en un pequeño ático en el centro de la capital que estaba relativamente cerca de la empresa.

Había insistido en querer algo pequeño ya que iba a vivir sola y no

necesitaba tener servicio constantemente. Por alguna razón, me apetecía ser autosuficiente dentro de ciertos límites, únicamente pensaba gastar el dinero que realmente ganara con mi trabajo, de ahí que me llevara tanta cantidad de ropa puesto que dudaba que pudiera comprarme algo de marca en los nueve meses que estuviera fuera de casa y pensaba disfrutar de la experiencia como una chica normal, al menos esa era mi intención e iba a lograrlo.

—Sí, ya está todo mamá —dije mirando a mi alrededor—. O eso creo —me atreví a decir antes de coger una pequeña cajita y meterla en el único hueco que quedaba de la última maleta.

—Toma —contestó mi madre ofreciéndome un pequeño papel arrancado de una hoja—. Es el teléfono del socio de tu padre en la empresa, el que dirige la sede central a la que vas a ir —añadió mientras yo cogía el papel—. Anota el número por si te ocurre algo, puesto que nadie sabe que irás a trabajar como becaria tal como pediste, pero si tienes cualquier problema, necesitas ayuda o te descubren; llámale y dile quién eres, él te ayudará.

Miré el papel algo arrugado, era un nombre y un teléfono apuntado a mano, saqué mi móvil y lo registré como un autómata para contentar a mi madre mientras mi mente daba vueltas al repaso mental de la ropa que llevaba y si realmente me olvidaría de algo importante.

Algo muy grave debería ocurrir para que llamara al señor del papel que acababa de entregarme mi madre. Si era el director de la empresa además de socio del consorcio, no me trataría de igual manera. No necesitaba privilegios, quería ganarme por mi propio mérito y esfuerzo mi empleo.

—¿Él sabe que iré a la empresa? —pregunté inquisidoramente a mi madre.

—No, no —negó rápidamente—. Nadie sabe que irás tal y como nos pediste.

—Está bien —dije metiéndome el papel en el bolsillo de atrás del jean blanco que llevaba—. Estoy lista para marcharme a España —añadí sonriente mientras miré a mi madre que parecía sentirse orgullosa mí.

Toda la familia de mamá era de Málaga, al sur de España. Las raíces andaluzas corrían de cierta forma por mis venas, a pesar de haber nacido, crecido y educado en Rusia y de que mis rasgos no tenían precisamente mucho que ver con lo que mi madre denominaba “ser andaluza” puesto que yo era rubia con ojos azules, una herencia completamente paterna. Mamá en cambio tenía el cabello oscuro y los ojos verdes, creo que solo heredé de ella el carácter y su nariz chata, aunque físicamente según mi madre, podría ejercer de modelo debido a mi altura y silueta, pero sinceramente nunca me atrajo ese mundo, yo prefería estar dentro de los negocios de papá y me atraía todo lo referente a gráficas de ventas, marketing y números en lugar de pasarelas o firmas de moda.

Me despedí de mis padres en casa, no me apetecía una larga despedida como si no fuese a volver a verlos en años o por la cara de mi madre, parecía que me fuese a ir a la guerra. Iba a volver por Navidad y puede que incluso ellos mismos me hicieran alguna visita a la ciudad teniendo en cuenta todo lo que viajaba papá por trabajo, pero les comprendía, era la primera vez que me marchaba de casa para algo más que un fin de semana y no iban a verme durante bastante tiempo, así que prometí llamarles frecuentemente.

El Jet aterrizó sin problemas, un chofer me esperaba para llevar el equipaje y me dejó en la puerta del pequeño apartamento que había alquilado. Mientras apreciaba la fachada del edificio que era absolutamente preciosa por las molduras pintorescas que adornaban los balcones, tuvo el detalle de poner todas mis maletas en el hall de entrada antes de despedirse y marcharse. A partir de ahí se acabaron las comodidades para mí; el ascensor estaba averiado y el conserje ausente, o eso decía el letrero que había en el puesto donde supuestamente debía encontrarse.

—Si lo llego a saber me traigo solo una —refunfuñé observando las ocho maletas pesadas que había colocadas en fila india en aquel hall de entrada.

Me tocó subir una a una las ocho puñeteras maletas bien petadas que había traído conmigo y encima mi apartamento estaba en la última planta... —

jodido karma— pensé, pero no iba a desanimarme, solo era un pequeño contratiempo y nada más. Nadie dijo que fuera fácil no depender de otras personas, ¿no?

Por suerte, me habían hecho llegar las llaves por correo directamente a Moscú, para no tener que determinar la hora de llegada, así que las saqué de mi bolso y abrí la puerta de mi nuevo piso. El pequeño apartamento era de estilo moderno, tal y como había podido ver por las fotografías en internet, con grandes ventanales que daban a una pequeña terraza a la gran vía, en pleno centro del corazón de Madrid, así lo había decidido para no tener que utilizar coche y poder moverme en transporte a todos sitios de Madrid. Además, había comprobado que el trabajo solo estaba a cuatro paradas de metro y según había investigado, el transporte en esa ciudad funcionaba correctamente y era muy puntual.

El pequeño ático constaba solo de una única habitación con baño, el salón con cocina americana integrada y la pequeña terraza, era sumamente pequeño, pero perfecto para una persona, es decir, para mí. Tal como esperaba la nevera estaba vacía, ¿Quién iba a llenarla sino? Decidí salir a comprar algo de comida pese a ser domingo, pero quizás había algún supermercado abierto, de lo contrario compraría algo rápido para llevar, aunque no fuera mi primera elección. Mi madre me había inculcado una dieta bastante sana y casera desde pequeña a excepción del chocolate que francamente, era mi delirio personal.

Como era de esperar acabé volviendo a casa con una gran pizza de tamaño familiar vegetariana y dos botes de helado de chocolate para ver si así conseguía calmar el apetito sexual de abstinencia que mantenía desde que dejé a Dimitrios hacía varias semanas. Me di una ducha rápida tras guardar el helado en la nevera y darle un gran mordisco a un trozo de pizza, quizá con una buena ducha me sintiese más fresca y la lívido me bajase un poco, debería haber hecho caso a Nadia y acostarme con un tío cualquiera antes de venir para no estar precisamente en esa situación, pero lo cierto es que no solía ser ese tipo de chica que se acuesta con el primero que encuentra.

Hacía tanto calor en aquella ciudad que al final me quedé en ropa interior, porque no era capaz de soportar ni el tejido fino del camisón, aunque mi madre me advirtió que haría un clima mucho más cálido que en mi país natal nunca me había imaginado cuánto.

Mientras dejaba la pizza sobre la mesa baja que había delante del sofá y me recostaba entre los mullidos cojines, decidí buscar algo interesante en la televisión que me acompañara durante mi triste cena. Dejé una película que me sonaba haber visto antes en ruso, aunque no recordaba exactamente el nombre, sí que evoqué algunas escenas de sexo que me gustaban de la peli; reconozco que soy una chica activa hablando en términos sexuales y a veces selecciono la película que voy a ver por las escenas sexuales que ésta contiene, aunque principalmente busco que sea romántica.

Me levanté a por el helado y volví al sofá para seguir visualizando la pantalla. Definitivamente aquello era muy aburrido, necesitaría hacer amigos rápido para salir de fiesta y tener sexo o terminaría desquiciada y rodeada de gatos para que me hicieran compañía. Miré entonces el móvil sobre la pequeña mesa donde lo había dejado junto al cartón de pizza a la vez que una idea rondaba mi cabeza.

¿Funcionaría allí la aplicación de contactos que me había comentado Nadia que me descargara? Ella la utilizaba de vez en cuando en Moscú y decía que iba muy bien o eso le habían contado, porque no especificó que ella la utilizara. Cogí el teléfono y me metí en el centro de descargas para buscar la aplicación, lo cierto es que no recordaba el nombre, pero busqué algo similar filtrando por chats para ligar.

Hablaba y escribía perfectamente el español, mi madre se había asegurado de ello desde que nací, así como inglés y ruso, por lo tanto, esperaba no tener problemas en comunicarme, aunque estaba algo insegura en cuanto al habla coloquial o la forma de abreviar el texto en los mensajes tal y como hacía con mi idioma natal. Lo cierto era que solo hablaba español con mamá, puesto que nunca conocí a mis abuelos, ya que murieron antes de que yo

naciera y mamá tenía poca relación con su familia.

Al final me descargué la primera aplicación que vi que parecía tener las mejores valoraciones. Nunca había hecho aquello, pero la emoción de la primera vez era mejor que seguir frustrándome viendo a los protagonistas de aquella película follando y yo consumiéndome por dentro de frustración sola en aquel piso pequeño y con un calor de la muerte que probablemente terminara derritiéndome.

Abrí la aplicación y metí unos cuantos datos de relevancia, nombre: Irina22, simple pero efectivo, sexo: mujer, edad: 22, cabello; rubio, altura; 1,77, ojos; azules, complexión; delgada. No exigía poner foto y de todos modos no la habría puesto que tenía una reputación que mantener. Por fin entré a lo que parecía ser el meollo en cuestión de la aplicación y donde se podían buscar los perfiles. Un par de chat me saltaron avisando que algunos miembros querían entablar conversación conmigo y me emocioné un poco al saber que al menos podría mantener sexo vía chat, aunque decidí mirar algunos perfiles con foto, igual encontraba a alguien para poder mantener sexo aquella noche, pero podría ser algo arriesgado. No obstante paseé por algunos perfiles hasta que di con un chico bastante guapo, no era la octava maravilla pero parecía tener buen cuerpo, algo trabajado de gimnasio y unos rasgos atractivos, me valía para pasar el rato, al menos iba a intentar divertirme aunque solo fuera por teléfono y quien sabe en lo que terminaba aquello.

Irina22

«Hola, ¿Qué tal?»

Alejandro_polladura

«Hola preciosa, ¿Te apetece follar esta noche?»

Irina22

«Me encantaría»

Alejandro_polladura

«¿Tienes foto?»

Irina22

«No pongo mi foto en estos sitios. No me gusta»

Alejandro_polladura

«Qué tal si te doy mi número y me la pasas por WhatsApp, ¿Te parece? Así podremos seguir hablando desde allí y quedar para vernos esta noche»

Irina22

«Está bien, te enviaré una foto sexy, muy sexy»

Alejandro_polladura.

«Uf, lo estoy deseando. Aún no te conozco y ya estoy deseando metértela hasta el fondo en ese coño húmedo, mi teléfono es el 63...»

Dudaba que fuera a quedar con el chico, pero copié el número de teléfono y salí de la aplicación, fui a contactos y cree uno nuevo, no tenía ningún Alejandro, así que preferí no añadir el “polladura” por si acaso a alguien le daba por revisar mi móvil, ya que sabía lo que significaba. Aquel idiota había conseguido que me mojara el tanga más de lo que de por sí estaba, así que me tumbé boca abajo en el sofá, incliné un poco el culo hacia arriba y crucé las piernas. Puse los codos en uno de los reposabrazos del sofá y me hice una foto desde la mitad de la espalda hacia abajo. Sin duda era una foto de lo más reveladora y sugerente, yo no era de enviar ese tipo de fotos, pero nadie podría saber quién era, no se veía mi cara, ni nada que revelara mi identidad. Abrí la aplicación de WhatsApp y busqué entre los contactos al tal Alejandro que acababa de agregar. En cuanto lo vi al teclear el nombre hice clic y le di a adjuntar archivos enviándole así la foto que acababa de hacerme. Sin duda debía estar pendiente del teléfono y no tardaría en contestar.

Como vi que no lo hacía, decidí citar la última frase que él me había escrito, para no dejar lugar a dudas que era la dueña de la foto y me identificase de inmediato.

Irina:

«Estoy deseando que me la metas hasta el fondo en este coño húmedo, Alejandro».

Pulsé enviar justo cuando vi que la foto tenía los dos tics azules de leído. Vi que no escribía por lo que decidí añadir algo más justo cuando detecté que estaba escribiendo y preferí ser paciente para esperar su contestación.

Alejandro:

«No sé quién eres, ni cómo has conseguido este número de teléfono, pero sin duda lo pienso averiguar. Que no te quepa la menor duda».

Me quedé tensa, ¿Qué coño de contestación era esa? No me podía haber equivocado de teléfono, lo había copiado y pegado literalmente, si había un error estaba por parte de ese chico, pero volví al chat de antes, donde el Alejandro_polladura tenía escritos varios «Hola» como si esperase contestación entre otras guarradas esperando una respuesta. Memorice el teléfono mentalmente y volví a abrir WhatsApp, cuando abrí el chat de la imagen enviada y miré la información del contacto, vi que los teléfonos no coincidían, ¿A quién cojones le había enviado la imagen de mi culo?, Me fui a contactos y efectivamente comprobé para mi penosa existencia que había dos Alejandros. Uno era el de la aplicación de ligar, pero ¿Y el otro quién demonios era? Ese teléfono era nuevo, solo había agregado a las personas más relevantes y de importancia para mí. Además, no conocía a ningún Alejandro, ¿Quién era? De pronto me acordé y salí corriendo hacia la habitación donde había dejado los jeans tirados sobre la silla y saqué el papelito que me había dado mi madre del bolsillo trasero del pantalón. Ahí estaba escrito el nombre de Alejandro, a secas, sin apellido alguno que lo acompañara.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! —comencé a maldecir en voz baja.

La había cagado, pero a base de bien cagada. Le había enviado una foto de mi culo en una postura erótica al socio de mi padre. Quería morirme de

vergüenza, o mejor aún, esconderme en una cueva para siempre y no salir jamás de allí.

EL BUENORRO DEL ASCENSOR

—Irina, cálmate —me dijo Nadia al otro lado de la línea.

En mi desesperación había llamado a Nadia a pesar de saber que en Moscú era bien entrada la madrugada, pero no podía esperar... estaba al borde del colapso.

—¿Es que no me estás escuchando?, Que le he enviado una foto de mi culo en una posición un tanto erótica, por no decir perversa, al director de la empresa a la que debo acudir mañana, ¡Al puñetero socio de mi padre!, Se me va a caer la cara de vergüenza cuando le vea, ¿Qué voy a hacer? —gemí completamente apabullada por la vergüenza.

—A ver, desde mi punto de vista no es tan grave —contestó—. Dices que no vas a tener relación con ese señor. Además, no sabe quién eres, no tiene tu teléfono, ni sabe que la hija de su socio irá a trabajar a la empresa, ¿Cómo va a averiguar que eres tú?

Sopesé lo que Nadia me decía y en parte podría ser verdad. Nadie me conocía y además, yo iba a usar el apellido de mi madre y no revelaría bajo ningún concepto que era una Komarov.

—Bueno, visto así... quizás tienes razón —contesté algo más tranquila.

Ese hombre no tendría relación conmigo, al menos no directamente teniendo en cuenta que iba a ser una simple becaria nueva, quizá todo quedara en un tremendo error del que saldría completamente airosa. Ni siquiera me había dado tiempo a poner una foto de perfil de WhatsApp y visto el percal no pensaba hacerlo ni de coña.

—Venga Iri, déjame dormir que aquí son las cuatro de la mañana y tú debes acostarte que mañana se supone que irás a trabajar —contestó Nadia con la voz algo dormida.

—Eres la mejor Nadia —le dije entre risas.

—Lo sé —escuché que reía antes de colgar.

Cuando sonó la alarma y la apagué por inercia, abrí los ojos rápidamente porque hoy era mi primer día en la empresa y no podía llegar tarde. Cogí el teléfono y observé que tenía un mensaje nuevo; era del tal Alejandro, el socio de mi padre y el mensaje era de hacía tan solo media hora.

Alejandro:

«Última oportunidad para decirme quién eres y a qué clase de juego crees estar jugando»

No le pensaba contestar, bastante la había liado con enviar la foto al contacto equivocado, pero... ¿Y si era peor no contestarle? Miré la hora del móvil, eran las siete y media de la mañana, en una hora debía estar en la empresa, así que me apresuré en darme una ducha rápida y me vestí con una blusa fina de gasa algo transparente y una falda de tubo gris, me calcé unos zapatos de tacón medio, no sabía cómo de ajetreado sería el trabajo y no deseaba acabar con los pies hechos un Cristo, así que decidí llevar algo más cómodo dentro de lo formal. Cogí el bolso, metí las llaves, el móvil, el monedero, clínex y un par de condones como siempre, —mujer precavida vale por dos— y salí del apartamento. Decidí coger un café para llevar en una cafetería al salir del metro, no tenía hambre así que me limitaría con el café por ahora, a tan solo unos doscientos metros estaba la torre Komarov por lo que me pude terminar el café mientras caminaba hacia ella. Había llegado bastante temprano y con el suficiente tiempo de ir caminando tranquila.

Me dirigí a una de las chicas del mostrador, facilitando mis datos para que me dieran una credencial de acceso a la torre, al parecer ya conocían mi supuesta llegada por lo que entregando mi documentación de identidad donde no aparecía el apellido de mi padre, sino solamente Suárez, me la facilitaron y accedí al interior del edificio. Debía admitir que era imponente con aquellos techos altos y columnas de mármol vetado, sin duda casi superaba mis

expectativas, creía que no habría sede más imponente que la de Moscú, pero aquella se acercaba. No me solía gustar pensar en que algún día sería la dueña de todo aquello, prefería no creer que sería mío por ser la hija de Luciano Komarov, sino porque realmente me lo ganara con mi trabajo y de verdad me lo mereciera, de hecho, esa era la razón principal por la que me encontraba precisamente allí.

La chica del mostrador me había indicado que debía subir a la planta treinta y seis y preguntar por la señora Susana Ortiz de recursos humanos, que sería la encargada de enseñarme el edificio y sus funciones. Mientras esperaba el ascensor saqué el móvil, por suerte no tenía más mensajes del tal Alejandro, —menos mal— pensé, así que lo guardé enseguida cuando vi que alguien se aproximaba al ascensor y di un paso a la derecha para no quedarme justo en medio.

—Buenos días —escuché la voz masculina y me giré a verle.

En aquel momento creí que estaba en el cielo y enmudecí ante el hombre más atractivo que había visto en toda mi puñetera existencia. Moreno, de metro noventa y cinco al menos y con unos impresionantes ojos azules grisáceos que podrían estremecer al mismísimo diablo del más puro infierno.

«La madre que me parió» jadeé internamente.

—Buenos días —contesté algo nerviosa después de que al menos hubieran pasado varios segundos desde que él saludara.

Aquel hombre parecía serio, de hecho, creí que solo me habría saludado por cortesía cuando observé que mantenía la mirada al frente del ascensor esperando a que éste abriera sus puertas, enseguida se acercaron algunas personas más que hablaban entre ellos y saludaron a aquel hombre cordialmente, todos iban trajeados, pero desde luego a aquel tipo, el traje le sentaba como un guante. Definitivamente necesitaba un polvo y rápido, porque estaba soñando despierta con aquel hombre del ascensor.

Aquel edificio tenía cuarenta y siete plantas. El buenorro del ascensor se encontraba al fondo, justo a mi lado. Ni tan siquiera había marcado el botón de

la planta a la que debía acudir.

La gente se fue bajando en plantas inferiores, hasta que solo quedó alguien más y nosotros, íbamos por la planta treinta cuando el ascensor se paró y el único hombre que quedaba aparte de nosotros bajó. Casi podía palpar la sensualidad que transmitía ese hombre y supliqué con todas mis fuerzas que el ascensor sufriera un accidente para quedarme atrapada al lado de ese dios musculoso que hacía que mi pulso se acelerara.

—¿A qué planta se dirige?—me preguntó en un tono que no sabía si definir como amable o simplemente cordial.

—Treinta y seis —respondí viendo como marcaba inmediatamente el botón y justo después pulsaba la última planta ¿Aquel hombre iba a la última planta? Allí solo estaba el despacho de dirección y los de la junta directiva, además de las salas de reuniones.

—Gracias —mencioné siendo amable.

—No hay de qué —respondió cordialmente y guardando un silencio sepulcral.

Por un momento quise presentarme para averiguar quién era, ya que al mencionar mi apellido Komarov lo revelaría, pero no podía hacerlo porque entonces aquel buenorro me miraría con otros ojos al ser la hija del dueño de la empresa e incluso correr el riesgo de que todos lo supieran, por otro lado, si me presentaba como Irina Suárez, una simple becaria, probablemente estaría sobrepasando algunos límites, debía esperar a que en todo caso, él lo hiciera.

—Le deseo un buen día, señor —dije cuando el ascensor indicaba la planta treinta y cinco y sabía que era cuestión de segundos que las puertas se abrieran.

—Igualmente, señorita —contestó a secas no revelándome de quien se trataba.

Vaya, que desilusión, pensaba que se presentaría con la excusa de aquella despedida, pero desde luego no había sido así, tal vez allí, los peces gordos de la empresa no se mezclaban con los trabajadores, si era así, menos aún lo

harían conmigo que sería una simple becaria.

Bueno, al menos no era uno de esos tipos snob que no saludaban cuando llegaban...

«¡Dios!, ¡Espero volver a verlo todas las mañanas para deleitarme la vista con su presencia! Creo que voy a tener sueños eróticos con esos ojos y ese cuerpo del deseo...» Pensé mientras caminaba por el pasillo de la derecha como me habían indicado hasta llegar al despacho número veinticuatro donde leí el cartel en la puerta de la tal Susana Ortiz.

Golpeé un par de veces la puerta y me quedé esperando una respuesta, cuando escuché una voz femenina que decía que entrara giré el pomo de la puerta y pasé al pequeño habitáculo en el que consistía aquel despacho. Observé a la mujer que se sentaba tras aquella mesa abarrotada de papeles con un ordenador en la esquina que casi era inapreciable por la cantidad de carpetas y fichas que había justo detrás de éste.

Susana Ortiz era una mujer cercana a la cincuentena, con gafas modernas de pasta roja que combinaban con su atuendo al llevar también un vestido suelto de color rojo apagado ceñido en su abultado pecho.

—Buenos días —dije algo sonriente—. Soy Irina Suárez y me han comunicado que debía acudir a su despacho.

—Sí, sí —afirmó efusivamente—. Pase y siéntese Irina —añadió señalándome uno de los asientos que había delante de su mesa—. Tengo justo aquí su ficha en cuanto me han comunicado que vendría —sonrió—. ¿Ha tenido algún problema para llegar? Me consta por su ficha que viene desde Moscú para realizar aquí sus prácticas.

—Ninguno señora Ortiz, lo cierto es que ha sido bastante fácil y cómodo llegar, pero le agradezco su preocupación —contesté mientras ella seguía viendo lo que se suponía era mi ficha.

—Muy bien Irina Suárez, encantada de tenerla entre nosotros. Viendo su currículum creo que encajará muy bien en la sección de gestión y archivo —dijo alzando la vista.

—Estoy deseando comenzar señora Ortiz —afirmé con una sonrisa.

No es que me entusiasmara esa área, pero por algo había que empezar...

—¡Oh! Llámeme Susana por favor, no me gustan demasiado los formalismos, hacen que me sienta una anciana —exclamó entre risas.

—Así será entonces, Susana —contesté sonriente.

—Habla usted muy bien el español para haberse criado en Rusia, casi no se le aprecia el acento extranjero —mencionó levantándose del asiento.

—Gracias, mi madre siempre me ha hablado en español desde que era pequeña, ella es española —le contesté sinceramente.

—Es cierto que el apellido Suárez es bastante español, pero nos será de gran utilidad que hable ruso, tal vez deba asistir a alguna de las conferencias como intérprete, ¿Te importaría?

—Por supuesto que no, estaré encantada de poder colaborar en lo que la empresa necesite —afirmé. Lo mejor era ser servicial, con ello ganaría puntos extra.

—Bien, acompáñame entonces y te enseñaré las instalaciones —mencionó saliendo del despacho y la seguí durante todo el recorrido.

Susana me explicó a grandes rasgos el funcionamiento de todos los departamentos y finalmente sobre media mañana me dejó en el departamento de gestión, donde me presentó a los que serían mis nuevos compañeros.

El resto de la mañana fue agotadora, pero al menos tenía compañeros simpáticos y algunos de ellos de edades próximas a la mía. Carla era una chica que por su aspecto deducía que pasaba de los veinticinco, ella había entrado en la empresa como becaria y se pasó dos años siendo la encargada de archivar y realizar fotocopias, es decir, lo que me tocaba hacer ahora a mí. Oscar parecía bastante majo, rondaría los treinta si las cuentas no me fallaban, me había invitado para enseñarme Madrid al enterarse que procedía de Rusia

y no conocía la ciudad. Marta era la más joven, debía tener un par de años o tres más que yo, al parecer era un cerebritito y la empresa la había reclutado por sus excelentes calificaciones universitarias. El resto del personal en aquel departamento pasaba de los cuarenta y apenas había mantenido conversación con ellos, aunque todo el mundo me observó como lo que aparentaba ser, la nueva chica de los recados, puede que mi cabello rubio platino delatara que muy española, no era tampoco.

Salí a comer con Marta ya que al parecer tanto Oscar como Carla comerían frente al ordenador porque debían entregar unos informes hoy mismo. Nos dirigimos hacia la cafetería de la empresa, por lo que ella me había dicho, casi todo el mundo comía allí, incluso los peces gordos de la empresa. Aunque había un comedor aparte, para la gente que se traía la comida de casa, que solía ser bastante gente al parecer, tuve suerte de que ese día a Marta no le había dado tiempo de prepararse nada, de lo contrario tendría que comer sola.

Estaba debatiéndome sobre qué elegir del menú entre la sección que se ofertaba, no sabía si decantarme por la ensalada de pasta o de brotes verdes cuando vi de nuevo al dios griego andante de esa mañana, ¡Era el buenorro del ascensor! Estaba al otro lado del mostrador central pasando con su bandeja, cogí rápidamente las pinzas de servir y comencé a echar brotes verdes sobre mi plato sin dejar de observarle disimuladamente.

—Oye, ¿Sabes quién es? —pregunté a Marta señalando con un gesto al pibón que se encontraba pagando en caja.

—¿Quién? —exclamó mirando a nuestro alrededor.

—Ese —dije indicándole más claramente—. El dios griego ese que hay ahí delante pagando en caja con traje azul —susurré en voz baja.

—Es el director de la empresa, se llama Alejandro Álvarez, pero vamos... yo que tú no perdía el tiempo —aseguró—. Según Carla, juega en la otra acera —añadió mientras empujaba su bandeja.

Alejandro... director... Alejandro... ¡Mierda!, ¿Le había enviado la foto

de mi culo al buenorro del ascensor?, ¿A ese dios griego de ojos azules?, ¡Oh dios mío! Y yo pensando que era un viejo de la edad de mi padre, ¿Qué iba a hacer si averiguaba que era yo la de la foto?

«Bueno, mira el lado positivo Irina, no es un viejo verde que se la pueda estar cascando con la foto de tu culo» ¿Qué habría pensado al ver la foto aquel semejante bombón? Espera, ¿Que dijo Marta sobre jugar en la otra acera?

—¿Es gay?—exclamé estupefacta en un tono de voz algo más elevado de lo normal, cosa que provocó que varias personas que estaban cerca de nosotras nos mirasen.

Vi como Marta enrojecía, levanté la vista y vi al dios griego, es decir, a Alejandro Álvarez ahora que sabía cómo se llamaba observándonos, entonces aparté la mirada enseguida roja también de vergüenza.

—Podrías ser un poco más discreta, ¿no? —susurró.

—Lo siento —contesté en el mismo tono susurrante mordéndome el labio.

Nos sentamos en una mesa apartada, para que nadie nos pudiera escuchar, al parecer, la versión de que Alejandro Álvarez fuera gay, se reducía a que Carla había intentado tirarle los tejos y el tío había pasado de ella olímpicamente. Eso no significaba nada, deduje mentalmente, bueno, eso añadido a que el tío estaba soltero, era rico, no se le conocía novia, ni mujer alguna con la que había salido y podía ser algo raro teniendo en cuenta que era un bombón, pero quizá solo estaba centrado en el trabajo, ¿no?, ¡Joder!, ¡Un tío como aquel no podía ser gay!, ¡Mis bragas mojadas me decían que no podía serlo! Si, admito que la excusa era patética, pero que le hubiese enviado una foto erótica al socio de mi padre ya era de por sí indecente, hacerlo encima a un hombre que era gay, era absolutamente penoso.

Saqué el móvil y comprobé que tenía varios avisos de la aplicación de WhatsApp, se me erizó la piel al ver que tenía un mensaje de Alejandro, discretamente lo abrí sin que Marta se diera cuenta y leí el contenido.

Alejandro:

«Tener su terminal encriptado, no le salvará, sé que está en la torre Kormarov y cerraré el cerco en torno a usted»

«Mierda» Aquel tipo parecía empeñado en averiguar quién era y dudaba que lo dejara pasar. Sabía que mi padre protegía los teléfonos por si en algún momento lo perdía o peor aún, me lo robaban. Tenía que contestarle, así que tecleé lo más rápido que pude.

Irina:

«No sé quién es usted, pero me equivoqué de destinatario al enviar la imagen. No debí enviarla a su número, disculpe las molestias y olvide el asunto»

¿Me dejaría en paz? Vi entonces que estaba escribiendo y busqué a Alejandro Álvarez entre la gente del comedor, le divisé a lo lejos en una de las mesas con el móvil en la mano, mi pulso se aceleró, ¡Era él!, ¡Definitivamente era él!, Me entró un calor que recorría mi cuerpo desde los pies a la cabeza. ¡Dios mío!, ¡Estaba excitada de pensar que le había enviado esa foto a semejante dios griego! Independientemente de que le hubiera gustado recibirla o no.

Miré un par de veces el teléfono, pero aquel tipo parecía seguir escribiendo, así que lo guardé mientras hablaba con Marta, ya que no era muy educado que estuviera más pendiente del teléfono que de ella. Sentí como vibró, y eché un vistazo a la mesa del fondo para ver que el dios griego se levantaba y se marchaba dejando la bandeja en la mesa.

—¿Nos vamos? —pregunté mientras cogía la manzana para comérmela por el camino.

—Claro —contestó Marta levantándose y yo la seguí sin apartar la vista del dios griego disimuladamente—. Imagino porqué tienes ese cuerpazo, si te

alimentas tan sanamente, una ensalada y una manzana. Normal que tengas esa esbelta silueta de modelo —añadió.

En ese momento desvié mi mirada hacia Marta detenidamente. Era bastante más bajita que yo, mediría alrededor del metro sesenta o algo menos sin tacones, ya que en esos momentos calzaba un tacón medio y con ligeras curvas, como se definía hoy en día a las mujeres que estaban algo más entradas en carnes y no eran cuerpos de pasarela. En realidad no le sobrarían más de tres o cuatro quilos a lo sumo, pero las mujeres eran siempre inconformistas, aunque yo no le daba tanta importancia al físico, en cambio mi madre vivía en un constante sacrificio. Si era sincera no me cuidaba tanto, odiaba el gimnasio pese a que mi madre había intentado inculcarme una disciplina de ejercicios, el único deporte que había practicado había sido ballet desde los cinco años, pero era algo que hacían todas las niñas en Rusia. Había podido practicarlo hasta que entré a la Universidad, cuando decidí por fin dejarlo ya que no tendría tiempo con los estudios, así que llevaba cuatro años sin hacer deporte alguno. Había intentado salir a correr un par de veces que habían quedado en meros esfuerzos vanos por intentarlo. No, el deporte no era para mí, pero sí que intentaba alimentarme lo más saludable posible en compensación, aunque eso era más una costumbre desde pequeña que un sacrificio en sí.

—Mi madre era modelo, así que supongo que entre los genes y que siempre me ha educado para alimentarme lo más saludable posible, puede decirse que por eso estoy así —respondí encogiéndome de hombros mientras le daba un último mordisco a la manzana antes de tirarla a la basura.

—Vamos al baño —dijo Marta en cuanto llegamos a la planta cuarenta y cuatro que era nuestra área de trabajo.

Me lavé las manos pegajosas de la manzana y de paso saqué el cepillo de dientes plegable que siempre llevaba en el bolso para esos casos, mientras esperaba a Marta apoyada en el lavamanos busqué mi móvil, casi se me había olvidado que el dios griego del director me había contestado, efectivamente,

allí estaba un mensaje de él.

Alejandro:

«Le quiero ver en mi despacho inmediatamente, planta cuarenta y siete, despacho tres, diga a mi secretaria que es la traductora. Si no viene, me encargaré de encontrarla y asegurarme de que no vuelve a trabajar en la torre Kormarov jamás»

¿Verla?, ¿Qué?, No podía ir... ¿Y si no hacerlo era peor? Por un momento tomé una decisión, ¿Que podría pasar? No me podía echar, a menos que pensara que era una simple becaria como todo el mundo, pero a las malas podría decirle quién era y que realmente fue una equivocación, al menos zanjaría ese asunto de una maldita vez y dejaría de ser una cobarde y huir, así que iría a enfrentarme al dios griego fueran cuales fueran las consecuencias.

—Marta, tengo que salir un momento, te veo luego en la oficina —alcé la voz detrás de la puerta del aseo para que me escuchara.

—Está bien —la oí decir justo antes de salir.

ENCUENTROS APOTEÓSICOS

Pulsé el botón cuarenta y siete, ¿Porque sentía como si fuese directamente al matadero?, ¿Que iba a decirle para justificar mis actos?

«Mira lo siento, estaba tan cachonda que quería sexo a toda costa y fui tan imbécil que me descargué una aplicación estúpida para excitarme con un desconocido...» No, definitivamente tenía que inventarme una excusa mejor que la realidad.

Llegué hasta lo que parecía ser el despacho tres, había mujer sentada en una mesa frente al despacho que permanecía con la puerta de madera cerrada y no se podía ver absolutamente nada de lo que allí dentro acontecía.

—Perdone, tengo una cita con el señor Álvarez, soy la traductora —dije un poco inquieta y nerviosa por lo que iba a acontecer.

—¡Ah sí!, El Señor Álvarez me comentó algo sobre eso, pero ha tenido que salir urgentemente y no me advirtió que le dijera que le esperase, ¿Porque no vuelve más tarde? Le diré que ha venido —contestó amablemente y asentí marchándome de nuevo algo aliviada, me había salvado por la campana.

Irina:

«Que conste que he acudido para aclarar este malentendido y su secretaria me ha comentado que no se encontraba en su despacho, ahora si no le importa, olvide este asunto»

Pasé toda la tarde en el centro de fotocopias. Cuando quise comenzar a trabajar desde lo más bajo, es decir, una simple becaria, supuse que me asignarían aquella tarea por lo que no me pareció tan tediosa al estar preparada mentalmente para ello. Miré el móvil un par de veces, pero no tenía ningún mensaje, ¿Se habría olvidado para siempre?, ¿Se habrían terminado los

mensajes con el dios griego de ojos azules?, Mi móvil vibró justo en ese momento y reconozco que había estado expectante durante todo el tiempo por saber que iba a contestar. Lo saqué de la cinturilla de la falda ya que lo había puesto ahí para llevarlo conmigo todo el tiempo, tenía un nuevo mensaje, me sentí algo nerviosa al vislumbrar el nombre, pero lo abrí enseguida.

Alejandro:

«Está muy equivocada si pretende que lo olvide, ahora que he comprobado que la imagen era realmente suya, solo quiero hundir mi polla en su húmedo coño más que antes»

La garganta se me secó en ese momento y después traté de comprender lo que había escrito, ¿Comprobar que la imagen es suya?, ¿De qué narices estaba hablando? Tecleé enseguida la respuesta.

Irina:

«¿Cómo sabe que la imagen era mía?, No me conoce»

Su respuesta no se hizo esperar.

Alejandro:

«La he visto por las cámaras de seguridad»

¡Mierda!, ¡Me ha visto! Había sido una trampa y yo había caído en ella sin enterarme. Soy una estúpida por acudir, ¡Como había podido ser tan tonta!

Irina:

«¿Qué es lo que pretende?»

Alejandro:

«Follarla»

Mis bragas se mojaron inmediatamente, ¿Sexo con el dios griego de ojos azules?, ¿Ese adonis griego macizorro quería algo conmigo?, ¡Oh, Dios!, ¡No podía tener tanta suerte!, ¡Pero si apenas me miró en el ascensor! Recibí otro mensaje a pesar de que no había respondido.

Alejandro:

«A las 22.30h Hotel Petit Palace, habitación 568, no se retrase»

¿Me estaba proponiendo tener un lío de oficina?, ¿El socio de mi padre me estaba proponiendo sexo, así como así? Sin duda era lo que necesitaba para liberar toda la tensión sexual que tenía acumulada desde hacía semanas. Ni siquiera me había preguntado si aceptaba, había dado por hecho que iría, ¡Será egocéntrico el tío!, ¿Que se supone que debía hacer? Ese hombre estaba buenísimo y por dios que me moría de ganas de acudir a esa cita, pero... ¡No sabía qué hacer! Tenía que hablar urgentemente con Nadia.

La llamé en cuanto puse un pie fuera de la oficina y así nadie podría escucharme, aunque dudaba que hubiera alguien que hablara ruso en los alrededores.

—¿O sea que el tal Alejandro está tremendamente bueno y te ha citado para follar en un hotel y tener sexo del bueno? En serio tía, eres una jodida puta con suerte hasta para eso —contestó Nadia cuando le expliqué lo sucedido mientras caminaba hacia la entrada de metro para volver a casa.

—Pero, ¿Qué hago?, ¿Voy? —pregunté confundida.

—Iría yo misma si llegara a tiempo a esa cita, así que no me jodas Iri. Ve y que te dé una buena follada, a ver si así te olvidas del cerdo de Dimitrios de una vez por todas —aseguró firme.

Es cierto que no me había acostado con nadie desde que rompí con él. También era cierto que no había tenido la oportunidad con el tema de los preparativos de viaje, pero era una excusa, realmente no me había visto mentalmente preparada, aunque el buenorro del ascensor me había excitado

hasta tal punto que sabía que mis bragas no tendrían arreglo ni con tres puestas de lavado.

—Está bien, mañana te contaré que tal ha ido ese encuentro. Te dejo que entro al metro y no tendré cobertura —dije antes de colgar.

«¿Que debía ponerse alguien que va a tener sexo desenfadado expresamente en una cita? No sabía si existía algo así en mis ocho maletas».

Pensé que lo lógico era vestirme con algo sexy, sugerente y que gritara sexo con tan solo echarme un vistazo, así que me puse la ropa interior más provocativa que había traído de encaje negro con semi-transparencias, un vestido fino con un escote sugerente y muy ajustado que llegaba justo a medio muslo sin ser demasiado corto, pero tampoco largo. Me maquillé detenidamente con algo no muy recargado, pero que enmarcará el tono azul de mis ojos y me dejé el cabello suelto con algunas ondas naturales, por último, cogí los zapatos de tacón alto y el bolso de mano donde metí el móvil, las llaves y por supuesto; condones. Había mirado la dirección del hotel, estaba a tan solo una parada de metro de mi apartamento, eran las diez, así que salí inmediatamente para no llegar tarde.

Supuse que los silbidos y algunos piropos que recibía conforme andaba de camino a la estación de metro, indicaban que el atuendo era el correcto, al menos eso creía, porque cuando me encontré frente a la puerta del hotel comencé a dudar de todo, incluso hasta de mi propia existencia, pero había llegado hasta allí, así que pasara lo que pasara, pensaba disfrutarlo al máximo.

Me dirigí hacia los ascensores, como en todos los hoteles el primer dígito de la habitación marcaba la planta así que cuando éste abrió las puertas marqué el 5 de la quinta planta. La moqueta del pasillo atenuaba el sonido de los tacones, fui buscando la habitación mirando el número de cada puerta hasta que llegué a la 567, la siguiente sería la que él le había indicado, ¿Qué se supone que debía hacer?, ¿Llamar o enviarle un mensaje?, Saqué el teléfono, eran las 22.32 pm. No lo pensé mucho y en cuanto llegué a la puerta que marcaba 568, golpeé con los nudillos dando tres golpes y esperé

pacientemente mientras me alisaba las arrugas invisibles del vestido. Estaba demasiado nerviosa, era la primera vez que hacía algo así y ni siquiera sabía cómo me había atrevido a hacerlo.

«Porque ni me he parado a pensarlo detenidamente, sino, seguro que no vengo» pensé justo antes de que la puerta se abriera.

En cuanto la puerta se abrió lo suficiente, allí estaba el buenorro del ascensor. Ese dios griego mirándome fijamente. Observé cómo me miraba de abajo a arriba dando un repaso a mi atuendo y supuse que daba su aprobado al confirmar su expresión.

—Llegas tres minutos tarde —dijo haciéndose a un lado para indicarme que entrara.

—Lo siento —me disculpé por inercia.

«¿Por qué me disculpaba? Que anduviera él con tacones de diez centímetros a ver si conseguía llegar a tiempo a algún lado».

Pasé por delante de él adentrándome en la habitación cuando escuché el golpe de la puerta cerrarse justo al mismo tiempo que sentí como era aprisionada contra la pared y notaba el calor de su cuerpo contra el mío, ¡Joder!, ¡Era excitante!

—No te disculpes —me susurró al oído mientras sus manos recorrían mi cuerpo por encima de la ropa—. No vuelvas a hacerlo, no me gusta tener que esperar.

No podía pensar al sentir aquella voz sensual en mi oreja, comenzando a lamer lentamente mi cuello. Solo habían sido dos o tres minutos los que me había retrasado ahora que razonaba, ¿Ese hombre era un obseso del control? Probablemente sí lo era, tanta perfección externa debía tener consecuencias.

—Me has vuelto loco con esa foto —jadeó—. He soñado con follar tu coño desde ese instante.

Noté el tanga húmedo enseguida ante aquella declaración y sentí las manos de Alejandro en mi culo y como éstas bajaban para meterse bajo el vestido que llevaba tocando mi piel, podía notar como sus dedos ascendían y

gemí de placer mientras inevitablemente me retorció buscando su contacto.

Él tenía la camisa parcialmente abierta, como si acabara de quitarse la corbata y desabotonarse los primeros botones, así que aproveché para colar una de mis manos por ella y rodeé su cuello, él pareció aprovechar ese gesto para acortar la distancia y devorar mis labios. Fue un beso rudo, cargado de deseo contenido y queriendo expresar toda la tensión sexual contenida que ambos parecíamos tener el uno del otro.

Su lengua luchaba contra la mía para ver quien salía vencedor, comencé a arrancar literalmente los botones de su camisa mientras él me subía el minúsculo vestido dejándolo a la altura de las caderas, aproveché el momento en el que comenzó a repartir besos húmedos por mi cuello para desabrochar su cinturón y el botón del pantalón de su traje. Metí una mano bajo los boxer, estaba tan duro como una piedra, su polla estaba anhelante por resurgir del pantalón así que la saqué mientras él tiraba de los tirantes de mi vestido hacia abajo para tratar de que mis pechos salieran del lugar donde permanecían escondidos.

Vi como sacaba un condón del bolsillo y lo rasgaba con la boca, aproveché para quitarme el tanga y observé en sus ojos el deseo junto a esa media sonrisa que hizo que me mojase aún más si cabe.

—Date la vuelta —indicó mientras se colocaba el preservativo y yo me giraba para que pudiera tener una mejor vista de mi trasero—. Ábrete para mí —dijo a la vez que rozaba la piel de mi espalda con sus manos rudas y sensuales.

Hice lo que me pidió siendo consciente del deseo que tenía en esos instantes de que se hundiera dentro de mí, de anhelar tenerle dentro. Necesitaba urgentemente que me la metiera hasta el fondo de una jodida vez y saber cómo se sentía su enorme polla en mi interior

Noté las manos deslizarse hasta mis caderas y gemí de placer contenido, ese placer que precedía a la espera, a la incertidumbre de ser poseída. Miré hacia atrás y le vi relamerse, observando mi cuerpo y por primera vez me sentí

realmente deseada de verdad, provocando que mi excitación fuera aún mayor si es que eso era posible.

—Te voy a follar, ¡Joder! Te la voy a meter profundamente en ese coño húmedo. Es lo que querías, ¿no? —preguntó dándome una palmada en la nalga.

—Sí, es lo que quiero —gemí—. ¡Fóllame de una maldita vez! —le grité antes de notar como su polla se hacía paso a través de mis nalgas y no pude evitar gritar de placer.

Sus embestidas eran rudas, fuertes, exactamente lo que necesitaba, en mi vida había experimentado más placer que aquel. Intenté adaptarme al ritmo pese a que él lo marcaba con las manos en mis caderas, haciendo que cada vez que se metía aún más profundo con cada una de sus embestidas, rozara el éxtasis, hasta que sentí como una de sus manos rozaba mi clítoris y entonces exploté. Fue el orgasmo más revelador y apoteósico que había tenido jamás.

«Eso era follar de verdad» pensé descubriendo que lo que había hecho hasta ahora era un simple juego de niños.

Sentía como mi útero aún se contraía por los espasmos del orgasmo que acababa de tener. Aún podía sentirle dentro aunque no se moviera, en ese instante noté como apartaba el cabello suelto que caía por mi espalda y que me llegaba hasta la cintura para darme un beso candente y de lo más excitante en la nuca.

Un leve gemido sensual escapó de mis labios inevitablemente, provocando que él me girase lentamente el rostro y entonces atrapó mis labios con los suyos. Besaba de una forma lenta y suave, pero cargada de erotismo. Pude notar cómo salía lentamente de mi interior y entonces dejó de besarme. Me giré para ver como él se recomponía su atuendo metiendo su miembro de nuevo en aquellos bóxer blancos y se abrochaba el pantalón. Le imité ajustándome el vestido devolviéndolo a su lugar en la medida de lo posible ya que ni tan siquiera me había quitado la prenda, sino que se había quedado arrugada en mi cintura.

—Acompáñame, tenemos que hablar —dijo en un tono serio.

La habitación era bastante grande ahora que podía apreciarla, parecía ser una suite, aunque me había alojado en algunas mucho mejores y más lujosas que aquella. Había una gran cama de tamaño extra grande situada a la izquierda con sus mesitas de noche y lámparas modernas, todo el conjunto era de estilo funcional y estética modernista con algunos toques de barroco clásico para darle más énfasis de prestigio a las habitaciones, al igual que el uso de papeles pintados con color para otorgarle ese toque original que tanto agradaba al cliente. Al parecer había instalada una mesa relativamente pequeña con dos sillas y lo que parecía un carrito de metal típico del servicio de habitaciones, lleno de platos tapados con fuentes de plata.

—No conocía tus gustos, por lo que he pedido algo variado —dijo indicándome que tomara asiento en una de las sillas, mientras él abría una botella de lo que parecía ser cava si no se equivocaba.

—Realmente como de todo —contesté por entablar conversación—. Aunque reconozco que suelo evitar la carne.

Cada vez estaba más concienciada en ser vegetariana, aunque de vez en cuando solía comer algo de carne, intentaba evitarlo en la medida de lo posible.

—Está bien —dijo el dios griego mientras descorchaba el cava y servía las copas.

Me sentía extraña, por alguna razón no sabía qué hacía allí cenando con ese hombre. Se suponía que solo iba a ser sexo y fuera, nada más. ¿Qué significaba aquella cena formal?

—Reconozco señorita Suarez, que ha realizado bien su jugada —afirmó una vez sirvió las copas de cava y dejó la botella en su lugar.

Casi me atraganté con el cava cuando dijo aquello. ¿Señorita Suarez?, ¿Sabía quién era!, ¿Cómo lo habría averiguado? Al menos desconocía mi verdadero apellido o lo habría mencionado, ¿No?

Observé como mantenía su mirada fija sobre mí, era tan intensa que me estaba resultando complicado mantenerla así que la esquivé cogiendo de

nuevo la copa de cava, en aquel momento sentía una sed inmensa puesto que mi garganta estaba completamente seca.

—No sé a qué se refiere —mencioné siendo sincera.

—¡Oh vamos! —exclamó—. Dejémonos de juegos, no me van esas historias, ni me sobra el tiempo para ellas. Seamos francos, conseguirá más de mi si lo dejamos claro desde el principio.

«¿Conseguir más de él?, ¿De qué narices estaba hablando?»

—No sé cómo habrá conseguido mi teléfono —dijo mientras destapaba una de las fuentes que reveló un plato de lo que parecían ser almejas con algún tipo de condimento—, pero imagino que habrá pagado un alto precio para conseguirlo, al igual que para encriptar su terminal y así no ser localizada.

Quería saber a qué conjeturas había llegado antes de pronunciar una palabra, así que le dejé seguir su discurso manteniéndome en silencio.

—Aunque admito que es la primera en conseguir captar mi atención —añadió mientras veía como cogía una de las almejas con los dedos y la chupaba lentamente dejando la cáscara ahora vacía en el plato. Le imité repitiendo el mismo gesto que él, solo que lo hice de una forma más lenta, pausada y tremendamente erótica—. Así que le daré lo que usted quiere si es capaz de cumplir mis condiciones —puntualizó Alejandro.

—¿Cómo sabe que es lo que quiero? —pregunté algo confundida.

Estaba demasiado perdida, necesitaba saber qué creía él que quería yo o quién pensaba que era.

—Es evidente —dijo como si lo tuviera muy claro—. Es una simple becaria que pretende ascender rápidamente en la empresa. No suele gustarme el tipo de mujer que pretende ganarse el puesto a base de mamadas, pero reconozco que me gusta lo que tengo delante, así que en este caso haré una excepción, aunque le aseguro que seré muy exigente.

¿Ganarme el puesto a base de mamadas?, ¿Yo?, ¡Ja!, ¡Y un cuerno! Pero prefería que creyera eso a sacarle de su estupendísimo error y admitir que era una Kormarov. No... prefería ver donde terminaba aquella historia.

—Y si le complazco a usted, ¿Tendré un buen puesto en la empresa? — pregunté sorprendida, como si fuera realmente lo que de verdad pretendiera conseguir.

—A juzgar por sus gemidos anteriormente, dudo que le suponga un esfuerzo hacerlo, es más, imagino que disfrutará con ello. —Su tono de voz indicaba seguridad, incluso rozaba la prepotencia.

Aquel tipo era un engreído de primera clase, pero el muy capullo tenía razón, si estaba aguantando aquella conversación era precisamente porque quería repetir el polvo de antes, necesitaba volver a sentir ese orgasmo espléndido como ningún otro que había experimentado junto a él.

—Está bien —dije de pronto—. Supongamos que acepto, ¿Que se supone que debo hacer?

—Solo tengo dos condiciones —respondió aquel dios griego mientras bebía un sorbo de cava con calma y le imité en el gesto, ya que sentía que mi garganta estaba demasiado seca al contemplar semejante bombón—. Jamás hablaremos de trabajo, ni me preguntara nada relacionado con la empresa, ni atenderé quejas o problemas relacionados con su puesto y por supuesto no se inmiscuirá en mi vida personal, nuestra relación será meramente de razón sexual.

Su mirada era tan intensa y penetrante que me resultaba sumamente difícil mantener los ojos fijos en él, hacía que toda mi piel se erizara cuando me miraba de aquella forma, de algún modo me hacía sentir febril y deseada al mismo tiempo.

—Está bien, siempre y cuando usted haga lo mismo respecto a mi — contesté mirando hacia otro lado.

—No hay ningún problema. Su vida personal y laboral no me interesa, solo me importa su cuerpo —aclaró explícitamente dejando una clara evidencia que le importaba un cuerno lo que pensara o deseara, solo quería follar sin parar y por alguna extraña razón me pareció una idea estupenda en aquel instante. No necesitaba líos de oficina que trascendieran precisamente

ahora.

—¿Cuál es la segunda condición? —pregunté altivamente.

—Estará dispuesta en todo momento para mí, las veinticuatro horas del día. Si le digo que acuda en un momento determinado, a una hora explícita lo hará, me da igual lo que esté haciendo, dejará expresamente todo y vendrá, no acepto excusas, ni retrasos, ni explicaciones banales. —Su tono de voz era exigente, serio y autoritario, por un momento me recordó a mi padre, pero deseché esa idea de inmediato.

—¿Aunque esté haciendo algo sumamente importante para la empresa?, ¿Una cuestión de la que dependa mi trabajo? —pregunté para saberlo de antemano.

—He dicho completamente disponible —afirmó—, así se esté desmoronando el edificio, usted acudirá a mí, ¿Ha quedado claro? —preguntó mientras acercaba su rostro al mío.

—Completamente —aseguré manteniendo la cabeza erguida.

—Si me satisface como creo que será capaz de hacer, al finalizar su periodo de prácticas obtendrá un puesto relevante en la empresa —aseguró dejándose caer sobre la silla con cierta seguridad que por alguna razón extraña me hacía verlo aún más atractivo de lo que de por sí era, como si esa firmeza me resultara atrayente.

—¿Como sé que no me está engañando?, ¿Que no me echará de la empresa cuando termine mi plazo de prácticas o incluso antes? —pregunté intrigada.

Quería jugar con aquel hombre, me indignaba que creyera que era una simple trepadora, cuando si lo hubiera querido, habría podido quitarle incluso su puesto de dirección, bueno, quizá no tanto, pero sí realizar las prácticas en la dirección de la empresa y no como una simple becaria que se pasaba el día haciendo fotocopias.

—Firmaremos un acuerdo de confidencialidad en el que se incluirán las condiciones que le he mencionado y desde luego reflejará que bajo ningún

concepto hará público que hemos mantenido una relación, sea ésta del tipo que sea. Para todo el mundo usted y yo no nos conocemos —declaró tajante.

—Me ha quedado lo suficientemente claro, señor Álvarez, yo soy una simple becaria y usted el director de la empresa para la que trabajo —puntalicé.

Aunque él no lo supiera, yo era la más interesada en que aquella relación no trascendiera y se hiciera pública.

—Exacto.

—¿Puedo preguntarle por qué me ha citado aquí? Me vio en el ascensor, ni siquiera me preguntó mi nombre, ¿Qué ha cambiado? —pregunté necesitando saber al menos aquello.

—No mantengo relaciones con el personal de la empresa, así que evito fijarme más de lo debido en cualquier mujer que trabaje para Kormarov, incluida usted.

—Pero está manteniendo una relación conmigo ahora.

Su respuesta anterior no me sacaba de dudas, ¿Por qué me estaba proponiendo aquello? En el fondo necesitaba saber si él sabía quién era realmente yo, aunque lo dudaba o no me propondría aquel acuerdo tan descabellado.

—Tengo un apetito sexual que saciar y usted parece estar más que dispuesta a satisfacerlo por un precio que puedo permitirme pagar, me parece una transacción de negocios lo bastante buena para no dejarla escapar. Además, sé que su interés es puramente superficial, no me van los sentimentalismos, no soy alguien que mantenga relaciones fuera de lo estrictamente sexual.

Así que eso era para él; un negocio, una mera transacción, alguien que pudiera eliminar de su vida fácilmente cuando se aburriera. Tenía al menos a su favor que había sido sincero, pero no me importaba, pensaba aprovecharme de la situación igual o más que él. Pensaba sacarle al dios griego que tenía delante de mis ojos, los mayores orgasmos de mi vida. Disfrutaría del mejor

sexo que estaba segura que aquel tipo me proporcionaría y después volvería a Rusia donde todo quedaría en una experiencia placentera y probablemente inolvidable, pero tendría un buen recuerdo de mi estancia en Madrid.

—¿Se supone que tendremos sexo ahora? —pregunté no pudiendo evitar mordirme el labio de solo pensarlo.

—No, hasta que no firmemos el acuerdo, no volveré a tocarla. —contestó tenaz. Aunque sus palabras hubieran dicho una cosa, podía sentir con su mirada otra bien distinta, ¿Por qué? Ya habíamos follado, es más, ni tan siquiera habíamos podido pasar del recibidor de la habitación para llegar a la cama de la ansiedad con la que comenzamos—. Si se lo pregunta, lo de antes solo fue para probar la mercancía que estoy comprando, necesitaba saber si es de calidad o solo se trataba de un bonito envoltorio. —Su tono era despectivo, tanto, que hizo sentirme como si no valiera absolutamente nada.

¿Por qué narices hacía aquello? Le podría mandar a la mierda y darle la bofetada que se merecía por tratarme así, pero algo en mi interior me frenó, de algún modo quería averiguar hasta dónde era capaz de llevarme aquel hombre, así que aguanté mordiéndome la lengua.

—Y por su decisión, imagino que es aceptable, ¿no? —pregunté queriendo provocarlo.

—Más que aceptable me atrevería a decir —dijo antes de levantarse para ajustarse la camisa que no tenía botones y colocarse la chaqueta—. La espero mañana a las diez en punto en mi despacho, es el único hueco que tendré en todo el día, por lo que sea puntual esta vez —reiteró.

¡Joder que solo habían sido dos minutos! Tres para él, pero en el reloj de mi móvil solo eran dos.

—Como un reloj —afirmé burlándome de él, aunque mi tono de voz fuese serio.

Ni siquiera contestó, sino que cogió su chaqueta que tan bien colocada estaba en una de las abrazaderas del sillón, se la colocó y sin volver la vista me dejó sola en aquella habitación. Miré el teléfono en aquel momento, tenía

un par de mensajes de Nadia insistiendo en que quería saber todos los detalles de lo que ocurriera, analicé por un momento la habitación y los platos que apenas habían sido tocados, de hecho algunos incluso tenían la tapa puesta para conservar el calor.

«Irina, ¿Dónde demonios te estás metiendo?», me pregunté antes de levantarme de la silla y dirigirme hacia la puerta para volver a casa.

Tiré los tacones conforme abrí la puerta del apartamento de un puntapié provocando que estos cayeran estrepitosamente en el parquet. Normalmente no llevaba tacones muy elevados, era lo suficientemente alta para darme ese lujo, pero en ocasiones como las de esa noche eran un elemento imprescindible del atuendo, aunque luego me dolieran horriblemente los pies durante tres días.

Me quité el vestido dejándolo sobre el sofá. No soy una persona muy ordenada que digamos, al contrario, el servicio siempre andaba detrás de mí por casa puesto que solía dejar las cosas en cualquier parte y luego nunca las encontraba. Tendría que cambiar ahora que no dispondría de nadie que me ayudara y pensando en ello volví a coger la prenda para ponerla en el cesto de lavado. Me apetecía darme una ducha rápida, pero por alguna razón no quise deshacerme tan pronto del olor a él, aún no podía creerme como había ocurrido todo. ¿Cómo habría llegado a aquella conclusión sobre mí? Imaginaba que las personas creen lo que quieren creer por más inverosímil que parezca.

El móvil vibró y fui rápida en cogerlo, me decepcioné levemente al comprobar que era un mensaje de Nadia en el que reiteraba que quería saber todos los detalles y la llamara en cuanto pudiera. ¿Acaso creía que iba a recibir algún mensaje de Alejandro?, ¿Con qué finalidad? No. Ese hombre solo quería una cosa y más me valía hacerme a la idea de ello si iba a jugar a su juego.

—Espera, espera, espera, ¿Un acuerdo?, ¿Como un contrato con cláusulas y esas cosas? —exclamó la voz de Nadia al otro lado del teléfono que parecía estupefacta. Incluso yo misma estaba realmente algo sorprendida por haber

aceptado aquello que parecía que solo pasaba en las películas.

—Sí, supongo.

—No firmes nada sin leerlo previamente y estar conforme Irina —afirmó.

No hacía falta que Nadia lo dijera, no era tonta. Mis notas académicas eran brillantes, incluso había cursado algunas asignaturas extra de derecho para estar algo más familiarizada con el tema. No, desde luego que no firmaría nada sin leerlo detenidamente y estar segura de ello.

—Tranquila Nadia, puede estar muy bueno, pero no lo suficiente para obnubilar mi juicio —tercié entre risas para calmar a mi amiga.

—Tengo que dejarte, algunas aún tenemos exámenes de la Universidad. Ten cuidado Irina, disfruta del sexo que te ofrece, pero no te enamores de él.

—No te preocupes por eso, dudo que pudiera enamorarme de un hombre como Alejandro. Además, después de Dimitrios empiezo a pensar que el amor no está hecho para mí —aclaré—. Suerte con tu examen, seguro que lo vas a clavar y sacas la mejor nota como siempre.

Nadia estudiaba medicina, éramos amigas desde la infancia cuando asistíamos juntas al mismo colegio. Nuestros padres se llevaban bien entre ellos y eso facilitó que la relación de amistad proliferara hasta convertirnos prácticamente en hermanas. Sí, no tenía hermanos y ella tampoco, pero la consideraba como si lo fuera aunque no nos unieran lazos de sangre.

—Entonces agota a ese hombre hasta la extenuación o hasta que te canses de su juego y luego, deséchalo por tratar así a una mujer —contestó riéndose.

—Realmente esa era la intención inicial cuando acepté. A veces me das miedo, Nadia —dije comenzando a reírme al escuchar su risa al otro lado del móvil.

Me despedí de ella, aún no había hablado con mis padres desde que aterricé. Les había pedido expresamente que no me llamaran mucho durante los primeros días hasta que me instalara, ya que serían algo caótico.

«Les llamaré mañana sin falta» apunté mentalmente en la cabeza esperando que no se me pasara hacerlo o mi madre empezaría a pensar que me

habrían secuestrado.

Me fui directamente a la cama a dormir o por lo menos intentarlo porque mientras daba vueltas sobre el colchón mis pensamientos solo podían centrarse en unos ojos que me miraban con deseo, en un hombre que emanaba sensualidad por cada poro de su piel, en aquellos labios que besaban como los ángeles..., le volvería a ver en pocas horas y mi pensamiento no dejaba de ser el mismo, ¿Intentaré follarme en su despacho? Con todas mis ganas deseaba que así fuera.

ACUERDOS CON INTERESES

Aún no había tenido tiempo de hacer algo de compra, sin falta la debía hacer ese día porque lo de desayunar de camino al trabajo no era lo mío definitivamente, además, mi sueldo no daba para comer diariamente en la cafetería de la empresa y no pensaba pedirle dinero a papá, ni tirar de las tarjetas. Cuando decidí ser completamente independiente a la hora de venirme a España, lo había pensado en el sentido más literal de la palabra. Solo había cedido con el tema del apartamento porque era eso o vivir en un cuchitril de habitación compartida, pero aun así, pensaba pagar los gastos que generase el piso.

Cogí una falda negra de una de las maletas. Ni siquiera había deshecho aún el equipaje que me había traído, menos mal que aquella falda era tan estrecha que no se marcaría ni una sola arruga, por la misma razón rebusqué entre la ropa una de esas blusas que nunca se arrugaban de color blanco. Me calcé las sandalias planas y cogí los tacones en la mano, no pensaba ir todo el camino andando con ellos, después metería las sandalias en el bolso y listo.

Fui directamente a la misma cafetería del día anterior y me atendió el mismo chico.

—Café largo, corto de leche y dos de azúcar —dije sonriente al chico mientras me lo daba en el típico vaso de cartón con el protector de yemas para no quemarme los dedos. Me encantaba el café caliente aunque hiciese calor, la sensación de casi quemarse la lengua mezclada con ese sabor y aroma era completamente indescriptible.

Ahora que tenía mi pase de entrada no hacía falta pasar por el mostrador, de forma que me dirigí hacia la zona de ascensores, el edificio tenía dos núcleos centrales con cuatro ascensores cada uno, es decir, ocho en total sin contar con los de área privada que seguramente habría alguno más.

Mientras esperaba que abriera las puertas alguno de ellos pensé si volvería a coincidir con Alejandro de nuevo, estaba nerviosa, impaciente y porque no decirlo, expectativa. El ascensor abrió sus puertas pero él no había aparecido, debí suponer que no tendría un horario específico de entrada como el resto de abejitas obreras, él era el Director, podría permitirse el lujo de llegar más tarde o la responsabilidad de hacerlo más temprano.

Para mi sorpresa, cuando entré en la oficina ninguno de mis compañeros se encontraba en su mesa de trabajo, miré la hora y comprobé que eran las ocho y media en punto de la mañana, ¿Dónde estaban todos?

—Que madrugadora —exclamó la voz de Oscar que me sobresaltó mientras veía como él se dirigía a su mesa de trabajo porque acababa de llegar.

—¿Es normal que no haya nadie siendo la hora de entrada? —pregunté un tanto intrigada. ¿Tal vez allí todo el mundo llegaba tarde al trabajo? Menuda irresponsabilidad si era ese el caso.

—La empresa tiene horario abierto —contestó Oscar mientras observaba como encendía el ordenador—. Hay margen de entrada de ocho a diez de la mañana, solo que si entras más tarde, sales más tarde. Yo soy de los que prefiere madrugar para salir antes, pero la gran mayoría no. ¿No te lo mencionaron al firmar el contrato?

—No, solo sabía que debía estar a las ocho y media ayer... por lo que supuse que ese sería siempre mi horario de entrada, pero gracias por la información, lo preguntaré en recursos humanos —dije dejando la chaqueta fina y el bolso en la pequeña mesa que me habían asignado y me fui hacia la sala que estaba segura de que sería mi gran amiga durante las próximas semanas; la zona de archivo y fotocopias.

Me habían asignado revisar todo un estante de documentación. Tenía que clasificarlos por fechas y relevancia, además de ordenarlos en carpetas. Eran informes detallados sobre estudios de inversiones de mercado que por alguna u otra razón no se habían realizado, pero no eran tan malos como para

descartarlos, bien por no ser el momento adecuado o por el riesgo que implicaba alguno de ellos. Aquello me iba a llevar bastante tiempo, demasiado seguramente, pero era muy buena analizando el estudio de inversiones y estaba deseando demostrar la gran capacidad que tenía para ello.

Llevaba bastante tiempo sumergida en el trabajo cuando el teléfono vibró y probablemente si no llegara a tenerlo en la cinturilla de la falda, ni me hubiera dado cuenta por lo concentrada que estaba con uno de los informes hasta el punto de perder la noción del tiempo. Desbloquéé el móvil y vi que tenía un mensaje.

Alejandro

«Le recuerdo que tenemos una cita en cinco minutos señorita Suárez. No se retrase»

—¡Mierda! —maldije en voz alta levantándome.

No me había olvidado de la cita, pero pensaba que no era tan tarde aún, así que salí a paso rápido o lo más rápido que me permitían ir los tacones hacia los ascensores, solo me separaban tres plantas de la suya, podría llegar en cinco minutos, ¿no? Llamé a todos los ascensores y esperé impacientemente a que alguno llegara, justo cuando se abrieron las puertas salía Carla.

—¡Irina!, ¡Buenos días! —exclamó con una sonrisa.

—Buenos días, Carla, ¡Te veo luego! —grité entrando en el ascensor—. Me han citado para algo urgente.

El rostro de Carla fue de extrañeza por lo que supuse en su expresión, a ver qué excusa me inventaba luego si me preguntaba, por suerte nadie más iba en aquel ascensor así que pude subir sin interrupciones las tres plantas que me separaban del despacho de Alejandro.

Miré el reloj del móvil, faltaban dos minutos para las diez. Según la última vez, él lo tenía un minuto adelantado así que directamente corrí los

ocho metros que me separaban de la puerta de su despacho y cuando llegué casi sin aliento, ésta se abrió antes de que siquiera pudiera mencionar mi nombre a la secretaria.

Alejandro me observaba con el ceño fruncido, casi podía jurar que parecía enfadado.

—No quiero interrupciones Laura —exclamó la voz de Alejandro dirigiéndose hacia su secretaria.

—Está bien, señor Álvarez —respondió la aludida mientras Alejandro ahora me observaba solo a mí.

—Adelante, señorita Suárez. Veo que hoy ha sido puntual —puntualizó mientras pasaba por su lado y él cerraba la puerta—. ¿Me equivoco al pensar que habría llegado tarde si no la hubiera avisado?

—Si —mentí descaradamente—. Ya estaba de camino cuando recibí el mensaje señor Álvarez —dije mintiendo de nuevo y me sentí satisfecha por no dudar de mis propias palabras.

—Miente usted muy mal, Irina. —Su voz era suave y aterciopelada—. Por no decir que si lo deseo puedo comprobarlo, todo el edificio tiene video vigilancia las veinticuatro horas, puedo localizarla en cada momento si quisiera hacerlo.

Cerré los ojos inevitablemente puesto que él se había acercado lentamente hacia mí mientras hablaba, ¡Por dios bendito!, ¿Porque tenía que emanar tanta sensualidad ese hombre?

—Tranquila, no voy a tocarla. No en mi despacho —añadió sorprendiéndome. En ese momento abrí los ojos rápidamente, ¿No se lo iban a montar allí? Entonces ¿Por qué había pedido que no les molestaran?—. Nuestros encuentros siempre serán fuera de este edificio. No voy a correr ningún riesgo con usted —dijo alejándose hasta llegar a la silla que había tras su gran mesa de escritorio y se sentó en ella.

En ese momento me percaté de las grandes vidrieras que había tras él, la vista era fabulosa, se podía apreciar gran parte de la ciudad desde allí, ojalá

tuviera esas vistas en mi área de trabajo, pero no podía tener tanta suerte.

—Tenga, aquí está el documento, léalo y si está de acuerdo, firme. Tengo una reunión en veinte minutos —afirmó entregándomelo.

—¿Ha hecho usted esto antes? —pregunté mientras cogía el sobre refiriéndome a firmar un acuerdo de confidencialidad de aquellas características.

—No —negó—. Como le dije ayer, no me gusta tener relaciones con el personal, tampoco me agradan las personas que desean conseguir las cosas de manera fácil.

Pude notar la rabia contenida en sus palabras, si tanto lo odiaba, ¿Por qué lo hacía entonces?

—Entiendo —contesté a pesar de que no entendiera nada realmente, absolutamente nada.

El sobre contenía dos copias, probablemente una para cada uno. Leí el documento rápidamente, mientras él contemplaba las vistas desde su despacho. El principio recogía básicamente los datos de ambos, ya estaba firmado en todas las hojas por él. Lo cierto es que para no hacer ese tipo de tratos se había dado prisa en realizarlo y recoger todas las cláusulas como si lo tuviera estratégicamente pensado. Llegué a la parte de las cláusulas y me sorprendió algo.

—Aquí dice que no puedo mantener relaciones sexuales con alguien que no sea usted —pregunté confundida, ¿Se trataría de un error? Lo dudaba, pero aún así lo tenía que preguntar.

—Así es —contestó de espaldas, de manera que no podía ver su rostro—. No deseo que esté agotada o cansada si mantiene relaciones con otra persona, la deseo en plenas facultades y si tiene apetito sexual seré yo quien lo sacie, nadie más. Así que espero que no suponga un problema.

—No será un problema si usted también mantiene la exclusividad respecto a mí, de lo contrario me parecería injusto —contesté tajantemente. Si no podía tener sexo con nadie más, él tampoco lo haría.

—No está en condiciones de negociar señorita Suárez, pero aceptaré su petición solo porque no tendré ganas, ni tiempo de buscar a alguien teniéndola a usted disponible.

—Bien —respondí satisfecha mientras seguía leyendo.

El documento recogía que siempre debería estar perfectamente depilada, acudir inmediatamente cuando él lo solicitara sin excusas, a cualquier hora y lo que me pareció más denigrante de todo; “La señorita Irina Suárez será plenamente consciente de que deberá acudir a los encuentros citados con el Señor Alejandro Álvarez siempre con buena disposición y realizar todas las actividades de índole sexual que le soliciten, le agraden éstas o no”.

«¿Qué demonios? No pensaba aceptar que me hiciera cosas que no me agradaran en absoluto, a saber qué tipo de perversiones le gustaban a ese hombre»

—¿Qué quiere decir con “actividades de índole sexual”?, ¿Es que le gusta el sadomasoquismo o algo así? —pregunté sin rodeos, puesto que prefería saberlo de antemano.

—No, no me gusta implicar el dolor en el sexo, no es algo que vaya con mi estilo en cuanto a sexo se trate —respondió firme y tras decir aquello me relajé un poco más—. Ese punto solo significa que no pondrá malas caras, ni tendré que aguantar reproches de ningún tipo. Si hago esto es precisamente para evitar eso, tener sexo, cuándo, dónde y cómo yo quiera sin complicaciones.

—Está bien —contesté más relajada. No pensaba reprochar nada, yo no deseaba una relación precisamente ahora después de lo de Dimitrios, lo que él me ofrecía era justo lo que buscaba, sólo sexo sin compromiso.

El resto del documento recogía los múltiples cargos de los que se me acusaría en el caso de hacer pública la relación, rodé los ojos al ver las cifras millonarias por las que sería demandada si aquel acuerdo trascendía, sabía que era simplemente para infundir el miedo, pero tenía presente que una demanda así no llegaría ni a la cuarta parte de la cifra que indicaba en una

indemnización. Además, era lo que menos me preocupaba porque precisamente yo era la menos interesada en que aquello fuera público.

Cogí un bolígrafo de su mesa y firmé todas las hojas.

—¿Me marcho entonces? —pregunté levantándome mientras metía una copia en el sobre para llevármela.

—Tome —contestó ofreciéndome un papel alargado que se había sacado del bolsillo interior de la chaqueta, conforme se acercaba hasta mi aprecié que era un cheque. Lo cogí por curiosidad y vi que la cifra ascendía a cinco mil euros, ¿Por qué me daba esa cantidad? Era mi sueldo de casi cinco meses como becaria de la empresa.

—¿Para qué es esto? —pregunté adelantándome a él.

—Soy muy meticuloso con la ropa interior femenina, quiero que cada vez que nos veamos lleve un conjunto diferente, siempre encaje o seda, pero sobre todo que sea muy provocativa.

¿Me había dado cinco mil euros solo para comprar ropa interior? Ese hombre era cada vez más extraño, pero por otro lado a mi me encantaba la ropa interior femenina por lo que no pensaba discutir, si era su deseo, ¿Quién era yo para impedirlo?

—¿Algún color en especial? —pregunté ahora divertida mientras me mordía el labio.

—Colores oscuros, aunque creo que le quedaría muy bien el blanco. — Su mirada era intensa, tanto que bajé la mirada con la excusa de meter el cheque en el sobre que contenía el documento que acababa de firmar.

—Está bien —contesté lo más serena posible.

—Siempre me comunicaré por usted mediante mensajes de texto, así que esté pendiente del teléfono y acuda a la hora exacta en que la cite.

—Está bien —respondí—. Nos vemos señor Álvarez —añadí mientras me giraba para marcharme de allí, no pensaba decirle que se podía meter su puntualidad por donde le quepa, ¿Intentaría llegar a tiempo? Sí, ¿Lo lograría? Ya veremos...

DEMONIOS QUE OCULTAR

POV ALEJANDRO

—Álvarez, ¿Me estás escuchando? —escuché la voz y volví en sí de aquel lapsus mental que me había llevado lejos, muy lejos de aquella sala de reuniones.

—Sí, por supuesto —afirmé enseguida centrándome en la reunión que tenía con el equipo financiero para discutir sobre el presupuesto de uno de los proyectos.

Todo se debía a aquella foto que había recibido hacía dos noches, esa maldita foto que por alguna razón no me atrevía a eliminar del teléfono a pesar de que jamás tenía imágenes similares en mi terminal porque deseaba contemplarla cada noche y cada despertar.

Recordaba perfectamente estar sentado en el sofá de casa, lo suficientemente cansado como para ir al pub y buscar una presa para esa noche que satisficiera mis apetitos sexuales, menos aún lo que aquello implicaba. Últimamente estaba demasiado harto de tener que emplear demasiado tiempo para llevar a una mujer a un hotel que no volvería a ver nunca más.

No soy un hombre de relaciones largas, más bien, no soy un hombre de salir dos veces con la misma mujer y punto. No sirvo para eso, no soy capaz de sentir nada que no sea apetito sexual hacia una mujer por la simple y llana razón de que todas son unas interesadas; tenía un largo historial de ejemplo que lo alababa aunque solo había una mujer que se libraba de ese estigma y esa era mi hermana Teresa.

Estaba a punto de dar el último sorbo a la copa de vino y entrar en la ducha justo antes de meterme en la cama cuando el móvil vibró y me extrañó al tratarse de la hora que era. No podía ser nada referente de la oficina a

aquellas horas, pero ¿Qué otra cosa sería si no, siendo ese teléfono de la empresa? Me acerqué hasta la mesilla de noche donde lo tenía cargando y vi que se trataba de un mensaje en la aplicación de Whatsapp, ni tan siquiera recordaba haberla instalado, pero entonces rememoré que lo hice haría cosa de un año para un proyecto ejecutivo. Se trataba de un número desconocido y lo que menos me imaginaba era que iba a encontrar la imagen más sensual, erótica y sumamente excitante que jamás había visto.

¿Quién demonios era la dueña de ese cuerpo?

Tras leer el mensaje deduje que se debía tratar de algún tipo de trampa. Sin duda alguna no iba a ser una equivocación tratándose de un teléfono al que pocos tienen acceso, con toda probabilidad debía tratarse de alguna trampa en la que desde luego, no pensaba caer... aunque reconozco que jamás pensé que la dueña de aquella foto, fuera la que estaba detrás del mensaje y sinceramente, aún no sabía si sentirme parcialmente complacido o por el contrario disgustado, porque era incapaz de dejar de pensar en cuántas posiciones follarme a esa rubia de piernas largas.

«¡Maldita sea esa mujer!» gemí mentalmente.

Al menos lo tenía todo bajo control y sin ningún cabo suelto, acababa de firmar un acuerdo que me permitiría poseerla las veces que quisiera y no sabía ni cómo había llegado a ese extremo cuando jamás me había planteado pagar a una mujer por acostarme con ella, es más, la simple idea me asqueaba, aunque no le estuviera pagando literalmente, sabía que aquella rusa de piernas infinitas sólo tenía un objetivo; ascender en la empresa rápidamente y para ello había recurrido a una estratagema en la que sin poder negarlo, reconocía haber caído completamente muy a mi pesar, pero al menos pondría remedio a mi arduo apetito sexual y sería saciado por aquella arpía de cabellos platinos.

No me importaba usarla teniendo en cuenta que era lo que ella pretendía, si ella lo deseaba, ¿Quién era yo para negarlo? Tampoco es que lo considerase un pago como tal teniendo en cuenta que solo movería algunos hilos en la empresa para facilitarle ese ascenso y a cambio la tendría cada vez que

quisiera.

Hacía siete años que entré a trabajar en Komarov, siete largos años de arduo trabajo y constancia hasta lograr ser lo que ahora era, el director de una de las principales sedes de Europa y socio capital de la empresa aunque en una parte proporcional minoritaria. Me había costado sudor y sangre conseguir aquello teniendo en cuenta de donde procedía, nadie me había regalado nada y desde luego, no me lo habían puesto nada fácil en el camino, sino que me lo había tenido que ganar a base de méritos propios y demostrar que era válido para el puesto.

Podía decir que estaba contento con mi vida, tenía un trabajo que adoraba, una hermana que pronto se casaría y formaría una perfecta familia junto a uno de mis mejores amigos y tenía mi velero para escaparme algunos fines de semana y desconectar del mundo. No necesitaba nada más en mi vida y desde luego, pensaba pasar el resto de mis días en solitario, aunque eso no implicaba buscar compañía femenina a la que sucumbir a sus encantos de vez en cuando siempre que no trascendiera más allá de lo que venía siendo solo sexo.

Nunca he tenido una relación más allá de unos cuantos polvos y tampoco he tratado de buscarlo, simplemente no funciona, algo en mí no conecta con la otra persona en ese sentido y desde luego puedo asegurar que jamás he sentido eso que llaman amor hacia una mujer. Probablemente sea porque soy incapaz de amar, incapaz de creer o tal vez incapaz de confiar como asegura mi hermana pequeña, pero fuera cual fuera la razón, lo cierto es que no es algo que busque y menos aún desee.

No estaba seguro de que aquel acuerdo que había redactado con mi abogado fuera a funcionar, sobre todo porque probablemente me cansaría en el tercer encuentro de aquella joven por mucho morbo que me diera ese maldito trasero que tenía... de hecho en aquellos momentos podía asegurar de que estaba empalmado solo con recordar como se mordía el labio en mi despacho justo antes de marcharse, pero sabía que solo era la frescura y el

apetito sexual los que hablaban por mi y que en cuestión de tres o cuatro encuentros, rompería aquel acuerdo y muy probablemente le prometiera ese ascenso igualmente para que no fuera a la prensa con el cuento o tratara de desprestigiar me en la empresa de algún modo, de hecho aún no sabía por qué demonios se me había ocurrido acceder a eso sabiendo las consecuencias desastrosas que podría acarrear me si se sabía que tenía un lío de oficina con una de las becarias.

Si es que desde que vi ese trasero en aquel ascensor aquella mañana por mucho que intenté no mirarlo, ya la deseaba. Es más, casi no podía creérmelo cuando la vi llegar a mi despacho después de citarla por las cámaras, reconociendo perfectamente esa vestimenta y esas largas piernas junto a su cabellera inconfundiblemente rubia que había visto a primera hora de la mañana en el ascensor.

Aquella mujer era deseo hecho esencia y puro erotismo en apariencia. Miré el reloj de pulsera que siempre llevaba conmigo y vi que faltaba un minuto para las doce y cuarto.

«Once horas exactas para volver a verla» pensé teniendo en mente que debía organizar aún la cita con el dueño del ático que había alquilado para el encuentro que mantendría esa noche junto a ella.

La sensación de tener de antemano un plan con una mujer por muy premeditado que fuera, era nueva para mí. Normalmente me limitaba a acudir a alguna de las discotecas donde era socio y me llevaba a alguna presa fácil a un hotel donde pasaba un par de horas antes de volver a casa. Ahora la situación sería distinta, aunque la finalidad era exactamente la misma, pero me encontraba en una especie de abismo, sabiendo que tendría a una mujer para mi disposición cuando quisiera y que al mismo tiempo no era mía.

El teléfono comenzó a sonar, era mi teléfono personal por lo que a esas horas, suponía que solo debía de tratarse de una persona, ya que mis amigos estarían trabajando al igual que yo.

—Hola pecosa —contesté por inercia tras ver la foto en la pantalla de mi

hermana.

—¡Hermanito! —exclamó al otro lado de la línea.

Teresa parecía alegre, aunque siempre ha sido alguien que parecía rebosar toda la alegría que a mí me faltaba y a ella le sobraba, últimamente parecía estarlo más desde que iba a casarse.

—Imagino que no me habrás llamado para preguntarme sobre qué flores deberías elegir para las mesas —respondí con cierto tono de seriedad.

Siendo franco me alegraba por ella, al menos uno de los dos tendría familia y sería feliz después del infierno del que habíamos salido.

—En realidad te llamaba porque estoy haciendo unos recados cerca de tu oficina y quería almorzar contigo, así te cuento algunas novedades.

«Y me pide unos cuantos favores que sabe que detestaré hacer, pero a los que no podré negarme porque es mi consentida» medité antes de aceptar.

—Claro —tercié—, saldré en una hora y nos vemos en el café que hace esquina.

—¡Perfecto!, ¡Nos vemos en una hora! —contestó antes de colgar.

No solía gustarme comer en la cafetería de la empresa, de hecho prefería comer fuera si podía hacerlo para no tener que tener trato con el personal o simplemente poder adelantar trabajo discutiendo algunos temas que la poca privacidad del lugar no los otorgaba, pero en aquella ocasión era la primera vez que me habría gustado almorzar en ese lugar solo por ver de nuevo aquellos ojos azules y cabellera rubia que me hacían imaginar lo que me esperaba cuando acabara la jornada de trabajo.

«¡Dios! No veía la hora en la que pudiera volver a hundirme de nuevo dentro de ella y perderme en el abismo de esas piernas largas tan suaves como el algodón»

Teresa estaba tan preciosa como siempre, de hecho me atrevería a decir que estaba incluso más guapa si cabe, pero era mi hermana. Los hermanos piensan siempre así, ¿no? Con ella sentía un instinto de protección inaudito y de hecho, si toleraba que se casara con Alberto solo era porque confiaba en mi

mejor amigo y sabía que él la cuidaría igual o mejor que yo.

«Aunque aceptar aquella relación me había costado lo mío»

—Bueno... cuéntame, ¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Teresa después de que pidiéramos al camarero los entrantes y segundos.

—Sabes que yo no *salgo* con nadie hermanita —negué con simpleza.

Teresa sabía que yo no mantenía relaciones largas, aunque de vez en cuando le daba a entender que salía con alguna chica para no preocuparla demasiado, pero últimamente estaba demasiado obcecada con el tema de que tuviera pareja, ¿Cómo le hacía ver que no existía ninguna mujer en el mundo que me hiciera cambiar de parecer con respecto a ellas?

—Eso es porque no ha llegado la adecuada —respondió llevándose el vaso de agua a los labios e hice un vago intento de sonrisa para no contrariarla.

Ninguna mujer sería adecuada para mi, era así de simple.

—Seguramente —contesté evitando mirarla.

—Si te centraras más en buscarla y menos en tu trabajo, quizá la encontrarías antes de lo que crees —insistió.

—Me gusta mi trabajo —contesté sincero.

De hecho era lo único que me satisfacía.

—Si... quizá demasiado —dijo con cierto atisbo de reprensión en su tono—. Me parece estupendo que intentes escudarte en tu trabajo para no enfrentarte a tus miedos, pero tarde o temprano deberás hacerlo, por mucho que cierres los ojos Alejandro, al final tendrás que aceptarlo.

—¿Aceptar el qué? —exclamé fingiendo desinterés.

—Que tienes miedo de enamorarte —afirmó sin miramientos.

—Que no tenga novia o la haya tenido, no significa que tenga miedo de enamorarme —contesté colocándome la servilleta en las piernas.

—No todas las mujeres son como el abuelo decía, Alejandro.

—Desde luego tú no lo eres —afirmé llevándome la copa de vino a los labios.

—Por favor... —rogó cogiéndome la mano en cuanto devolví la copa a su sitio—. Prométeme que lo intentarás, que al menos tratarás de darle una oportunidad a alguien que entre en tu vida.

No pensaba hacerlo, porque no era un hombre que quisiera precisamente perder el tiempo, pero ella no lo sabría.

—Lo intentaré —afirmé—. Pero no te prometo nada —añadí inmediatamente y observé como Teresa suspiraba.

No me gustaba que se preocupara por mí, sobre todo cuando no había nada por lo que preocuparse porque yo estaba muy bien así; solo, pero a ella no podía negarle mi pasado y menos aún ocultárselo cuando lo había vivido a mi lado, aunque era tan pequeña que probablemente solo tenga ciertos recuerdos escasos y no la veracidad de cómo fueron realmente las cosas.

—Está bien, me conformaré con eso —aclaró antes de que prosiguiéramos con aquel almuerzo y al fin cambiara de tema para hablarme sobre cómo iba la planificación de la boda.

EXTASIADOS EN LA NOCHE

No había vuelto a tener noticias durante el resto del día de Alejandro. Tampoco le vi a la hora del almuerzo, ni coincidí con él en los ascensores o pasillos, seguramente el día anterior fue puramente casual, debía tener una agenda apretada como director de la sede Komarov en Madrid, sabía mejor que nadie la estrecha agenda que llevaba mi padre durante años, llena de constantes viajes que solía hacer casi siempre que podía con mamá, había sido la única forma de que no se divorcieran, aunque la peor perjudicada había sido yo por ser la que tenía que quedarse en casa.

A las cinco recogí mis pertenencias para marcharme, comprobé que el documento seguía en el bolso antes de ponerme la chaqueta que solo me duraría puesta hasta la puerta del edificio donde se acababa el aire acondicionado y me despedí de los compañeros que aún se quedaban un rato más. Apenas les había visto estando recluida en aquella sala a la que nadie entraba, iba a ser bastante monótono los próximos días. Óscar me invitó a tomar algo, pero deseché la idea, tenía que hacer varias coladas, la compra, sacar la ropa de las maletas... no, quizás otro día aceptaría, pero tenía que empezar a poner orden en mi vida y en el apartamento de una vez.

Me calcé las sandalias de nuevo justo antes de bajar las escaleras del metro, fue entonces cuando vibró el móvil, tenía un mensaje, ¿Sería de Alejandro? Un revoloteo en el estómago me indicó que quería que así fuera, lo abrí rápidamente y comprobé que sí, efectivamente era de él.

Alejandro:

«Calle Las Bernardas 7, escalera A, 9º planta. Te espero a las 23.15h, ni un minuto más tarde»

Era una dirección de un piso, apartamento o lo que fuera, pero no era un hotel, ¿Me estaba citando en su casa? Tendría que mirar donde estaba ese lugar nada más llegar a casa y también revisar en las maletas que ropa interior de encaje o seda podía ponerme, recordé en aquel momento el conjunto de satén que me había comprado mamá en un viaje a la India, era de encaje negro con satén dorado, no era seda, pero era muy provocador. Ahora que lo pensaba no recordaba si lo había metido en alguna de las maletas, pero aún no lo había estrenado esperando una ocasión especial y por alguna razón me apetecía querer llevarlo esa misma noche.

Bien, tenía cuatro horas para hacerlo todo, incluido arreglarme. Según google maps tardaría en llegar casi una hora en transporte hasta la dirección que me había facilitado Alejandro, por lo que pensé ir en taxi que solo implicaba veinticinco minutos y ese tiempo que me ahorraba, aunque eso quería decir salir por lo menos cuarenta y cinco minutos antes de casa por si había tráfico, cosa que en pleno centro de Madrid siempre ocurría sea cual sea la hora.

Fuí al supermercado más cercano que tenía, uno en unos grandes almacenes llamados “El corte Inglés”. Tenía una gran variedad de productos, incluso encontré una sección gourmet donde pude encontrar algunas especias sólo de mi país. Pese a estar bastante familiarizada con la comida española encontré que muchos productos a los que en un principio pensé que tendría que renunciar, estaban allí, tales como el Kéfir, té negro, los Blinís que allí se llamaban crepes o el vozka de mi país, ya que ninguno era tan fuerte como ese. No es que bebiera mucho, pero de vez en cuando sobre todo en invierno apetecía.

Guardé la compra en la nevera y en los estantes en cuanto llegué y posteriormente vacié todas las maletas sobre la cama, guardando estas ahora vacías bajo el colchón y sobre el armario. Me había traído mucha ropa, quizá demasiada ahora que la visualizaba amontonada sobre la cama, pero bueno, así no tendría que comprarme nada durante todo el tiempo que estuviera allí.

Comencé a rebuscar entre las prendas para ver si daba con ese conjunto de encaje y satén, hasta que finalmente lo vi aparecer por fin, era una especie de body al estar unida la parte de la braguita con el sujetador, era semi-transparente en las partes del encaje. Pensé con qué podría ponérmelo y al final opté por un top negro ajustado junto a una falda de volantes en tono claro de un tejido caído algo voluminosa y bastante corta, eso daba la sensación de que mis piernas eran aún más largas.

Dejé las prendas sobre el sillón para no volver a mezclarlas, iba a tener un trabajo arduo cuando volviera de aquel encuentro para guardar todo aquello en el armario, dudaba que entrara todo, así que a ver cómo me las apañaba, probablemente tendría que comprar algún tipo de mueble si no quería terminar guardando los zapatos en los estantes de la cocina junto a los cereales. Me duché rápidamente, tenía que lavarme el cabello e iba a tardar la vida en secarlo porque era bastante largo, aunque por suerte no necesitaba mucho esmero para que luciera con unas ondas naturales y graciosas.

«Dios bendiga a la genética»

Eran las diez y media y aún no estaba ni vestida, mi maldita programación mental nunca funcionaba como quería, así que me vestí deprisa y corriendo intentando no manchar las prendas con el maquillaje. Eché un vistazo antes de salir por la puerta por si me olvidaba de algo, aún iba descalza con los tacones en la mano, el apartamento era un completo desastre y eso que llevaba allí dos días.

«En cuanto vuelva lo recojo» quise mentalizarme, aunque a saber a qué hora regresaba a casa ahora que lo pensaba...

Tal como había imaginado el tráfico me haría llegar tarde, pensé en enviar un mensaje a Alejandro, pero ¿Que le iba a decir? “Oye guapo, lo siento pero llegaré tarde porque hay un tráfico de la leche en el centro”. Ya me había dejado claro que no quería excusas, ni retrasos. Si era como mi padre, —cosa que empezaba a ver bastante parecido en su forma de comportarse—, me diría que era mi culpa no haberlo previsto con anterioridad.

Afortunadamente para mi, al salir del centro de la ciudad no había tantos coches y el taxi me dejó en la puerta del gran edificio justo cuatro minutos antes de la hora a la que había quedado, aún no creía en mi suerte así que pagué al taxista y entré corriendo al edificio que estaba iluminado.

Sin lugar a duda eran pisos de lujo, se apreciaba por la calidad de los materiales nada más entrar al hall. Saludé al conserje, que muy amablemente me preguntó hacia dónde me dirigía y me acompañó hasta la escalera A, llamando al ascensor por mí.

Cuando el ascensor abrió las puertas de la novena planta y salí al pasillo, supe al instante que solo había un apartamento en esa ala del edificio, seguramente era un enorme ático. No me sentía abrumada puesto que papá tenía numerosas propiedades por todo el mundo y sin duda alguna, los rusos eran muchos más excéntricos para la decoración que los españoles a juzgar por lo que veían mis ojos, pero era evidente que Alejandro trataba de hacerme ver que era un hombre de dinero o simplemente era un tipo con buen gusto. Tenía que reconocer que la simplicidad me gustaba, aquellos colores neutros y elegantes podrían parecer *sosos*, pero armonizaban con el ambiente y eran más relajantes que el cargado decorado al que estaba acostumbrada en mi país natal.

Golpeé la puerta con los nudillos un par de veces y esperé pacientemente. Miré hacia la derecha donde había un gran ventanal al finalizar el pasillo cuyas vistas daban a una de las calles que rodeaba el edificio. Pensé en acercarme, aunque tal vez lo hiciera más tarde cuando me fuera de allí, a la izquierda había una especie de fuente que simulaba una cascada de agua que recorría toda la pared en su altura, pero en aquel momento no se encontraba en funcionamiento. Volví a llamar más fuerte y entonces pude escuchar unos pasos seguidos de un clic. La puerta se abrió y allí estaba él, hablaba por teléfono vestido con el mismo traje gris azulado que llevaba esa misma mañana cuando le había visto en su despacho. Me hizo un gesto de silencio llevándose el dedo índice a sus labios e invitándome a pasar dentro.

Mientras Alejandro hablaba algo ofuscado y con tono autoritario al móvil, recorrí con la vista el grandioso apartamento. La entrada estaba directamente en el gran salón, todo el frente era acristalado y una doble puerta daba acceso a una habitación cerrada a la derecha. Todo el mobiliario era moderno, algo parecido a los que tenía en mi minúsculo piso, pero aquellos sin duda eran más elegantes. La cocina era americana, integrada en el salón, con encimeras de piedra pulida blanca y acabados de acero con algunos toques de madera de roble. Parecía todo bastante nuevo, pulcro y no había signos de que alguien viviera allí por la frialdad que desprendía a pesar de ser espléndidamente hermoso, tal vez no era su vivienda habitual o era demasiado ordenado. Observé que al final del salón a la izquierda se abría un pasillo, pero me llamó más la atención las escaleras en forma de caracol que nacían en el propio salón, eran de acero y madera laminada cosa que permitía ver a través de sus peldaños el resto de la estancia.

Hice un gesto a Alejandro que a pesar de que hablaba por teléfono parecía observarme y le indiqué si podía subir para investigar qué era lo que había en la planta superior, él me hizo un gesto afirmativo y subí dejando el bolso y la chaqueta en el primer peldaño. Al llegar arriba me encontré con una pequeña sala en la que su decorado eran unos simples sillones, frente a ellos había un par de puertas de vidrio correderas que parecían dar paso a una gran terraza con unas vistas increíbles de la ciudad. El suelo era de madera, conforme salí comprobé que la terraza abarcaba todo el apartamento inferior, adornada con multitud de plantas y flores en el borde del peto para esconder la sobriedad del muro de protección. Había una pequeña piscina privada y al fondo un gran jacuzzi, ambos estaban iluminados e invitaban al observador a meterse en ellos, pude ver algunas hamacas sueltas, desde luego era perfecto para organizar una pequeña fiesta privada.

—¿Te gusta? —escuché en ese instante la voz de Alejandro a mi espalda de forma que me sobresalté al ser inesperado, al menos pensaba que le escucharía llegar y así estaría preparada.

—Si —contesté más calmada.

Noté que él se acercaba hasta dejar su cuerpo pegado al mío, sentía su calor, como emanaba de su cuerpo a pesar de la ropa y provocaba un atisbo de nerviosismo en todo mi ser.

—¿Por qué no me esperas en el jacuzzi mientras me doy una ducha rápida? —preguntó de forma que casi parecía una orden. Su voz sensual tan cerca de mi oído hizo que de inmediato se me mojaran las bragas, el body o lo que fuera que se definiera a la ropa interior que llevaba puesta.

—¿Desnuda? —pregunté provocativamente.

—No —negó—. Déjame quitarte la ropa interior —susurró antes de besarme el cuello y ascender hasta mi oreja donde se entretuvo en el lóbulo metiendo su lengua de forma que provocaba algo irracional en mi cuerpo. Me giré buscando su boca, necesitaba con urgencia que me besara pero él se apartó rápidamente—. Vuelvo en cinco minutos —dijo antes de perderse tras aquellas puertas y dejarme completamente sola en aquella terraza.

Noté un escalofrío en la piel debido a que la fuente de calor que me lo proporcionaba se había alejado, por suerte el agua del jacuzzi estaba templada, así que me deshice de la blusa, la falda y los tacones para introducirme en el.

«Esta noche será inolvidable» me dije cerrando los ojos mientras arqueaba el cuerpo y me relajaba.

Las burbujas del jacuzzi me hicieron abrir los ojos para encontrarme con el dueño de esa mirada penetrante de nuevo, jamás me acostumbraría a que me mirase así, con ese deseo cargado en aquellos ojos azules. Llevaba el pelo mojado, provocando que se viera aún más oscuro de lo que de por sí era y llevaba una toalla atada a su cintura, aún se podían ver las gotitas por su más que musculoso abdomen bien definido y sin un solo rastro de vello. Ese hombre era un semi-dios, comenzaba a creerlo de verdad, porque nadie podía ser tan guapo y estar tan endiabladamente bueno físicamente si era humano, era eso o había hecho un pacto con el diablo ya que definitivamente no era normal.

Le vi descorchar una botella de vino blanco, fue entonces cuando aprecié un par de copas de cristal en el borde del jacuzzi, así que cogí las copas y me incorporé para ayudarle a servir las. El satén del body se me había pegado aún más al cuerpo, noté entonces la intensa y cargada mirada de él al verme y aprecié el bulto en la toalla pero simplemente emití una vaga sonrisa sin decir nada. Saber que ese hombre me deseaba hacía que me sintiera en las nubes, quizás allí en España podría destacar por mis rasgos poco comunes en comparación con el resto de chicas, pero en Rusia casi todas las mujeres poseían los mismos rasgos que yo. Aunque siempre habían dicho que era guapa nunca lo había sentido de verdad hasta ahora, hasta sentir cómo él me miraba pese a reconocer que solo era pura atracción, deseo contenido y que sus intenciones solo eran meramente de índole sexual, con Alejandro me sentía verdaderamente deseada por primera vez y debía reconocer que ese había sido sin lugar a duda el motivo principal de que aceptara aquel dichoso acuerdo.

—¿Por qué brindamos? —pregunté cuando sirvió el vino y dejó la botella a un lado.

—Porque tú y yo, terminemos extasiados esta noche —contestó chocando su copa con la mía mientras aquella frase cargada de promesas se repetía en mi mente constantemente.

Alejandro se deshizo de la toalla a la vez que entraba en el jacuzzi, no podía evitar mirar la prominente erección de su pene. Se sentó frente a mí extendiendo los brazos a los lados, por un momento no sabía qué hacer, ¿Debía ir hacia él?, ¿Esperar a que él lo indicara? Se suponía que no tendría iniciativa propia, ¿O si podría tenerla?

—Ponte de pie —dijo justo en el momento en que estaba dejando mi copa y me animaba a sí misma a ir hasta él. Me coloqué de pie frente a él y noté como el frío que arreciaba a esa hora erizada mi piel, al igual mis pezones que no tardaron en pronunciarse—. Perfecta —gimió mientras me contemplaba.

¿Me consideraba perfecta? Él sí que era perfecto, pero no se lo diría, no quería engrandecer aún más su egocentricidad.

—Ven aquí, siéntate a horcajadas sobre mí —ordenó antes de que pronunciara palabra o queja alguna y lo hice encantada porque ello implicaba volver a meterme en el agua, lo que me hizo entrar en calor enseguida. Era la primera vez le observaba tan de cerca, mis pezones aún erizados chocaban con sus pectorales firmes, había colocado las manos en sus hombros para situarme y todo él estaba duro, estaba tocando músculo bajo la piel. Aquel hombre debía trabajar bastante su cuerpo a juzgar por aquella tableta de chocolate que tenía en su abdomen. Noté su erección en el muslo, eso me hizo sentir un pequeño espasmo en el bajo vientre, seguido de una oleada de calor en el mismo lugar, ¡Joder! Le necesitaba tener dentro de mí o iba a morir de agonía.

Las manos de él comenzaron a subir por mis piernas bajo el agua hasta llegar a las nalgas y me apretó los cachetes del trasero a la vez que me pegaba aún más contra él para que no quedara ni un centímetro de distancia, no lo pude evitar, llevaba deseándolo desde esa misma mañana así que acorté la distancia y devoré su boca. Lejos de alejarse, él respondió con la misma intensidad con la que yo inicié aquel beso, arrasando cualquier resquicio de aquella cavidad con la lengua, luchando para ver quién de los dos ganaba aquella guerra.

Tenía mis manos enredadas en aquel cabello negro como el carbón, pero fui descendiendo cuando noté que él intentaba bajarme los tirantes de la prenda interior. Me alejé momentáneamente de él para darle mayor acceso al contemplar mis pechos, parecía extasiado con lo que veían sus ojos y comenzó a devorar los pezones dando pequeños mordiscos que provocaron gemidos de placer que salían sin poder evitarlo de mi garganta. Apresó uno de los pezones jugueteando con su lengua y me enrosqué con más fuerza en él, cerrando los ojos para deleitarme con aquel momento.

Una de sus manos se coló por debajo del body buscando la fruta del árbol prohibido y yo no pude evitar morder su hombro de puro placer cuando encontró mi clítoris y comenzó a masajearlo bajo el agua.

—Pequeña fiera...—susurró—, ¿También arañas? —preguntó en un tono

entre divertido y pasional.

—Puede ser... —contesté devorando de nuevo su boca.

Nunca había practicado sexo bajo el agua, sería la primera vez y aquello me mantenía expectante. Recorrí con una mano libre su pecho mientras bajaba con la otra hasta llegar a coger su polla, estaba dura pese a estar en el agua y comencé a masajearla mientras repartía besos por su cuello. Escuché el ruido que hizo con la boca al rasgar la funda del preservativo, así que le miré y me indicó que le dejara espacio suficiente para colocárselo.

—Ven aquí, colócate como antes —ordenó cuando volví a meterme en el agua.

—¿No quieres que me lo quite? —pregunté refiriéndome a la prenda de ropa interior que llevaba puesta.

—No, me gusta follar a una mujer que lleve la ropa interior puesta, tenlo presente para buscar prendas accesibles —contestó antes de correr con un par de dedos el body para tener pleno acceso con su polla.

Grité de placer al verme invadida, la sensación era algo extraña, diferente, pero sin duda me gustaba. Comencé a moverme con un ritmo suave al principio, hasta que poco a poco él fue marcando un ritmo más fuerte, donde le cabalgaba introduciendo su polla dentro de mí completamente. Notaba como el clímax se avecinaba, faltaba poco, era ese momento en el que deja de importar todo y solo buscas llegar al culmen máximo sin importar el resto del mundo. Así que cerré los ojos y clavé las uñas en sus hombros mientras sus movimientos fueron más y más rápidos a la vez que bruscos. Volví a gritar de placer cuando lo alcancé, ni siquiera fui consciente de que él también se había corrido hasta que no abrí los ojos y le vi reposando su cabeza hacia atrás, como si estuviera descansando.

—¿Tomas la píldora? —preguntó rompiendo cualquier patético momento romántico si es que éste hubiera existido.

—Si —afirmé porque de verdad la tomaba.

—¿Qué te parece si nos hacemos los exámenes médicos y nos dejamos de

condones? —preguntó con cierta serenidad.

¿Era una pregunta?, ¿No lo ordenaba sin más? Me parecía extraño que alguien como él aceptara mi decisión en cuanto a no utilizar medios anticonceptivos más que la píldora, pero iba a sentir su polla sin impedimentos, solo con pensarlo ya me volvía a humedecer.

—Me parece una idea estupenda —respondí mientras volvía a devorar su boca de nuevo. Me había vuelto repentinamente insaciable, ese hombre definitivamente iba a transformarme en una ninfómana sexual.

PRIMERAS DECEPCIONES

Alejandro apretó mis nalgas contra él tomando impulso y levantándose con una gran agilidad del Jacuzzi, como si no pesara más que una pluma cuando mis sesenta y dos kilos bien distribuidos pesaban los suyos. Me enrosqué a él buscando el calor del cual me había visto privada por el contraste del aire fresco de la noche y para mi placer, no me soltó en ningún momento, salimos del jacuzzi empapados y me llevó en su regazo mientras recorría con pequeños mordiscos su cuello y sus hombros, lamiendo las gotas que caían constantemente de su cabello empapado y provocando la excitación de nuevo.

No era consciente de donde me llevaba, eso era lo de menos, solo quería permanecer en los brazos de aquel cuerpo musculoso durante mucho, pero mucho, mucho tiempo. Noté que entramos en la casa por la tibieza de la temperatura. Debíamos sin duda alguna estar dejando un rastro de agua a su paso conforme nos adentrábamos en la casa porque no nos habíamos secado, pero a él parecía darle igual y a mí aún más si cabe. Solo aprecié que llegamos a la habitación cuando Alejandro me soltó sin delicadeza alguna en aquella mullida cama.

Las sabanas debían ser de seda y al rozar mi piel me estremecí ante tal suavidad extrema. Observé que él parecía mirarme intensamente mientras comenzaba a gatear subiéndose a la cama. Comenzó a quitarme la prenda que aún llevaba puesta a pesar de que mis pechos estuvieran al descubierto y se deshizo de ella con delicadeza.

Colocó cada una de sus manos en mis rodillas y me abrió las piernas para colocarse en medio de éstas ligeramente sobre mí sin llegar a rozarme con su piel.. El mero hecho del roce de su contacto ya me excitaba, ese hombre era puro fuego. No hablábamos, las palabras sobraban cuando el único lenguaje

que se apreciaba era de índole sexual. Alejandro comenzó a lamirme los pezones de nuevo y fue bajando lentamente a través del centro de mi ser, deleitándose en mi ombligo durante demasiado tiempo... me estaba torturando, sin duda alguna quería que de una vez metiera su cabeza entre mis piernas y me devorara, pero allí estaba yo, ansiando más y más de un hombre que ahora me daba pequeños mordiscos en el interior de los muslos, tan cerca de la ingle que casi iba a explotar de deseo.

Me arqueé hacia él, invitándole a adentrarse con su boca, cosa que él no rechazó porque cuando sentí su aliento en la entrepierna un gemido escapó de mis labios y solo fue el inicio de mi fin. Sin duda alguna Alejandro era un experto en devorar clítoris, de eso no había duda. Comenzó de forma suave, con pequeños y juguetones lametazos de su lengua provocando que me arqueara aún más si es que eso era posible e inmediatamente después lo devoró por completo a la vez que introducía sus dedos dentro de mí con suavidad. No pude evitar colocar las manos en su cabello para apretarlo contra mí. Me iba a correr... estaba segura de ello y justo en ese momento noté que se apartaba, iba a protestar, pero mi gemido fue sustituido por uno de enorme placer cuando sentí su polla deslizándose dentro de mí. La reacción de protesta pronto se convirtió en una agonizante suplica de que se apiadara de mi pobre juicio, necesitaba que me follara duramente, salvaje y al parecer mi expresión lo dijo todo porque Alejandro comenzó un ritmo fuerte, tanto que notaba como sus huevos chocaban contra mis nalgas, la sensación era gloriosa, ahora sí iba a alcanzar el clímax sin interrupción alguna.

Estaba aun saboreando el orgasmo cuando definitivamente él debía de haberse corrido un poco más tarde porque noté el peso al lado de la cama cuando Alejandro se desplomó con un suspiro de cansancio.

«Follar así es agotador» ¿Cómo íbamos a mantener el ritmo? «¡Oh! Será agotador, pero bien merece la pena» me dije sonriente.

—Ya puedes irte —dijo de pronto.

Le escuché y parpadeé un par de veces. ¿Había oído bien?, ¿Me estaba

echando? Me incorporé lentamente sentándome en la cama de espaldas a él. No quería parecer una idiota si le preguntaba, seguramente se creería que era una excusa para ganar tiempo. Si no me preguntaba a dónde iba, significaba que mis oídos habían escuchado perfectamente.

Cogí la prenda interior empapada, me tendría que ir sin nada de ropa íntima debajo de la falda y la camiseta. Salí de la habitación en dirección a la terraza, viendo aún el rastro de agua, subí por las escaleras y me vestí en el frío de la noche. En aquel momento una parte de mí sentía cierta aprensión por su desprecio, era cierto que había quedado claro que solo sería sexo, ¿Entonces por qué estaba así?, ¿Por qué me había sentado mal que me echara de esa forma? Suponía que por que al menos esperaba un mínimo de él, que me tratara como a una persona y no como a un objeto, al igual que cuando había tenido aquella consideración de preguntarme si quería que no usáramos condones, en ese momento tuvo en cuenta mi opinión.

Bajé las escaleras de nuevo un poco más calmada, asimilando que si quería sexo con el dios griego, las cosas serían así. No le vi por ninguna parte, seguramente seguiría en la habitación descansando. Pues bien, peor para él, cogí mis cosas que seguían en el primer peldaño de la escalera, abrí la puerta y se marché de allí sin mirar atrás.

Pensaba que arreglar el desastroso apartamento era mejor que tirar toda la ropa al suelo o intentar dormir en el sofá. No por nada, sino porque sabía que solo iba a poder pensar en lo mismo, «Alejandro» y sus formas nulamente educadas de echarme de su casa. Si pensaba en ello me enfurecería más y le daría más importancia de la que realmente tenía, así que la opción de agotar mi cuerpo aún más de lo que ya estaba era lo mejor que podía hacer. Eran las tres de la madrugada cuando colgué la última percha en el armario y caí agotada en la cama.

Cuando la alarma sonó a las siete y media de la mañana y cogí el teléfono para apagarla, vi que no tenía ningún mensaje. Bien, ¿Que esperaba?, ¿Una disculpa? Ni en mis mejores sueños la iba a tener. Tenía que asumir que

Alejandro sólo me quería para follar y punto, quizás era mejor así, jamás me pillaría de él y simplemente disfrutaría del sexo sin remordimientos que él me ofrecía.

Pensé en dormir un poco más, de todas formas podría entrar hasta las diez, así que volví a poner la alarma una hora más tarde y seguí durmiendo un rato más.

—Vaya, hoy se te han pegado las sábanas, ¿no? —dijo la voz risueña de Oscar que me hizo despertar de nuevo.

Había sido mala idea seguir durmiendo, fui al trabajo sin maquillar, con el cabello suelto que afortunadamente me caía algo gracioso en un lado del hombro y me había puesto lo primero que cogí del armario, unos simples pantalones grises, bailarinas negras y una camisa blanca. Cuando vi que eran las nueve y media y que no me quedaba tiempo a llegar, pensar no era una opción.

—¿Tanto se nota? —exclamé con cierta ironía, pero notable evidencia.

—Debo reconocer que estas muy guapa sin maquillaje, incluso me gustas más así, al natural que cuando vas maquillada —terció Oscar y yo rodé los ojos.

—Bueno, pues no te acostumbres mucho porque hoy ha sido la excepción, aunque te lo agradezco —contesté con una sonrisa.

Cuando no me maquillaba la gente pensaba que no tenía más de diecisiete años, simplemente solía hacerlo para parecer más adulta.

—Vale, si te vas a poner así, mejor no digo nada —respondió haciendo un gesto con las manos en señal de prohibido.

—Perdóname Oscar, es que hoy no tengo un buen día —dije acercándome hasta él y le di un beso en la mejilla antes de irme hacia la habitación oscura como había determinado llamarla, puesto que no tenía ventanas aquel cuartucho donde me habían asignado hasta que terminara de clasificar aquellos malditos informes.

Estuve toda la mañana repasando informes y archivando, al menos el

tiempo pasaba rápido, salvo por las veces que solían interrumpirme para que fuera a realizar fotocopias y encuadernar documentos. Bajé a comer a la cafetería, esta vez fui acompañada por Oscar, al levantarme tan tarde no había tenido tiempo de prepararme nada para comer. Mientras me aliñaba la ensalada con frutos secos y mezclaba algunas especias, un aroma conocido me embriagó. Empezaba a reconocer ese perfume, vi una mano masculina rozar la mía para coger el bote de especias que había dejado y me fijé en su reloj de Cartier fabricado en acero con la correa de cuero en negro. Lo reconocí enseguida sin necesidad de mirarle, ¿Acaso quería ponerme nerviosa? Pues no lo conseguiría, agarré la bandeja y me giré buscando la mesa en la que estaría sentado Oscar, no miré hacia atrás reprimiendo mis deseos de hacerlo, simplemente sonreí a lo lejos a Oscar y me fui caminando hasta él aunque probablemente Alejandro ni se estaría fijando en que lo hacía.

—¿Solo vas a comer una ensalada?, ¿No te quedarás con hambre? Te recuerdo que hoy saldrás tarde...

¡Mierda!, no había pensado en eso.

—Sí, luego cogeré algo para merendar, no te preocupes —contesté a Oscar que parecía ser un amor de chico. Me preguntaba si tendría novia, no es que fuera un bellezón, pero tampoco estaba tan mal; castaño, ojos marrones, alto, buen físico, pero parecía ser muy buen chico, del que se porta bien con sus novias y suele ser atento a la vez que amable.

—¿Tienes novia? —pregunté directamente.

—No, hace un año que lo dejamos, ¿Y tú? —terció.

—No, hace casi dos semanas que lo dejé —contesté dando el primer mordisco a mi ensalada.

—¡Vaya! eso es muy reciente, ¿Fue porque te venías a España? —preguntó curioso.

—No, más bien fue porque me engañaba con otra —admití metiéndome en la boca un buen puñado de ensalada. Acababa de darme cuenta que tenía un hambre voraz.

—Perdóname que te diga una cosa, pero tu novio debía ser un auténtico gilipollas si no sabía apreciar lo que tenía delante. Eres preciosa y por lo poco que te conozco no tienes la cabeza hueca precisamente, así que él se lo pierde que quieres que te diga... —respondió con tanta franqueza que me sorprendió.

Comencé a reír estrepitosamente. Menos mal que justo había tragado antes de que Oscar terminara la frase porque de lo contrario estaba segura de haberle escupido la ensalada en la cara, me calmé cuando noté que acaparaba la atención de más de una mirada.

—Perdón —dije colocando una mano en el brazo de Oscar—. Es que nunca había oído esa expresión de cabeza hueca y me ha hecho mucha gracia, pero agradezco tus palabras. Supongo que Dimitrios no era el hombre que pensaba que era —dije con cierta seriedad.

En ese instante mi teléfono vibró y lo saqué del pantalón. Tenía un nuevo mensaje así que lo abrí inmediatamente.

Alejandro:

«En mi despacho. Ahora»

«¡Mierda!, ¿En serio?» Lo busqué con la mirada por el comedor hasta que di con él y vi cómo me miraba intensamente, ¿Que ocurría?, ¿No decía que en la empresa debían actuar como si no se conocieran? Él apartó su mirada y se levantó de la mesa para marcharse, ¿Tendría que seguirle? Era evidente que sí.

—Me acaban de enviar un mensaje urgente, tengo que realizar una llamada. Enseguida vuelvo —mentí mientras me dirigí hacia la zona de los ascensores.

Había más gente esperando al ascensor, pero Alejandro aún estaba ahí. No le miré, sino que me limité a simular que esperaba al ascensor como el resto de personas. Nos montamos en el mismo y conforme fuimos ascendiendo

la gente se fue bajando poco a poco en las plantas inferiores hasta que nos quedamos solos, pero ninguno de los dos dijo siquiera una palabra.

Alejandro salió erguido y serio en dirección hacia su despacho y yo lo seguí detrás, observando lo perfecto y pulcro que le quedaba aquel traje gris marengo con el corte ajustado, marcando su apretado culo que muy bien podía apreciar al no llevar chaqueta. La camisa azul clara era de corte Slim Fit porque no le hacía bolsas a los lados, sin duda todo era a medida para ajustarse a cada centímetro de su piel y que quedara así de perfecto en su conjunto.

Le vi sacar una tarjeta que paso por la puerta y esta se abrió, se parecía a lo de las habitaciones en los hoteles, no sabía que el mecanismo de los despachos de dirección funcionara también así.

—Pasa —ordenó mientras permanecía con la puerta abierta. Cuando entré cerró inmediatamente y no supe qué hacer, ¿Me dirigía hacia la mesa y me sentaba?, ¿Me daba la vuelta y le esperaba? No tuve que hacer nada porque me cogió del brazo antes de que diera un paso más y me dio la vuelta para enfrentarme a él—. ¿A qué crees que estás jugando? —Exclamó y no entendí su reacción, yo no había hecho nada—. ¿Estás rompiendo una cláusula del acuerdo?

—No —respondí tajante—. No sé a qué viene esto, me dijiste que debíamos actuar como si no nos conociéramos y eso hago—. ¿Me estaba montando aquella escena por no haberle mirado en la cafetería?

—¿Ah, no?, ¿Y qué hacías con ese chico en la cafetería? —exclamó mientras con sus ojos azules me miraba fijamente.

—¿Oscar? —pregunté anonadada—. Es un compañero de trabajo, solo estábamos comiendo juntos, ¿O es que eso también estaba prohibido en el acuerdo? —ironicé.

—He visto cómo flirteabas con él —contestó tajante.

—¿Me estabas observando? —pregunté y no lo negó, no todavía.

—Así que no lo niegas... —me acusó.

—Yo no flirteaba, solo me dijo algo gracioso que no había escuchado antes y me reí, pero no sabía que reír era un delito en este país —dije recriminándole su comportamiento y soltándome de su agarre—. Entre Oscar y yo no hay nada, ni lo habrá —aseguré aunque no sabía porque tenía que decirlo—. Y una vez aclarado este asunto, me voy —tercié.

Iba a marcharme de allí y cuando quise dar un paso hacia la puerta, él me lo impidió de un solo movimiento, me apresó entre sus brazos y devoró mis labios en un beso feroz, como si hubiera estado conteniendo una furia que debía desbocar de alguna forma y lo expresaba en aquel beso.

Me había cogido desprevenida, no lo esperaba, jamás pensé que Alejandro se atreviera siquiera tocarme si nos encontrábamos en alguna parte del edificio Komarov, así que tardé tres segundos en reaccionar, pero mi instinto solo fue el de pegarme aún más a él y a su candente cuerpo.

CELOS INQUIETANTES

Alejandro estaba literalmente violando mi boca con su lengua y simplemente me encantaba que lo hiciera. Jamás había sentido tanta pasión demostrada en un hombre, no es que tuviera un largo historial con el que comparar, pero a todas luces él salía vencedor con creces.

Sentí como era elevada del suelo y me enrosqué a su cuerpo en lo que aquel pantalón que me había colocado esa mañana me permitía hacer. Si lo hubiera sabido me habría puesto falda para poder tener un mejor acceso a su entrepierna, aquel maldito pantalón no me permitía rozarle todo lo que buenamente quería. Se me escapó un gemido cuando él me apretó fuertemente las nalgas antes de dejarme sobre la mesa de su escritorio, provocando que todo lo que había encima se cayera al suelo. Lo supe por el ruido que provocaron todas aquellas cosas, porque estaba demasiado concentrada en su boca para prestar atención y perder el tiempo en aquello.

Empecé a desabotonar la camisa de Alejandro para tener un mayor acceso a su musculoso abdomen, cuando iba por el cuarto botón, el teléfono del despacho comenzó a sonar y noté como ralentizaba sus movimientos de manera que cada vez me besaba de forma más suave hasta que dejó de hacerlo.

—¿Si? —contestó.

Había alargado el brazo hasta coger el teléfono inalámbrico de la base donde estaba colocado pero no se había movido, manteniéndose entre mis piernas mientras le observaba.

—Que no tomen ninguna decisión hasta que esté allí, salgo inmediatamente de mi despacho —terció de forma implacable que casi daba miedo y colgó la llamada sin esperar respuesta para comenzar a abotonarse de nuevo la camisa que yo le había desabrochado parcialmente—. Ve a esta dirección cuando salgas del trabajo —dijo entregándome una tarjeta que se

había sacado del bolsillo trasero del pantalón cuando terminó de acomodarse la ropa—. Son rápidos y están avisados de que irás hoy mismo a realizarte los exámenes. Te harán las pruebas y tendrás los resultados en dos horas, ya está todo pagado —confirmó.

Miré la tarjeta que me había entregado mientras bajaba de la mesa, le observé fijamente ya que al llevar el pantalón tan ajustado se notaba aún más su evidente erección, él pareció algo contrariado al respecto, debatiéndose entre salir así o no de su despacho, al menos era la sensación que daba.

—Tengo que irme —aclaró, a lo que no supe si se refería a que no podíamos terminar lo que habíamos empezado o que debía marcharme inmediatamente. Opté por acogerme a la segunda opción, aunque prefería que se refiriera a la primera.

—Sí, me voy —tercié—. Tengo que volver al trabajo —dije mientras me separaba y salía del despacho.

No puso objeción, ni me frenó antes de que saliera aunque lo deseara. Imaginé que ya habría otra ocasión de continuar con lo que habíamos comenzado, aunque dudaba que fuera en su despacho. Aún no me creía que él hubiera estado dispuesto a follarme allí mismo, sobre su mesa, ¿No fue él quien dijo que no tendrían ningún tipo de acercamiento en la empresa? No había quien entendiera a ese hombre y menos aún, que le hubiera reprochado que fuera a comer con un compañero de trabajo, como si de un ataque de celos se hubiera tratado. Si no fuese porque Alejandro Álvarez jamás sentiría nada por ella, pondría la mano en el fuego porque estaba celoso de Óscar, pero no, eso jamás ocurriría.

La clínica estaba a cuatro paradas en metro del trabajo así que cuando terminase la jornada saldría directamente hacia allí. Dado que ese día terminaría más tarde probablemente no llegaría a casa hasta las diez de la noche si la cosa se alargaba. Me reconforté sabiendo que al menos el piso estaba ordenado por primera vez desde que había llegado por lo que podría tumbarme en el sofá, cenar tranquilamente y ver alguna película. Si, necesitaba

un plan tranquilo urgentemente.

Bajé a la cafetería y Óscar ya no estaba, seguramente habría vuelto al trabajo, así que cogí un par de snacks para no pasar hambre durante la tarde y subí de nuevo a la planta del edificio donde se ubicaba mi puesto, de nuevo a la habitación oscura. Justo antes de entrar vibró mi móvil. Un nuevo mensaje de Alejandro, eso seguramente implicaba una cita.

Alejandro:

A las 22.00 pm. Misma dirección de anoche.

¿A las diez? Imposible. Si salía de trabajar casi a las siete y tenía que llegar a la clínica y esperar los resultados....

Irina:

Termino de trabajar tarde, si voy a la clínica y espero los resultados no podré llegar a tiempo. Tardo en llegar cuarenta minutos en transporte público.

Sabía que le diría que eran excusas, se estaba adelantando a su respuesta pero si le conocía como comenzaba a hacerlo, sería lo que respondería.

Alejandro:

Avísame cuando terminen de hacerte las pruebas. Te recogeré en la clínica.

¿Me recogería él?, ¿Perdería su apreciado tiempo por mí? Por un momento creí haber leído mal y releí la respuesta. No, había leído bien desde el principio. Alejandro se estaba ofreciendo a llevarla. Vale que era para un mayor beneficio de sí mismo, pero jamás hubiera pensado que él estaría dispuesto a ofrecerse para hacerlo. Antes hubiera creído que me pagaba un

taxi o enviaba un chofer que me llevara antes de ofrecerse él para dicha tarea.

Pasé la tarde encerrada en aquella habitación oscura, había encontrado un informe interesante y lo dejé apartado para revisarlo al día siguiente. Mi intuición me decía que era algo importante en lo que perder un poco más de tiempo para su investigación, podría decirse que tenía un sexto sentido para esas cosas, tal vez fuera herencia de mi padre.

El pasillo estaba levemente iluminado, todo el mundo se había marchado a casa. Esperaba no volver a llegar tarde nunca más, porque tenía un hambre voraz que casi me comía una vaca si me la ponían delante y eso que no era de comer mucha carne. Además de que me sentía más cansada que otros días, como si hubiera trabajado más horas cuando habían sido las mismas.

Tomé el metro hasta la clínica privada donde iba a realizarme los análisis. Me apetecía poco y nada tener que aguantar los pinchazos y menos justo ese día que estaba agotada, pero al menos tendría un par de horas para ir a tomar algo mientras esperaba los resultados de las pruebas.

La clínica se encontraba en un edificio de aspecto clásico, seguramente antiguo pero reestructurado a juzgar por su fachada con un acabado de revoco esgrafiado que imitaba grandes bloques de piedra. Junto a las cornisas y molduras de yeso le daban un aspecto elegante que sin duda aumentaba el valor del edificio.

—Hola —saludé nada más entrar—. Soy Irina Suárez y creo que tengo cita para realizarme unos estudios médicos —mencioné a la recepcionista.

—Sí señorita Suárez, la estábamos esperando. Por favor, siéntese en la sala de espera y enseguida le atenderemos —contestó la chica amablemente.

No tuve que esperar mucho antes de que atendiera un médico joven, el doctor Ibáñez que por su aspecto debía pasar de los treinta pero sin rozar los cuarenta años. Al parecer no solo iba a hacerme los análisis, eso fue lo primero que me hicieron tras extraerme sangre para someterla al proceso mientras me hacían el resto de pruebas que supuestamente estaba incluido que debían realizarle en el informe.

«Maldito Alejandro por no advertirme de nada»

Me realizaron un examen ginecológico exhaustivo, aunque hacía cuatro meses que no me realizaba uno, justo desde que solicité la píldora para no sufrir dolor premenstrual, no puse objeción porque quería saber egoístamente que todo estaba bien, de hecho me quería realizar uno yo misma después de descubrir que Dimitrios me engañaba, solo que no había tenido tiempo de hacerlo.

Le envié un mensaje a Alejandro en cuanto me extrajeron sangre para que tuviera en cuenta la hora. Ilusa de mí que había pensado que tendría tiempo de ir a tomar algo cuando evidentemente no fue así por el resto de pruebas que me hicieron y la larga charla sobre las píldoras anticonceptivas que había en el mercado siendo unas más beneficiosas que otras que me dio el doctor. Finalmente me recetó unas nuevas píldoras que serían más adecuadas por tener menos efectos secundarios que las que estaba tomando, aunque yo lo único que quería era largarme de allí y meterme en el primer restaurante que encontrara.

Mi estómago decidió sonar sin poder evitarlo en aquel momento y me avergoncé de ello.

—¿Puedo deducir que tienes hambre? —preguntó el doctor Ibáñez sonriente.

—Creo que sería capaz de comerme una vaca ahora mismo —contesté sincera—. Y le garantizo que no me entusiasma la carne.

Las risas por parte del médico me hicieron comenzar a reír a mi también por confesar en voz alta mis pensamientos.

—¿Que te parecería si te invito a cenar esta noche, Irina? —preguntó de pronto haciendo que me quedase paralizada, ¿Se trataba solo de cortesía?

—No creo que sea adecuado... —respondí sin saber exactamente qué se supone que debía contestar en esos casos.

—¡Oh vamos! —exclamó—. Espero que no te cohíba el hecho de que te haya realizado una inspección ginecológica. Ese es mi trabajo y te prometo que no he tenido segundas intenciones al hacerlo, pero sé reconocer la belleza

de una mujer cuando la veo —añadió mirándome fijamente a los ojos.

«¡Mierda!, el doctor Ibáñez me estaba proponiendo una cita»

—Es que tengo planes para esta noche —contesté con sinceridad puesto que era verdad que los tenía. Pese a que aquel médico me parecía atractivo no era comparable con Alejandro, ni de lejos.

—¿Tal vez en otra ocasión?, ¿Quizá mañana? —Insistió.

—Yo... —susurré ciertamente cohibida.

—No hace falta que contestes ahora, te llamaré. Después de todo tengo tu teléfono en la ficha que rellenaste con tus datos —confesó antes de guiñarme un ojo mientras me acompañaba hasta la recepción para darle los papeles que había rellenado a la recepcionista—. ¡Alejandro!, ¡Que sorpresa verte por aquí! —exclamó quedándome paralizada al verle de nuevo allí.

—¡Marcos! —contestó Alejandro saludando al doctor Ibáñez que desconocía que se llamara así—. Vine esta mañana pero me dijeron que no estabas en tu consulta, me habría gustado verte.

Les observaba a ambos mientras hablaban como si de un partido de tenis se tratara, ¿El Doctor Ibáñez y Alejandro se conocían? Quizá por eso había ido allí, porque en la clínica estaba su amigo de confianza, ¿Se atrevía a exponerme ante sus amigos? Eso era cada vez más extraño, si tanto trataba de ocultar la relación secreta que manteníamos, ¿Por qué iba a llevarme a un lugar donde conocía al médico que me atendiera?

—Sí, discúlpame un momento —dijo el doctor Ibáñez dirigiéndose a mí que hasta el momento había permanecido cerca de ellos en silencio—. Laura te dará el impreso con la receta de la nueva píldora, tendrás suficiente para seis meses, pero si quieres seguir tomándola pide cita y te la daré de nuevo.

—¿Nueva píldora?, ¿Todo está bien? —preguntó Alejandro y no supe a quién se dirigía exactamente si al doctor que era su amigo o a mí.

—¿Os conocéis? —preguntó el doctor.

—Si —Se adelantó a decir Alejandro antes de que yo respondiera.

—¡Ah, vaya! —exclamó—. No lo sabía —declaró sincero el médico,

cosa que agradecí porque eso significaba que Alejandro no había explicado la situación, aunque ahora entendía porqué había intentado tener una cita conmigo. Si lo hubiera sabido no habría insistido en ello—. ¿Estáis juntos? —preguntó directamente haciendo énfasis en la palabra juntos, refiriéndose claramente en si éramos pareja.

—Sí —afirmó la voz seria de Alejandro que hizo que hasta se me erizara el vello de los brazos. Nosotros no estábamos juntos, al menos no como el doctor Ibáñez lo imaginaba.

—Ahora entiendo porqué te negabas a cenar conmigo —dijo mirándome directamente y yo enrojecí de vergüenza, ¿Por qué demonios tendría que haberlo mencionado delante de él?—. Todo está bien Alejandro —afirmó—. Solo le receté una versión mejorada de la píldora que estaba tomando, pero no te preocupes, imagino porqué os habéis realizado los análisis y por parte de ella todo está correcto —añadió entregándole los documentos a la recepcionista—. Os dejo, tengo un par de pacientes más que atender antes de marcharme a casa. Te llamo uno de estos días y quedamos ya que hace tiempo que no jugamos, ¿Ok? —Marcos miraba a Alejandro que parecía haberse quedado estático.

—Sí, claro —contestó de inmediato—. Hace tiempo que estoy oxidado y no estaría de más jugar un partido.

Salimos de la clínica y seguí silenciosamente a Alejandro que caminaba un par de pasos por delante de mí. Suponía que nos dirigíamos hacia donde quiera que hubiera estacionado su vehículo, cuando llegamos hasta un elegante Audi A6 de color azul oscuro que parecía negro con asientos de cuero tapizados en beige claro no me sorprendió, aunque me habría gustado que no hubiese sido tan predecible.

Me senté en el asiento del copiloto en cuanto me indicó que subiera y esperé a que arrancara el coche. Noté que no lo hacía y entonces le miré, parecía serio como si intentara controlarse ante un ataque de furia o algo similar.

—¿Me puedes explicar por qué razón Marcos te invito a cenar? — exclamó con evidente tono de ironía en sus palabras, era como si me recriminara que había sido yo la culpable de que su amigo me hubiera realizado la propuesta.

—Tenía hambre, de hecho tengo hambre —afirmé sinceramente—. Te recuerdo que apenas pude comer en el almuerzo porque te seguí a tu despacho —le recriminé—. El doctor Ibáñez solo intentó ser amable tras escuchar los ruidos que hacía mi estomago mientras me examinaba. —Y probablemente había sido por eso, no quería dárme las de presumida, no admitiría que me había tirado los tejos intencionadamente.

—¿Amable? —exclamó llevándose una mano al cabello para peinárselo hacia atrás—. Conozco a los hombres como él, Irina. Quería follarte.

—¡Bueno! —grité—, ¿Y qué si es así? Le dije que no, así que no entiendo porqué tenemos que hablar de ello.

—¿Por qué te negaste? —preguntó mirándome fijamente.

—¿Es de obligado cumplimiento que responda? —pregunté—. Lo único que necesitas saber es que me he negado. Tenemos un acuerdo y no seré yo quien lo rompa.

Ni de coña admitiría que era porque por ahora solo tenía ojos para él. No. Ni hablar. Admitir al propio Alejandro que ardía en deseos por él solo serviría para engordar su ya de por sí magnánimo ego.

Fuimos todo el camino en silencio, quizá era mejor así porque estaba segura de que mantener una conversación civilizada con Alejandro era misión imposible. Solo servía para tener sexo y para discutir. Intuía que él era un hombre de pocas palabras, ¿Habría tenido una relación seria alguna vez? Quizá su comportamiento fuera distinto si me considerara de otro modo y no como una oportunista que hacía aquello por beneficio propio. O tal vez no, quizá Alejandro era así y no sabía cómo tratar a una mujer, fuera cual fuese la razón nunca lo descubriría porque pasados los nueve meses me iría de allí y no volvería a verle.

—¿Puedo darme una ducha? —pregunté cuando entré en el apartamento una vez que él abrió la puerta.

—Sí, pediré algo para cenar mientras tanto —contestó pacientemente y me dirigí hacia el baño de la habitación principal.

Cerré la puerta del baño mirándome al espejo, tenía un aspecto desaliñado, pero teniendo en cuenta que no me había maquillado ese día tampoco estaba tan mal después de todo para lo cansada que me sentía.

«¿Qué estás haciendo Irina?» Me pregunté mientras comenzaba a desvestirme dejando la ropa sobre la encimera del lavabo.

El agua de la ducha salía a bastante presión, de forma que los chorros calientes me relajaban los músculos. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí debajo, pero perdía la noción del tiempo cuando me sentía tan bien, era como si me transportara a otro lugar, así que cuando sentí unas manos rodeando mi cintura me sobresalté.

—Cssh —susurró en mi oído mientras sentí una presión en la parte baja de la espalda de lo que sin duda alguna era la prominente erección de Alejandro. Me estremecí ante su contacto y me giré lentamente para encontrarme frente a frente con el dueño de mis delirios.

—Acabarás volviéndome loco —jadeó con voz ronca antes de que acortará la distancia que separaban sus labios de los míos.

LA CARNE ES DÉBIL

Sentí la pared fría del azulejo chocando contra mi espalda y me vi apartada del chorro de agua caliente para ser presionada en su lugar por un cuerpo ardiente. Me alzó las piernas y las enrosqué a su alrededor mientras mi boca era avasallada por la lengua de Alejandro. Apenas podía respirar de la agitación que sentía. Le necesitaba, era consciente de que lo que había comenzado en el despacho esa misma mañana me había torturado mentalmente durante toda la tarde y mi cuerpo reclamaba que él acabara con aquel infierno de una vez. Solo ese dios griego tenía la cura para mi anhelo, quizás él acabaría loco, pero desde luego no sería el único si seguíamos así.

Agradecía los brazos fuertes y musculosos de Alejandro porque me mantenían firme mientras podía explorar con caricias su cuerpo, recorriendo la parte alta de sus pectorales, sus hombros... hasta finalmente enredar mis manos en su cabello ahora empapado para profundizar con una mayor pasión aquel beso, como si con ello demostrara la necesidad que tenía de que me poseyera.

Sentí como abandonaba momentáneamente mis labios para repartir una serie de besos hasta llegar a mi oreja.

—Llevo toda la tarde deseando hundirme dentro de ti —susurró mientras bajaba hacia mi garganta.

No pude evitar gemir al conocer ese detalle, el ardor que sentía en mi bajo vientre le aclamaba, los flujos que era incapaz de controlar delataban que estaba más que preparada para recibirle, la espera por que se adentrara dentro de mí era agonizante.

—Sé lo que quieres —volvió a susurrarme—. Pídemelo —ordenó mientras seguía

rozando con sus labios la piel de mi cuerpo provocando mi deleite.

Gemí de nuevo arqueándome hacia él, buscando el contacto entre ambos, tratando de que se adentrara dentro de mí, pero Alejandro me torturaba negándome su entrada, pellizcándome los pezones de por sí erectos por la embriaguez de excitación.

—Pídemelo —insistió—. Quiero que lo desees de verdad —volvió a repetir esta vez mirándome fijamente a los ojos.

Soy débil, mi carne era débil porque definitivamente me moría de ganas porque me poseyera.

—Quiero tenerte dentro de mí —susurré mientras besaba su cuello—. Quiero tu polla hundiéndose en lo más profundo de mi ser. Quiero que me folles y lo necesito ya —exigí justo antes de devorar sus labios.

Aquella confesión pareció surtir efecto porque al instante sentí como Alejandro se hundía y ambos gemíamos de placer al sentirlo de verdad.

«Esto era el paraíso, el puto paraíso». Gemí en mis pensamientos.

Noté las manos de Alejandro abriéndome los muslos con sus dedos para penetrarme más profundamente y me extasiaba con cada una de sus embestidas rozando el puro placer con ello y casi alcanzando el éxtasis. Mis gemidos eran acallados de vez en cuando por sus besos cuando no estaba elogiando alguna parte de mi cuerpo con sus labios. Iba a correrme de un momento a otro, sentía esa sensación previa al clímax que conocía perfectamente y lo estaba viviendo en aquel preciso instante hasta que exploté, y me dejé caer no siendo dueña de mi propio cuerpo por un instante. Notaba los leves espasmos del útero debido al estrepitoso orgasmo que acababa de tener y escuché como Alejandro emitía un gemido gutural justo antes de abrazarse a mi cuerpo en una última embestida. Supe que se había corrido cuando noté el líquido caliente dentro de mí.

No pasó más que un instante antes de que se alejara, se diera la vuelta y comenzara a enjabonarse. ¿Qué se supone que debía decir después de protagonizar un encuentro sexual así de intenso?

«Ha sido apoteósico, maravilloso y estoy deseando repetirlo» No,

demasiado halagador para Alejandro.

Le imité como una autómatas y volví a enjabonarme a pesar de que ya lo había hecho antes de que él llegase, pero alargué el momento gozando plenamente de las vistas que él me proporcionaba. Alejandro era como esas esculturas griegas marcadas por los músculos que se exponían en los museos de Italia o París y que tan bien salían retractados en los libros. Si, se parecía bastante teniendo en cuenta que también estaba tan duro y era igual de frío que esas figuras de mármol.

—Cenemos —exigió en cuanto se aclaró el jabón con agua.

Volví a las exigencias, a las órdenes. Aunque comenzaba a acostumbrarme a su carácter y no me sorprendía era un tanto desquiciante.

Fuimos hacia la cocina envueltos en toallas de baño y con el cabello aún mojado. Había un par de bolsas en la encimera de la cocina, pronto entendí que se trataba de comida que habían traído a domicilio. Varias bandejas de Sushi se encontraban en su interior, adoraba el sushi así que se me iluminaron los ojos cuando vi la gran cantidad que había de comida teniendo en cuenta que solo éramos dos.

—¿Esperamos a alguien para cenar? —pregunté al ver las ocho bandejas que había sacado de las bolsas.

—Dijiste que tenías hambre —contestó mientras se dirigió hacia un botellero de la cocina y elegía una botella de vino del estante.

—¿Dónde están las copas? —pregunté inmediatamente.

No quería estar ociosa y ya había abierto todas las bandejas, al parecer íbamos a cenar en la encimera de la cocina que servía de office al tener unos taburetes.

—En aquel estante —respondió señalándome el lugar. Cogí las copas y las coloqué en la encimera mientras Alejandro descorchaba el vino.

Cenamos con palillos, limitándonos a hablar de vez en cuando sobre la comida y el vino. Empecé a sentirme incómoda por el muro impenetrable que suponía aquel hombre en su conjunto.

De toda la comida que representa el sushi, mis favoritos son los maki de salmón por lo que fui a coger el último que quedaba en la última bandeja, pero él se adelantó siendo más rápido que yo y lo alejó de mi. Exclamé un profundo quejido de nostalgia por perder el último de mis bocados preferidos, pero Alejandro no se lo comió sino que me miró con cierta diversión o al menos era la sensación que me daba por la expresión de sus ojos.

—¿Lo quieres? —preguntó en un tono que no supe identificar del todo.

—Sabes que lo quiero —aseguré siendo más que evidente porque me los había comido casi todos.

—¿Y qué harías para conseguirlo? —preguntó con la mirada fija en mis labios.

¿Qué haría?, ¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

Estaba segura de que él ya tenía una idea sobre lo que quería a cambio.

—Follarme tu boca. —Fue toda respuesta.

«¡Joder!», grité interiormente. Menuda forma de pedirle sexo oral. Aunque reconozco que había sentido un calambre en la parte más íntima de mi ser tras escucharle decir aquello y más aún teniendo en cuenta en cómo parecía devorarme con aquella mirada intensa.

—Quítate la toalla y arrodíllate —ordenó con voz ronca y medio rota.

Observé cómo se ponía de pie y se deshacía de su toalla atada a la cintura dejando su enorme polla casi erecta al aire libre. Obedecí a su petición arrodillándome sin dejar de mirarle a los ojos, sabía y era plenamente consciente que hacerlo le excitaría aún más.

¿Por qué me lo pediría ahora y no anteriormente? Era consciente que a los hombres les gustaba que le practicaran sexo oral e incluso me había sorprendido que no me lo hubiera exigido con antelación.

—He deseado follarme esa boca desde que te vi en aquel ascensor —confesó repentinamente mientras me colocaba las manos en la cabeza para guiarme hacia su erección.

Abrí instintivamente la boca y lubriqué con saliva su miembro provocando que el deslizamiento tuviera mayor fricción y fuera aún más suave. Un gemido por parte de él me hizo fijar la vista hacia arriba y vi como inclinaba la cabeza hacia atrás, pero sus manos me apretaban para que hundiera aún más su polla en mi garganta. Coloqué una mano en su miembro para acompañar el movimiento de los labios y jugueteé con la lengua mientras que con la otra mano empecé a acariciar sus testículos.

—¡Oh, Dios! —exclamó cuando apreté los labios con mayor fuerza metiéndome toda su polla en la boca. Estaba segura de que le faltaba poco para que se corriera, podía notar su dureza y en un segundo se apartó de mí antes de que pudiera reaccionar, de un solo movimiento estaba sintiendo el frío mármol de la encimera en mi trasero y justo después se hundía dentro de mí—. Pienso follarme tu boca cada día, tenlo por seguro —jadeó antes de fundir sus labios con los míos en un rudo y basto beso.

Mordí su labio inferior por el placer como contestación por el placer que me estaban provocando sus fuertes embestidas. Literalmente me estaba empalando contra la encimera de la cocina y ahogaba los gemidos en sus labios. Noté el sabor férreo de la sangre en su lengua y eso pareció provocar que Alejandro me besara aún con más pasión. Me aparté ligeramente de él para arquearme hacia atrás, dejando todo el cuerpo expuesto a la vista de él y sentí una de sus manos rozando mis pezones, los pellizco salvajemente ante mi respuesta y posteriormente siguió bajando con sus dedos buscando el lugar donde sabía que estallaría de placer. El suave roce de sus dedos eran pura magia, grité de placer al alcanzar el clímax y solo cuando recuperé el sentido de mi cuerpo comprendí que él había dejado de moverse suponiendo que también lo habría alcanzado.

Cuando me reincorporé observé una gota de sangre en su labio y la retiré con el pulgar tratando de ser delicada en el proceso.

—¿Te duele? —pregunté siendo consciente de que me había dejado llevar demasiado por la pasión, yo nunca hacía esas cosas, al menos no las

hacía hasta ahora.

—No —negó sin dejar de observarme, aún le podía sentir dentro aunque sin duda alguna ya no me llenaba y su erección estaba menguando.

—Me iré a casa ahora, así no tendré que coger un taxi —dije inmediatamente recordando que la noche anterior me había echado literalmente de aquella casa y no estaba dispuesta a que volviera hacerlo, prefería irme yo misma por mi cuenta.

—¿Iras en transporte público?, ¿A estas horas? —preguntó como si estuviera confuso.

—Sí —afirmé—. Si no quiero dejarme el sueldo en taxis, es mi única opción. Este piso no está precisamente al lado de mi casa.

—Vístete. Te llevaré a tu casa —ordenó con gesto serio.

¿Me iba a llevar él?, ¿Por qué? Estaba segura de que no movería un solo dedo para hacerme un favor o facilitarme las cosas, mucho menos perder el tiempo llevándome a alguna parte que no fuera en su propio beneficio, pero que se ofreciera a hacerlo me dejó anonadada.

—No hace falta, puedo ir en metro —aseguré—, aún faltan veinte minutos para que cierre —advertí mirando la hora en el reloj del móvil, por alguna razón no quería que Alejandro supiera donde vivía.

—He dicho que te llevo —dijo a modo de orden y con aquella frase entendí que no había lugar a discusión. No tendría más remedio que darle mi dirección.

—¿Vives aquí? —exclamó Alejandro mirando detenidamente el edificio desde el coche detenido en la puerta con las luces de emergencia accionadas. Estábamos en plena avenida de Gran vía, donde el tráfico continuo y la falta de aparcamiento siempre estaban latentes a cualquier hora del día.

—Si —afirmé secamente sin dar explicaciones.

—¿Puedes permitirte con tu sueldo vivir aquí? —preguntó extrañado.

Ya empezaban sus sospechas. Nadie en su sano juicio aceptaría que una simple becaria viviera en pleno centro de Madrid. El alquiler del apartamento

costaba seis veces mi sueldo de becaria.

—Dijimos que no habría preguntas sobre nuestra vida personal, ¿Recuerdas? —contesté recordándole a él mismo sus propias normas.

No le podía decir que lo pagaban mis padres, eso haría que me investigara a conciencia y al final averiguase mi verdadera identidad y con ello, mi tapadera en la empresa se iría al traste.

Observé como frunció el ceño, no parecía gustarle mi respuesta, pero no tendría más opción que acatarla, eran sus reglas. A saber qué estaría pensando él para justificar que una chica sin recursos viviera en aquel edificio, seguramente la idea más simple, —que era que se lo pagaban sus padres— no había pasado por su perversa mente.

—Hasta mañana señor Álvarez —dije despidiéndome mientras abría la puerta del coche.

—Hasta mañana —respondió en un tono que me pareció algo extraño y distante.

Esa noche conseguí dormir temprano y del tirón, después de hablar con Nadia largo y tendido sobre la tóxica relación que estaba manteniendo con Alejandro, mi amiga insistió en que cuando su actitud ególatra superara mis ganas de tener sexo le enviara literalmente a freír puñetas y tuve claro que llegado el caso; lo haría.

¿QUÉ ESTÁ HACIENDO ESA RUSA CONMIGO?

POV ALEJANDRO

Decidí poner algo de música clásica mientras volvía conduciendo a casa porque en aquellos momentos sentía una ira completamente irascible hacia todo hasta el punto de apretar el volante del coche y sentir como éste se hundía entre mis dedos a pesar de la rigidez.

«Qué cojones me está haciendo esa rusa» pensé mientras intentaba sacudirme la cabeza para dejar de pensar en ella.

Pensé que tras un par de polvos me habría cansado de ella, como siempre hacía cuando repetía con alguna mujer, algo que era muy infrecuente en mi caso, pero con Irina era diferente, cada vez que la veía sentía un irrefrenable deseo de hundirme en ella casi incontrolable. Por más que sabía que era una interesada, por más que conociera de sobra sus razones por las que solo estaba haciendo aquello para escalar en la empresa, no podía evitar que el deseo me cegara a pesar de detestarlo.

Era consciente de que lo que me hacía sentir estaba muy lejos de ser amor, aquello era puramente de índole sexual, pero por primera vez había experimentado algo parecido a los celos con una mujer que no era mi hermana, es más, era completamente diferente la sensación de posesión que me invadía respecto a Irina que el sentimiento fraternal que le profesaba a Teresa.

Cuando la vi esta mañana en la cafetería con ese cabello suelto y sin una sola gota de maquillaje, solo deseaba tocarla, de hecho lo hice disimuladamente al servirme el almuerzo, pero me había ignorado y aquello solo provocó que mi deseo aumentara hasta el punto que no podía apartar la vista de ella, así que cuando la escuché reír junto al tipo con el que estaba, deduje que debía tener una aventura con él o buscaba tenerla, de lo contrario

¿Por qué estaría coqueteando de aquella forma con ese tío?

Había roto mi propia norma citándola en mi despacho. Me había impuesto no tener ningún encuentro con ella dentro de Komarov y de hecho me estaba jugando el cuello si aquello trascendía, era consciente de que el acuerdo al que ambos habíamos llegado por muy beneficioso que fuera para ambos, de saberse terminaríamos fuera de la empresa, pero aquella mujer conseguía nublar mi juicio y tomar ese tipo de decisiones irresponsables de las que yo siempre me he vanagloriado de no poseer.

¿Qué es lo que tiene Irina Suárez para que muera de deseo cada vez que la veo?, ¿Qué es lo que la hace diferente a las demás?

Era consciente de que ese rostro junto a las curvas perfectas de su cuerpo eran un gran aliciente, pero había algo en ella... algo cada vez que la miraba que no sabía cómo definir, pero me embriagaba y me hacía querer desear más, infinitamente mucho más de esa mujer con largas piernas.

Tal vez fuera ese aire de pureza que sabía sobradamente que era pura fachada porque de inocente no tenía absolutamente nada, probablemente tuviera un largo historial de amantes dada su experiencia en la cama. La chica era una fiera... una gata salvaje y desde luego pensaba vanagloriarme de ello hasta la extenuación si es que aquello era posible. Con cada encuentro me sorprendía aún más no sentirme hastiado de su cuerpo, de hecho, contaba las horas hasta que volviera a verla y probablemente tuviera que cambiar de apartamento para facilitarle las cosas porque no estaba dispuesto a ejercer de taxista continuamente, iba a concederle la mínima cercanía posible para que no confundiera las cosas, pero tampoco estaba dispuesto a asumir la culpabilidad si le ocurría algo regresando a altas horas de la noche.

¿Desde cuándo me preocupaba a mí el bienestar de una mujer? Hasta la fecha nunca me había importado cómo llegaban a casa o si habían llegado ninguna de mis amantes, sobre todo porque no volvería a verlas.

Probablemente con Irina solo fuera distinto porque sí tendría lugar otro encuentro y solo me importaba que estuviera disponible cuando así lo

quisiera, al menos era lo que quería creer. Además, esa chica llamaba la atención en cualquier sitio al que fuese, incluso Marcos no había perdido el tiempo invitándola a cenar probablemente incitado por sus encantos. Tal vez coquetear con los hombres era algo innato en ella, desde luego no tenía recursos para pagar el apartamento en el que acababa de dejarla y en el que aseguraba vivir, ¿Tal vez se lo pagaba un ex amante?, ¿Quizá una herencia familiar? Lo dudaba, no comenzaría a trabajar como una simple becaria si su familia ostentaba una buena posición económica, menos aún aceptaría aquel acuerdo si se trataba de una chica de recursos. No. Desde luego alguien con buen estatus económico no viajaría en transporte público, ni aceptaría acuerdos como el que ella había aceptado. Simplemente se trataba de una mujer astuta que sabía perfectamente lo que valía su cuerpo y lo suficientemente perspicaz para venderlo al mejor postor.

«Si... desde luego que se trataba simplemente de eso».

Pero no podía quitarme de la cabeza que ella viviera en un lugar así, tal vez porque me hacía pensar que existía otra persona en su vida, un hombre que desde luego se preocupaba por su bienestar, aunque no lo suficiente si no estaba allí o que le daba la suficiente libertad para mantener una aventura.

Lo mejor era alejar a Irina Suárez de mi mente y pensar en ella únicamente como lo que era; una mera transacción de negocios. Me importaba bien poco con quien se hubiera acostado o se acostaría en un futuro cuando aquello terminara, ese sería únicamente problema de ella, por ahora lo único que me importaba es que estuviera siempre disponible y así tenía que seguir siendo, porque todas las mujeres son iguales; interesadas, manipuladoras y putas por naturaleza.

Aparqué el coche en el garaje y llamé al ascensor mientras sacaba el teléfono de la empresa por inercia como hacía siempre para revisar el correo sin perder el tiempo de espera, vi que tenía un aviso y me extraño, lo había recibido a última hora de la tarde y no había tenido tiempo de mirarlo hasta ahora, en él indicaba que debía acudir a una convención en Alemania al día

siguiente.

«Joder» pensé y entré en la cabina del ascensor pulsando inmediatamente el botón del último piso y me dejaba caer en una de las paredes de aquel habitáculo.

Por primera vez no me apetecía del todo marcharme de la ciudad, una pequeña parte de mí decía que al hacerlo no vería a esa rubia de piernas largas y perfecto trasero al día siguiente porque por muy corta que fuera la convención, no regresaría en el mismo día, pero desde luego mi trabajo estaba por encima de cualquier mujer, incluyéndola a ella por muy perfecto trasero que tuviera.

Preparé el macuto para un par de días por si la cosa se alargaba y redacté una lista sobre las cosas que debería cancelar mi secretaría a la mañana siguiente en cuanto encendiera el ordenador de la oficina. Fui a dejar el teléfono en la mesilla de noche cargándose como siempre y el instinto me pudo de nuevo, así que abrí la galería y volví a deleitarme en la única foto que guardaba en ese teléfono, la insinuante espalda y el precioso culo de la rusa.

No sé qué tenía esa imagen para que me provocara tal nivel de excitación. Quizás fuera la pose, esa piel que podía apreciarse aterciopelada y que había podido comprobar por mí mismo que lo era, pero inauditamente esa fotografía me desquiciaba y me volvía loco al mismo tiempo.

Eso me llevaba de nuevo a pensar que todo había sido premeditado, que indudablemente debió hacer una especie de investigación para dar conmigo e incluso averiguar mis gustos y por esa razón no debía descuidarme más de la cuenta, porque aunque ella tuviera las de perder al igual que yo si la cosa trascendía, desde luego terminaría perdiendo mucho menos que yo. Tenía presente que solo era una oportunista a la caza de un ascenso y quizá, a la caza de un amante con una cartera bien repleta que cubriera sus caprichos, lo extraño es que hasta la fecha no me hubiera exigido nada, aunque tampoco estaba en condiciones de hacerlo ahora que lo pensaba, pero eso no le habría detenido a más de una mujer en su situación.

Sin duda alguna, ella era todo un misterio por resolver y no sería precisamente yo quien lo resolviera. Irina Suárez solo tenía una cosa que me interesara; su cuerpo. Todo lo demás no era relevante.

Cogí el avión a primera hora de la mañana rumbo a Hannover donde se celebrarían las reuniones mientras repasaba el itinerario que tendría durante los próximos días en la ciudad alemana. A veces odiaba la fusión entre departamentos europeos porque no sabía si tendría que pasar dos días o una semana allí mientras llegábamos a un acuerdo.

No quería pensar que mi reacción ante ello fuera por cierta influencia femenina. No. Solamente era un hombre de costumbres al que le entusiasmaba el orden, la rutina y lo estrictamente controlable.

Odiaba no tener el control de cada situación que afectaba a mi vida, de hecho, si había llegado a ese acuerdo firmado y acordado previamente con Irina fue precisamente para mantener el control sobre ella en cada momento; sin discusiones, sin alteraciones, sin un solo atisbo de manipulación. Yo dictaba las órdenes y ella las cumpliría como hacía con el trabajo, con mis empresas y con mi vida en general.

Hacía años que era empresario, tenía varios negocios en la noche que me daban buenos beneficios y había empezado a crear inversores y socios para mantenerlos sin la necesidad de dedicarles tanto tiempo a ellos. No es que el mundo de la noche fuera concretamente lo mío, pero había pagado mis estudios trabajando durante años de camarero y sabía perfectamente cómo funcionaba y como ganar mucho dinero gracias a ello. Eso me había permitido dar el salto, ser socio minoritario de una de las empresas que más ambicionaba y mayor repercusión en el mercado estaba teniendo en aquellos momentos. Podía vanagloriarme de ser el director general de la única sede Komarov en Madrid y casi podía decir que había rozado la gloria, pero aún quería más, ambicionaba más... llegar a pertenecer a la junta directiva del consorcio Komarov, aunque para ello sabía que aún me quedaban años de dedicación e inversión para conseguirlo.

Admiraba a Luciano Komarov por lo que había sido capaz de lograr desde cero. Había fundado todo un enorme imperio de la nada y en cierta forma me sentía identificado sin saber porqué, era como si en el fondo de mi mismo supiera que ese hombre y yo teníamos algo en común, algo que nos hubiera impulsado a ambicionar más, a desear más, a exigir más... Tal vez por esa razón seguía en la empresa, quizá fuera eso lo que me había llevado a apostar por Komarov y no intentar fundar la mía propia; bueno... eso y la ausencia de los miles de millones que el presidente de Komarov ganaba con sus empresas petrolíferas causantes de darle finalmente el impulso de invertir en tecnología punta.

Llevaba dos días en Alemania y a pesar de que el clima era mucho más fresco que en Madrid por aquel entonces, estaba deseando volver. Decidí bajar al bar del hotel a tomar una copa para despejarme la mente después de pasar aquellos dos días encerrado en una sala de conferencias. Tenía la cabeza a punto de explotarme y de paso tenía que añadir que mi polla también, porque la necesidad de tener sexo estaba más que latente.

Degusté el primer sorbo de coñac que acababa de servirme el camarero, esperaba de alguna forma despejarme de aquel maldito dolor de cabeza. No había demasiada gente en el lugar, pero tampoco eran horas de que lo hubiese, aunque sinceramente me importaba un comino quien estuviera o no, lo único que deseaba en aquellos momentos era regresar para meterme entre las piernas de cierta rusa.

—Hola guapo —escuché en un inglés acentuado.

Levanté la vista para encontrarme con una mujer de impresionantes rasgos latinos, morena, con labios carnosos pintados de rojo, rostro ovalado y silueta con curvas de las que solían gustarme. Saltaba a la vista lo que estaba buscando por su atuendo con un escote más que destacable.

—Hola —contesté en un tono seco.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí tan solo? —preguntó acercándose aún más.

—Podría hacer la misma pregunta —dije llevándome la copa a la boca para dar otro sorbo a la bebida.

—Reconozco que estoy buscando compañía para esta noche. Estoy en la ciudad por trabajo y no me apetece pasar la noche en solitario —afirmó sonriente y en aquellos momentos no sabía si bendecir mi suerte porque podría desfogarme con aquella mujer o lamentarme porque no me atraía lo suficiente.

—No es mi caso —respondí apartando la vista de aquella dama en cuestión que probablemente fuera prostituta y miré al frente.

—¿Estás seguro? —insinuó—. Yo diría que estás buscando exactamente lo mismo que yo si andas aquí bebiendo solo —añadió en el momento que sentí una de sus manos tocando mi pierna y apreté los dientes porque por una vez en mi vida, aquel gesto lejos de incitarme, me asqueó.

—Creo que no ha entendido que estoy lo suficientemente satisfecho tal y como estoy —contesté sin llegar a mirarla—. Y si no le importa, busque a otro que sí este dispuesto a darle lo que usted le ofrece.

—Debe ser muy afortunada —dijo justo antes de bajarse del asiento.

—¿Cómo dice? —exclamé girándome para mirarla.

—Su mujer, tiene suerte de tenerle —insistió y frunció el ceño.

—Yo no tengo mujer —contesté secamente—. Ni novia, ni nada —añadí apurando la copa de coñac.

—Pues es evidente que a alguien sí tiene —añadió aquella morena antes de alejarse sin esperar a que contestara.

Mientras subía de nuevo en el ascensor no dejaba de preguntarme si había rechazado a aquella mujer solo por Irina. Es cierto que había acordado no acostarme con ninguna otra mientras aquel acuerdo existiera, pero ni tan siquiera había pensado en ello cuando me negué, simplemente esa mujer de cabello negro no era... ella. No tenía esas largas piernas, esa melena rubia, ese aire de inocencia y ese olor que desprendía Irina...

—¡Joder! —grité dando un portazo a la pared en cuanto llegué a la habitación.

Algo me estaba pasando y no sabía definir lo que era, pero me resultaba incapaz no ser imparcial respecto a Irina Suárez y sea lo que sea, no podía frenarlo. Solo deseaba que aquel infierno de viaje terminara, porque estaba literalmente desesperado por volver a verla.

LA LIMITACIÓN NO ES UNA DE MIS VIRTUDES

Aquella mañana me levanté con suficiente tiempo para prepararme el almuerzo. Una rica ensalada de pasta bien condimentada y con mucho queso. Adoraba el queso a pesar de que mi madre siempre estuviera eliminándolo de la dieta por las calorías que tenía. Metí el tupper de vidrio que había comprado para llevar la comida al trabajo en el bolso y cogí una botella de agua pequeña de la nevera antes de salir de casa.

Me pasé toda la mañana enfrascada en el cuarto oscuro. Tal como había intuido aquel informe sobre una aplicación para terminales móviles que me había llamado la atención me entretuvo. Se trataba de una aplicación de ofrecimiento de servicios específica. El mercado que la constituía en la fecha de presentación de la candidatura no era tan demandado como ahora. Había estudiado las posibles variantes y estadísticas de inversión si decidían apostar por la propuesta. Me fijé en la fecha y tan solo faltaban veinte días para que se cumpliera el plazo de vencimiento sobre los derechos de privilegio de la propuesta. Si no se decidían en esos días los diseñadores del proyecto se lo venderían al mejor postor y estaba segura de que otra empresa apostaría por la propuesta.

Con aquel convencimiento fui hacia mi superior, una mujer de apariencia algo antipática y estirada con nariz prominente y ojos saltones. No era muy agradable de mirar que digamos.

—Lucia, ¿Puedo hablar contigo un momento? — dije tras dar un par de golpes a la puerta llamando su atención ya que esta permanecía abierta.

Allí todo el mundo se tuteaba, solo llamaba señor a Alejandro porque no me atrevía a tutearlo.

—Si dime, aunque tengo un poco de prisa —contestó apagando el ordenador.

Eran casi las cinco así que intuía que la mujer se quería marchar a casa.

—He estado revisando las propuestas ya que me han pedido archivarlas por fechas, pero he descubierto ésta y creo que sería muy interesante invertir en ella.

—Irina, límitate a hacer lo que te han pedido. Te dijeron que simplemente ordenaras y archivaras los proyectos ¿no? Pues créeme, si mereciera la pena esa propuesta no estaría perdida en esa habitación —respondió levantándose de su asiento y cogiendo su bolso.

—Pero es que creo que... —repliqué.

—No —dijo interrumpiéndome—. Entiendo tus ansias de demostrar que vales, pero se consciente de que tu tarea no requiere hacer nada importante. No intentes ganar méritos Irina, límitate a hacer lo que se te dice y ganarás más respeto.

¿Limitarme? Eso no entraba en mis planes.

—De acuerdo Lucia, gracias por atenderme —contesté con una fingida sonrisa y me fui de allí inmediatamente hacia el despacho de Susana Ortiz, la mujer que conocí en recursos humanos el primer día, quizás ella podría ayudarme.

—Lo siento Irina, pero si has hablado con tu superior y ya te ha dado una orden, no veo que pueda hacer yo al respecto —contestó cuando le expliqué la situación, al parecer no iba a poder ayudarme o darme una idea al respecto.

¿Qué podía hacer? Todo el mundo acababa diciéndome lo mismo. Que lo dejara estar, como si no fueran capaces de entender que hubiese descubierto algo que realmente merecía la pena. Sabía que me podía caer una buena por aquello, pero le hice una fotocopia al informe y me llevé los cálculos a casa. Si nadie me hacía caso ya me encargaría de que mi padre me escuchara.

Me extrañó no tener noticias sobre Alejandro, todos los días me citaba y solía encontrarlo en la cafetería, aunque justo ese día había salido con los compañeros a comer a los jardines que había en el exterior dentro del recinto. Era raro estar ociosa en casa, de hecho era el primer día que no tenía una cita,

¿Me enviaría un mensaje más tarde? Decidí darme una ducha y ponerme algo ligero mientras ponía música. Eché un ojeada de nuevo al móvil. Nada. Sin duda hoy no iba a verle, así que aproveché el tiempo para comenzar la traducción a ruso del informe que me había traído de la oficina.

Al día siguiente tampoco tuve noticias de Alejandro, ni le vi durante la comida, ni recibí ningún mensaje citándome, ¿Es que había acabado todo?, ¿Se había cansado de mí? De ser así podría al menos decirlo. Hice el intento de enviarle tres mensajes; al principio estaba intrigada, después preocupada y por último enfadada. Si había alguien que rompiera aquel “acuerdo” debería ser yo, no él. Pagué mi frustración terminando de traducir el informe por lo que me acosté bien entrada la madrugada. Ya me acostaría temprano al día siguiente para compensar, pero al menos podría enviarle el informe a papá ese mismo día.

Al tercer día sin tener noticias de Alejandro decidí pasar olímpicamente de él. Bien era cierto que seguía mirando el móvil, pero con menor frecuencia. Me centré de lleno en el trabajo y cuando salí acepté tomarme algo con Oscar. No pensaba coquetear con mi compañero de trabajo, pero tras la insistencia de otros días pensé que sería buena idea desconectar un poco y darle el gusto. Un par de cervezas dieron para hablar sobre temática cinéfila largo y extendido, al parecer, compartíamos un gusto especial por las películas más frikis de la gran pantalla y un emocionado Oscar me propuso incluirme en la próxima quedada que hiciera con sus amigos para ver algún maratón de pelis.

El cansancio por trasnochar hizo mella en mí y decidí marcharse a casa. Nada como una buena ducha reparadora y una cama para deshacerme de él.

Los golpes incesantes en la puerta me despertaron junto al sonido del que debía ser el timbre puesto que como nadie había venido a visitarme no tenía ni idea de cómo sonaba. Desperté algo aturdida, todo estaba oscuro por lo que supuse que debía ser de madrugada. Más golpes en la puerta hicieron que trastabillara y casi me cayera al suelo. ¿Quién llamaría con esa insistencia? Pensé que de ser un ladrón directamente no llamaría, además, había conserje

las veinticuatro horas, no dejaría que nadie se colara en el edificio con mala pinta, ¿no?

Silenciosamente me acerqué a la puerta y miré por la mirilla, ¿Qué narices hacía Alejandro en la puerta de mi casa? Giré las dos vueltas de llave de la cerradura y abrí. No sabía si estar enfadada o directamente decirle que se fuera por donde había venido.

—Te envié un mensaje hace cuatro horas. —Fue su excusa mientras se adentraba sin que le invitara en mi apartamento.

—Ni siquiera sé qué hora es —contesté secamente—, me acosté temprano.

—Son las dos de la mañana —respondió mientras le observé como comenzaba a quitarse la ropa.

—¿Que estás haciendo? —exclamé atónita.

—Creo que es obvio, ¿no? —dijo desabrochándose los botones de los puños de la camisa.

—Llevo tres días sin saber nada de ti y te presentas en mi casa, en mitad de la noche como si fuera lo más normal del mundo ¿Y me dices que es obvio?

—He estado fuera de Madrid, no pensé que tardaría tanto en volver. Te avisaré la próxima vez si es lo que quieres —contestó recorriendo con su mirada mi atuendo.

—Eso no justifica que te presentes aquí, ¿No se suponía que “esto”? —exclamé englobando con un gesto la estancia en la que nos encontrábamos—, ¿No ocurriría? —añadí recordando sus propias reglas sobre no meternos en la vida privada del otro y eso incluía mi casa.

—No podía esperar —argumentó mientras llegaba hasta donde estaba y me arrancaba un beso devastador—. Me iré en cuanto te haga mía, llevo tres días pensando en esa dulce boca acariciando mi polla —jadeó en mis labios.

Debería echarle de allí, decirle que en mi casa no pensaba tener sexo con él, ¿A quien quería mentir? Había echado de menos en esos tres días aquel sexo apasionado que compartía solo con él.

—No es lo que acordamos, Alejandro —dije atreviéndome a llamarle por su nombre.

—Está bien —dijo sin alejarse y comenzó a acariciar con su nariz mi cuello—. ¿Qué quieres a cambio? —preguntó secamente.

¿Qué quería?, ¿Me estaba ofreciendo pedirle algo a cambio de tener sexo en mi casa?

—¿Un bolso de marca?, ¿Joyas?, ¿Quizá dinero? —preguntó sin apartarse del cuello como si diera por hecho que le pediría algo a cambio. Su tono no era con ironía, era como si aceptara el hecho de que funcionaría así. Ese hombre demostraba cada vez más lo poco que conocía a las mujeres o al menos a mi en concreto.

—Serás mi guía —contesté porque fue lo primero que se me ocurrió. Sabía que él detestaría hacer aquello.

—¿Tu guía? —exclamó confundido apartándose de mí para mirarme directamente.

—No conozco Madrid y alguien tiene que enseñarme la ciudad —respondí encogiéndome de hombros.

Alejandro pareció contrariado en ese momento, sin duda no se esperaba una petición así y menos por mi parte que seguramente tenía un concepto mucho más que errado de mi persona.

—Puedo contratar al mejor guía de la ciudad —contestó en un intento de relegar la petición en otro.

—No. Si no vas a ser tu quien lo haga, no sirve —dije retándole con la mirada y a conciencia me mordí el labio mirándole con esa atrevida y seductora mirada sensual que tantas veces había ensayado junto a Nadia frente al espejo imitando a la chica del anuncio de un perfume.

—Está bien.

Las palabras sonaron tan apresuradamente que casi no pude escucharle, puesto que se inclinó sobre mi boca en un beso ardiente, casi desesperado que irradiaba pasión y ansia de frenesí. Era como si quisiera devorarlos

sacándoles el jugo.

Las prendas fueron desapareciendo en el trayecto desde la cocina hasta el dormitorio. Cuando solo me quedaba como única prenda el culote rosa de encaje semitransparente, me alzó y me enrosqué en su cintura. Suavemente me tumbó en el mullido colchón mientras él no se apartaba proporcionándome su calor en todo momento.

El roce de mis pezones en punta con la piel de su torso provocaba pequeños espasmos en mi cuerpo. Definitivamente tres días de abstinencia en lo que se refería a ese dios griego habían hecho mella en mí hasta el punto de que reclamara apasionadamente sus caricias y rogara su contacto tocando mi piel. No era normal sentirse así solo con un leve roce de sus dedos.

Noté cómo con un dedo hacía a un lado la prenda interior que llevaba puesta y sentí como se adentraba en mi interior. La invasión me sorprendió exclamando un gemido de excitación por verme llena de nuevo. Abrí los ojos en ese momento para verle, me observaba fijamente, con una de esas miradas oscuras que denotaba tanta pasión y ardor que parecía que el fuego se relucía en aquellos ojos. Habría pagado una fortuna por saber que pensaba él en aquel instante. Sus movimientos al principio suaves fueron cogiendo ritmo convirtiéndose en casi una desesperación por alcanzar el clímax. Le acompañaba en sus embestidas alzando la caderas y encontrándome con él a mitad del camino y cuando iba a gritar como una posesa por alcanzar mi propio orgasmo colocó sus dedos estratégicamente en mi boca haciendo que los mordiera, cosa que al parecer hizo que el dios griego también alcanzara el clímax a juzgar por sus gemidos de placer.

Noté el peso a mi lado cuando se dejó caer en la cama con una respiración algo agitada, aún me estaba recuperando al mismo tiempo que la somnolencia comenzaba a sacudirme plenamente.

—Me iré enseguida —escuché que susurró a mi lado pero apenas era consciente de ello.

Ni siquiera se lo había pedido, daba por hecho que lo haría y aunque en

cierto modo me sentí tentada a invitarle para que se quedara, no lo hice. No quería estrechar lazos con ese hombre. Era mejor no generar ningún tipo de sentimiento hacia él, bastante tenía ya con anhelar su cuerpo hasta límites insospechados y volverme un flan en su presencia, como para comenzar a pensar en él de otro modo que no fuese estrictamente sexual.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar mañana en tu despacho si es posible —dije recordando repentinamente el informe, quizá por tratar de pensar en otra cosa que no fuera Alejandro. Además, tal vez había una posibilidad antes de enviárselo a mi padre.

—Es mejor que no nos veamos por Komarov, ya te dije que no deseo que nos relacionen, no nos conviene a ninguno de los dos. ¿De qué se trata? —preguntó sin un atisbo de curiosidad o eso aparentaba.

No creía que fuera el mejor momento para hablar de ello, pero si no me dejaba otra opción que mencionarlo en plena madrugada, lo haría puesto que el tiempo empezaba a agotarse.

—Se trata de un informe que encontré mientras archivaba, creo que es algo interesante y que podría dar grandes beneficios a la empresa.

—Te dije que no me contaras problemas de trabajo, Irina. Menciónaselo a tu superior —contestó seriamente mientras se ponía los boxer y buscaba sus pantalones por el suelo.

—Lo hice, pero no quiso escucharme —contesté rápidamente—. Créeme, sino fuese algo importante no insistiría en el tema.

—Irina, dudo que el trabajo que te hayan asignado como becaria sea importante o meramente relevante —dijo demasiado arrogante—. Deja de confundir tus ganas de llamar la atención y céntrate en hacer lo que te piden. Te puedo asegurar que sea cual sea ese informe no es valioso —sentenció Alejandro.

¿Es que nadie podía siquiera darle una posibilidad a ese informe? Había hecho todo el trabajo de campo. Solo estaba pidiendo diez minutos para proponerlo y enseñarlo.

—Pero es que es una gran oportunidad y el...

—No, es no, Irina —atajó interrumpiéndome—. Estoy seguro de que si ya se ha negado tu superior es precisamente porque sabe que no merece la pena. Deja trabajar a los que saben y límitate a hacer lo que sea que estés haciendo que no creo que sea relevante para la empresa —añadió terminando de colocarse la camisa y caminó firme hacia el salón donde recogió su chaqueta del suelo y la sacudió pulcramente—. Hasta mañana —contestó firme sin volver la mirada atrás.

Cuando cerré la puerta del apartamento y eché la llave, solo podía pensar en una cosa; empresas Komarov invertiría en aquella aplicación, aunque fuera un mero capricho de niña consentida que le pidiera a mi padre, porque si de algo estaba segura en esta vida, era de que esa aplicación iba a generar muchos beneficios.

Me desperté temprano a la mañana siguiente y preparé el almuerzo, me di una ducha y me vestí de forma elegante; necesitaba sentirme poderosa para lo que iba a hacer.

Telefoneé a mi padre de camino al trabajo cuando salí del metro para no perder la cobertura.

—¡Papá! —exclamé en cuanto escuché que respondió. Hacía varios días que no hablaba con él, aunque seguramente mi madre le mantenía al tanto puesto que sí conversaba con ella casi a diario.

—Me sorprende que me llames querida, ¿Debo intuir que algo va mal en el trabajo y por eso me llamas personalmente? —preguntó directamente. Como siempre, ni un ¿Qué tal hija?, ¿Cómo van las cosas? De todos modos mi padre tenía olfato para todo.

—Todo va bien, papá —contesté pacientemente—. Realmente te llamaba porque quiero que revises urgentemente un documento que te he enviado al correo esta mañana —dije mientras atravesaba las puertas de la torre Komarov en aquel momento, hablar en ruso me daba la seguridad de que nadie de allí me entendería.

—¿Tan urgente es? —preguntó mi padre extrañado.

—Sí, el plazo cumple dentro de pocos días y se debe tomar una decisión de inmediato —contesté pulsando el botón del ascensor—. Aquí no lo consideran importante, pero yo sí, por eso he realizado un estudio de viabilidad y comprobado las estadísticas. Te lo he enviado todo en ruso para que puedas verlo cuanto antes.

—Sí, lo estoy viendo ahora mismo de camino al despacho desde el ipad —contestó serio. Sabía que si era cosa de negocios, papá no perdería el tiempo en retrasarlo—. Déjame que lo consulte con un par de directivos y analistas para contestarte algo, aunque probablemente si en la sede española lo han descartado será porque no es importante —añadió como si intentara ser cauto.

—Lo es papá, créeme que he estudiado cuidadosamente los datos y las probabilidades. Te aseguro que es una buena inversión —aseguré completamente convencida.

—Te tengo que dejar —contestó papá y escuché la voz de Sergei que era el chofer de mi padre—. Llama a tu madre Luciana, está preocupada por ti y te echa de menos —dijo antes de colgar.

—Si papa. Luego la llamaré, no te preocupes.

A veces ser hija única era un fastidio, seguramente si tuviera hermanos mi madre estaría más entretenida al preocuparse por más de un hijo.

Ese día era viernes, ¡Al fin! Y por suerte solo trabajaría hasta el medio día, después sería libre para hacer lo que quisiera, aunque tampoco tenía planes por otro lado. La mañana se pasó rápida, incluso terminé con todos los informes y ya estaban colocados en sus carpetas por fechas tal como me habían pedido.

Por ser mi primer viernes desde que trabajaba en la empresa, convencí a mis compañeros de oficina para tomar algo a la salida, obviamente Oscar fue el primero en acceder. Esperaba sinceramente que ese chico no mostrara interés alguno por mí, era agradable, pero nunca tendría una relación más allá

de lo estrictamente laboral o una sana amistad con él, sin contar con que mientras existiera el dichoso acuerdo con Alejandro prefería no inmiscuirme en situaciones que no me llevarían a ningún lado.

Mi teléfono vibró en aquel momento, Marta se estaba riendo de un chiste malo que había contado Oscar y yo me reía más de la irrisoria risa que tenía Marta que del chiste en sí. Era de esas personas que con la falta de respiración al reír gruñen como un cerdo y los demás acaban riéndose de su risa y por contra ella no puede evitar seguir riendo.

—¿Si, papa? —dije al coger el teléfono.

—Solo quería avisarte de que has hecho un gran trabajo Luciana, presentaremos una oferta el lunes, ya están redactando el documento para enviarlo a primera hora. Aun no entiendo cómo han podido pensar que no valía la pena invertir en esa aplicación. Empiezo a creer que las cosas no funcionan tan bien al mando de Álvarez —refunfuño mi padre.

—No sé papa, tal vez se les haya pasado, un error lo puede tener cualquiera —dije por inercia. Ni siquiera sabía por qué narices lo excusaba, ¿Tal vez fuera para no delatarme? Si, probablemente—. Papa, recuerda que me prometiste que no dirías que soy tu hija —le recordé.

—Sí, Luciana. Será como tú quieras. —Noté el abatimiento en el tono de voz de papá como el que sabe cuando una causa está perdida.

—Gracias papa —contesté amablemente—, te tengo que dejar, estoy con los compañeros de trabajo y...

—Estoy orgulloso de ti, Luciana —dijo interrumpiéndome.

No supe si fueron las cervezas que había tomado o la emoción de que mi certeza e insistencia en que aquel proyecto merecía la pena fuese a realizarse por Komarov gracias a mi, que sentí una especie de hormigueo en el cuerpo.

—Me alegro, papa —dije con cierta nostalgia compungida.

Cuando colgué vi que tenía un mensaje sin leer, esperaba que fuera de Nadia, pero era de Alejandro.

Alejandro:

Te espero esta noche a las 20.00 pm Las Bernardas 7, escalera A, 9^o planta. No te retrases.

Era la misma dirección de las otras veces, imaginaba que la habría puesto por si lo dudaba. Decidí contestar enseguida.

Irina

Ok, allí estaré como un reloj.

Añadí el emoji de un reloj justo al lado y le dí a enviar. Me sentía poderosa, excitante, nerviosa y al mismo tiempo emocionada. Mi padre estaba orgulloso de mi, estaba consiguiendo lo que quería demostrar viniendo hasta aquí lejos de él, que valía en lo que hacía. Era cierto que me habría gustado no tener que recurrir a él para hacerlo, pero no me habían dejado más remedio tras no escucharme. Gracias a mí, un gran proyecto se realizaría en Komarov y estaría encantada de poder trabajar en el equipo que lo llevara a cabo.

Esa noche me vestí con un elegante, pero suelto vestido gris perla, llevaba toda la espalda al descubierto por lo que no me coloqué ningún sujetador. En el metro me encontraba con todo tipo de personas, pero al ser viernes pude comprobar que algunas iban mas arregladas que otras, lo pintoresco de aquella ciudad era que podía encontrar diversidad fuera donde fuera. Por las mañanas podía encontrar desde el típico oficinista con traje y corbata, hasta el mendigo que iba pidiendo limosna por los vagones con la ropa sucia y desgastada.

Llegué diez minutos antes de las ocho, así que no esperé y llamé.

—Llegas pronto —reclamó Alejandro nada más abrir la puerta.

—Existe un mundo en el que las horas precisas no siempre se cumplen, ¿También te molesta que llegue antes? —exclamé. Aunque intenté no sonar molesta, realmente me molestaba que también se quejara de la impuntualidad

temprana.

—Sal inmediatamente.

—¿Qué? —exclamé sin creer que lo había escuchado bien.

—He dicho que salgas —insistió y para mas efecto abrió la puerta, ¿Me estaba echando? Aún permanecía incrédula, pero hice lo que me decía, no pensaba quedarme en un sitio donde no era bien recibida—. Esperarás en la puerta hasta que sean las ocho en punto, entonces llamarás y dejarás ese aire de condescendencia antes de entrar —dijo mientras me cerraba la puerta en las narices.

DURMIENDO CON UN DIOS GRIEGO

En aquel momento me controlé, inspiré profundamente porque de lo contrario sabía que aporrearía la puerta para gritarle cuatro frescas a ese imbécil ¿Yo condescendiente? ¿Y qué carajos era él entonces? Me paseé por el pasillo mientras pensaba si largarme definitivamente de allí y ponerle punto y final a aquello. Si hacía eso sería como rendirme ante él, creer que había ganado aunque no fuera así. No, yo no era una cobarde, no me iría. Tal vez gritarle en su cara de quién era hija y que se le cayera la cara de vergüenza por lo equivocado que estaba al respecto era otra opción, pero si hacía eso y conociendo como empezaba a conocer el carácter de Alejandro, me tomaría por una niña de papá mimada y consentida que intentaba llamar la atención acostándose con el director de la empresa. Ni hablar, esa opción tampoco era válida.

«Nunca tomes decisiones en caliente, Irina» evoqué las palabras que tantas veces me había dicho mi padre cuando me enfadaba por cualquier tontería.

Me acerqué a aquel ventanal del pasillo y me quedé observando por la ventana. Estaba comenzando a calmarme, ¿Cual era la mejor opción cuando todo mi cuerpo solo quería darle un guantazo y largarme de allí? Sabía que así no iba a herir el orgullo de Alejandro y se merecía pagarle con la misma moneda. Iba a devolvérsela, aún no sabía cómo, pero en el mejor momento se la devolvería con intereses incluidos.

Estaba tan ensimismada planeando mi venganza que no noté como unos brazos me envolvían estrechándome contra un cuerpo duro y firme. Cerré los ojos para resistirme.

—Te advertí que no quería discusiones, Irina. Además de que quería que vinieras siempre bien dispuesta —advirtió y guardé silencio mientras sentía

como apartaba el cabello que llevaba suelto hacia un lado y posteriormente me besaba la nuca comenzando a repartir besos por el cuello—. Vamos, entra —dijo ordenándome entrar, pero permanecí quieta donde estaba.

Sentí como me elevaba por la cintura y me echaba sobre su hombro, en dos segundos podía divisar el perfecto y bien formado culo de Alejandro.

—¿Pero, qué haces?, ¡Bájame! —grité.

Comencé a patalear, pero para mi desgracia me tenía bien sujeta de las piernas, entonces comenzó a darle pellizcos en su espalda y en el trasero.

—¡Quieta! —exclamó dándome un pequeño azote en el trasero que hizo que me quejara y por respuesta, hiqué los dientes en su culo a través de la única prenda que llevaba en aquel momento puesta, unos boxer de un blanco nuclear que parecían sacados de un anuncio de revista—. Iba a compadecerme de ti, pero ya no.

Había visto cómo subía las escaleras y ahora estaba abriendo la puerta de la terraza, ¿Qué iba a hacer? Cuando vi el filo de la piscina lo supe.

—¡No!, ¡Alejandro, no! —grité, pero fue tarde. El muy capullo se tiró a la piscina conmigo al hombro.

Cuando conseguí salir del agua por la extrañeza de intentar nadar con zapatos supe que hacía pié. Mi pelo era una maraña, el maquillaje seguramente se habría corrido y el vestido suelto flotaba sobre la superficie del agua dejándome semidesnuda, pero lo más chocante fue la estrepitosa risa de Alejandro. Nunca le había visto sonreír, menos aún escuchar su risa y ahora parecía que le había dado un ataque.

—¡No le encuentro la gracia! —Exclamé—, ¿Cómo se supone que voy a volver a casa con el vestido empapado? —pregunté en un tono entre indignación y conmoción.

Alejandro comenzó a acercarse lentamente, aún conservaba parte de aquella sonrisa y eso me aceleraba el pulso.

—Tendremos que ponerle remedio a eso... —susurró acercándose lo suficiente para darme un suave beso en los labios mordiendo uno de ellos en

el proceso—. Tendrás que quedarte aquí a pasar la noche —dijo terminando la frase mientras esta vez sí, unió candentemente sus labios a los míos fusionándose en un ardiente beso.

¿Pasar la noche con Alejandro?, ¿Eso implicaría dormir? ¿O estar toda la noche teniendo sexo desenfrenado? Tal vez su pensamiento era marcharse a su casa y dejarla allí sola...

El vestido desapareció al compás que lo hacían las prendas interiores que eran lo único que nos cubrían. Antes de darme cuenta, estaba contra una de las paredes de la piscina mientras Alejandro se hundía en lo más profundo de mi ser y yo devoraba sin cesar sus labios como si mi vida dependiera de ello.

Mientras el vestido se secaba en una de las hamacas de la terraza, cenamos tranquilamente en la terraza, Alejandro había pedido comida asiática y todo estaba excelentemente bueno. Finalmente nos metimos dentro del jacuzzi para relajarnos mientras terminábamos de degustar el vino con largas copas en silencio estudiando las estrellas y escuchando el ruido que acompañaba a la ciudad a pesar de estar un poco a las afueras, pero sobre todo nos observábamos mutuamente.

—Ven, déjate caer sobre mi —dijo invitándome a acogerme entre sus piernas y acepté con la certeza de sentirme envuelta de nuevo por aquellos brazos firmes. Sus dedos mágicos comenzaron a acariciarme lentamente los brazos mientras me dejé caer en uno de sus hombros experimentando aquella agradable sensación.

Las caricias de Alejandro se centraron de pronto en los pezones de mis pechos, que permanecían erectos por el efecto que provocaban sus dedos.

—Colócate a horcajadas sobre mi —susurró a mi oído. Iba a darme la vuelta cuando me lo impidió—. No, de espaldas —insistió.

Nunca había probado esa postura así que me abrí de piernas en la posición en la que me encontraba y conforme fui bajando su enorme y erecta polla fue entrando dentro de mí.

—Si... —Oí su jadeo de excitación en mi espalda—, vamos nena,

cabálgame—. Su deseo era innegable por su tono de voz y eso me impulsó a moverme instintivamente en un movimiento de cintura ondulante a la vez que subía y bajaba acogiéndolo en mi interior cada vez con mayor intensidad.

Cuando alcancé el orgasmo, me arqueé hacia atrás con un último y profundo movimiento consiguiendo acoger todo su miembro en mi interior y noté como él se derramaba dentro de mí. Los músculos de mi cuerpo se aflojaron debido al esfuerzo, sumado al agotamiento y la somnolencia tras el orgasmo, así que me dejé caer sobre él que por alguna razón no pareció quejarse por tenerme entre sus brazos.

—Vayamos a dormir, es tarde. Me susurró al oído mientras me ayudaba a levantarme. Al parecer no se marcharía, sino que íbamos a dormir en la misma cama juntos.

Sentí el calor mientras poco a poco iba despertando por esa sensación y noté una mano jugueteando con mi pecho, acogiéndolo, dándole forma y después propinándole pequeños golpecitos en el pezón. Esa misma mano fue descendiendo por mi vientre, intentando abrirse paso entre mis piernas. Me había dormido de lado con las piernas juntas y flexionadas, así que me giré dejando la espalda contra la cama y aprecié la leve sonrisa de Alejandro que supuse que sería por verme despierta.

—¿No íbamos a dormir? —pregunté.

—Está claro que contigo en mi cama es imposible. Eres una tentación que desvela mi sueño —terció antes de colocarse sobre mí.

La facilidad con que Alejandro conseguía excitarme con tan solo una frase o una mirada estaba completamente segura de que ningún otro hombre lo conseguiría. Cuando se hundió de nuevo en mi interior, volví a sentirme llena, completa e indudablemente saciada por completo.

Abrí los ojos y una leve luz se filtraba por la ventana del dormitorio. Sentía una fuente de calor a mi espalda y de pronto me acordé de donde estaba. Esa fuente de calor era Alejandro y me tenía apresada contra su cuerpo con uno de sus musculosos brazos. Tenía que admitir que la sensación era

agradable, aunque no quería acostumbrarme a ella porque sería demasiado doloroso teniendo en cuenta que entre él y yo no había ningún tipo de futuro.

Intenté zafarme de su brazo para ir al baño, pero me tenía demasiado apretada contra él y no podía escapar.

—¿Dónde vas?

Su voz parecía adormilada, ¿Cómo sería verle con la cara somnolienta?, ¡Oh! Seguramente me derretiría, quizás era mejor no verlo.

—Intento ir al baño, pero tu brazo me tiene prisionera —repliqué y en ese momento me dejó libre. Me di la vuelta para verle y me encontré con un Alejandro diferente; su cabello estaba revuelto, sus ojos parcialmente abiertos y un leve rastro de barba le hacían parecer el hombre más sexy sobre la faz de la tierra. Era peor de lo que pensaba, si hubiera tenido unas bragas estaba segura de que se habrían mojado en ese momento. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente guapo aquel dios griego?

—Buenos días —dije esquivando su mirada mientras bajaba de la cama.

—Buenos días —contestó cortés y me perdí tras la puerta del baño.

—Recogeré el vestido y me iré a casa —dije nada más salir del baño. Tenía que alejarme de allí, poner distancia entre él y yo. Además, probablemente él me echara de un momento a otro así que de esa forma me adelantaba.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó sentándose en la cama y dejándose caer en el cabecero cruzando los brazos mientras me observaba.

—Sí —afirmé enseguida—. Tengo que hacer algunas cosas en casa y también debería salir a comprar... —me callé porque no tenía que darle explicaciones banales de nada y además, tampoco tenía nada que hacer que fuera relevante para que mentir.

—Quizás sea hoy un buen día para ser tu guía —dijo con un atisbo de sonrisa.

—¿Hoy? —exclamé. Aunque lo que más me sorprendía es que él se ofreciera sin tener que recordárselo.

—¿Por qué no? Hoy es un perfecto día para ver la ciudad como lo sería mañana o en cualquier otro momento —afirmó encogiéndose de hombros.

—De acuerdo, iré entonces a casa a cambiarme —respondí aún un tanto extrañada y me fui hacia el pasillo.

—Te recojo en dos horas —dijo antes de que saliera de la habitación—. ¡Y no te vistas con algo que lleve falda! —gritó, aunque pude oírle perfectamente desde el pasillo.

¿Por qué no podía llevar falda? Lo primero que pensé es que era demasiado maniático, pero después le di una oportunidad y tal vez solo lo hubiera dicho porque tendría programada alguna actividad para lo que llevar falda o vestido no resultara cómodo o práctico.

Me vestí con unos shorts rotos y una camiseta blanca suelta, se suponía que iba a conocer la ciudad y tendría que ir cómoda así que aproveché para estrenar las converse nuevas que había comprado antes de llegar. Me preparé un café puesto que no había desayunado y cogí un par de galletas para acompañar, no sabía si iríamos a tomar algo hasta el almuerzo. La idea de que Alejandro se prestara a enseñarme la ciudad era contradictoria a pesar de que se hubiera comprometido a hacerlo, en el fondo no creí que se prestara a ello, es más, pensé que tendría que insistir.

Recibí un mensaje avisando que bajara, así que cogí mis cosas y bajé por las escaleras para no tener que esperar al ascensor. Casi me desmayo al ver a ese dios griego con vaqueros y una camiseta blanca que se marcaba demasiado en ese musculoso cuerpo atlético, llevaba una cazadora negra y las gafas de sol completaban el look perfecto para parecer el típico chico malo de una película de los años ochenta. Reparé en el casco que llevaba en la mano y la Harley - Davidson en la que estaba apoyado, jamás hubiera pensado en Alejandro llevando esa clase de moto.

—¿Vamos? —preguntó—. Es más fácil moverse en moto por la ciudad y lo verás todo mejor.

Asentí y me coloqué el casco no creyéndome aún que iba a montar en

moto con Alejandro. Me ajusté a su cuerpo y me abracé a su cintura, sin duda aquel aroma que emanaba sensualidad tan típico de ese dios griego comenzaba a filtrarse en mis poros como un elixir.

Desde la moto me fue enseñando algunos sitios claves de la ciudad. La Cibeles, la puerta de Alcalá, la estatua de Colon... y algunos edificios bastante característicos de la capital. Comimos en un pintoresco restaurante donde servían las mejores tapas de la ciudad con los pinchos más tradicionales, pero que habían sido fusionados para provocar una confusión colosal de sabores en el paladar. Todo estaba absolutamente riquísimo y la gastronomía debía reconocer que me había enamorado. Por la tarde visitamos el museo Reina Sofía y finalizamos la jornada cenando en un tradicional restaurante Italiano que según Alejandro, era el mejor de todo Madrid.

—Aún te quedaría por conocer la noche madrileña como la llamamos aquí para completar el día —puntualizo Alejandro.

Le miré fijamente mientras me llevaba la copa de vino a los labios. Era extraño, aunque mientras íbamos montados en la moto apenas podíamos hablar, durante todo el día se dedicó a hablar únicamente sobre la ciudad como si su papel de guía se lo hubiera tomado muy en serio. No ver al Alejandro dominante, posesivo y autoritario resultaba conmovedor y debía reconocer que me había complacido. Empezaba a creer que había una parte de él que escondía bajo aquella apariencia de arrogancia y tenía la increíble certeza de que esa parte que tanto se empeñaba en esconder, era absolutamente conmovedora.

Pensé que me dejaría en casa tras terminar la cena, pero cuando divisé el edificio donde habitualmente quedábamos, supuse que no iba a ser así. Alejandro giró con la moto rodeando el edificio para entrar en el garaje.

Me bajé de la moto una vez aparcó en el garaje y me deshice del casco dando un paso hacia atrás mientras escuchaba como el ruido del motor se apagaba.

—Ven aquí —dijo con una voz rota mostrando claras intenciones de

querer besarme rodeándome con uno de sus brazos la cintura.

Fuimos interrumpidamente entre besos, restregones y caricias hasta el ascensor donde dimos más rienda suelta al deseo, pero nos controlamos hasta llegar al apartamento porque éramos conscientes que todo el edificio tenía cámaras de seguridad. Nada más cerrar la puerta, Alejandro se deshizo de un tirón de los shorts que llevaba puestos junto con el precioso tanga negro que me había puesto esa mañana y se bajó los pantalones hasta que su erección quedó libre.

—Date la vuelta, inclínate hacia mi —jadeó paseando sus manos por mi cintura.

Exactamente como la primera vez que follamos, incliné mi trasero hacia él y sentí como era invadida de nuevo, llenándome, colmándome y desde luego; excitándome como solo él sabía hacer.

No nos quedamos en aquel apartamento, sino que en cuanto terminamos Alejandro me dijo que me llevaría a casa alegando que estaría ocupado al día siguiente, por lo que supuse que no recibiría ninguna citación y que directamente le vería el lunes en el trabajo si es que coincidíamos o cuando me volviera a citar. Cada vez comenzaba a gustarme menos el hecho de que no tuviera ni voz, ni voto en todo aquello, pero lo había aceptado desde un inicio y no era momento de ponerme sentimental.

«Recuerda irina, es solo sexo. Nada más» me dije a mí misma antes de conciliar el sueño.

Aproveché el domingo para descansar, limpiar un poco la casa, prepararme la comida del día siguiente e incluso ver alguna película por la tarde de las que tanto adoraba. Resultaba extraño que después del magnífico día que había pasado con Alejandro no fuera a verle, ¿Volvería a ser ese patán ególatra de siempre conmigo después de tratarme como una persona normal durante todo un día? Probablemente sí.

Entré a las ocho y media a trabajar como venía haciendo siempre, al haber terminado la tarea asignada de archivo me mandaron a recopilar

información para un estudio medioambiental que estaban desarrollando, lo agradecí infinitamente ya que al menos pasaría las horas sentada en una mesa con luz natural pese a estar delante de un ordenador.

—Me han pedido que te comunique que subas inmediatamente a dirección —dijo Marta acercándose hasta mi mesa y mirándome de forma extraña, como si creyera que había cometido algo grave.

—¿No te han dicho por qué? —pregunté extrañada—. La última vez fue para una traducción —mentí porque no era esa la verdadera razón, pero tal vez si Alejandro había pedido que subiera a través de un empleado, quizá hubiera dado la misma excusa. Miré el teléfono mientras subía en el ascensor y no tenía ningún mensaje, ¿Para qué me citaba en su despacho si no quería que nadie pudiera relacionarnos en la empresa?

Llegué hasta el despacho de Alejandro y su secretaria informó por teléfono de que había llegado.

—Puede pasar —dijo enseguida la joven.

Eran casi las doce según mi reloj, ¿Era posible que Alejandro me hubiese citado para tener un encuentro en su despacho? Recordé que la última vez nos quedamos a medias. Aquella opción fue descartada en cuanto entré y vi a mi superior allí sentada, ¿Qué hacía Lucía allí?, ¿De qué iba aquello?

—Siéntese señorita Suarez. La estábamos esperando —dijo Alejandro dirigiéndose a mí en tono formal y autoritario.

Obedecí sentándome en la silla contigua a la de mi jefa.

—Ortiz —Comenzó a decir Alejandro dirigiéndose hacia Lucía. No entendía la manía de llamar por apellidos cuando nadie lo hacía en la empresa —. ¿Fue la becaria aquí presente señorita Suarez a su despacho para explicarle que había hallado un informe y que pensaba que sería conveniente un estudio del mismo? —preguntó en un aparente tono calmado que desde luego no lo era.

Ahora entendía porqué me había citado, era evidente que el informe de papá había llegado y ahora que lo recordaba, era cierto que me comentó que el

mismo lunes a primera hora llegaría la propuesta.

—Bueno... —dijo Lucía dubitativa—, ella dijo que le pareció encontrar algo interesante, pero yo le dije que se limitara a hacer su tarea puesto que era el trabajo que se le había asignado.

—¿Y no le solicitó, ni le pidió el informe?, ¿Tampoco pensó en verlo usted misma por descartar si podía tener razón por remota que fuera esa posibilidad? —exclamó Alejandro algo más furioso.

—No lo creí necesario, si los informes estaban allí debía ser porque habían sido descartados en su momento —aseguró la mujer.

—Señorita Suarez, que le dijo exactamente a la señora Ortiz respecto al informe? —preguntó mirándose a mi cruzándose de brazos.

—Yo simplemente le dije que se trataba de algo urgente y que creía que merecía la pena, que si podía echarle un vistazo —confesé sincera.

—¿Y qué le contestó ella? —insistió.

—Que me limitara a hacer mi trabajo —añadí sin indicar que también me dijo que ganaría más siendo estúpida y obedeciendo en todo, aunque no lo hiciera con esas palabras.

—Es decir, que no se molestó en pedírselo, ni tan siquiera en preguntar de que se trataba el proyecto —afirmó más que preguntó.

—No, no lo hizo. Se marchó inmediatamente —respondí sincera.

—Señora Ortiz, recoja sus cosas. Está despedida —contestó tajantemente Alejandro dirigiéndose hacia Lucía.

—¿Qué?, pero ¿Por qué?

—Porque si no llega a ser por la insistencia de la señorita Suarez en ese informe, esta empresa hubiera perdido treinta millones, por eso y por su incompetencia para el puesto —escupió evidentemente cabreado.

—Pero yo... ¿Cómo iba a saberlo? —grito contrariada.

—Su trabajo es supervisar la labor de los becarios, ¿Acaso necesita que se lo recuerden? Si no está capacitada para ello no es bienvenida en Komarov y acaba de demostrar que no lo está —afirmó Alejandro sin que le temblara la

VOZ.

Me sentí mal por aquella pobre mujer, incluso me dio lástima y quise intervenir por ella, pero ¿Con qué argumento podía defenderla? Tal vez fuera una mala persona, pero no quería a personas como Lucía Ortiz trabajando en mi empresa por la forma en la que me había tratado. Por otro lado, lo que Alejandro había hecho con aquella señora también era aplicable a él, es más, en aquel momento me estaba regodeando en mi propio fuero interno porque debía estar maldiciendo no haberme escuchado aquella noche.

Cuando la puerta se cerró observé la furia en su mirada.

—¡Como demonios se te ocurre enviar el informe a la sede central de Rusia! —gritó fuera de sí—. ¡He tenido que soportar como el propio Luciano Komarov criticaba la forma en la que dirijo su empresa porque una simple becaria me ha puesto en evidencia!, ¿En qué estabas pensando Irina?, ¿No era suficiente meterte en mi cama?, ¿No es suficiente lo que te ofrezco? No... eres mucho más ambiciosa ya veo, pero debí imaginarlo. Dime, ¿Con quién te has acostado esta vez para que te realice ese análisis de datos económicos que has presentado? —exclamó con furia mientras se había estado acercando poco a poco hasta mi y podía notar la ira que albergaba en su interior.

«Plaff»

Le di una sonora bofetada que se escuchó en el silencio que albergaba el despacho y que por ello pareció que había sido más fuerte de lo que en realidad fue aunque la mano me picara.

—¡Yo te lo dije! —grité en su cara—, ¡Te advertí que era urgente!, ¡Que era importante! Y tu no solo no me escuchaste sino que me trataste de idiota. ¡Acepta que la culpa es tuya y que si estás en esta situación es porque te lo has buscado tu solo! Es más, tendrías que estar agradecido que te haya salvado el culo porque si ese informe hubiera cumplido su plazo, ten por seguro que estarías despedido tu también de esta empresa en cuanto se hubieran dado cuenta —añadí fuera de sí. Estaba harta, ¿Encima de todo me echaba la culpa a mí y me acusaba de haberme acostado con alguien para hacer aquel estudio

que tantas horas me había llevado?, ¡Y un cuerno!—. Esos datos analíticos los hice yo y si no vas a tener una disculpa en condiciones para todo lo que acabas de decir, aceptar que yo tenía razón y que fuiste un imbécil por no escucharme, no quiero volver a saber nada de ti— dije sin esperar una respuesta, me fui caminando hacia la puerta con paso firme y no me despedí, simplemente salí de la oficina y me marché de allí con la cabeza bien alta.

ESCAPADA PLACENTERA

Las piernas me temblaban mientras bajaba del ascensor, pero aquel arranque de prepotencia por parte de Alejandro había superado con creces mi autocontrol. Además, no pensaba amedrentarme cuando se trataba de un asunto de trabajo. No estábamos hablando del papel que jugaba una becaria en la empresa, sino de perder una cuenta que generaba millones de euros para la empresa, para *mi* empresa.

Aquella tarde seguí con la labor que me habían asignado tranquilamente, aunque no pude evitar mirar el teléfono varias veces para comprobar que efectivamente no tenía ningún mensaje de Alejandro.

Hablé con Nadia de camino a casa para contarle lo que había ocurrido, me sentí bastante mejor cuando me apremió por la actitud que había tenido frente a él. Si aquel misógino no quería ceder en su terquedad era problema de él y no mío.

Definitivamente Alejandro no parecía tener intención alguna de pedir disculpas al menos ese día puesto que no daba señales de vida. Lejos de acobardarme, me di una ducha tranquila de al menos media hora, la necesitaba para relajar la tensión que había cargado todo el día. Me puse un pijama fresco algo ligero y decidí preparar la cena. Empezaba a sentirme algo extraña por estar en casa sin ningún plan después del trabajo, pero francamente necesitaba aquel descanso después de tanta intensidad.

El jueves tuve la certeza de que Alejandro jamás se disculparía, aquel hombre era imbécil, definitivamente lo era si no era capaz de ver que toda la culpa había sido única y enteramente suya, pero no pensaba ceder. No en eso. Le vi de lejos en el comedor de la cafetería pero no pareció reparar en mi presencia por lo que me limité a coger una botella de agua y una pieza de fruta ya que era a lo que había ido hasta allí y me fui.

El viernes estaba contenta, sobre todo porque tendría todo el fin de semana y no trabajaría hasta tarde. No tenía plan alguno, pero había pensado en quedar con Oscar para ir al cine si él podía, quizá se lo dijera más tarde en el descanso que solíamos hacer a media mañana para tomar un café.

—¿Irina Suarez? —preguntó alguien en voz alta desde el pasillo.

—Aquí —exclamé viendo como un chico traía un paquete envuelto en papel marrón con una gran cinta roja alrededor formando un lazo.

—Esto es para ti, lo ha dejado la empresa de reparto —contestó el chico dejando el paquete sobre mi mesa. No tenía ni idea de qué sería, ¿Tal vez me había enviado algo mi madre?

Pese a las miradas de algunas compañeras que furtivamente esperaban que abriera el paquete allí mismo para cotillear que era, me fui al baño de señoras para hacerlo. Estaba casi segura de que mi madre no me enviaría nada al trabajo, de hacerlo sería a casa que para algo había un conserje que se encargaba de esas cosas entre otras, pero por si acaso contenía algo que relatara mi verdadera identidad preferí abrirlo a escondidas.

Cuando desenvolví el papel marrón vi lo que parecía una caja de regalo, quité la tapa y lo primero que encontré fue un sobre encima del papel de seda color rojo que ocultaba el contenido del interior de la caja. Abrí el sobre que estaba sellado imaginando que en su interior hallaría la explicación de aquel regalo, era una tarjeta escrita a mano con una sola frase.

A las 14.00pm te esperará un coche en la puerta. Súbete y no hagas preguntas, será una sorpresa.

1. Álvarez.

Eso no era una disculpa precisamente, pero se suponía que lo haría en persona, ¿No? La emoción hizo que abriera la caja y en ella encontré un precioso bikini de color azul y un par de prendas de encaje de ropa interior, ¿Qué se suponía que significaba aquello? No lo descubriría hasta dentro de

tres horas que es cuando sería la hora citada según la nota.

Volví a mi puesto de trabajo y guardé la nota en el bolso por si en algún descuido como ciertamente ocurrió más tarde, alguien preguntaba casualmente por el paquete y con cierto descaro abría la caja.

—¡Vaya!, ¡son preciosos!, ¿De donde son? —exclamó Marta viendo el contenido sin pedir permiso alguno.

—Jolidon —contesté sin darle importancia y mordiéndome la lengua para no decirle que la próxima vez podía preguntar al menos.

—No conozco la firma —aseguró tapando la caja de nuevo.

—Es que es poco conocida por aquí, en mi país es bastante reconocida —aseguré sin añadir que era una marca de lujo exclusivo en cuanto a lencería.

Efectivamente cuando salí de la oficina a las dos en punto, un coche esperaba con chofer en la puerta, imaginé que sería él cuando no vi ningún otro coche alrededor. En la nota decía que no hiciera preguntas, pero llevaba más de tres horas metida en aquel coche y solo divisaba la carretera, ¿Cuánto tiempo más tendría que estar allí dentro?

—¿Falta mucho para llegar? —pregunté hastiada sin aguantar más. No haría preguntas, pero al menos que me dijera cuanto faltaba.

—No señora, solo media hora —contestó educadamente el conductor—, ¿Necesita que paremos?

—Sí, lo cierto es que lo agradecería —confesó. Necesitaba ir al baño. El coche iba bien preparado con agua, algunas golosinas, comida y un ipad donde encontré música, películas y algunos juegos para entretener al viajero que en este caso era yo.

Paramos diez minutos en un restaurante de carretera y aproveché para lavarme los dientes ya que por suerte siempre llevaba el cepillo en el bolso. Inmediatamente después retomamos el camino.

Estaba en una ciudad costera, a juzgar por el angosto mar que se divisaba a lo lejos desde la ventanilla del vehículo, ¿Por qué me hacía Alejandro venir tan lejos de Madrid? Cada vez estaba más intrigada.

Cuando el coche se detuvo en la playa —me extrañó que lo hiciera justo allí—, pero por indicaciones del conductor vi que estábamos en el puerto y que debía seguir el camino que llevaba a los amarres de los barcos. Sorprendida por la noticia de que lo más probable era que se tratara de un paseo en barco, inicié el camino en solitario, realmente no tenía ni idea de donde debía detenerme o en qué barco estaría Alejandro, me sentí un poco perdida hasta que su inigualable figura apareció.

Iba ataviado con unos vaqueros gastados y sin camisa, me observaba desde lejos y comencé a caminar lentamente hacia él hasta llegar a su encuentro. Teniendo en cuenta los días que habían pasado sin vernos y sin mantener el contacto resultaba extraño encontrarnos ahora de aquel modo después de la discusión que habíamos tenido en su despacho.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mientras seguía observándome fijamente con cierto atisbo de sonrisa.

—Largo, ¿Que se supone que es todo esto Alejandro? —pregunté sin poder evitarlo abarcando toda la situación en general.

—Dijiste que debía tener una disculpa que estuviera a la altura de lo que te dije y ésta es mi manera de hacerlo —aclaró quitándose la caja de las manos y el bolso que llevaba al hombro para dar un salto y montarse en un barco de vela que estaba justo a mi derecha bastante grande—. Vamos, sube, ya está todo listo para que zarpeamos —añadió con un gesto incitándome a subir.

—¿Iremos solos?, ¿Los dos? —pregunté al ver que no había nadie más por el barco. Estaba acostumbrada a veranear en el barco de mi padre, pero siempre había tripulación a bordo que se encargaba absolutamente de todo.

—Sí, estaremos solos. Tu, yo y este magnífico velero durante todo el fin de semana.

«¿Solos?» A solas con Alejandro durante más de cuarenta y ocho horas en un velero. No había que ser un genio para saber lo que iba a pasar, pero la incomodidad de no poder escapar de él estando en alta mar me hacía estar

nerviosa ante lo desconocido.

—Vamos, salta —volvió a decirme.

Estaba acostumbrada a utilizar pasarela para subir al yate de cuarenta metros de papá, claro que aquello no era un yate. No tenía ni la más remota idea de navegación, intuía o más bien esperaba que por el contrario Alejandro si la tuviera. Di un salto desde el amarre al barco y Alejandro me apresó de la cintura para evitar que me cayera, estar tan cerca de ese hombre de nuevo después de tantos días en plena sequía sexual era demasiado abrasador.

Noté como sus manos acariciaban lentamente mi cintura y bajaban hacia mis nalgas atrayéndome hacia él. Se acercó pausadamente hasta que sentí el roce de sus labios con los míos suavemente, nada que ver a lo que estaba acostumbrada de él que siempre me embriagaba con aquellos abrasadores besos. Se apartó con la misma lentitud con la que se había acercado y le oí respirar fuertemente, cualquiera diría que le costaba hacerlo. Me cogió de la mano y me arrastró por el barco hasta la proa donde se encontraba el timón.

—Quédate aquí, voy a soltar el amarre y enseguida vuelvo —dijo inmediatamente y asentí agarrándome a aquella rueda de metal. En menos de dos minutos Alejandro había regresado y se escuchaban los ruidos del motor.

—¿Dónde iremos? —pregunté curiosa.

—Vamos a fondear por las costas de Ibiza, con este viento, llegaremos al atardecer, antes de que se ponga el sol.

—Mientras lleguemos... —susurré no muy convencida y vi que le parecía graciosa mi respuesta porque evocó una sonrisa.

—Hago este recorrido varias veces al año —aseguró—, me gusta navegar —añadió confesándome algo de su vida privada y le miré sorprendida porque lo hubiera hecho. Aquello me tranquilizó, así que me acomodé en el asiento que había tras el timón mientras veía como salíamos lentamente de puerto mientras el viento me acariciaba el rostro.

—Ven un momento —escuché la voz de Alejandro que parecía llamarme. Me había limitado a mirar el mar mientras él estaba bastante concentrado

llevando el barco. Me levanté y me coloqué a su lado—. Sujétalo así y mantén el rumbo fijo en la dirección que vamos. No pasara nada, tengo que arriar las velas —dijo colocándose las manos en el timón y desapareció dejándome sola dirigiendo el barco.

Escuché el ruido de las velas y como el velero cogía más fuerza cuando las soltó. Le estaba cogiendo el gusto a eso de dirigir el barco, comenzaba a sentirme poderosa y de un instante a otro sentí el calor en mi espalda y su cuerpo pegándose al mío. Podía notar algo firme y duro frotándose contra mi trasero y no necesitaba ser un genio para saber que era. Alejandro me apartó el cabello que caía suelto por la espalda y comenzó a darme pequeños mordiscos en el cuello. Aquella mañana me había puesto un vestido de tirantes con falda entubada y ajustada en un tono crema, afortunadamente el tejido cedía y noté que la prenda subía por mis piernas gracias a los dedos hábiles de ese dios griego.

—Mantén el rumbo y no te distraigas —susurró en mi oído mientras él bajaba los tirantes de mi vestido y seguía dando pequeños mordiscos que me provocaban leves gemidos.

«¿Que mantuviera el rumbo?» Que fácil era decirlo cuando todo mi cuerpo me estremecía por su contacto.

Me arrancó el tanga de encaje negro que llevaba y con sus dientes comenzó a mordisquear mis nalgas. Me sobresalté con aquel contacto, pero solo fue por puro enloquecimiento. No podía verle en acción, estaba mirando al frente, al mar que se abría ante mí mientras él jugaba con mi cuerpo dándome placer.

—Ábrete para mí.

Me excité solo con oír aquella frase y sin duda alguna abrí las piernas expectante a lo que estaría por acontecer a continuación. Sentí su lengua lamerme por completo de una sola vez y me deleité con aquel gesto inclinando mi cuerpo para proporcionarle un mayor acceso. Me aferré fuertemente al timón y traté de no cerrar los ojos con aquella recreación que ese dios griego

hacía con su succulenta lengua, pero cuando sentí sus dedos abriéndose paso a través de mí, no pude evitar gritar de puro placer contenido.

—Ni se te ocurra cerrar los ojos —susurró riñéndome como si supiera exactamente lo que iba a hacer—. Te recuerdo que tienes nuestra vida en tus manos —jadeó a pesar de que estábamos en mar abierto, sin ningún tipo de obstáculo a la vista y de hecho probablemente no me habría dejado llevar el timón de no ser así, pero aquello me hizo sonreír, él trataba de hacerme creer que me había cedido el mando y que era quien tenía el control de la situación de ambos. Muy generoso por su parte pese a no ser verdad.

—No los cerraré —aseguré divertida.

—Eso espero —contestó mientras colocaba las manos en mis caderas para alzar más mi trasero hacia él y sin esperarlo se hundió completamente dentro de mí volviendo a llenarme de nuevo.

—¡Oh Dios! —gemí sin poder evitarlo por la invasión que al mismo tiempo era tan jodidamente placentera.

—Si... —jadeó Alejandro—, grita cuanto quieras preciosa que nadie podrá oírnos aquí.

Su voz rota por la carga de deseo y sensualidad provocó que me ajustara aún más a su movimiento. Indudablemente lo necesitaba, ahora me daba cuenta de que la falta de sexo con ese dios griego había hecho estragos en mi cuerpo, porque estaba completa e insaciablemente loca de pasión por lo que solo él conseguía provocarme.

Mis gritos eran acompasados por sus embestidas certeras y antes de que me desplomara sobre aquel timón del velero en una última estocada alcanzando el éxtasis, Alejandro me atrajo hacia él para que no lo hiciera manteniéndome entre sus fuertes brazos bien sujeta.

Aquel fin de semana iba a ser apoteósico... de eso estaba más que segura.

Divisamos la costa de la isla en menos de dos horas y nos quedaron a escasos metros donde podíamos obtener la privacidad sin estar demasiado

lejos de tierra firme. El goce del agua fresca era agradable, además conseguía bajar un poco la temperatura del ambiente y la que de por sí tenía mi cuerpo solo con contemplar el bombón andante de Alejandro.

Pudimos contemplar la preciosa puesta de sol desde aquel sitio y era absolutamente hermosa al poder divisar como se perdía el último rayo entre el agua cristalina del mar.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alejandro tocándome el hombro para captar mi atención. Hasta ese momento no había sido consciente de mi apetito, pero ahora que lo mencionaba tenía un hambre voraz.

—Sí, debo reconocer que bastante —confesé sonriendo.

—Perfecto —dijo incorporándose y dejándome allí sentada sin decir nada más.

La cocina del barco era pequeña, teniendo en cuenta que era un velero era de suponer, sólo los barcos grandes podían permitirse el lujo de tener más de un fuego en el que cocinar.

Observé cómo Alejandro se desenvolvía en aquella minúscula cocina preparando en una pequeña sartén lo que parecía un condimento con aceite, almejas, perejil, tomates secos y una especie de polvo amarillo que no supe descifrar, pero que olía fatal. El resultado de eso añadido a la pasta que coció después era exquisito, un sabor diferente que jamás había tenido el placer de probar con anterioridad.

—¿Es un plato típico español? —pregunté al no reconocer el sabor ni ser consciente de que mi madre lo hubiera preparado en alguna ocasión. Yo conocía bastantes platos de la gastronomía española por ella, pero aquello desde luego no era ni remotamente parecido a lo que recordaba o había llegado a probar.

—Por supuesto que no —reconoció—. La pasta se la dejamos a los Italianos puesto que es su especialidad y este en concreto es un tipo de pasta que se suele consumir en zonas costeras —me confesó pacientemente.

—¿Y esto amarillo que le da ese sabor peculiar que es? —pregunté

curiosa.

—Bottarga —aclaró como si con aquel nombre hubiera definido todo—. Es la hueva de pescado.

—Pues le da un toque singular —dije tomando un sorbo más de vino blanco que acompañaba al plato.

—¿Tienes más hambre? —preguntó cuando dejé el tenedor sobre el plato vacío y podía sentir su mirada fija sobre mí a pesar de no alzar la vista.

—No. Así estoy bien, gracias —contesté un poco cohibida.

—Come un poco más, esta noche gastarás demasiada energía —dijo en un tono rudo que provocó una oleada de cosquilleos en mi interior que casi me hicieron temblar.

—¿Por qué? —pregunté inocentemente y alcé la vista para mirarle a los ojos.

—Porque voy a follarte duro durante toda la noche hasta agotarte —contestó sin apartar la vista.

Su intensa mirada parecía devorarme y solo podía sentir como la caldeante humedad entre mis piernas me empapaba. Nunca había pensado que cuando un hombre me dijese aquellas palabras tan obscenas, en lugar de propinarle una bofetada, me derritiera tanto por dentro como por fuera. «¡Diablos!» reconocí. Estaba sin duda alguna deseando que me empalase contra lo primero que encontrara y se hundiera tan dentro de mí con infinita brutalidad, lo necesitaba casi tanto como respirar. Aquel hombre había conseguido que me volviera insaciable.

—Ve a ducharte —me ordenó—. Y quiero que te pongas el conjunto rojo que había en la caja —dijo antes de indicarme que pasara al único camarote del barco donde había un pequeño aseo minúsculo, pero que tenía una ducha.

Por descontado el agua no salía caliente, pero no importaba, me agradó refrescarme y deshacerme de la sensación de sal impregnada en el cuerpo y sobre todo, en el pelo. No tenía qué ponerme más allá de las prendas interiores y el bikini que me había proporcionado Alejandro, aparte del

vestido que había llevado puesto durante todo el día, así que salí únicamente ataviada con aquel tanga de cintura ancha y encaje en los lados de un rojo vibrante a juego con el sujetador. Era sutilmente elegante definitivamente estaba fabricado para incitar el pecado como en aquel caso.

Busqué a Alejandro por la cubierta del velero hasta que le divisé en la proa cuando conseguí adaptarme a la oscuridad de la noche. El frescor hacía que mi piel se erizara, corría demasiada brisa y eso provocaba que tuviera frío con tanta humedad.

—Siéntate sobre la manta, enseguida vuelvo —dijo en cuanto me acerqué hasta donde él estaba.

En lugar de sentarme sobre ella, más bien me enrolle en aquella manta calentita y aguardé su regreso. Supuse que habría ido a ducharse, pero en menos de cinco minutos escuché unos pasos y pude apreciar su silueta. Parecía llevar una botella y dos copas en la mano. En cuanto descorchó la botella y me ofreció una de las copas que al tocarla supe que era de plástico, me llevé el liquido a los labios para apreciar el sabor de aquel inconfundible cava.

—¿Tienes frío? —preguntó casi sorprendido.

—Un poco —confesé

—Tendremos que poner remedio a eso —advirtió mientras se sentaba a mi lado y me atraía hacia él de forma que me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo al mismo tiempo que metía sus manos entre aquella manta que me envolvía para tocarme. En aquel instante noté su evidente erección a través de la tela de los finos bóxer que llevaba puestos. Mi cuerpo se tensó ante la excitación y antes de poder gemir por su contacto su boca atrapó la mía.

En el momento que Alejandro se abrió paso entre mis muslos penetrándome y devorando al mismo tiempo con su lengua mi cavidad bucal, me sobraba la manta y todas las prendas interiores que llevaba puestas, hasta la mismísima piel si es que era posible arrancarla me sobraba del puro ardor que emanaba de mi cuerpo y que había sido invadido por la pasión que aquel dios griego me provocaba.

Alejandro no había mentido con sus palabras durante la cena, cuando fui consciente de los primeros rayos de sol, él volvía de nuevo a tomarme con la facilidad de quien mete una llave en una cerradura, siempre lista, siempre preparada y siempre húmeda para él.

El fin de semana voló entre sexo salvaje o suave, pero en definitiva; pasional. Pensé mientras volvíamos de regreso a Madrid, que jamás había tenido tanto sexo con un hombre como lo tenía con Alejandro y eso que apenas habían pasado dos escasas semanas desde que le había conocido. Volvíamos en su coche y cualquiera que nos viera podría pensar que éramos una pareja normal, salvo que no existían arrumacos, ni tampoco besos en público o cogidas de mano... ni tan siquiera un leve acercamiento y siendo sincera, comenzaba a resultarme extraña su bipolaridad. Esas reacciones que contrastaban de un extremo al otro siendo a momentos un hombre amante y pasional en privado, al frío y distante en el que se convertía cuando ese momento había finalizado y que mantenía estando en público.

Cuando llegué a casa y me quité al fin aquellos zapatos junto al vestido, me di una larga y más que merecida ducha de agua caliente por aquellos dos días en los que no había podido dármele. Solo podía pensar en una cosa mientras el agua caía sobre mi rostro invadiendo mi piel...

—Alejandro —susurré

Ese hombre comenzaba a afectarme de un modo trascendental. Por un lado adoraba el sexo que tenía junto a él. El placer que solo él me proporcionaba era inaudito, pero por otro lado... empezaba a querer más de algo, ese algo que sin duda no podía tener, aunque era plenamente consciente de que mi corazón no estaba involucrado en aquel acuerdo, de alguna forma deseaba dar un paso más en lo que fuera que tuviera con Alejandro.

Tenía dos llamadas perdidas de mi padre cuando apagué la alarma del teléfono y comprobé la pantalla. Me parecía extraño que me llamara, pero primero decidí estar lista y salir de casa antes de devolvérsela para hablar con él. Sabía de sobra conociendo a mi padre como le conocía, que si fuera algo

grave habría usado los medios necesarios para que alguien me despertara o acudiera al apartamento. No. Seguramente querría hablar conmigo sobre mi madre o algo referente a la empresa... quizá solo me dijera que tenía pensado pasar por la sede de España y pretendía verme.

—¡Luciana! —exclamó mi padre al tercer tono. Le encantaba llamarme por el nombre que debía llevar al ser su hija, aquello parecía hacerle sentir cierto orgullo paternal según decía.

—Papa, me sorprendió tu llamada, ¿Ocurre algo? —pregunté sin rodeos puesto que en breve llegaría a la oficina.

—Olvidé el cambio de hora, por eso no insistí, realmente pensaba que me ibas a llamar este fin de semana por alegrarte de la noticia, pero como no lo hiciste por eso te llamé.

—¿Por qué tenía que llamar papá?, ¿Y de qué se supone que debo alegrarme? —pensé en la propuesta, pero ya me había avisado de que la aprobarían, así que, ¿De qué se trataba?

—Advertí a Álvarez que si no te ponía al frente del equipo que llevara la propuesta a cabo le despediría por su incompetencia —contestó mi padre tajante—. Evidentemente no le dije que eras mi hija, solo mencioné a la becaria que había remitido el análisis —añadió y supuse que lo mencionó por si preguntaba respecto a ese tema.

—¿Y cuándo le dijiste eso? —pregunté mordiéndome el labio.

—El miércoles. Justo cuando se cerró el acuerdo, ¿No lo sabías? —preguntó mi padre extrañado.

En ese momento solo tenía ganas de estrellar el teléfono contra el suelo y gritar de furia e impotencia, ¿Con que una disculpa?, ¿Lo de pasar el fin de semana en barco se suponía que había sido una disculpa?, ¡Aquello solo fue una encerrona para que estuviera complacida y así no me negase a la propuesta! Sin duda sería evidente que hoy me citaría en su despacho para mencionarlo y que después de aquel fantástico fin de semana no me negaría.

—Pues no, de hecho es la primera noticia que tengo, pero probablemente

hoy me informen. Gracias por avisar papá —respondí intentando parecer alegre aunque por dentro estuviera ardiendo de rabia.

Colgué el teléfono y caminé hacia la torre Komarov que estaba a menos de diez metros.

Si tuviera a Alejandro delante, estaba segura que le arrancaba la cabeza, no me molestaba que me hubiera intentado sobornar de aquella forma, sino que lo hubiera camuflado como una disculpa cuando en realidad solo primaba su interés porque si no aceptaba estar al frente del equipo, él estaría de patitas en la calle..

«Alejandro querido, ahora vas a saber de verdad lo que es no tener el poder»

LOS PUNTOS SOBRE LAS ÍES

Había cogido un café para llevar de la cafetería a la que solía ir algunas mañanas cuando me apetecía o no me daba tiempo a prepararlo en casa. Además, el chico que siempre me atendía era muy simpático y cada vez que me veía en la cola cuando llegaba a caja lo tenía preparado con una gran sonrisa. No sabía si es que daba un buen servicio o que tal vez era demasiado amable conmigo

Más animada bebiendo pequeños sorbos de café que aparte de ayudarme a espabilarme me encantaba su aroma y sabor, pulsé el botón del ascensor. Siempre he odiado los lunes, pero aquel concretamente lo odiaba más por comprender que el delicioso fin de semana que había pasado solo era una auténtica patraña para ocultar la verdadera razón.

—Buenos días.

Escuchar esa profunda voz casi hizo que el café se me resbalara de los dedos, por suerte no fue así o hubiera armado un estropicio.

—Buenos días señor Álvarez —contesté sin dignarme a mirarlo siquiera.

—¿Se encuentra bien?, ¿Que tal ha pasado el fin de semana? —preguntó como si nada, como el que mantiene una conversación normal con un compañero de trabajo, solo que Alejandro nunca hacía aquello y hasta me resultaba extraño que lo estuviera haciendo ahora

«Tal vez quería tenerme bien complacida hasta el final» pensé inmediatamente.

—Podría haber estado mejor —respondí mordaz.

—¿No estuvo a la altura de sus expectativas? —exclamó.

Aunque no le mirase, sabía que debía estar alzando una ceja y preguntándose el porqué de mi respuesta. El muy ególatra se creía un dios del sexo; vale, lo era... pero uno no puede ser tan creído de sí mismo.

—En efecto —contesté a secas. No pensaba darle conversación. Estaba más que enfadada como para hacerlo y además, estábamos en la empresa y se suponía que allí no debíamos dar lugar a ningún tipo de rumor.

El ascensor abrió sus puertas ambos entramos acompañados de algunos trabajadores más que fueron llegando. Saqué el teléfono para distraerme, aunque no miraba nada especialmente, solo me dediqué a pasar fotos sin prestar atención de la red social de Instagram.

—Buen día —dije en cuanto las puertas se abrieron en la planta que correspondía bajarme y no esperé obtener una respuesta, ni aparté la vista del teléfono para tener una excusa de no mirar a nadie.

Eran alrededor de las once y media cuando recibí el aviso de que tenía una reunión con el director en su despacho.

«Bien, que empiece la función» pensé mientras subía las pocas plantas que nos separaban. Di mi nombre a la secretaria que ya comenzaba a familiarizarse con mi rostro por tantas veces como había acudido y entré en el despacho de Alejandro. No me sorprendió que estuviéramos a solas de nuevo, de hecho era lo que esperaba.

—Siéntate Irina, ¿Quieres un café?, ¿Un vaso de agua? —preguntó de lo más atento.

—No, estoy bien gracias, ¿Para qué se supone que me has citado?, ¿Trabajo o placer? —pregunté en un tono de voz condescendiente y me daba absolutamente igual que fuera así.

—Si te mando llamar a mi despacho, es por trabajo —aclaró como si no hubiera otra posibilidad que no fuera esa.

Preferí no sacarle de su error como aquella vez en la que me citó allí solo porque me reí de un comentario que Oscar hizo en la cafetería.

—Pues tú dirás, porque hasta donde yo sé, una becaria tiene poco que hacer en el despacho de dirección —respondí secamente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclamó—. Pensé que después del fin de semana habrías olvidado la discusión que tuvimos precisamente aquí la

última vez que estuviste — añadió refiriéndose al hecho de que él me tratase como una cualquiera, además de estúpida e ignorante por supuesto.

—Si soy sincera, no escuche una disculpa de tus labios *precisamente* — recalqué siendo consciente de que textualmente él no mencionó ninguna clase de perdón.

Alejandro soltó un gruñido por respuesta.

—¿Es eso? —gritó—. ¿Estás así porque no te pedí expresamente disculpas? Pensé que serías más madura Irina, te lo demostré con hechos mejor que con palabras, pero si es lo que quieres ahí va. Me disculpo, cometí el error de no escucharte cuando tenías razón, ¿Es suficiente? —añadió como si pareciera hastiado por hacerlo.

Así que el ególatra era capaz de arrastrarse cuando veía peligrar su puesto de trabajo y su posición de poder... No, definitivamente no era suficiente pero al menos había conseguido que se disculpara, aunque fuera bajo coacción desde luego.

—Para qué estoy aquí —respondí para ir al grano.

—Después de mucho meditarlo y analizar tu informe, he pensado que no hay nadie mejor que tú para liderar el equipo que desarrollará la aplicación. Tu estudio fue bastante completo, parece conocer el mercado y creo que estás bastante interesada en ello viendo el esfuerzo que pusiste para que se invirtiera en el proyecto —dijo como si aquel discurso lo tuviera estudiado.

Su voz era calmada y seria, como si me estuviera vendiendo de verdad la oferta de que había llegado a esa conclusión por sí mismo.

—¿Me estás diciendo que quieres que lidere el equipo de una aplicación que va a generar millones de euros? —exclamé—, ¿Yo?, ¿Una simple becaria que no lleva aquí ni dos semanas? —añadí en evidente tono de mofa dándole a entender que ni él mismo se creía sus propias palabras.

—Sí —afirmó sin añadir nada más.

Evidentemente no tenía una respuesta más que añadir porque era obvio que no había sido su idea, pero claro, él no podía ni intuir que de todo aquello

ya estaba más que informada gracias a mi padre.

—Vale, no acepto —dije cruzándome de brazos.

No pensaba hacerlo, que suplicara si quería que liderara el equipo aunque sabía que solo lo haría para no perder su puesto como director. Deseaba de verdad hacerlo, no había aspirado a liderarlo, pero sí a estar dentro del mismo para ver cómo se desarrollaba.

—¡Que! —exclamó. No era una pregunta, parecía más bien una exigencia.

—Considero que no estoy preparada y por tanto no puedo aceptar —reiteré negándome por segunda vez.

—Lo harás y punto —sentenció Alejandro como si fuera su última palabra.

—¿Y por qué tanto interés en que lidere este equipo? —pregunté intentando ver hasta donde sería capaz de admitir que estaba presionado por arriba para que lo hiciera.

—Por qué lo digo yo —aclaró—. Y no hay más que decir señorita Suarez, vuelva a su puesto de inmediato. Se le informará de su nuevo trabajo en las próximas horas.

—¿Y ya está?, ¿No tengo derecho a quejarme siquiera?, ¿Qué clase de empresa es esta?

—Si no quieres ser despedida hoy mismo, te recomiendo salir por esa puerta y hacer lo que se te pide —contestó firme—. Te lo propuse como algo que pensé que aceptarías gustosamente tratándose de un ascenso, en vista de que no es así y eres una becaria a la que se le asignan labores que deba requerir la empresa, ésta es una de ellas. Ahora sal —atajó no pareciendo esperar una respuesta y apartando la vista para centrarla en sus papeles.

Rechiné los dientes conteniendo mi ira. Aquél patán tenía razón, no podía negarme al puesto que me asignaran desarrollar, menos aún si este era aun mejor que lo que había hecho hasta ahora, estaba bajo supervisión.

Me levanté del asiento y caminé hacia la puerta, cuando salí di un portazo. Era una niñatada, pero al menos me sentí a gusto conmigo misma.

Había querido gritarle a la cara cuatro cosas, pero no podía hacerlo sin revelar mi verdadero apellido porque de lo contrario no podría tener acceso a la información que tenía para reprochárselo en su cara. Estaba contra la espada y la pared, pero era el precio que tenía que pagar por camuflar mi apellido y ahora tenía que apechugar con mi enfado.

Me crucé con un tipo en el pasillo que me miró con lascivia, pese a ser bastante guapo, había perdido todo su encanto con aquel gesto. Parecía bien trajeado por lo que supuse que sería algún ejecutivo de alto rango, más aún cuando se perdió tras el despacho de Alejandro, esperaba no tener que tratar con ese tipo, no me había gustado nada esa mirada y mucho menos las intenciones que había en ella. No parecía trigo limpio.

Aquella tarde no recibí ningún mensaje de citación de Alejandro, si era sincera aún no sabía exactamente en qué punto se suponía que estaba ahora el acuerdo inicial, pero desde luego tenía claro que si pensaba citarme no acudiría, al menos no ese día cuando estaba tan cabreada y menos aún después de haberme dejado bien claro que mi opinión para él valía lo mismo que un chicle pegado en el zapato.

El miércoles me presentaron al equipo de trabajo, estaba compuesto de seis personas incluyéndome a mí. Dos ingenieros expertos en la materia; Carlos e Ignacio, una publicista; Amaya, una analista de estadística; Paula, un informático que había que reconocer que era bastante guapo; Jaime y yo que me encargaría de coordinar y supervisar todo.

Era un equipo joven, estaba segura que el mayor debía ser Ignacio y no pasaría de los cuarenta a juzgar por su apariencia. Todos congeniamos bastante bien y lo cierto es que ninguno pareció estar en contra de que fuese yo quien dirigiera el equipo, claro que ninguno sabía que hasta ayer mismo había sido la chica de las fotocopias.

—Irina, te llaman de desde dirección —mencionó Paula pasándome el teléfono que al ser inalámbrico no hizo falta que me desplazara a ninguna parte.

—¿Sí? —contesté no sabiendo exactamente quien se encontraría al otro lado.

—Señorita Suarez, necesito que me haga un informe sobre los avances del proyecto y se reúna a última hora en mi despacho —contestó esa voz ruda, potente y tan sexy que daban ganas de correrse en las bragas.

—Sí, señor Álvarez —contesté mirando a mi alrededor por si me estaban escuchando.

No sabía que era última hora, pero supuse que sería un poco antes de marcharme del trabajo, ¿no? Era un fastidio tener que verlo a solas de nuevo, aunque ahora que comenzaba a trabajar con el equipo reconocía que estaba contenta con la idea, pero seguía cabreada por las formas de proceder de Alejandro, además de sus mentiras.

Cuando llegué al despacho del dios griego su secretaria ya no estaba, de hecho no había casi nadie por el pasillo, así que llamé a la puerta con los nudillos.

Escuché un ruido de apertura de puerta y empuje permitiéndome el acceso.

—Siéntese, la estaba esperando —comentó de manera formal sin mirarme a los ojos. Intuí que volvía a tratarme de usted por haber discutido así que dejé la carpeta sobre su mesa cuando me acerqué hasta ella.

—Bien, explíqueme detalladamente sobre los avances, debo informar al consejo respecto a esta inversión. —comentó Alejandro prestando atención ahora a los documentos que había dejado sobre la mesa.

Me concentré en explicar básicamente lo que habíamos hecho durante el día que era un estudio previo de la situación y cómo íbamos a proceder, detallé como había organizado el equipo y las tareas asignadas a cada uno de ellos, en realidad el día no había dado más de sí.

—Bien, quiero un informe cada dos días sobre el avance del proyecto. No voy a correr más riesgos con este asunto y lo supervisaré yo mismo personalmente para que no haya problemas —dijo finalmente mientras cerraba

la carpeta.

—Muy bien —contesté levantándome del asiento para irme.

—¿Donde crees que vas? —exclamó de pronto.

—Pensé que habíamos terminado, que podía marcharme —respondí confusa.

—Hemos terminado de hablar de trabajo, pero no de lo que haremos tu y yo después —atajó mirándome fijamente.

En ese momento me entró un repentino acaloramiento por la sensualidad de sus palabras.

—¿Que se supone que vamos a hacer? —pregunté irónicamente.

—Que ahora lideres un equipo no cambia nuestro acuerdo Irina, te quiero dentro de dos horas en el apartamento —dijo sin dar lugar a réplicas.

—¿Y si no quiero ir? —pregunté amenazándole sensualmente.

—Creo que vas a perder mucho si no vas —afirmó—. Liderar un equipo no te garantiza un buen puesto como te prometí cuando acabaras tus prácticas. —Vi como se levantaba y se acercaba hasta donde yo estaba lentamente—. Además, te aseguro que vas a disfrutarlo —sentenció terminando de acortar la distancia devorándome labios.

Tras sentir de nuevo aquellos labios, ansié devorar su boca, pero me controlé poniendo todo mi empeño, fuerzas y porqué no decirlo autocontrol a mí misma para separarme de aquél cuerpo del deseo.

—Solo iré con una condición —dije seriamente mientras miraba a aquellos ojos de ese color del mar más profundo y de los que parecía que brotarían llamas en cualquier momento.

—¿Cuál? —preguntó inquisitivo y pude notar cierta sorpresa en sus palabras, como si estuviera sorprendido de que me hubiera separado de él, lógico teniendo en cuenta que cada vez que me rozaba la piel, mi cuerpo se convertía en pura mantequilla entre sus dedos.

—Quiero establecer nuevas condiciones en el acuerdo —afirmé seria.

—No —negó rotundamente mientras se separaba aún más.

—Entonces no iré —determiné intentando ser lo más firme posible.

—¿Es que acaso quieres que te despida de esta empresa? —Me amenazó como si aquello fuera posible.

Independientemente de que él no supiera quién era, sabía de sobra que justo ahora no me podía despedir y podía jugar con esa baza a mi favor.

—Inténtalo —respondí sonriente sabiendo que le estaba retando con la mirada.

—Dos horas. —Volvió a repetir él antes de darle la espalda.

Entendí el mensaje de que la conversación se había terminado y me dirigí a la puerta mientras la cerraba, esta vez sin dar ningún portazo. No estaba irritada, al contrario, nunca había estado más segura de mí misma en toda mi vida. Que esperara pacientemente sentado porque no pensaba ir, por más ganas que tuviera de que aquel egocéntrico y magnánimo jefe que tenía me follara hasta la saciedad pensaba aguantarme; una ducha fría, mucho helado de chocolate y mi fiel amigo el consolador para saciar la sed de sexo. Sí, eso era lo que me esperaba aquella noche.

Decidí no irme inmediatamente a casa o la tarde sería eterna si lo hacía, por lo que aproveché para ir de tiendas a un centro comercial que me pillaba de paso, después de probarme varias prendas sobre todo con la idea de ropa de trabajo, así que me centré en colores neutros de la gama de blancos, beige, grises y negros terminé por entrar en una tienda de ropa interior femenina para darle color a mi triste vestuario. Si no podía llevar algo atrevido por fuera, lo llevaría entonces por dentro, así que compré unos cuantos conjuntos de ropa femenina sexy que había de nueva temporada. Me encantaba utilizar el corte tipo culote, me parecía mucho más sexy que un tanga y me sentía más cómoda con esa prenda, vi un conjunto que parecía una especie de body completo de un tono verde jade precioso que era de lo más provocador, realmente no supe si tendría o no ocasión de ponérmelo para alguien, pero también me lo llevé.

Las compras agotaban y quien dijera lo contrario mentía como un bellaco, estaba muerta del cansancio y eso que apenas había estado dos horas en el

centro comercial. Eran las ocho y cuarto cuando llegué a casa y me reí conmigo misma al comprobar la hora sabiendo que hacía exactamente diecisiete minutos y catorce segundos debía estar aporreando la puerta del apartamento de Alejandro.

—Bueno, creo que le habrá quedado bastante claro que no pienso ir — dije en voz alta hablando conmigo misma.

Después de una ducha fresca, me puse un camisón algo transparente y ligero para estar por casa sin pasar calor y me preparé la cena; arroz blanco con curry, pollo y almendras, una de mis especialidades culinarias que no tardaba mucho tiempo en cocinar.

Coloqué el plato sobre la pequeña mesa de centro que tenía en el saloncito y encendí la televisión mientras terminaba de colocar la mesa que consistía en un par de servilletas, tenedor, cuchara, helado y una copa de vino blanco que había comenzado a degustar mientras preparaba la cena. Tenía que reconocer que estaba que me subía por las paredes, ¡Dios! Ahora no estaba del todo segura de si había sido buena idea no haber ido. Mi cuerpo estaba excitado, inspirando deseo por cada poro de mi piel y anhelaba sin duda alguna el cuerpo de Alejandro.

El timbre de la puerta me sobresalto justo en el momento en el que pensaba en la última vez que lo habíamos hecho en aquel barco, me levanté descalza caminando despacio hacia la puerta cuando volvió a sonar el timbre. Al parecer debía ser alguien impaciente, un pensamiento se instaló en mi mente, solo había alguien que pudiera impacientarse así... y ese sin duda sería el dios griego de Alejandro. Además de que era el único que sabía donde vivía aparte de mis padres.

Abrí la puerta y allí estaba él, dejado caer en el marco de la puerta de mi apartamento, con los dos botones de la camisa desabrochados, sin cortaba y con el pelo revuelto. Todo él transmitía una sola palabra; *sexo*.

—Renegociemos —Fue lo único que dijo provocando que todo mi cuerpo se estremeciera de placer.

UNA BATALLA PERDIDA

POV ALEJANDRO

Aún no me podía creer que hubiera dicho esas palabras y que estuviera allí, en su apartamento, pidiéndole que renegociáramos las condiciones del acuerdo dispuesto a aceptar las suyas. Había tenido la firme creencia de que iría, a pesar de haberse negado porque ella lo deseaba de igual manera, podía verlo en sus ojos, pero era evidente que no lo había hecho y por la misma razón yo estaba allí. En cualquier otra situación lo habría dejado estar, no habría movido un solo dedo por recuperar lo que teníamos, pero tuve que aceptar mi derrota ante lo evidente e ir hasta su apartamento para llegar a un maldito acuerdo porque necesitaba tenerla bajo estricto control tanto dentro como fuera de la empresa después de lo que había pasado.

Ni siquiera era consciente de cómo esa mujer estaba consiguiendo lo que quería y a pesar de hacerlo, no parecía satisfecha con sus logros. Aún no lograba entender por qué rechazó el puesto de liderar el equipo si tanto había insistido en la propuesta para su desarrollo. Se suponía que dada su inquietud ante el proyecto sería la más interesada en participar, pero se había negado en rotundo, ¿Quién en su sano juicio lo haría? Más aún tratándose de una simple becaria con un sueldo mediocre, pero al parecer Irina Suárez no era ninguna becaria común y corriente y comenzaba a pensar que lo había rechazado porque esperaba obtener una mejor propuesta, ella aspiraba a ser mucho más y no dudaba de que lo conseguiría con sus artimañas, además de su inteligencia.

Sí. Debía admitir que tenía ante mí no solo a una belleza de mujer, sino a alguien lo suficientemente inteligente y perspicaz como para saber jugar sus cartas a su debido tiempo. Conseguía persuadirme de tal forma que me dejaba confuso con sus peticiones o respuestas y eso solo lograba hacerme dudar más

de sus verdaderas intenciones, como si quisiera perder de vista la verdadera razón de porqué se acostaba conmigo y porqué existía aquel acuerdo que manteníamos aún en vigor, solo que era el hombre equivocado para que jugara conmigo de aquella forma y desde luego era algo que jamás iba a permitirme pasar por alto.

Aún podía recordar la última vez que había estado en su departamento tal y como estaba ahora, justo cuando volví del viaje a Hannover y ella no contestó a mis mensajes, ni se presentó a la hora acordada, pero supuse que tras tres días sin tener noticias mías, probablemente no había visto los mensajes y en lugar de enfadarme porque era uno de los requisitos que le había exigido, estaba lo suficientemente necesitado de sexo como para no reprimir un día más mi apetito y presentarme en su casa con la imperiosa necesidad de hacerla mía de nuevo a pesar de saltarme mis propias condiciones, aunque en realidad esas reglas solo existían para proteger mi intimidad. Lo que menos deseaba era que Irina supiera donde vivía... en cambio yo mismo no había respetado su privacidad y era la segunda vez que aparecía en su casa sin avisar importándome un comino lo que me pidiera a cambio... aunque lo que menos esperé fue que me solicitara ser su guía por la ciudad por tener sexo en su casa... pero, ¿Quién pide algo así pudiendo obtener una compensación económica por ello? Eso me descolocaba y no dejaba de pensar que quizá formaba parte de un complot para obtener un fin aún mayor. Estaba seguro de que tarde o temprano, Irina revelaría sus verdaderas intenciones y solo estaba aguardando a que llegara el momento mientras observaba intrigado cada uno de sus movimientos.

Lo cierto es que tenía que reconocer que me lo había pasado bastante bien enseñándole la ciudad en moto, por un momento olvidé quién era y qué representaba, de hecho cualquiera podría decir que parecía una chica normal y corriente como lo era mi hermana, tan curiosa por descubrir cosas nuevas que en cierta forma me hacía creer que era vulnerable, pero esa cara angelical no podía engañarme, menos aún cuando había sido la artífice de que el propio

Luciano Komarov cogiera el teléfono para llamarme él mismo y me dijera que no parecía llevar lo suficientemente bien la dirección de la empresa cuando una simple becaria había descubierto aquel informe que nos generaría ingresos por varios millones de euros, ¡Jamás en toda mi carrera me había sentido tan impotente!

No pensaba aceptar que gracias a ella habíamos salvado una cifra astronómica, menos aún que gran parte de aquella reprimenda por parte de Luciano Komarov fue merecida por no escuchar a Irina cuando trató de avisarme a su debido tiempo, pero ¿Cómo iba a saberlo?, ¿Quién en su sano juicio pensaría que una simple becaria podría ser capaz de hacer aquel estudio metódico? A mí mismo me hubiese costado bastante tiempo lograr hacerlo y en cambio ella lo había hecho en cuestión de horas. Aún lo dudaba, tenía mis sospechas de que realmente lo hubiera realizado ella misma a pesar de propinarme una bofetada cuando se lo recriminé e incluso me exigió una disculpa que estuviera a la altura de las circunstancias haciendo que me sintiera aún más intrigado por esa mujer.

Reconozco que rebajarme no estaba en mis planes, menos aún pedir perdón, así que llevármela todo un fin de semana en mi velero me parecía la mejor opción tras recibir la llamada desde la junta directiva donde indicaba que querían a Irina Suárez al frente del equipo del proyecto o de lo contrario tendría que presentar mi dimisión. No podía creerme que mi puesto dependiera de que ella aceptara, ¡Una simple becaria! Y no cualquier becaria, sino una con demasiada ambición y con la que tenía un acuerdo estrictamente sexual.

Mirase por donde mirase, estaba acorralado entre la espada y la pared. Tenía que de algún modo apaciguar el enfado de la rusa y nada mejor que un buen vino, acompañado de buen sexo y espléndidas buenas puestas de sol en alta mar para conseguirlo. Tal vez de esa forma creería verdaderamente mi arrepentimiento como para aceptar en cuanto regresáramos la propuesta que le ofrecería de buen agrado como idea propia, no dudaba de ello, le haría creer

que era idea mía e incluso lo consideraría como una recompensa por su buen procedimiento en nuestro acuerdo tras aquel fin de semana. No quería reconocer que yo era el primer interesado en estar a solas todo aquel fin de semana junto a ella después de pasar varios días sin tener ningún contacto, incluso estuve tentado de presentarme en su casa para exigirle cumplir con el acuerdo solo por mi persistente apetito sexual hacia esa mujer de piernas largas que me estaba volviendo loco, pero me contuve al intuir que solo empeoraría las cosas si lo hacía. La espera tuvo su recompensa porque desde luego fue un fin de semana apoteósico, uno que jamás olvidaría durante el resto de mi vida y probablemente lo recordaría cada vez que navegara en el velero... aún podía saborear cada instante en aquel barco donde incontables veces la hice mía y sobre todo de la última noche donde creía que jamás me cansaría de ese venerado cuerpo creado para saciar mi más ínfimo apetito. Podía asegurar poniendo la mano en el fuego y no me quemaría, que nunca había disfrutado más de ese velero que aquel fin de semana con ella, por unos instantes había deseado que el tiempo se detuviera y nos quedáramos allí para siempre, no necesitaba más que aquello para sentir algo parecido a la plenitud; su olor, el mar, el silencio únicamente interrumpido por sus jadeos de placer cada vez que hundía mi polla dentro de ella... si, sin duda eso era melodía para mis oídos, conseguía excitarme solo con recordarlo y ansiaba de nuevo volver a repetirlo. Había descubierto que me gustaba, Irina me gustaba de verdad y disfrutaba de su compañía por más que intentara negármelo.

Seguía sin saber como ella había sido capaz de filtrar el proyecto dentro de la sede central para que llegara hasta el propio Luciano en cuestión de horas, pero cada vez era más evidente que debía tener algún tipo de contacto interno, quizá un antiguo amante antes de venirse a Madrid que le pudiera haber filtrado el documento o facilitarle el correo, ¿De qué otra forma sino iba a lograr que llegase hasta el propio presidente en persona? Porque dudaba que lo hubiera logrado de forma rutinaria, tendría que pasar demasiados procesos y ella lo había conseguido en apenas unas horas.

No. Desde luego que Irina tenía a alguien dentro... es más, me incitaba a creer que probablemente tuviera información confidencial de la empresa que habría obtenido de algún modo puesto que hasta su teléfono estaba cifrado para no localizarla. Sin duda era una mujer de recursos hasta el punto de que en su día había conseguido mi propio teléfono, ¿Qué le impediría conseguir el del propio Luciano en persona? Eso me llevaba a pensar en numerosas ocasiones si me habría investigado antes de enviarme aquella imagen que aseguraba haber sido un error. Lo dudaba, pero la única razón por la que seguía con todo aquello es porque tenía su firma en aquel acuerdo confidencial del que ambos saldríamos perdiendo si salía a la luz. Irina no había sido la primera en intentar obtener privilegios por meterse en mi cama, muchas otras lo habían intentado antes de ella y ninguna había llegado lo suficientemente lejos como para lograr llamar mi atención, algo que ella había conseguido con una simple fotografía. Todo en ella me intrigaba, pero al mismo tiempo me negaba a mí mismo a averiguarlo porque estaba seguro de que no me gustaría lo que encontraría si lo hacía. Además, ella se iría dentro de unos meses cuando acabara su contrato en prácticas y para ese entonces ya me habría cansado de ella.

Muy a mi pesar no podía negar que pese a todo su hazaña tenía mérito, quizá demasiado, porque Irina estaba demostrando tener destreza dentro de la empresa y eso podría suponer que aquel acuerdo que manteníamos pronto no tendría interés alguno para ella y por mucho que me fastidiara reconocerlo, era consciente de que yo sí quería mantener ese acuerdo que me garantizaba su control, su poder, su cuerpo... sin nadie más de por medio.

Quería creer que solo lo anhelaba por asegurar el bienestar de la empresa y sobre todo de mi posición en ella, pero la verdad era otra bien distinta. Si. Soy consciente de que quizá necesito más de ella que probablemente ella de mí, pero era plenamente capaz de reconocer que su cuerpo se estremecía cada vez que la tocaba y aquello no se podía simplemente fingir, es más, empezaba a sospechar que disfrutaba verdaderamente de aquella condición y que

probablemente a pesar de su ambición, se había dejado arrastrar por aquel placer que incomprensiblemente nos invadía a ambos cuando estábamos juntos.

Había sido la primera mujer con la que había dormido en años, más bien diría la única si descarto a mi hermana y aquella vez en la que me quedé dormido después de una fiesta universitaria de la que apenas recordaba nada. Fue la primera vez que conscientemente pasé la noche en la misma cama con alguien sin ningún tipo de restricción porque me apetecía, simplemente no me importaba como tantas veces sí lo había hecho con anterioridad y me dije que lo hacía para no tener que acompañarla a casa a altas horas de la madrugada estando cansado después de todo el día.

Nunca me quedaba a pasar la noche con ninguna de las mujeres con las que me acostaba porque simplemente evitaba lo que aquello implicaba. No me gustaban las preguntas, ni establecer ningún tipo de contacto que implicara volver a ver a esa persona o simplemente el hecho de dormir al lado de una completa desconocida que solo me generaba desconfianza, por eso jamás lo hacía y siempre buscaba lugares de los que después de tener sexo podía marcharme sin dejar un número de teléfono. Necesitaba ser libre, independiente y sin ataduras, sin contar con que detestaba demasiado las complicaciones que por consecuencia tendría iniciar una especie de relación. Era consciente de que una mujer siempre exigía más y nunca sería suficiente para ella, había crecido con ese pensamiento desde pequeño puesto que mi abuelo me lo repetía de forma tan constante que aún podía escuchar su voz repiqueteando en mi cabeza, pero lo peor de todo quizá no era que él lo dijera, sino comprobar por mi mismo la razón de aquellas palabras.

«Escúchame bien mocoso. Ninguna mujer, óyeme bien, ninguna de esas putas con tetas te querrá por algo que no sea interés. Solo quieren una cartera repleta de billetes verdes para abrirse bien las piernas y dejar que la folle cualquiera que pueda pagar su precio. Mira tu madre, se vendía por una miseria o tu propia abuela que se largó con el primero que tenía la cartera

llena. Todas son iguales... son así desde que nacen y hasta esa zorra inútil de tu hermana será igual que ellas. Solo querrán tu dinero para robarte y después largarse con el primero que pase, así que grábatelo en la cabeza, ¡Todas son putas! Y así es como se merecen que las trates».

A pesar de saberlo, allí estaba buscándola de nuevo, como un drogadicto a por su dosis sabiendo el daño que aquello hacía, pero en mi caso quizá no me importaba. Sabía que Irina tenía precio, solo era cuestión de pagarlo y la volvería a tener de nuevo, únicamente necesitaba ser consciente de ello y no dejar que me afectara. Me decía a mi mismo que podría terminar cuando quisiera, que quizá sería conveniente no seguir con aquel acuerdo, que tal vez, —solo tal vez—, Irina estaba filtrándose bajo mi piel de una forma lenta pero certera, solo que no quería creerlo porque yo tenía el poder en aquella situación, yo tenía el control y ella solo sería un títere en mis manos jugando en mi propio campo.

En cuanto abrió la puerta y vi esas piernas largas que se perdían bajo aquel fino camisón casi transparente, deseé arrancarlo de su cuerpo para deleitarme con lo que había debajo de aquella prenda, ver de nuevo sus insinuantes pechos de pezones rosados y deleitarme con ellos jugueteando con mi lengua.

¡Joder! Me volvía loco ese cuerpo, me parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que habíamos tenido sexo y ciertamente ahora al verla así vestida con la sensualidad que siempre emanaba de su cuerpo, aquellos labios increíblemente carnosos que incitaban al pecado y esos ojos llameantes, solo quería cogerla en brazos y llevarla de nuevo al velero donde me aseguraría que no pudiera escapar a ninguna parte.

No entendía en base a qué tenía aquellos pensamientos o por qué razón eran fundados, pero lo único cierto en todo aquello es que Irina era la causante, únicamente la rusa era la culpable de que estuviera volviéndome desquiciado de aquella forma incontrolable y no razonara juiciosamente o antepusiera mis creencias antes de mis apetitos o deseos hacia ella.

Esperaba que no estuviera con nadie a pesar de estipularlo en el acuerdo, sinceramente no sabía que esperar al respecto, si respetaría de verdad aquellas cláusulas aunque hubiera afirmado que lo haría, pero sabía que no era alguien de fiar, ninguna mujer lo era... todas engañaban a pesar de asegurar que no lo harían o dirían cualquier cosa con tal de salirse con la suya y desde luego ella no era menos, no debería sorprenderme que lo hiciera, solo que algo dentro mí esperaba o más bien deseaba que no fuera así a pesar de poseer esa incertidumbre que me desconcertaba.

No quería compartirla y no precisamente porque la quisiera para mi disponibilidad cuando así lo requiriera como insté en un principio, sino porque verdaderamente la deseaba únicamente para mí. Solo imaginar otros brazos tocando aquella suave piel, haciéndola estremecer de la misma forma que cuando estaba en los míos me desquiciaba, me volvía loco, me desesperaba. Irina era mía... quería que fuera solo mía y que por alguna siniestra razón ella solo me deseara a mi.

Di un paso sin esperar a que me invitara, adentrándome en aquel apartamento observando todo el conjunto a mi alrededor y descubriendo que ella estaba sola, que no había nadie allí con ella y que a pesar de no saber exactamente en qué punto nos encontrábamos de aquel acuerdo, no había infringido la cláusula. En ese momento respiré con mayor tranquilidad, era como si algo dentro de mi se hubiera calmado... necesitaba volver a sentirla de nuevo, aspirar su olor que me embriagaba por completo y que me llevara de nuevo al éxtasis como cada vez que teníamos un encuentro.

No tenía ni idea de cuáles serían sus peticiones, pero en aquel momento mi excitación era tan contundente que estaba más que dispuesto a aceptar lo que fuera con tal de volver a poseerla.

MIS CONDICIONES

Cerré la puerta sin decir palabra alguna en cuanto él entró a pesar de que no le diera permiso para hacerlo. Observé como repasaba con una sola mirada su alrededor, tal vez esperase encontrar a alguien en casa conmigo, pero debió desistir de aquella idea en cuanto fijó la vista en la mesa en la que solo se encontraba una copa casi vacía y un solo plato.

—¿Cuáles son tus condiciones? —exclamó una vez que volvió la vista después de aquel repaso por el salón de mi casa hacia mí.

—Se acabaron las exigencias de puntualidad —dije sin rodeos.

Sabía que preguntar qué demonios hacía él allí no tenía sentido, era más que obvio que tenía tantas ganas de follar conmigo, cómo yo con él. Su sexo definitivamente era adictivo y en el fondo me alegraba de que para él fuera también así.

—Sabes que no me gusta esperar. —Gruño por respuesta.

—Pues es lo que hay. Tengo una vida aparte de ti, Alejandro —dije observándole refunfuñar, como si estuviera a punto de soltar un impropio, pero finalmente me miró con aquellos ojos que conseguían derretirme por completo.

—Está bien, pero intentarás llegar relativamente puntual —contestó arrastrando las palabras.

—Eso puedo hacerlo —dije cediendo parcialmente.

—¿Algo más? —preguntó acercándose lentamente hasta donde me encontraba como si pretendiera apresar a su presa entre sus garras, siendo en este caso yo la presa.

—Si —afirmé—. Me gusta ese apartamento que alquilaste, pero lamento decirte que está demasiado lejos, así que no pienso ir hasta allí cada día, tardo demasiado tiempo en transporte público y me arruinaría si fuese en taxi.

—¿Prefieres que venga yo hasta aquí? —gimió en un tono seductor que evidenciaban las ganas de posesividad que tenía en aquel instante.

—No, por supuesto que no —dije negándome a la idea de que Alejandro viniera cada día a mi casa, aunque si lo pensaba era mucho más cómodo, pero no. Eso no me daría la privacidad y la distancia que debía mantener respecto a él.

—Está bien —susurró en mi oído—. Buscaré algo que esté más cerca de aquí para que no tengas ese problema. —Terminó diciendo al tiempo que mordía suavemente mi oreja, provocándome un incesante hormigueo de sensaciones en el estómago—. ¿Tienes algo más que añadir? —preguntó recorriéndome ahora con suaves besos el cuello.

—Sí, tengo una última condición —añadí echando hacia atrás la cabeza para darle un mayor acceso al recorrido de besos que estaba proporcionándome en aquel momento.

—Dilo —contestó apresando mis pezones con su boca sobre la tela de aquel camión transparente que tan poco dejaba a la imaginación.

—No nos citaremos solo cuando tú quieras, si a mí me apetece tener sexo a cualquier hora, de cualquier día, también vendrás —añadí.

Estaba harta de que solo lo hiciéramos cuando él quería, yo también tenía derecho a opinar al respecto y si me apetecía tener sexo, lo tendría.

—¿Es que no te dejas lo suficientemente satisfecha que aún deseas tener más? —preguntó alzando una ceja.

—Siempre quiero más —contesté directamente. Más bien tendría que decir que era insaciable de él porque realmente no me apetecía tener sexo con otro que no fuese Alejandro.

—Soy un hombre ocupado, Irina —dijo como si fuera un pretexto

—Harás todo cuanto esté en tu mano para venir si así lo deseo —contesté agarrándole del cabello fuertemente para que me mirase fijamente a los ojos.

—No te prometo nada —contestó y cerré los ojos.

Al menos no se había negado, era la mitad de la batalla ganada. Tal vez

solo lo decía por asegurarse tener sexo conmigo en aquel momento, pero no me importaba, ya había accedido a sus anteriores peticiones y casi había aceptado aquella. Podía soportarlo, ahora no sería él quien salía ganando exclusivamente con aquel acuerdo.

—Está bien —dije mientras acortaba la distancia para devorar aquella boca que me volvía completamente desquiciada. Los labios de Alejandro no tardaron en responder, buscando con su lengua la mía y al encontrarse, se fusionaron en una danza campal por ver quién salía vencedora.

Las manos de Alejandro subían por mis muslos rozando las caderas, encontrando el filo del culote que llevaba puesto de encaje y rodeando las nalgas de manera que me deleitaba con su toque. Me alzó para sentarme sobre la encimera de la cocina mientras abría las piernas y le acogía entre ellas al tiempo que comenzaba a desabrochar su camisa.

La pasión nos consumía al punto que él me ayudó a desnudarme apresuradamente, se denotaba el ansía que teníamos el uno por el otro y cuando se bajó los pantalones de un solo movimiento, ni siquiera los sacó de las piernas para deshacerse de ellos, sino que se abalanzó sobre mí de un solo movimiento para hundirse en mi interior mientras saboreaba de nuevo el placer de sentirme poseída por ese dios griego.

Me deshice del camisón fino que llevaba puesto para darle mayor acceso y privilegio a mi cuerpo y sobre todo a los rosados pezones que danzaban libres ahora y que Alejandro comenzó a devorarlos a la misma vez que el ritmo de sus embestidas aumentaba provocándome gritos de placer y saliendo a su encuentro agarrándome firmemente a la encimera en la que estaba apoyada. Sentía la profundidad de cada una de sus estocadas y era sumamente excitante, simplemente era como morir lentamente de puro éxtasis. .

Alejandro sabía lo que era follar con todo el sentido de la palabra. Noté como me alzaba con sus manos sin salir de mi interior y se deshacía de sus pantalones. Me encaramé a su cuerpo mientras repartía besos por su cuello y le daba pequeños mordiscos no tan suaves en el hombro. La respuesta de él

fue morderme a mi también al tiempo que me alzaba un par de veces en el aire para hundirse de nuevo en mi interior en un agonizante placer infinito.

En cuanto llegamos a la habitación se abalanzó aún conmigo en brazos sobre la cama y salió lentamente de mi cuerpo. Sin perder el roce de su piel me dio la vuelta de un movimiento y me coloqué de espaldas a él de rodillas sobre la cama esperando recibirle de nuevo. Sentía el calor de Alejandro en la espalda, sus manos recorriendo mi piel tan candente como el fuego. No podía dejar de agonizar de placer con cada una de sus penetraciones mientras me saboreaba y finalmente sus dedos llegaron hasta mi entrepierna donde comenzó una danza en movimientos circulares que me hizo creer que estaba en el mismísimo edén.

Me arqueé hacia atrás dejándome caer en el calor de su cuerpo y sintiendo ese cúmulo de sensaciones que me harían explotar de un momento a otro acompañado por sus jadeos en mi oído. Aquel apoteósico orgasmo no tarde en llegar, tan brutal como ningún otro y mientras experimentaba ese sublime placer, sus palabras llegaron a mis oídos como si se tratara de un sueño.

—Eres mía Irina, recuérdalo... únicamente mía.

Alejandro se marchó inmediatamente después de darme un ardiente y profundo beso. Me dejó somnolienta en mi propia cama mientras salía desnudo de mi habitación y poco después podía escuchar el sonido de la puerta cerrarse. Ni tan siquiera se había despedido, pero ¿Por qué razón lo haría? Aquella relación solo se basaba en tener sexo, aunque las palabras que había mencionado hacía unos instantes aún resonaban una y otra vez en mi cabeza.

«Mía... únicamente mía»

¿Alejandro me considera solo suya? Bueno, realmente no había cambiado las condiciones del acuerdo en las que mantendríamos una relación monógama entre ambos, realmente no se me había pasado por la cabeza siquiera mencionarlo, entre otras cosas porque después de probar el sexo con él ¿Qué

mujer en su sano juicio querría tener a otro en su cama? No... solo necesitaba a un hombre, ese con aspecto de dios griego y ojos azules que era una fiera en la cama, solo quería el placer que él me proporcionaba y comenzaba a pensar que aquello iba a ser un peligro, sobre todo cuando tuviera que marcharme de nuevo a casa, pero aún quedaba mucho tiempo para eso, ¿no? Hasta entonces pensaba disfrutarlo. Sí, desde luego que lo disfrutaría.

El equipo comenzaba a trabajar muy bien aunque el trabajo que tenía que desempeñar ahora era mucho más agotador que el de los últimos días, pero compensaba con creces el esfuerzo sabiendo que estaba haciendo algo de verdad que daría frutos para la empresa. Aquel proyecto trataba sobre una aplicación de servicios, era capaz de localizar por gps la ubicación y proporcionar los servicios que el usuario necesitara; desde coche, hotel, restaurante, comida a domicilio, servicio de catering, citas, todo. Se trataba de interconectar la multitud de servicios disponibles para proporcionar toda la información analizando el perfil y gustos de la persona que interactuaba. Además creaba un avatar con la agenda programada del día para que los servicios se integraran en la actuación de la persona, dada la evolución social por la tecnología, era el momento oportuno de aprovechar los servicios que ofrecían el resto de aplicaciones e integrarlas como complementos en la propuesta, pero aquello requería un duro trabajo y sabía que no iba a ser fácil.

Eran casi las ocho cuando salí de la oficina, al final el tiempo se me había echado encima y había estado un par de horas más del horario establecido de trabajo, pero sospechaba que sería así de ahora en adelante. Saqué el teléfono del bolso para llamar a Nadia de regreso a casa y encontré un mensaje sin leer.

Alejandro:

A las 22.00pm en Calle de la luna, portal 7, última planta. He pedido sushi.

Aquello significaba dos cosas; la primera es que le había aceptado la petición de cambiar de lugar de encuentro, esa dirección estaba mucho más cerca de mi apartamento. La segunda es que me estaba invitando a cenar aunque fuera de forma indirecta y además me hacía recordar la última vez que cenamos sushi, lo que implicaba que un calor recorriera mi cuerpo al evocar cómo le practiqué sexo oral a Alejandro. Sin duda alguna esa noche estrenaría el conjunto verde jade que había comprado ayer mismo.

Al llegar a casa, me di una ducha larga de esas que tanto me encantaban aprovechando que el nuevo sitio que Alejandro parecía haber encontrado estaba casi al lado de mi apartamento y ya que solo tendría que vestirme porque sinceramente, no me apetecía en absoluto maquillarme, aproveché para entretenerme aún más bajo los chorros de la ducha.

El agua caía por mi piel recorriendo todo mi cuerpo y en aquel momento un deseo incontrolable de que Alejandro estuviera justo allí me invadió. No entendía porqué, puesto que le vería en cuestión de una hora más o menos, pero sin pretenderlo pensé que me encantaría que invadiera de pronto aquella ducha y me tocara con sus manos que solían llevarme a la gloria. Corté el grifo y me sacudí la cabeza momentáneamente.

«Deja de pensar estupideces, Irina» me dije a mi misma mientras me liaba en la toalla y comenzaba a desenredar el cabello instantáneamente.

Me puse aquel body tan sexy de color verde que contrastaba con mi piel blanquecina, cuando me miré al espejo para ver cómo me quedaba quise ser traviesa, así que pese al calor que hacía en aquel tiempo, busqué un abrigo de tela fina y manga al codo. No sería tan descabellado teniendo en cuenta que por la noche refrescaba. Me vestí únicamente con aquella prenda y unos zapatos de tacón alto aprovechando que no tendría que caminar demasiada distancia.

Eran casi las diez cuando salí de casa. Me reí de mi misma al comprobar que haría uso de la primera condición que le había exigido cambiar. Llegaría tarde y por primera vez desde que firmé aquel acuerdo, me daba

absolutamente igual.

Terminé llegando aún más tarde por tratar de seguir el navegador del móvil entre las calles, aunque finalmente lo logré, era un edificio de estructura antigua, pero reformado y por su aspecto parecía que había sido reestructurado recientemente, teniendo en cuenta el estado de la pintura que estaba ciertamente impoluta. Observé desde la calle de enfrente la última planta, tenía balcones y mi instinto me hizo dudar que Alejandro hubiera buscado algo así, puesto que siempre parecía primar la privacidad en él.

La puerta estaba cerrada así que busqué el botón correspondiente al piso que me había indicado y presioné esperando respuesta. No escuché ninguna voz, sino directamente el sonido de apertura para que entrara. Al parecer Alejandro no pensaba preguntar quién era porque debía dar por hecho que sería yo, así que empujé y después caí en la cuenta que el portero tenía cámara...

«Idiota» me dije mentalmente... claro que no iba a preguntar quién era porque sencillamente me estaba viendo.

Al parecer solo había un piso por planta, me pareció bastante insólito, pero podría ser normal tratándose de un edificio antiguo. Cuando llegé a la última planta solo divisé una puerta a la derecha del ascensor, quizá Alejandro tenía ciertas manías con eso de tener vecinos y ya puestos, con estar siempre en el último piso, ¿Tal vez fuera la razón de alquilar esos apartamentos?, ¿Para que los gritos de placer no fueran escuchados? Me preguntaba cómo sería el lugar donde él vivía, después de todo, Alejandro había estado en mi casa y sabía perfectamente cómo era.

Fui con paso decidido hacia la puerta y cuando iba a llamar al timbre ésta se abrió dejándome apreciar la perfecta silueta de Alejandro en traje.

—A mi favor diré que me he perdido con el navegador del móvil —dije no sabiendo porqué me estaba justificando puesto que ahora no tendría porqué dar explicaciones. Él había accedido a ser más tolerante con la hora y no me había exigido nada a pesar de mirarme con cara de pocos amigos.

—¿Eso quiere decir que serás más puntual la próxima vez? —preguntó mirándome inquisidoramente.

—No —respondí a secas mientras divisaba lo que parecía ser bandejitas de sushi bien colocadas en una mesa y dos copas de vino llenas junto a una botella.

Al parecer había estado preparando la mesa mientras llegaba, saqué el móvil del bolsillo y comprobé que eran las diez y media, ¡Me había retrasado media hora! vaya... sí que debía estar molesto, aunque parecía controlarse bastante.

—Comamos —sentenció.

Fue extraño que no tratara de discutir o soltar algún comentario mordaz. Me mordí el labio y comencé a desabotonar el abrigo, ahora me sentía un poco estúpida por haber tenido aquella idea, pero no había vuelta atrás, así que aprovechando que él se había dado la vuelta me lo quité y lo tiré al sofá que estaba justo detrás de mi. Ni tan siquiera me había percatado de la decoración del apartamento, era bastante clásica y a la vez moderna. La entrada daba directamente a un salón, no tan grande como el de la otra casa, con una mesa de cristal para cuatro personas, un sofá de piel en color beige haciendo esquina frente a un gran aparador con una televisión de tamaño gigantesco que hasta me dio pena no utilizar y al fondo a la izquierda se divisaba lo que parecía una cocina americana que se integraba en el salón jugando con el blanco, marrón y gris de los colores neutros que había por la estancia.

La luz natural se filtraba por unos grandes ventanales que daban a una terraza, lo cual supe al instante que la última planta que se veía desde la calle no era en la que me encontraba precisamente ahora.

—¡Joder! —exclamó Alejandro y dejé de observar los ventanales para mirarle a él y ver qué había ocurrido, pero parecía mantener la mirada fija en mí, lo suficientemente concentrado como para devorarme con su mirada.

Después de todo, había sido una buena idea ir así vestida... todo fuera por deleitarme con la expresión que tenía Alejandro ahora mismo en su cara al

verme.

—¿Comemos, no?—pregunté indiferente a su reacción mientras me acercaba a la mesa y separaba la silla para sentarme.

—No —negó firme y le vi coger su copa para dar un sorbo y saborear el líquido que contenía.

—¿No?, ¿No tienes hambre? —pregunté seductoramente imitando el gesto que él había hecho previamente con su copa.

—Vas a tumbarte sobre la mesa y voy a comer de ti —dijo tan firme que casi parecía una orden. Además, me observaba tan intensamente que sentía que iba a derretirme de un momento a otro,.

¿Comer de mi?, ¿A qué se refería? Me pregunté en cuanto la pregunta llegó finalmente a mi cerebro.

Con un par de movimientos, Alejandro abrió la mesa convirtiéndose en una para albergar al menos a diez personas, cogí las copas antes de que pudiera peligrar su caída ya que el resto de lo que había sobre ella eran bandejas de plástico que no corrían peligro alguno. Ahora había mucho más espacio vacío en la mesa y esperé indicaciones para ver qué era lo que pretendía hacer conmigo aquel dios griego.

—Súbete a la mesa y tumbate —dijo con tono autoritario.

Por momentos me hacía sentirme febril y en otros le detestaba. Ahora mismo estaba sintiendo lo primero. Me subí a la mesa expectante por lo que pretendía hacerme y me tumbé al tiempo que él me colocaba las piernas en la posición adecuada, con los brazos sobre mi cabeza de forma que el pecho se mantuviera más erguido. Ví que se quitaba la corbata y la anudó en mis muñecas para que no pudiera hacer movimiento alguno, pensé en quejarme, pero después sentí que me apetecía jugar a ese juego, el deseo de descubrir lo que acontecía era superior a cualquier otra cosa en ese momento.

Alejandro pareció concentrarse en la tarea de llenar mi cuerpo de sushi, apenas notaba el peso de la comida sobre aquel body algo transparente, pero sí sentía los pequeños roces que con sus dedos esparcía en lugares

estratégicos.

—¿Y yo no voy a comer? —pregunté cuando supe sus intenciones y entendí lo que significaba comer de mi.

—Comerás lo que yo te dé con mi propia boca. A partir de ahora, solo te tocaré con los labios —afirmó y con ello hizo que agudizara el resto de sentidos expectante a las sensaciones que aquello me provocaría.

Alejandro no solo se limitó a coger cada bocado que había sobre mi cuerpo, sino que atrapaba al mismo tiempo parte de la piel a través de la tela de la prenda que llevaba puesta con sus dientes, provocando que mi apetito creciera. Quería su boca succionando ciertas partes de mi anatomía y me estaba matando lentamente con su despiste, provocando que con cada uno de aquellos lentos y seductores bocados le anhelara más. Cuando me daba de sus propios labios aquel bocado de placer envuelto en algo apetitoso que degustar, notaba sus labios rozarse con los míos. Sin duda alguna esa forma de cenar sushi no la iba a olvidar jamás.

Sentí sus manos subir por las piernas y entendí que ya se había terminado toda la comida, quería liberarme para poder tocarlo, ansiaba devorarlo, necesitaba sexo salvaje, directo y que se hundiera tan profundamente dentro de mi ser que consolara toda la apetencia contenida que había acumulado.

—Desátame —supliqué al tiempo que me incorporaba mientras él me desabrochaba por el cuello el body y lo bajaba lentamente revelando mi desnudez.

—No —contestó al mismo tiempo que apesaba uno de mis pezones provocando que gimiera y me arqueara hacia él deseando más.

Me bajó el body hasta la cintura y luego me levanto como si no pesara nada para terminar de bajármelo y lo arrojó al suelo. Me acerqué al borde de la mesa arrastrándome con las piernas y fui a acercar las manos al cuerpo de Alejandro pero me detuvo alejándolas y colocándolas sobre su cuello, apoyando mis muñecas aún atadas sobre sus hombros, justo detrás de su cabeza, haciendo que su boca quedara cercana a la mía.

Aproveché la cercanía para devorar sus labios mientras sentía las manos de Alejandro desabotonando su pantalón. Aquel hombre besaba como los ángeles, devorándome la boca con su lengua, jugando con mi labio inferior mordiendo lenta y pausadamente sin demasiado fervor haciendo que ansiara más.

—¿Lo quieres? —preguntó jadeante.

—Sí —afirmé—. Lo quiero —respondí sabiendo exactamente a lo que se refería.

—Pídelo, vamos pídemelo —añadió incitándome, aunque por sus jadeantes palabras sabía que él lo quería tanto como yo.

—Follame —susurré en su oído mientras sentía inmediatamente como se hundía profundamente perdiéndose entre mis piernas, invadiendo cada palmo de mi ser, llenándome como solo él lograba hacer.

Su ardiente miembro entraba y salía mientras no cesaba de devorar mi boca al mismo tiempo con su invasora lengua. Me cogió de las nalgas atrayéndome hacia él y sentándose en una de las sillas conmigo encima. Capté la indirecta y comencé a moverme sobre él mientras que sus manos me guiaban en los movimientos ayudándome a ello.

Me acerqué a su oído para susurrar cada jadeo que emitía con cada uno de los movimiento logrando hundirlo más dentro de mí. Deseaba tener las manos libres para tocarlo, pero en vista de que no era así, agarré su cabello y tiré hacia atrás para morder su cuello en un arranque de pasión al mismo tiempo que me movía más rápido apremiada por la fuerza de sus manos. Podía escuchar su respiración jadeante sobre mi piel y el sudor que transpiraban nuestros cuerpos.

Aquel éxtasis se acercaba como el león a su presa, sabía que llegaba y con el ese liberador frenesí que me embriagaba aceleré el movimiento para alcanzarlo. Cuando supe que iba a liberarme, que mi orgasmo iba a explotar como fuegos artificiales, devoré de nuevo su boca mientras me corría agonizante en gemidos que morían en los insaciables labios de mi dios griego.

«No» Me negué a mí misma mientras aún sentía los espasmos de aquel orgasmo. «No iba a saciarme de Alejandro por más sexo que tuviera con él, ahora estaba segura»

—Creo que tendré que volver a casa completamente desnuda bajo ese abrigo —dije divertida al comprobar el body verde tirado en el suelo que parecía haber quedado inservible y además estaba manchado del jugo que había soltado cada bocado de sushi que Alejandro me había colocado en el cuerpo.

—Quizás no deje que te vayas —respondió levantándose conmigo enroscada en su cuerpo y rodeándole con las piernas.

—¿Ah, no? —exclamé en el mismo tono de diversión que antes mientras el balanceo de su cuerpo al caminar solo hacía que mi desfogado apetito sexual comenzara a aunar fuerzas.

—No —negó—. Definitivamente no.

Alejandro me acalló con un voraz beso entreteniéndose bastante en mi labio inferior que sin duda alguna debía estar más que hinchado.

Tenía el cuerpo pegajoso por la comida, ya que la prenda que había llevado puesta era tan fina que el liquido del alga que solía envolver el arroz del sushi había traspasado a mi piel y lo sentía sobre todo al pegar mi vientre plano contra el duro y firme pecho de Alejandro. Por tanto no me sorprendió que en lugar de ir al dormitorio, me llevara directamente hacia el baño.

Se trataba de un baño demasiado moderno, tanto como para tener una ducha con mamparas completamente transparentes en mitad del habitáculo, — literalmente en la mitad—, al punto que cualquiera que entrase podría apreciar en todo su esplendor al que se estuviera duchando en aquel momento.

Una fugaz idea paso por mi cabeza, casi podía apostar a que Alejandro se había inclinado por ese ático solo por aquella magnífica ducha. Me dejó en el suelo mientras comenzaba a girar una serie de botones que había en una fina columna metálica y el agua comenzó a caer desde el propio techo empapándonos a ambos.

—Solo tenemos esto —dijo enseñándome una pastilla de jabón. Al menos era mejor que ducharse solo con agua.

Fui a coger la pastilla de jabón de sus manos, pero él hizo un gesto negativo y me indico que me diera la vuelta. En cuestión de segundos las manos enjabonadas de Alejandro se centraban en frotar mi vientre empleándose a fondo en aquella tarea y después ascendían con suavidad al pecho, acariciándolos a la vez que los pellizcaba de vez en cuando. Me pegué a su cuerpo para obtener una mayor cercanía y al mismo tiempo proporcionarle mejor acceso. Cuando apartó sus manos un pequeño gesto de suplica basto para que volvieran de nuevo y esta vez bajaran para lavar la parte más íntima de mi ser. Abrí las piernas solo para facilitarle la tarea a la vez que el agua se encargaba de arrastrar el jabón de la piel.

Podía sentir la erección de Alejandro en el trasero desde el momento en que volvió a renovarse. Me excitaba solo con rozarla y la tenía prácticamente entre mis nalgas, emergiendo su poder sexual, indicándome que aquel hombre era tan insaciable como empezaba a serlo yo.

Con el brazo derecho Alejandro comenzó a levantarme la pierna, aún conservaba la flexibilidad de todos mis años de ballet, así que la alcé por completo y aprecié como mi dios griego abría los ojos anonadado por la sorpresa de aquel gesto, incluso emitió un pequeño gruñido de su garganta que había aprendido a identificar como síntoma de placer.

Giré la cabeza todo lo que le permitía hacerlo aquella postura para besarlo mientras aquel hombre con cuerpo de infarto volvía a introducirse dentro de mí en un solo movimiento. Incliné entonces el torso hacia delante pese a alejarme del calor que producía el pecho de Alejandro, pero así sus embestidas serían aún más profundas. El agua había dejado de caer y yo solo podía concentrarme en el placer que estaba sintiendo en aquel momento. Alejandro cambió repentinamente de postura y me coloqué frente a él, esta vez subí la otra pierna colocándola sobre su hombro para que reposara allí, aprovechando que estaba completamente abierta y expuesta volvió a

introducirse de nuevo esta vez con mayor posesividad. Me aferré a su cuerpo duro y fuerte para soportar aquellas placenteras estocadas que él me provocaba en la parte más íntima de mi cuerpo sin caerme. La sensación de explosión se acercaba... quería correrme al mismo tiempo que él, no sabía por qué razón lo deseaba pero anhelaba experimentar el éxtasis junto a mi dios griego.

—Me voy a correr —susurré jadeante y comencé a frotarme los pechos para aumentar aquella sensación.

—Vamos, córrete conmigo preciosa —respondió aumentando su fuerza al penetrarme.

Ya fuese por las palabras o por sus embestidas tan placenteras grité alcanzando el por completo éxtasis, saboreando aquel desorbitado orgasmo que traspasaba cada poro de mi piel. Alejandro salió rápidamente y con un solo gesto me indicó que me arrodillara, supe inmediatamente lo que quería y abierta de piernas con las rodillas en el suelo mirándole fijamente desde abajo en esa postura, abrí la boca para acoger todo su miembro, saboreando mi propio sabor a la vez que el suyo. No hizo falta mucho más para que Alejandro se viniera en mi boca mientras no dejaba de observarme con aquel deseo que me hacía sentir poderosa.

Volvimos a enjabonarnos, solo que esta vez lo hice con mis propias manos y aunque estuve tentada de enjabonarle la espalda solo para tener la excusa de tocarle, me contuve. Alejandro salió primero y volvió con un par de toallas para que me secara. Me envolví en una de ellas mientras él se secaba el pelo con la otra y se la liaba sin secarse el torso a la cintura.

Observé aquel esculpido torso marcado con esos músculos llenos de gotitas de agua que apetecían saborear lentamente, ¿Cuándo le quedaba tiempo a ese hombre para acudir al gimnasio? Sin duda ese cuerpo no era natural, era fruto de un esfuerzo físico a diario.

—Debería marcharme —dije cuando volvimos al salón para terminar de tomarnos la botella de vino que apenas habíamos probado durante la cena

—Quédate —susurró con lo que parecía ser una promesa en sus labios.

—¿Por qué? —pregunté sabiendo que él nunca quería que me quedara, solo habíamos dormido juntos una noche y lo cierto es que había sido maravilloso.

—Mañana tendré que viajar a Londres y lo más probable es que no vuelva hasta el lunes.

¿Iba a estar sin verlo tantos días? Un ligero sentimiento de nostalgia se alojó en mi interior, ¿Le echaría de menos? No... solo era mi cuerpo el que le echaría en falta porque sabía que iba a acumular todo el apetito sexual que él me provocaba.

—¿Hasta el lunes? —pregunté un poco atontada.

—Si sé que me vas a estar esperando con algo similar a eso —dijo señalando el body tirado en el suelo—. Tal vez pueda escaparme antes —susurró mientras acariciaba con su nariz mi oreja.

Tomé un sorbo de la copa de vino blanco y pensé detenidamente la respuesta.

—Tendrás que venir para comprobarlo —dije mordiéndome el labio.

CUANDO LA DISTANCIA NO ES UN OBSTÁCULO

Era viernes y se me planteaba un fin de semana demasiado aburrido y solitario sin Alejandro, tal vez fuera la ocasión perfecta para hacer planes con mis compañeros de trabajo ahora que comenzábamos a formar un buen equipo y nos llevábamos bastante bien.

Dejé dicho si les apetecía ir a tomar algo a la salida del trabajo y todos excepto Paula aceptaron ir, también se lo comenté a mis antiguos compañeros de oficina que aceptaron porque estaban deseando desconectar del trabajo. Yo no deseaba desconectar de la oficina, sino más bien de Alejandro. Pensar en él solo me incitaba coger un avión y presentarme por sorpresa en Londres, ¿Estaba loca por querer hacer eso? Probablemente sí, comenzaba a pensar que el deseo por ese hombre traspasaba mis límites y rozaba mi propio juicio mental. Sin duda alguna, ese dios griego con aquel cuerpo que debería estar prohibido me estaba enloqueciendo hasta límites insospechados.

En realidad no tenía hambre, pero sí mucha sed por lo que la cerveza corría sin apenas alimento alguno en mi estómago, eso hizo que pronto estuviera con un humor chispeante por culpa del alcohol. Pese a ello, podía ser consciente del evidente coqueteo de Jaime el informático, aquel chico era endiabladamente guapo pero después de Alejandro, ¿Quién tenía ojos para nadie más? No... estaba sedienta, pero de un cuerpo en concreto, por más cerveza que bebiera mi sed no iba a calmarse y la agonía de la espera hasta el maldito lunes me estaba matando. Probablemente me quedase encerrada todo el fin de semana en casa con el consolador como mi mejor amigo e imaginándome a cierto dios griego que me hacía enloquecer.

Saqué mi teléfono con la humilde esperanza de tener alguna noticia suya, pero no tenía ningún mensaje. ¿Que esperaba? Alejandro no era de detalles, ni de mensajes que no fueran puras citas o exigencias, no iba a mendigar

atenciones, mucho menos darle a entender que mi cuerpo le reclamaba, ¡Por dios! Si habíamos pasado toda la noche haciéndolo una y otra vez, ¿Cómo era posible que quisiera más? Cuando vi las claras intenciones de Jaime, decidí que era hora de desertar. Sintiéndolo mucho, no pensaba darle falsas esperanzas al pobre chico que pese a ser majo no tenía ninguna posibilidad.

Cuando salía por la puerta me volví a encontrar al tipo del pasillo que vi el día que salí del despacho de Alejandro, ese que me miró con cierta lascivia que me produjo escalofríos. Volvió a mirarme de la misma forma que solo me producía asco, pese a estar trajeado y tener cierto punto de atractivo, había algo en aquel hombre que me resultaba repulsivo. Tal vez fuera su melena parcialmente larga y lisa, o su perilla que indudablemente debía creer que le daba un aspecto sofisticado, le sobraban un par de kilos y estaba segura de que no tenía un físico ni rematadoramente parecido al de Alejandro, más bien sería un ejecutivo fofo de los que tanto abundaban en la oficina. No supe porqué pero intuí que aquel hombre era alguien importante dentro de la empresa, la duda estaba en si lo sería por encima o por debajo de Alejandro Álvarez.

—¿Ya te vas preciosa? —dijo deteniéndome a la salida. Hasta su voz era repulsiva.

Quise hacerme la sorda, como si no fuera conmigo la frase, pero me cogió del brazo para rodearme.

—Suéltame —dije tajante. No quería que me tocara, su aliento apestaba a tabaco.

—¡Oh vamos! No te voy a hacer nada —contestó soltándome y alzando las manos en signo de paz—. Te he visto por la oficina y me he fijado en ti, solo quería invitarte a tomar algo antes de irte.

—Gracias, pero tengo que irme —respondí secamente.

—Venga... solo una más —insistió y por su tono de voz parecía que intentaba ser jovial. Había algo en él que me resultaba rastrero, como si aquel tipo tuviera algo que ocultar.

—No, lo siento. He quedado —dije cortante.

—Tal vez en otra ocasión —respondió y con su mirada supe que no me dejaría en paz.

Tome el metro hasta casa y cuando entré en el portal donde el conserje estaba en su habitual silla en la entrada me sentí segura, ¿Porque me daba tan mala espina ese tipo? Solía tener cierto instinto para captar esas cosas, evitaría al individuo a toda costa. Salude al conserje y me indicó que tenía un paquete. Me extrañó, pero pensé que sería de mi madre aunque al ver la caja roja cuadrada con un lazo, me intrigué aún más. No aguanté las ganas y abrí la caja en el ascensor, dentro había una tarjeta con una pequeña nota.

No reemplaza la prenda que estropee ayer, pero espero que lo tengas puesto la próxima vez que nos veamos.

1. Álvarez.

Era un body de lencería negro, casi transparente salvo por los pezones y la parte más íntima. Además de ser endiabladamente sexy y provocador, fabricado para el pecado, eso estaba claro.

Aquella noche pedí pizza a domicilio, no me apetecía cocinar y estaba ansiosa de comida basura, probablemente para calmar mi otro apetito que no se veía saciado con comida.

El teléfono comenzó a sonar alrededor de las once y media de la noche cuando estaba viendo tranquilamente una película que echaban en uno de esos canales perdidos que nadie se acuerda que existen. Cuando vi en la pantalla que la llamada era de Alejandro casi se me cae el teléfono entre las manos, ¡El nunca llamaba!, ¿Sería algo grave?, ¿Tal vez trabajo?

—¿Si? —respondí un poco desconcertada.

—Hola —contestó con esa voz sugerente que logró que mi cuerpo temblara—. ¿Donde estas? —preguntó con voz autoritaria.

Cogí el mando y baje el volumen del televisor. ¿Y qué le importaba a él saber donde estaba?

—¿Importa acaso donde este? —respondí en el silencio de mi apartamento.

—Sí —contestó a secas.

—Estoy en mi casa —dije refunfuñando por tratarme como a una niña pequeña que tuviera que responder.

—¿Estás sola? —respondió y rodé los ojos... ¿Es que creía que de estar acompañada le hubiera cogido el teléfono acaso?

—No, estoy con cincuenta hombres desnudos —bufé—. Si, estoy sola —añadí ahora con menos ironía.

—¿Es una fantasía erótica? —preguntó serio.

—¿Cómo? —gemí. Aquella conversación era cada vez más absurda.

—Estar con cincuenta hombres a la vez —dijo por toda respuesta.

—No, no es una fantasía, era una ironía.

—¿Alguna vez has estado con varios hombres a la vez, Irina? —preguntó haciendo que la temperatura de mi cuerpo ascendiera con aquella pregunta.

—No —susurré

—¿Y te gustaría? —preguntó, ¿Que se supone que debía responder? Si era sincera conmigo misma tampoco es que fuera una fantasía hacerlo con más de un hombre a la vez, pero también era algo que ni me había planteado hacer.

—Realmente no —contesté sin más. Mi instinto me decía que Alejandro no era de los que le gustaban compartir precisamente, aunque quizás podría sorprenderme.

—Me alegro, porque no pienso compartirte —anunció aclarando mis dudas.

—¿Para qué me has llamado realmente Alejandro? —pregunté intrigada.

—Para saber si llevas puesto el conjunto negro que has recibido esta tarde.

¿En serio? Y para que me lo iba a poner, ¿Para estar por casa?

—No... —susurré

—Póntelo —exigió entonces.

—¿Para qué? —exclamé por no decir, ¿Para quién?

—Para mí —afirmó sin duda.

—No lo entiendo, si no estás aquí —dije como si aquella conversación me pareciera de lo más estúpida.

—Tú pónelo, te llamo en cinco minutos —dijo antes de colgar y me quedé mirando el móvil como una idiota.

¿Y que mas daba si me lo ponía o no? No me iba a ver... en todo caso me lo puse, de todos modos quería probármelo para ver si me estaba bien y se me había olvidado hacerlo tras ducharme, así que me desnudé rápidamente y me coloqué aquel body de finísima calidad. Debía ser caro... muy caro. El teléfono comenzó a vibrar de nuevo, mire la pantalla y esta vez Alejandro no me estaba llamando mediante una llamada convencional, sino una video llamada, ¡Dios mío me iba a ver!

Descolgué el teléfono y acepté activar la cámara, en dos segundos la cara de Alejandro se veía al otro lado de la pantalla.

—Hola preciosa —dijo nada más verme. Estaba algo nerviosa, ¿Porque me ponía nerviosa aquello? Sentía todo mi cuerpo a flor de piel y ni tan siquiera lo tenía delante, es más, estaba en otro país a kilómetros de distancia.

—Hola —contesté con un poco de timidez.

—¿Te lo has probado?, ¿Lo llevas puesto? —preguntó directamente.

—Si —afirmé.

—Enséñamelo —contestó expectante—, coloca el teléfono en algún lugar y aléjate para que te vea.

Dejé el teléfono sobre el aparador que había en la entrada donde solía dejar las llaves y me alejé.

—Tal como me lo imaginaba —escuché que decía—. Date la vuelta, quiero verte por detrás.

Me sentí como una muñeca de exposición, era como sentirse evaluada, pero aquella situación comenzaba a excitarme porque sabía que a él le gustaba lo que estaba viendo y eso me hacía sentirme deseada aumentando la

sensación de placer.

—¿Tienes un consolador?, ¿Algo con lo que masturbarte? —preguntó cuando aún estaba de espaldas al teléfono.

—¿Cómo?— exclamé ante semejante pregunta.

—Vamos... seguro que tienes algo para darte placer en algún cajón escondido —insinuó.

—Bueno... sí que lo tengo —reconocí un poco avergonzada por la situación de reconocer aquello. Claro que tenía un consolador, ¿Qué mujer hoy en día no lo tendría? Aunque reconocía que desde que le había conocido lo había dejado un poco de lado... por no decir que lo tenía en desuso.

—Pues búscalo y ve a la cama, quiero ver cómo te masturbas para mí —dijo con voz sugerente.

¡Oh dios mío! ¡Iba a tener sexo telefónico con el dios griego! Bueno aquello era más que sexo telefónico porque íbamos a vernos en todo momento.

—¿Y tú vas a...? —insinué.

—A mirarte y masturbarme mientras lo haces. —confesó sin tapujos.

Aquello me excitó. Vale, no era lo mismo que estuviera allí y me penetrase, pero desde luego podría ver su cara mientras el consolador lo hacía por él.

Coloqué el teléfono sobre la mesita de noche y cogí el consolador que también lo guardaba ahí. Me subí a la cama ofreciéndole una panorámica de mi culo en todo su esplendor.

—Quédate así —escuché la voz de Alejandro y estiré la cabeza para observar mi postura en la minúscula pantalla. Estaba a cuatro patas ofreciéndole una vista esplendida de mis nalgas.

—¿Solo voy a ver tu cara? —pregunté y Alejandro se quitó la camiseta que llevaba puesta y se alejó de la cámara, estaba sentado sobre una silla y llevaba puesto una especie de pantalón gris de chándal.

—¿Quieres que me lo quite? —preguntó.

—Sí, déjame verlo todo —contesté mordiéndome el labio.

Alejandro se inclinó y se bajó los pantalones del chándal y los bóxer al mismo tiempo dejando su evidente erección a mi vista.

—Aparta el body, no quiero que te lo quites solo que te abras para mí.

Hice lo que le pedía mientras observaba como comenzaba a mover su mano entorno a su erección, me moví de atrás hacia delante un par de veces y sin poder evitarlo comencé a tocarme.

—Si... —jadeó, ¿Estas mojada para mí? —preguntó.

—Si —jadeé.

—Déjame meterme dentro de ti, vamos...quiero ver cómo te follas pensando en mi.

Cogí el consolador y jugueteé con él mientras no perdía de vista la pantalla del móvil, viendo como Alejandro aumentaba su ritmo con su mano. Comencé a introducir el consolador dentro y activé la vibración. ¡Dios! Aquello era más excitante que cuando lo hacía sola.

No pude evitar gemir de placer y más aún cuando escuché el jadeo de Alejandro por respuesta.

—Vamos preciosa —apremió—. Piensa que soy yo quien te está follando, quiero que te corras conmigo.

—Si —jadeé mientras me cambiaba de postura y me ponía frente a él abriéndome de piernas completamente y volviendo a introducir el consolador perdiéndose en mi interior con los movimientos de la mano.

—Joder...—exclamó Alejandro—. Cuando vuelva te voy a follar en esa posición, ten por seguro que lo haré —afirmó.

Por toda respuesta me arqueé hacia atrás, abandonándome al placer al mismo tiempo que le daba una vista excepcional en primera plana de mi cuerpo.

—¡Oh dios!, ¡Sí!, ¡Sí!, ¡Sí! —comencé a gritar cuando el orgasmo me invadía sin poder abrir los ojos mientras el placer me embriagaba

Me incliné hacia delante cuando finalmente abrí los ojos y vi como Alejandro parecía estar limpiando con un pañuelo su muslo. Me había perdido

el momento en el que eyaculaba viendo como me corría para él. Saqué el consolador y lo tiré a un lado para coger el teléfono con las manos y colocarlo delante de mi cara

—Vas a ir directamente al aeropuerto y vas a coger el primer vuelo que salga hacia Londres. Me da igual lo que cueste —dijo tajante como si estuviera dando una orden.

—¿Quieres que vaya hasta Londres ahora?, ¡Son las doce de la noche! —exclamé como si estuviera loco.

—Hay un vuelo a las dos de la mañana, estarás aquí a las cuatro y media y a las cinco estaré tan dentro de ti que vas a gritar mi nombre hasta que te escuche toda la ciudad.

PERDIENDO EL JUICIO

Aquello era una locura, definitivamente estaba loca para hacerlo, pensaba mientras metía un par de prendas interiores en una mochila y el primer vestido que encontré en el armario de estos sueltos, pero informal. Me puse unos shorts vaqueros, una camiseta básica blanca y las zapatillas mientras fui al baño a coger el cepillo de dientes y el neceser de maquillaje.

¿Algo más que fuera imprescindible? Si, el pasaporte por si acaso y la documentación. Desconecté el cable del cargador del móvil y lo metí todo en la mochila que me colgué al hombro mientras salía y cerraba con llave.

Había llamado a un taxi que me esperaba en la puerta, ¿Realmente iba a hacer aquella locura? Era cierto que resultaba emocionante y excitante al mismo tiempo, pero ¡Demonios! Me estaba largando solo del país por unas horas para encerrarme en una habitación de hotel con Alejandro y saciar mis más fervientes deseos hasta el límite o mejor dicho... hasta el domingo que tendría que regresar de nuevo.

A esas horas apenas había tráfico al salir del centro de Madrid por lo que llegué al aeropuerto en escasa media hora. Fui directamente al mostrador de la compañía aérea que tenía el vuelo directo hacia Londres a las dos de la mañana y para mi suerte quedaba un asiento libre aún. Teniendo en cuenta que apenas faltaban unos minutos para el cierre de venta de billetes, había sido todo un milagro.

No tenía que facturar equipaje así que aboné la cantidad que costaba el billete y me fui directamente hacia la zona de control de equipaje para pasar dentro. Realmente no iba tan sobrada de tiempo teniendo en cuenta que el embarque iniciaba media hora antes del vuelo.

Envié un rápido mensaje a Alejandro.

Irina:

He conseguido el último asiento. Voy hacia la zona de embarque, avisaré si hay retrasos en la salida.

Pd: ¿Que hago cuando llegue?

La respuesta de Alejandro no tardó en llegar y apenas un minuto después recibí su mensaje.

Alejandro:

Avísame cuando estés sentada en el avión.

Pd: Te estaré esperando en la salida.

El hecho de que él mismo me esperase a la salida del aeropuerto hizo que mis nervios se aflojaran, después de todo estaba cometiendo aquella locura por petición expresa de él, aunque desde luego lo hacía por propia voluntad. Tenía la seguridad de hablar el idioma del país al que iba perfectamente y aunque por algún motivo Alejandro me dejase tirada tenía dinero suficiente como para alojarme en el mejor hotel de Londres si quisiera porque pese a no utilizarla, tenía la tarjeta visa asociada a una cuenta propia donde mi padre me había transferido una pequeña fortuna, pero no pensaba utilizar ese dinero salvo que fuera estricta y absolutamente necesario. Además, no tenía porqué pensar que Alejandro se esfumara de buenas a primeras, él parecía el más interesado en que fuese hasta allí.

No hubo retrasos y el vuelo salió con hora, avisé a Alejandro con un último mensaje justo antes de apagar el teléfono y relajarme, lo mejor era que durmiese todo el vuelo y más si lo que mis pensamientos imaginaban que me esperaba a la llegada se hacían realidad.

Desperté a tan solo veinte minutos del aterrizaje, cuando el sonido que el megáfono del piloto anunciaba que faltaba ese tiempo. Hacía tiempo que no volaba en un avión comercial, de hecho casi no recordaba cual era la última

vez que lo hice, estaba acostumbrada al jet privado y los asientos eran infinitamente más cómodos, aunque para mi suerte había podido dormir un poco.

Sentí un mariposeo en el estómago cuando bajé y me dirigí hacia la salida, no debía recoger equipaje alguno así que me fui directamente. Por las horas que eran, apenas había gente a la salida. Miré el teléfono y no vi ningún mensaje nuevo, ¿Tal vez no tuviera datos allí?

Me quedé parada en medio de aquel hall, con la mochila en una mano mirando el teléfono y pensando si llamarle o esperar un poco más de tiempo, al menos diez minutos de cortesía, cuando di un salto por el susto que me dio sentir unas manos rozando mi cuerpo. En ese momento noté que lo hacían con suavidad y sentí el peculiar olor que me embriagaba de nuevo desde atrás

—No sabes lo largas que se me han hecho las horas esperándote — susurró a mi oído con aquel tono grave, casi ronco que solo podía descifrarse entre líneas el deseo y pasión contenidos.

Me giré lentamente para verle, llevaba el pantalón de chándal que le había visto justo hacía unas horas por la video llamada y una simple camiseta negra. Verle con aquella ropa me hizo sentirlo más cercano, más accesible, más... humano, pensé de pronto. Noté como él sin dudarle se acercaba rodeándome con sus brazos y se inclinaba sobre mí para besarme, algo que respondí de buen agrado y aprecié el ansia con la que me devoraban sus labios, como si lleváramos demasiado tiempo sin saborearnos.

Alejandro me cogió de la mano entrelazando sus dedos con los míos, cualquiera podría decir con solo verlos que éramos pareja; nada más lejos de la realidad, pero la sensación resultaba agradable.

Nos dirigimos hacia donde estaban los vehículos en la salida y fuimos hacia un coche en concreto, Alejandro me abrió la puerta y entramos, al parecer nos estaba esperando el chofer.

Nada más montarnos el vehículo arrancó sin necesidad de darle una dirección. Estaba algo absorta por la situación, ahora que miraba en

retrospectiva se me hacía extraño estar allí, en Londres, con aquel Alejandro que parecía diferente sin saber definir porqué, al menos muy distinto al que había visto por última vez. Demasiado atento teniendo en cuenta que no me soltaba la mano durante el trayecto, que incluso jugueteaba con los dedos por mi brazo, eso solo hacía que me sintiera como en una nube.

Sin previo aviso Alejandro me giró un poco hacia él y me robó un fugaz beso, casi un roce de labios a la vez que sonreía, ¿Donde estaba el autoritario y exigente director de Komarov?, ¿Es que al abandonar España había también abandonado su personalidad estricta?

—Estoy deseando hacerte mía, preciosa —susurró en mis labios provocándome una oleada de sensaciones y mariposeo en el estómago. Lo deseaba, no sabía qué clase de droga me daba Alejandro para estar siempre deseando más de él, de forma insaciable y prácticamente incansable.

Para mi suerte no tardamos en llegar al hotel, Alejandro le dio un billete al conductor y bajamos del vehículo. La mano de él volvió a entrelazarse con la mía, apremiándome a seguirle, aún con la confusión por el comportamiento de ese dios griego en aquella faceta demasiado romántica teniendo en cuenta sus antecedentes, le seguí hacia los ascensores del hotel sin pasar previamente por recepción, suponía que él tendría la llave de la habitación y desde luego no le haría falta pasar para recogerla.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos, para suerte o desgracia estábamos solos, teniendo en cuenta las horas era algo normal y desde luego Alejandro no lo desaprovechó, en cuanto las puertas comenzaron a cerrarse tras pulsar el botón de la séptima planta, se abalanzó sobre mi provocando que la mochila cayera al suelo ante aquel ataque y quedara prisionera entre las paredes del ascensor y el cuerpo de ese hombre que parecía consumido por la pasión.

Apresé los labios de Alejandro llenos de deseo contenido, como si hubiera estado días, meses o incluso años sin probarlos, ansiando más de ellos, violando con la lengua su boca vorazmente. Su impulso fue responderme

de igual manera, aquel gesto sólo conseguía que quisiera más de él, que mi cuerpo lo reclamara de nuevo como si fuera su dueño y respondiera irracionalmente a sus movimientos.

Cuando llegamos a la séptima planta y las puertas volvieron a abrirse, aún seguíamos en el ascensor con aquel interminable beso. Iban a cerrarse y Alejandro se separó momentáneamente, se agachó para recoger la mochila y me arrastró tras él como un animal en celo hacia la habitación

En cuanto abrió la puerta oí como tiraba la mochila a un lado y me encerró contra la puerta entre sus brazos, apresándome de nuevo entre sus labios. Tal como había hecho segundos antes en el ascensor, era como si estuviera casi desesperado por poseerme, pero francamente yo también lo estaba.

Mi ropa desaparecía entre los hábiles dedos de Alejandro y cuando se deshizo de mis shorts y la camiseta se separó para contemplar el body que me había regalado y que me hizo ponerme hacía escasas horas antes de la video llamada, probablemente esa prenda era la culpable de que estuviera ahora mismo allí precisamente. Ni tan siquiera me la había quitado antes de salir corriendo del apartamento.

—Es más increíble ahora que te tengo delante —susurró adentrándose en la habitación y estirando de mí hasta situarme sobre la cama mientras él se desnudaba sin dejar de observarme.

Me mordí el labio contemplando aquel físico de gimnasio que sin duda nunca me cansaría de admirar, cuando se acercó de nuevo como un lobo feroz tratando de cazar a su presa entre sus garras, me derretí al notar sus músculos tan calientes rozándome la piel.

—Llevo horas deseando hundirme dentro de ti —dijo antes de que sintiera sus dedos en la parte más íntima sin quitarme la prenda y con un movimiento apartó a un lado el tejido para que notara su erección rozando mi sexo. No hubo más preliminares, se hundió tan profundamente que no pude evitar gritar de la conmoción ante tal gesto.

—Quiero escuchar mi nombre cuando te corras, recuérdalo —dijo en un tono ronco mientras salía levemente para volver a hundirse nuevamente aún más profundo.

Recibí sus embestidas y alce las caderas con cada uno de sus movimientos saliendo a su encuentro mientras me abrazaba a aquella musculosa espalda como si aferrarme a ella fuera lo último que hiciera en la vida, aquello era sexo por pasión contenida, por ansias... y sobre todo por desesperación. Cuando vi venir aquel inmenso orgasmo, noté como podía acariciarlo, me arqueé un poco más para saborearlo, quería sentirlo en todo su esplendor.

—Mi nombre Irina —me recordó él—. Quiero escucharte gritar mi nombre cuando haga que te corras.

En respuesta enredé las piernas alrededor de su cintura y lo atraje hacia mí para que me penetrara fuertemente.

— ¡Sí! —exclamé—, ¡Alejandro!, ¡Joder si! —grité.

—Vuelve a decirlo —jadeó él

—¡Alejandro! —grité justo antes de culminar ese orgasmo y encontrar el paraíso junto a mi dios griego.

Desperté desorientada entre unos fuertes brazos, mi cuerpo estaba pegado a algo duro, más bien a un cuerpo definido y recordé de pronto todo, estaba en Londres, en una habitación de hotel de ni sabía qué zona de la ciudad, rodeada por los musculosos y firmes brazos de Alejandro que me tenían presa entre ellos y su cuerpo. La sensación era agradable a más no poder, no me quería mover para no despertarlo, pero lo cierto era que tenía ganas de verle dormido.

Recordé como nos duchamos juntos... las duchas con Alejandro nunca eran normales, y volví a ser presa de aquel deseo y lujuria de nuevo, pero después de aquella ducha ambos necesitaban dormir y el hecho de que él me atrajera hacia su cuerpo rodeándome con aquellos brazos me conmovió. Me gustaba sentirme entre ellos como si de algún modo estuviera protegida.

Las manos de Alejandro se movieron, haciendo que mi cuerpo se uniera más al suyo, me giré lentamente para contemplar aquellos profundos ojos azules que tantas cosas me transmitían al mismo tiempo perdiéndome en ellos, quedando anonadada por la increíble belleza que emanaba aquel dios griego.

—Buenos días preciosa —dijo con voz ronca por el sueño.

—Buenos días —contesté sonriente, aquello era extraño, de hecho era de lo más extraño en aquella inusual relación con Alejandro y no sabía cómo comportarme.

—¿Qué quieres hacer hoy? Soy tuyo hasta las cuatro —dijo apoyando la cabeza sobre su brazo e hincando el codo en la almohada.

—¿Solo hasta las cuatro? —exclamé sonriente.

—Si... hay una reunión importante de directivos a las cinco y no puedo llegar tarde, el presidente de Komarov estará ahí.

Permanecí en silencio y esperaba que no se apreciara mi palidez, ¡Mierda!, ¿Mi padre estaba en la ciudad? Bueno, que no cundiera el pánico, en esos viajes mi padre no salía del hotel y si mi madre le acompañaba se dedicaba a ir de tiendas. Londres era demasiado grande como para coincidir, ¿no? Definitivamente no iban a enterarse de que ella estaba allí, no había porqué preocuparse.

—¿El presidente? —pregunté como si estuviera interesada.

—Sí, Luciano Komarov ha venido expresamente para esta junta, es un proyecto importante, pero bueno eso no te interesa, dime, ¿Qué te apetece hacer? Porque te aseguro que esta noche te encerraré de nuevo en esta habitación —dijo antes de que se acercara hasta mi cuello y me hiciera cosquillas con su nariz lo que provocó que me encogiera y riera al mismo tiempo.

—Me apetecería mucho ir a tomar el brunch —dije expectante mientras él abría los ojos sorprendido.

—¿Tienes hambre? Creo que por lo poco que he visto, siempre estás hambrienta, eso explica tu apetito sexual...

—¿Explica mi apetito sexual? —pregunté confundida.

—Sí —afirmó—, una mujer que siempre tiene hambre y que le gusta la comida por norma general es muy buena en la cama.

—¿Soy buena en la cama? —pregunté en tono provocador.

—Estás aquí, ¿no? Creo que no hace falta que responda, es más que obvio —dijo mientras apartaba la sábana que nos tapaba y dejaba a la vista su desnudez sin tapujos—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Lo pasé francamente bien aquella mañana, incluso conocí la faceta más divertida de Alejandro, hasta me gastó una pequeña broma y todo, por lo que estaba bastante sorprendida. A las cuatro volvimos al hotel y Alejandro comenzó a prepararse para la reunión, verle de nuevo enfundado en un traje solo hizo aumentar mi lívido, para mi sorpresa no hubo más que besos durante toda la mañana y me sorprendía, era como si estuviéramos actuando tal como lo hacía una pareja convencional

—¿La azul o la verde? —escuché de pronto. Estaba haciendo zapping en la televisión del hotel para pasar el rato y ver si encontraba algo digno que captase mi atención.

—La azul —dije sin dudarle al verle y vi como él soltaba la verde sobre el sillón y comenzaba a colocarse la corbata azul en el cuello. Llevaba un traje azul oscuro, la camisa era blanca con finísimas líneas verticales de un tono grisáceo, sin duda alguna era el hombre más atractivo que jamás había visto y había conocido a muchos hombres por el trabajo de mi padre.

—Volveré sobre las nueve o diez, si tienes hambre pide algo a recepción —dijo acercándose hasta mi para darme un beso. Lo hizo de forma lenta y apasionada, cuando intenté profundizar un poco más con la lengua él se alejó repentinamente.

—No puedo entretenerme, llegaría tarde —dijo mirándome a los ojos—. Espérame despierta y preparada... no te he tocado en todo el día porque quiero que esta noche no lo olvides. —La promesa en sus labios solo hizo que sintiera un incesante y burbujeante hormigueo en el estómago.

¡Ay madre! Estaba deseando que volviera... quería conocer de primera mano esa promesa en su mirada y sellada con sus labios.

El teléfono comenzó a vibrar, pensé que sería probablemente Nadia ya que llevaba un par de días sin hablar con ella y allí sería de noche, probablemente se estuviera arreglando para salir de fiesta. Cuando comprobé en la pantalla que era mi madre tiré el teléfono como si quemara entre mis dedos.

—¡Joder! —grité—. ¿Sabrá que estoy en la misma ciudad? No... definitivamente no tendría forma de saberlo.

—¡Hola mama! —exclamé demasiado alegre al descolgar.

—¡Irina! Acabo de comprarte un vestido ideal en Harrod, ¿Que tal estas? —contestó mi madre y suspiré por el consuelo de saber que no sospechaba nada, así que comencé a hablar libremente relatándole sobre el proyecto que estábamos llevando a cabo y lo mucho que estaba aprendiendo en las prácticas.

—¿No has conocido a nadie? —preguntó mi madre—, hablas mucho de ese informático y el tal Oscar...

—No mamá —la corté—. No quiero ninguna relación por ahora —mentí descaradamente no admitiendo que sí tenía un tipo de relación, aunque solo fuera de sexo con alguien.

—Está bien... por cierto, es muy probable que el lunes pasemos por Madrid a la vuelta, escuché a tu padre decir que quería tratar unos asuntos, así que pasaré a verte.

—Sacaré un hueco, mamá —contesté más tranquila y colgué despidiéndome, me di cuenta en ese momento que si mi padre iba a la sede de Madrid y me veía, tendría que actuar como si fuera una desconocida... sería muy extraño, pero ya pensaría en ello llegado el momento.

No tenía nada que hacer así que envié un par de mensajes a Nadia mientras una película en un canal perdido comenzaba... era la famosísima de Pretty Woman que probablemente no existía una sola persona en el mundo sin

que la hubiera visto... la dejé por pereza de cambiar de canal mientras intercambiaba mensajes con Nadia y la escuchaba de fondo sin prestarle atención.

Cuando llegó mi momento favorito en el que él la acompañaba para ir de tiendas por la ciudad, le presté un poco más de atención y mi instinto se propagó cuando vi a una Julia Robert desnuda, con tan solo una corbata como adorno esperando en el hotel a su apuesto Richard Gere con la mesa preparada...

La idea de hacer aquello mientras divisaba aquella corbata verde que Alejandro había descartado no hacía más que crecer en mi pensamiento y aumentaba a cada minuto.

A las nueve y media ya había pedido la comida al servicio de habitaciones y la había instalado en una pequeña mesa auxiliar, me desnudé completamente y tras darme una ducha me coloqué la corbata verde mientras esperaba sentada en la única butaca que había al lado de la mesa poniendo las piernas cruzadas sobre la cama. Solo esperaba que Alejandro no tardara una eternidad en llegar porque lo cierto es que tenía hambre...

Cuando escuché el sonido de la puerta abrirse tiré el móvil a un lado y fijé la vista en la entrada, había un minúsculo pasillo hasta llegar a la habitación, pero fue el tiempo suficiente para colocarme en una posición provocadora.

Vi el rostro de Alejandro al verme recorriendo con su mirada mi cuerpo desde las piernas hasta llegar a mis ojos. Tal vez debería haberme puesto lencería teniendo en cuenta sus gustos.

—Si me vas a recibir así cada vez que vuelva de una reunión, pienso tener reuniones todos los días —dijo antes de soltar el maletín sin mirar donde caía y dirigirse hacia donde estaba sentada. En dos zancadas había llegado y con un movimiento su lengua entraba en mi boca ávida y lujuriosa. Alejandro comenzó a desvestirse arrancándose la ropa, incluso podía asegurar que algún botón de la camisa había saltado y probablemente ahora estuviera en algún

lugar difícil de encontrar. Mientras tanto comencé a desabotonar su pantalón de traje, las ansias de apetencia por su contacto eran más que evidentes tanto como la necesidad de su roce. Alcé las piernas para que se adentrara y sentí su desesperación con la primera embestida, su anhelo y el deseo de posesión que tenía.

—Consigues nublar-me el juicio preciosa —dijo cuando la respiración de ambos comenzó a ser menos fatigada tras aquel encuentro.

—¿Yo? —exclamé sorprendida ante tal admisión.

—Tú —respondió mientras destapaba una de las fuentes dejando a la vista unos emparedados de distintos sabores—. ¿Has cenado? —preguntó Alejandro ante el evidente silencio que mantenía.

—No, te estaba esperando y muriéndome del hambre al mismo tiempo —dije antes de coger uno de los emparedados de atún y devorarlo como si llevara años sin comer.

—Pues come, esta noche te quiero toda para mí —advirtió con un brillo especial en sus ojos.

Estaba expectante ante aquella promesa así que devoré los emparedados y después atacé las mini hamburguesitas que había pedido.

Alejandro se duchó mientras colocaba de nuevo todo en el carrito y lo sacaba al pasillo, cuando volví y vi al dios griego con el torso mojado, mis ganas de lamer el agua de su cuerpo se acrecentaron, pero me contuve como siempre hacía cuando le veía así.

—Tumbate —ordenó el Alejandro autoritario.

Me tumbé y él se agachó y sacando un maletín negro bajo la cama depositándolo sobre ésta. Miré expectante y cuando lo abrió y contuve el aliento, pude divisar unas esposas, una especie de pluma, un ¿látigo? Entre otras tantas cosas que no supe definir que eran.

—Esta noche vamos a jugar, preciosa —dijo antes de vendarme los ojos con una especie de cinta que me hizo perder el sentido de la vista—. Y voy a hacer que ardas de placer —me susurró al oído.

UN DIOS GRIEGO MUY DIFERENTE

Me excité solo con escuchar esa frase. Estaba desnuda con tan solo una corbata verde como prenda que no cubría nada indecente de mi anatomía, pero que me rozaba el cuello y provocaba que se me erizaran los pezones ante el inminente contacto que sabría que tendría por parte del dios griego.

Expectante sentí como algo frío se cernía a las muñecas, eso sin duda debía ser las esposas porque además escuché el click después de ajustarlas. Mis brazos estaban estirados y confinados sobre mi cabeza a media altura, imposibilitándome también otro de mis sentidos; el tacto. Alejandro enredó algo suave en mi tobillo izquierdo y posteriormente el derecho, de forma que segundos después estaba completamente abierta de piernas y expuesta ante él, imaginaba cuál sería su vista y me sentí demasiado indefensa, no sabía definir si la sensación era agradable o no.

No podía moverme, estaba maniatada de manos y piernas. Sin duda él podría hacer conmigo lo que quisiera, aunque mi boca estaba libre para gritar, si... sin duda gritaría, pero esperaba por mi bien que fuera de placer.

Nunca me había entusiasmado el BDSM. No... el sadomasoquismo no era lo mío, aunque tampoco es que lo hubiera probado, pero eso de sufrir dolor para obtener placer no es que fuera de mi agrado, por eso quizá estaba demasiado receptiva, esperando sin saber realmente qué esperar.

Los labios de Alejandro se abrieron paso en los míos, devorándome la boca de nuevo. No me estaba tocando ninguna parte del cuerpo salvo aquella, de hecho sentía su peso en la cama, pero no sobre mi, ni tan siquiera rozaba mínimamente su piel con la mía. Intentaba imaginarme su posición para poder besarme de aquella forma y no lo entendía. Mi instinto era tocarle, pero no lo conseguía y deseaba que él me tocara, aunque tampoco lo hacía. Mi yo interior se debatía constantemente por querer y no poder hacer lo que realmente

deseaba

—Ahora límitate a sentir —susurró en mi oído cuando dejó de besarme.

Fueron instantes de expectación, pero pronto comencé a sentir un cosquilleo que comenzaba en los pezones, aquello hizo que me sorprendiera al principio y después erguí el pecho hacia delante buscando aquel cosquilleo suave, noté el roce de aquella pluma que bajaba lentamente por mi ombligo concentrándose en esa parte y provocándome algunas risas por el cosquilleo que producía, risas que posteriormente fueron sofocadas por el aire que Alejandro había soplado en mi parte más íntima y expuesta. Aquello lejos de provocarme una sonrisa provocó un gemido audaz de mi garganta.

Podía sentir su aliento cerca, pero no fue su boca lo que comenzó a tocar mi clítoris... fue aquella dichosa pluma de tacto suave, que me acariciaba tan delicadamente que provocaba oleadas de placer en lo más profundo de mi ser. Me mordí los labios conteniendo aquellas sensaciones y retorciéndome por aquel gesto, apenas tenía libertad de movimiento y aquello solo provocaba que el placer lejos de alejarse aumentara constantemente.

—¿Te gusta? —preguntó de forma susurrándose. Parecía estar cerca por su voz, de hecho podía apreciar su perfume.

—Si —jadeé.

—Quiero que supliques que te posea, Irina —dijo con la voz rota—. Que ardas en deseos porque te haga mía —añadió con el sonido de su voz cada vez más cerca de mi oído—. Que seas consciente de que me perteneces.

Cuando dijo esa frase sus labios rozaban mi oído. No me paso inadvertido el tono de aquella voz cargado de deseo y pasión contenida además de grandes dosis de posesividad.

Mi respuesta fue morderme el labio expectante y de pronto sentí un líquido frío en el estómago. Aquello contrastaba con la temperatura que tenía en ese entonces mi piel, provocando que me estremeciera de placer, no sabía que era aquello, pero entendí que era comestible cuando la lengua de Alejandro comenzó a lamer aquel líquido frío.

«¡Oh, Dios!, ¡Joder!», grité mentalmente.

Con cada lametada que Alejandro me daba, solo quería que se hundiera con mas ímpetu dentro de mi y ni tan siquiera podía expresarlo con el cuerpo.

Mientras su lengua seguía recorriéndome el abdomen, algo extraño comenzó a rozar mis brazos, ¿Que era? Su textura al contacto era mucho más ruda que la pluma anterior, pero no sabía definir de qué se trataba, bajaba por las axilas, rozándome los pezones y de repente sentí un leve manotazo de aquella cosa en el pezón. No podía decir que aquello doliera, desde luego no hacía daño, pero resultaba excitante, ¿Que era aquello? La expectación de aquella cosa que seguía recorriendo mi cuerpo dando pequeños toques mientras la lengua de mi dios griego seguía igualmente su curso cada vez más abajo al igual que ese objeto, sentía que de un momento a otro iba a explotar en mil pedazos. En el momento que la lengua de Alejandro se hundió en mi clítoris, agoniqué de placer. Sentí el golpe de aquella cosa en las nalgas y me estremecí.

—¡Joder! —grité sin poder evitarlo.

—¿Quieres más? —preguntó en un tono divertido.

—Si —jadeé.

Quería volver a sentir eso de nuevo, desde luego que lo quería volver a sentir y para mi agonizante deseo, Alejandro lo hizo de nuevo.

—¡Oh dios! —exclamé—. ¡Hazme tuya! —grité sin poder contenerme un segundo más.

—Dilo —dijo con voz dura a la vez que seguía deleitándome con los dedos en mi parte más íntima haciendo que casi muriera de placer, como si me estuviera extorsionando para conseguir que confesara.

—Quiero que me poseas —jadeé. Desde luego que lo deseaba, creía que moriría de hecho si no lo hacía inmediatamente.

—¿Eres mía Irina? —preguntó—, ¿Solo mía? —añadió posesivamente.

—Solo tuya, Alejandro —confesé en un susurro.

Y lo cierto es que no mentía, era solamente suya porque solo él me hacía

sentir de ese modo.

Gemí en cuanto él se abrió paso a través de la estrechez haciendo que volviera a estar completa de nuevo y desde luego siendo consciente de mis propias palabras. Era de Alejandro... en ese sentido desde luego que era únicamente de él.

El regreso hacia Madrid en el avión de vuelta para volver a la realidad de mi piso solitario me hizo sentirme un tanto desorientada. Después de aquel magnífico fin de semana donde mi dios griego no solo había sido inexplicablemente atento, amable e incluso carismático, solo me hacía preguntarme si su comportamiento seguiría siendo el mismo cuando regresara o por el contrario volvería a ser el hombre tosco, serio y taciturno de siempre. ¿Tal vez sea mi imaginación y esta relación estaba avanzando dando un paso más allá de ese acuerdo? Realmente no me quería ilusionar, aunque mi corazón estaba en la horrible barrera de querer traspasar la fina línea que separaba el sexo del amor. En el fondo de mí misma sabía que estaba sintiendo cosas por Alejandro que quería ocultar en lo más profundo de mi ser y es que tenía que admitir que estaba completamente atrapada por ese hombre, que ocupaba todos y cada uno de mis pensamientos.

—¡Oh dios mío! —exclamé sin darme cuenta.

«Me estoy enamorando» dije esta vez para sí misma, ¿Qué se supone que iba a hacer? Tal vez Alejandro estuviera sintiendo lo mismo, ¿no? A la vista estaba como habíamos pasado el fin de semana.

Mis pensamientos fueron en el mismo sentido durante todo el vuelo y trayecto en taxi hasta casa. Sin equipaje que deshacer me dispuse a hacer algo de colada y preparar la comida que me llevaría al trabajo al día siguiente, realmente solo quería ocupar la mente con trivialidades para no seguir dándole vueltas al asunto.

Cogí el teléfono para llamar a Nadia, sabía que era tarde, pero necesitaba con urgencia desahogarme con alguien y comprobé que tenía un mensaje de texto sin leer, era de Alejandro.

Alejandro:

¿Llegaste bien? Sé que aterrizaste hace treinta y cuatro minutos.

¿Cómo narices sabía cuando había llegado el vuelo?, ¿Es que me había puesto un gps en el culo?

Incrédula comencé a teclear hasta que recordé que existían webs y aplicaciones que daban ese servicio... Alejandro tan controlador como siempre, pero al menos me contenté con la idea de que estaba interesado en saber si me encontraba bien y si había llegado a casa sana y salva, ¿Se estaba preocupando por mi? Eso solo hizo que mis sentimientos hacia él aflorasen aún más.

—¡Contrólate Irina! —me grité a mi misma en voz alta—. No te ilusiones en vano, no hasta saber si tienes alguna posibilidad por remota que ésta sea.

Irina:

Todo bien, gracias.

Parecía una respuesta algo seca, pero no sabía si me podía tomar la libertad de preguntarle que tal estaba ahora que se había quedado solo en el hotel.

Alejandro:

Perfecto. Nos vemos mañana en la noche.

Irina:

Hasta mañana, que descanses.

No recibí respuesta, aunque vi un par de intentos comenzar a escribir no llegué a recibir ningún mensaje, ¿Alejandro estaba dudando de enviarme algo

más?, ¿Qué podría ser? Quizás solo se tratara de darme igualmente las buenas noches... no entendía porque ese hombre era tan frío en algunas ocasiones.

Cuando sonó el despertador rogué estar cinco minutos más en la cama, realmente estaba muerta de cansancio y solo era lunes, pensé. Esos cinco minutos se fueron posponiendo convirtiéndose en media hora... tenía que levantarme ya o luego saldría demasiado tarde y no me gustaba la idea. Además, tenía muchas cosas que preparar en la oficina.

Me levanté somnolienta y cogí el primer vestido que encontré al azar de una percha del armario, era un azul celeste bastante veraniego, no era un color serio, pero el corte del vestido si lo era por tanto no creí que fuera necesario coger otro, tenía más pereza que otra cosa la verdad.

Me duché velozmente y me solté el cabello, espolvoreé algo de maquillaje en polvo y colorete mientras cogía el brillo de labios de color y máscara de pestañas para aplicármelos en la oficina. Salí corriendo sin desayunar, solo me paré a coger la comida de la nevera que había preparado la noche de antes y la metí en el bolso al igual que el móvil.

La mañana se me paso volando y prácticamente ni miré el teléfono, en la pausa de la comida comprobé que tenía varios mensajes de mi madre, al parecer iban a llegar esa misma tarde y habían reservado mesa en un restaurante para cenar. Me apetecía ver a mis padres después de todo el tiempo que llevaba allí, aunque solo habían sido un par de semanas como quien dice si me paraba a pensarlo, pero acostumbrada a no separarme de ellos tanto tiempo, les echaba de menos.

Salí casi a las siete y me fui directamente a casa para cambiarme. Al parecer ya habían aterrizado y se alojarían en un hotel para pasar la noche. Elegí un vestido sobrio, pero elegante puesto que sabía que mi madre iba a criticar los gramos que había o no engordado nada más verme, era algo que hacía por simple costumbre.

Eché el teléfono al bolso y justo antes de hacerlo vi que tenía dos mensajes sin leer, pensé que quizá podría ser mi madre así que abrí la

aplicación.

Alejandro:

Ya estoy en Madrid, te espero a las 21.30pm en el apartamento.

Esta vez procura no retrasarte.

—¡Mierda! —exclamé, se me había olvidado avisarle de que hoy no podría quedar.

Irina:

Lo siento, hoy no puedo. Asunto familiar.

Le di a enviar y salí corriendo de casa tras cerrar la puerta y echar las llaves al bolso.

Cuando iba saliendo por el portal del edificio escuché la vibración del teléfono, lo miré y era de nuevo un mensaje del dios griego.

Alejandro:

Te recuerdo que tenemos un acuerdo en el que dice tácitamente que acudirás cuando lo pida. No fue una cláusula que cambiaste, por tanto, te espero a la hora citada en el apartamento.

Sin excusas.

¿Qué? Definitivamente el aire de Madrid le sentaba como una patada en el culo a este hombre, se podía haber quedado en Londres, pensé.

Irina:

No voy a ir.

Me negaba a ir y más ahora que me lo había exigido como una orden, ni

tan siquiera se había dignado a preguntar si se trataba de algo grave, cierto que no lo era, pero él no lo sabía. Mis padres me estaban esperando, además, ¡Qué narices! Esas no eran formas de tratarme... y menos aún después del fin de semana maravilloso que habíamos pasado juntos.

Alejandro:

Si no estás a esa hora en el apartamento, daré por terminado el acuerdo.

Cuando leí aquel mensaje de texto no lo podía creer, ¿Qué demonios?

—Que se fuera al infierno ese engreído posesivo —dije en voz alta por la calle refunfuñando casi sin poder creerlo.

Estaba por llamar a Nadia para contárselo pero no iba a tener cobertura en el móvil al entrar en el metro subterráneo, por lo que me aguanté las ganas y se lo envié todo por mensaje de texto.

Llamé a mi madre para decirle que estaba llegando al hotel, ni tan siquiera me digné a mirar la hora, no quería saberlo, intuía que estaba rompiendo con Alejandro aunque de todos modos ¿Qué había que romper? Ni tan siquiera tenía una relación con él, solo un estúpido acuerdo que aquel patán creía que me beneficiaba.

Subí a la cuarta planta donde se alojaban mis padres, sentir el reconfortante abrazo de mi madre me hizo olvidarme momentáneamente de lo que estaba pasando, ¿Tal vez a Alejandro se le pasara el enfado y todo volvería a ser igual? Lo dudaba, pero de todos modos, no tenía sentido, mis padres eran lo primero de la lista en aquel momento y si Alejandro no era capaz de verlo, ese era su problema.

—¡Irina!, ¡Has adelgazado! —exclamó mamá en un tono que no sabía si era un halago o un reproche.

—Es que el trabajo me absorbe demasiado —aclaré. Bueno... el trabajo y el esfuerzo extra que hacía en la cama con aquel dios griego después de la

jornada laboral, pensé.

—Luciano... tu hija va a enfermar si sigue así —reprochó a papá que justo en aquel momento apareció en la habitación vestido de traje como siempre.

—Papá —dije nostálgica después de no verlo en tanto tiempo.

—Mi Luciana querida, ven aquí —contestó atrayéndome a sus brazos con una sonrisa.

Cené con mis padres tranquilamente, aunque el tema principal fue el proyecto en la empresa que estaba desarrollando y en el que me habían asignado estar al frente del equipo. Al parecer mi padre iría a las instalaciones Komarov al día siguiente, pero no coincidiríamos, aún así le hice asegurarme que no revelaría que yo era su hija, pero el hecho de no tener que verlo para hacerme la aludida me tranquilizo. Sería muy extraño tener que hacerme pasar por una simple empleada y no saludarle delante de los demás, pero estaba en la posición justa donde iba a demostrar mi valía y si se sabía, probablemente todos me mirarían desde otra perspectiva. '

—Apenas has probado bocado Irina, ¿Ocurre algo? —preguntó mi madre aprovechando que papá había recibido una llamada.

—No mamá —mentí—. Es solo que es algo tarde y estoy cansada, el proyecto me tiene bastante absorbida y por eso salgo más tarde de la empresa, pero es muy gratificante así que no te preocupes por mí, no hay nada que unas buenas horas de sueño no repongan —dije sonriente, como siempre decía ella, una buena siesta es una cura en belleza.

Me acompañaron en coche hasta el apartamento y pese a que mi madre insistía en que me alojara al menos aquella noche en el hotel, lo rechacé con el pretexto de que tendría que estar temprano en la oficina, pero en realidad solo pensaba en la posibilidad de que Alejandro se presentara aquella noche en casa o recibiera un nuevo mensaje de él.

Evidentemente aquello no ocurrió. Ni llamadas, ni mensajes, ni una nota al conserje del edificio. ¿Que esperaba?, ¿Verle esperando en la puerta a mi

regreso? Era evidente que él no era de ese tipo de hombres.

Me di una larga ducha de agua templada porque necesitaba aclarar las ideas antes de irme a dormir. Cerré los ojos pensando en qué ocurriría cuando volviera a verle, cuando le encontrara por la oficina... ¿Hablaríamos del tema?, ¿Debía dar por terminada toda relación que estuviera estrictamente fuera de lo laboral? No supe porqué, pero un sentimiento de congoja y pérdida se instaló dentro de mi, de algún modo supe que todo había terminado.

El despertador sonó a la misma hora de siempre, lo apagué de un movimiento y me desperecé estirando los brazos y las piernas. Me había costado llegar a dormirme, pero finalmente lo había conseguido y hoy era un nuevo día. Además, tendría que verle en su despacho quisiera o no para presentarle un informe y hablar sobre la progresión del proyecto, allí descubriría cuál sería ahora la situación. Decidí vestirme más apropiadamente sabiendo que iba a verle, así que elegí un sencillo vestido beige ajustado al cuerpo con un generoso escote y unas sandalias con algo de tacón en color negro. Me maquillé con un toque de color en los ojos y decidí echar el perfume y el labial al bolso puesto que la reunión con Alejandro sería a última hora del día. Afortunadamente la mañana pasó rápida, mi madre me llamó para comer juntas antes de que se marcharan en cuanto papá terminara con la junta directiva, suponía que el dios griego estaría también en aquella reunión, así que salí para almorzar con ella. Comimos en uno de los restaurantes que estaban cerca del edificio Komarov para no perder demasiado tiempo.

—Insisto Irina, se que te pasa algo, te conozco lo suficiente para saber que me estás ocultando algo que te preocupa, ¿Es que no te tratan bien aquí? —insistió mi madre que desde luego, instinto maternal no le faltaba precisamente.

—No mama, lo cierto es que no me puedo quejar, aunque tengo el puesto que tengo por papá —le recliné como si aquello fuera la base de mi comportamiento.

—Pero por lo que me dijo tu padre te lo merecías, fuiste tú quien

descubrió el informe, no entiendo esa manía por demostrar lo que vales por tu cuenta, de todos modos vas a ser la presidenta de Komarov algún día, ¿Por qué te importa tanto?

—Porque cuando llegue ese momento, sabrán que yo también empecé desde cero en la empresa y demostré que pude hacerlo por méritos propios y no concedidos por nacimiento —dije antes de dar un sorbo a la copa de vino.

—Como quieras, sé que de todos modos no te voy a convencer, eres tan cabezota como tu padre. Cambiando de tema, te he enviado algunos conjuntos que compré esta mañana junto a las compras que hice en Harrods a tu edificio, lo debe tener tu conserje —terció y agradecí infinitamente que habláramos de otra cosa al fin.

No recibir ningún mensaje de Alejandro diciendo a qué hora quería reunirse conmigo para llevarle el informe, me hizo creer que quizá también pensaba evitarme en el trabajo, pero mis teorías se fueron al traste cuando recibí el aviso por parte de una de las compañeras del equipo diciéndome el señor Álvarez había llamado cuando estaba fuera del despacho para citarme a las siete en su despacho y presentara el informe.

Quince minutos antes de la hora estaba subiendo en el ascensor hacia la última planta del edificio, estaba nerviosa por lo que iba a ocurrir, así que me aferré a la carpeta que llevaba entre las manos. Llegué a la puerta y di un par de golpes puesto que su secretaria no estaba. Cuando sentí el click de que se había abierto empujé para entrar.

—Pase y deje el informe señorita Suarez —escuché nada más dar un paso dentro de aquel despacho y vi que ni tan siquiera había levantado la vista de la mesa para verme. ¿Para eso me había rociado de perfume y pintado los labios?, ¿Para eso me había puesto aquel vestido? Vale, lo hacía porque quería y me gustaba sentirme hermosa cuando me arreglaba, pero en el fondo era también para impresionarlo.

Llegué hasta la mesa y dejé el informe sobre ésta, Alejandro lo cogió sin mirarme aún revisando por encima las estadísticas y progresos.

—¿Algún detalle que añadir? —preguntó secamente.

Pues sí, me gustaría decir muchas cosas, pero no son respecto al proyecto desde luego.

—No, todo marcha según lo previsto —contesté en el mismo tono que había hablado él. Si se iba a comportar como un patán, recibiría el mismo trato.

—Está bien, puede irse —contestó dejando la carpeta a un lado y girando la vista hacia su ordenador.

¿Eso era todo? Ni tan siquiera había levantado su vista de la carpeta, de la mesa, del ordenador... ¡No se había dignado a verme!

¡Maldito Alejandro y maldito su temperamento! Me di media vuelta y sali con paso decidido de aquel despacho.

NO ESTOY EN VENTA

No tardé en comprobar que Alejandro parecía haberse tomado muy en serio lo de romper el acuerdo, el resto de la semana fue igual, incluso llegué a coincidir con él en el ascensor una mañana al llegar a la oficina y ni siquiera saludó con un buenos días como mismamente hizo antes de conocerme.

«Patán engreído», ¿Pero que se habrá creído? O sea... no había significado nada para él, definitiva y absolutamente nada. Solo fui un revolcón, está bien, más de uno y de lo más increíble, pero nada más al parecer.

El viernes iba a comerme la ciudad. Había convencido a Nadia para que viniera a visitarme, ella había terminado los exámenes y era libre, por lo tanto no tenía nada mejor que hacer y sabía que yo la necesitaba. Llegaría esa misma tarde para pasar unos días y venía dispuesta a prestarme su hombro en el que llorar o más bien a acompañarme en mi transición para pasar mi pena.

Al menos el hecho de que ella viniera me ayudaba a sobrellevar el tema, llevaba demasiados días sufriendo la agonía por la falta de Alejandro y necesitaba una buena dosis de alivio emocional al respecto.

—¿Qué vais a hacer este fin de semana? —preguntó Jaime en la oficina poco antes de que fuera la hora de salida.

Al no contestar prácticamente nadie, le hablé de que vendría una amiga y saldría por la ciudad. Para mi sorpresa Jaime me invitó a una discoteca donde solía ir él con sus amigos, al parecer era de uno de sus colegas y por eso solían ir siempre allí, me prometió invitarnos a unas copas y nos pondría en lista por si decidíamos asistir. Nadia llegó demasiado cansada del vuelo para salir, así que nos quedamos en casa comiendo helado y poniendo a Alejandro a parir. Si. Insultar en presencia de otra compañía femenina al dios griego que me hacía suspirar me levantaba el ánimo. Nos acostamos super tarde haciendo

planes para los próximos días y debían ser alrededor de las dos de la mañana cuando miré por última vez el teléfono sin la presencia de un mensaje.

«¿Y si era mejor que todo hubiera ocurrido así?» Pensé antes de dormir. Tal vez si esa relación hubiera seguido no habría podido evitar enamorarme de Alejandro y habría sido peor el resultado final. Ahora al menos podía congraciarme porque no estaba enamorada de él, ¿Porque no lo estaba, verdad? Solo debía ser una agonía por la falta de sexo la que hacía que me sintiera así.

Fuimos de compras el sábado por la mañana y terminamos comiendo en un sitio de comida rápida de la gran vía. Lo cierto es que resultaba extraño que todo el mundo nos mirase por la calle, ¿Tanto llamaban la atención dos rubias altas? Al parecer en aquel sitio sí. Cargadas de bolsas llegamos a casa y comenzamos a bailar al ritmo de la música mientras el vino corría por las venas y comenzábamos a arreglarnos para salir esa noche. Debían ser aproximadamente las diez cuando salimos a cenar por los bares de la zona, Nadia no hablaba nada de español así que yo hacía siempre de traductora, la suerte de aquello es que nadie comprendía nuestro idioma y para reírnos comenzamos a criticar a algunos chicos que intentaban acercarse a nosotras sin que se dieran cuenta e incluso creyendo que podrían gustarnos.

Definitivamente cuando llegamos a la discoteca que me había mencionado Jaime el viernes, podría resumirse que estábamos demasiado *contentas*. Al parecer era la discoteca que estaba de moda del momento a juzgar por la larga fila que había para entrar y que llegaba hasta el final de la calle, ¡Era increíble!, pero como mi compañero de equipo nos había puesto en lista, entramos sin tener que esperar.

Había demasiada gente allí dentro como para encontrar a Jaime, aunque para mi sorpresa, él nos encontró a nosotras.

—¡Has venido! —gritó en cuanto mis ojos le vieron.

—¡Sí! —exclamé—. ¡Te presento a Nadia! —grité para que me escuchara entre el ruido y la música alta señalando a mi amiga. No me pasó

desapercibido el gesto de aprobación de Jaime al verla como si le gustara lo que estaban viendo sus ojos.

—Es muy guapo —dijo Nadia observándolo.

—Sí, ya te dije que lo era... —confesé.

Jaime nos llevó hasta un reservado y nos presentó a sus amigos. Lo cierto era que el más guapo de todos ellos era mi compañero de equipo, pero todos parecían simpáticos a simple vista. Conforme avanzaba la noche empecé a notar que Jaime no dejaba de intentar flirtear conmigo, en uno de aquellos intentos de robarme un fugaz beso, cogí a Nadia del brazo y salí a bailar a la pista para salvar la situación

—Pero ¿Qué te pasa? —preguntó—. Es guapo y parece gustarle, ¿Por qué no te vas con él lejos de aquí? —insinuó incitándome a que acostara con Jaime como si fuera tan fácil.

—Voy a pedir algo a la barra —respondí para no tener que contestarle y al girarme me di de bruces con el pecho de un hombre lo suficientemente firme como para que me acordase de mi dios griego. Me disculpé, pero dudaba que por el ruido del ambiente el sonido de mis palabras hubiera llegado hasta sus oídos, así que alcé la vista para decirle con un simple gesto que lo lamentaba y me enfrenté a los ojos de Alejandro que me observaban de una forma extraña, como si estuviera enfurecido. No supe donde esconderme en aquel momento, me quedé completamente anonadada.

Intenté hacerme a un lado cuando fui consciente de la situación para pasar de él, pero sentí como su mano se cernía a mi brazo y me arrastraba hacia la salida. Me giré entonces hacia Nadia, pero había vuelto hacia el reservado con los otros chicos por lo que no pudo ver como Alejandro me llevaba a rastras.

—¡Suéltame! —grité cuando ya estábamos saliendo, pero él parecía no escucharme—. Pero ¿Quién te crees que eres?, ¡He dicho que me sueltes! —insistí.

—No —negó serio con la voz tan rotunda que no daba lugar a objeciones.

¿No? ¿Y qué clase de respuesta era esa?

Cuando llegamos a la calle no me soltó hasta que caminamos a unos metros de distancia donde había una calle estrecha algo más oscura. Me apoyó contra la pared de un edificio y colocó sus manos a ambos lados de mi cuerpo para apresarme entre aquellos fornidos brazos.

—¿Qué hacías, Irina? —preguntó mirándome fijamente con esa tonalidad oscura que podía apreciar en sus ojos.

—¿Cómo que qué hacía? —exclamé confundida.

—Te he estado observando toda la noche, he visto como coqueteabas con ese chico —aseguró—. Me costó reconocerle, pero sé que es el informático de tu equipo, ¿Tan poco has tardado en meterlo en tu cama?

—¿Y a ti que te importa a quien meto o dejo de meter en mi cama? —respondí furiosa.

Había sido él quien había roto el acuerdo, no yo. Así que no tenía derecho a exigirme nada.

Por toda respuesta Alejandro acertó la distancia devorando mis labios. Por desgracia mi traicionera lengua no tardó en salir a su encuentro bailando con la suya en una fusión devastadora que denotaba la ausencia de su encuentro durante demasiados días para mi agonía.

Saboreé con intensidad aquellos labios pese a ser consciente de que no debería hacerlo, de que revelarle a aquel egocéntrico ingrato que me volvía loca era como apuntarme con un arma en la sien, pero mi razón no controlaba mis impulsos cuando Alejandro me tocaba, era droga para mis sentidos, el más puro de los deleites del cual me resultaba meramente imposible negarme.

—Eres mía, ¿Recuerdas? —dijo separando levemente sus labios de los míos aunque su frente estaba en contacto con la mía mientras me acariciaba las mejillas con los dedos.

—No —negué empujándole, intentando separarme de él aunque no conseguí que se alejara ni un milímetro de donde estaba, como si fuera literalmente una roca incapaz de mover—. No soy tuya, ni de nadie —advertí

de nuevo provocando que los ojos de él brillaran intensamente de no sabía exactamente que, si rabia, impotencia o frustración.

—Irina —espetó como si estuviera dándome una advertencia de que le estaba sacando de sus casillas.

—¡Rompieste el acuerdo!, ¿O ya no lo recuerdas? No te debo nada, no tenemos nada, no te pertenezco, ni tienes derecho a reclamar que hago o dejo de hacer porque tú mismo lo decidiste así —grité.

Lo cierto era que ni antes de que lo rompiera tenía ese derecho, pero al menos me podía basar en un acuerdo en el que ambos así lo habíamos decidido, ahora ya no me podía reprochar ninguna falta.

El silencio de Alejandro hizo que intentara marcharme de allí dando por finalizada la conversación, ya comenzaba a cansarme de aquella actitud.

—Dime que es lo que quieres —escuché que decía y esta vez su tono casi parecía una súplica, algo que no supe comprender porqué.

—¿Que es lo que quiero? —gemí anonadada.

—Dime el precio que tengo que pagar para pasar la noche contigo, dime una cantidad —contestó haciéndome sentir como una prostituta que vendiera su cuerpo, como si realmente tuviera un precio para pasar la noche con un hombre.

La decepción de mi rostro no pudo pasar inadvertida para él, en aquel momento me sentí sucia, despreciable, la más pueril e ingrata de las mujeres al sentirme rebajada de aquella forma. El hecho de que Alejandro quisiera comprarme solo me decía que para él seguía siendo un simple objeto sexual, que jamás me vería como otra cosa.

—No lo puedes pagar, Alejandro —contesté en el tono más serio que pude. No queriendo que las lágrimas asomaran por mis ojos porque lo único que quería hacer en aquel momento era llorar.

—Pruébalo —respondió como si la cifra desorbitada que fuese a decirle no le asombrara.

—Está bien —contesté cruzándome de brazos enfrentándome a él—.

Quiero que admitas que eres un gilipollas por tratarme como a una prostituta y me pidas perdón, ese es mi precio.

La cara de desconcierto al no recibir la respuesta que esperaba no me paso desapercibida.

—¿Qué? —exclamó sorprendido.

—No estoy en venta, Alejandro —tercié.

—Lo estabas hasta la semana pasada —me recriminó por lo que consideré que se refería al acuerdo que teníamos.

—Pues asume que ya no es así —admití sin decir que en realidad, nunca lo estuve, solo había aceptado porque me apetecía tener sexo con él y disfrutar de aquella experiencia sin revelar mi verdadera identidad.

—Lo debí suponer —dijo con fastidio—. Esperas sacar una oferta aún mejor, ¿no?

Como siempre Alejandro tenía que pensar lo peor de mi, que era una simple oportunista y que solo quería escalar puestos en la empresa, que solo me movía por el más puro interés.

—¿Sabes qué? —grité harta por sus estúpidas conjeturas—. ¡Piensa lo que quieras sobre mí!, ¡No me importa en absoluto! —volví a gritar llena de rabia con los ojos brillosos a punto de derramar las lágrimas que intentaba contener.

Pero sí importaba, me importaba demasiado que pensara que era así.

—No son interpretaciones —dijo en un tono demasiado grave—. Es lo que me dejaste claro desde el primer momento cuando te ofrecí el acuerdo y aceptaste.

Y en eso el jodido de Alejandro tenía razón, había sido mi culpa por no sacarle de su error, por conforme con aquello y aceptar aquel acuerdo que supuestamente tenía un beneficio para mi.

—Pues ya no es así —respondí porque no podía admitir la verdad sin decirle quien era.

—¿Es por ese niño? —preguntó de pronto acercándose peligrosamente.

La idea de darle celos con Jaime se me pasó por la cabeza, pero no quería que el trabajo de mi compañero corriera peligro por mi culpa.

—¿Ves? —exclamé—. ¡Siempre haciendo suposiciones!

—No son suposiciones Irina, te he visto hace unos instantes como casi te besabas con ese estúpido niño.

—¡No me interesa Jaime! —grité aunque lo que verdaderamente tenía ganas de gritarle es que dejara de hacer una estúpida escena de celos, pero estaba segura de que lo negaría hasta la saciedad diciendo que él no era un hombre celoso y menos aún posesivo.

Alejandro entrelazó sus dedos en su cabello, parecía exasperado y de pronto me miró fijamente, provocando que me encogiera en mi misma sintiéndome pequeña.

—¿Entonces si te pido disculpas por tratarte como una puta y admito que soy un imbécil por pensarlo serás mía esta noche? —Su tono de voz era grave, demasiado grave.

—Si —susurré estando segura de que Alejandro jamás haría algo así.

—Está bien —dijo acercándose de nuevo, atrapándome de nuevo en aquella pared y arrinconándome entre sus brazos—. Soy un idiota por tratarte así, te pido disculpas —me susurró cerca del oído.

Sus palabras habían sonado demasiado fáciles, como si realmente las hubiera dicho para conseguir una finalidad, pero lo había admitido, ¿No?

Le miré a los ojos y él apretó sus manos entre mis nalgas alzándome para apretarme contra su cuerpo.

—Vayámonos a un hotel, estoy deseando hundirme dentro de ti, preciosa —confesó mientras me mordía el lóbulo de la oreja con voracidad, como si me quisiera devorar allí mismo en aquella calle poco transitada.

Apreté mis manos clavándome las uñas en la palma de las mismas para no tocarle, sabía que si lo hacía sería mi perdición.

—No —dije negándome por segunda vez aquella noche. Sentí como rompía el contacto de sus labios en mi oreja que empezaba a descender por el

cuello alejándose parcialmente de mi pie—. No hasta que me demuestres tus palabras Alejandro —reiteré para que entendiera a que me refería.

—¿Que pretendes Irina? —dijo algo hastiado—. Me he disculpado, era lo que querías, deja de comportarte como una cría.

Sus palabras solo me ayudaron a afirmar lo que ya pensaba, que Alejandro solo me había dicho aquello para conseguir un fin, *meterme en su cama*.

—Me voy —dije soltándome de su agarre y comenzando a caminar de vuelta hacia la discoteca—. Cuando dejes de ser un cerdo egoísta, me llamas y tal vez piense en coger el teléfono —añadí antes de rodear la esquina sin mirarlo, por suerte no volvió a agarrarme y frenarme el paso o habría descubierto las lágrimas que ahora se derramaban por mi rostro. Solté todo el aire que había estado conteniendo una vez entré de nuevo en la discoteca tratando de calmar mi ansiedad. Por suerte Nadia seguía allí ajena a lo que había pasado, probablemente pensaba que todo ese tiempo solo había estado en la barra pidiendo una copa, más tarde se lo contaría todo.

Por una parte me sentía bien conmigo misma, puesto que le había dejado claro a Alejandro que no pensaba estar bajo su dominación, que se había acabado el ser un mero objeto sexual sin sentimientos ni opinión, que si quería algo conmigo iba a tener que trabajárselo un poco. Dudaba que lo hiciera, sinceramente conociendo como empezaba a conocer a Alejandro, apostaba a que él jamás había intentado complacer a una mujer, su máximo esfuerzo había sido aquel fin de semana en el velero y lo hizo por un motivo oculto, no por mí, sino para asegurarse que aceptaba liderar el equipo y su trabajo dependía de ello, por tanto empezaba a asimilar que lo mío con Alejandro había terminado para siempre y que aquella noche le había puesto punto y final.

—¡Vamos Irina! —exclamó Nadia cuando me vio dar vueltas al café con la cuchara pensativa—. Ese tal Alejandro será muy bueno en la cama, pero es un completo idiota por tratarte así, tú te mereces algo mejor, es más, si yo estuviese en tu lugar, le habría dicho que era la dueña de la empresa para que

se arrastrara y me besara los piel con tal de no despedirle.

—Es socio de la empresa, Nadia —contesté muy a mi pesar.

—Me da igual que lo sea, el puesto de director no lo tiene asegurado —afirmó vengativa y en eso había que darle la razón a mi amiga.

—No voy a decirle quien soy —admití.

Ni hablar... por nada del mundo le iba a decir a Alejandro quien era, no pensaba darle ninguna excusa para recriminarme que todo lo había hecho por un simple juego o peor aún, que por esa causa comenzara a tratarme bien solo por ser la hija de su jefe. Yo quería que lo hiciera por mi misma y no por mi apellido.

—Pues tú te lo pierdes, porque yo le torturaría con amenazarle en contárselo a tu padre —contestó mientras le daba un gran mordisco a su tarta de arándanos.

—Si... ¿Antes o después de que le enseñara la foto que le envié por equivocación? —exclamé recordando cómo había comenzado todo aquel lío.

—No sería capaz... —dijo sin darle importancia.

—No conoces a Alejandro, por salvar su culo es capaz de hacer lo que sea, hasta de vender su alma al diablo —admití sabiendo que para Alejandro lo primero era el trabajo y después si acaso... vendría el resto. En ese sentido era igual que mi padre.

Cuando Nadia volvió a Moscú me sentí de nuevo sola y el vacío comenzaba a hacer mella en mí sin rellenarlo con aquel parloteo de mi amiga. Fui mas consciente que nunca del sentimiento que empezaba a alojarse dentro de mi por la falta de Alejandro y no, no era solo por la falta de sexo, sino por lo que extrañamente él me hacía sentir cuando estaba a su lado.

—¡Puñetero hombre! —grité dando un fuerte manotazo en la encimera de la cocina y me fui a mi habitación a buscar entre la ropa algo elástico con lo que hacer deporte.

Encontré unas mayas y me puse un top deportivo, cogí las zapatillas y salí del apartamento mientras metía todo lo necesario en el bolso. Me iría al

primer gimnasio que encontrase más cercano a casa y me desfogaría intentando hacer algo de deporte, cosa que jamás hacía pero la gente solía decir que funcionaba para pagar frustraciones, bien... yo tenía mucha frustración.

Resultó que había uno bastante cerca, así que me apunté y posteriormente fui hacia los vestuarios para dejar las cosas. Me miré en el espejo y vi que quizá iba demasiado provocativa solo con ese top, pero ya era tarde para cambiar de opinión así que me hice una cola alta para despejarme el pelo de la cara y salí a la sala de máquinas.

Me subí a una de las cintas de correr, así que con el móvil y mis inseparables cascos, puse la música a todo volumen y aumenté la intensidad hasta ser moderada de forma que corría paulatinamente. Después de una hora y media de gimnasio, podía asumir que mi cuerpo estaba cansado, mucho más que una noche con Alejandro.

«¡Mierda Irina!, ¿Otra vez? ¡Deja de pensar en él!» Me repetí mientras salía del gimnasio en dirección a casa para darme una merecida ducha.

—Señorita, tiene un sobre —dijo el portero nada más verme entrar, ¿Un sobre? pensé frunciendo el ceño mientras mi portero me ofrecía lo que parecía un sobre blanco, alargado y sellado con mi nombre detrás.

—¿Quién lo ha dejado? —pregunté, puesto que al salir no me había mencionado nada al respecto así que suponía que habían debido de dejarlo en mi ausencia.

—Ha sido el joven que ha venido a visitarla otras veces, le dije que había salido y me entregó esto para que se lo diera.

El joven que había venido otras veces... solo había un hombre que había ido a mi casa y ese era Alejandro.

—Gracias Francisco —contesté por su nombre y me dirigí hacia el ascensor, nada más cerrar las puertas no pude evitar abrir el sobre, había lo que parecían ser dos entradas y una especie de tarjeta.

Tú ganas, déjame demostrarte que soy un idiota.

1. Álvarez.

Observé las entradas que parecían ser para una obra de teatro el viernes por la noche, ¿Alejandro me estaba invitando a salir?, ¿Una cita?, ¿Íbamos a hacer algo que no fuera solo sexo?

Mi corazón se aceleró... por primera vez, Alejandro me estaba demostrando que no era un capullo egoísta y aunque fuera una ingenua, no pude evitar sonreír y llevarme aquella tarjeta al pecho como una adolescente entusiasmada.

CONFESIONES

POV ALEJANDRO

—¡Vamos hermanito!, ¡Alegra esa cara! —escuché la voz de Alberto a mi lado.

—Como vuelvas a llamarme hermanito te parto la cara —gemí en un gesto medianamente divertido aunque el tono de voz evidenciaba que no me gustaba que me llamara así.

En unos meses se casaría con mi hermana y formaría parte de la familia, aunque ya le consideraba como a un hermano a tenor de todo lo que habíamos pasado juntos, de hecho sabía más cosas sobre mi vida que la propia Teresa.

—Sabes que solo te lo digo para traerte de vuelta al planeta tierra —confesó llevándose el botellín de cerveza a los labios para dar un buen trago.

Mi hermana y su novio habían decidido hacer una pequeña barbacoa en casa para inaugurar el piso antes de casarse y habían invitado a todos sus amigos, solo que nadie solía ser puntual en esos casos salvo yo. Mi hermana rondaba por la cocina ultimando los detalles mientras Alberto y yo estábamos hablando fuera, bueno... hablaba más bien él porque yo tenía la cabeza en otra parte.

—Lo sé —admití cogiendo el botellín de cerveza que me había ofrecido nada más llegar para dar un trago—. Es que tengo bastante lío en la oficina y estoy algo distraído —mentí sabiendo que yo nunca mezclaba el trabajo con la familia salvo que fuera estrictamente necesario y no era el caso.

—Eso cuéntaselo a tu hermana, que tal vez se lo crea —contestó levantándose—, pero a mí no. Te conozco lo suficiente para saber que algo te está pasando, últimamente te veo aún menos que antes y ya es decir.

—He tenido bastantes reuniones en fines de semana —dije sin darle importancia.

No me apetecía hablar de Irina, de hecho me negaba a hacerlo por lo que aquello implicaba.

—¿Y la rubia que llevaste en el velero hace un par de fines de semana? —gimió Alberto y casi escupí el contenido de cerveza que tenía en la boca.

—¿Tú como coño sabes eso? —exclamé retándole con la mirada.

—Gestiono tus cuentas Alejandro, aunque no es por eso que lo sé —terció Alberto—, llamé a Carlos para hacerle el abono del amarre y me dijo que habías estado por allí muy bien acompañado.

«Maldito Carlos chismoso» gemí.

—Bueno sí —admití porque no podía negar lo evidente—. Me llevé a una chica a pasar el fin de semana en el velero, tampoco es para tanto...

—¿Qué no es para tanto? —exclamó—. Tú ni siquiera pasas la noche con la misma mujer y te llevas a una todo el fin de semana donde sabes que no tendrás escapatoria. Sí que debe ser un bellezón esa rub...

—¡Ni se te ocurra mencionárselo a Teresa! —grité.

—¿Por qué? —contestó encogiéndose de hombros—. Seguro que se alegraría más que tu, está tan obsesionada con que encuentres a alguien y seas feliz que yo creo que le haría más ilusión que la propia boda.

—Pues no será Irina —tercié.

—¿Irina?, ¿Se llama Irina? Ese nombre no parece muy español.

—Es rusa y no estoy saliendo con ella, solo tenemos un acuerdo beneficioso para ambos —admití sabiendo que no podría ocultarlo mucho más tiempo.

—¿Un acuerdo? —preguntó alzando una ceja extrañado.

—Digamos que solo tenemos sexo y ambos sacamos algo a cambio —confesé sin entrar en detalles.

—¿Tienes sexo con ella a cambio de dinero? —gritó.

—Cshh —siseé—. Baja la voz que te va a escuchar —tercié—. No, no le pago para que se acueste conmigo, pero casi.

—¿En qué estás metido Alejandro? —preguntó intrigado.

—Es una becaria de la empresa, digamos que le ofrecí un buen puesto de trabajo a cambio de que estuviera a mi disposición.

—¡Te has vuelto loco! —gritó—. ¿Sabes lo que pasará si te pillan?, ¿Te has parado a pensar en las consecuencias?

—No lo harán —negué a pesar de reconocer que yo mismo vivía con esa incertidumbre—. Ella tiene tanto o más que perder.

Yo era socio minoritario y en el peor de los casos únicamente me harían dimitir del puesto de dirección, pero mi parte de la empresa por pequeña que fuera, no podrían arrebatármela, en cambio ella perdería el empleo y toda ambición dentro de Komarov, algo que desde luego no creía que le interesara, eso sin contar que divulgando a la luz aquella relación, le interpondría una demanda en la que por mutuo acuerdo, tendría las de perder. No, desde luego que aquello no vería nunca la luz.

—Aún así... no me parece que sea muy ético lo que estás haciendo —insistió Alberto.

«Él y su moralidad, aunque si no fuera por eso, no le dejaría casarse con mi hermana»

—No lo haría si ella no hubiera estado de acuerdo en todo este asunto, pero lo estaba —admití.

—¿Estaba?, ¿Ya no estás con ella? —preguntó mirándome a los ojos como si buscara la verdad.

—No... hace unos días que rompí el acuerdo —aclaré evitando su mirada.

Y había sido la peor decisión de toda mi vida porque estaba completamente obcecado con Irina. La deseaba, la quería de vuelta cada noche en mi cama, anhelaba tocar de nuevo su piel sedosa y escuchar su voz gimiendo que la poseyera de nuevo.

—¡No me jodas! —le oí exclamar—. ¡Tú estás así por ella!, ¡Te has pillado de esa rusa! —gimió y por ilógico que pareciera estaba sonriendo.

—No me he pillado de nadie —dije apretando la mandíbula.

—¿No? —exclamó—. Reconoce que no la echas de menos, que te da igual poner a otra en el lugar que ella ocupaba hace unos días.

«Mierda» me dije a mí mismo.

La echaba de menos... desde luego que la echaba de menos y la había pifiado una tras otra... podría haberla tenido cuando la encontré en la discoteca esquivando a aquel tipo que intentó besarla, podría haber sido mía de nuevo esa noche, pero ella me desconcertaba, me hacía creer que era de una forma y luego sus reacciones me descolocaban. Quería que le pidiera disculpas, que le demostrara que había sido un imbécil por tratarla como a una simple puta y quizá tenía razón... pero lo que ella no entendía es que a mí me habían educado para que tratara así a todas las mujeres, incluso a mi propia hermana y me había costado años no verla de aquella forma.

Tenía que hacer lo que fuera por recuperarla, aún no tenía muy claro que haría, pero esperaba o más bien rogaba porque ella volviera de nuevo a mis brazos, que se entregara de nuevo a mí como en tantas ocasiones había hecho. Incluso estaba dispuesto a ser más benévolo, a ofrecerle lo que ella me pidiera... a pagar una fortuna si hacía falta solo porque regresara otra vez a mi vida.

Nunca había sentido lo que ella conseguía provocarme, jamás en todos mis años y con un número infinitamente elevado a mis espaldas de amantes que habían pasado por mi cama, he sentido algo remotamente similar a lo que ella conseguía cada vez que me deleitaba en su cuerpo. No, no quería reconocerlo hasta ahora, pero era evidente que Irina poseía algo que me hacía vibrar cada vez que me hundía dentro de ella y que probablemente se había adentrado tanto dentro de mí, que sería imposible sacarla.

—No lo sé —dije llevándome una mano al pelo para peinarlo hacia atrás de forma inconsciente—. No sé qué es lo que ella tiene, pero me vuelve loco.

—¡Pues vuelve con ella Alejandro! Si ella te hace de algún modo feliz, la debes tener en tu vida de la forma que sea.

¿Feliz?, ¿Ella me hacía feliz? Me pregunté ante la inquieta afirmación de

Alberto y pensé que de algún modo, con ella había sentido ira, rabia, celos... pero también me había reído, divertido, gozado y por primera vez me había olvidado del trabajo para centrarme únicamente en disfrutar de estar a su lado.

«Definitivamente sí. Irina Suarez me hacía de algún modo feliz»

No solo era sexo, había más en ella, mucho más que el simple hecho de follar y pasar de largo. Ella me colmaba, me apaciguaba de algún modo incomprensible y ahora que nada nos vinculaba, que no podía reclamarla, no sabía cómo reaccionaría, ni si volvería a aceptarme de nuevo en su vida.

Yo necesitaba tener el control, necesitaba esa seguridad de saber que solo estaría conmigo, que solo me pertenecía a mí y lo requería tanto como el aire que respiraba en aquel momento para vivir.

Escuché voces que se acercaban y sabía que aquella conversación con Alberto no había acabado, pero al menos sí lo haría por el momento.

—No quiero que Teresa se entere de nada, sabes que si lo hace no cesará en acribillarnos a preguntas a ambos y lo que menos deseo ahora es que se ilusione con algo que probablemente no llegue a ninguna parte —admití.

—Está bien —dijo antes de que se abriera la puerta—, pero a mí me mantendrás informado.

Tal vez me viniera bien tener un confidente después de todo, alguien a quien confesarle todo aquel remolino contradictorio que no dejaba de afectarme con respecto a Irina y quizá aclarara alguna de mis ideas o me pudiera ofrecer un punto de vista alternativo que yo no era capaz de ver.

Aún recordaba el fin de semana pasado en Londres donde la había tenido solo para mí encadenada a la cama en esa habitación de hotel, jamás creí que podría enloquecerme tanto como para hacerla viajar de madrugada tras aquella video llamada en la que lejos de saciar mi apetito, lo había aumentado con creces hasta el punto de decirle que cogiera el primer vuelo cuando estaba negocios.

¡Dios!, ¡Verdaderamente estaba pillado de esa mujer! Y más aún después de encontrarla desnuda esperándome en la habitación únicamente ataviada con

una de mis corbatas, si... estaba pillado o simplemente había perdido la cordura.

Sin duda Irina era diferente, era única y oírla gritar mi nombre cuando alcanzaba su orgasmo no fue solo excitante, sino estremecedoramente posesivo. La sentía mía de verdad aunque no fuera así y lo había jodido todo exigiéndole que acudiera a la cita después de decirme que tenía una urgencia familiar porque me moría de ganas por volver a tenerla. No supe ver más allá de mi absoluta primacía a la hora de compartirla, no tenía ni idea de cuál sería ese asunto familiar por el que se había excusado para no acudir a la cita, pero al principio me pareció una simple excusa teniendo en cuenta que su familia estaba en Rusia.

Por un momento pensé que vería a otro hombre, a algún amante que había tenido con anterioridad y la ceguedad de aquel hecho me hizo negarme en rotundo a que no asistiera. No pensé que fuera verdad por un simple instante, solo que estaba mintiendo, pero después de que no se presentara a la cita y cabrearme aún más por ello, la iluminación llegó a mi cerebro y maldije que no lo hubiera hecho con anterioridad. Irina tenía apellido español, no ruso y eso significaba que debía tener familia aquí en España también, por eso hablaba sumamente bien el idioma sin apenas acentuación.

Lo había jodido todo yo solo y era el único culpable de la situación en la que ahora me encontraba. No tenía ni idea de cómo le demostraría que era un capullo integral, yo no sabía de esas cosas, menos aún de citas o planes de conquista... pero de algún modo debía contentarla, de alguna manera tendría que conseguir que ella me aceptara y por nuestra última conversación sabía que fijando un precio, no lo conseguiría porque según ella misma; ya no estaba en venta.

TENSIÓN A FLOR DE PIEL

Era viernes y llevaba dos días sin ver a Alejandro porque al parecer estaba con unas reuniones muy importantes y no tenía tiempo para recibirme, pero sí me había hecho enviarle los informes por correo interno de la empresa, ¿Me estaría evitando?, ¿O serían ciertas esas “reuniones” que decía tener? Realmente no lo sabía, ni tan siquiera me había enviado un mensaje para confirmar la cita que supuestamente teníamos. Porque teníamos una cita, ¿no? Se me había ocurrido que tal vez me había enviado las entradas, pero que no implicaba tácitamente que él fuera a venir conmigo, sino que quizá podría invitar a otra persona, ¿Tendría que preguntárselo? Porque realmente no me había enviado una invitación, sino dos y ahora dudaba que él fuese a acudir a esa obra de teatro.

Revisé la nota que llevaba en el bolso junto a las entradas, no sabía porqué las había metido en el bolso, quizá para no dudar de que existían, releí la nota otra vez «Tu ganas, déjame demostrarte que soy un idiota», ¿Eso que podía significar junto a unas entradas?

Decidí salir de dudas, no aguantaba más la espera y desde luego no me iba a presentar sola a aquella obra de teatro, así que cogí el teléfono rebuscando en el bolso y comencé a teclear mientras desviaba la vista de los informes.

Irina:

Gracias por las invitaciones, aunque no te salven de ser idiota, ha sido un detalle ¿Puedo llevar a quien yo quiera?

Le di a enviar y comprobé que su respuesta no se hizo esperar.

Alejandro:

Son un regalo, puedes invitar a quien quieras, aunque me decepcionará no ser tu acompañante. Tenía ganas de ver esa obra.

¡Estúpido!, pensé... así que ganas de ver la obra, nada de disculparse o querer verme.

Irina:

¿Es eso un vago intento de que te invite a ti?

No pude evitar contestarle aquello, aquel hombre me tentaba hasta límites insospechados.

Alejandro:

Dado que eso dependerá de ti, diré en mi defensa que no. No es un intento de que me invites.

Irina:

Bien, porque no lo haré.

¿No deseaba que le invitase? Pues no lo haría... es más, ya encontraría a alguien que me acompañara y que él se fastidiase y si no, iría sola porque pasaba de quedarme encerrada en casa por su culpa.

Aquel viernes todos mis compañeros parecían tener planes, ¡Que fastidio! Ni tan siquiera fuimos a tomarnos algo al bar de enfrente como solíamos hacer cada viernes para despejarnos de la semana. Como llegué más temprano de lo normal y la comida de los viernes siempre solían ser los cuatro pinchos que picaba en el bar, decidí coger algo de camino a casa, así que pasé por un burger y pedí un menú infantil para llevar puesto que no tenía demasiada hambre. Además, añadí como extra una ensalada y con eso quedaba

satisfecha hasta la noche.

Para mi desgracia, solo había porquería en la televisión, novelas, programas de cotilleos y prensa rosa, menos mal que no era habitual volver directamente desde el trabajo los viernes o me pegaba un tiro si fuera siempre así. Al final opté por dejarlo en el canal de música, al menos vería los videoclips de los artistas mientras comía, echaba de menos a Nadia, definitivamente si no se hubiera marchado podría ir con ella a la dichosa función de teatro.

Para matar el tiempo hasta la noche, me fui al gimnasio, no había vuelto a ir desde el día que me había apuntado y todo porque aún no me había comprado un macuto donde meter las cosas, pero me había hecho con uno a la salida del trabajo y aproveché para comprar un par de mallas y sujetadores deportivos más para poder tener de repuesto mientras los lavaba.

Nunca me habían atraído los chicos super musculosos, aquel gimnasio parecía estar lleno de ellos, pero solo con verlos me imaginaba tanques de hormonas y vete tú a saber cuántas porquerías más que se inyectaban para tener aquellos voluminosos músculos. Prefería algo más realista, definido y con músculo, pero trabajado sin exagerar... exactamente como ¡Alejandro! Tuve que agarrarme a la cinta de correr para no caerme de ella cuando le vi aparecer. Pero ¿Qué narices hacía allí?

Mire hacia otro lado antes de que me viera y me centré en las pantallas de televisión que tenía enfrente.

—¿Es interesante? —Su voz llegó hasta mi provocando que mi piel se erizara.

¡Mierda! Me había visto.

Me giré hacia donde venía la voz y allí estaba él, sobre la cinta de correr de mi izquierda, dándole a los botoncitos, ¿Es que pensaba correr a mi lado?

—¿Como dices? —pregunté sintiéndome un poco estúpida.

—La novela —dijo señalando a la pantalla que tenía enfrente—. ¿Es interesante? —volvió a preguntar.

¿Y qué puñetas sabía si era o no interesante? Miré enfrente como si hubiera mirado hacia el suelo solo para no fijarme en él.

—Tiene su punto —dije por decir algo—. ¿Es que me estás siguiendo? —pregunté inquisitivamente y así cambiaba de tema.

—Vengo a este gimnasio desde hace cinco años, pero podría hacerte la misma pregunta a ti —contestó mientras comenzaba a correr..

—Es el más cercano a mi casa —respondí como si con aquello le hubiera dejado claro que no le seguía.

—Lo sé —respondió sin mirarme.

Estuve a punto de parar la cinta e irme, pero no, él no tenía porque tener ese poder sobre mí, así que evitando mirarle en todo momento, continué con el ritmo, ¡Porque mierdas me había tenido que olvidar los cascos en la taquilla!

—¿Ya tienes acompañante? —preguntó de pronto.

¿Qué le decía? Si respondía afirmativamente quizás sería capaz de ir solo por comprobar que no había mentido y si le decía que no, podría creer que no tenía a nadie con quien ir.

—No creo que eso deba importarte —dije pensando que era la mejor respuesta que podía encontrar.

—Tienes razón, no me importa —contestó mientras paraba su máquina y se colocaba la toalla al cuello—. Nos vemos —añadió antes de marcharse y dejarme confusa.

¿Por qué me sentía tan mal?

«No Irina», me repetí, «El cerdo, capullo y egoísta es él».

Después de una ducha más larga de lo normal para relajar los músculos en los vestuarios del gimnasio volví a casa, me enfundé en un vestido ajustado al pecho con bastante escote y algo suelto a partir del mismo de tirantes que resultaba bastante fresco, era largo hasta la rodilla y con mucho vuelo, de un divertido color verde agua marina. Me hice una coleta alta para poder ir cómoda y trencé el resto del cabello que caía para darle un toque más formal. Me maquillé ligeramente y me calcé unas sandalias altas de color oro rosa.

Cambié las cosas a un bolso de mano del mismo color que las sandalias y me marché de casa, la función era a las diez y el teatro quedaba bastante cerca, quería llegar temprano por si acaso. Cuando entré y me senté en el asiento aproveché para poner el teléfono en silencio, no tenía ningún mensaje, ninguna llamada y de hecho, dudaba que la fuese a tener, pero por si acaso le quité el sonido y lo volví a meter en el bolso dejándolo en el asiento de al lado, de todos modos nadie lo iba a ocupar, una pena la verdad. Centrándome en la programación de la obra un aroma masculino me embriagó, ¡Oh dios! Ese aroma era el mismo que usaba el dios griego.

—¿Me permites? —preguntó una voz demasiado masculina, de esas graves que hacen que te corras solo de escucharla, alcé la vista y allí estaba de nuevo, el seductor Alejandro, no vestía en chándal como le había visto hace unas horas, sino con un pantalón formal y camisa. Sin nada que objetar me levanté y él se sentó a mi lado mientras volví a sentarme en el asiento. Tenía tal desconcierto que era incapaz de hablar, pero ¿Qué narices?—. Compré tres entradas, por si decidías no invitarme a acompañarte —afirmó antes de que pudiera hacer cualquier pregunta—. Corrí el riesgo de que invitaras a otra persona, pero bien te ha fallado en el último momento o es que no lo hiciste, en cualquier caso me alegro de que hayas venido sola —añadió mientras colocaba su brazo en el reposabrazos del asiento rozándome la piel con aquel gesto.

—¿Preferías comprar tres entradas antes que invitarme? —pregunté alzando una ceja.

—Era la única forma para que vinieras sin rechazarme —contestó.

El muy capullo era inteligente, demasiado listo comenzaba a admitir.

—¿Y si hubiera decidido no venir? —exclamé.

—Sabía que vendrías —respondió demasiado seguro de sí mismo.

—¿Qué te hace pensarlo?

—El mero hecho de que te hayas apuntado a un gimnasio para intentar desfogar tu apetito sexual dice bastante al respecto. Sé que no te habrías

quedado sola en casa.

¡Valiente puñetas!, ¿Cómo demonios sabía ese hombre los motivos por los que me había apuntado al gimnasio?

—Bueno, tal vez me pareció una buena idea que me diera el aire —dije sin aparentar sentirme ofendida—. Y me apunté al gimnasio para ponerme en forma y hacer deporte —añadí.

—A mi me da igual tus razones Irina —susurró con aquel tono de voz grave y sexy que provocaba espasmos contraídos en mis nalgas—. Disfruto viendo tu trasero enfundado en esas ajustadas mallas.

«¡Ay madre! Contrólate... inspira, expira... otra vez, inspira... expira».

Ese hombre era sexo en el más puro sentido de la palabra y después de tantos días sin catarlo estaba que me subía por las paredes, ¡Porque no se me había ocurrido jugar un rato con mi amiguito del cajón de la mesilla de noche antes de venir a la función! Seguro que no estaría tan acalorada como ahora de ser así. Bueno, tampoco sabía que Alejandro se presentaría allí y con aquella fragancia masculina que olía a paraíso carnal.

«Céntrate Irina», me dije mientras desviaba la vista al escenario donde parecía haber movimiento y tal parecía que la función iba a comenzar.

No volvió a decirme nada, por el rabillo del ojo vi que parecía bastante concentrado en la obra así que me relajé para disfrutar de la función. Para mi asombro, Alejandro había elegido una obra teatral romántica, demasiado ñoña para él, pero pronto entendí porque la había elegido, las altas escenas cargadas de erotismo y sexo no tardaron en llegar, provocando que mis ganas de mirar hacia donde él estaba fueran cada vez más apremiantes. Sin querer o queriendo noté el roce de la camisa remangada de Alejandro en el brazo, después sus dedos chocar levemente con los míos y finalmente dejó su mano caer rozando con la punta de estos la pierna descubierta por el vestido.

Ese gesto hizo que dejara de respirar, estaba en tensión, no sabía si Alejandro me tocaría o no y el solo hecho de estar expectante me provocaba un ardor inconfundible.

—Admítelo —susurró de pronto.

¿Admitir? ¿Que había que admitir?, ¿Que estaba deseando que me tocara?, ¿Que me deshacía como la mantequilla cuando lo hacía?

—Estás tan caliente como yo —volvió a susurrar mientras sus dedos seguían rozándome la pierna.

Dejé escapar un leve, pero audaz gemido contenido y él aprovecho para girar su cabeza hacia mi devorándome los labios en un rápido movimiento.

—Aquí no —susurré mirando a mi alrededor, pero por suerte todo el mundo parecía demasiado atento a la función.

—Está bien, preciosa, pero esta vez cuando salgamos de aquí no te dejaré marchar —susurró con una promesa contenida en sus ojos.

¿Qué estaba haciendo?, ¿Qué puñetas estaba haciendo con ese hombre! Me iba a condenar y lo sabía... tal vez ya estaba condenada después de todo.

Cuando la función terminó y la gente comenzó a aplaudir, Alejandro se levantó, me cogió de la mano entrelazando sus dedos con los míos y estiró apremiándome a salir antes de que todo el mundo comenzara a hacerlo.

Sonreí conmigo misma porque cualquiera que le viera diría que había visto un fantasma solo por la premura con la que quería salir de allí y solo yo sabía cuáles eran las razones por las que lo hacía. Definitivamente no me había demostrado que no era un cerdo egoísta, probablemente en el fondo de mi ser sabía que jamás se disculparía como yo quería, porque Alejandro por muy a mi pesar que fuera, era así por naturaleza; así de egocéntrico, así de autoritario, así de estúpido, idiota, capullo y con todo eso, aún así lo deseaba más que a ningún hombre en el mundo, ¿Era eso ser masoquista?, ¿Ser una completa imbécil y sentirme como un juguete en sus manos?

Joder... si Alejandro no fuera tan bueno en la cama como lo era, le habría mandado a freír espárragos hace tiempo. El problema era que me enloquecía las neuronas hasta niveles extremos, provocando que mi juicio se fuera al traste y quedara a la altura de un chicle pegado al zapato.

—¿Vamos a tu casa? —preguntó una vez que estábamos fuera del teatro.

—Lo cierto es que tengo hambre —dije mordiéndome el labio.

¡Ah! Deseaba tirármelo más que nada en el mundo, pero primero le haría esperar para que sufriera...

—Podemos pedir algo a domicilio —contestó rodeándome la cintura con una mano y emprendiendo el camino hacia mi casa.

—Siempre pedimos comida a domicilio, nunca hemos cenado en un restaurante —dije ahora que lo pensaba.

—Porque yo no hago esas cosas, Irina, no salgo a cenar con mujeres, ni las llevo a ninguna parte que no sea a un hotel.

—Acabas de ir conmigo a una obra de teatro —respondí sacándole de su error.

—Por si no lo recuerdas, hemos coincidido, yo no te he traído, ni he venido contigo —alegó en tono serio.

—¿Por qué? —dije frenándome en seco.

—Soy así —respondió sin más, no dando lugar a preguntas que entendí de sobra que no respondería.

—Ya no hay ningún acuerdo Alejandro, ¿Qué pretendes de nosotros?, ¿Qué crees que pasara después de esta noche? —pregunté inquisitivamente.

—Que podremos establecer otra clase de acuerdo, uno en el que ambos salgamos beneficiados.

—¿Y si lo que yo quiero no es algo que estés dispuesto a darme? —exclamé.

—Puedes probar —afirmó—, ¿Tenemos que discutir esto en la calle? —preguntó mientras volvía a rodearme la cintura la cintura para que siguiera caminando.

—¿Te das cuenta de que todo tiene que ser como tú quieres? —exclamé deshaciéndome de su agarre y provocando que suspirase como si estuviera controlándose.

—¡Está bien! —gritó—. ¿Te parece bien un mexicano? —dijo señalando el restaurante que teníamos justo al lado y supuse que la opción de Alejandro

era no perder el tiempo buscando donde cenar.

—Si —contesté para no discutir y dado que las puertas estaban abiertas, me adentré imaginando que él lo haría justo después.

—Mesa para dos —anunció Alejandro cuando la chica de recepción nos dio la bienvenida.

Pedimos las bebidas y algunos entrantes para picar, aparte de un plato para cada uno.

—¿Que te hemos hecho para que hayas decidido tratar así al género femenino Alejandro? —pregunté una vez que habíamos pedido de la carta los platos y la camarera se fue con el pedido.

—No me han hecho nada —contestó de forma evasiva, pero su tono indicaba claramente que sí le habían hecho algo.

Me imaginé a una morena de ojos verdes, con una silueta de perfectas curvas engañando a Alejandro o aprovechándose de él, realmente no sabía muy bien qué tipo de dolor habría sufrido, pero desde luego su actitud no era solo por tener ese carácter agrio y serio que podrían tener muchas personas en numerosas ocasiones, sino que había un trasfondo, algo oculto en su pasado... y acabaría averiguando de qué se trataba tarde o temprano.

«Para, para, para, ¿Te estás escuchando?» Me reproché a mí misma. «¿Desde cuándo te importa lo que le hayan hecho?, ¿Es que acaso te has enamorado de él?»

Le observé detenidamente, con aquella tenue luz del restaurante en el que nos encontrábamos lleno de coloridos típicos del país y me pregunté como ese dios griego, con aquel cuerpo, esos ojos azules y desde luego esos embriagadores labios que tanto deseaba besar había conseguido filtrarse de aquella forma bajo mi piel, había logrado hacerme enloquecer y desde luego suspirar, llorar y sentirme por primera vez realmente deseada.

Si, si no lo estaba poco me faltaba para estar completamente enamorada.

SIN LÍMITES Y SIN CONTROL

—Está bien —respondí rodando los ojos y fijándolos en alguna parte que no fuese él, si no me quería decir lo que le había hecho alguna odiosa mujer era cosa suya, no podía insistir en el tema —. Cuéntame algo de ti —dije ante su silencio repentino sin llegar a mirarle.

—No hay mucho que contar —afirmó—. Además te dije en su día que nada de cosas personales —añadió recordando aquellas absurdas normas.

—Pero eso era cuando teníamos un acuerdo, ahora no lo tenemos —dije sonriente.

Alejandro suspiró, sinceramente no entendía porque aguantaba aquello si era evidente que no estaba conforme, como si no se sintiera a gusto con la situación, ¿Entonces por qué lo hacía?, ¿Por qué había entrado?, ¿Por qué seguía allí?

—Tú pregunta y veré si respondo —dijo cruzándose de brazos.

Aquello era mejor que nada...

—¿Tienes hermanos? —pregunté siendo lo primero que se me ocurrió.

—Sí, una hermana pequeña, bueno... más pequeña que yo quiero decir —rectificó en el último momento.

—¿Os lleváis muchos años? —dije ahora curiosa.

—Seis años —contestó secamente y supe que no era tan joven, de hecho sería mayor que yo, unos cuantos de hecho. Si aún la consideraba pequeña significaba que era demasiado protector con su hermana, quizás lo fuera con todas las mujeres de su familia

—¿Y te llevas bien con tu familia? —pregunté teniendo en cuenta que siempre estaba trabajando, no sabía cuando veía a su propia familia, ni de donde sacaría tiempo para ellos.

—Teresa es mi única familia —aclaró dando un trago a la cerveza que la

camarera acababa de traernos.

—¿Teresa es tu hermana? —pregunté para que no hubiera dudas.

—Sí —afirmó y noté que no le apetecía hablar de su familia. Si solo la tenía a ella como familiar suponía que o bien todos habían muerto o simplemente no se hablaba con ellos, fuera como fuese decidí cambiar de tema.

—¿Qué hacías el otro día en la discoteca? —pregunté dando un sorbo a mi bebida.

—Lo mismo que tu, imagino —contestó mirándome fijamente.

—¿Sueles salir por Madrid de fiesta? —insistí.

—¿Cuando van a terminar tus preguntas? —exclamó de pronto.

—Si quieres nos quedamos en silencio el resto de la noche —respondí mordaz.

—Sí, suelo salir por Madrid de fiesta —aclaró—. ¿Y tu Irina? —preguntó aprovechando que no le contesté enseguida.

—¿Si salgo por Madrid? —exclamé—. Lo cierto es que no mucho, salí porque vino a visitarme una amiga de mi país, pero era la primera vez que salía por la ciudad. Desde que vine a vivir aquí alguien me tuvo demasiado ocupada como para tener tiempo de poder salir —respondí atrevida.

—¿Y te gustaba el entretenimiento con esa persona? —preguntó acercándose a la mesa y noté diferencia en su voz que indicaba el grado de implicación en algo que sí era de su incumbencia, era como si volviera a estar cómodo de nuevo y no tan tirante como hacía escasos minutos. Todo se debía a que aquel tema de conversación no era de índole personal y ahí deduje que Alejandro no solo estaba incómodo hablando de él, sino que más bien parecía que quería ocultar su vida privada.

—Quizás —respondí mordiéndome el labio.

—¿Solo quizás? Yo diría que disfrutaste con ese entretenimiento.

—Bueno... ahora puedo buscar otros —respondí atreviéndome a mirarle a los ojos.

—No me mires así, Irina. —Su voz sonaba grave.

—¿Por qué? —pregunté inocente.

—Porque te juro que te follaré sobre esta mesa si lo haces —respondió con aquel tono grave y ronco.

—¿Ah sí? —exclamé provocadoramente.

En ese momento comenzaron a traer los entrantes y al ver la comida me lancé literalmente a devorarla como si llevara años sin probar bocado.

—Eres la primera mujer que conozco que disfruta tanto comiendo —comentó expectante.

—Es uno de los mayores placeres de la vida —respondí dando un mordisco y llenándome toda la boca con la quesadilla.

Si mi madre me viera en aquel momento me ganaría una terrible reprimenda por no comportarme como una señorita, pero en aquel momento me daba igual.

—Juro que si esta noche no te hago mía, te violaré... no lo soporto más.

Escuché aquella confesión y alcé los ojos para ver esa mirada intensa que hizo que me costara tragar el enorme bocado que había dado a la comida. ¿Violarme? Como si eso pudiera ser posible cuando mi ropa interior era testigo de lo mojada que ya estaba ante su presencia

—¿Por qué rompiste el acuerdo, Alejandro? —pregunté.

Si tanto me deseaba como aparentemente hacía, ¿Por qué romper un acuerdo que le garantizaba tenerme cuando quisiera?

—No me gusta no tener el control Irina, por si aún no te has dado cuenta —me confesó y supe que había sido completamente sincero.

—Pues ahora no lo tienes —aseguré.

—Y me está costando infinitamente aceptarlo —respondió dando otro sorbo.

—Está bien —tercié dando otro bocado a la comida.

—¿Qué está bien? —preguntó confuso.

—Luego te lo diré, primero déjame comer —respondí traviesa.

Cuando la camarera vino a ofrecernos el postre lo rechacé, tenía otra idea en mente, así que me acerqué hasta Alejandro para que me escuchara puesto que lo que iba a decir, lo haría en voz baja.

—Te espero en mi casa, pero debes traer algo... —susurré.

—¿Qué? —preguntó con esa voz que tanto me hacía humedecerme y me removía el instinto más salvaje que había en mi. Me moría de ganas por volver a tener una noche de pasión con Alejandro y aquella sería inolvidable

—Quiero tanques de helado —dije mientras me levantaba.

—¿De dónde quieres que saque helado a estas horas? —exclamó sonriente.

—Ese es tu problema, pero si no hay helado, no te dejaré entrar... —dije dejándole allí sentado observando como me marchaba de aquel lugar y comencé a mover las caderas sabiendo que no me perdería de vista hasta que atravesara las puertas del local.

—¡No tardaré! —gritó antes de que saliera por la puerta.

Desde luego no esperaba que tardara, era capaz de atracar un supermercado cerrado con tal de conseguirlo o al menos eso creía dado el interés que parecía tener.

Decidida, llegué a casa y me desnudé completamente, me di la ducha más fugaz de mi vida, a pesar de haberme duchado antes de salir necesitaba sentirme limpia y me coloqué un culote negro a juego de un sujetador de encaje. Cuando estaba indecisa por soltarme o no la larga cola trenzada que me había hecho antes de salir, el timbre sonó.

«No es posible» pensé mientras me dirigía hacia la puerta de puntillas y escuché el sonido de los golpes aporreando la madera. Miré por la mirilla y en efecto, allí estaba él, mi dios griego y el objeto de mis más fieles deseos.

Abrí la puerta y le vi cargado con dos bolsas enormes de lo que parecían ser botes del famoso helado hugeen-duzz.

En una zancada entró en el apartamento y me rodeó con las bolsas en las manos por la cintura provocando que el frío del helado rozara en mis piernas y

di un gritito al sentirlo, pero me acallaron sus labios con fiereza.

Escuché que la puerta se cerraba, seguramente Alejandro le habría dado una patada para hacerlo.

—Creo que no me va a entrar tanto helado en la nevera —dije divertida.

—Dijiste tanques de helado, ¿Qué esperabas? No sabía que sabor querías, así que los traje todos —contestó mientras los dejaba sobre la encimera de la cocina.

—No pensé que podrías encontrar tanto a estas horas.

—Les pondré un monumento a los supermercados que abren veinticuatro horas —dijo alzándome para sentarme sobre la encimera y volvía a deleitarme de nuevo con sus labios adentrándose con su lengua y devorando cada recóndito lugar de mi boca mientras me acercaba a él para frotarme con su más que evidenciada erección.

Coloqué los talones de mis pies desnudos en sus nalgas para acercarlo aún más a mi y eso no solo provocó un gemido proferente de la garganta de aquel dios griego al presionar su entrepierna entre mis muslos, sino que sentí como me mordía suavemente el labio en señal de anhelo.

—Tengo que guardar el helado —gemí separándome de sus labios.

—Me importan un comino los helados —terció mientras se desabotonaba el pantalón y se bajaba la cremallera sin dejar de besarme el cuello, ascendiendo de nuevo hasta mi oreja—. Llevo deseando esto demasiado tiempo, no me van a detener esos malditos de ahí —dijo refiriéndose a los helados como si tuvieran vida propia.

Mordí su hombro por respuesta para ver si así lograba detenerle, pero solo provoqué que Alejandro me alzara para posicionarme justo donde él quería.

No deseaba detenerlo, yo también anhelaba aquello ¡Joder si lo quería! Le rodeé con las manos el cuello, enredándolas en su cabello, eso hizo que Alejandro dejara de besarme por el cuello para mirarme directamente a los ojos.

El silencio impregnaba en la estancia, nos mirábamos con deseo, con ansia, con pasión y lo que interpreté como algo más que no supe definir exactamente, pero era un sentimiento más profundo.

—Ven aquí —dijo atrayéndome más aún hacia él.

Después de tantos días sin su contacto, sin su piel... estaba más que preparada para recibirle de nuevo.

Me acercó a él y de un solo movimiento, Alejandro apartó el culote negro haciéndose hueco, junto su frente con la mía, sin dejar de mirarme en ningún momento y se hundió profundamente de una sola estocada provocando que me faltase el aliento conteniendo la respiración y suspirase posteriormente de placer.

Las manos de Alejandro se aferraron a mis nalgas, alzándome hasta el borde de la encimera mientras él se movía provocando con sus embestidas el deleite de ambos. Sabía de sobra que aquello que me provocaba mi dios griego era único, diferente a cuanto había probado y que desde luego comenzaba a estar segura de que jamás encontraría en otro hombre.

—Vamos preciosa. —Me apremió mientras comenzaba un ritmo más fuerte y esto hizo que apoyara las palmas de las manos en la encimera y los pies en la encimera de la isla que había justo enfrente de donde nos encontrábamos. Gracias a mis largas piernas podía abarcar aquel pasillito que había en la cocina y con la elasticidad que poseía comencé a mover las caderas encontrándome con Alejandro a medio camino. Aquello pareció volverle loco porque en sus ojos se vislumbraba el frenesí. Sus embestidas comenzaron a ser cada vez más fuertes, más profundas hasta que lo vi venir... aquel clímax comenzó a embriagarme hasta que estallé y grité arqueando la cabeza hacia atrás, degustando y saboreando aquel extasiado orgasmo.

Por suerte para mi, Alejandro me tenía bien sujeta cuando mis piernas comenzaron a flaquear por el bajón de adrenalina tras alcanzar el clímax y me dejó de nuevo sentada sobre la encimera mientras me daba suaves y dulces besos por el cuello ascendiendo lentamente hasta llegar a mis labios.

—Eres preciosa —susurró después de darme un dulce beso que hizo que me diera un vuelco el corazón.

Lo había dicho de una forma diferente. Aquel apelativo de preciosa no sonó indiferente o con falta de propiedad como solía hacerlo siempre que lo mencionaba, sino que parecía haberlo dicho sintiéndolo de verdad.

—Gracias —respondí dejando entrever mi sonrisa. Una más que evidente sonrisa de satisfacción por aquella pequeña muestra de cariño de su parte.

Comencé a guardar el helado en la nevera cuando Alejandro me permitió hacerlo, puesto que no me había dejado desprenderme de él fácilmente y eso me hacía sentirme extasiada de un sentimiento halagador. No solo parecía desearme para un polvo inmediato, me había demostrado con aquel gesto que me había echado de menos por si aún no me había quedado claro. Mientras intentaba jugar al tetris para meter todas los botes en el congelador como podía, puesto que no era muy grande que digamos, Alejandro parecía querer incordiarne y me rodeó con los brazos la cintura mientras jugaba con el pelo y parecía aspirar el aroma de mi piel en la nuca haciéndome cosquillas con la nariz.

—¿Qué haces? —pregunté entre risas.

—Es que me encanta como hueles —confesó dándome un pequeño mordisco—. Me dan ganas de comerte. .

Cerré los ojos ante su contacto, ¿Es que no podía ser siempre así de dulce? Así de halagador, de romántico... Si no tuviera ese carácter tan agrio y temperamental que tenía la mayor parte del tiempo sería alguien fascinante.

—Pero si no llevo perfume —jadeé.

—Lo sé, huelo tu propia esencia. —Su voz sonaba animal, como si estuviera estudiando a su presa.

—¿A qué huelo? —pregunté curiosa.

—Tu olor es dulce y a la vez exótico —contestó con voz ida—. Hueles a lujuria, a deseo, a sexo cada vez que te poseo y a mí, cosa que me encanta.

—¡Ah! —exclamé sin poder dar una respuesta que fuera coherente al

notar sus dientes en mi piel y sus manos recorriendo mi cintura acercándose hacia él—. ¿Quieres helado? —pregunté para cortar el silencio que nos había envuelto a ambos.

—Solo si lo tomo de tu cuerpo. —Se apresuró a contestar.

—Eso será divertido —dije sonriente mientras cogía las dos tarrinas de helado que no tenían sitio en el congelador y un par de cucharas.

—No será divertido, será excitante —contestó con su voz grave cuando estaba cargada de ardiente deseo contenido.

Aún no entendía como ese hombre podía estar listo para la faena tan rápido cuando acabábamos de hacerlo hacía unos instantes, desde luego era todo un dios griego en el sentido estricto de la palabra.

—¿Caramelo con cookies o Vainilla con nueces de madacadamia? —pregunté al tiempo que leía el contenido de los botes de helado.

—El que tú quieras —dijo siguiéndome hasta el sofá donde ambos nos acomodamos.

Alejandro se deshizo de su camisa dejándola en una silla y se quedó solo en sus típicos boxer que se había vuelto a poner y que en lugar de ser blancos como casi siempre eran de color negro en esta ocasión. Le observé en todo su esplendor, desde luego jamás me cansaría de hacerlo, tenía un físico de revista, ¿Tal vez habría sido modelo? Sin duda con su cara y cuerpo podría hacerlo.

Me sentó a su lado y cuando metí la cuchara en el bote que había de vainilla en primer lugar, Alejandro me alzó por la cintura para que me sentara a horcajadas sobre él.

Saboreé la primera cucharada del helado, ¡Oh, sabía a gloria! y escuché la risa procedente de Alejandro.

—¿De qué te ríes? —dije abriendo los ojos.

—Parecía que acababas de tener un orgasmo —contestó mirándome con los ojos oscurecidos.

—Tal vez lo he tenido... —susurré.

Noté los dedos de Alejandro en la espalda y como desabrochaban el sujetador, le ayudé a desprenderse de la prenda dejando mis pechos libres frente a él. Descaradamente me observó, recreándose con la vista y un gesto pícaro en su mirada me hizo saber que iba a cometer una travesura.

Alejandro metió uno de sus dedos en el helado, que para mi bendita suerte estaba más cremoso de lo normal por el tiempo que había estado fuera del congelador y observé como depositaba el contenido de su dedo en mi pecho, justo encima del pezón derecho haciendo que me estremeciera con su frío contacto. Cuando lo hizo me dio su dedo para que chupara el resto del contenido y lo hice encantada mientras el helado comenzaba a bajar lentamente por mi piel.

«¡Dios bendiga al que inventó el helado!» pensé en ese instante.

Cuando se acercó hasta mi para lamer descaradamente el helado que se derretía bajando por mi piel, me contraje al diferenciar el frío del helado con su candente lengua. En mi vida había comido el helado de aquella forma y ahora deseaba probarlo también en él.

Hice el mismo gesto que había hecho él conmigo, hundiendo el dedo índice en aquel bote de helado y depositándolo en su esternón, justo en el centro de su pecho, incluso me atreví a darle también el dedo para que lo lamiera y él lo introdujo en su boca mientras me devoraba con la mirada, eso solo provocó que mi ímpetu de hacer aquello creciera. Me acercó a él provocativamente y lamí el helado de su cuerpo, saborearlo de aquella forma era mucho más placentero sin duda alguna.

—Delicioso —dije sonriente cuando no dejé ni una gota en su cuerpo y le miré a los ojos.

—Por suerte para mi, tenemos mucho helado que gastar —dijo con una leve sonrisa mientras volvía a meter su dedo en el bote y repetir la operación.

En un determinado momento el helado pasó a segundo plano cuando estaba demasiado extasiada como para seguir y devoré los labios de Alejandro deseosa de probarlos de nuevo, de deleitarme con su lengua y

provocarle su más fiel instinto animal de nuevo. Notaba su entrepierna clavándose a través de los bóxer en mis nalgas, tan dura y firme que desde luego necesitaba imperiosamente sentirme llena de nuevo por ella.

Me levanté para deshacerme al fin del culote y vi como él aprovechó para eliminar la única prenda con la que vestía su cuerpo, quedando ambos completamente desnudos y libres para proseguir con la ardiente pasión que nos consumía.

Volví a situarme a horcajadas sobre él mientras Alejandro fue de nuevo hasta mi boca para apresar mis labios y respondí con necesidad, como si de estos emanara la fuente de la vida, intentando transmitir con voracidad cuánto le necesitaba. Baje poco a poco las caderas, mientras él se adentraba, deleitándome en cada momento, no apresurando el momento... teníamos toda la noche para nosotros y pensaba disfrutarla cada segundo.

Las manos de Alejandro me guiaban, bailaba sobre él como si de una danza se tratara mientras le observaba. Nos mirábamos por primera vez en mucho tiempo y nos besábamos porque parecía que ninguno deseaba abandonar la boca del otro

Los jadeos de Alejandro no tardaron en llegar y le acompañé con los míos. La sensación era fascinante sintiéndome en la octava maravilla. Aceleré el ritmo ayudada por su movimiento y comencé a sentir como se avecinaba aquel magnifico placer, cuando estaba a punto de sentir como me abrasaba y embriagaba aquel orgasmo, escuché su voz.

—Eres mía —jadeó.

—¿Solo tuya? —pregunte a punto de correrme.

—Sí —afirmó—. Te quiero solo para mí.

No supe si fue por la afirmación, por la voz autoritaria o por el simple hecho de que de alguna forma Alejandro me quisiera, pero tuve el mayor orgasmo que había tenido en toda mi vida y eso que mi dios griego me había dado muchos y muy buenos.

UN DIOS GRIEGO MUY DULCE

—Creo que deberíamos ducharnos —mencionó Alejandro cuando nos incorporábamos del sofá y él me seguía.

Estábamos pegajosos y además, las duchas con el dios griego nunca eran aburridas, aunque en aquella ocasión, nos limitamos a enjabonarnos, o más bien a dejar que él me enjabonara. No buscó ningún contacto más allá que el de limpiar bien mi cuerpo y para mi sorpresa, cuando intenté hacerlo con él, se dejó. Así que aproveché para untar mis manos en jabón y frotar su duro pecho, le hice girarse para aprovecharme de tocar sus firmes nalgas en todo su esplendor.

—Te estás aprovechando, ¿no? —exclamó mientras se giraba.

—Totalmente —dije con una sonrisa mientras él se acercaba peligrosamente y me alzaba para apoyarme contra la pared.

Mi ducha era algo estrecha en comparación con otras en las que habíamos estado juntos, pero aquella estrechez nos proporcionaba una mayor cercanía.

Alejandro me besó vorazmente al principio y después fue lentamente convirtiendo aquel beso en algo dulce, deleitándome con su boca de nuevo.

Cuando me dejó de besar y me soltó de nuevo en el suelo, terminamos de aclararnos. Alejandro fue el primero en salir, cogiendo la primera toalla que encontró a mano para secarse y yo utilicé la que usaba habitualmente envolviéndome en ella.

—¿Tienes que marcharte? —pregunté con nerviosismo.

Sabía que Alejandro no era de los que se quedaría, en realidad pocas eran las veces que habíamos dormido juntos, aunque en nuestro último encuentro en Londres sí lo hiciéramos.

—Lo cierto es que no —susurró mirándome fijamente.

—¿Entonces te vas a quedar a pasar la noche? —pregunté.

No quería que mi tono de voz pareciera esperanzador, pero deseaba que no se marchara, si se quedaba significaba que quería algo más que solo sexo.

—Nada me gustaría más —dijo consiguiendo derretirme con aquellas palabras—. Aún no he tenido suficiente de ti.

—¿Estás esperando que te invite? —dije mordiéndome el labio.

—Soy consciente de que no tengo ningún derecho sobre ti y hasta que le ponga remedio a eso, sé que eres libre para echarme si quieres, al igual que para rechazarme.

—Me alegra que seas consciente de eso, aunque diré que yo tampoco he tenido suficiente de ti —respondí para confirmar que deseaba que se quedara a pasar la noche.

Para mi sorpresa, no solo se quedó a pasar la noche sino que el sábado pasamos el día juntos en casa, aunque la mañana estuvimos durmiendo recuperando las horas de sueño que no habíamos dormido durante la noche. Pedimos comida a domicilio y escogimos una película que ver, aunque elegir peli con Alejandro fue toda una odisea porque a él le gustaban las películas profundas sin ningún tipo de romance y al final optamos por ver una de terror, pero para mi desgracia me pasé la mayor parte del tiempo encogida y apartando la mirada hacia el pecho desnudo de Alejandro.

Cuando llegó la noche del sábado Alejandro no mencionó en ningún momento la idea marcharse, yo tampoco se lo propuse, había algo en el comportamiento de él distinto. Reconocía que aún no se abría para romper esa barrera impenetrable y que su carácter autoritario seguía estando ahí, pero desde luego estaba descubriendo una nueva faceta de él, una que me gustaba demasiado.

Después de una ducha en conjunto, Alejandro me envolvió minuciosamente en mi toalla, me secó sin decirme ni tan siquiera una palabra, después me cogió en brazos y me llevó hasta la cama donde me dejó delicadamente sobre el colchón mientras se apoyaba sobre mí para besarme dulcemente.

Sus besos comenzaron a repartirse por todo mi cuerpo no dejando ni un mísero hueco que cubrir. Extasiada me concentraba en cada una de las sensaciones que sentía con el roce de sus labios.

Alejandro fue tan delicado en cada uno de sus movimientos, tan suave en cada uno de sus besos y tan sumamente tierno con cada uno de sus roces que no pude evitar que unas pequeñas lágrimas de extasiada felicidad me invadieran.

—Cssh —siseó mientras me acariciaba el rostro delicadamente.

Sonreí para demostrarle que no pasaba nada, que estaba bien.

—Esta noche, quiero hacerte el amor —susurró al mismo tiempo que notaba como se adentraba suavemente, deslizándose en mi interior y llenándome por completo como solamente él podía hacer y cumpliendo su palabra... esa noche no fue solo sexo, esa noche fue amor.

Alejandro se marchó aquella mañana de domingo y me sentí extrañamente vacía y nostálgica por su ausencia después de aquel día y medio en los que no nos habíamos separado ni un minuto.

Conforme pasaban las horas comprendí que estaba segura de dos cosas. La primera era que Alejandro no era quien realmente aparentaba ser y que su apariencia era pura fachada y la segunda es que estaba perdidamente e irremediabilmente enamorada de él.

Ante aquella confesión me encontraba al mismo tiempo asustada, pero por otra parte infinitamente feliz de saber lo que era el amor por primera vez.

Pasé el día vagueando porque realmente no me apetecía salir ni hacer nada que no fuera estar en el sofá con el culo aplastado después de aquel día y medio intenso con mi dios griego. Decidí cocinar un poco para dejar de lado tanta comida basura o rápida de los últimos días y me preparé un buen plato de pasta y ensalada.

Lo cierto era que estaba hambrienta, imaginaba que por tanto sexo salvaje que habían tenido en las últimas horas; es lo que tiene la acumulación por no verse en tantos días, al final acaba explotando por alguna parte.

Recibí una llamada de Nadia y mientras cocinaba le fui relatando el último encuentro con Alejandro sin entrar en muchos detalles.

—¡Ay no! —gritó al otro lado del teléfono— ¡Tu te has pillado, pero a base de bien por ese tío!, ¡Te has enamorado de él!

—¿Pero qué dices? —exclamé intentando fingir para no contarle la verdad sin llegar a negarlo.

—Irina —me reprendió mi amiga como si fuera mi madre.

—¡Esta bien! —Afirmé mientras alzaba la paleta con la que removía la salsa de la pasta—. Puede que si lo haya hecho —confirmé.

—Ten cuidado, Irina. Los tíos como él no se enamoran.

«Ni que ella conociera a los tíos como él» pensé, pero en el fondo tenía razón, sabía que la tenía y solo esperaba que se equivocara.

Conforme fue pasando el tiempo cada vez miraba más frecuentemente el teléfono, ¿Porque no me llamaba?, ¿Por qué no me enviaba ni un triste mensaje? Me moría por hacerlo yo misma, pero me reprimía al mismo tiempo por no parecer desesperada..

Decidí acostarme pronto, no iba a mirar más el móvil o entraría en depresión, después de todo ¿Por qué iba él a enviarme un mensaje? No habíamos acordado nada a fin de cuentas, ¿O es que “te voy a hacer el amor” y no “te voy a follar” era una declaración de amor? No, desde luego no lo era.

Cerré los ojos e intenté dormir, aunque mis pensamientos fueron de nuevo a él, ¿Desde cuándo Alejandro se había vuelto el centro de mi vida?, ¡Yo me fui allí por trabajo!, ¡Para demostrar de lo que era capaz!

—Céntrate Irina —dije en voz alta intentando dejar de pensar en él por más inútil que fuera.

Empecé a contar ovejitas como me decía mi madre de pequeña, ¿En serio que eso le funcionaba a alguien? Porque a mi nunca... y mira que lo había intentado veces. Cuando miré el reloj por última vez eran las dos de la mañana y después, en algún momento de la noche conseguí dormirme pensando en todo el trabajo que tendría que hacer al día siguiente, aunque mis sueños no los

podiera controlar y sabía que acabaría soñando con mi dios griego.

El despertador del móvil sonó y le di un golpe para apagarlo provocando que se diera estampara contra la pared y acabara en el suelo.

¡Joder que sueño!, ¡No podía ser ya la hora de levantarse! Me estiré para coger el teléfono del suelo arrastrándome por el colchón con medio cuerpo casi en el suelo gateando con las manos hasta que lo alcancé y cuando le di al botón para que se iluminara no lo hizo.

—¡Que mierda! —grité al comprobar que no funcionaba.

Era un móvil de esos modernos que no se le puede sacar la batería, ¡Un fastidio! Probé a mantener el botón de encendido pulsado, pero nada... lo puse a cargar y tampoco iba ¡Había muerto!, ¡Me había quedado sin teléfono!

—¡Genial!, ¡Una buena forma de comenzar el lunes! —grité mientras me levantaba de mal humor porque ahora ni siquiera sabría qué hora era. Si, era una de esas tantas miles de personas que no usaban reloj porque, ¿Para qué? si ya tenía el teléfono que me la decía a cada momento.

Me duché a la velocidad de la luz y me puse un vestido fresco, pero de color sobrio, algo ajustado y ceñido al pecho con tacones bajos. Me maquillé un poco y me atusé el pelo para darle volumen. Salí de casa cogiendo el bolso e inexplicablemente cogí también el móvil, tal vez algún alma caritativa de la oficina —dícese Jaime el informático—, pudiera salvar la vida de mi agonizante teléfono

Hasta que no llegué a mi mesa y encendí el ordenador no supe la hora que era, empezaba a sentir esa falta que suponía tener un teléfono, era como sentirse desprotegido e incomunicado al mismo tiempo y eso que no tenía muchos contactos con aquel número español.

—Que madrugadora —me dijo Jaime al verme cuando entró.

Si, había sido la primera en llegar pero claro... con la idea de que llegaría demasiado tarde pese al horario flexible de entrada en su lugar había llegado más temprano de lo normal.

—Tenía muchas cosas que hacer —mentí—. Oye Jaime, ¿Me puedes

echar una mano?

—O dos —afirmó atento y sonriente provocando que también me riera.

—Mi teléfono no funciona, ¿Podrías saber si le ocurre algo? —pregunté ofreciéndoselo.

—Lo miro en un momento —dijo mientras lo cogía y se dirigía a su sala de operaciones como definía así a su despacho.

La mañana pasó volando, al final iba a ser bueno eso de no tener teléfono porque de lo contrario estaba segura de que lo miraría cada tres minutos para ver si había algún mensaje de Alejandro.

A primera hora de la tarde me avisaron de que tenía una llamada de la dirección en el gabinete donde estábamos, mi reacción fue confusa puesto que las cosas marchaban bien como para recibir una llamada desde arriba. Me dieron el teléfono inalámbrico y me cerraron la puerta.

—¿Si? —dije cogiendo el teléfono.

—¿Se puede saber porque no me contestas a los mensajes? —exclamó la inconfundible voz de Alejandro.

Era aquella voz autoritaria de nuevo, exigente y como no... tan llena de matices sensuales que con solo escucharla hacía que mis bragas se mojaran de nuevo.

—¿Se me ha roto el móvil? —respondí en un tono de pregunta irónica.

—¿Cómo que se te ha roto el teléfono? —preguntó inquisitivo.

Suspiré ¿Es que acaso un teléfono no podía romperse?, ¿Era a prueba de golpes?

—Se me ha caído esta mañana y se lo he dado a Jaime para ver si consigue arreglarlo.

—¡Estás loca! —Gritó al otro lado del teléfono hasta tal punto que lo tuve que apartar de la oreja—. ¡Si lee los mensajes lo nuestro será público!, ¡Recupera ese teléfono inmediatamente y por tu bien espero que no haya descubierto nada o tu cargarás con las consecuencias! —advirtió con voz altiva antes de colgar.

Mis ojos estaban empañados en lágrimas por la reprimenda. Vale, podía asumir mi error, pero ¡Qué demonios!, ¡En lo que menos pensé fue en eso! Además, ¿Tan grave era hacer público que teníamos algo?, ¿Tanta vergüenza ajena le provocaba?

Fui hasta la sala de ordenadores de Jaime y le vi bastante ocupado, concentrado en algo que había en la pantalla.

—¿Estás muy ocupado? —le pregunté sacándolo de su concentración.

—Para ti no —contestó sonriente—. ¡Ah toma! —me dijo ofreciéndome de nuevo mi teléfono—. Tienes que enviarlo a fábrica, el sistema de seguridad que le han implantado no me permite acceder a él para recuperarte los datos y le falla la placa.

—Entonces ¿No tiene arreglo? —pregunté.

No sabía si estar contenta por una parte o triste de seguir incomunicada por otra, aunque me inclinaba más por la segunda opción, así Alejandro no podría localizarme.

—Si lo envías a fábrica si, te arreglaran la placa y listo, yo intenté sacar tus datos para ponerlos en otro dispositivo, pero está muy bien cifrado y me ha resultado imposible, veo que eres de las que protege bien sus datos, quizá se lo deberías llevar al que te lo hizo si necesitas recuperar algo.

—Gracias, lo haré —respondí para no añadir nada más volviendo a mi despacho.

—Irina, han avisado de que acudas al despacho de dirección a última hora para entregar el informe —me comunicó Amaya entrando en mi despacho.

Sabía perfectamente quien había sido, ¿Ahora no me lo pedía directamente?, ¿Mandaba a otros que lo hicieran por él?

—Gracias Amaya —respondí con una sonrisa y volví a fijar la vista en la pantalla.

Apenas quedaba nadie a última hora de la tarde. Además había muchos empleados que estaban fuera por vacaciones y se notaban las ausencias.

Me paseé por el silencioso pasillo hasta llegar a la oficina de Alejandro

y llamé a la puerta. A esas horas nunca estaba su secretaria y sin embargo el seguía trabajando, ¿Cuántas horas le dedicaría a la empresa? Demasiadas... pensé, y eso que no era suya, bueno, era accionista minoritario después de todo y supondría que le beneficiaba dedicarle tanto tiempo.

El sonido me hizo reaccionar y empujé hacia dentro. Alejandro parecía estar bastante concentrado en los papeles que tenía delante como si los estuviera estudiando, ¿Es que no le apetecía verme después de haber estado juntos casi todo el fin de semana? Mis ilusiones se desmoronaron cuando llegué hasta la mesa y ni tan siquiera alzó la vista.

—¿Ha visto el contenido del teléfono? —preguntó sin mirarme.

—No —respondí secamente.

—Espero que no vuelvas a repetir una estupidez semejante. —Esta vez sí alzó la vista y me miró de forma distinta, despectiva—. Aunque tal vez sea lo que a ti te gustaría, ¿no?

—Aquí tienes tu informe —dije soltándolo sobre la mesa provocando ruido al dejarlo caer desde gran altura y con vehemencia—. ¡Me voy! —le dije malamente mientras me daba la vuelta y comenzaba a marcharme.

—¿Dónde crees que vas? —exclamó en voz alta y con tono autoritario, de esos que te hacen estremecer y no precisamente de placer.

Permanecí en silencio, respirando profundamente para no decirle lo que pensaba de su mal genio, reprimiendo la profunda desilusión que me había llevado y deseando que se acabara aquel maldito lunes del demonio que desde que me había levantado había tenido la desgracia de vivir.

—Hace más de una hora que cumplí mi jornada laboral, así que me marcho —dije cortante.

—Primero me explicarás este informe y después te irás —contestó en el mismo tono cortante en el que le había dicho aquello.

Me di la vuelta y abrí la carpeta comenzando a explicarle lo más deprisa que mi respiración me permitía los avances, de hecho fue todo un milagro que no me comiera algunas palabras por la rapidez con la que lo expliqué todo.

—Y eso es todo —dije para terminar agarrando de nuevo el bolso—. Adiós señor Álvarez.

Sin darle pie a que contestara me marché y me dio igual si tenía o no algo que decirme, no iba a mendigar su cariño, no pensaba suplicarle un amor que era más que obvio que él no estaba dispuesto a dar. Ni tan siquiera sabía porqué narices había sido tan dulce un par de días atrás en mi casa... todo parecía ir demasiado bien, y después se volvía frío y distante. No entendía nada, ¿Acaso era bipolar?

Salí del despacho y dejé que la puerta se cerrara sola, dirigiéndome a los ascensores, tuve la suerte de que al no haber nadie, seguía en aquella planta por lo que las puertas se abrieron enseguida. Cuando entré y apreté el botón de la planta baja, vi que mientras las puertas se cerraban Alejandro venía corriendo hacia mí.

Le observé llegar y colar una de sus manos entre las puertas frenando el cierre, aunque su buen golpe se lo había llevado. Le miraba pegada a la pared opuesta, con las manos en ella tocando el frío metal.

—¿Qué crees que estás haciendo Alejandro? —le recriminé sin dejar de observarle alzando una ceja.

—Recordarte que fuera del trabajo sí podemos tener algo —dijo tratando de abalanzarse sobre mí para robarme un beso, pero le puse las manos en el pecho para frenarlo, deseaba besarlo pero no después de cómo me había tratado durante todo el día.

—Seguimos en el trabajo, por si no te has dado cuenta —Me excusé con su misma respuesta. Necesitaba respirar aire fresco, no sentir la dependencia de Alejandro.

—Está bien —dijo cogiendo aire mientras el ascensor bajaba y la incomodidad nos invadía a ambos—. Tenemos que establecer algún tipo de acuerdo, no podemos seguir así.

—¿Así como?, ¿Tu tratándome como a una mísera pelantrusca y gritándome todo el tiempo? —dije no pudiendo evitar contenerme.

—No te he tratado como tal, pero si haces idioteces como las de hoy, es evidente que no puedo tratarte como a la adulta que se supone que eres.

—¿Sabes una cosa Alejandro? —le increpé—. Empiezo a cansarme de tus juegos, así que lo mejor es que no nos veamos por un tiempo.

Justo en ese momento las puertas del ascensor se abrieron y dejando a un Alejandro mudo por primera vez, salí sin volver la vista atrás.

Me dolería, pero no pensaba ceder más en aquel aspecto.

VISITA INESPERADA

Una cosa era decirlo y otra muy distinta era hacerlo, pensaba mientras cambiaba constantemente de canal en el televisor. Ni tan siquiera había ido a comprar un móvil nuevo para no sentir la tentación de llamarle o de mirar el teléfono cada dos minutos para comprobar si había recibido un mensaje.

Llevaba cinco días incomunicada con el mundo. Me había comprado un reloj en su lugar y por descontado me sentía el bicho más raro del planeta por no tener un celular en el que mirar todo el tiempo cuando viajaba en metro o en el que chatear con Nadia...

¡Mierda Nadia!, pensé de pronto, hablaba con ella cada poco tiempo, probablemente estaría preocupada, ¡Y mis padres!, ¡Joder! Había estado tan deprimida todo ese tiempo que me lo había pasado del trabajo a casa y de casa al trabajo y vuelta a empezar. Me había tragado todas las series conocidas de Netflix y hasta había empezado por las que no eran tan conocidas, llenando mi cabeza de cosas banales sin importancia que me llevaran a no pensar en aquel dios griego.

El timbre de la puerta sonó y me encogí en el sofá por el susto inesperado. Me levanté lentamente y me acerqué a la puerta sin hacer el más mínimo ruido. Cuando me acercaba a mirar por la mirilla para saber de quién se trataba, el timbre volvió a sonar, pero me dio tiempo a ver de quien era y abrí rápidamente la puerta no dando crédito a lo que mis ojos habían visto.

—¿Andrei que haces aquí? —pregunté al hombre que había en el marco de la puerta.

Rubio, alto, tremendamente atractivo de ojos azules y porte serio. Todo un elemento ruso al que admirar.

—Tu padre me ha enviado para ver si estabas viva, prima —contestó mientras cruzaba la puerta—. Y todo parece indicar que sí.

—Si mi padre estuviera tan preocupado no te habría enviado a ti —le respondí sarcásticamente.

Andrei había comenzado a trabajar en Komarov desde que terminó sus estudios como bien había empezado a hacer yo misma, solo que mi primo jamás quiso ser un simple becario y mi padre le acogió bajo su tutela para enseñarle desde arriba. Si había algo de lo que Andrei carecía era precisamente de humildad.

—Bueno... al día siguiente de que tu teléfono no diera señales llamó para que alguien te vigilara, realmente yo he venido por negocios, pero quiso que me asegurase de que estabas bien y te recordase que llames a tu madre, quiere hablar contigo.

—Si... la llamaré mañana en cuanto me compre un maldito teléfono. Ahora que lo pensaba sería domingo, ¿Podría encontrar algo abierto? Probablemente sí.

—No habrá sido por falta de tiempo —dijo con retintín mientras evaluaba mi pequeño apartamento—. Veo que te gusta vivir en una ratonera.

—Es más que suficiente para una persona, ¿Que quieres Andrei? —exclamé.

Lo cierto era que nunca me había gustado la faceta arrogante de Andrei, probablemente algo habría en la genética Komarov que para mi suerte me debía haber saltado o eso esperaba, pero pese a eso me llevaba bien con mi primo.

—¿Por qué no salimos? Solo podré disfrutar de la ciudad lo que queda de día y mañana. El lunes me iré en cuanto acabe la reunión.

—Está bien —acepté de buena gana, mejor eso que seguir cambiando canales del televisor.

Fuimos a cenar al conocido restaurante diverXo de Madrid, famoso por su peculiar cocina de fusión y sabores exóticos mezclando salado con dulce, afrodisíaco o ácido. Todo un manjar de sensaciones para el paladar. Algo único y exquisito fue lo que pensé en el primer bocado.

Después nos fuimos a tomar un par de copas, hacía tiempo que Andrei y yo no salíamos de fiesta juntos, él era cuatro años mayor y no solíamos coincidir, pero teníamos amigos en común y de vez en cuando lo hacíamos. Cuando Andrei pareció ligar con una morena que no le quitaba el ojo de encima, me retiré dejando en entredicho que al día siguiente nos veríamos.

Decidí subir por las escaleras con los tacones en la mano para que así se me bajaran más rápidamente ese par de copas que había tomado. El estrecho vestido de color azul pavo real apenas me permitía subir los peldaños, por lo que me lo remangué hasta debajo de las nalgas proporcionando todo un espectáculo si alguien me viera, por suerte no había nadie a esas horas paseándose por el edificio. Cuando alcé la vista en el último tramo casi no me creía la visión que me proporcionaban mis ojos. Alejandro estaba sentado en el último escalón con los codos apoyados en sus rodillas y las manos en su frente, parecía estar pensando en algo o directamente se había quedado dormido.

Me acerqué a él lentamente y si, efectivamente estaba dormido. No sabía si alegrarme de que hubiera ido hasta mi casa o indignarme porque se hubiera dormido cansado de esperar, ¿Qué debía hacer?, ¿Despertarlo?, ¿Dejarlo allí? No era tan malvada como para dejarlo allí.

Moví un hombro suavemente para despertarlo, Alejandro abrió lentamente los ojos y comenzó a sonreír cuando me vio de una forma un poco extraña.

—Irinaaaaaaaaaa, mi preziozzzza ruuuuuusa

—¡Estas borracho! —le grité.

—Nooooooooooooooooo —señaló él con el dedo además de decirlo—
Nooooo lo ezzzztoy

—Claro y yo seré la primera mujer en pisar la Luna —le dije mientras le dejaba ahí y me dirigía con llaves en mano a abrir la puerta.

—¡Ezzzzperaaaaaa! —gritó y su afán por intentar levantarse rápido debió jugarle una mala pasada porque cuando volví la vista le encontré estampado

de bruces contra el suelo y no pude evitar soltar una carcajada, desde luego ver a Alejandro así era algo nuevo para mí. En mi vida me imaginé que alguien como él se pudiera emborrachar ni aunque lo obligaran.

Pensé en cerrarle la puerta en las narices, pero en el estado en que se encontraba era más un peligro para sí mismo que otra cosa. Suspirando dejé las llaves puestas y abrí la puerta de par en par acercándome hasta él que trataba de incorporarse sin apenas lograrlo.

—Vamos grandullón —le dije mientras colocaba una mano sobre su hombro y le ayudaba a levantarse.

—Erezz la mujedd mazz hermozaa que he vizzto en mi vidaaa.

—Muchas gracias —contesté sin darle importancia.

—Yyyy —dijo señalando con un dedo índice hacia el cielo— Tuu culoo ez impresionanteeee, mee vuelvee locooooo.

Me eché a reír ante tal confesión sin poder evitarlo. Entramos en mi apartamento y cerré la puerta de una patada mientras eché el cerrojo con llave para más seguridad. Me dirigí con Alejandro dejándose caer sobre mí hacia el sofá y cuando lo tiré sobre él, se desplomó sin quejarse manteniéndose quieto en esa postura. Parecía estar realmente abatido.

—Será mejor que duermas la mona —le dije mientras recogía mis zapatos de la entrada junto al bolso y me dirigí hacia la habitación.

Aun no me lo podía creer. Alejandro dormiría en mi casa y lo haría vestido, por primera vez desde que le conocía no tendríamos sexo a pesar de que pasáramos la noche bajo el mismo techo.

Me di una ducha fría para despejarme del calor, posteriormente me deslicé en un camisón de seda y descalza de puntillas fui a comprobar que Alejandro seguía vivo, aunque por sus leves ronquidos nada más acceder al salón era más que evidente que sí.

Me apoyé en el reposacabezas del sofá y me quedé observando cómo dormía plácidamente ajeno a que le estuviera contemplando.

—¿Por qué habrás venido? —susurré más para mí misma que para él. Tal

vez encontraría la respuesta a la mañana siguiente.

Me tumbé en la cama y me abracé a la almohada, por un momento quise tener a Alejandro al lado, aunque estuviera roncando e inconsciente por la embriaguez, pero al menos podría abrazarme a su cuerpo. Deseché la idea y comencé a contar ovejitas para distraer la mente. Pensé en las cosas que debería hacer al día siguiente y lo rápido que había pasado el tiempo desde que había llegado, ya llevaba más de dos meses... poco a poco pensando en banalidades el sueño fue llegando hasta que finalmente me dejé arrastrar por el.

Cuando abrí los ojos la claridad del día se filtraba por la habitación. Me desperecé lentamente y recordé de pronto a mi invitado en el salón, ¿Seguiría durmiendo?, ¿Se habría ido porque se despertó consciente? De un salto estaba de pie y fui despacio a comprobarlo, Alejandro seguía dormido aunque había cambiado su postura y ahora estaba de lado en aquel sofá que se le quedaba pequeño para su tamaño.

Aprovechando que estaba levantada comprobé que eran casi las doce en el reloj de pulsera y me dispuse a hacer café. Ya fuese por el ruido que hice o por el aroma del café recién hecho, pude escuchar que Alejandro carraspeaba como intentando aclararse la garganta, me giré puesto que me encontraba de espaldas y vi a mi dios griego sentado con las manos en la cabeza.

¡Oh sí! Probablemente tendría un monumental dolor de cabeza.

—¡Quieres un café! —grité a todo pulmón lo más alto que pude.

—Cssh —siseó colocando una mano en señal de stop para que no gritara.

Me reprimí las ganas de reír, pero aquello no me hizo achantarme.

—¡Tal vez un zumo de naranja! —volví a gritar igual de fuerte.

—¡Joder! —gritó él intentando incorporarse de un solo movimiento, pero se tambaleo al marearse.

—Agradece que solo haga eso y no te hubiese dejado de patitas en la calle anoche en tu estado —le dije ahora en un tono de voz más calmado.

—¿Donde me encontraste? —gimió.

—En mi puerta, aunque no sé ni cómo llegaste en tu estado.

—No me acuerdo de nada, solo sé que estuvimos bebiendo en la despedida y...

—¿Despedida?

—Sí, estaba en una despedida de soltero.

—Pues desde luego acabaron sin ti.

—¿Dije algo sobre ti? —pregunto un tanto inquieto.

—No, ¿Que tendrías que haber dicho?

—Nada... no. Nada —respondió rápidamente.

Le miré estudiando sus gestos, intentando descifrar que lo inquietaba.

—¿Puedo darme una ducha?

—Sí, será mejor que te quites ese olor a alcohol. Dame la ropa que la pondré en la lavadora.

Alejandro comenzó a desnudarse lentamente, no me podía quedar observando detenidamente porque era más que evidente que deseaba lo que tenía delante de los ojos, así que sencillamente me di la vuelta y comencé a preparar unas tostadas con mantequilla por hacer algo mientras tanto.

—No tardo —anunció antes de marcharse.

Cuando me di la vuelta solo vi el perfecto culo de Alejandro desaparecer por la puerta de mi habitación.

Sentada en el taburete de la isla de la cocina devorando una tostada como premio de consolación, aún no me creía lo excitada que estaba solo con haber visto el perfecto culo, la espalda bien moldeada y esas piernas musculosas de ese dios griego.

«¡Irina céntrate!» Ni siquiera es la hora del almuerzo y ya estas alborotada.

Tal vez eran demasiados días sin sexo aunque me hubiera intentado consolar con mi amigo de silicona que guardaba en la mesita de noche. Si Alejandro no se marchaba pronto de mi casa no afirmaba que no me tirase

encima de él.

Tan concentrada estaba en acelerar mis pensamientos a mil por hora que no había escuchado que Alejandro había regresado hasta que no sentí el calor de su cuerpo en mi espalda. Noté sus manos rodear mi cintura apresando mi vientre, su nariz comenzó a rozarme la nuca y rodó hacia mi cuello aspirándome como si tratara de oler mi aroma.

—Gracias —susurró en mi oído con aquella voz grave que siempre me excitaba hasta límites insospechados.

—De...de nada —conseguí decir en un anhelo que me costó infinitamente que no fuera un gemido de placer contenido.

—Comenzó a dar besos tiernos por mi cuello y no pude evitar arquearme para facilitarle el acceso, coloqué mi mano en su cabello mojado hasta que Alejandro me giró sobre el asiento y apresó mis labios con los suyos en un apasionado e intrépido beso lleno de deseo contenido.

—Eres como una droga para mi, Irina. Te necesito y me matas lentamente si no te tengo —susurró antes de volver a besarme y deleitarme con aquellos labios al tiempo que me alzaba para sentarme sobre la encimera de la isla y tener un mejor acceso a mi cuerpo.

Enredé mis manos en su cabello y apoyé los brazos en sus hombros para devorar sin pudor alguno sus labios, deleitándome lentamente con la lengua en explorar su cavidad mientras bailaba una danza con la suya.

Definitivamente ese hombre sabía hacerlo todo bien, cuando Alejandro me alzó pudo comprobar su entrepierna abultada y dura chocar en mi muslo a través de la toalla que él traía enredada a la cintura, la poca cordura que hubiera tenido la perdí del todo

—Vamos a tu habitación —jadeó cogiéndome en brazos a pesar de no haberle dado una respuesta.

No dimos ni dos pasos cuando el timbre de la puerta sonó.

—¿Esperas a alguien? —preguntó confundido porque nos interrumpieran. Pensé en que nadie sabía donde vivía más que él, cuando iba a negarlo

golpearon la puerta con la mano.

—(¡Mierda, Andrei!) —exclamé en ruso.

—¿Cómo? —preguntó Alejandro confundido sin entender una palabra.

No sabía qué hacer, no estaba del todo segura de que Andrei conociera a Alejandro, pero lo más probable era que si y de no conocerle lo conocería igualmente el lunes en la empresa. ¡Que iba a hacer!

—¿Puedes esperar en la habitación? —le pregunté a Alejandro que me miraba confundido.

—¿Por qué?, ¿A quién estas esperando? —preguntó en tono autoritario.

—Estas únicamente vestido con una toalla, no creo que sea oportuno recibir así a nadie, sea quien sea, ¿No crees? —dije tratando de que no pareciera que estaba nerviosa.

Los porrazos volvieron a sonar en la puerta y esta vez fueron acompañados de una voz rusa.

—(¡Irina, sé que estás ahí!) —gritó Andrei.

En ese momento Alejandro me miró inquieto, era evidente que no había entendido nada, pero sí había podido captar la voz masculina y el tono de orden así que para mi desgracia no se lo pensó dos veces y fue hacia la puerta para abrir él mismo.

—¡Alejandro no! —grité, pero fue tarde, alargó la mano, giró la llave y dos segundos después Andrei estaba estudiando el cuerpo semi-desnudo de Alejandro y yo quise morirme de la vergüenza.

—*Irina, ¿Se puede saber qué hace el director de la empresa desnudo en tu casa?* —exclamó Andrei en tono autoritario, como si estuviera reprendiéndome por ser una niña de dos años que había cometido una fechoría.

—*Soy una mujer adulta, puedo hacer lo que quiera* —contesté en el mismo tono.

—¿Que hace Andrei Komarov en tu casa, Irina? —preguntó en medio de la conversación Alejandro que parecía que iba a estallar en cualquier

momento.

No sabía que responderle, ni en sus sueños admitiría quien era ahora, en medio de aquella situación tan embarazosa. Ni hablar.

—*No lo discuto, pero ¿Tenía que ser él? Se aprovechará de ti, de tu posición* —me inquirió Andrei aparentemente preocupado, pero lo que sentí fue sobreprotección.

—*No sabe quién soy y tú no se lo vas a decir* —respondí seriamente.

En ese momento mi primo me miró cómplice por primera vez y respiré tranquila.

—Señor Álvarez, disculpe la intromisión y no haberlo saludado previamente —dijo Andrei en un perfecto inglés—. No esperaba encontrarlo aquí.

Alejandro frunció el ceño y estrechó la mano de mi primo, parecía bastante confundido y desde luego no sabía de qué habíamos estado hablando delante de él, probablemente eso le tuviera desquiciado.

—Andrei es un... —comencé a decir en inglés porque sería la única forma de que mi primo lo entendiera.

—Un muy buen amigo —terminó por decir Andrei enfocando la palabra amigo en un tono distinto que podría dar lugar a malas interpretaciones. Supe que lo hizo aposta y quise matarlo en ese instante.

—Parece que ha venido un poco pronto para la reunión de mañana, ¿No? —preguntó mordaz Alejandro, cosa que no me pasó desapercibida al igual que tampoco el juego que se comenzaba a traer mi primo Andrei que parecía encantado con la idea de provocar algún tipo de resentimiento en Alejandro.

—Quería disfrutar de la compañía de Irina unos días antes —contestó sonriente.

—¿Unos días? —preguntó Alejandro en aparente tono calmado a pesar de que podía apreciar la vena hinchada de su cuello.

—Sí, de hecho vine para invitarla a almorzar, pero no esperaba encontrarla acompañada —dejó caer Andrei.

—Pues lo está —contestó Alejandro firme y cortante.

—Volveré más tarde entonces —insistió Andrei.

—Más tarde también estará ocupada —añadió Alejandro.

—Está bien, te veré entonces mañana, Álvarez —contestó Andrei y vi como trataba de contener una sonrisa. Quería patearle el culo por dejarme semejante marrón ahora mientras él se marchaba de rositas—. *Cómprate un móvil y llámame* —dijo Andrei en ruso antes de salir por la puerta mientras Alejandro la cerraba y giraba la llave.

Aún no sabía cómo había podido permanecer tan campante delante de mi primo con una simple toalla enrollada a la cintura. Eso era no tener pudor alguno.

—Ahora mismo me vas a decir qué clase de *amigo* es Andrei Komarov para ti —dijo cruzándose de brazos y fijando la vista en mis ojos.

—¿Y por qué debería decírtelo, Alejandro?, ¿Es que acaso tenemos algo tú y yo?

—Tú y yo somos puro éxtasis, Irina —me contestó seriamente acercándose—. Así que algo sí que tenemos.

—Cuando sea algo más que éxtasis para ti, quizá te diga qué clase de *amigo* es Andrei para mí.

—Sé que te acostabas con él. —No fue una pregunta, sino una afirmación y además lo hizo en pasado.

—¿Y qué si lo hiciera? —le reté con la mirada.

—Si me he aguantado todo este tiempo es por el simple hecho de que anoche dormiste aquí sin él.

—¿Y por eso ya deduces que no me acosté con él? —pregunté.

Realmente no sabía a qué estaba jugando, pero probablemente acabaría quemada de todos modos.

—No lo deduzco. Lo sé —atajó seriamente.

No respondí, solo le reté con la mirada a que expusiera sus argumentos.

—No me hubieras metido en tu casa, sabiendo que él podría venir en

cualquier momento y exponerte de esa forma si tuvieras una relación con él.

Pues sí que tenía imaginación ese hombre, pensé sin contradecir sus argumentos.

—¿Me equivoco? —preguntó acercándose peligrosamente hasta mis labios.

—No me acosté con él —contesté sincera.

—Pero sí que saliste con él anoche —afirmó mientras me arrinconaba contra la pared.

—Sí —susurré viendo su cuerpo aproximarse al mío.

—Y le rechazaste —afirmó suponiendo los hechos en su cabeza—. Si, por supuesto que le rechazaste —añadió sonriente y no entendía porqué lo hacía—. Nadie te dará jamás el placer que yo te doy, preciosa —susurró en mi oído mientras me apartaba el cabello—. Eres mía, ¿Recuerdas? —comenzó a darme besos mientras me arqueaba—. Te estremeces cuando te toco, te derrites cuando te acaricio y definitivamente te excitas cada vez que me acerco a ti. —Sus manos fueron acariciando lentamente mi cuerpo mientras no podía evitar cerrar los ojos—. Te lo demostraré —jadeó mientras me alzaba y apresaba mi boca con brutal pasión.

LÁGRIMAS INCONTROLADAS

Me aferré a su cuerpo siendo consciente de la egocentricidad en aquellas palabras, de lo pagado de sí mismo que estaba siendo, pero ¡Qué demonios! Mi carne era débil y más aún estando enamorada de él.

Me llevó en volandas hasta la cama donde en cuestión de segundos la poca ropa que llevaba puesta se había esfumado dejándome a su merced. Aquel dios griego me deleitó recorriendo con sus manos suavemente mi cuerpo mientras solo podía gemir de placer ante sus caricias y esperar el momento deseado de tenerle para mí o más bien, dentro de mí si era completamente sincera.

Me aferré a las sábanas con las manos mientras descendía con su boca por mi piel anticipándome al placer que sabía que obtendría por la dirección en la que avanzaba aquella lengua voraz. Cuando Alejandro rozó sus labios en el punto exacto, exclamé un pequeño grito de placer arqueándome para obtener más aún de esa fuente de clímax. Él sonrió sobrado de sí mismo ante aquel gesto, si no fuera por su gran ego le habría podido decir algo, pero en aquel momento solo me interesaba que continuara.

Recorrió con su lengua húmeda clítoris en movimientos circulares, acompasando aquel gesto con sus dedos y solo podía enardecer de puro goce ante el placer que me estaba provocando aquello. Mis gemidos así lo atestiguaban y agarré su cabello entre mis dedos para que siguiera estremeciéndome con sus labios de forma que me garantizase el clímax. Estaba a punto de rozar el cielo cuando él se alejó para mi agonía

—Si no me hundo dentro de ti ahora, voy a explotar preciosa —dijo con aquella mirada intensa de la que podría verse incluso llamas.

La toalla de Alejandro se esfumó y su más que protuberante miembro estaba listo para la batalla, sintiendo el roce de su miembro rozándome y

ansiendo tenerlo de nuevo dentro, tenía que reconocer que estaba necesitada de su contacto por mucho que intentara negarlo.

Alejandro se colocó de rodillas y se hundió en un solo movimiento mientras me incorporaba para acercarme a él, en ese instante apresó mis labios vorazmente de nuevo con aquella sensual boca deleitándose con aquel beso al mismo tiempo que se deslizaba dentro y fuera con sus embestidas.

Nuestros cuerpos eran solo uno cuando estábamos unidos y estaba más que claro que entre nosotros había una conexión inigualable, una atracción inmensurable y una intensidad inalcanzable.

Me desplomé hacia atrás cuando alcancé aquel extasiado orgasmo un poco antes que Alejandro, que lo hizo cuatro movimientos después. Aún saboreaba aquel placer cuando se dejó caer a mi lado donde me atrajo con su brazo por la cintura hasta su cuerpo.

—Esto no puede seguir así —dijo Alejandro con un tono de voz serio.

—¿Qué no puede seguir así? —contesté confundida, ¿Me iba a dejar después del polvo que acabábamos de tener? Aunque no había nada que dejar porque no teníamos una relación, pero me refería al simple hecho de quedar o vernos, eso sería de ser un auténtico capullo, incluso peor que mi ex.

—No puedo aceptar el hecho de que no seas mía, Irina, necesito tener algún tipo de seguridad, que solo vas a estar conmigo o de lo contrario me volveré loco.

Le miré sorprendida, ¿Realmente Alejandro estaba aceptando el hecho de que quería estar conmigo?, ¿Por qué no me pedía que tuviéramos una relación normal como hacía todo el mundo?

—¿Y qué sugieres? —respondí tratando de averiguar las intenciones de él.

—Un precio, dame un precio que me asegure que serás solo para mí. — Su tono de voz era firme y seguro.

La percepción que Alejandro seguía teniendo era que me vendería al mejor postor, ¿En qué momento cambiaría de opinión? Quizá no lo haría

nunca.

—Si quieres tener esa seguridad vas a tener que confiar en mí y tener una relación normal —dije sin poder evitar que mis sentimientos salieran a flote.

—¿Una relación? —exclamó y deduje por su forma de hacerlo que parecía contrariado.

—Sí, una relación normal como cualquier pareja —dije aclarando su pregunta.

Alejandro se incorporó y se quedó sentado en la cama, como si lo estuviera meditando.

—Yo no tengo relaciones Irina, te lo dije el primer día y de tenerlas sería con alguien que estuviera a mi altura, cosa que desde luego no es tu caso. ¿Tan difícil es que fijes un puto precio? —exclamó enfadado y no entendí la razón, pero lo peor era que había vuelto a denigrarme—. ¿Diez mil?, ¿Veinte mil?, ¿Cincuenta mil por seis meses?

En aquel momento me sentí sucia, conocí la parte más cruel de Alejandro, el que jamás me consideraría como algo que no fuera un objeto sexual, una muñeca en la que desahogarse y me sentí indefensa ante sus palabras.

—Lárgate —susurré.

Ni tan siquiera lo pude decir con la fuerza necesaria que hubiera querido, estaba a punto de que las lágrimas por la impotencia me saltaran de los ojos.

—¿Cuánto te pagaba Andrei?, ¿Era más? —exclamó Alejandro como si creyera que solo era cuestión del precio y no era capaz de ver más allá.

Tal vez necesitaba pagar conmigo de alguna forma sus mierdas que le hacían ser así, porque era evidente que algo le ocurría para haber reaccionando de esa forma, pero eso era problema de él, no mío... ya no.

—¡He dicho que te largues! —grité esta vez con toda la fuerza que pude mientras las lágrimas pese a desear evitarlo me saltaron de los ojos.

—Irina —oí que susurró ahora confuso.

Me dirigí hacia la lavadora que también era secadora y saqué la ropa de Alejandro que ya debía estar seca, abrí la puerta y la tiré al pasillo

obligándole a salir.

—Tienes razón en una cosa —dije amenazante—. No estamos a la misma altura y ahora vete —añadí secándome las lágrimas con la palma de la mano y señalando la puerta..

No le miré, pero tardó unos instantes en cruzar la puerta y tras hacerlo cerré girando con llave y ahora sí, di rienda suelta a un llanto silencioso al mismo tiempo que doloroso.

«Estúpida, estúpida y mil veces estúpida» Me decía una y otra vez mientras recordaba cada una de las palabras que él me había dicho y que se habían grabado a fuego en mi alma.

Sabía que jamás podría perdonar aquello por más que lo quisiera, nunca podría olvidar esas palabras y como habían hecho sentirme.

Me di una larga ducha, bastante larga de hecho porque de alguna forma lo necesitaba hasta que dejé de llorar con el convencimiento de que me costara lo que me costase iba a olvidarme de Alejandro para siempre, no podía más con aquella relación tóxica que solo me había traído más quebraderos de cabeza que otra cosa.

Necesitaba hablar con Nadia urgentemente, tenía que contarle a alguien lo que me había pasado así que con esa idea me puse unos shorts vaqueros, las deportivas nike y una camiseta básica blanca. Ni siquiera me esmeré en ocultar la rojez de los ojos o secarme el pelo, solo lo cepillé debidamente para quitarme los nudos y salí con el cabello mojado.

Me fui al centro comercial más cercano que encontré, para mi suerte sí que había una tienda de telefonía abierta y compré un teléfono sin fijarme en marcas o prestaciones, lo único que me interesaba era que pudiera llamar. Sacando la tarjeta del mío viejo e insertándola en el nuevo aparato en la propia tienda después de pagar el dispositivo, cuando lo encendí comenzaron a llegarme avisos de llamadas procedentes del teléfono de mi madre y Nadia, también había alguna de Andrei y las últimas incluso eran bastante recientes.

Decidí no instalar WhatsApp aún, no quería leer ningún mensaje de

Alejandro si es que lo había y menos si decidía enviarme alguno después de haber discutido hacía unos instantes. Así que llamé primero a Nadia para desahogarme y después llamaría a mi madre para tranquilizarla.

—¿Estas viva? —Respondió Nadia al segundo tono de llamada—. Ya pensaba enviar una patrulla de la unidad de desaparecidos para buscarte, imagino que tendrás una buena excusa para haber apagado el móvil durante tanto tiempo —dijo sin dejarme hablar.

—Yo también te extrañé, encanto —respondí tratando de sonreír, pero no pude hacerlo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Nadia dándose cuenta a pesar de no estar viéndome.

—Me temo que no te hice caso, Nadia... y ahora me tocará sufrir las consecuencias de mi error —confesé sincera mientras salía del centro comercial y comenzaba a andar por la calle de vuelta a mi apartamento.

—¿De qué hablas? —contestó extrañada.

—Me enamoré de él, Nadia —afirmé—. Me enamoré como una tonta y él me trato de la peor manera posible —confesé al límite de que volvieran a saltar de nuevo las lágrimas de mis ojos sin evitarlo.

—Cuéntamelo todo ahora —dijo mi amiga sabiendo que aquello era lo que necesitaba.

Saber que Nadia me conocía tanto como para lograr adivinar lo que necesitaba en cada instante me reconfortó, por eso la había llamado primero a ella, para desahogarme y coger la fuerza necesaria de enfrentarme después a mi madre sin que ésta notara nada.

—¡Será cabrón! —Gritó al otro lado del teléfono una vez que le había relatado todo lo que había ocurrido desde que no habíamos hablado— ¡Pero cómo has permitido que llegue tan lejos! —dijo Nadia recriminando mi comportamiento.

—No lo sé —confesé sincera porque ni yo misma sabía porque se lo había permitido.

Alejandro conseguía que dejara de pensar, que mi mente dejara de reaccionar y se dejara llevar por mis sentimientos o más bien deseos.

—Estás bien pillada de él —susurró—. Conociéndote como te conozco debes estar realmente enamorada para haberle dejado hacer contigo lo que ha querido, pero tienes que olvidarle, si él no quiere nada serio y tu sí, lo mejor que puedes hacer es ponerle en su sitio y evitarle en todo momento.

—Lo sé —afirmé—, sé que es lo que tengo que hacer —dije siendo consciente de que precisamente era débil ante la carne de Alejandro y que por eso tendría que evitarlo en todo momento.

—Irina, plantéate seriamente si merece la pena quedarte allí o regresar a Moscú de nuevo.

—No puedo irme —aseguré—, ahora que el equipo funciona y que he conseguido tantos progresos... —admití alejándome el teléfono de la oreja porque estaba escuchando un pitido extraño, tal vez fuera la batería que se estaba agotando, pero descubrí que era una llamada entrante de Andrei—. Te llamo ahora Nadia, es mi primo —dije justo antes de coger la llamada de Andrei.

—¡Donde estas! —gritó y por su tono parecía bastante alterado.

—He salido a comprar un teléfono obviamente —dije en el tono más calmado posible.

—¿Y has hablado ya con tu madre? ¡Porque está de los nervios! —exclamó en el mismo tono anterior.

—Ahora la llamo —contesté tranquilamente—. Se calmará en cuanto vea que estoy bien. Además es una histérica que se preocupa por todo — dije tratando de quitarle importancia.

—¡Irina! —Gritó Andrei al otro lado del teléfono mientras me lo apartaba de la oreja ante semejante grito—. ¡A tu padre le ha dado un amago de infarto!

En ese momento todo se volvió oscuro, justo acababa de entrar en el portal del edificio y no supe si fue por el intenso calor, por la noticia o por

todo lo que había ocurrido, pero me mareé y caí de bruces contra el suelo.

—¿Está bien?, ¿Se ha hecho daño? —escuchaba la voz de Francisco el portero mientras afirmaba aunque realmente no me encontrara bien y no precisamente por haberme hecho daño, necesitaba saber cómo estaba mi padre así que busqué el teléfono por el suelo hasta que lo encontré y llamé a mi madre.

—¡Irina, por dios!, ¿Dónde estabas? —exclamó mi madre con evidente preocupación.

En ese momento me lamenté por mi estupidez y maldije al idiota de Alejandro que por su culpa había estado incomunicada.

—¿Cómo está papá?, ¿Está vivo? —pregunté inmediatamente temiéndome lo peor.

—Sí —afirmó y respiré—. Los médicos dicen que reaccionó a tiempo y le están operando en este momento, van a ponerle un marcapasos, ¡Le he dicho cientos de veces que trabaja demasiado, pero no me hace caso!, ¡Tienes que venir enseguida Irina, tienes que ayudarme! —gritó con voz desesperada.

—Saldré en el primer vuelo que haya hacia Moscú —tercié.

—No, Andrei volverá de inmediato para hacerse cargo mientras tanto de la presidencia así que regresa con él —ordenó mi madre y no lo discutí.

Subí inmediatamente por las escaleras corriendo, no tenía paciencia de esperar al ascensor mientras llamaba a Andrei para preguntarle a qué hora despegaba el jet, cosa que sería en dos horas mientras lo preparaban todo. Tenía una hora para prepararme aunque podría irme con lo puesto, decidí meter todas las cosas en las mismas maletas en las que había traído y llevármelo todo. En ese momento solo pensé en mi padre, en las veces en las que había insistido que realizara las prácticas con él, en lo entusiasmado que pareció con la idea de enseñármelo todo y lo rechacé por venirme a España para demostrar que era capaz de hacerlo por mí misma.

—¡Maldita sea la hora en la que no me quedé en Rusia! —me reprimí.

Solo había conseguido un corazón destrozado y por contra no estar

cuando más me necesitaba mi padre. No volvería a pasar, iba a volver a mi país y me quedaría junto a mis padres.

Eché un último vistazo cuando el chofer de Andrei subió para cargar mi equipaje. No se olvidaba nada, al menos esperaba que nada importante, aunque dejaba un frigorífico lleno de helado con tantos recuerdos buenos como malos. Cerré la puerta y al bajar le di las llaves al portero indicando que se las diera al propietario del apartamento cuando le viera. Ya se encargaría alguien de gestionar aquello.

Me subí al coche donde Andrei me esperaba, parecía estar hablando al teléfono con alguien y guardé silencio hasta que colgara.

—Parece que la operación ha salido bien —me dijo cuando colgó y aprecié el gesto de mi primo por mantenerme informada, más aún que sintiera tanto cariño hacia mi padre como para estar tan pendiente de su evolución.

—Gracias a dios —dije algo más tranquila.

—¿No vas a regresar? —preguntó y supuse que lo hacía al ver todas las maletas que había cargado su chofer.

—No —negué firme.

—¿Y Álvarez?, ¿Pensé que teníais algo? —insistió.

—No hay nada entre Álvarez y yo —dije lo más seria posible.

—Mejor, ese hombre no te merece —contestó sin darle importancia.

No contesté a aquella frase, sino que guardé silencio. Cogí el teléfono del bolso y envié un mensaje de texto a Nadia.

Irina:

«Vuelvo a casa, te llamo cuando esté en Moscú».

Tras hacer aquello apagué el terminal y lo guardé de nuevo en el bolso, observando por la ventanilla las últimas imágenes que vería de Madrid puesto que no pensaba regresar.

Me habría gustado despedirme de mis compañeros, al menos decirles un

simple hasta luego o espero que os vaya bien y nos veamos en el futuro, en fin... simplemente no desvanecerme de un día para otro como estaba haciendo, pero aquello no iba a ser posible.

Una vez que el jet hizo el despegue y vi la ciudad desde gran altura no pude evitar pensar en Alejandro una última vez.

«Adiós para siempre, Alejandro Álvarez»

Esta vez no habría otro encuentro, simplemente yo estaría muy lejos de allí.

DECISIONES TARDÍAS

POV ALEJANDRO

La reunión con Andrei que debía haber tenido lugar el lunes a primera hora había sido cancelada sin trascender los motivos por los cuales se había tenido que ausentar. En todo caso agradecí que así fuera porque no sabía si podría aguantar la cara del tipo que se había tirado sepa dios cuantas veces a mi rusa, a mi muñeca, a mi preciosa Irina sin partírsela en dos o decirle que ahora ella era mía, solo mía, aunque en realidad no lo fuese.

Saber que aquel tipo había tenido una aventura con ella me provocaba unos celos irrefrenables que solamente eran consolados con el hecho de saber que me había preferido a mí por encima de él. Probablemente ella era tan consciente como yo de aquella conexión que teníamos, de la cual, al menos yo, era incapaz de eliminar por mucho que lo intentara.

Había realizado mil y un intentos de mantenerme alejado de ella y era completamente imposible, incluso en la despedida de Alberto me había emborrachado solo para no sentir ese afán de querer salir corriendo hacia ella y suplicarle o más bien rogarle que fuera mía de nuevo. Llevaba años sin beber tanto y puede que esa noche hubiera sido la única en la que me arrepentía de perder los recuerdos porque aún no entendía como había terminado en su casa y pese a estar borracho, ella me había acogido en su sofá pese a no tener porqué hacerlo.

Estaba más que claro que algo debí haber mencionado al respecto durante aquella noche y tal vez a la propia Irina, porque desde entonces mis amigos no dejaban de enviarme mensajes sobre quién era la rubia de perfecto trasero de la que no deje de hablar durante toda la noche y por suerte para mí, Alberto no había abierto la boca al respecto para delatarme, pero sí tenía varios mensajes

de él diciendo que teníamos que hablar de ello.

Menos mal que por fortuna, no mencione su nombre, ni tampoco que trabajaba en la empresa, de lo contrario estaba completamente seguro de que todos y cada uno de ellos se habrían presenciado en Komarov solo por tal de ver a esa rubia de largas piernas y perfecto trasero que había sido la culpable de que me emborrachara hasta niveles extremos.

De hecho, me puse tan pesado según Alberto, que en un momento dado de la noche dije que tenía que ir a buscarla y me perdieron la pista. No sé como logré llegar hasta allí, no recordaba absolutamente nada del proceso, lo único de lo que fui consciente es de verla al despertar en aquel precioso apartamento que aunque fuera pequeño solo me gustaba porque olía a ella y que estaba preparando café en esa cocina donde tantas veces habíamos tenido sexo.

La echaba de menos y sentía ese hueco vacío dentro de mí que solo ella conseguía llenar de alguna forma.

¡Joder! Era consciente de que la había fastidiado a base de bien, mi temperamento, mi pasado y mis irrefrenables miedos me habían hecho joderlo de nuevo. Ella me gustaba, me atraía demasiado como para alejarme y al mismo tiempo me daba miedo sentir aquello.

Me habían educado con el concepto de que todas las mujeres eran iguales, unas lagartas, unas aprovechadas, unas putas que se vendían al mejor postor y de hecho ella me había demostrado al principio que también era así, pero ¡Diablos! Aquella mujer me hacía sentir cosas que ninguna otra había conseguido, habría dado todo lo que tenía por estar con ella una y mil veces más, porque no me cansaba de su cuerpo, de su sonrisa, de sus ojos... Irina era única.

Llevaba tres días sin verla y por más que intentara pensar en otra mujer no podía, no pude hacerlo desde el mismo instante en que la conocí, en que había recibido aquella imagen de ese perfecto y maravilloso trasero inigualable que aún me dedicaba a ver cada noche antes de acostarme y cada mañana al levantarme como si fuera una necesidad.

Decidí llamar a su departamento de trabajo con la excusa de que presentara los informes de progreso a última hora de esa tarde. Sabía que estaría enfadada por la discusión que habíamos tenido la última vez, aún no sabía cómo iba a reaccionar cuando me viera, es más, no sabía que decirle para que volviera de nuevo a mis brazos e incluso me estaba replanteando aceptar aquello de tener una relación aunque no fuera propenso a ellas porque no podía imaginarme mi vida sin ella. ¡Era la jodida primera vez que asumía que necesitaba a una mujer!

Nunca jamás me había enamorado, ni tan siquiera un atisbo de cariño, quizás tuviera algo que ver en ello mi pasado como bien me recordaba Teresa cada vez que intentaba profundizar en mi vida privada. Para mí, Teresa era la única mujer de mi vida, la única a la que respetaba y por la que sentía cariño, pero Irina había conseguido despertar algo en mí completamente diferente, una necesidad de estar con ella imperiosa y más que abrumadora no solo únicamente de sexo y eso era algo que me asustaba.

—¿Si? —respondieron al otro lado de la línea cuando marqué el número del departamento donde ella trabajaba.

—Páseme con Suárez —dije secamente.

—Irina Suárez ya no trabaja aquí —contestó la mujer al otro lado del teléfono y me extrañé ante aquella afirmación.

—¿Cómo que no trabaja ahí?, ¿En qué departamento está? —exclamé.

Y más que nada ¿Por qué no se me había informado?

—Creo que no ha entendido lo que he querido decir, no está en ningún departamento, ya no trabaja en Komarov —volvió a responder aquella chica que supuse sería uno de los miembros del equipo en el que trabajaba Irina.

—¿Por qué no he sido informado? —exclamé en un tono más alto de lo normal y demasiado brusco.

—Lo siento —respondió un poco abrumada la joven del teléfono— ¿Quién es usted? —preguntó algo avergonzada, aunque la culpa era de mía por no haberme presentado primero.

—Soy Alejandro Álvarez, el director de esta empresa.

—Discúlpeme señor Álvarez, desconozco porqué no ha sido informado, pero el pasado lunes vinieron los de recursos humanos a informarnos de la carta de dimisión de Irina, digo de Suárez —dijo corrigiéndose al final.

—Está bien —contesté colgando el teléfono enfurecido ¿Dimitido?, ¿Irina había dimitido?, ¡Joder se había largado y nadie me había dicho nada!

—Enfurecido llamé a la responsable de recursos humanos para pedir explicaciones y cinco minutos después estaba buscando desesperado en la bandeja de entrada el correo que según la de recursos humanos me habían enviado el mismo lunes cuando recibieron la carta de dimisión. Efectivamente allí estaba, una carta bien redactada sobre la dimisión de sus prácticas alegando un compromiso familiar que requería su presencia con urgencia, lamentando así tener que abandonar su puesto y pidiendo disculpas por no haber podido avisar con antelación.

¿Un compromiso familiar?, ¡Y un cuerno! Pensé al tiempo que me colocaba la chaqueta del traje y cogía las llaves del coche mientras salía de la oficina.

—Cancela todas mis citas hasta las cuatro —le dije a mi secretaria mientras me dirigía hacia el ascensor sin esperar respuesta.

Conduje directamente hacia el apartamento de Irina y aparqué en doble fila dándome absolutamente igual si me ponían o no una multa. Subí al apartamento por las escaleras y llamé incansablemente al timbre durante más de diez minutos. Nadie abrió la puerta, seguidamente la aporreé gritando su nombre.

—Se marchó el domingo —escuché una voz a mi espalda.

Me giré para ver al portero del edificio con una fregona en la mano.

—¿Cómo? —exclamé aturdido por la situación, ella no se podía haber ido, no la podía haber perdido.

—Digo que se fue el domingo a primera hora de la tarde, un hombre vino a por ella, incluso su chofer cargó su equipaje.

—¿Se fue con un hombre? —pregunté cambiando el semblante.

—Sí, uno que parecía extranjero como ella —afirmó el conserje.

—Andrei —susurré.

—Ah no sé cómo se llamaba, pero la chica me dio las llaves de su apartamento para que se las entregara al dueño, así que no creo que vuelva.

—Está bien, gracias —dije con pesar.

Volví al despacho directamente, aunque lo único que me apetecía era emborracharme, ¡Se había largado con Andrei!, ¡Después de acostarse conmigo se había ido con él!

«¿Le habrá elegido porque tiene más dinero que yo?» No pude evitar preguntarme.

—No —me respondí en voz baja mientras me levantaba incapaz de concentrarme en el trabajo para fijar la vista en los grandes ventanales de la ciudad que había a mi espalda.

Definitivamente se había ido con él porque yo la había tratado peor que a una puta y ahora me daba cuenta de ello después de perderla.

—¡Soy un idiota! —exclamé golpeando la pared con fuerza provocando que los nudillos de mi mano sangraran aunque el dolor no me importó, de hecho casi lo agradecí porque al menos podía sentir algo que no fuera su pérdida.

Había perdido a Irina por mi culpa, a la única mujer que probablemente de alguna forma había amado si es que aquello que sentía era amor. Mi comportamiento de cretino era el culpable de que se hubiera marchado lejos de mí y no la culpaba por elegir a Andrei en mi lugar, aunque me sintiera como la peor basura del mundo por saber que ahora estaría junto a él, probablemente en su cama, entre sus sábanas y desde luego en sus brazos.

Pensar aquello hacía que mi sangre enardeciera y unos celos irrefrenables me consumieran sin controlarlo pese a no tener derecho alguno de tenerlos. Estaba en esa situación porque yo me lo había buscado, porque yo mismo lo había incitado y no me arrepentía más en toda de mi vida de mis

actos que ahora.

Ella me lo había advertido, me dijo que no estaba en venta, que no tenía precio y aún así me había obcecado en querer comprarla, querer ser su dueño y finalmente la había alejado de mí por no valorarla como se merecía. Las lágrimas en sus ojos me hicieron sentirme vulnerable y cuando me reprochó que no estábamos a la misma altura porque justamente yo se lo había mencionado pude apreciar el tono despectivo en sus palabras.

¿Por qué demonios tuve que decir aquello?, ¿Por qué no podía simplemente haberme callado! Tenía miedo... miedo de enamorarme, miedo de que me engañara, miedo a que me abandonara por otro... ¿Y no era eso lo que precisamente había hecho después de todo? Y pese a ello no cambiaba lo que aún seguía sintiendo hacia ella.

Quería echar el tiempo atrás, retractarme de muchas cosas, pero sobre todo quería volver a tenerla entre mis brazos de nuevo, junto a mí, en mi cama y rodearla de la cintura para sentir su calor en mi cuerpo transmitiéndome esa sensación de tranquilidad que solo ella era capaz de proporcionarme.

«Necesitaba recuperarla y me aseguraría de hacerlo, aunque tuviera que pagar el precio que hiciese falta para que regresara de nuevo a mis brazos».

II PARTE

TU + YO = EXTREMO

EL REGRESO A RUSIA

El avión aterrizó en el aeropuerto privado de Moscú y aún no podía creerme que no fuese a volver, que de verdad todo hubiera terminado. Ahora mi prioridad era ver a mi padre y calmar la ansiedad que mantenía desde que supe que había sufrido un amago de infarto. Un coche de la empresa nos esperaba en la pista de aterrizaje para llevarnos directamente al hospital, pese a que mi primo tenía demasiados asuntos que atender, no quería pasar la oportunidad de visitar también a su tío.

La impresión al ver a papá postrado en aquella cama, tan fuerte, decidido y capaz como siempre me había mostrado ser, fue lo que me hizo asegurarme aún más de que no regresaría a España de nuevo, me quedaría allí en Moscú junto a lo que verdaderamente era importante en mi vida, quienes verdaderamente me querían; mi familia.

Me abalancé sobre el cuerpo de mi padre no pudiendo evitar derramar algunas lágrimas ante lo sucedido; yo tenía que haber estado allí, tal vez si hubiera estado nada de aquello habría ocurrido.

—Estoy bien Luciana. —La voz de papá sonaba demasiado baja, como si apenas pudiera hablar o le costara demasiado trabajo, pero noté sus dedos acariciando mi mejilla.

—Pasé tanto miedo... —susurré con la cara hundida en su pecho mientras notaba como me acariciaba la cabeza con cuidado puesto que tenía colocadas vías en ambos brazos.

—Salgan todos por favor —exclamó la voz de una enfermera que acababa de entrar con un carrito lleno de medicamentos, agujas y material médico que no entendía, pero que evidentemente era para tratar a papá.

—Si por supuesto —intervino mamá—. Vamos Irina. Salgamos un momento.

Apreté los dedos de la mano de mi padre e intenté sonreír vagamente mientras con la otra mano me secaba las lágrimas.

—Vuelvo enseguida —susurré a mi padre que me sonrió de tal forma haciéndome sentir mucho más tranquila.

—No te preocupes hija, no creo que me dejen irme de aquí pronto —contestó amargamente y me reí ante su respuesta.

Sabía de sobra que detestaba los hospitales, pero no tendría más remedio que quedarse allí hasta que no corriera peligro le gustara o no.

Tanto Andrei, como mi madre y yo salimos a la sala de espera contigua a la habitación del hospital privado mientras la enfermera atendía a mi padre.

—Tengo que hacer un par de llamadas para comprobar que todo está en orden, vuelvo enseguida —dijo Andrei mientras se alejaba de nosotras y salía de la habitación hacia el pasillo, probablemente buscara algún sitio en el exterior ya que estaba prohibido alzar la voz dentro del hospital.

—¿De verdad está bien? —exclamé observando a mi madre mientras le hacía la pregunta.

Tenía ojeras, estaba bastante demacrada para lo sumamente cuidadosa que era en ese aspecto y además llevaba el cabello recogido, algo casi insólito en ella.

—Ha sido muy duro Irina —susurró mientras soltaba el aire—. Pensé que se iba, que lo perdía... cuando lo encontré tirado en el despacho de casa y no me respondía, yo me imaginé lo peor.

—Lo siento mamá —dije mientras me abrazaba a ella y comenzaba a llorar de nuevo porque volvía a sentir esa culpa de no haber estado ahí.

—No es tu culpa Irina, es ese maldito trabajo que lo absorbe, siempre ha sido así, pero él ya no es joven como tú, no tiene la misma fuerza, ni el mismo aguante que hace veinte años, ya no puede exigirse tanto a sí mismo y tiene que empezar a delegar en Andrei.

—No mamá. —Intervine mientras me separaba lentamente de ella—. Debí haberle hecho caso, haberme quedado en la sede de Moscú junto a él

para trabajar y aprender a su lado, pero mi cabezonería me hizo irme y si me hubiera quedado esto no habría pasado, yo le habría restado bastante carga de trabajo...

—Eso no lo sabes Irina, pero ahora que estás aquí quizá puedas ayudarme a convencerlo de que ceda...

—Yo me haré cargo de la empresa —respondí tajantemente.

—¿Cómo? —exclamó mi madre sorprendida.

—Sé que soy capaz de hacerlo —aseguré—. Tal vez me falte experiencia, pero él me supervisará, aunque yo haga todo el arduo trabajo. Seré yo quien viaje, quien se desplace, quien acude a las reuniones, quien trate con los inversores y pacte los acuerdos. Me encargaré de supervisarlo todo.

—Dudo mucho que tu padre acepte —dijo mi madre no muy convencida.

—Lo hará y nos encargaremos de que acepte porque es por su bien. Se trata de su salud y su bienestar —afirmé.

En solo unos días papá ya comenzaba a reponerse volviendo a ser el mismo de siempre, aunque estaba desesperado por salir de aquella habitación de hospital para volver al trabajo y el hecho de no tener acceso a un ordenador o ni tan siquiera un teléfono a mano, hacía que tanto mi madre como yo, tuviéramos que dar excusas todo el tiempo que al final terminaba aceptando. Mientras tanto había tenido la oportunidad de ir a la empresa para evaluar que todo procedía correctamente, su secretaria me había facilitado su agenda y había cancelado todas las citas durante los próximos quince días que no fueran absolutamente imprescindibles. Andrei me estaba ayudando a gestionar todos los asuntos fuera de la ciudad y lo cierto es que agradecía enormemente su ayuda.

«Puedo gestionar esto. Sé que pudo hacerlo» me decía una y otra vez a mi misma. Sabía que podía dirigir la empresa.

Decir que no extrañaba a Alejandro era mentir como un bellaco, por supuesto que le extrañaba... de hecho, mi cuerpo se resentía por la falta de su tacto cada vez con mayor exigencia, pero al menos estaba lo suficientemente

ocupada para prestar atención.

No había vuelto a encender el teléfono con número español desde que me fui hacia ahora una semana, es más, valoraba la posibilidad de tirarlo a la basura o más bien a una papelera de alguna calle poco transitada para no tener la más mínima tentación de hacerlo, porque me moría por saber si había intentado contactarme.

¿Me habría buscado Alejandro?, ¿Habría ido hasta el apartamento a comprobar si estaba? Por supuesto que no lo habría hecho, es más, dudaba que hasta me echase de menos, llamara o simplemente intentara verme tras la carta de renuncia que debía haber recibido en la empresa con el nombre de Irina Suárez y que pedí a Andrei expresamente que enviara la misma noche que llegamos

—¡Tengo que olvidarme de una maldita vez de él! —exclamé en voz alta.

—¿Hablando sola? —preguntó la voz que acababa de entrar en mi habitación y que reconocía perfectamente.

—¡Nadia! —grité mientras me abalanzaba sobre ella y ambas acabamos en el suelo del impulso con el que la abracé, menos mal que la moqueta de mi habitación amortiguó la caída.

—Fractura en la pelvis izquierda con traumatismo de hombro izquierdo y muñeca —comenzó a recitar.

—¡Anda y calla exagerada! —grité ante el parte clínico que Nadia relataba y comenzó a reír al igual que yo lo hice.

La ayudé a levantarse y la observé detenidamente, lo cierto es que Nadia y yo nos parecíamos bastante solo que ella tenía el cabello más oscuro y los ojos grisáceos en lugar de azules, pero físicamente éramos bastante parecidas, de hecho, podríamos pasar como hermanas.

—¿Que tal está tu padre? —preguntó mientras me dirigía hacia la cama, la cual estaba llena de toda la ropa que me había traído de vuelta y aún no había colocado en los armarios, es más, estaba durmiendo en la habitación de invitados contigua a la mía precisamente por esa razón.

—Bastante mejor, de hecho, le darán el alta a finales de semana o al menos eso nos han comunicado —afirmé seria.

—Me alegro entonces de que todo vaya bien, ¿No tienes a nadie que coloque tu ropa? —preguntó extrañada señalando el montón de ropa sobre la cama.

—Sí, pero la verdad es que prefiero hacerlo yo, me distrae y así luego sabré donde coloqué cada prenda —contesté sin mencionar que quería tener la mente ocupada por no incluir que quería conservar algunas prendas que para mí tendrían un significado especial por los encuentros que había mantenido con Alejandro mientras las llevaba puestas... como aquel body que llevé la primera vez tras el acuerdo regalo de mi madre o el que él me regalo justo antes de aquel fin de semana en Londres o sin lugar a duda, las prendas que me regalo cuando fuimos a navegar...

—Bueno, vine porque quería que fueras la primera en saberlo —dijo entonces Nadia y me volví hacia ella prestándole toda mi atención.

—¿Saber qué? —pregunté preocupada.

—¡Ya soy licenciada! —gritó en un chillido atroz que hizo que diera un salto de la emoción.

—¡Oh Dios mío! —exclamé—. ¿Y donde harás la especialidad? —Sabía que haría una residencia de dos años en algún hospital para hacer una especialidad en cirugía que era lo que ella deseaba desde que era pequeña, anhelaba ser cirujana.

—Aquí —sonrió—. En el clínico central —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Pero si era súper difícil entrar! —grité emocionada sabiendo que entrar ahí como médico residente solo se podía mediante buenas calificaciones y no con sobornos como ocurría en otros hospitales.

—Sí, pero debí seducirles con mi encanto durante la entrevista, porque de lo contrario, no me lo explico —contestó en un tono de lo más sensual y yo le tiré a la cara la prenda que llevaba en las manos que no era ni más ni menos

que el vestido que me había puesto la noche en que acudí a la primera cita con Alejandro.

—Mentirosa, te has matado para ser una de las mejores de tu promoción —aseguré.

—¡Ey! —chilló mientras recogía el vestido del suelo—. Que, si no lo quieres me lo quedo, ¡eh! —sugirió Nadia mientras parecía analizar la prenda meticulosamente estirándola para verla en todo su esplendor.

—Quédatelo, yo no lo quiero —contesté sin emoción.

—Vaya... pues sí que estás mal — contestó en un tono serio mientras se acercaba a mí—. ¿Has sabido algo de él?

—No, ni tampoco quiero —respondí como un autómatas mientras empezaba a separar prendas por colores.

—Tal vez sea mejor así Irina, los tipos como él no cambiarán nunca — afirmó pasándome un brazo por los hombros.

—Lo sé —aseguré—. Al igual que también sé que con el tiempo me acabaré olvidando y solo será un lejano recuerdo del que ni me dará nostalgia recordar, pero ahora solo deseo que llegue ese momento y que lo haga rápido.

No quería sentir ese dolor que estaba sintiendo, esa ansia viva por volver a verle, por desear demasiadas cosas que estaba segura no sucederían y sobre todo, por tener que aceptar que me había enamorado de un patán egoísta sin escrúpulos que durante todo el tiempo solo pensó lo peor de mí por más que intenté demostrarle lo contrario.

Alejandro no me convenía, por más que me lo decía una y otra vez sabía que no era el hombre que yo necesitaba en mi vida, pero eso no cambiaba lo que aún sentía y a pesar de saber que con el tiempo le olvidaría, algo dentro de mí me decía que no sería tan fácil hacerlo porque había sido el único hombre del que me había enamorado perdidamente.

Aquella tarde fui con mamá al hospital, necesitaba hablar con mi padre para plantearle la situación y en dos días le darían el alta para que volviera a casa. Los médicos habían sido muy estrictos advirtiéndome que necesitaba llevar

una vida tranquila sin altibajos, por lo que mi idea de tomar las riendas de la empresa como la presidenta del consorcio Komarov, cogían fuerza al tener el apoyo de mi madre y también el de Andrei que estaba de mi lado para ayudarme. Todos coincidíamos en que mi padre no podía volver a llevar el mismo ritmo de antes o su salud se agravaría.

—Papá tenemos que hablar —dije cuando llevábamos unos minutos en la habitación.

—Tengo la sensación de que las dos estáis tramando algo que no me va a gustar —contestó mi padre frunciendo el entrecejo y después sonrió—. ¿Que desean las dos mujeres de mi vida? —prosiguió mientras dejaba el periódico que era lo único que le permitíamos leer a un lado y nos observaba a mi madre y a mí a ver cuál de las dos se atrevía a hablar primero.

—No puedes volver a la empresa y llevar el ritmo de trabajo que tenías antes —dije sin rodeos.

—Sé que estáis preocupadas por mí, pero os prometo que no me esforzaré más de lo que mi corazón pueda soportar —aseguró con voz pausada.

—No Luciano —intervino mi madre—. No voy a permitir que me des otro susto como este, ¿Sabes lo mal que lo he pasado? Es hora de que delegues, te guste o no, la situación lo requiere y ya no estás para pasarte la vida montado en ese avión de reunión en reunión sin descanso.

—No creo que sea para tanto mujer —respondió tozudamente.

—¡Casi te mueres por dios! Si no llego a estar allí no se que habría podido pasar... —gimió con pesar.

—Vas a nombrarme tu sucesora papá —afirmé—. Vas a delegar en mí y seré la nueva presidenta de Komarov, aunque tu sigas estando al frente de la empresa desde la sombra, pero seré yo quien haga la mayor parte del trabajo —añadí convencida.

—No estás preparada Irina, aún eres muy joven, tienes mucho que aprender todavía y...

—Lo estoy papá —contesté interrumpiendo su discurso—. Además, no te estoy diciendo que te apartes de la empresa, pero te quedarás en casa, llevarás una vida tranquila y yo te informaré de todo. Serás tu quien me diga qué decisiones debo tomar o no.

Observé a papá meditar la opción, era la primera vez que no rebatía o contestaba rápidamente como lo hacía siempre, sino que hasta incluso parecía estar valorando aquella opción, cosa que yo misma me había llegado a plantear que rechazaría obcecadamente sin siquiera escucharme, por eso estaba mi madre allí como apoyo moral y aún así pensé que tendríamos que obligarle a que aceptara.

—Hazlo por nosotras —intervino mamá—. Hazlo por mí tranquilidad Luciano y por la de tu hija —insistió.

—Está bien —contestó tras un largo silencio sorprendiéndonos a ambas.

—¿De verdad? —exclamé sorprendida.

En el fondo jamás creí que mi padre me dejase la presidencia, después de todo era casi recién licenciada y no tenía más de tres meses de prácticas, creí que diría que Andrei estaría al frente hasta que yo estuviera preparada o algo asimilar.

—Me demostraste que eres muy capaz con aquel proyecto y confío en ti Luciana, además ibas a heredar la empresa tarde o temprano, aunque vas a encontrarte con demasiados problemas que no vas a saber resolver, pero reconozco el talento de mi propia hija y sé que no me vas a defraudar.

—No lo haré papá, te demostraré que has tomado la decisión correcta —aseguré con los ojos vidriosos por las lágrimas contenidas.

Saber que mi padre confiaba tanto en mí como para darme ese privilegio solo me hacía sentirme la hija más afortunada. Era consciente de que heredaría algún día su imperio, pero siempre habría creído que lo haría cuando estuviera lo suficientemente capacitada y con ciertos años de experiencia a mi espalda, sin embargo, había decidido apostar por mí, arriesgando su mayor logro y dejándolo en mis manos.

No podía defraudarle, así tuviera que enfrentarme al mismísimo diablo para sacar todo adelante, no iba a dejar que se arrepintiera de haber tomado aquella decisión.

—Estarán todos los miembros de las juntas directivas y directores de todas las sedes Komarov señorita Irina —citó la secretaria de mi padre y sus palabras retumbaban en mi cabeza una y otra vez.

Eso solo podía significar una cosa; Alejandro estaría en el acto conmemorativo en el que se anunciaría el traspaso de la presidencia, los rumores decían que sería Andrei quien estaría al frente puesto que nadie me había visto trabajar en la empresa y mi padre había tratado de mantener oculta salvo por un número selecto de amigos y clientes.

«Desde luego más de uno se va a llevar una sorpresa esa noche» pensé para mis adentros, aunque quien desde luego iba a sorprenderse y dudaba que reaccionara de buena manera sería Alejandro. Algo me decía que estaría allí, puesto que él jamás renunciaría asistir a un evento de tal relevancia.

—Calma Irina —me dije a mi misma—. Solo haz como si no existiera y todo irá bien. No se acercará a ti, estarás rodeada de numerosas personas y le resultará imposible hacerlo, aunque quisiera —me apremié a mí misma.

En todo caso, probablemente ni le vea ya que al acto acudirán casi tres mil personas desde todas partes del mundo. Si, lo más probable es que ni tan siquiera le encontrara entre tanta multitud.

—¿Cómo lo llevas, prima? —exclamó la voz de Andrei haciendo que tomara una pausa en mis anotaciones para levantar la vista de la mesa y sonreír.

—Creo que estoy un poco asustada si te digo la verdad —dije en confianza—. Y también nerviosa —añadí.

Tenía que estar a la altura de las circunstancias y sobre todo, no defraudar a mi padre en el camino.

—Seguro que lo harás bien, de lo contrario el viejo no te habría puesto al mando de la presidencia —contestó divertido.

—¿No te hubiera gustado estar en mi lugar? —pregunté directa.

Andrei podía ser una cabra loca en muchos sentidos, sobre todo en cuanto a mujeres se tratara, pero se tomaba bastante en serio los negocios, poco a poco estaba demostrando ser muy capaz y adquiriendo actitud de líder.

—En absoluto querida prima —contestó rápidamente—. Una cosa es hacerme responsable de ciertos asuntos por tu padre y el apellido de la familia que lleva ésta empresa, pero otra bien distinta es que caiga toda la responsabilidad sobre mis hombros. Probablemente la carga me pesaría tanto que saldría huyendo sin mirar atrás —dijo entre risas—. Prefiero estar así, gozo de mucha más libertad de lo que haría estando en tu lugar.

—En cierto modo lo entiendo —confesé entendiendo a lo que se refería—. Ahora que he inspeccionado la agenda de mi padre me doy cuenta de la cantidad de reuniones, viajes y asuntos que debía tratar continuamente. No me extraña que le haya dado ese amago de infarto, es más, lo que me extraña es que no le haya dado antes debido a su edad —añadí sincera.

—Porque en el fondo el viejo es un tipo duro, está hecho un toro —contestó riendo Andrei mientras se levantaba.

—¡Oye!, ¡Que tampoco es tan viejo! —le recriminé.

Se llevaba unos cuantos años con mamá, pero apenas pasaba de los sesenta.

—Sabes que no lo digo en serio, todo queda en familia primita —dijo con cierto humor en su voz.

—Si claro —contesté con cierta ironía entrecerrando los ojos como cuando hacíamos de pequeños.

—Anda, que te invito a comer —anunció como si tratara de comprar mi silencio.

—No puedo, he quedado para almorzar con Nadia —respondí inmediatamente y miré el reloj porque no podía llegar tarde—, está trabajando en el hospital y solo tiene una hora libre —añadí mientras metía todas las cosas en el bolso para salir corriendo.

—¿Aún sois amigas la endemoniada esa y tú? —exclamó con sorna.

—Que Nadia sea una de las pocas o probablemente la única mujer que te haya rechazado no significa que sea endemoniada —contesté de forma divertida.

Sabía que a mi primo Andrei le llevaba por el camino de la amargura que Nadia no le hubiera hecho ni caso cuando hace unos años intentó tener algo con ella y le mandó al diablo.

—A mi no me rechazó, fui yo el que descubrió que era una arpía envuelta en un bonito disfraz. —Se defendió.

—Si ya... di lo que quieras, pero solo te cae mal por eso —contesté rebatiendo su argumento.

—¿Para qué perder el tiempo con una mujer cuando hay tantas? —exclamó abriendo los brazos al mismo tiempo que lo decía.

—Por eso mismo te rechazó Nadia —suspiré—. Me voy o llegaré tarde —dije mientras cogía el ascensor para bajar al garaje donde debía esperarme el chofer que hasta hacía poco atendía personalmente a mi padre y que ahora me atendería a mí.

La comida con Nadia logró ayudarme a reflexionar, ella tenía toda la razón respecto a Alejandro. Era agua pasada, ya había pasado tiempo suficiente, aunque solo hubieran sido un par de semanas para que mi cuerpo se acostumbrara a su carencia y aunque reconocía que por las noches no podía evitar pensar en él y en su recuerdo, había comenzado a aceptar la idea de que no volveríamos a tener contacto, de que aquello había terminado formando parte de mi pasado.

Estaba nerviosa, aunque sabía que el momento iba a llegar inminentemente, no podía sino estar prácticamente histérica por lo que en unas horas iba a acontecer y que cambiaría mi vida drásticamente. El día había llegado y lo cierto era que lo único en lo que podía pensar es si lograría verle después de todo... ¿Estaría Alejandro entre la multitud? Ni tan siquiera me había atrevido a preguntar si había confirmado su asistencia porque eso me

pondría aún más nerviosa de lo que de por sí ya estaba.

—¿Qué te pondrás para el evento? —preguntó mi madre en ese momento entrando en mi habitación sin llamar, de alguna forma aquello me desquiciaba.

Después de estar meses viviendo sola y teniendo cierta independencia sin tener que dar explicaciones, aunque la casa de mis padres era enorme, decreté que tenía que buscar un lugar donde vivir sola, aunque viniera frecuentemente al que siempre había sido mi hogar, pero necesitaba esa sensación de libertad que allí no iba a encontrar.

—Algo formal —contesté mientras me secaba el cabello con la toalla y le quitaba la humedad.

—¿Necesitarás ayuda? —preguntó pacientemente.

Al ser una ex- modelo y amante de la moda, agradecía los consejos de mi madre, pero en aquella ocasión tenía muy claro que debía representar formalidad por lo que no llevaría ninguna extravagancia, ni presumiría de piernas largas o gran escote, solo el estrictamente apropiado.

—Creo que no, pero gracias por tu ayuda mamá —contesté dedicándole una sonrisa.

—Gracias a ti por hacer esto —suspiró—. Desde el momento en el que tu padre aceptó que te hicieras cargo, volví a respirar tranquila.

—Hasta a mi me extraña que no se haya arrepentido y cambié de opinión —dije dándole pie a conversar porque presumía que era lo que pretendía entrando allí.

—¡Para nada!, Hasta va presumiendo en su círculo de amistades más cercano que va a jubilarse y su hija se hará cargo de la empresa mientras él recorre el mundo.

—¿De verdad? —exclamé atónita—. Pues sí que se lo ha tomado bien —susurré.

—Dentro de dos semanas nos iremos por fin de crucero en el barco después de tantos años, ¿Recuerdas la última vez que hicimos eso? —gritó de la emoción.

—Creo que fue cuando tenía unos cinco años —mencioné riéndome mientras recordaba aquel verano—. Me alegro mucho mamá —dije sinceramente.

Tal vez era hora de que ellos al fin disfrutaran como el matrimonio que realmente se amaba. Pensé si yo encontraría ese amor que ellos se profesaban alguna vez, si sería capaz de encontrar a alguien que me amase tanto como mis padres se querían. Tal vez ya era demasiado afortunada teniéndolos a ellos como ejemplo, para que la flecha de Cupido me alcanzara también a mí y que en ese caso me correspondiera.

Saqué del armario el conjunto blanco de pantalón y chaqueta larga que había elegido para la ocasión. Lo combinaría con un corsé negro que pese a tener escote no era muy atrevido y al llevar abotonada la chaqueta del traje disimulaba bastante. Era elegante y seductor en la medida justa.

—Te sienta muy bien el blanco Irina —confirmó mi madre que se había quedado pese a decirle que no necesitaba su ayuda.

Me ondule el cabello dejándolo suelto, no quería nada de recogidos muy elaborados, así parecería más natural y me maquille sutilmente, pero marcando bastante los ojos con mucha máscara de pestañas y un labial en tono claro para que los labios no desentonaran demasiado. Debía dar un aspecto profesional, no de mujer de revista.

Iba a elegir las joyas que luciría esa noche cuando abrí el joyero para inspeccionar, pero mi madre colocó una mano sobre el dorso de la mía en el momento que había decidido coger unos pendientes de perlas.

—Te compré esto para la ocasión —dijo ofreciéndome una cajita de terciopelo azul que cogí entre mis manos.

Cuando la abrí contenía un par de pendientes brillantes bastante discretos con una fina gargantilla muy sencilla y un anillo del mismo estilo que los pendientes.

—Es precioso mamá y muy sencillo —añadí sorprendida porque ella era de gustos mucho más extravagantes y recargados.

—Intuí que no querrías llevar nada llamativo para la ocasión —sonrió cómplice como si supiera perfectamente lo que pensaba—. Son diamantes, aunque están engarzados en oro blanco.

—Gracias mamá, es justo lo que yo habría elegido —respondí al tiempo que la abrazaba.

Ahora entendía porque se había quedado allí todo el tiempo observándome, solo estaba esperando el momento oportuno para darme aquellas joyas y me conmovió que fuera tan paciente. Suponía que en el fondo se sentía demasiado agradecida por lo que iba a hacer esa noche y lo que implicaba que lo hiciera.

De camino al lugar donde tendría lugar el evento del traspaso de la presidencia las manos comenzaron a sudarme, tal vez me cayera de aquellos andamios de quince centímetros que llevaba puestos o se me secase la garganta al pronunciar mi discurso, pero tenía que ser sincera, la verdadera razón de mis nervios se llamaba Alejandro Álvarez.

«¡Dios!, ¡Que al menos no le vea hasta que termine el discurso!» gemí en mi interior.

Se había decidido optar por realizar el acto en el hotel Aurora de Moscú en lugar de la empresa porque podría albergar a todos los presentes, así que cuando llegamos había algunos asistentes en el hall de entrada y muchas más en la antesala previa al lugar donde se realizaría el evento.

Andrei se acercó hasta nosotros nada más entrar en el hotel, al parecer él acababa de llegar hacía solo unos instantes y le había dado tiempo a verificar que todo estaba en orden según lo previsto.

—Después de hoy, no habrá vuelta atrás —susurró Andrei acercándose hasta mí.

—Lo sé —contesté respirando profundamente y miré al frente para encontrarme con aquellos ojos azules que tanto había tratado de evitar desear, pero que resultaba imposible no hacerlo.

—Alejandro acaba de verme —susurré en voz baja para que solo me

escuchase Andrei, que tras oírme rodeó con su brazo mi cintura, como si con aquello intentara hacerle creer que era mi pareja y no mi primo.

—¿Sigue creyendo que eras una simple becaria? —preguntó sonriente.

—Si —afirmé porque la mentira iba a desmoronarse en unos instantes.

—Pues la sorpresa que se llevará será bien gorda —contestó riéndose de tal forma que casi conseguía exasperarme.

Para él sería gracioso, pero desde luego para mí no lo era.

A CUALQUIER PRECIO

POV ALEJANDRO

Llevaba dos largas semanas sin noticias, sin responder a los infinitos mensajes que había dejado en su buzón de voz, a los miles de mensajes de texto que había enviado o a los cientos de correos electrónicos que decidí como último recurso enviar a modo de desesperación para lograr contactar con ella.

Se había esfumado, era como si Irina se hubiera marchado de verdad y para siempre porque a ninguno de ellos contestó e incluso me inclinaba a pesar de que ni siquiera lo había recibido porque su teléfono permanecía siempre apagado y en el correo electrónico nunca aparecía conectada.

Me había repetido una y mil veces que después de todo solo era una mujer, otra más de la lista pese a saber de sobra que no era así. Ella tenía algo que ninguna otra poseía; aparte de sus largas piernas, esas malditas nalgas que me tenían obsesionado y una cara preciosa, Irina había conseguido filtrarse bajo mi piel de tal forma que era incapaz de olvidarla y mucho menos resignarme a no volver a verla.

—Señor Álvarez, tiene una llamada por la línea dos, parece muy importante y viene de la sede central de Komarov —mencionó en ese momento la voz de mi secretaria por el interfono haciendo que dejara de pensar unos instantes en la rusa.

—Pásamela —contesté seriamente como siempre solía hacer, aunque desde que ella se había marchado estaba sumamente irritable.

—Al habla Álvarez —dije mientras firmaba al mismo tiempo unos documentos pendientes.

—Le llamo de la sede central de Komarov en Moscú porque no hemos

recibido aún su respuesta de confirmación a la reunión que se llevará a cabo dentro de cuatro días con motivo de la sucesión de presidencia —contestó una voz femenina que hablaba perfectamente inglés.

¿Dónde estaba esa invitación? No me constaba haberla leído.

—Disculpe, pero no he recibido dicha invitación, ¿Hace cuanto tiempo que la enviaron? —pregunté al mismo tiempo que comenzaba a revisar el correo.

—Se le envió por correo interno hace tres días señor Álvarez, tanto a usted como a todos miembros de la directiva y junta ejecutiva de todas las sedes Komarov.

Revisé el correo interno que precisamente hacía cuatro días que no había abierto y me maldije por haberme despistado, allí estaba la invitación. Cuando la leí y vi que el lugar de la sucesión sería en Moscú solo un pensamiento se me cruzó por la cabeza... Irina, era la oportunidad perfecta para encontrarla.

—Confirmando mi asistencia —respondí como si fuera un autómata mientras pensaba que Andrei estaría allí, de hecho, debía ser él quien sucedería a Luciano Komarov en la empresa, aunque desconocía los motivos por los que dejaba el cargo de presidente del consorcio. Corrían ciertos rumores debidos a su salud, pero con la seriedad que trataba siempre todos sus asuntos privados, dudaba que se filtrara información al respecto hasta el día de la reunión directiva.

Solo conservaba una foto de Irina, la causante de que la hubiera conocido y la que tenía tan grabada en mi retina que casi no me hacía falta mirarla en el teléfono para recordarla. Esa maldita imagen fue la causante de todo, la culpable de que ahora me encontrara como lo hacía, literalmente embaucado por esa rusa rubia de ojos azules que era incapaz de olvidar o pasar página.

La necesitaba en mi vida, eso lo tenía bastante claro y no precisamente por falta de sexo, pese a ser el más increíble que jamás había experimentado, sino porque sentía deseos de estar con ella, de permanecer a su lado y no solo por un apetito carnal como siempre había estado acostumbrado sino porque

quería volver a percibir su olor, a escuchar su voz, a sentir su risa, simplemente anhelaba a esa mujer y no me conformaba con su recuerdo.

Irina había sido la primera mujer con la que había dormido en la misma cama porque así lo había deseado. Era cierto que en las primeras ocasiones solo fue por puro instinto de tenerla para saciar mi apetito, pero después comencé a sentir una irrefrenable sensación de querer que ella estuviera ahí cuando despertara, la seguridad de tenerla al lado por el simple hecho de abrazarla. No entendía que significaba aquello, pero era distinto a lo que siempre había sentido, diferente a cualquier otra sensación que había experimentado en mis anteriores relaciones esporádicas.

La quería única y exclusivamente para mí, quizá Andrei tuviera mucho más dinero que yo para ofrecerle, pero estaba dispuesto a darle el mundo entero si era necesario con tal de que ella volviera de nuevo a mi lado.

Irina quería una relación de pareja, algo en lo que yo ni creía, ni confiaba, ni desde luego estaba preparado para ello. Nunca me había ni tan siquiera planteado tener pareja, de hecho, era algo que no consideraba tener jamás en mi vida, pero el simple hecho de pensar en su ausencia me incitaba a plantearme la posibilidad e incluso aceptarla si era la única forma de tenerla.

Buscaría incluso debajo de las piedras si hiciera falta hasta encontrarla. Amenazaría a Andrei Komarov si era necesario para dar con ella y convencerla de regresar de nuevo a mi lado, de aceptar ser mía otra vez y así me pidiera la luna, accedería encantado a concedérsela.

—¡Hola hermanito! —exclamó voz de Teresa sintiéndola como un soplo de aire fresco para mi amargada existencia desde que Irina se había marchado.

—¿Que tal está la futura novia más hermosa? —contesté en el tono más amable posible que pude conseguir expresar.

No deseaba que Teresa pudiera darse cuenta de la situación, bastante tenía con sus insufribles charlas sobre que tuviera una relación real y normal por una vez en la vida para darme cuenta de lo que me estaba perdiendo, por eso sabía que si le hablaba de Irina por más que quisiera hacerlo solo

provocaría un vendaval.

—¡Nerviosa!, ¡Solo falta un mes! —gritó con aquella voz chillona y bastante efusiva.

—Lo sé... aunque aún no comprendo porque hicisteis la despedida tan pronto, ¿No se supone que es una semana antes de la boda o dos? —pregunté algo extrañado.

—¡Si claro! —exclamó en ese tono autoritario que adoraba—. Para que me lo dejen hecho un Cristo... ya volvió con la muñeca rota y completamente rapado, si eso pasa una semana antes de la boda, ¡Os crucifico! —añadió algo molesta.

Lo cierto era que me fui mucho antes de que aquello sucediera, de hecho, apenas recordaba algo después de la cena y mucho menos como fue sucediendo todo, pero sí recordaba donde había acabado... en casa de Irina.

—¿Para que me llamabas pecosa? —pregunté cambiando de tema para evitar recordar a mi rusa más de lo necesario.

—Quería preguntarte por última vez si vas a llevar acompañante o no a la boda, puesto que estoy cerrando la lista de invitados —dijo con ese tono que parecía casi una súplica.

Teresa me había preguntado hasta la saciedad y mi respuesta nunca había cambiado, siempre había sido negativa, pero si era sincero consigo mismo, ahora deseaba que Irina me acompañara, me gustaría incluso que mi hermana la viera y me diera una opinión sobre ella. ¿Se llevarían bien si se conocieran? Ni tan siquiera sabía porque pensaba en ello cuando probablemente no volviera a verla.

—Siempre que me lo has preguntado, la respuesta ha sido la misma, ¿Qué razones tienes para creer que he cambiado de opinión? —exclamé fingiendo desinterés.

—Alberto me ha dicho que has conocido a alguien, que incluso parecías más interesado de lo normal —admitió y suspiré maldiciendo en voz baja.

¡A la mierda Alberto y su afán por contarle todo a mi hermana! Esperaba

que no le hubiera contado como eran realmente las cosas o le mataría con mis propias manos a pesar de ser mi mejor amigo y pronto mi cuñado.

—Aprecio tu interés pecosá, pero no es así. —Ni tan siquiera sabía si encontraría a Irina, aunque desde luego no cesaría de intentarlo.

—Tienes dos semanas para cambiar de opinión, hazme ese regalo de bodas hermanito, ¡Por favor! —dijo en un tono de lo más dulce que no pude negarme en rotundo a ello.

—No te prometo nada, pero lo intentaré. —Aquello era más, mucho más de lo que podía ofrecerle, entendía las razones de Teresa por preocuparse, ella iba a comenzar una nueva vida, formar su propia familia y podía entender que se sintiera nostálgica al sentirse algo culpable por todo lo ocurrido en nuestra niñez, después de todo fui yo quien se llevó la peor parte por protegerla a ella y podía ser consciente del dilema que ella tenía, pero siempre había estado bien a mi manera, nunca había deseado precisamente la compañía de una mujer... hasta que Irina llegó a mi vida volviéndolo todo patas arriba y filtrándose en lo más profundo de mi piel.

—¡Ay que emoción!, ¿Cómo se llama?, ¿Es guapa? Seguro que es guapísima, aunque eso es lo de menos y... —comenzó a hablar provocándome cierto pesar al estar dándole esperanzas sobre algo que probablemente no podría cumplir.

Aunque encontrara a Irina nada me aseguraba que conseguiría que ella volviera a pesar de que fuera lo que más deseara en el mundo. Era consciente de que le había hecho daño a pesar de no querer hacerlo de forma intencionada, pero no tenía ni idea de cómo tratarla y lo peor de todo era que mis miedos me cegaban sin permitirme siquiera intentar confiar en ella.

Tal vez aquello fuera lo más complicado, pero me había convencido de estar dispuesto a ello, de tratar de superar todos esos años de convicciones y confiar por primera vez en una mujer, en la única que había sido capaz de reconsiderar esa posibilidad por la simple y llana razón de que sentía un hueco en mi pecho por su mera ausencia.

—Tengo que dejarte Teresa, voy saliendo para una reunión que tengo dentro de cinco minutos —comunicué a mi hermana para interrumpir la llamada puesto que solo se trataba de una simple excusa y no tenía ninguna reunión a la vista, pero no quería entrar en más detalles para que se ilusionara más de la cuenta.

Haría cuanto estuviera en mi mano por tratar de que me acompañara, pero aún me parecía demasiado insólito que lo hiciera después de no haber logrado ni tan siquiera contactar con ella. No veía la hora en llegar a Moscú para aquella dichosa reunión y tratar de encontrarla, nunca había estado más agradecido a un viaje de negocios que ese, solo por lo que ello implicaría.

Cogí el vuelo aquel viernes en cuanto salí del trabajo, necesitaba estar allí con antelación para aprovechar todo el tiempo que fuese posible y buscar a Irina. No tenía ni la menor idea de por donde empezar, aunque en realidad sí que la tenía “Andrei”. Sin duda alguna él debería saber donde estaba ella o incluso la tendría alojada en su propia casa.

La convención para el traspaso de la presidencia tendría lugar a media tarde del sábado, esperaba tener tiempo suficiente para poder dar con ella y convencerla de regresar... a pesar de meditar durante aquellas largas horas de vuelo y preparar un discurso un tanto mediocre, me convencí a mi mismo que una parte de ella desearía volver, que no podían ser imaginaciones mías lo que habíamos vivido con tanta intensidad, es más, quise aferrarme a la única seguridad que tenía, de que a pesar de haber estado distanciados la noche que aparecí en su casa tras la despedida de Alberto, ella no se había acostado con Andrei. Por alguna razón le había rechazado a pesar de que él volviera a su casa al día siguiente.

Mis esfuerzos fueron infructíferos durante aquella noche y todo el día siguiente hasta que no tuve más remedio que volver al hotel donde me alojaba y que por suerte se celebraba allí mismo la ceremonia de traspaso. Mi única resignación era que al menos estaría Andrei presente, es más, aunque existían rumores de posibles candidatos, sería más que obvio que él sucedería a su tío

Luciano Komarov, puesto que era el único miembro de la familia en la empresa. En algún momento de la noche tendría que interceptarlo para preguntar por ella, para que me diera, aunque fuese una dirección y entonces acudiría en cuanto finalizara aquella pantomima.

Era la primera vez que no disfrutaba realmente de lo que significaba mi trabajo, en todos los años que llevaba trabajando para el consorcio Komarov, había incluso pagado por asistir a eventos, convecciones y fiestas que se hicieran fuera de la empresa y en los que nadie me preguntaría por mi vida personal, por mi pasado o por situaciones de las que prefería simplemente no contestar como ocurría cuando me relacionaba con familiares y amigos, pero en aquella ocasión primaba más mi interés personal por Irina y sentía una opresión en el pecho inaudita por saber que ella se encontraba en aquella ciudad y tenía forma alguna de localizarla.

En el momento que deslicé la mirada hacia la entrada solo para ver por enésima vez si Andrei Komarov habría hecho acto de presencia, la vi... tuve que mirar dos veces para asegurarme de que verdaderamente era ella y estaba asombrosamente elegante y absolutamente bella.

Mi garganta se reseco solo por contemplarla, en todos mis años de vida nunca había visto a una mujer más absolutamente preciosa que ella y podría incluso jurar que su sonrisa era tan sincera que simplemente me abrumaba. A pesar de saber que ella podría ser como todas las demás simplemente me daba igual, la quería a ella, únicamente a ella.

Observé que a su lado estaba Andrei Komarov. Ni tan siquiera me había planteado la posibilidad que ella le acompañara a un evento singular de tales características, pero quizá el interés del sucesor de Luciano por mi rusa era tan significativo como el mío.

En el momento que ella se percató de mi presencia pude ver el brillo de sus ojos de nuevo, su rostro de sorpresa al verme, aquellos segundos en los que ambos permanecemos mirándonos para mi fueron suficientes, supe que ella tendría que regresar de nuevo a mis brazos o simplemente moriría.

NO SOY QUIEN ESPERABAS

—¡Andrei Komarov! —exclamó la voz ronca de Alejandro penetrando mis oídos y mi cuerpo comenzó a temblar debido a ello.

Vi como Alejandro miraba a Andrei, como si tratara de rivalizar con su altura y estudiando fijamente sus movimientos. Pero ¿Qué demonios hacía saludando a mi primo estando allí presente?

—Álvarez —contestó Andrei en un tono con mucha menos efusividad.

En ese instante Alejandro volvió su mirada hacia mí, no sabía que decir, ¿Debía decir algo? No podía ni razonar y mi cuerpo tampoco lo hacía permaneciendo completamente rígido, como si temiera que con un movimiento fuese a romperme en pedacitos.

—Señorita Suarez —dijo mirándome fijamente mientras yo guardaba un silencio sepulcral y estaba segura de que Andrei se estaba regodeando con la situación por la mano que aún permanecía en mi cintura pese a no saber gran cosa de lo ocurrido entre Alejandro y yo, salvo que evidentemente tuvimos una aventura, de eso no podía tener la menor duda cuando le pilló en mi casa prácticamente desnudo y con aire de posesividad.

—Vamos querida, debemos entrar —dijo entonces la voz de mi madre interrumpiendo mi silencio y sacándome del trance. Me giré para verla, iba del brazo de mi padre.

—Es la hora Irina —apremió Andrei en voz baja y yo asentí.

Agradecí que Alejandro no entendiera ruso porque de lo contrario estaría pensando a qué demonios se referirían.

—Debería tomar asiento Álvarez puesto que la reunión dará comienzo inmediatamente —apremió Andrei en un perfecto inglés mientras Alejandro asentía y nosotros nos marchábamos tras mis padres dejándole allí de pie y muy probablemente observando cómo nos alejábamos.

—¿Por qué sigues rodeándome de la cintura si ya no nos ve? —pregunté a Andrei algo nerviosa.

—Eso de que no nos ve lo dirás tú —contestó mientras aguante las ganas de volverme para mirar hacia atrás cuando estábamos llegando a los asientos en la primera fila—. De todos modos, ¿Que más te da? En unos minutos averiguara que no eras una becaria cualquiera, déjame disfrutar del momento —añadió sonriente y yo rodé los ojos hacia otro lado.

—Luego dices que Nadia no tiene razón, pero a veces te comportas como un niño, aunque ahora casi agradezco que lo hagas —contesté tomando asiento a su lado entre él y mi madre.

De haber estado sola presentía que Alejandro me habría increpado de alguna forma y lo cierto es que no estaba segura de cómo interpretarlo después de como terminamos la última vez que nos vimos.

—No pienso perderme su cara cuando tu padre haga el anuncio —susurró en voz baja—. Ese tipo no me cae mal pero reconozco que la situación me divierte.

No le contesté, realmente tenía demasiado en lo que pensar ahora que el momento se acercaba como para añadir a la lista que Alejandro iba a enterarse de que no era una becaria de poca monta con grandes aspiraciones como él siempre había creído, sino que era la heredera de todo aquel imperio que mi padre había creado. Aunque me daba igual como reaccionase él, no tenía medio de comunicación alguno para reprochármelo y de lo que sí estaba segura era de que pensaba evitarlo a toda costa en cuanto aquel acto se acabara.

—Buenas tardes y bienvenidos al hotel Aurora a todos los asistentes —comenzó a decir en inglés la persona asignada para llevar el protocolo y orden del evento que tenía lugar.

El silencio se hizo eco por toda la sala y aunque algunos de los invitados estaban terminando de entrar, miré la hora y me sorprendió la precisión con la que se estaba llevando a cabo todo. Eso me hizo recordar las veces en las que

Alejandro me había reprendido por mi impuntualidad, aunque solo se tratara de uno o dos minutos de retraso.

Me sacudí la cabeza y decidí prestar atención al maestro de ceremonias que seguía el discurso establecido de presentación.

—... con motivo de la sucesión en la presidencia Komarov. Por tanto, ¡Démosle un gran aplauso al fundador, al creador y gran promotor de las empresas Komarov en todo el mundo, el gran Luciano Komarov! —exclamó el interlocutor comenzando él mismo un aplauso motivando a todos los presentes.

Los aplausos prorrumpieron en toda la sala mientras mi padre subía los escalones y se ajustaba la corbata mientras tanto, llegó al atril y haciendo un movimiento de manos para que la gente se calmara el silencio volvió a inundar la sala.

El discurso de mi padre databa de sus inicios, contando cómo su padre, es decir mi abuelo, trabajaba en pozos petrolíferos y le contaba historias de que el petróleo era el nuevo oro del siglo veinte. Eso le hizo meterse desde muy corta edad en proyectos que gracias a la suerte o al destino, dieron sus frutos al encontrar petróleo en unos terrenos por los que nadie apostó que encontraría. Gracias al dinero del petróleo pudo invertir en tecnología, inmobiliaria y muchas otras ramas que con la evolución de los últimos años habían llevado a empresas Komarov al posicionamiento en el que hoy día se encontraban, siendo uno de los consorcios más consolidados en todo el mundo.

—Aunque reconozco que es hora de que otro ocupe mi lugar, de dejar paso a una nueva generación de la que no puedo estar más orgulloso y en la que confío plenamente. Estoy completamente seguro de que conseguirá hacer de las empresas Komarov un imperio aún más fuerte de lo que es hoy día —dijo mi padre con un evidente tono de voz que evidenciaba devoción.

Me sequé las manos en el pantalón porque me sudaban, de hecho, me sudaban demasiado por los nervios, el momento había llegado, sabía con antelación la frase que venía y que mi padre iba a decir en unos instantes y me

preparé mentalmente para ello...

—Es para mí un placer poder anunciarles que mi única hija, Luciana Irina Komarova, será la nueva presidenta y de empresas Komarov.

Andrei fue el primero en comenzar a aplaudir, seguido de mamá y en ese instante me levanté y observé a mi padre que también aplaudía mientras hacía el mismo recorrido que minutos antes había hecho él subiendo aquellas escaleras a ritmo pausado, lo que menos podía ocurrir ahora era que me diera de bruces contra el suelo mientras tres mil personas estaban aplaudiendo, quizás dos mil novecientas noventa y nueve si no contaba a Alejandro que no sabía que estaría pensando en esos momentos.

Mi padre no se movió de allí mientras yo me acercaba a él y le daba un beso en la mejilla delante de todos los presentes.

Los aplausos se calmaron y me conciencie para lo que debía decir.

—Gracias a todos por la asistencia —dije mientras hacía una pausa para que se calmase el último de los asistentes que aún seguía aplaudiendo. Gracias a los focos y la oscuridad tras estos no podía definir bien los rasgos de nadie por lo que me despreocupé y comencé el discurso que tenía preparado desde hacía varios días—. Es para mí un placer poder hacer honor a mi apellido formando parte de la historia y legado que mi padre, aquí presente ha decidido entregarme. Agradezco su confianza puesta en mí, para hacer frente a lo que desde muy pequeña he tenido la oportunidad de ver crecer y convertirse en lo que todos conocemos hoy día. Empresas Komarov seguirá creciendo, seguirá expandiéndose y trabajaré duro para lograr que así sea. Hemos llegado a ser líderes en Europa y Centroamérica. Estoy segura que con el esfuerzo y dedicación necesaria conseguiremos ser líderes también en el resto de continentes. Me he formado conscientemente durante toda mi carrera para este día, tal vez no tenga la experiencia que posee mi padre, pero si tengo su tenacidad y sé que contaré con vuestro apoyo para cualquier decisión que tome cuya misión sea llevar a un futuro mejor al consorcio Komarov. Solo quiero volver a agradecer la asistencia de todos los aquí presentes para honrar a mi

padre en su despedida, un gran hombre del que no puedo estar más orgullosa y del que ha sido y siempre será un maestro ejemplar para mí —dije mirándole fijamente y apreciando aquellos ojos azules vidriosos.

Los aplausos volvieron cuando mi padre comenzó a hacerlo y aunque pensé que estaría al borde de las lágrimas a pesar de que jamás le había visto llorar, no lo hizo.

—Gracias a todos por su asistencia, y les invitamos a pasar a la sala contigua donde se ofrecerá un coctel para todos los asistentes —dije dando por finalizado el discurso.

—Ya eres oficialmente la nueva presidenta de Komarov, querida prima —dijo Andrei con sorna mientras yo reía—. ¿Ahora deberé llamarte jefa? —añadió en el mismo tono de ironía.

—Calla estúpido —contesté dándole un leve manotazo en el brazo mientras sonreía—. Aunque eso de llamarme jefa no suena nada mal.

—Siempre he soñado con tener una jefa a la que poder tirarle los tejos, una pena que tengas que ser mi prima —contestó en un tono soñador.

—Tú nunca cambiarás, Andrei —respondí rodando los ojos mientras los últimos presentes en la sala iban saliendo.

Salimos de aquella sala y nos dirigimos hacia el salón contiguo donde se celebraría el pequeño coctel cuya única misión era que mi padre me presentara a los contactos con los que más relación tendría directamente, aunque algunos de ellos ya los conocía por la amistad que les unía y habían sido invitados a cenar a casa en varias ocasiones.

—He olvidado mi bolso en el asiento —comenté mientras volvía justo antes de entrar.

—¿Te acompaño? —preguntó Andrei al tiempo que escuché que alguien le llamaba a cierta distancia para que se acercara.

—No hace falta, está aquí al lado y tardaré un minuto —dije rápidamente mientras volvía hacia la sala donde acabábamos de salir recorriendo el hall que comunicaba las dos puertas y caminando directamente al asiento donde

debía haber dejado mi bolso. A pesar de estar oscuro aún no habían quitado los focos del escenario, por lo que pude llegar con facilidad y lo encontré rápidamente.

Me volví enseguida para retomar el camino de vuelta, pero vislumbré una figura que estaba en mitad del pasillo, desde allí no la distinguía lo suficiente para reconocer quien era, aunque podía apreciar que llevaba un traje y por las sombras parecía tener las manos en los bolsillos.

—Irina Komarova —exclamó esa voz que supe distinguir perfectamente. Esa maldita voz que tantos sueños me había robado y placeres dado al mismo tiempo—. Había esperado cualquier cosa de ti, casi todo salvo que fueras una Komavov, la hija de Luciano Komarov sin ir más lejos.

En aquel momento me armé de valor, no me dejaría acobardar, así que aferrando el bolso en mi mano me coloqué frente a él donde ahora podía distinguir mejor su rostro pese a la distancia.

—Lo soy —respondí simple y llanamente sin titubear.

Ya no tenía que esconderme, ni demostrar que era capaz de ganarme el lugar que me correspondía. Ahora podía decir libremente quien era.

—Así que todo fue un simple juego para ti —escupió aquellas palabras con una risa escéptica que hizo que me frustrara aún más—. Como no... la brillante hija de papá burlándose de todos fingiendo ser una simple becaria.

—Hasta donde yo sé, no me burlé de absolutamente nadie —contesté tajante—. Es más, te recuerdo que ni tan siquiera me quejé del trabajo que me asignaron desde el primer momento —añadí pese a reprenderme a mi misma por entrar en aquella polémica absurda.

—Sí, pero supiste llamar a papá cuando las cosas se torcieron y que te pusiera al frente de un equipo propio —contestó haciendo que apretara los dientes con fuerza para aguantar las ganas de abofetearle.

—Y yo lo rechacé, ¿O eso no te interesa recordarlo? —respondí altivamente—. Al igual que tampoco te interesa recordar que no me escuchaste cuando insistí en que era importante y por esa misma razón tuve que acudir a

él para que *mi* empresa no perdiera una suma importante de beneficios —añadí recalcando que la empresa era mía para que quedara constancia de ello.

—Nunca estuviste con Andrei —dijo cambiando de tercio tan rápido que me costó reaccionar.

—Mire señor Álvarez, creo que eso no es de su incumbencia, pero ya que lo pregunta, le diré que Andrei Komarov es mi primo y si me disculpa tengo que saludar a numerosos invitados por lo que no puedo entretenerme más con usted. Espero que le vaya bien —contesté de forma despectiva.

Pensaba que tratarlo con distancia y de forma unilateral lograría que se diera cuenta de que entre nosotros todo había terminado.

Caminé directa hacia la salida, sabiendo perfectamente que tenía que pasar por su lado y me dio seguridad el hecho de que él no se moviera del sitio como si permaneciera allí clavado. Tal vez había aceptado que la conversación había acabado, pero me equivoqué porque al pasar por su lado sentí su mano aferrarse a mi antebrazo impidiendo que me marchara.

—Te fuiste sin decir nada —susurró en ese instante con aquella voz ronca que me hizo temblar de nuevo.

—No había nada que decir, tu lo dejaste muy claro —contesté secamente.

—Yo... —comenzó a susurrar.

—¡Irina! —exclamó la voz de mi madre que me llamaba desde el hall.

—Adiós Alejandro —dije mientras con mi mano libre me deshacía de su agarre y me marchaba sin mirar atrás—. Estoy aquí mamá —respondí nada más verla al salir de la sala llamando su atención ya que iba camino de la entrada del hotel.

—¿Dónde estabas?, Tu padre no para de preguntar por ti —aseguró preocupada.

—Olvidé el bolso en el asiento —le dije alzándolo para que viera que no mentía.

Aún podía notar los nervios del encuentro a solas con él, después de

tantos días y de haber imaginado como sería si es que se daba el caso nunca pensé que fuese a ir tan bien. Me había imaginado infinidad de reproches y aunque los había habido no eran del talante que esperaba recibir por parte de él.

«Tal vez se haya terminado para siempre», pensé para mis adentros. «Ahora que sabe quién soy, lo más probable es que intente evitarme».

El resto de la velada fue bastante normal, aunque tediosa. Tuve que soportar largas charlas, algunos comentarios machistas por parte de varios miembros que, aunque no eran capaz de ser mordaces, era evidente que la idea de que una joven recién licenciada y además mujer estuviera al frente del consorcio les generaba serias dudas, pero afortunadamente para mi les puse en su lugar antes de que mi propio padre lo hiciese.

Aquella noche caí rendida en la cama, la jornada acabó bastante más tarde de lo que pensaba y mi dolor de pies era monumental. Necesitaba un masaje con urgencia, pero el cansancio era aún mayor que aquel dolor por los infernales zapatos de tacón.

Justo antes de conciliar el sueño no pude evitar pensar en el dios griego una vez más, había sido increíble volver a verlo y si era sincera conmigo misma, mi cuerpo aún seguía reclamándole a él, únicamente a ese bombón de ojos azules, aunque me negase la idea constantemente y lo privara de ello.

Me levanté bastante temprano pese a que había trasnochado dándome una ducha rápida y eligiendo un conjunto formal para mi primer día oficial como presidenta y dueña de empresas Komarov.

Con un maquillaje suave, el cabello ondulado que aún me duraba de la noche anterior y un conjunto gris perla de chaqueta y pantalón salí apresuradamente de casa tras tomarme un café y un zumo de naranja en la encimera de la cocina.

En el instante que mi madre entraba para entretenerme con sus charlas sobre moda o ejercicios de pilates, le di un beso y salí corriendo. Definitivamente tenía que mudarme de casa porque necesitaba esa intimidad

que requería el vivir completamente sola y más ahora que iba a tener el estrés del trabajo sobre mis hombros, así que tomé nota mental para encargar a mi secretaria que buscara una selección de pisos acorde a lo que satisficiera mis necesidades. No quería nada demasiado grande, podría conformarme incluso con un estudio si era preciso, solo quería buenas vistas y que fuera acogedor.

—Buenos días Elsa —dije saludando a mi secretaria bastante mayor que yo y que llevaba muchos años junto a mi padre.

—Buenos días señorita Komarova —saludó sonriente.

—¿Y eso?, ¿Dónde ha quedado señorita Irina? —exclamé extrañada, aunque sonreí para no asustarla.

—Ahora es usted oficialmente la presidenta, creo que es conveniente que la llame por su apellido para que todos lo oigan en la empresa —anunció dejándome asombrada.

—Está bien, como usted prefiera —dije sin darle mayor importancia—. ¿Ya tengo la agenda de la semana preparada? —pregunté entrando a mi despacho mientras ella me seguía.

—Sí, ya he terminado de ajustar las últimas peticiones. Deberá ir visitando todas las sedes a lo largo de las próximas tres semanas para conocer las instalaciones y presentarse ante los trabajadores, además de concertar algunas reuniones necesarias que requieren varios asuntos de su aprobación.

—Sí, ya contaba con eso —dije mientras me sentaba dejando mi bolso al lado y viendo el plan de la semana.

—Entre hoy y mañana tendrá varias reuniones importantes aquí en Moscú donde se detallarán algunos problemas que se han dado en la empresa y sobre todo se decidirán algunas inversiones de capital que debido a la situación de su padre se han pospuesto —anunció Elsa aclarándome la situación y asentí cuando me lo comunicaba mientras leía el informe que me había preparado minuciosamente.

—El domingo viajará a Alemania donde estará dos días, el martes por la tarde viajará a Italia, el miércoles a Francia y el viernes a España donde

pasará el fin de semana y el martes volverá de nuevo a Moscú.

—¿Tanto se alargarán las reuniones en España? —exclamé nerviosa.

—Sí, tiene que aprobar bastantes medidas con el director de la sede, además de varias reuniones con la junta directiva.

¡Genial!, ¡Tendría que tratar asuntos con Alejandro en mi primera semana de presidenta!, ¡Estupendo!, ¿No podía posponerse infinitamente?

«A la mierda mis planes de no verle» gemí.

—Está bien — contesté procurando que mi tono de voz pareciera de lo más normal pese a ser absolutamente lo contrario.

Y yo que pensaba que igual no volvía a verle en muchos años al menos...

«Que ilusa eres Irina» pensé observando como mi secretaria salía por la puerta dejándome a solas.

Alejandro era el director de una de las sedes, ¿En qué maldito momento pensé que no volvería a verle si precisamente tendría asuntos que tratar con él y en ocasiones directamente?

AHORA MANDO YO

En lo más profundo de mi interior y a pesar de que pensé que aún faltaría más de una semana para volver a enfrentarme a Alejandro, creí que tendría tiempo suficiente de prepararme mentalmente para soportar las largas horas que tendría que pasar junto a él.

Me había dicho a mi misma cientos de veces que no estaría sola, que solo hablaríamos de trabajo y que si en algún momento salía a relucir algo del pasado debía cortarlo de raíz en ese instante, pero una cosa era pensarlo, tenerlo claro en mi cabeza y otra bien distinta conseguirlo.

Las reuniones en Alemania, Italia y Francia fueron bastante bien, lo cierto es que esas experiencias me hicieron estar mejor preparada para volver de nuevo a España, solo que en esta ocasión no llegaría en calidad de becaria, sino como la nueva dueña y presidenta de la empresa para escuchar las propuestas y tomar decisiones de relevancia.

Cuando el jet privado aterrizo en el aeropuerto de Madrid y el vehículo que me estaba esperando me llevó hasta el hotel, me pareció que había pasado demasiado tiempo desde que me había marchado de allí, aunque realmente solo fueron semanas, ni tan siquiera llegaba a los dos meses desde aquel amago de infarto que sufrió mi padre y por el que me fui con Andrei inmediatamente sin pensarlo dos veces.

Me hospedaba en el Gran Hotel imperial situado en la gran vía durante esos días, algo que me traía demasiados buenos recuerdos porque aquel pequeño apartamento solo estaba unos cuantos metros calle arriba y aunque me apetecía salir de la habitación, no quería ir a cenar sola por lo que pedí algo de comida a un restaurante que servía a domicilio y mientras aproveché para repasar el informe de la reunión que tendría al día siguiente.

Me levanté muy temprano teniendo en cuenta que apenas había

conseguido pegar ojo debido probablemente al encuentro que evidentemente tendría en pocas horas con Alejandro, aunque eso me había permitido darme una ducha más calmada y secarme tranquilamente el cabello. Me apliqué un maquillaje suave, tiré la toalla al suelo y me enfundé en el conjunto de lencería más sexy que llevaba en la maleta. Necesitaba sentirme arrebatadoramente sensual, aunque solo fuera por debajo de la ropa que llevaría puesta.

Me calcé las medias con ligeros que acompañaban al conjunto de encaje negro y deslicé un vestido color gris perla de seda por el cuerpo ajustándolo con un cinturón negro acompañado de una chaqueta del mismo tono al igual que los zapatos.

Metí los documentos en mi maletín y me decidí a salir por fin de la habitación. No llevaba asistente personal porque ya tenía el teléfono y a mi secretaria desde Moscú que me daba todas las indicaciones necesarias, así que no lo había creído oportuno y de hecho hasta el momento, me estaba funcionando bastante bien.

Pese a la cercanía del edificio Komarov respecto al hotel, el coche me estaba esperando en la puerta para llevarme a la sede y fui custodiada por un guardaespaldas hasta la misma puerta de la espectacular torre en la que al mencionar mi nombre se presenciaron dos personas de personal para acompañarme hasta el lugar donde se celebraría la reunión.

Conforme ascendía el ascensor me reprendí por no haber tomado nada como desayuno, pero con los nervios se me había olvidado y ahora sentía el hambre en mi estómago rugir como un león. Nada más avanzar unos pasos tras salir del ascensor pude ver un pequeño grupo reunido de personas y como siempre que ocurría en cuanto llegaba, las miles de atenciones hacia mi persona empezaban a hacerse notar por el simple hecho de ser quien era.

La reunión duró tres largas horas demasiado tediosas y me sorprendió la falta de presencia de Alejandro, pero luego descubrí que no era necesaria su asistencia en aquella reunión y que justo después debía reunirme en privado con él.

«¿Cómo demonios iba a volver a enfrentarlo?» pensé mientras la reunión estaba por terminar.

Solo era trabajo, debía centrarme únicamente en eso. Hablaríamos solamente de trabajo.

—El señor Álvarez la espera en su despacho —me comunicó un miembro de personal en cuanto salimos de la sala de reuniones.

—¿Ha de ser la reunión privada en su despacho? —exclamé—. Preferiría que fuera en una de las salas de junta —añadí sin más, por lo que el chico que me había comunicado aquello y que seguramente acababa de licenciarse palideció ante mi respuesta—. Dígame al señor Álvarez que quiero que la reunión sea en una sala de juntas.

Esperé diez minutos aproximadamente hasta que el joven regresó aún más pálido de lo que se había ido.

—Discúlpeme Señora Komarov... —comenzó a decir con voz temblorosa.

—Señorita Komarova —respondí inmediatamente cortando su discurso.

—Discúlpeme señorita Komarova, pero el señor Álvarez insiste en que la reunión sea en su despacho puesto que ya tiene todo preparado y hacerla en la sala de juntas requeriría retrasarlo todo demasiado tiempo.

Suspiré y me clavé las uñas en la palma de la mano, ¿Es que tenía que seguir saliéndose con la suya constantemente? Se iba a enterar este de quién era yo...

—Está bien —respondí algo airada mientras tomaba el camino que ya conocía de sobra hacia el despacho de Alejandro.

—Señora... digo señorita, ¿Desea que la acompañe? —preguntó el chico de personal que me seguía.

—¡No hace falta! —exclamé airada—. Sé de sobra el camino.

Cuando llegué a la altura de su despacho su secretaria estaba allí.

—Dígame al señor Álvarez que Irina Komarova está aquí —dije en el tono más serio y formal que pude.

—Si, por supuesto —respondió eficiente mientras repetía mis palabras por el interfono y se levantaba para abrirme la puerta.

—El señor Álvarez la está esperando señorita Komarova, puede pasar cuando usted quiera.

Nada más entrar vi a Alejandro levantarse de su silla para acercarse a mí y tras escuchar cómo se cerraba la puerta no pude evitar mirarlo fijamente.

—Que sea la última vez que cuestiona una decisión mía Álvarez —le dije tajantemente haciendo que me observara sorprendido.

—No fue esa mi intención —respondió suavemente—. Como ya le dije al miembro de personal...

—No me importan tus explicaciones —atajé no importándome un comino sus excusas—. Si decido que quiero que la reunión sea en la sala de juntas, se hará y punto.

—¿Y entonces por qué motivo estás aquí Irina? —preguntó dejándome confusa.

—¡Para dejártelo bien claro personalmente! —exclamé—, ¡Y no me tutees! Soy la presidenta de esta empresa, no tu amiga —añadí sin rodeos.

—Me ha quedado claro, ¿Comenzamos entonces? —preguntó sin ningún tipo de emoción en sus palabras y le observé mientras me hacía un gesto para que tomara asiento en los sillones que había en su despacho.

Por un momento me pareció peligroso todo el ambiente en sí, estuve a punto de decir que no, que la reunión no comenzaría hasta que no tuviera todo preparado en la sala de juntas, pero eso sería prolongar la agonía y quería quitarme de encima aquello cuanto antes. Dejé mi maletín sobre la mesa y me senté, el sofá era tan bajo que estaba segura de que por detrás se podía ver parte del ligero, pero en ese momento me dio absolutamente igual, sería problema de Alejandro y no mío.

—Hay diez puntos importantes que tratar y que requieren su inmediata aprobación señorita Komarova —dijo comenzando su discurso y me sorprendió que tomara tan a rajatabla la petición de formalismo al dirigirse

hacia mí con la que lo había reprendido.

Cuando íbamos por el punto cinco, sentía que iba a desfallecer de un momento a otro, además de sentir las piernas entumecidas y la necesidad imperiosa de desprenderme de aquellos incordiados zapatos.

—Hagamos una pausa —dije sin aguantarlo más provocando que él callara su discurso y me observara.

Estaba gratamente sorprendida de que se hubiera ceñido a la reunión, tanto era así que incluso estaba comenzando a pensar si es que habría asumido que entre él y yo jamás volvería a haber nada e incluso se había olvidado de lo que hubo entre nosotros. Me levanté de un solo movimiento, tan rápido que me tambaleé y creí que me caería de bruces al suelo si no llega a ser porque un brazo demasiado fuerte me rodeó de la cintura impidiéndolo.

—¿Te sientes bien? —exclamó esa voz que hizo que cerrase los ojos al embriagarme ese aroma que me transportaba a infinitos recuerdos demasiado ardientes que me enardecían la piel y además estaba mareada de verdad.

—Te dije que no me tutearas —contesté aún con los ojos cerrados.

—Pero tu lo has hecho conmigo —susurró con voz ronca y pude notar su aliento cercano a mi.

—Suéltame —contesté de pronto mientras le empujaba, pero él no lo hizo.

—¿Cuánto tiempo hace que no has probado bocado? —preguntó haciendo que en ese momento le mirase fijamente.

—Esta mañana no me dio tiempo de...

—Siéntate, pediré que te traigan algo, en tu estado podrías desmayarte a mitad de camino hacia la cafetería —habló con voz seria como si estuviera regañándome.

—No eres quién para darme órdenes Álvarez —respondí altivamente.

—Está bien, pero vas a comer lo que te traigan de todos modos —contestó y en ese momento me mordí la lengua porque después de todo, estaba siendo considerado conmigo muy a mi pesar.

Subieron de cafetería varios aperitivos a degustar junto a varias bebidas donde elegir. Lo cierto es que lo agradecí sumamente cuando mi estómago rugía como un león por el hambre voraz que poseía, aunque me negué a agradecerse.

Cuando me volví a acomodar en el asiento con mi estómago saciado, Alejandro me observó fijamente. Había estado todo el tiempo de pie, en silencio, mirando los grandes ventanales que daban a la ciudad mientras yo saciaba mi apetito. Pensé que continuaremos la reunión inmediatamente, aún nos faltaban cinco puntos por tratar.

—¿Por qué? —preguntó haciendo una pausa— Le he dado miles de vueltas, pero aún no entiendo qué razón podrías tener para aceptar aquel acuerdo en el que obviamente no ganabas nada —añadió mirándome y esperando una respuesta.

Su pregunta me sorprendió, dejándome muda y sin saber que decir por respuesta.

—No creo que sea el momento oportuno de contestar eso, Álvarez —respondí tajante.

—Insistiré —rebatí con esa mirada impregnada de posesividad.

—No tenía nada mejor que hacer —contesté bajando la mirada y crucé mis piernas haciendo que el vestido se elevase un poco más de lo debido, pero no me importó que lo hiciera, si demostraba que me ponía nerviosa que viera mis ligeros entonces pensaría que su presencia me alteraba, algo que no pensaba permitir que ocurriera.

—¿Se trataba de un juego?, ¿Por eso me enviaste la foto?, ¿Pensaste que seducir al director de la empresa podría ser divertido?

—La foto fue un error, te lo dije en su momento y no me creíste —refuté—. No era para ti.

—Quién era el destinatario de esa foto —exigió.

—Eso no es asunto tuyo y ahora prosigamos con la reunión o me marcharé inmediatamente —atajé rápidamente mientras que veía como

Alejandro se levantaba para servirse una bebida.

¿Un licor?, ¿A esas horas de la mañana? En mi País estaba acostumbrada a que la gente tomase alcohol a todas horas, pero en Alejandro me sorprendió.

—Continuemos —contestó mientras se sentaba y proseguimos con los últimos puntos faltantes.

Por fin había llegado el último punto, aquello era una auténtica tortura, entre el calor que comenzaba a sentir, el aroma varonil de Alejandro a mi lado y su tono de voz que parecía una caricia aterciopelada paseándose por mi piel. No podía más, tenía que salir de allí urgentemente o era capaz de arrojarme literalmente sobre él y eso jamás debía ocurrir por muy desesperada que estuviera.

—Está bien, le daré un repaso al último punto este fin de semana y el lunes tendrá mi respuesta —dije metiendo el informe en el maletín una vez acabada la reunión para repasar detenidamente si aprobaba la inversión al proyecto, aunque hasta el momento me había parecido que podría ser viable.

Me levanté y me giré colocando mi mano formalmente para saludar a modo de despedida

—Le veré el Lun...

—Ya no lo puedo soportar más —gimió aquella voz profunda que me enardecía antes de notar su mano en mi cintura acercándose a él al mismo tiempo que sus labios se apoderaban de los míos con desesperación.

En aquel momento no supe reaccionar, no sabía reaccionar porque todas mis fuerzas habían flaqueado ante la necesidad de ese beso ardiente. Tanto fue así que mi cuerpo no razonaba y respondía ante tal ataque como si él fuera el dueño de éste, como si fuera normal responder, aunque mi cabeza no deseara que lo hiciera.

En el momento en el que Alejandro me estrechó aún más contra su cuerpo casi jadee de placer, pero recordé su rechazo la última vez, sus palabras cuando quiso comprarme como si estuviera en venta para poder usarme las veces que quisiera, ahora sabía que no podría hacerlo.

«¿Acaso ahora sí me consideraba estar a su altura?» pensé recordando esas palabras que se me habían grabado a fuego en el alma.

Con esa fuerza renovada le empujé, haciendo que él se sorprendiera y antes de que pudiera decir nada le di una bofetada con todas mis fuerzas.

«Plaff»

Vi cómo él se llevaba una mano a la mejilla y me observaba.

—Que sea la última vez que se tomas tantas libertades, Álvarez —le advertí mientras me giraba con el maletín en mano y antes de salir me volví hacia él—. De lo contrario me aseguraré de que no vuelva a pisar Komarov en lo que resta de su existencia.

No sabía si me había pasado de la raya con aquella amenaza, pero mis piernas temblaban como flanes ante tales palabras dirigidas hacia Alejandro. En ese momento llamé a mi guardia de seguridad para que me escoltara hasta el coche. Por hoy había tenido suficiente, aunque aquella noche no dejase de recordar una y otra vez ese ardiente beso que me había hecho volver a ansiar estar en los brazos de Alejandro pese a saber que lo que ahora sentía por mí era solo interés tras conocer mi verdadera identidad y lo que eso representaba.

No pude concentrarme en el resto de la tarde, era imposible dejar de darle vueltas, ¿Pero por qué narices me sentía culpable si él había sido un cretino desde el principio?

Me tumbé sobre la cama mirando al techo, no me iba a quedar allí encerrada dándole vueltas hasta que mis neuronas explotaran, necesitaba distraerme así que me duché y elegí el vestido más corto que había metido en la maleta, ni tan siquiera sé porqué lo había echado, tal vez mi subconsciente me había traicionado al pensar que vería a Alejandro.

Bajé al bar del hotel y pedí un vodka solo sin hielo para entrar en calor, iba a necesitar al menos cinco de esos para comenzar a sentir los efectos anulando mi juicio.

—Hola guapa —escuché una voz y me giré para ver de quien se trataba.

En el estado en el que me encontraba, el tipo en cuestión podía llegar a parecerme incluso sexy. Después de ocho vodkas solos sin hielo me había pasado a los Cosmopolitan que entraban como el agua.

—Hola —respondí sonriendo, probablemente hasta un amigo de mi padre podría parecerme sexy en aquellos momentos.

—¿Que haces tan sola por aquí? —preguntó aquel hombre mientras yo removía el palillo de la aceituna en la copa.

—Pasar el tiempo —respondí sin hipar o eso creía.

Aquel tío no era un adonis ni mucho menos, era de ese estilo al “montón” que no termina de ser pasable, pero tampoco es feo y del que no suelo fijarme jamás.

—¿Te puedo invitar a una copa? —preguntó tomando asiento a mi lado.

—Claro, ¿Por qué no? —me dije a mi misma, aunque había respondido en voz alta.

Tuve que escuchar su perorata de que estaba allí por un asunto de negocios muy importante con el que ganaría una fortuna y que era un hombre adinerado, como si pensara que aquello iba a convencerme para decidirme acostarme con él.

—¿Por qué no continuamos la charla en mi habitación guapa? —preguntó y en ese momento le miré, puesto que hacía un buen rato que había desconectado la oreja de todo lo que me contaba sobre no se qué historias de juegos de azar, me sorprendió que de pronto lo dijera de buenas a primeras.

Le miré evaluando si yo sería capaz de irme con ese tipo del que ni recordaba su nombre, pero a pesar de mi estado sabía que no le toleraba, Alejandro Álvarez había dejado una huella demasiado profunda en lo más hondo de mi ser, que ni borracha era capaz de irme con otro tío a la cama.

—La señorita no va a ninguna parte —rugió una voz a mi espalda y tuve que darme la vuelta para saber si se trataba de mi subconsciente o realmente Alejandro estaba allí.

AMARGA RESACA

—¿Y tu quien eres? —exclamó el tío de la barra.

—Ezo mizmo, ¿Quién erez? —pregunté mientras apoyaba el codo en la barra y me sostenía la cabeza mirándole porque me costaba trabajo incluso mantenerla erguida por sí sola.

—Esto es absurdo, lárgate ahora mismo si no quieres que llame al personal de seguridad para que te echen —escuché decir tan apresuradamente a Alejandro que casi no entendí lo que dijo.

—Me alojo en este hotel —respondió tan tranquilo el tipo.

—Hablo del personal de *su* seguridad —advirtió en ese momento y noté como hacía hincapié en advertir que yo era alguien importante. Me puse roja de la ira por su atrevimiento.

—¿Conoces a este tipo? —preguntó el tío que trataba de llevarme a su habitación y del cual no lograba recordar su nombre.

—Ez mi emp... empleado —respondí mientras le daba otro sorbo a mi Cosmopolitan y en ese instante la copa fue arrancada de mi mano provocando que me girase ante ello y encararse a Alejandro, ¿Cómo se atrevía?

—Ya es suficiente —le escuché decir mientras se giraba hacia el tipo para enfrentarse cara a cara con él—. Y no te repetiré que te largues de nuevo —volvió a decir provocando que el hombre en cuestión dijera algo en unos murmullos que no logré capaz de averiguar antes de marcharse.

—Genial... —resoplé—. Adioz a una noshe de seso desenfr...enado —hipé.

—Un buen azote en el trasero es lo que deberías tener por exponer tal comportamiento en público —dijo Alejandro seriamente mientras antes de que me diera cuenta estaba subida en su hombro.

—¡Basame ara mizmo! —le grité con la voz atropellada.

—¿Que te bese? —exclamó en un tono que evidenciaba la ironía mientras veía sus zapatos caminar por la alfombra de la entrada al hotel, si no fuese por mi estado de embriaguez, probablemente me moriría de la vergüenza allí mismo, pero era lo suficientemente tarde como para que no hubiera prácticamente nadie que nos viera—. Lo haría, pero tu aliento es atroz —añadió tajante.

En ese momento vi que entrábamos en el ascensor y le di un bocado en su perfecto y duro trasero provocando su sorpresa y por consiguiente que me bajara de su hombro.

—Erez un cretino —le dije señalándole con el dedo en el pecho.

—¿Dónde está tu personal de seguridad? —preguntó haciendo oídos sordos a lo que le acababa de decir.

—Le di la noshe libre —respondí encogiéndome de hombros y le escuché resoplar.

—En qué planta te alojas —dijo tratando de ser paciente mientras yo me agarraba a las paredes de aquel ascensor para no caerme con aquellos zapatos.

—En... pus... en... —me quede pensando, ¿Qué planta era? ¿Y por qué debía decírselo?—. Te dise que me deharas en pass.

—Si, recepción —le escuché—. Quiero encargar una botella de champagne para la habitación de la señorita Luciana Irina Komarova y que la sirvan inmediatamente sin demoras —añadió y le miré confundida—. Si le doy los datos —dijo mencionando varios dígitos que solo podían ser el número de su tarjeta.

¿Por qué pedía Champagne? Pronto descubrí cuáles eran sus intenciones cuando vio al camarero con el carrito de la botella de champagne y dos copas, simplemente le siguió mientras me agarraba fuertemente de la cintura de forma que resultaba imposible que me cayese a pesar de la torpeza de mis pies.

El camarero esperó a que entráramos, por suerte llevaba el bolso y no lo había dejado en la barra, así que tenía la tarjeta de la habitación allí mismo.

—¿Desea que le descorche la botella señor? —preguntó el camarero a

Alejandro.

Imaginaba que lo hacía porque parecía el más cuerdo de los dos.

—No gracias. Puede irse —contestó algo amable y el chico se marchó dejándonos a solas.

Tiré los zapatos al aire y me crucé de brazos, ahora comenzaba a darme vueltas todo.

—Mañana vamos a tener una charla tu y yo —decretó con su típica voz ronca y tan seria que me puso nerviosa incluso en mi estado.

—¿Mañana? —exclamé algo confusa.

—No me pienso mover de aquí, menos aún para que vayas con el tipejo ese que te encontré —bufó quitándose la chaqueta de su traje.

Ahí estaba, incluso siendo mi empleado no podía dejar de mandar sobre mí, ¿Es que no le quedaba claro quién era su jefa?

—Largo —dije acercándome a él llena de ira—. No eres mi dueño.

—No me pienso ir, así que tienes dos opciones —afirmó retándome con la mirada mientras lo hacía—. Te vas a dormir y a que se te pase la mona o me despides, pero me quedaré en cualquiera de los dos casos.

—¡Puez que te vaya bien en er sillón! —grité antes de cerrar las puertas correderas que separaban el pequeño saloncito de la habitación y dejarle allí fuera.

Me tiré sobre la cama, podría estar borracha, pero tenía plena lucidez de lo que ocurría y lo que estaba pasando era que tenía a Alejandro en mi habitación de hotel e íbamos a pasar la noche bajo el mismo techo.

«¿Cómo había llegado a ocurrir aquello?» medité llevándome una mano a la cabeza cuando todo me daba vueltas.

Abrí los ojos lentamente fijándome en la luz que entraba por la ventana, ¿Por qué no estaban las cortinas echadas? Fui a incorporarme para cerrarlas y seguir durmiendo cuando el dolor intenso de cabeza me penetró la cabeza.

—¡Joder! —exclamé desorientada mientras salía de la cama casi a gatas de lo encorvada que estaba para ir a cerrar la cortina, pero antes de avanzar un

paso mi pie se enredó en la sabana que estaba medio caída en el suelo y caí de bruces contra la moqueta.

—¡Auch!, ¡Mierda! —grité del dolor y eso que la moqueta había amortiguado la caída y apenas había dolido.

Escuché como las puertas se abrían en ese momento pensando que sería mi personal de seguridad al escucharme maldecir, pero no.... no tendría tanta suerte y no era el personal de seguridad sino Alejandro quién estaba ahí de pie observándome desde su gran altura y yo probablemente estaría espatarrada en el suelo.

«Mierda» pensé otra vez recordando las razones por las que él estaba allí y todo lo que había ocurrido la pasada noche. Me quería morir de la vergüenza, hundirme en el primer agujero que hubiese y tirarme para no salir jamás. ¿De verdad le mordí el culo? Y tanto que lo hice, creo que en ese momento mi cara estaba roja como la grana, ¿Qué clase de seriedad le podía dar haciendo aquello?

Intenté levantarme lo más rápido que pude y me aguante el dolor intenso de cabeza, pero en ese momento descubrí que llevaba una camiseta que apenas me cubría mis partes nobles, probablemente me habría visto el trasero, aunque después de todo no era nada que no hubiera visto antes, sin embargo, solo de pensarlo me hacía temblar.

—No te he dado permiso para entrar aquí —dije y después tosí para aclararme la voz de resacosa que llevaba encima.

—Pues me lo doy yo mismo —respondió autoritario—. Al menos hasta que me digas que estabas haciendo anoche con ese tipo y en ese estado —añadió señalándome con ambas manos.

—¿Y porqué tengo que darte yo a ti explicaciones? En todo caso me las tendrás que dar tu a mi —dije alzando la voz.

¡Hay joder! La cabeza iba a estallarme y tuve que dejarme caer en la pared para que no se diera cuenta. Admitir que tenía una resaca de tres pares de narices solo le daría la razón al muy cretino, aunque probablemente

físicamente era bastante evidente

—Soy tu socio, aunque sea minoritario y si la persona que representa una parte de la empresa en la que he invertido no tiene un comportamiento decente, me pensaré si debe estar o no al frente de la misma.

—¿Y qué harás?, ¿Poner una hoja de reclamaciones? —exclamé riéndome en su cara. Por su culpa es que había terminado así, era el que menos podía quejarse de todo aquello. Además, ni que lo hiciera todas las noches por dios, solo había sido una vez.

—Puede —contestó y noté que se acercaba a mi. Dejé de reír para mirarle seriamente—. Si no vas a tomarte tu puesto en serio...

—Yo me tomo mi trabajo en serio, estás hablando de mi vida personal, no de un tema laboral y mi responsabilidad frente a ello —refuté interrumpiéndole.

—Olvidas que ahora tu vida personal es pública, ¿Qué crees que pasará si el tipo de anoche hace un comunicado de prensa revelando que la presidenta del consorcio de Komarov es una borracha libertina que se acuesta con cualquiera?

«Plaff»

No pude aguantar que siguiera insultándome de aquella manera y le propiné una sonora bofetada.

—Por mucho que te duela escucharlo es lo que parecía que estabas haciendo anoche —insistió.

A pesar del guantazo que le había metido por sus palabras Alejandro había llegado hasta mi y tenía su frente apoyada contra la mía, mirándome a los ojos.

No quería reconocerlo, pero era consciente de que mi comportamiento la noche anterior no había sido el adecuado, ni mucho menos el correcto para la nueva presidencia de Komarov, hasta ahí podía reconocer mi delito, pero solo había sido una vez, una excepción y solo porque me sentía profundamente vacía después de lo que había ocurrido.

—No volverá a pasar —contesté seriamente—. Y ahora lárgate de mi habitación.

—Eso espero —dijo antes de salir como si tuviera que tener la última palabra.

Apreté mis manos clavando las uñas en las palmas con todas mis fuerzas para contenerme y decirle algo. Por esta vez que la tuviera, pero sería la última. No pensaba darle razones para que se comportara de aquella forma conmigo, era consciente de mi conducta había sido indecente para el puesto que representaba y lo que ello podía conllevar, aunque me doliera Alejandro tenía razón y lo sabía, pero no sé si estaba más molesta porque solo lo hubiera hecho por las posibles consecuencias que podría haber tenido y no porque estuviera celoso de que pasara la noche con otro.

Después de todo lo que había ocurrido entre nosotros parecía que le resultaba indiferente.

Me pasé todo el sábado encerrada, en parte sintiéndome culpable de lo ocurrido, después enfadada conmigo misma por haber llegado hasta esa situación en la que había perdido el control y luego resignada por no poder hacer nada al respecto. Por la noche la resignación se convirtió en una especie de venganza, necesitaba o más bien quería que Alejandro estuviera en una situación similar para poder regodearme como él lo había hecho conmigo, con paciencia quizá la tendría... tenía que tenerla para calmar esa espina que tenía clavada.

Me di un baño lo suficientemente largo para calmar mis nervios pensando en que el próximo lunes volvería a verle quisiera o no, es más, inventar una excusa solo aumentaría el hecho de que admitía que tenía razón en cuanto a mis actos.

¿Por qué mi vida tenía que ser tan complicada?, ¿No podía el destino simplemente eliminar a Alejandro de mi vida para conseguir que le olvidara?

CELOS INCONTROLADOS

Aquella mañana me sentía con las energías renovadas, tanto era así que me desperté relativamente temprano para ser mi día libre y tenía ganas de gastar energía. Lo bueno de viajar en jet privado era que podía llevar el equipaje que quisiera así que había añadido un conjunto deportivo en la maleta sin saber exactamente porqué. Quizá la insistencia de mi madre en que al menos practicara algunas posturas de yoga durante mis viajes para no atrofiarme la espalda habían sido la culpable.

Salí a correr sin rumbo fijo, sabía que cerca de allí había unos jardines sino recordaba mal o si no me perdía en el camino que era otra de las opciones.

Además, sabía que cerca de allí quedaba el templo de Debod, el cuál me había quedado con ganas de visitar antes de marcharme, así que lo vi como una oportunidad magnífica para pasar por ahí ya que tenía todo el día por delante sin nada mejor que hacer.

Madrid era una ciudad bastante grande y en continuo movimiento, de hecho, había mucha gente a esa hora por los jardines paseando, aunque con el buen tiempo que hacía era normal y la gran mayoría debían ser turistas. Mi fondo para correr era nulo, así que no aguante la marcha más de media hora según el reloj del teléfono y paré para proseguir caminando de forma ligera, pero a un ritmo bastante inferior.

Estuve visitando el templo que era absolutamente precioso, tal vez me pasé una media hora allí de pie observándolo mientras pensaba en mi vida, en lo increíblemente rápido que había sucedido todo y como había cambiado. Por último, pensé en Alejandro y en la situación que ahora nos acontecía sin saber exactamente como me enfrentaría a él y como debía actuar.

Por un lado, quería o más bien deseaba pagarle con la misma moneda lo

que él me había hecho, pero por otro no podía evitar desearlo, por más que me lo negase a mi misma resultaba innegable el poder de atracción que ejercía ese hombre sobre mi consiguiendo anular mi juicio.

«Probablemente sea masoquista» me dije mentalmente.

Después de como me había tratado, de hacerme sentir sucia, ruin y rastrera por pensar lo peor de mi, aún seguía provocando esas sensaciones que solo él sabía conseguir.

—Y a pesar de todo no puedo dejar de amarlo, ¡Maldita sea! —susurré maldiciendo.

Decidí volver al hotel, después de todo me había entretenido bastante y aún no había desayunado siquiera, pero en mi camino de regreso estaba más perdida que un muñeco de nieve en el Sahara, para colmo de males, el gps de mi teléfono había dejado de funcionar y me había dejado más tirada que una colilla.

—Vamos Irina... no pierdas la calma. Preguntando se llega a Roma —me dije animándome mientras miraba a mi alrededor para ver si encontraba un alma caritativa que me ayudase y entonces vi una chica que parecía estar esperando a alguien.

—¡Perdona! —exclamé acercándome a ella.

—¿Sí? —preguntó con una sonrisa.

—¿Sabrías indicarme donde está el Hotel Imperial? —pregunté sonriendo para que no pensara que era una loca de la vida.

—¡Si, por supuesto! —exclamó enseguida y suspiré mentalmente no creyéndome la suerte que acababa de tener, gracias a dios no era una turista—. Subes por esta calle y coges la segunda a la derecha, sigue hasta el final y habrás llegado.

—¡Muchas gracias! —sonreí aliviada llevándome una mano al pecho, aunque sabía que llamando a mi personal de seguridad podrían venir a recogerme, pero no me apetecía quedar como una completa estúpida por perderme después de haber vivido en Madrid durante unos cuantos meses.

—¡De nada! —contestó la chica que tenía que reconocer era muy guapa, además de amable y simpática—. ¡Alejandro! —la escuché gritar de forma efusiva y en ese instante salió corriendo

Cuando me giré y vi bajarse a un hombre en concreto de cierta moto concreta, los recuerdos me vinieron como flases.

¡Venga ya!, ¡No podía ser! Madrid era demasiado grande como para que él tuviera que aparecer justo allí, pero en cuanto se quitó el casco y sonrió a aquella chica que se abalanzó sobre él, sentí como si me agujerearan el pecho con flechas y mis fuerzas flaquearan al ver aquella escena.

—¿Irina? —oí de pronto mi nombre en el momento que reaccioné para darme la vuelta y marcharme de allí inmediatamente.

—¿La conoces? —preguntó la chica extrañada mientras ahora me observaba con diferente expresión.

—Yo... esto... lo siento, pero tengo que irme, tengo prisa, he quedado —mentí no sabiendo que más excusas añadir para mi salida por patas.

—Hasta mañana —escuché el tono de voz profunda del dios griego.

—Si claro —dije encogiéndome de hombros—. Hasta mañana... —añadí seriamente y luego miré a la hermosa chica, la cual permanecía abrazada a Alejandro por la cintura—. Y gracias de nuevo —dije antes de marcharme velozmente mirándola solo a ella.

No miré hacia atrás en ningún momento, menos aún por si me estaban observando alejarme y entonces eso solo haría ver que me importaba realmente quién era ella para Alejandro. No me podía creer mi mala suerte, de todas las posibles personas a las que podía haberles preguntado como volver al hotel, tenía que ser alguien que le conocía y no solo eso, que precisamente hubiera quedado justo en aquel momento con él. ¿Era acaso el destino cruel que se interponía en mi camino? Tal vez sí, tal vez tenía tanta mala suerte que el karma me estaba jugando una mala pasada.

POV ALEJANDRO

—¿Quién es? —preguntó mi hermana Teresa en cuanto vi como aquel perfecto culo de mi rusa se alejaba y me quedaba completamente embobado observándola.

—Una compañera de trabajo —contesté intentando parecer que no me afectaba.

—¿Y desde cuándo saludas tú a las compañeras de trabajo? —exclamó mi hermana observándome fijamente.

—Bueno... ella es... —comencé a decir, pero realmente no me salían las palabras, ¿Cómo se supone que debía definir a Irina?, ¿Más que una compañera de trabajo?, ¿Una especie de lío de oficina? Tampoco le podía decir eso a Teresa...

—¡Esa es la chica de la que hablaba Alberto! —gritó y alcé la vista para comprobar que Irina no lo hubiera escuchado.

—No sé de que me hablas —dije serio, tratando de esquivar el tema completamente.

—Lo sabes perfectamente Alejandro, ¡Soy tu hermana! —exclamó como si con ello lo dijera todo—. Sé que, si esa chica solo trabajara en la oficina, jamás la habrías saludado o tu primera impresión habría sido saber qué demonios hacía hablando conmigo y no saludarla de ese modo.

A veces odiaba que Teresa tuviera tan buen criterio y sexto sentido para esas cosas, ¡No se le escaba ni una! Y maldito fuera Alberto por darle a entender que salía con alguien porque ahora estaba alerta a todas las señales.

—¿Qué quería? —exclamé inmediatamente teniendo una pequeña esperanza. ¿Sabría Irina que ella era mi hermana?, ¿Sería esa la razón por la que estaban hablando? No lo creía, pero la curiosidad me podía.

—No te lo diré hasta que no me respondas a mi pregunta —contestó

cruzándose de brazos.

—Está bien —admití con pesar—. Es ella.

—¡Oh dios mío! —gritó y casi pude sentir como mis tímpanos se perforaban ante aquel grito atroz—. ¿Por qué no la llevas a la boda?, ¿Por qué no la has invitado todavía? —exclamó eufórica.

—Porque nos hemos dado un tiempo... —contesté porque fue lo primero que se me ocurrió decir sin entrar en detalles.

—¿Habéis discutido? Entonces significa que sí estabais saliendo, que os estabais conociendo... eso quiere decir que ella te importa, que te gusta de verdad.

—No hemos discutido exactamente —respondí a pesar de recordar los dos últimos guantazos que Irina me había propinado en menos de veinticuatro horas prácticamente—. Solo hemos tenido diferencia de opiniones y por eso nos estamos dando un tiempo —añadí siendo cauto.

—Quiero conocerla —dijo de pronto Teresa y me entraron sudores fríos.

—Ya la has conocido —contesté intentando no parecer nervioso.

—Eso no es conocerla, ¡Ni tan siquiera sabía quien era! —exclamó—. Invítala a la boda, haz eso por mi Alejandro... —suplicó.

—Es la presidenta de empresas Komarov, no creo que tenga tiempo de asistir...

—¡Presidenta! —gritó—. ¡Estás saliendo con la presidenta de la empresa! —insistió.

—Cssh —siseé—. Deja de gritar que alguien puede escucharte —la regañé—. Te dije que no estoy saliendo con ella —insistí.

—Pienso dejar un asiento a tu lado para ella, así que más te vale hacer que ella vaya o me enfadaré contigo —refunfuñó cruzándose de brazos y en ese momento maldije mi existencia por tener una hermana tan cabezota.

—Está bien... —susurré—. Intentaré convencerla para que me acompañe —admití sin tener la menor idea de qué demonios iba a hacer para lograr que Irina quisiera venir conmigo a la boda de mi hermana.

«Desde luego ofreciéndole una cantidad exorbitada de dinero no iba a ser... quizá era cien veces más rica que yo. ¿Tal vez pidiéndoselo como favor personal? Esperaba que durante las pocas horas que faltaban hasta volver a verla, se me ocurriera una magnífica idea.

—Solo me preguntó la dirección del Hotel Imperial —dijo mi hermana sonriendo.

—¿La dirección? —exclamé frunciendo el ceño.

—Si, parecía perdida, así que le indiqué como llegar... desde luego no se perderá cuando acuda a la boda, tal vez sea cosa del destino que me lo haya preguntado precisamente a mi —añadió sonriente y no pude evitar sonreír al mismo tiempo por su ocurrencia.

«Destino» Pensé en ese momento.

Lo cierto es que era demasiada casualidad que Irina le hubiera preguntado justo a ella, pero fuera el destino o no... tendría que conseguir que ella asistiera.

POV IRINA

No podía ser, ¡Alejandro estaba con otra!, ¡Tenía novia! En aquel momento quería explotar y lo peor era que no tenía razones para hacerlo. Bueno, sí que las tenía... ¡Él me aseguró que no era un hombre de tener relaciones de pareja!, ¡Que eso no iba con él y que no servía para ello! A la vista estaba que era otra de sus mentiras. Solo era un cuento más para advertir que alguien como él jamás pondría sus ojos en una simple becaria y mucho menos si ésta se “prostituía” como él pensaba.

—Jamás me vio como otra cosa que no fuera un simple trapo de pudiera usar y después tirar —susurré en voz baja mientras por fin entraba al hotel y me encaminaba hacia mi habitación.

Necesitaba una ducha larga, muy larga para quitar toda la rabia que en ese momento sentía y porque no admitirlo, tenía unos celos que me carcomían como si fueran lava líquida recorriéndome por dentro.

«Maldito seas Alejandro Álvarez por hacerme sentir así»

Aquel lunes por la mañana las ojeras me debían llegar hasta los tobillos. En mi vida había dado más vueltas en la cama sin poder dormir maldiciendo al idiota del dios griego y sobre todo a mi misma por quererlo y no poder odiarlo al mismo tiempo.

¿Por qué tenía que sentarme tan mal que él estuviera con otra?, ¿Que tuviera una relación normal con una chica amable y simpática?

Estaba claro que la razón únicamente se debía a que yo quería haber sido esa chica, yo quise intentarlo y él me soltó que no estaba a su altura y que simplemente pusiera un precio a mi cuerpo.

Tal vez aparte de los celos solo me sentía frustrada por no haber conseguido que ni tan siquiera valorase la opción. Siempre me había mirado como mercancía en venta la cual uno usa y tira a su antojo y eso me hacía sentir peor que mal, pero me lo tenía merecido por haber aceptado desde el

principio aquel maldito acuerdo en el que se suponía que yo me beneficiaba y no aclarar las cosas dejando presente que realmente no ganaba nada.

—Señorita Komarova, la están esperando —dijo una de las asistentes nada más entrar por las puertas de las oficinas Komarov llegando hasta mi.

Miré el reloj y tenía razón, llegaba media hora tarde, pero necesité más de veinte minutos para lograr apaciguar mi cabeza bajo el grifo de la ducha. En esos momentos era consciente del gran derroche viviente de agua que suponía, pero sintiéndolo mucho; mi cuerpo y sobre todo mi cerebro lo necesitaban.

—¿Puedes traerme un café por favor? —exclamé.

No era de pedir esas cosas, pero necesitaba ese café más que respirar en aquellos momentos.

—Por supuesto que sí señorita Komarova, ¿Desea algo más? —preguntó amablemente.

—No gracias, salvo que la reunión se alargue más de dos horas y me traigas otro café —le advertí y a pesar de la broma ella tomó nota seriamente.

—Buenos días —dije seriamente entrando a través de las puertas acristaladas donde se realizaba la reunión.

Aquella mañana me había puesto un vestido rojo algo llamativo que desviara la atención de mis ojeras que ni con tres kilos de corrector sería capaz de ocultar.

—La estábamos esperando señorita Komarova, tome asiento por favor —mencionó uno de los presentes.

—Pueden empezar —dije una vez me senté a la cabeza de la mesa, en el único asiento libre que habían reservado para mi.

La persona encargada comenzó a dar lectura del parte de la reunión, en ese momento estaba tan zombi que ni me había fijado en las caras de los presentes, pero descubrí a Alejandro tres sillas por delante a la derecha y mantenía la mirada puesta en el documento que todos teníamos frente a nosotros en las carpetas negras con el logotipo de la empresa.

La asistente entró silenciosamente acercándose a mi y dejándome el café sin decir nada, susurré un simple gracias con los labios para no desviar la atención de los presentes y volví a prestar atención al documento y a las palabras de quién leía minuciosamente los puntos que se discutirían en la reunión que básicamente era la aprobación de algunas propuestas, la derivación de fondos y los potenciales sectores de inversión.

La reunión fue larga y tediosa, evité mirar en todo momento a Alejandro, aunque en ciertas ocasiones me resultó imposible no hacerlo, en el fondo deseaba que él me mirase a pesar de que nuestras miradas no coincidieran en ningún momento.

Comí en un restaurante cercano a la torre Komarov con dos socios mientras discutíamos varias decisiones tomadas en la reunión, después tenía programada una visita guiada por varios sectores de la empresa básicamente para que los empleados vieran mi rostro más que para saber como funcionaba y finalmente hubo una última reunión algo tarde sobre el proceso de selección y las nuevas mejoras de los empleados que se pretendían implantar en todas las sedes. Se trataba de un documento que había elaborado y que tras mi experiencia como becaria deseaba implantar.

—No se le puede dar esa responsabilidad a un becario —dijo uno de los miembros al leer un epígrafe.

—Si nadie supervisa esa documentación por falta de tiempo solo nos quedan dos opciones, contratar más personal o dejar que lo hagan los becarios en lugar de entretenerlos haciendo fotocopias —zanjé.

—¿Pretende que un becario lea un documento e interprete si sería bueno o no para el mercado su inversión? Eso es imposible, no posee la experiencia adecuada para hacerlo, ni las nociones básicas de...

—Le recuerdo, señor Álvarez que no hace mucho una simple becaria pudo hacer mucho más de lo que se le está exigiendo en el documento —le corté.

—Eso no tiene nada que ver con lo que refleja este punto —rebatí y alzó

la mirada para retarme.

—Tiene todo que ver —insistí—. Su sistema de archivo es nulo y eso lo pude comprobar por mi misma —volví a interrumpirle—. Estaremos de acuerdo en que esta empresa casi pierde varios millones de euros por ese error del cual no estoy dispuesta a que exista la mínima posibilidad de que se repita si puedo evitarlo. —aclaré.

Esperé y no obtuve ninguna intervención, por lo que di por sentado que todos estarían de acuerdo y pasamos al siguiente punto.

Cuando la reunión terminó me sentía tan cansada y hambrienta que estaba segura de que me desmayaría, estaba literalmente agotada. Ahora entendía la vida de mi padre, a este ritmo envejecería tan rápido que me saldrían canas en cuestión de meses.

Entré al baño para refrescarme la cara, aunque me iría enseguida al hotel donde sin duda caería rendida en la cama después de una ducha rápida, porque en aquel momento primaba el sueño por encima de cualquier cosa.

Estaba inclinada sobre el lavabo cuando sentí unas manos en mis caderas rozándome la piel por encima del vestido y como un cuerpo se restregaba contra mi trasero. Di un respingo cuando vi el reflejo del tipo en el espejo.

Era el mismo tío que había visto otras veces y que me daba mala espina, el que me había encontrado en el pasillo de camino a la oficina de Alejandro o en el bar intentando invitarme a unas copas.

—¡Oh vamos! —exclamó—. No te hagas la inocente, hace mucho tiempo que te buscaba por la empresa y parecía que te escondías de mi, incluso pensé que ya no trabajarías aquí preciosidad —comenzó a decir mientras me alejaba de aquel tipo y él se seguía acercando.

—¿Qué haces aquí? —exclamé—, ¡Sal inmediatamente! —grité.

—Este es el baño de caballeros y tu has entrado aquí sabiendo a lo que venías —contestó sin despegar la vista de mi cuerpo.

—¿Pero qué dices? —exclamé confundida.

¿Me había metido en el baño equivocado?, ¡Y qué más da! Ese tipo se

había restregado contra mí. Nunca me había transmitido buena sensación con esa prepotencia y cara falsa, menos aún lo hacía ahora.

DIME QUE NECESITAS

—Me da igual, ¡Largo de aquí! —grité con un tono de voz imponente.

—Como me excita que seas una gatita salvaje —gimió como si la orden que le acababa de dar fuera un simple juego para él.

En ese momento me armé de valor y a pesar de que obstaculizaba mi salida, intenté irme, pero aquel tipo me lo impidió acorralándome contra la pared de los baños.

—Apártate de mi, es la última vez que te lo advierto —dije completamente seria.

—Cshh, Cshh —siseó—. No linda gatita, llevo demasiado tiempo soñando con ese rostro como para dejarte marchar de nuevo.

En ese momento le empujé con todas mis fuerzas y aproveché para salir, pero antes de alcanzar la puerta sentí el dolor punzante atravesándome cuando aquel tipo agarró mi cabello y grité con todas mis fuerzas mientras me vi empujada y golpeada contra la pared para después notar el peso de su cuerpo sobre el mío tras abalanzarse contra mi.

Le di un pisotón con el tacón y le escuché gritar.

—¡Maldita zorra! —gritó mientras vi como su mano se alzaba y me preparé para el golpe que estaba apunto de recibir cerrando los ojos con fuerza y esperando que el dolor llegara, pero al no percibir aquel puño sobre mi rostro los abrí lentamente para sorprenderme ante lo que tenía delante de mis ojos; Alejandro tenía agarrado al tipo ese del cuello mientras el rostro iba perdiendo su color por la falta de oxígeno.

—Eres escoria Fernández —jadeó Alejandro como si estuviera poseído.

—Vamos Álvarez —contestó el tipo en un leve susurro—. Solo estábamos discutiendo —añadió sin apenas voz.

Antes de que pudiera hacer nada, Alejandro le dio un puñetazo justo

después de soltarle el cuello y la nariz comenzó a sangrarle al asqueroso de Fernández, que ahora sabía como se apellidaba.

—¡Joder! —gritó el tipo maldiciendo de dolor—. No sabía que esa puta era tuya Álvarez —gimió y antes de darse cuenta Alejandro le había agarrado de la nuca y le daba un golpe contra la pared que lo dejó literalmente tirado en el suelo de la conmoción.

—¡Lárgate de aquí antes de que te mate! —le gritó Alejandro mientras el tipo salía despavorido de aquel baño—. ¿Estás bien? —me preguntó entonces y yo me había quedado allí estática observando todo como una simple espectadora que no me había dado tiempo ni a reaccionar. Si Alejandro no hubiera aparecido, si no hubiera entrado en el momento justo, ese tipo tal vez me podría haber violado allí mismo, en mi propia empresa.

—Yo... —comencé a decir mientras sentí como sus manos acariciaban mis brazos y me observaba.

—Debería haberle matado por lo que pretendía hacerte, tenemos que ir a la policía para denunciarlo.

—¿Que?, ¡No! —grité de pronto reaccionando ante las consecuencias de eso.

—¡Ese tipo iba a golpearte!, ¡Por no decir que pretendía violarte! —gritó.

—Lo sé, pero no puede hacerse público, tu sabes perfectamente lo que eso implicaría para la empresa —admití y en ese momento sentí lo que significaba el puesto que representaba. Ni tan siquiera podía defenderme con la ley de tipos como aquellos, pero sí asegurarme de que no volviera a encontrar trabajo y que su vida fuera un completo infierno, aunque no pisara una cárcel.

—No me puedes pedir que me quede quieto, ¡Ahora mismo solo quiero matar a ese malnacido con mis propias manos por lo que iba a hacerte! Y lo único que me ha impedido no hacerlo es saber que pagaría por ello —dijo de forma atropellada y fuera de sí.

—Me aseguraré de que lo pague —susurré.

En cuanto se lo dijera a Andrei ese tipo tendría su futuro acabado. Alejandro me miró en ese instante con aquellos ojos azules que me conmovían por completo.

—Gracias —mencioné entonces—. No sé que habría hecho si no hubieras aparecido, te debo un favor muy grande —dije completamente sincera.

Había pasado del horror al alivio en dos segundos tras la entrada de Alejandro, en aquel momento quería abrazarme a él y sentirme consolada.

—Ven aquí —dijo como si predijera mis pensamientos y acogiéndome en sus brazos me sentí protegida de nuevo, notando su olor masculino y esa fuerza que solo él podía transmitirme.

Gracias a su abrazo conseguí no llorar. No iba a llorar por lo que podría haber llegado a ocurrir. Había tenido suerte, pero eso me hizo tomar conciencia del peligro que podía correr cuando creía estar segura.

—Vamos, te acompañaré al hotel —susurró mientras yo asentía sin poder negarme.

En ese momento no quería separarme de él, al cuerno si tenía novia o no, le necesitaba en ese instante, aunque solo fuera por su simple presencia. Se montó en el coche conmigo y me acompañó hasta la mismísima puerta de la habitación, realmente no sabía si invitarle a pasar o no, pero justo cuando me debatía en hacerlo él habló.

—Llámame si me necesitas Irina, vendré enseguida —advirtió.

Antes de que pudiera responder se había dado media vuelta y yo solo veía su perfecta espalda cubierta por aquella chaqueta gris marcharse por el pasillo hasta que desapareció al girar la esquina.

Entré en la habitación y me sentí en cierta forma segura. Sabía que el personal de seguridad vendría para alistarse en la puerta de mi habitación y estaría dando vueltas por el pasillo si le necesitaba, después de lo ocurrido hoy, había tomado conciencia de que tenía que ser mas cauta. Por primera vez

en mi vida me había sentido vulnerable e indefensa y eso que siempre me había considerado demasiado independiente y jamás me había gustado la idea de tener seguridad porque me parecía innecesario, pero desde luego no lo era, uno nunca sabe cuando es necesario hasta que ocurre lo inevitable.

En ese momento cogí el teléfono y llamé a Andrei no importándome qué hora era en Moscú, sabía que allí sería algo más tarde.

—Irina —contestó enseguida, su voz era ronca y algo somnolienta.

—Siento despertarte Andrei, pero es urgente —respondí inmediatamente mientras comenzaba a quitarme aquel vestido rojo.

Le conté el incidente ocurrido en el baño y que tomara cartas en el asunto con la gente que él considerase oportuna. Le di los pocos datos que sabía de aquel tipo asqueroso y si necesitaba algo más para identificarlo que preguntara a Álvarez puesto que él le conocía.

—Me encargaré de que ese tipo no vuelva a ver la luz del sol —afirmó tajante.

—Lo único que deseo es verle fuera de la empresa y que jamás vuelva a tener que cruzármelo —contesté firme.

En realidad, también deseaba que no le fuera bien en la vida si iba por ahí tratando de forzar a mujeres cuya respuesta era un no.

—¿Dónde estaba tu personal de seguridad cuando ese tipo te atacó? —me preguntó algo enfadado.

—Yo les pedí que me esperasen abajo, ¿Cómo iba a pensar que podría correr peligro dentro de la empresa? —exclamé.

En realidad, la culpa era mía no del personal.

—Deben acompañarte en todo momento Irina, están para eso, a ver si se te mete en la cabeza que, aunque esto haya sido un hecho aislado, habrá gente que quiera hacerte daño por tu posición.

—Te prometo que tendré mucho más cuidado a partir de ahora Andrei —contesté siendo consciente de ello.

—¿Estarás bien? —preguntó—. Me preocupa que estés sola después de

lo ocurrido.

—No te preocupes, ya te dije que Alejandro llegó justo antes de que ese tipo me golpeará y le propinó una paliza —contesté despreocupada.

—Está bien, entonces descansa, yo me encargaré de todo.

—Andrei, una cosa más —dije antes de que colgara.

—Si, dime —respondió enseguida.

—Ni una palabra de esto a mi padre —advertí por si acaso.

—Lo sé —contestó y suspiré tranquila, gracias a dios que Andrei entendía la situación.

La habitación me pareció extrañamente solitaria, demasiado grande pese a no serlo y aquella sensación me oprimía el pecho de forma que casi me resultaba complicado respirar.

«Llámame si me necesitas» me había dicho Alejandro.

¿Le necesitaba?, ¿De verdad le necesitaba? Desde luego que sí, pero no podía llamarle, él tenía novia y tal vez solo me lo había dicho para ofrecerse a acompañarme en calidad de buen empleado o como alguien que trata de ganar puntos con su superior dentro de la empresa. Al final siempre terminaba viendo el lado del interés de Alejandro en todo aquello y aunque quisiera llamarle no tenía su teléfono, menos aún llamaría a Andrei para pedírselo o a mi secretaria a estas horas.

Preferí despejar la mente y fui hacia mi maleta para sacar un conjunto de ropa interior que ponerme tras la ducha, al hacerlo vi los pantalones blancos en la maleta, esos que resultaban muy cómodos para viajar, los mismos que utilicé la primera vez que viajé a España y no había vuelto a usar desde entonces. Cuando toqué el bolsillo de atrás allí estaba, ese papel en el que mi madre había escrito el teléfono de Alejandro a mano.

¿Era acaso una señal del destino? Al cuerno con todo... antes de poder arrepentirme ya le había enviado un mensaje vía WhatsApp como solíamos comunicarnos.

Irina:

«Te necesito. Irina»

Fui hacia la puerta de entrada y avisé a mi personal de seguridad que si el señor Álvarez llegaba le dejasen pasar.

En ese momento me fui directamente al baño, mi cuerpo temblaba por lo que acababa de hacer, en realidad el mensaje podía tener mil interpretaciones, ¿Qué era lo que necesitaba realmente de Alejandro?, ¿Su cuerpo?, ¿Su compañía?, ¿Su protección? Indudablemente necesitaba todo de ese dios griego.

Me desnudé completamente y me metí bajo aquel grifo de agua caliente dejando que el agua lavara mi cuerpo y de paso mis pensamientos.

«No debería haberlo enviado» medité cuando el arrepentimiento empezaba a aflorar cada vez más, «No debí hacerlo», ¿Qué pretendía con aquello? Él me había utilizado siempre, aunque aceptaba que aquella noche le debía demasiado por lo que había evitado que sucediera.

Iba a cerrar el grifo y salir para enviar un mensaje de nuevo diciendo que no hacía falta que viniera, que solo estaba un poco asustada, pero ya se me había pasado cuando noté su olor, ese inconfundible olor que me volvía completamente loca de deseo.

—Dime qué necesitas —dijo con su voz ronca, estaba allí en aquella ducha, justo detrás mientras el agua seguía cayendo.

No respondí inmediatamente y sentí como él acortaba la distancia en ese momento rozando con su nariz mi hombro.

—Sabes exactamente lo que necesito —respondí directa y me giré lentamente para verlo de frente.

En cuanto lo hice aquellos labios se apoderaron de los míos con tanta fuerza que casi no fui capaz de poder seguir su ritmo.

«Iba a arrepentirme de aquello, de eso estaba segura, pero en aquel momento me importaba muy poco ir al infierno porque le necesitaba.

Necesitaba más que nunca a mi dios griego aquella noche»

PASIÓN BAJO EL AGUA

Había rememorado tantas veces sus besos que casi se me había olvidado lo bien que besaba ese hombre, ¡Dioses! Sus candentes labios se fundían con los míos y su lengua comenzó a jugar de tal forma provocando que gimiese de puro placer ante su contacto.

Mis manos se enredaron en su cabello que en cuestión de segundos estuvo literalmente empapado por el agua que nos caía a ambos y noté como sus manos comenzaban a acariciar mi espalda mientras bajaba lentamente hasta rozar mis nalgas y acercarme a él, notando de esa forma su polla abultada entre mis muslos.

«¡Oh dios!» gemí interiormente mientras sentía como me alzaba con aquellos brazos fuertes para aprisionarme entre la pared de la ducha y su cuerpo, notando así todos sus músculos rozándome. Era tanta la fuerza con la que me estrechaba que ni tan siquiera el agua se filtraba entre nuestros cuerpos.

Sus labios fueron descendiendo lentamente por mi garganta mientras yo no dejaba de jadear sin poder evitarlo, había sido tanto tiempo en ausencia de él, que ahora notaba cada caricia arder a pesar del repentino frío por no sentir el agua caldeando mi cuerpo.

Cuando noté sus dientes jugueteando con uno de mis pezones mientras sus manos descendían lentamente y se colaban entre mis muslos, no pude aguantarlo más y estiré con fuerza de su cabello para que me mirase fijamente. Lo hizo, no se si pudo intuir lo que necesitaba, pero imagino que sí cuando noté como me penetraba haciéndome sentir llena de nuevo, acercando su boca a la mía sin llegar a besarme mientras ambos jadeábamos al mismo tiempo por aquel éxtasis que siempre nos embriagaba a ambos.

Su aliento se mezclaba con el mío en cada una de sus embestidas, la

profundidad de éstas era cada vez mayor siendo mas fuertes, más audaces, hasta que me arqueé todo lo que pude abandonándome a ese placer inaudito. Jamás conocería a un hombre como él, lo sabía, era muy consciente de que no podía existir en el mundo otro dios griego igual que él y justo antes de notar aquella explosión que atravesaba mi cuerpo colmándolo de dicha, supe que nunca sería mío del todo, que Alejandro jamás sería para mi.

Cuando logré volver a abrir los ojos él se encontraba jadeando en mi cuello exhausto, aún me sostenía entre sus brazos y podía seguir sintiendo su miembro en mi interior, donde me habría gustado que se quedara para siempre, pero fui consciente de que no podía ser así, de que había terminado.

—Podría estar follándote toda la noche y jamás me cansaría preciosa —susurró en mi oído mientras me dejaba caer y volví a tocar con mis pies el suelo de la ducha. Me rodeó de tal forma que se colocó detrás de mi, justo como la posición en la que habíamos estado inicialmente, dejando que el agua cayera de nuevo sobre mi cuerpo.

—Puedes irte —dije en el tono más frío que pude conseguir pronunciar en ese instante.

—¿Cómo? —exclamó a mi espalda.

—Ya me has oído —insistí—. Márchate. —repetí de nuevo.

—Creía que...

—Pues creíste mal y ahora largo —dije antes de que mi voz quebrase y me arrepintiera de ello.

Cuando escuché la puerta cerrarse incliné la cabeza para sentir la baldosa fría de la pared en la frente, ¿Que acababa de hacer por dios? Me dije a mi misma mientras cerraba el grifo y salía de la ducha.

Solo un día más, un día y me marcharía de allí, de aquella ciudad que tanto me había dado como quitado, otro día viendo a Alejandro en la empresa y por fin me marcharía para intentar olvidarlo, aunque supiera de antemano que aquello era impensable. Además, acababa de acostarse conmigo teniendo novia ahora que lo analizaba. No sabía si yo me sentía incluso peor que él en

esa situación, porque al parecer, a él le daba absolutamente igual tener novia y serle infiel, ¿La tendría también cuando teníamos el acuerdo? Lo dudaba, sobre todo porque habíamos pasado juntos varios fines de semana y él había asegurado que no tenía tiempo, ni ganas de buscar sexo en otra parte, pero al parecer no había tardado mucho tiempo en encontrar a alguien en cuanto me fui. Quizá la chica del parque fuera una exnovia con la que había vuelto o alguien que acababa de conocer, pero fuera cual fuera de las dos opciones, lo que estaba claro es que era mentira eso de que él no servía para tener pareja.

Suspiré tras meditar todo aquello. Estaba agotada, pero antes de meterme en la cama me aseguré de que mi personal de seguridad estaba allí presente y cuando lo comprobé me deslicé entre las sábanas a y me abracé a la almohada. Sabía que iba a arrepentirme antes de enviar aquel mensaje y aún así lo había hecho. ¿Por qué diablos había tenido que sucumbir a la tentación? Ahora me martirizaría aún más de lo ocurrido, me estaba haciendo daño a mi misma y aún así no conseguía quitarme de la cabeza que por más que lo negara, deseaba volver a verlo.

Me desperté aturdida, por un momento pensé que lo de la noche anterior había sido simplemente un sueño, pero no, Alejandro había estado allí porque yo lo había querido. Habíamos tenido un polvazo en la ducha que quedaría para mi lista de recuerdos y del que quería arrepentirme al mismo tiempo que saborear cada instante.

—Joder, joder, joder —recite mirándome al espejo después de lavarme la cara.

Bien, solo tenía que pasar la mañana de reuniones y me iría. Solo tenía que evitarlo durante el tiempo que permaneciera dentro de la sede y se habría acabado. Volvería a Moscú y no regresaría hasta haberle olvidado.

Me coloqué un traje de chaqueta y pantalón muy formal y apenas me maquillé, no me apetecía ni estar sexy, ni llamar la atención después de lo ocurrido en el baño con el tipejo ese. Le dije a mi personal de seguridad que no se separase de mi ni tan siquiera dentro de la empresa, tal vez debería

llevar un equipo de trabajo a partir de ahora, aunque al principio me había negado pensando que harían todo por mi y no podría aprender nada, después de esa semana de reuniones y el asalto que había tenido por parte del individuo que mejor prefería no recordar... lo mejor sería precisamente eso; estar acompañada en todo momento. Tal vez incluso así podría evitar caer en tentaciones de las que después me martirizaría a mi misma por hacerlo.

—Señorita Komarova, el señor Álvarez la espera en su despacho —dijo el asistente que parecía estar esperándome nada más entrar en la sede como cada mañana.

—¿Cómo dice? —exclamé extrañada al chico—. No debía reunirme hoy con él, en mi agenda no consta que tenga una cita programada —advertí.

—Ha sido un cambio en el último momento, se trata de algo urgente al parecer por lo que ha mencionado el señor Álvarez —insistió el chico mientras me indicaba que pasara para coger el ascensor.

Alcé una ceja y esperé que fuera urgente de verdad, de todas formas, no podía negarme si la reunión se había atrasado por esa razón. Además, parecería que no querría reunirme con el director de mi empresa y levantaría más sospechas que si simplemente acudía para tratar ese asunto urgente.

—Señor Álvarez, la señorita Komarova ha llegado —dijo la secretaria de Álvarez en cuanto llegué a su despacho y ni siquiera mencioné que me estaba esperando.

Pedí a mis guardias de seguridad que esperasen en la puerta, no tenía ni idea de a qué se debía ese asunto urgente, pero si eran temas de trabajo era preferible que no escucharan nada indebido por si acaso.

—Espero que sea algo urgente para haber retrasado la reunión —dije nada más entrar en cuanto el chico de personal me abrió la puerta y la cerró en cuanto estuve dentro.

—Lo es —respondió seriamente antes de que me diera cuenta de que me había subido a su hombro.

—Pues tu dirás —dije cruzando los brazos.

—Ahora mismo me vas a aclarar lo que hay entre tú y yo Irina —contestó seriamente, como si de verdad fuera un asunto de seriedad absoluta.

—¿Qué? —exclamé—. No existe un tú y yo, así que no hay nada que aclarar Alejandro —afirmé tajante.

—¿Y qué fue exactamente lo de anoche?, ¿Qué se supone que fue eso? —insistió.

—¿Un polvo? —exclamé esquivando la pregunta. Lo cierto era que trataba de no mirarlo, estaba demasiado atractivo con aquel traje azul marino y ese el aire de poder que siempre emanaba por cada poro de su ser que de alguna manera me excitaba sin saber porqué.

—Antes de marcharte dijiste que querías una relación —aseguró—, una relación normal.

—Si tan buena memoria tienes, debes recordar cuál fue tu respuesta. —aclaré.

—Tenía mis razones para actuar así, Irina —contestó con un semblante serio—. Es difícil de explicar, pero podría intentarlo...

—¿Intentar qué, Alejandro? —pregunté sin saber a qué se refería.

—Tener una relación —sentenció.

En ese momento se podría haber caído el edificio que me hubiera quedado igual de estática al punto de que ni la sangre corría por mis venas. Había deseado tanto aquello hacía tan solo unas semanas que ahora no sabía reaccionar ante esas palabras.

—¿Por qué ahora? —exclamé no pudiendo evitar la pregunta en cuanto conseguí reaccionar. Necesitaba saber porqué lo quería en estos momentos cuando se había negado rotundamente desde el principio.

—Porque es la única forma de tenerte —contestó firme.

—¿Tenerme? —grité—. No soy una posesión Alejandro y mucho menos un objeto que puedas calificar como tuyo.

—No quiero que seas una posesión, solo quiero que seas mía y que solo yo pueda tocarte —aseguró firmemente y de hecho sentí que de verdad era lo

que quería por más egoísta que me pareciera y que sin embargo él, no lo hiciera.

—¿Y tu?, ¿Qué hay de ti? —pregunté entonces.

—No entiendo la pregunta —contestó alzando una ceja confuso.

—¿También serías mío? —pregunté tratando de averiguar si confesaba quién era la chica del parque o si tenía otra relación con alguien.

—Si —afirmó sin dudarle y me sorprendió que lo hiciera.

—¿Sólo mío?, ¿Sin nadie más de por medio? —pregunté anonadada.

—No necesito a nadie más.

En ese momento sentí la debilidad de mis pies sobre aquellos zapatos de tacón de aguja y me maldije por habérmelos puesto aquella mañana, ¿A quién se le ocurre? Desde luego solo a mi, aunque jamás hubiera previsto que me confesaría aquello, por más que estuviera mintiendo, pero había sido todo un deleite para mis oídos.

—Lo siento Alejandro, pero ahora eres tú quién no está a mi altura —contesté firme tratando de evitar cuanto me dolía decir aquello.

Me di la vuelta no esperando una respuesta, en el fondo me maldecía a mi misma porque había deseado que me dijera precisamente aquello durante tanto tiempo, pero después de que me partiese el corazón aquel día con aquellas mismas palabras que le acababa de recriminar supe que aquel hombre no merecía que lo amase por más que mi cuerpo se empeñase en reclamarlo y mi corazón en aclamarlo.

—Me dijiste que me debías un favor por el incidente de ayer —dijo antes de que colocara la mano en el pomo de la puerta para salir de aquel despacho.

No sabía que iba a pedirme, pero al menos supe por su voz que no se había movido de su lugar para acercarse a mi, tal vez si le tuviera justo detrás con aquella fuerza, esa increíble fragancia que si descubría cual era estaba dispuesta a pagar una fortuna por retirarla solo para que aquel maldito olor no me provocara esa agonía por tocarle y sobre todo, el tono ronco de su voz que hacía que me exasperase de puro placer cada vez que le tenía cerca; me

derretiría entre sus brazos y sería capaz de lanzarme sobre su cuerpo.

—Te escucho —dije sin darme la vuelta, no confiaba en mi misma, aún tenía presente la pasada noche, mi debilidad crecía por momentos y sabía que la fachada que había conservado hasta ahora solo era producto de la culpa y la autocompasión por haber sucumbido yo sola víctima del puro deseo que sentía por ese dios griego carnal.

—Necesito a una acompañante para asistir a un evento el próximo sábado dieciséis de este mes —calculé mentalmente y faltaban algo más de dos semanas para esa fecha.

—Estaré ocupada —contesté sin más.

—Pues desocúpate —dijo sin más—, necesito que alguien me acompañe y tu me debes un favor. —Su tono era seco y a mi parecer bastante brusco, como si estuviera enfadado. Lo medité unos instantes y pensé que, si así estaría en paz con él, asistiría a ese dichoso evento, después de todo se lo debía por haberme salvado.

—Envíale los datos a mi secretaria y allí estaré —contesté en el mismo instante que abría la puerta y me marchaba volviendo a respirar el aire contenido.

Necesitaba poner separación entre ese dios griego y yo, o de lo contrario no podría mantenerme alejada de ese cuerpo como mi mente quería, pero mi corazón no parecía querer valorar esa opción porque todo en mi me pedía a gritos que sucumbiera a la tentación que significaba Alejandro para mi.

El resto de la mañana se fue entre reuniones con los otros miembros de la junta directiva. Comí con un socio de mi padre que tenía varias propuestas de inversión que podrían ser interesantes antes de marcharme hacia Londres esa misma tarde y por suerte, pude entretenerme el resto de la tarde en aquellas propuestas que había discutido con aquel simpático hombre que tenía muchas ganas de conocerme por la cantidad de ocasiones en las que mi padre le había hablado de mi.

Cuando abandoné de nuevo España para dirigirme hacia la sede que

teníamos en Inglaterra de Komarov, me iba con dos pensamientos; uno era que había vuelto a estar con Alejandro, a pesar de que me había propuesto no sucumbir yo misma ante él, lo había hecho, le había invitado a mi habitación siendo consciente de lo que ocurriría y el mero hecho de haberle dicho que se marchara después tratándole de la misma forma en la que él me había tratado a mi no hacía que me sintiera mejor. Lo segundo era que, aunque no lo deseara, volvería a verle más pronto de lo que me gustaría porque debía acompañarle a aquel maldito evento del que no tenía ni la menor idea en que consistía, es más, tampoco me interesaba saberlo, pero no entendía porque me lo pedía a mi.

Por un momento recordé su propuesta, me había pedido tener una relación normal, que quería intentarlo, ¿Por qué ahora? Su respuesta de que quería que fuera únicamente suya no me parecía la más indicada... más bien tendía a pensar que ahora yo suponía para Alejandro un puente hacia la cumbre, alguien útil con quien estar, era interesante tener una relación con la dueña y presidenta de la empresa en la que él era un simple socio minoritario y el solo hecho de pensar que había mencionado aquella propuesta por puro interés hacía que mi rabia hacia él creciera. Incluso desechaba a aquella chica con la que parecía estar saliendo y que desde luego no negó aquel abrazo en público delante de todo el mundo incluida yo, solo por su bienestar en la empresa. Si tanta pasión le dedicaba a su trabajo debería casarse con Komarov... me dije mientras cerraba la carpeta de pronto porque era incapaz de concentrarme.

Así me muriera de ganas por estar con él, no sucumbiré de nuevo. Me niego a hacerlo... no iba a darle el gusto, aunque me lo estuviera privando a mi también al mismo tiempo.

—¡Andrei! —dije intentando parecer lo más contenta que pude por teléfono.

—¿Estás bien? —contestó enseguida mi primo.

—Claro que si, ¿Por qué lo preguntas? —pregunté esperando que por mi pronta efusividad no sospechara nada.

—Teniendo en cuenta el ataque que sufriste ayer, pensé que no estarías tan feliz de la vida —aseguró preocupado.

—¡Ah bueno! Eso... —me calmé un poco analizando la situación, prácticamente se me había olvidado y eso se lo debía únicamente a Alejandro, al menos eso lo tenía en su beneficio.

—¿Es que el señor Álvarez ha conseguido que se te olvide el incidente? —exclamó para mi consternación.

—Pero ¡qué dices! —le grité— Estoy de viaje de trabajo Andrei.

—Bueno, creo que eres lo suficientemente grandecita y responsable de tus actos, mientras tengas claro lo que haces. —Me sorprendió que Andrei no me recriminara nada. Tal vez fuera porque gracias a Alejandro me había librado del tipo que había intentado violarme y se lo agradecía de aquella forma—. Te llamaba para decirte que ya está solucionado lo del tipo ese. No vas a volver a encontrarte con ese hombre de nuevo, no trabajará en ninguna sede Komarov, ni en ningún otro trabajo te lo aseguro.

—Mejor no preguntó que habrás hecho —aseguré. ¿Era una mala persona por no sentir pena alguna por ese malnacido que había tratado de forzarme y que incluso iba a pegarme si Alejandro no hubiese aparecido en ese instante?

—No te interesa, solo quería decirte que estés tranquila. Cuando vuelvas a Moscú hablaremos de tu seguridad personal a partir de ahora —afirmó sin darme tregua.

—Está bien, después de Londres vuelvo a casa por un par de semanas al menos, así que tendremos tiempo suficiente de vernos —confirmé visualizando mi agenda.

—Nos vemos pronto entonces, primita —dijo antes de despedirse—. Y ten cuidado, no te separes de tus guardias en ningún momento.

Llevaba varios días de haber vuelto a Moscú, lo cierto era que me estaba acostumbrando a trabajar desde aquel despacho que había sido de mi padre. Me había comprado un pequeño ático en el centro de la ciudad, ni muy pequeño ni excesivamente grande, pero me pasaba cada dos días por casa de

mis padres para revisar con mi padre alguna que otra documentación y él me iba dando pautas sobre las indicaciones que debía tener, incluso me ponía en preaviso sobre ciertos asuntos que debía tener en cuenta de algunas personas en reuniones concretas que se hacían semanalmente.

Estaba tan sumida en el trabajo que apenas me quedaba tiempo para tener vida social, incluso llevaba casi cinco días sin hablar con Nadia por falta de tiempo y tuvo que ser ella misma quien para verme solicitara una cita a mi secretaria.

—¿Puedes hacer un respiro Irina? —dijo mi amiga mientras apuntaba un par de cosas en mi agenda antes de que se me olvidara.

—Si, enseguida —contesté escribiendo rápido.

—A este paso, te voy a ver por el hospital antes de lo que esperas —aseguró ella en plan dramática.

—No digas tonterías —contesté irónicamente.

—Irina —contestó llamando mi atención. Noté sus manos sobre las mías y dejé caer el bolígrafo—. ¿Qué pasa? —preguntó de pronto y suspiré dejándome caer sobre la silla.

—Si no ocupo todo mi tiempo en el trabajo acabaré pensando en él y si lo hago, seguro que le acabo llamando o algo peor —gemí sincerándome porque solo con ella podía hacerlo.

—Yo pensaba que lo tenías casi olvidado después de todo lo que te hizo —me contestó Nadia algo confundida.

—Yo también... —afirmé sin mencionar que eso era lo que quería, no lo que sentía.

—Tal vez solo tienes que dejar que pase el tiempo y quizá dentro de unos meses comenzará a formar parte de un recuerdo no tan nítido —aseguró tratando de aliviarme.

—Voy a verlo dentro de dos días, tengo que acompañarle a no se que cosa —mencioné asustándome el simple hecho de tener que volver a verlo.

—¿Por qué? —preguntó atónita.

—Es una larga historia, pero digamos que estoy comprometida a hacerlo. Pensé en poner una excusa, pero entonces le seguiré debiendo un favor —bufé.

—Tú estás peor de lo que yo pensaba —afirmó Nadia cruzándose de brazos sin apartar la vista de mi.

—¿En serio? —exclamé tapándome la cara con las manos—. No sé que hacer para olvidarlo Nadia, ¡No puedo conseguirlo por más que lo he intentado!

—Tal vez no debas hacerlo... —sugirió como si fuera lo más evidente.

—¿Cómo? —exclamé en voz alta por si resultaba que mi amiga se había vuelto completamente zumbada.

—Aprovéchate de tu posición para tener una relación con él como la tenías antes, tal vez así acabes cansándote de él de alguna forma, creo que así acabarás dándote cuenta de que es un ególatra engreído y ese sentimiento que tienes, acabaría desapareciendo —contestó elocuente.

No me hubiera imaginado a Nadia dándome ese consejo, pero... ¿Podría tener razón?, ¿Podría funcionar que volver a tener una relación puramente sexual hiciera que me cansara del dios griego?

Con ese pensamiento y un vestido de color azul noche de manga larga y pedrería cuya espalda estaba completamente al descubierto, emprendí el viaje aquel viernes por la tarde de vuelta a Madrid. No sabía que esperar al día siguiente, no sabía a qué clase de evento debía acudir porque en la citación solo había una hora y un lugar, con el único añadido de que debía acudir de gala y ser puntual.

Iba a verle de nuevo, probablemente vestido de esmoquin y más sexy que nunca, pero mis nervios no solo eran por estar junto a él mientras durase aquel evento, sino porque de algún modo, las palabras de mi amiga Nadia resonaban de nuevo en mi cabeza hasta el punto de que habían llegado a tomar forma y creer que aquella sería la única solución para no morirme de agonía por la falta de aquel vibrante cuerpo de mi dios griego.

SORPRESA INESPERADA

Miré el teléfono por enésima vez, no había ningún mensaje de Alejandro, ninguna llamada, nada de nada, cero, ¿Sin más aviso que aquella nota que envió dos días después de que volviera a Moscú debía presentarme en aquel lugar y esperar? Daba por hecho que no pasaría a recogerme, ni tan siquiera había dicho que un coche lo haría por él... y de algún modo aquello me resultaba de lo más extraño, por no decir inquietante.

Bien era cierto que, si echaba la vista atrás, en todos nuestros encuentros él nunca se preocupó porque llegase a los sitios en lo que me citaba, más bien era yo la que se apañaba la vida como pudiese para llegar. Pero en esta ocasión se trataba de una velada a la que supuestamente debía acompañarlo y hasta donde llegaba mi conocimiento, a ese tipo de actos se llegaban juntos, no por separado. Aunque no tenía ni la más mínima idea de que acto sería, pero supuse que probablemente se trataría de alguna gala benéfica, una subasta o una cena de negocios, aunque nada tuviera que ver con el consorcio Komarov porque no había ningún evento esa noche en España al que tuviéramos que asistir o estuviera programado.

Tal vez solo era la curiosidad junto con los nervios de volver a verlo y las palabras de Nadia que no dejaban de repetirse una y otra vez en mi cabeza. ¿Podría volver a tener con Alejandro algún tipo de relación similar a la que tuvimos? Mas bien no era una relación, se trataba solo de sexo sin compromiso y punto, pero ¿Podríamos establecer algo similar dada la situación actual?

Llegados a este punto era probablemente la única forma de estar con él, aunque me hubiera propuesto intentar tener una relación normal como cualquier pareja lo hacía cuando se gustaba, lo más probable es que dejando a un lado el interés que ahora podría tener Alejandro por mi debido a quien era

yo realmente, sería algo abocado al fracaso. Yo no podía permitirme tener una relación estable, aunque quisiera y él... bueno, él incluso seguramente estaba con esa otra chica del parque cuyos rasgos no dejaban de martirizarme al ser tan sumamente guapa. No entendía porque no habría invitado a esa chica con él a acudir a este evento, ¿Tal vez me necesitara por conveniencia? Suponía que hasta dentro de unas cuantas horas no encontraría respuestas.

Aunque el acontecimiento era de tarde, había preferido acudir un día antes para estar descansada durante la gala y también porque inexplicablemente quería estar radiante. Me quería sentir especialmente guapa aquella noche. Supongo que simplemente era por la incesante necesidad de gustarle cuando me viera por muy imbécil que aquello sonara, pero siendo francos aún le amaba, pese a todo le quería y no podía evitar hacer aquellas cosas.

Pedí cita en la peluquería, quería algo sencillo, pero que se apreciara el escote de la espalda que lucía el vestido. A última hora de la mañana después de levantarme tarde, estuve en un centro de belleza para hacerme una limpieza facial, manicura y pedicura al completo. Después me fui directa a la peluquería, cuando llegue al hotel me di cuenta de que no había comido y tenía un hambre voraz, pero no me daba tiempo, debía ducharme y maquillarme para estar a las seis en aquel lugar, me parecía demasiado temprano para tratarse de un evento de tarde que sin duda se prolongaría hasta la cena, pero bueno... todo aquello resultaba muy extraño, así que la hora era lo de menos.

Resalté mis ojos con un potente delineado azul oscuro que haría que mi propio color natural brillara más y en los labios llevaba un rojo con subtono vino que resaltaba mis rasgos. Cuando estuve lista me subí a los zapatos de tacón cuyos pies sufrirían bastante debido a la altura y cogí un chal porque a pesar de estar acostumbrada al frío ruso, hacía algo de fresco por ser noviembre.

Me monté en el coche que había alquilado durante el fin de semana y le di la dirección al chofer, en realidad no tenía ni la más mínima idea de si debía o

no despedir después a mi chofer porque no sabía si al terminar dicho evento Alejandro me llevaría de vuelta al hotel o lo debería hacer por mi cuenta, pero chica precavida vale por dos, así que cuando el conductor me dijo que ya habíamos llegado le dije que esperase hasta recibir de nuevo indicaciones. El servicio estaba incluido por lo que cuando el conductor se bajó y me abrió la puerta miré a mi alrededor visualizando aquella impresionante iglesia.

Miré el reloj y era la hora exacta, pude ver algunas personas en la puerta que vestían trajes largos y parecían estar esperando.

—Perdoné, ¿La dirección exacta que le di a que edificio corresponde? — pregunté descartando la iglesia como lugar.

—A la iglesia, por supuesto —afirmó como si no hubiera duda alguna.

—¿A la iglesia?, ¿Está usted seguro? —exclamé confusa. No podía ser... era imposible.

—Si señorita, conozco personalmente la Iglesia de San Manuel y San Benito, es la dirección que usted me dio, no hay duda alguna —afirmo de nuevo.

—Está bien, gracias por aclararlo —contesté sintiéndome tonta y comencé a alejarme del vehículo.

—No puedo quedarme aquí, así que si me necesita solo debe llamarme, trataré de estar cerca en algún aparcamiento que encuentre —dijo antes de rodear el vehículo para entrar de nuevo en el asiento del conductor.

—Por supuesto, gracias.

¿Una iglesia?, ¡Pero que diantres hacía yo allí! Según parecía por la vestimenta debía tratarse muy probablemente de una boda, dudaba que la gente se vistiera así para un bautizo. Me acerqué lentamente y sintiéndome algo estúpida porque acababa de enterarme de que no iba a asistir a una gala benéfica o a un acontecimiento que era simplemente cordial, se trataba de una boda y Alejandro debía ser un invitado familiar o lo suficientemente conocido para asistir.

¿Por qué me invitaba a algo tan personal cuando nunca había querido

hablar de sí mismo o peor aún, que nos vieran en público? No entendía nada de aquello.

Cómo no sabía muy bien que hacer fingí tener una llamada de teléfono, hasta que cada vez más gente se concentró en la puerta. Podía notar ciertas miradas sobre mi, seguramente porque nadie me conocía y yo no parecía conocer a nadie tampoco. ¿Dónde demonios se había metido Alejandro?, ¿Quién era ahora el impuntual? Pensaba reprocharle aquello durante toda la noche.

Escuché como quien no quiere la cosa a alguien decir que fueran pasando dentro de la iglesia, que la novia probablemente no tardaría en llegar.

Siendo sincera, me daba cierto apuro, porque me sentía como si me estuviera literalmente colando en aquella ceremonia sin conocer a nadie. Decidí guardar el teléfono y entrar en la iglesia de una vez, pero antes de hacerlo alguien me interrumpió.

—Perdona —escuché y alcé la mirada para encontrarme con un chico bastante alto y muy guapo a decir verdad. Llevaba un traje formal como el resto de los invitados que le sentaba bastante bien a pesar de no estar hecho a medida por el sobrante en sus pantalones.

—¿Sí? —exclamé algo nerviosa.

—Tu vienes por parte de la novia, ¿Verdad? —preguntó al mismo tiempo que me sonreía y yo sonreí al mismo tiempo porque no sabía que decir. Probablemente no, era más seguro que estuviera allí por parte del novio que sería algún amigo de Alejandro, pero tampoco podía confirmarlo porque no tenía ni idea de quienes eran sus amigos, no sabía nada de él.

—Pues... —empecé a decir tratando de inventarme algo, pero en ese momento llegó un coche con adornos en las puertas, que sin duda alguna debían ser los novios.

—Al fin está aquí, se ha hecho de rogar bastante —contestó sonriente y yo me quedé observando a la pareja que se casaría en un instante.

Miré al vehículo para ver bajar a los novios que debían venir juntos a la

iglesia, desconocía como era una boda en España, pero imaginaba que sería igual que en Rusia donde el novio recoge a la novia en su casa y van juntos hasta el lugar de la ceremonia, aunque allí casi todo el mundo se casa por el juzgado y no en la iglesia porque no tiene ningún poder, pero aún así hay parejas que lo seguían haciendo solo por lo que representaba.

En el momento que reconocí a Alejandro salir del vehículo y coger delicadamente a aquella mujer vestida de novia palidecí. Ella le sonreía y parecía tan enamorada que me agarre al hombro del chico que había a mi lado para no caerme.

«No puede ser» Me repetí tres veces. «No me puede haber invitado a su propia boda»

—¿Estás bien?, Se que a vosotras estas cosas os emocionan mucho y supongo que aún más si es tu amiga —dijo el chico sosteniéndome, algo que agradecí.

—Si... claro —contesté casi sin aliento.

—Entremos, que no me quiero perder la cara de Alberto —dijo de pronto aquel chico y no entendí porqué decía eso.

¿Alberto?, pensé, ¿Quién demonios es Alberto y qué tendrá que ver? Tal vez solo fuera el padre de la novia o alguien celoso de aquella boda.

Cuando entré en la iglesia todavía seguía agarrada al brazo de aquel chico que me guio por uno de los laterales hasta los asientos situados en las primeras filas del altar. Ni tan siquiera había podido mirar a la gente que quedaba a nuestra izquierda porque iba salteando obstáculos y mirando el suelo para no caerme con aquellos zapatos.

—¡Ey, dejadla pasar hasta el pasillo! —susurró el chico que me acompañaba a otros presentes en una de las bancadas—. Es una amiga de Teresa —añadió mientras todos los presentes me miraban como si me estuvieran estudiando detenidamente y me dejaron pasar sin rechistar.

—No hace falta... yo... —dije intentando evitar molestarles, pero eran tantos los que me permitieron pasar que no pude negarme.

Cuando llegué justo al extremo del pasillo miré al frente y vi a un chico trajeado esperando en el altar, ¿Quién era ese? Se giró en cuanto la música comenzó a sonar, parecía esperar a alguien, en ese momento me volví hacia la puerta de la iglesia y las pocas personas que había sentadas se levantaron para ver como entraba la novia y avanzaba por el pasillo del brazo de Alejandro. La reconocí inmediatamente como la chica morena del parque, era absolutamente preciosa y por raro que pareciera solo miraba hacia el chico que aguardaba en el altar.

No entendía nada, pero seguí mirando expectante a la situación, Alejandro estaba increíblemente guapo con aquel traje azul oscuro y cuando se comenzó a acercar a mi, me vio. No sabía que esperar de su reacción al verme, pero sin duda, lo que menos esperé es que me sonriera, fue una sonrisa demasiado sincera que inexplicablemente me hizo sonreír a mi también. ¿Y por qué puñetas le sonreía si me había invitado a su propia boda? Aunque ya no estaba del todo segura de que así fuera, pero debía serlo, habían llegado juntos y era la chica morena del parque... ¿Qué otra cosa sería sino? Aunque el chico ese que había en el altar... ¿Sería un testigo?, ¿Y entonces por qué ella le miraba embobada? No entendía nada...

Pero cuando llegaron hasta el altar y Alejandro entregó a la novia a aquel chico que estaba esperando, me di cuenta de que él se hacía a un lado quedando a la izquierda de la novia y me miró de nuevo.

—Bienvenidos a todos los presentes. Hoy nos hemos reunido para celebrar el sagrado matrimonio de Alberto Nicolás Roldán Montes y María Teresa Álvarez Santiago que han decidido...

«Teresa Álvarez» ¡Era su hermana!, ¡Alejandro acababa de invitarme a la boda de su hermana!

¿Una acompañante para un evento?, ¡Por dios que era la boda de su única hermana!, ¡Ay dios! Allí debía estar toda su familia y no tenía ni idea de con qué excusa iba a presentarme ante todos ellos.

En ese momento sentí dos cosas; la primera era que Alejandro ni se

casaba, ni tenía novia como yo pensaba... ¡La morena del parque era su hermana! Y segundo... en ese momento quería matar a Alejandro por no avisarme, pero además de matarlo también me moría inexplicablemente de ganas por besarle al haberme invitado a algo tan personal.

—Oye preciosa... ¿Y tú has venido sola a la boda? —escuché la voz masculina que tenía al lado y me reí interiormente.

—Cssh —siseó alguien—. Cállate que yo la vi primero ¡eh! —escuché decir a otro y en el momento en que me giré vi como a siete chicos trajeados mirándome. Probablemente enrojecí y mis mejillas se teñirían de rojo ante tantos pares de ojos observándome detenidamente.

¿Qué se supone que debía contestar?, No sabía como me iba a presentar Alejandro, ¿Compañera?, ¿Amiga?, ¿Jefa?, ¿Socia?

—¿Cómo te llamas? —susurró uno.

—¿Sabes donde te vas a sentar? —escuché decir a otro.

—Oye, no agobiarla tanto, que no se va a esfumar de la boda, ¿verdad? —reconocí al mismo chico que me había acompañado hasta allí y que estaba al otro extremo.

—No... no me iré o eso creo —susurré no pudiendo evitar reírme.

Lo cierto es que eran bastante graciosos con sus comentarios todo el tiempo, fui descubriendo que eran amigos del novio e incluso supe que era el primero de todos ellos en caer bajo la “soga” del matrimonio, al parecer el resto estaban solteros aparentemente o a juzgar por sus comentarios.

Intenté prestar atención a la ceremonia en la medida de lo posible y aunque no duró mucho, fue bastante bonita. Antes de que me diera cuenta ya había terminado y al parecer tanto novios como padrinos debían firmar el acta de casados, así como algunos testigos porque uno de aquellos chicos mencionó algo de querer firmar dicha acta.

—¡Vamos!, ¡Hay que enterrarlos literalmente en arroz! —exclamó uno de ellos que no era el me había traído hasta allí, ni tan siquiera sabía sus nombres así que no tenía como llamarlos. Los siete enanitos desde luego no, porque

salvo uno todos eran más altos que yo y eso que yo no era precisamente muy bajita que digamos.

Salí hacia el exterior de la iglesia que de por sí estaba quedándose vacía salvo algunos rezagados que había hablando. Me preguntaba quien sería la familia de Alejandro, estaba bastante nerviosa, ¿Qué le habría dicho a su hermana cuando le dijo que llevaría acompañante? Quizás mis nervios eran más por las explicaciones que él debía haber dado que por el hecho en sí de estar allí, ahora que sabía que Alejandro nunca había estado con otra al menos que yo supiera, algo me hacía vibrar de nuevo en mi interior, como si tuviera un rayito de esperanza ante la negrura que vaticinaba hacía tan solo unos instantes.

Todos estaban entusiasmados cogiendo paquetitos de arroz y repartiéndolos entre los invitados, avisando a todo el mundo que estuviera preparado, al parecer los novios iban a salir en breve de la iglesia.

Abrí la bolsita vaciando el contenido de ésta en una mano y uno de los chicos me ayudó para vaciarme el contenido de otra en la otra mano que apenas podía manejar porque llevaba el bolso agarrado con el brazo pegado a mi costado al no tener asa.

Justo antes de que los novios salieran y el arroz comenzara a volar por el aire, sentí aquellos brazos fuertes rodeando mi cintura, ese aroma masculino potente embriagar mis cinco sentidos y no solo el del olfato, además de aquella voz ronca susurrando a mi oído.

—Has venido... —dijo tan cerca de mi oreja que me estremecí desde los pies hasta la cabeza y reconocí inmediatamente esa voz. No pude responder por la avalancha y los gritos que se vinieron en el momento en el que los novios salieron por la puerta de la iglesia.

Tiré el arroz con mi mano derecha y después cogí el bolso para poder tirar el que tenía en la mano izquierda, aunque con ésta fui un poco mas torpe, sobre todo porque Alejandro no me había soltado la cintura.

—¡Alejandro! —escuché de pronto y se trataba del mismo chico que me

había acompañado al principio.

—¡Que pasa Oscar! —contestó mientras notaba como se saludaban algo más que formalmente.

—¡Ese padrino! —gritó otro cuando se dio cuenta de que él estaba allí.

De uno en uno fueron acercándose a saludarlo y yo me quedé en medio de todo mirando como espectadora sin saber dónde meterme.

—Pobrecilla —dijo uno de ellos—. ¿No conoces a ningún invitado?, ¿Solo a la novia? —preguntó uno que si no recordaba mal se llamaba Carlos.

—En realidad aún no conoce a mi hermana, no se la he presentado —contestó Alejandro captando la atención de todos incluida la mía.

—Espera un momento, ¿La conoces? —exclamó el tal Oscar. Hablaban de mi como si no estuviera allí presente y me pareció absurdo.

—Un poco —contestó guiñándome un ojo y dejándome atónita por ello—. Es mi novia. —Soltó delante de todos.

Probablemente si no llevara en aquellos momentos un tanga que por cierto, estaba casi incrustado en mi piel, estaba segura de que se me habrían caído las bragas literalmente al suelo, ¿Su novia?, ¿Estaba escuchando bien? No... probablemente me habría quedado sorda de tantos gritos y no había dicho aquello, solo eran imaginaciones mías.

—¡Pero serás cabrón! —exclamó uno de ellos mientras le daba un golpe en el hombro aunque en ese momento Alejandro solo me miraba a mi y yo a él sin decir nada.

¿Qué esperaba que hiciera en ese momento? Dejarlo por embustero y desmentirlo no era una opción, él sabía muy bien que no podía hacerlo, jugaba con ventaja y yo no. Alejandro estaba en su campo y yo solo era una mera espectadora invitada.

—¡Ya decía yo que tu hermana no podía tener amigas tan guapas! —escuché decir a otro mientras algunos se reían—. Perdona por la franqueza preciosa, que por cierto aún no sabemos cómo te llamas.

—No te preocupes —sonreí—. Soy Irina —contesté— Irina Komarova

—añadí en el último momento.

—¿Komarova? —preguntó indeciso— ¿No se llama algo así la empresa por la que te dejas medio riñón cada día? —preguntó dirigiéndose a Alejandro.

—Sí, de hecho, ella es la dueña —contestó como si aquello fuera lo más normal.

—¡Joder que cabrón! —exclamó haciendo que todos rieran—. Tío... ¡Véndeme tu vida, en serio! —añadió y no pude evitar reírme por la ocurrencia de aquel chico.

—Oye deberíamos empezar a llamar a los taxis para que vayan llegando —mencionó alguien de pronto.

—¿Has venido en taxi? —me preguntó de pronto Alejandro en voz baja para que nadie me escuchara.

—No, tengo a mi chofer cerca —contesté en el mismo tono.

—Vamos —dijo cogiéndome de la mano mientras nos separábamos del grupo.

Cuando hubo una distancia prudencial no aguanté más la situación y de algún modo necesitaba respuestas.

—¿Tu novia?, ¿En serio? —casi grité.

—Cssh —siseó colocándome un dedo en los labios mientras se acercaba a mi de forma peligrosa—. Mira, solo es un favor, solo será esta noche y después te prometo que no me volveré a acercar a ti —susurró.

—¿Y no te pareció correcto avisarme al menos? —pregunté como si aquello le pareciera normal.

—Si lo hubiera hecho, ¿Habrías venido? —exclamó—. Hasta me sorprende lo hayas hecho y precisamente no te llamé para que no pudieses negarte o darme alguna excusa banal para no hacerlo.

—Así que lo tenías todo pensado —contesté sin más.

—Le prometí a mi hermana que traería una acompañante —susurró.

—¿Y por qué no pagaste a una? —pregunté sin pensar.

—Porque después de que te viera en el parque, tuve que explicarle quien eras... y ella quiso que trajera a ti.

—¿Qué le dijiste exactamente? —exclamé atónita.

—¿Es necesario? —contestó mirándome fijamente.

—No me contestes con otra pregunta —insistí.

—Está bien, le dije que habíamos estado saliendo y que nos habíamos dado un tiempo —admitió con cierto pesar en sus palabras.

—Pero ¡Cómo se te ocurre! —le grité.

—¿Y qué querías que hiciera? Es mi hermana pequeña y parece que tiene un sexto sentido para esas cosas, no habría colado decirle que solo eras una amiga y mucho menos iba a decirle que entre nosotros solo hubo un contrato para follar sin compromiso.

—Pues habrías sido sincero por una vez —contesté cruzándome de brazos.

—Yo siempre he sido sincero Irina. Jamás te he mentado —me recriminó y tuve que reconocer para mi desgracia que desde el principio me dijo como serían las cosas entre nosotros, no me dio pie a tener pretensiones de ningún tipo, solo que yo acepté esas condiciones pensando que mi corazón no se vería afectado.

—¿Qué tengo que hacer? —dije cambiando de tema porque me negaba a admitir que tenía razón en cuanto a eso.

—Solo finge ser mi novia durante esta noche —contestó serio—. Y después se acabó todo, no nos volveremos a ver salvo para lo estrictamente necesario que requieran los negocios.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo Alejandro? —exclamé sorprendida porque él era el primero en decir que no era un hombre de relaciones en pareja.

—Lo sé, pero quiero hacer feliz a mi hermana —admitió mirándome a los ojos y no pude negarme.

—Está bien, pero que conste que lo hago solo porque te debo una y

porque no quiero arruinarle el día de su boda a tu hermana —contesté, aunque en realidad lo hacía también porque me parecía demasiado divertida la situación a pesar de todo.

—Te advierto que no sé qué deben hacer los novios, pero supongo que se abrazan y se besan —susurró acercándose a mi—. Aunque imagino que como en eso tenemos algo de práctica no supondrá un problema, ¿o sí?

—Si tienes claro que solo será por esta noche, no lo tendré —respondí aprovechándome de ello, ¡Iba a besarle! Y no tenía ni que pedirlo... ¡Ay dios!, creo que esa noche iba a pasarme factura durante los próximos meses... estaba segura de ello, pero en aquel momento me daba absolutamente igual, solo me apetecía tener la excusa perfecta para probar esos labios de nuevo.

—Lo tengo claro —contestó más serio de lo normal y aquello me extraño.

CONFESIONES OCULTAS

POV ALEJANDRO

Solo necesitaba esa noche, una sola noche para demostrarle que ella significaba mucho más para mí que cualquier cosa en el mundo. No solo había pedido a Irina que me acompañara a la boda de mi hermana engañándola para que no pudiera negarse porque mi hermana me lo hubiera rogado hasta la saciedad, sino porque realmente deseaba tenerla allí... conmigo y poder gritar delante de todos que ella era mía a pesar de no serlo.

Hasta hacía tan solo unas horas pensé que no vendría, que simplemente no aparecería y me dejaría más tirado que una colilla, pero para mi sorpresa no solo había acudido, sino que se había tomado demasiado bien el papel de novia temporal que le había impuesto frente a todos.

Si aquello no terminaba bien, si de algún modo no conseguía hacerle ver que realmente ella me importaba... no tenía ni idea de como afrontaría de nuevo tener que alejarme de ella, asumir que no tendría ninguna posibilidad de que volviera a ser mía otra vez entregándose a mis brazos.

Aún tenía latente el recuerdo de nuestro último encuentro en aquella ducha de su habitación, tal vez solo había sido precipitado por la tensión y el miedo que ella había debido padecer cuando aquel cretino de Fernández había intentado abusar de ella y no solo eso, incluso iba a golpearla y lo habría hecho de no haber entrado justo en ese momento al escuchar sus gritos. En ese momento mi juicio se nubló y no existió nada más que el deseo de matar a esa escoria que le estaba haciendo daño a mi preciosa rusa, es más, ni tan siquiera recuerdo como pude controlarme y dejar de apretar aquel cuello que impedía que el aire llegara a los pulmones de ese idiota, aunque la cuestión era otra... que el simple hecho de saber que Irina corría peligro alguno me alteraba,

necesitaba protegerla, saber que ella estaba bien y sobre todo deseaba cuidarla yo mismo.

Saber que no era la mujer que durante todo ese tiempo había creído que era; una mujer que solo hacía las cosas por su propio beneficio e interés, una completa usurpadora que haría cualquier cosa por ascender... ¿En qué momento pude creer que Irina sería así? Había tenido las evidencias delante de mis ojos y jamás me había parado siquiera a plantearme la posibilidad de que no lo fuera, solo porque aceptó aquel acuerdo que a quien menos beneficiaba era a ella.

En el momento que supe que Irina no era una simple becaria, sino la mismísima hija de Luciano Komarov, el mundo se cayó a mis pies y con él todas mis creencias, aunque mi primer pensamiento fue que para ella solo debió tratarse de un juego o de lo contrario ¿Qué razón habría tenido para aceptar aquel acuerdo en el que ella se entregaba a mí sin ninguna objeción? Después de meditarlo detenidamente y no encontrar respuestas a mis preguntas, solo tuve un pensamiento; ella era inalcanzable para mí.

«Y pensar que le había dicho que no estaría jamás a mi altura cuando era precisamente yo quien no lo estaba»

No me extrañaba que precisamente me hubiera recriminado tal cosa, puesto que había sido yo quien le había dictado duramente aquellas palabras solo por mi propio miedo de enfrentarme a algo que pensaba que acabaría en decepción. ¡Imbécil! Eso es lo que fui por no haber aceptado en aquel momento algo que ahora incluso ansiaba; estar con Irina sin ningún tipo de restricción.

Saber que probablemente no tendría ninguna posibilidad con ella no iba a amilanarme, si algo podía constatar es que la atracción que sentíamos y lo que indudablemente yo conseguía hacerle sentir era indiscutible, de otro modo no habría regresado a mis brazos después de haber roto aquel acuerdo. Mis ansias por ella y la creencia de que Irina realmente se sentía atraída por mí, me hacían seguir hacia delante, creer que de alguna forma podría existir algún

equilibrio, alguna posibilidad de volver a estar juntos, de tenerla en la forma que ella quisiera... no me opondría a nada con tal de que volviera a ser mía de nuevo.

Había aceptado fingir representar el papel de mi novia durante toda la velada y pensaba aprovecharlo al máximo tocando aquella delicada piel, deleitándome en el roce de mis dedos con su cuerpo, besar dulcemente aquellos labios o no tan dulce si podía hacerlo, pero sobre todo pensaba dedicarle toda la atención que fuera necesaria para que se sintiera cómoda y sobre todo para demostrarle que de verdad podría hacerlo, que si estaba dispuesta, estaría encantado de intentar tener aquella relación de pareja que ella en una ocasión había planteado.

¡Dioses! Me moría por sacar el tema, por planteárselo de nuevo, aunque temiera su respuesta como la última vez en mi despacho donde se había negado citando mis palabras, pero si había aceptado fingir que estábamos saliendo y que éramos pareja durante esa noche delante de mi hermana, mi familia y todos mis amigos presentes, me hacía tener esperanza... al menos una ínfima posibilidad de que aceptara.

—Me alegro, porque no me gustaría que después se pudiera dar lugar a confusiones entre nosotros —contestó sorprendiéndome.

—Nunca hubo confusiones entre nosotros, ¿verdad? —contesté observándola fijamente.

Era tan preciosa que podría pasarme la vida entera mirándola sin cansarme...

—Lo cierto es que no —contestó seria—. Siempre supiste marcar los límites

En ese momento me lamenté profundamente por mis absurdas reglas... ¡Estaba dispuesto a enviar al diablo la puntualidad si era necesario con tal de saber que después de esa noche volvería a verla!

—Supiste adaptarte muy bien a ellas a pesar de que no tenías porque hacerlo, no ganabas nada con ello —comenté tratando de ver si era capaz de

averiguar algo más sobre la aceptación de ese acuerdo.

Había insistido que solo lo hizo porque no tenía nada mejor que hacer, pero no iba a creerse aquello, tenía que haber algo más, debía haber mucho más.

—Tal vez fuera porque me gustaba lo que obtenía a cambio —confesó justo antes de sacar el teléfono y llamar al chofer del vehículo que vendría a recogerlos.

POV IRINA

Mi chofer llegó y Alejandro abrió la puerta del coche como todo un caballero para que entrara sin esperar a que el conductor lo hiciera. Me acomodé mientras lo hizo él después.

—Al Hotel Imperial por favor —dijo Alejandro indicando la dirección al chofer.

—¿Por qué vamos al hotel? —pregunté confundida.

—Porque allí es la celebración de la ceremonia —contestó volviendo la mirada hacia mí.

Si de por sí Alejandro siempre estaba imponente, en aquella ocasión lo estaba aún más. Ese olor varonil que siempre me volvía loca invadía y perfumaba todo el vehículo, probablemente me desmayaría de un momento a otro si es que no comenzaba a hiperventilar por tanta hormona masculina en mis fosas nasales.

—Esta bien —contesté por inercia mientras me dejaba caer en el asiento.

—El día que te encontré en el bar, fui a supervisar algunos detalles como favor a mi hermana, se me hizo algo tarde y por eso te encontré —dijo en un tono neutral.

¿Es que hoy era día de confesiones? Me pregunté al tiempo que le observaba. Mi cuerpo además de estar recostado estaba ligeramente inclinado hacia el suyo y él hacía lo mismo, era como si inconscientemente nuestros cuerpos se atrajeran como imanes.

—Así que estabas allí por casualidad de verdad —contesté sin poder evitar reírme ante la situación.

—Así es —contestó con un amago de sonrisa que me pareció demasiado dulce.

No tardamos en llegar teniendo en cuenta que estaba al lado de la iglesia,

así que cuando nos bajamos y el chofer preguntó sobre qué hora debía recogerme, casualmente en esa ocasión no me hospedaba en ese hotel, sino en uno a las afueras, de ahí que lo preguntara.

—No hará falta, yo me encargo de la señorita —anunció Alejandro contestando en mi lugar y despidiendo al chofer del vehículo alquilado.

—¿Tu te encargarás de mi? —pregunté con cierta ironía.

—Te llevaré cuando me lo pidas, es lo menos que puedo hacer —respondió demasiado amable, ¿Dónde estaba este Alejandro todo aquel tiempo atrás?, ¿Era solo así en ámbito familiar? Y hablando de familia...

—¿Me vas a presentar a toda tu familia? —pregunté de pronto cambiando de tercio y algo nerviosa por lo que aquello implicaba.

—No tengo mucha familia realmente —contestó algo serio y eso me hizo preguntarme porque no la tenía. En realidad, Alejandro solo me había hablado de su hermana y nadie más ahora que lo pensaba.

Habíamos sido de los primeros en llegar, Alejandro me dejó un momento a solas y me entretuve mirando la mesa en la que estaríamos sentados, mientras él se esfumó hacia no sé que lugar, pero desde luego en el salón no estaba. Encontré el número en el que supuestamente estaríamos sentados y me sorprendió ver que era una mesa para nueve personas y yo era la única mujer en ella, ¡Qué bien!, ¡Esto será divertido! Gemí de ironía.

Justo cuando me dirigía a la mesa, sentí de nuevo como alguien me rodeaba la cintura y por ese olor supe que Alejandro estaba de vuelta.

—Todavía no nos sentamos, primero es la copa de bienvenida —me susurró al oído mientras me guiaba hacia uno de los laterales que yo suponía sería la pista de baile donde había unas mesas altas para estar de pie.

—¿Copa de bienvenida? —pregunté sin saber que era eso.

—Si, es para hacer tiempo hasta que lleguen los novios, que estarán haciéndose fotos para el reportaje de boda.

—¡Ah, entiendo! —exclamé.

Al menos esa parte sí era igual que en Rusia. La gente fue llegando y

poco a poco aquello se fue llenando, al parecer los siete enanitos como los había apodado a pesar de no ser en absoluto enanos, eran los que estarían en la mesa con nosotros.

—Disculpad un momento —volvió a avisar Alejandro mientras le veía marcharse de nuevo.

—¿Y hace mucho tiempo que Alejandro y tu salís juntos? —me preguntó uno de ellos, aún me costaba identificar los nombres al habérmelos presentado tan rápido y ser demasiados.

—Pues... unos cuantos meses —dije sin especificar.

—¿Meses?, ¿Estabais saliendo durante este verano? —insistió.

—Emm si, ¿Por qué? —pregunté contrariada.

—¡Es ella! —gritó de pronto y mi cara fue de conmoción máxima, ¿Era quién?

Otro que había al lado me miró

—No me extraña que pillara la tajada que pilló en la despedida —le contestó.

No pude preguntar de que narices estaban hablando porque la música sonó y los novios hicieron su entrada entre los vítores y gritos de los invitados, pero había mencionado despedida y eso me hizo evocar el recuerdo de Alejandro llegando completamente borracho a mi apartamento en una despedida de soltero.

¿Había bebido tanto por mi?, ¿Qué se suponía que significaba aquello?, ¿A qué se referirían sus amigos?

—Empieza el espectáculo —escuché el susurro de su voz en mi oído mientras sentí como sus brazos rodeaban mi cintura y me daba un casto beso en el cuello. Si no fuese por lo apretada que me sostenía contra él, mis piernas habrían fallado y más aún en esos andamios de tacones que llevaba por zapatos.

Cuando alcé la mirada me encontré de frente con la hermana de Alejandro que sin duda alguna estaba bellísima. En ese momento me dio la

sonrisa mas sincera que jamás me habían dado en toda mi vida y no pude hacer otra cosa sino responder de la misma forma, aunque yo me sintiera una impostora por estar fingiendo salir con su hermano.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! —gritó mientras alzaba los brazos hacia mi y noté como Alejandro me soltaba para que abrazase a su hermana.

No sabía que responder ante aquello, la verdad, así que me limité a abrazarla entre aquellas capas de tul que tenía su vestido de novia—. ¡Qué bien hueles!, ¡Y qué guapa eres! Aunque en el parque ya vi que eras muy guapa sin maquillaje, pero ahora estás espectacular, no me extraña que mi hermano esté así contigo.

Escuché varias risas y me volví para ver que Alejandro sonreía mientras se llevaba una copa de vino a los labios.

—Bueno... la verdad es que yo también tenía muchas ganas de conocerte Teresa, tu hermano me ha hablado de ti en alguna que otra ocasión —contesté sonriente.

—¿De verdad? —exclamó extrañada—, ya tendremos tiempo de hablar. ¡Ah! Espero que me la trateis bien, eh —dijo a modo sargento—. Porque es la única dama que estará en vuestra mesa —les anunció y luego me miró a mi— Lo siento, me avisó con tan poco tiempo de margen que no pude hacer grandes cambios.

—No te preocupes, estaré muy bien acompañada —contesté sin darle importancia.

Inesperadamente volvió a abrazarme.

—Hay muchas cosas que quiero contarte y que necesitarás saber para entender porqué es así —dijo en voz baja y mi rostro cambió en ese momento.

Cuando se separó de mi no cesó de mirarme y sin soltar mi mano la apretó fuertemente, como si con aquello tratara de establecer una especie de secreto entre nosotras. Yo asentí en esos momentos, intuí de alguna forma que ella me iba a contar algo de Alejandro, algo que quizá haría que entendiera su comportamiento todo este tiempo.

—Tranquila Teresa, está en las mejores manos —anunció uno de los chicos.

—Te refieres a las mías ¿no? —contestó Alejandro provocando que éste se riera.

—Si, si —afirmó—. Por supuesto —respondió alzando las suyas.

Durante toda la velada podía notar la cercanía de Alejandro constantemente, mirándome a cada instante, observándome en ciertas ocasiones, cogiéndome la mano cuando hablaba con el chico que tenía al otro lado de mi asiento que resultó ser Oscar e inesperadamente depositaba un beso en el dorso o la muñeca para llamar mi atención de alguna forma y entonces sonreírme.

¿Qué era todo aquello?, ¿Por qué se comportaba de aquella forma en la que tantas veces habría deseado que lo hiciera?

En un momento dado, los novios se acercaron a la mesa para saludar, había descubierto que el marido de Teresa, el famoso Alberto, era el mejor amigo de la Universidad de Alejandro y la gran mayoría de allí también habían sido compañeros, así que le conocían desde hacía años.

—Irina, ¿Me acompañas al baño? Con este vestido enorme no puedo casi moverme yo sola —dijo con cierto tono de complicidad.

—Por supuesto que si —contesté levantándome inmediatamente.

—¡Ey!, ¿Dónde vais? —intervino en ese momento Alejandro.

—Al baño —sonreí.

En ese momento se acercó a mi y sin esperarlo fundió sus labios con los míos en un beso tan dulce que me hacía desear más, mucho más. Los golpes de puños en la mesa al tiempo que unos gritos de exaltación los acompañaban hicieron que Alejandro torciera la cabeza hacia un lado y riera, todo aquello era demasiado cómico.

—No tardaremos —escuché decir a Teresa mientras me cogía de la mano y yo me sujetaba el vestido para no tropezarme.

En cuanto entramos en el baño cerró la puerta de un movimiento y miró

que no había nadie dentro de aquel habitáculo. Me extrañó su reacción, pero tal vez era una persona demasiado tímida.

—Tu le quieres, ¿verdad? —preguntó directamente mirándome fijamente en cuanto terminó de comprobar que no había nadie en la última puerta.

La miré sin saber que decir. No quería mentir y en realidad, aunque todo aquello fuera falso, lo cierto era que sí, le quería, por mucho que no quisiera hacerlo le seguía queriendo.

—Si —afirmé siendo sincera.

—A ver... sé que él jamás te lo contará porque evita tocar el tema e incluso llega a enfadarse si lo hago. Aunque mi hermano crea que lo ha superado yo se que no, porque hasta ahora jamás le había visto así con una mujer, de hecho, jamás me había presentado a ninguna chica, aunque soy feliz de saber que tú has conseguido traspasar esa barrera que ni yo misma he podido lograr pasar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté confusa y al mismo tiempo intrigada.

—A ver... esta historia es demasiado larga como para contarla en cinco minutos y a la ligera, pero él me contó que os habíais dado un tiempo e intuyo cuáles debieron ser las razones y puede que incluso te canses de esa máscara fría que siempre mantiene intacta porque es incapaz de dejarla atrás, por eso tengo que contártelo, debo advertirte que hay una razón por la cuál él es así.

—Me estás asustando —contesté sincera.

—No sé si te ha contado que no tenemos madre —dijo cogiéndome las manos y mirándome a los ojos directamente.

—Si —contesté recordando el día del teatro donde me confesó lo poco que sabía sobre su vida.

—Mi madre se fugó de casa cuando tenía quince años. Su padre, es decir, mi abuelo, era un hombre muy estricto y severo, probablemente le pegaba, pero lo desconozco. La cuestión es que se lio con un hombre casado, tuvo a mi hermano y después ese hombre la abandonó, así que comenzó a meterse en el mundo de la noche y el alcohol donde comenzó a prostituirse y acabó

teniéndome a mi. Al final terminó metida hasta el cuello cuando se enganchó a las drogas y no te puedo descifrar el infierno que fue aquello porque no lo recuerdo.

—¡Oh dios mío! —Exclamé en un sonido ahogado.

—Yo era muy pequeña, apenas tenía dos años cuando murió de una sobredosis y tuvimos que irnos a vivir con mi abuelo.

La miré como si aquello me tranquilizara, pero ella me miró con los ojos brillantes.

—No puedo decir que tenga buenos recuerdos de mi infancia, pero no los tuve peores por mi hermano. Mi abuelo no soportaba a las mujeres, decía que todas era unas putas que solamente miraban el dinero, su propia mujer le había abandonado por otro hombre y él creía que había sido por dinero, no porque era un magnánimo hijo de perra. Su hija también le abandonó en cuanto tuvo ocasión y terminó donde ya te he contado, así que ya te puedes imaginar lo que pensaba de mi...

—¡Madre mía! —exclamé atónita

—Todos los golpes que iban para mi, los recibió mi hermano —susurró y noté como su voz temblaba. En ese momento me imaginaba a ese niño pequeño de ojos azules tratando de defender a su hermana pequeña y la impotencia me consumía por dentro al sentirle indefenso—. Él siempre ha crecido con una figura masculina autoritaria que solo sabía discriminar a todas las mujeres diciendo que eran inútiles y que solo valían para una sola cosa; abrir las piernas por un precio. Por suerte yo era lo suficientemente pequeña para comprenderlo y solo fui consciente los últimos años de vida de mi abuelo. Tengo los recuerdos, pero no llegaron a marcarme y en parte fue porque Alejandro siempre me escondía por la casa para que estuviera lejos de él.

—Y a cambio él tuvo que soportarlo todo... —jadeé como respuesta siendo consciente ahora de la situación.

—Si, por eso cuando ahora le veo contigo... —dijo con expectación—. Irina, él jamás ha sido así con una mujer —añadió volviendo a coger mis

manos—. Tu has sido capaz de lograr algo que yo misma no he conseguido hacer en años... es como si tuviera ilusión por vivir.

—Yo... —comencé a decir, ¿Cómo le decía que no era así?, ¿Qué todo era fingido?, ¿Qué realmente no estábamos juntos?

—No tienes que hacer nada, solo seguir a su lado a pesar de sus actos. Sé que al final él cederá y terminará por abrirse aceptando que todo eso que tiene metido en la cabeza no es real, que verdaderamente no es como su abuelo le hizo creer que era y que todo lo que vivió no fue una infancia normal. El día que lo haga, será libre de esa carga que lleva a sus espaldas.

No pude contestar porque en ese momento alguien entró en el baño y Teresa cambió pronto de conversación, pero todo lo que me había contado no se me iba de la cabeza, tanto fue así que cuando volví a la mesa me senté más seria de lo normal porque no podía dejar de darle vueltas.

—¿Estás bien? —preguntó esa voz masculina que tantas veces había deseado volver a escuchar y me volví hacia ella. Alejandro estaba tan cerca...

—Si —dije de pronto y sonreí, empezaba a entender su actitud, pero aquello era demasiado fuerte para asimilarlo de golpe, aunque desde luego había cambiado toda la percepción que tenía respecto a él.

—Si no quieres estar aquí... —comenzó a decir.

—Me gusta estar aquí —contesté interrumpiéndole sintiendo unas irrefrenables ganas de abrazarlo, había una parte de mi que pedía a gritos consolar a ese niño que había tenido una infancia demasiado horrible a pesar de que se había convertido en un hombre fuerte hecho a sí mismo.

Alejandro había logrado tantas cosas él solo por mérito propio que era digno de admirar, pero más aún lo era sabiendo la infancia que tuvo que soportar y más aún lo sobreprotector que había sido con su hermana. Eso me demostraba que verdaderamente era capaz de amar.

LA RECONQUISTA

—Si no la besas, lo hago yo —escuché decir una voz masculina y en ese momento Alejandro me hizo un deje de sonrisa mientras le sentía acercarse lentamente a mi. Coloqué mis manos sobre sus hombros rodeando su cuello y cuando noté posar sus labios sobre los míos simplemente cerré los ojos y saboreé cada segundo en el que aquel dios griego me regalaba su ambrosía.

El anuncio de que los novios iban a cortar la tarta nos hizo separarnos para contemplar el momento. Después de aquello todo fue bastante rápido, tomamos el postre, hubo brindis y antes de darnos cuenta ya estábamos bailando en la pista de baile mientras todo el mundo bebía.

Por alguna razón no me apetecía beber. Sí, soy rusa y sí, bebo bastante alcohol sobre todo en invierno por costumbre en mi país, pero como norma general no suelo beber, y de hecho aquella noche me apetecía estar lo más cuerda posible. Pude ver que Alejandro tampoco estaba bebiendo, la primera copa que se había pedido quizá ni la terminó porque le duró demasiado. No obstante, mis pies estaban matándome por momentos y me maldije infinitamente por no llevar un calzado de repuesto.

Había estado bailando con todos y cada uno de los amigos de Alejandro mientras podía notar su mirada fija en mi todo el tiempo, porque cada vez que daba un giro le veía observándome sin perderme de vista, como si fuera a desvanecerme de un momento a otro.

Después de bailar con el último de sus amigos que no lo rechacé por simple cortesía me alejé para sentarme.

—Les caes bien —escuché decir a Alejandro mientras se sentaba a mi lado.

—Ellos también me caen bien, son muy majos y parecen buenos chicos —contesté mientras me descalzaba y tocaba con los pies el suelo frío—. ¡Ah!

—gemí de puro placer al notar el alivio del dolor.

—¿Quieres irte de aquí? —preguntó y giré mi cabeza para mirarle de frente.

Esos ojos azules tenían una promesa en su mirada, una oscura que sabía reconocer perfectamente en cualquier parte.

—¿Podemos? —pregunté indecisa.

En ese momento noté como cogía mis zapatos con una mano y con la otra entrelazaba mi mano con la suya haciendo que le siguiera. Sabía perfectamente lo que estaba haciendo, no sabía a donde iríamos, pero definitivamente intuía lo que íbamos a hacer y una parte de mi lo suplicaba a gritos.

Entramos en el ascensor y vi que Alejandro pulsó una planta inferior a la que nos encontrábamos, ¿A dónde se suponía que iríamos? Ni tan siquiera pregunté porque en el mismo momento en que las puertas se cerraron, sentí su brazo ceñirse en mi cintura atrayéndome hasta él y noté sus labios fundirse con los míos en un beso que rozaba casi la desesperación. Simplemente era abrasador notar esos labios jugando con los míos mientras aquella lengua se adentraba para recibir una acogida gustosa como respuesta.

Las puertas del ascensor se abrieron, pero ninguno de los dos hacía ademán alguno por salir. Nuestras bocas estaban necesitadas la una de la otra. Cuando las puertas iban a cerrarse de nuevo noté como Alejandro me empujaba y la puerta chocó con su pie para evitar que se cerrase. En ese momento se separó momentáneamente y justo antes de que pisara el suelo del parking del hotel, me alzó entre sus brazos para que no anduviera descalza por el pavimento de aquel lugar tan sucio por las ruedas de los coches.

Mientras íbamos de camino a su coche o al menos supuse que así sería tenía unas ganas irremediables de mordisquearle la oreja, de provocarle... de darle placer con mi lengua y me contuve cuando alguien más entro en el parking. Suponía que la escena debía ser digna de ver al estar en los brazos de Alejandro mientras este me cargaba precisamente como el novio carga a la novia en la noche de bodas. Era la primera vez que me sostenía de aquella

forma tan delicada y no al hombro como había hecho en dos ocasiones.

Llegó hasta un vehículo gris perlado que parecía un coche deportivo, nunca le había visto con ese coche, pero tampoco había viajado tanto con Alejandro para saber cuántos modelos disponía de medios de transporte. Abrió la puerta y me dejó con cuidado mientras me aseguré de que la cola del vestido quedaba dentro, Alejandro cerró la puerta y dio la vuelta. No tenía ni idea de a donde iríamos, ¿A su casa tal vez?, ¿A un hotel?, ¿A mi hotel? Lo cierto era que me importaba más bien poco, solo le necesitaba a él aquella noche y probablemente todas las noches después de aquella.

Alejandro encendió el motor y el rugido del coche me hizo comprobar que debía ser un Mustang o similar por el ruido que hacía, aunque yo no entendía mucho de coches la verdad. En cuestión de segundos estábamos fuera del hotel y debido a las altas horas de madrugada y el poco tráfico descubrí que estábamos saliendo de Madrid en menos de un cuarto de hora.

—¿Dónde vamos? —pregunté de pronto al observarle concentrado mientras conducía.

—Quiero enseñarte algo —contestó sin mirarme en un tono bastante serio.

—¿A las cinco de la mañana? —pregunté sin más.

—Si, ya lo entenderás —aseguró y no hice más preguntas.

Hacía bastante frío, pero dentro del vehículo con la calefacción puesta se estaba muy bien. A pesar de la hora no tenía sueño, la incertidumbre de no saber hacia dónde me estaba llevando hacía que me mantuviera despierta, hasta que después de varios caminos secundarios y de coger un desvío de la carretera, Alejandro cogió una vereda y al final de esta los faros del coche alumbraron una reja.

Vi como él se bajaba rápidamente y la abría el candado para volver rápidamente al coche, ¿Dónde demonios estábamos? Cuando pasamos la verja se podía ver una casita como de madera, pronto amanecería y suponía que la veríamos en todo su esplendor, pero no sabía que hacíamos allí...

Alejandro apagó el motor del coche y se bajó, yo fui a abrir la puerta cuando él apareció a mi encuentro ayudándome a bajar. Me había vuelto a calzar los zapatos de nuevo para no pisar la tierra.

—¡Que frío! —exclamé de pronto y antes de poder añadir nada más, vi como él se quitaba su chaqueta y me la colocaba por los hombros. Jamás le había visto así de... ¿Atento?, ¿Caballeroso? Ni siquiera sabía como definirlo.

Abrió la puerta y me invitó a pasar, hacía algo de frío dentro, pero no tanto como fuera.

—Voy a encender la chimenea, siéntate y ponte cómoda —me dijo mientras le observaba.

El sofá estaba justo enfrente de la chimenea donde ya tenía la leña preparada así que no tuvo que desplazarse a ninguna parte para cogerla.

Inesperadamente la casa no era demasiado moderna, más bien era rural, cercana, muy hogareña. Era como la típica casa familiar a la que la gente va a pasar los fines de semana en familia. El sofá era cómodo con una especie de manta que protegía la tapicería, toda la casa en sí tenía mezcla de madera con tabiquería tradicional de paredes blancas.

—¿Esta casa es tuya? —pregunté mientras miraba alrededor y podía reconocer algunas fotos en unos cuantos marcos que había colocados por la casa. Casi todos por lo que me alcanzaba la vista a ver eran de Alejandro con su hermana o sus amigos además de gente que desconocía.

—Si, por supuesto. —contestó como si fuera evidente.

—¿Y por qué hemos venido hasta aquí? —pregunté observándole mientras le escuchaba soplar y comencé a percibir el sonido del crepitar de las pequeñas llamas que ardían, como si la madera hubiera comenzado a prenderse.

—Las vistas son espectaculares —contestó mientras se volvía hacia a mí y se sentaba a mi lado.

¿Las vistas?, ¿Habíamos ido hasta allí por las vistas? Lo cierto es que

ahora que lo pensaba, ni tan siquiera sabía donde me encontraba y estaba completamente a su merced.

—Y porque cuando te vuelva a hacer mía, quiero asegurarme de que no puedas escaparte a ninguna parte —añadió acercándose a mi lentamente mientras sus labios se dirigieron hacia mi oído notando sus dientes en el lóbulo de mi oreja derecha—. Quiero follarte Irina, tengo tantas ganas de ti que creo que voy a explotar.

Jadeé por toda respuesta y noté como de un solo movimiento estaba recostada en aquel sofá mientras el cuerpo de Alejandro me cubría parcialmente y sus labios volvían a devorar los míos nuevamente haciéndome perder cualquier sentido, cualquier cordura y deseando únicamente una cosa; ser suya.

El único sonido era el de nuestros labios fundiéndose y el leve chisporroteo del crepitar de las llamas. Noté como Alejandro dejaba de besarme los labios para iniciar un recorrido lentamente que bajaba desde mi boca hacia el cuello y podía sentir como sus dientes jugueteaban con la piel de este haciéndome jadear al mismo tiempo que me estremecía.

—¿Tienes frío? —le escuche susurrar.

—Un poco —gemí, aunque estaba empezando a entrar en calor más rápido de lo normal.

—Ven aquí —me dijo mientras noté como me alzaba y se sentaba en el suelo, sobre la alfombra que había delante nuestra entre la chimenea y el sofá mientras me invitaba a sentarme en su regazo para estar más cerca del fuego.

Me senté a horcajadas sobre él subiéndome parcialmente el vestido para poder hacerlo. Cuando noté su cuerpo contra el mío me estremecí y sentí sus manos acariciando mis piernas sobre la tela del vestido para después ascender por mi espalda y tocar mi piel.

—Siempre me pareció que tu piel era de seda... tan suave y delicada que uno no se cansa de tocarla —gimió antes de poseer mis labios de nuevo mientras yo respondí a ese beso con la misma fiereza ante la necesidad de

tenerlo.

Cuando las manos de Alejandro me estrecharon aún más contra su cuerpo, noté a través de la tela de mi vestido y de su pantalón aquella prominencia que anunciaba el deseo en estado puro y enloquecí al saber lo excitado que estaba, tanto era así que gemí al frotar mi cuerpo con su entrepierna.

Me deshice de la chaqueta de Alejandro dejándola a un lado y mientras hundía mi boca en su cuello deleitándome con su aroma mientras él mordisqueaba mi hombro intenté deshacerme de los pequeñísimos botones de aquel vestido que tenía en la cintura, pero ante mis vagos intentos de lograrlo de prisa, noté las manos de Alejandro saliendo a mi encuentro y él delicadamente fue abriendo uno a uno.

Cuando lo consiguió, bajé la cremallera lateral y antes de que me diera cuenta, él había estirado del vestido por la parte superior dejándolo arremolinado en mi cintura y al mismo tiempo estando mis pechos al descubierto ya que no llevaba sujetador por el escote de espalda.

Alejandro apresó uno de mis pezones metiéndolo por completo en su boca y no pude evitar contener la respiración ante la sorpresa acompañada del placer al mismo tiempo. Me arqueé hacia él para facilitarle un mayor acceso y jadeé cuando comenzó a hacer maravillas con su lengua.

Jugueteó primero con uno mientras masajeaba el otro y después una mano acarició mi espalda mientras volvía de nuevo a hundir su boca por completo haciendo que la sensibilidad de mis pezones aumentara tanto que solo podía jadear ante aquel éxtasis.

—¡Oh Dios! —gemí cuando noté al mismo tiempo como su incipiente barba hacía que éstos se endurecieran y con los dientes jugueteaba hasta tal punto que me volvía completamente loca.

Entonces noté como su mano se perdía por debajo de mi falda y buscaba mi entrepierna, encontrando el punto exacto para hacerme gemir de placer cuando noté como sus dedos acariciaban mi clítoris. Sin duda alguna debía

estar completamente mojada ante aquel espectáculo.

—Quiero que te corras en mi boca —jadeó mientras yo no podía evitar moverme para frotarme con el contacto de sus dedos ante la necesidad que tenía de sus caricias.

—Alejandro —susurré en su oído mientras comenzaba a desabrocharle la camisa provocando que algunos botones saltaran y sacándola del pantalón para tocar aquel perfecto y duro abdomen bien marcado.

Cuando quise deshacerme del cinturón, de un solo movimiento me vi empujada al suelo y mi vestido desapareció, quedando únicamente con aquel tanga que podía asegurar habría quedado más que inservible.

—Me vuelves loco —le escuché gemir mientras bajaba dando pequeños besos por mi vientre mientras yo me agarraba a la alfombra con todas mis fuerzas presa de aquel incipiente placer.

Los dedos de Alejandro se hicieron con el borde del tanga y poco a poco fue deslizando la prenda hacia abajo por mis piernas hasta que cuando la sacó estaba completamente desnuda ante él y a su merced.

Se acercó a mi para darme un suave beso en los labios, una promesa de algo más que no pude interpretar que era.

—Ahora quiero saborearte —dijo con aquel tono ronco lleno de sensualidad que me enloquecía y noté como bajaba lentamente de nuevo, dando pequeños besos húmedos por mi vientre, acercándose peligrosamente al centro. Notaba su aliento, su respiración y mi cuerpo se contenía ante la espera de lo que sabía que vendría... hasta que sentí sus labios posarse en mi clítoris y enloquecí de puro deleite.

Su lengua jugueteaba de forma que podía notar perfectamente el incesante revoloteo en mi estómago y como poco a poco aquella sensación de placer aumentaba, necesitaba más, quería más... Alejandro pareció notarlo cuando uno de sus dedos se hundía dentro de mi provocando que mi cuerpo no solo se arqueara ante aquel succulento contacto, sino que gemí ansiando más de aquello.

—¡Quiero más! —grité.

—¿Más? —exclamó incitándome cuando otro dedo más acompasó al primero y yo jadeé por respuesta

—Si —jadee moviéndome ante su contacto—. Quiero más —susurré.

—¿Mas? —Su voz sonaba ronca cuando noté como un tercer dedo se introducía dentro de mi y mis gritos de placer aumentaban con ello.

—¡Joder sí! —grité mientras escuchaba como se deshacía de su pantalón

—Dime lo que quieres preciosa, dime exactamente lo que quieres — gimió con aquella voz ronca llena de sensualidad

—Quiero que me la metas hasta el fondo —jadeé—. Quiero que me folles de una jodida vez o me volveré loca —gemí mientras busqué su boca con desesperación y él me respondía mientras noté como su polla se hundía en mí saciando ese apetito que solo él era capaz de lograr.

Entrelacé mis piernas en sus nalgas mientras mis labios no dejaban de devorar los suyos y mi lengua se fundía con la suya tan ardientemente que casi creía que me abrasaría entre ese fuego que nos consumía.

El ritmo de sus embestidas era cada vez más fuerte y mis gemidos se ahogaban en la garganta porque no podía dejar de besarlo. Ni podía ni quería, le necesitaba tanto que hasta me daba miedo asimilarlo.

Le empujé hasta provocar que él quedara de espaldas y yo me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo sin que siquiera hubiera necesitado salir de mi interior, el lugar donde le correspondía. Mis labios suavizaron aquel beso hasta que me separé lentamente y comencé a moverme sobre él sin dejar de mirarlo.

Sus manos agarraban mis caderas mientras ayudaban a mantener el ritmo que estaba marcando y que cada vez aumentaba conforme mi propio placer me lo exigía y que al parecer era el mismo de ambos.

No podía apartar mis ojos de los suyos, Alejandro se incorporó para atrapar de nuevo mi boca y en ese momento supe que él era y sería el hombre de mi vida, sabía que jamás encontraría a alguien como él por más que lo

intentara o buscara, nunca encontraría a otra persona con la que mantendría aquella conexión tan potente que solo con él había sido capaz de tener, simplemente era impensable.

—Quiero que seas mía, Irina... —jadeó—. Sé mía —gimió mientras me mordía de nuevo el lóbulo al mismo tiempo que sus manos me agarraron de las nalgas y se hundía completamente en mi provocando que el orgasmo que estaba a punto de alcanzar fuera colosal.

—¡Si! —grité mientras me arqueaba hacia atrás y cerraba los ojos ante aquella sensación indescriptible—. ¡Si! —volví a gritar haciendo que el ritmo fuera mas suave.

Noté como sus labios estaban en mi garganta y con la respiración un poco más calmada abrí los ojos y le miré. Sus ojos azules aún estaban algo oscuros y aquella mirada solo incitaba al pecado nuevamente, mi dios griego exudaba sexo por cada uno de los poros de su piel y aquello no ayudaba en absoluto a pensar en que pronto me tendría que marchar de allí.

—Quiero ser el único con derecho a tenerte y necesito saber que soy el único que te posee o enloqueceré —volvió a decir mientras su mirada estaba fija en mí.

UN NUEVO ACUERDO

¿Qué se suponía que significaban aquellas palabras?, ¿Qué clase de propuesta estaba haciéndome ese dios griego?

—¿Enloquecerás? —susurré como única respuesta.

—No deseo compartirme —respondió tajantemente.

—¿Y qué sugieres? —le apremié.

Sabía de sobra que Alejandro no era dado a relaciones, después de lo que su hermana me había confesado aquella noche, intuí que no confiaba en las mujeres, que no lo hacía con ninguna. Probablemente de ahí radicarán aquellas palabras de querer que solo fuera suya y no pude evitar ceder ante aquello, después de todo había incluso barajado esa posibilidad.

—Tal vez podamos...

—Establecer un acuerdo firmado —le interrumpí.

—¿Es lo que quieres? —me respondió con una mirada intensa.

—Si...—jadeé acercándome a su cuerpo más, entrelazando mi aliento con el suyo, pese a que ni tan siquiera nos habíamos separado y aún podía notar su calidez dentro de mi cuerpo—. Pero yo estableceré las condiciones en esta ocasión Alejandro —sonreí a medias antes de apresar sus labios por completo impidiendo que pudiera responderme.

Alejandro gimió en mis labios por respuesta al mismo tiempo que sentía como me alzaba para volver a hundirse en mí de nuevo. Adoraba la vigorosa fogosidad que siempre tenía para estar dispuesto, conseguía saciar mi ansia de él una y otra vez y cuando me vi atrapada entre la alfombra y la calidez de su cuerpo enloquecí dejándome arrastrar por el placer de saber que iba a volver a disfrutar de ese cuerpo de nuevo cuantas veces quisiera, que iba de alguna forma a tener a mi dios griego de nuevo, solamente mío y completamente a mi disposición.

—Eso habrá que discutirlo —jadeó en mi oído mientras notaba como su miembro salía lentamente para volver a hundirse por completo dentro de mí sin prisa alguna, torturándome con ese placer eterno.

Me arqueé hacia él para sentirlo aún más, acariciando su espalda con mis manos y clavando mis uñas en su carne para exigir más placer, más éxtasis, más de aquella ambrosía que solo él me daba.

—Tenemos todo el tiempo mi fiera preciosa —le escuché decir cerca de mi oído, con su calidez acariciando mis tímpanos y gemí de saber el placer que se avecinaba, que estaba segura de que sentiría.

Sus manos se entrelazaron con las mías sobre mi cabeza y sus movimientos comenzaron a ser más raudos y veloces, cada vez que una de sus embestidas me empalaba contra aquel firme suelo, un gemido de auténtico placer escapaba de mis labios casi sin aliento. Estaba tan lubricada por su esencia y la mía juntas que sentía como su polla se deslizaba tan profundamente que me ahogaba con aquella sensación.

—Alejandro —susurré con desesperación y creo que él pudo sentirlo igual.

—Irina... —me contestó por toda respuesta justo antes de besar mis labios con desesperación y el culmen de aquel placer me invadió de pronto, ahogando mis gritos de placer en su boca y por lo que deduje, él acababa de alcanzar el éxtasis al mismo tiempo que yo.

Mi pulso comenzó poco a poco a ser normal después de la agitación del momento, aún podía sentir los espasmos de aquel orgasmo y como Alejandro salía lentamente de mí a pesar de no separarse ni un momento de mi cuerpo.

—Ven, casi nos perdemos el momento —me dijo de pronto y le miré extrañada.

Se alzó y me tendió la mano para que yo también lo hiciera. Ambos estábamos completamente desnudos y vi como cogía la manta que cubría el sofá y se la ponía en la espalda mientras me atraía hacia su cuerpo y avanzábamos hacia un cierre de puertas acristaladas correderas que no había

podido apreciar antes porque estaban cubiertas con unas cortinas espesas.

—Fuera hará frío, así que ven aquí —me advirtió invitándome a acercarme a su cuerpo y lo hice mientras él encerraba nuestros cuerpos con la manta justo antes de abrir la puerta.

Notaba la calidez de su cuerpo en mi espalda mientras me abrazaba por la cintura para mantenerme firme a él. Tenía que admitir que la sensación era demasiado excitante y placentera al mismo tiempo.

Fuera hacía frío, mucho frío, aunque solo podía notarlo en los pies y la cara porque el resto de mi cuerpo estaba completamente caldeado por el suyo que parecía emanar calor incesante. Ante mí la vista era aún bastante oscura, pero parecía que de un momento a otro amanecería por la tenue luz que se veía detrás de las montañas.

—Ven —dijo mientras notaba como se sentaba atrayéndome hacia a él—. De un momento a otro amanecerá.

Ambos guardamos silencio esperando a ese momento, sentía su mano acariciando mi vientre, jugueteando con sus dedos en esa zona y yo me recosté en su pecho notando ese olor masculino de él mezclado con su perfume y con la esencia de sexo que acabábamos de compartir y nos embriagaba.

En cuanto la primera luz anaranjada se hizo presente y reflejó el agua que había bajo nosotros, tuve que incorporarme para verlo mejor. ¡Estábamos en una laguna! Aquello era simplemente precioso, inigualable. Cuando los primeros rayos de sol del amanecer iluminaron el lugar, se podía vaticinar un espectáculo de colores verdes reflejados en aquella agua cristalina.

—Es precioso —susurré sin dejar de mirar.

—Lo sé —me contestó con la voz algo abstracta—. De hecho, lo compré por las vistas —añadió—. Me gusta venir aquí cuando estoy estresado... por eso nadie conoce este lugar.

—¿Nadie? —pregunté de pronto apartando la vista y mirándole solo a él.

—Eres la primera persona que traigo aquí. Ni tan siquiera mi hermana conoce este sitio —contestó como si con aquello lo dijera todo.

En ese momento mi garganta se reseco.

—¿Y por qué me has traído entonces? —pregunté con tacto.

—No lo sé —dijo apartando la mirada de mí—. Tenía ganas de enseñarte este lugar —añadió provocando que miles de oleadas de sensaciones me invadiesen de pronto sin poder frenar ninguna de ellas—. Ven —me susurró después de estar un rato en silencio y el cansancio por las horas que llevaba despierta comenzaba a hacer mella en mí.

—¿Vamos a dormir? —pregunté algo somnolienta.

—Primero vamos a darnos una ducha caliente y después te dejaré dormir. —Su voz sonaba a promesa procedente de aquellos labios. Además, ¿Desde cuándo una ducha con Alejandro era simplemente una ducha normal? Solo tenía que recordar la última que precisamente había sido en mi habitación de hotel hacía tan solo unas semanas... ¡Dios!, ¡Quería esa ducha ya!

Saber aquello solo hacía que me anticipase al hecho, ¿Cómo demonios podía desear tenerlo de nuevo después de dos orgasmos seguidos hacía tan solo unos instantes? No sabía por qué, pero él me volvía insaciable por más cansada que estuviera.

Entramos en aquel baño que a pesar de todo era bastante amplio, Alejandro quitó la manta que nos cubría y sentí el frío repentino en mi cuerpo mientras él le daba al grifo del agua caliente.

—Para ser rusa, soportas más bien poco el frío —me dijo mientras noté como sus dedos se hundían en la carne de mi piel para acercarme a él.

—Puedo soportar el frío si no estoy completamente desnuda —susurré cuando sentí de nuevo su calor corporal.

—Me gusta que tengas frío... y que estés desnuda, es una combinación muy conveniente para mí —contestó antes de acercarse lentamente para acariciar mis labios con los suyos.

De un solo movimiento me alzó sobre su cintura y yo me enrosqué en él mientras le besaba con más ansiedad, con más frenesí. Gemí cuando noté el agua en mi espalda, estaba caliente, tan caliente que repentinamente sentía un

calor inmenso crecer en mi.

—Quiero follarte como la primera vez que fuiste mía, ¿Lo recuerdas? —
Su voz ronca hizo que se me cerrasen los ojos.

—Si —jadeé mientras me dejaba caer pisando el suelo de la ducha.

—Inclínate para mi preciosa —me dijo con aquella voz que exudaba sexo y deseo provocando que le deseara aún más, que lo anhelase aún más.

Hice lo que me pedía, mientras giraba la cabeza y veía ese deseo en sus ojos, el mismo deseo que vi aquel día, el mismo que me hizo sentirme deseada por primera vez de verdad... ¡Dios!, ¡Como quería que me llenase de nuevo!, ¡Me urgía que lo hiciera!

—¡Ah! —grité cuando noté una palmada en mi nalga provocando un leve escozor que solo hizo que el ansía de que se adentrara en mí fuera más urgente.

—No sé cómo lo vas a hacer —comenzó a susurrar mientras notaba sus manos en mi trasero paseándose al mismo tiempo que el agua caía en mi espalda caliente y sentía su polla rozarse contra mí.

Me mordí el labio a la espera de que siguiera hablando, pero el momento no llegaba y busqué su roce ante la necesidad de tenerle.

—¿Qué? —susurré a la espera de su silencio buscándole, queriendo su contacto de nuevo.

—Para que tus fines de semana sean solo míos, únicamente míos. —Su aliento estaba en mi oreja mientras jadeé de nuevo por su contacto—. Prométemelo.

—¡Ah! —gemí cuando noté su mano bajaba lentamente y comenzaba a acariciar mi clítoris—. ¡Joder! —gemí de nuevo.

—Dilo —insistió presionándome.

—Son tuyos —contesté con premura mientras noté como al mismo tiempo que me acariciaba se adentraba lentamente y moría de puro placer.

Alejandro me envolvió en una toalla limpia cuando salimos de la ducha y sin saber porqué notaba su mirada sobre mi constantemente. Admití que estaba

realmente cansada, pero repetiría una y mil veces si era necesario aquellos momentos junto a él. Le había prometido que mis fines de semana serían suyos y aunque lo había hecho bajo coacción, tenía que admitir que lo deseaba fervientemente. No sabía como lo haría, ni siquiera si podría hacerlo posible, pero saber que a partir de ahora le tendría más de cuarenta y ocho horas a mi disposición hacía que cierto nerviosismo y mariposeo se asentara en mi estómago.

Alejandro me llevó hasta una habitación principal donde el único mobiliario era una amplia cama con dos mesitas. La luz apenas se filtraba por las espesas cortinas, íbamos a dormir juntos, después de tanto tiempo, iba a dormir junto a Alejandro de nuevo... Nos adentramos en aquella amplia cama y Alejandro se acercó a mi por la espalda bordeando mi cuerpo, podía notar su piel en contacto con la mía como si ambas se sincronizaran. Su respiración era profunda e intensa, casi tanto como ese aroma varonil del que se siempre se caracterizaba, aunque estuviera recién duchado.

Notaba su aliento en mi cuello y aquello lejos de molestarme, era tan agradable que pronto caí en un profundo sueño no queriendo saber nada del futuro, nada del mañana... solo quería disfrutar ese presente y el resto ya se determinaría.

Desperté lentamente envuelta en un calor demasiado agradable, pronto noté esos músculos en mi espalda y recordé donde estaba exactamente y todo lo que había sucedido hasta llegar a ese momento. Hundí mi cabeza en la almohada sofocando un pequeño gemido, ¿En qué punto estaba ahora exactamente? Habíamos esclarecido que tendríamos un acuerdo, pero también me había hecho prometer que los fines de semana serían suyos. Saber que iba a volver a tener el cuerpo de Alejandro me satisfacía, pero al mismo tiempo intuía que en un momento determinado querría más y no sabía si él estaría dispuesto a ofrecérmelo a menos que finalmente me cansara como aseguraba Nadia cosa que por extraño que pareciera dudaba que ocurriera, pero podría ser una posibilidad, ¿no?

Sentí como Alejandro se movía y quise aprovechar para salir de la cama, necesitaba aclarar mis ideas.

—¿Dónde vas? —gimió cerca de mi oído y yo cerré los ojos ante el roce de aquella voz rota, sabía que si le veía la cara no querría marcharme de allí, aquellos ojos enmarcando ese bello rostro recién despierto y con esa aura de inocencia que le otorgaría su somnolencia solo haría que mi corazón se encogiese de nuevo.

—Voy un momento al baño —susurré mientras trataba de deshacerme de su agarre y él finalmente cedió mientras se colocaba completamente boca abajo sobre el colchón acaparando casi toda la cama. Parecía estar medio dormido aún, no me extrañaba después de tantas horas de sexo como habíamos tenido la pasada madrugada.

Ni tan siquiera sabía que hora era exactamente, pero podía asegurar que sería tarde y yo debía volver a Moscú para estar a primera hora de la mañana al día siguiente.

Me enjuagué la cara con agua fría y me miré al espejo de pronto, tenía la cara lavada ya que me había quitado todo el maquillaje en la ducha y aunque tenía algunos restos de máscara de pestañas que no se habían ido con el jabón, mi aspecto parecía el de una adolescente, siempre había sido así, aparentaba menos edad de la que realmente tenía sin todo aquel maquillaje.

Salí sin hacer ruido y vi que Alejandro seguía tumbado en la cama durmiendo. Me fui al salón donde aún permanecían las brasas de la leña que había encendido, me había envuelto en la manta que estaba en el baño para no pasar frío, ya que estaba desnuda y fui buscando lo que quería encontrar hasta que por fin divisé mi bolso de mano. Saqué rápidamente el teléfono y exclamé un sonido ahogado cuando vi la hora que marcaba, ¡Mierda!, ¡Eran las cinco de la tarde!, ¿Cuánto habíamos dormido? Ni tan siquiera tenía una idea de a qué hora nos acostamos, pero tenía que marcharme inmediatamente y aún así, llegaría de madrugada a Moscú.

Intenté ver si tenía conexión el GPS de mi teléfono en aquella casa, pero

era imposible, ¡No podía pedir que vinieran a buscarme! No me quedaba más remedio que despertar a Alejandro, estaba allí atrapada como quien dice y en ese instante recordé cuando dijo que precisamente me había llevado ahí para que no pudiera alejarme. Él y su maldito poder de control, pero la calma me vino cuando recordé las razones de porqué él era así, haciendo que respirase tranquilamente. Después de todo había sido una noche para recordar, lo cierto es que había sido la mejor noche que había pasado junto a él...

Volví a la cama y me coloqué de rodillas, ¿Cómo se supone que debía despertarlo?

—Alejandro —susurré, pero él parecía profundamente dormido—. Despierta —dije mientras le rozaba el hombro y vi como él comenzaba a moverse.

Cuando abrió aquellos ojos somnolientos y me miraron dibujando una leve sonrisa se me encogió el corazón y se me aceleró el pulso.

—¿Sí? —susurró en un leve quejido.

—Tengo que irme enseguida, aunque si me das la dirección puedo pedir que me recojan —contesté rápidamente.

—¿Qué? —exclamó alzándose de pronto.

—Es tarde, tengo que volver a Moscú, mañana tengo varias reuniones a primera hora —dije levantándome y poniéndome de pie mientras me envolvía fuertemente en la manta como si aquello indicase la distancia que debía mantener con él para no volver a sucumbir al pecado.

—Esta bien, te llevaré a tu hotel —mencionó como un autómata mientras se levantaba y yo iba hasta el salón principal donde me volví a colocar el vestido azul sin ropa interior debajo.

En cinco minutos le vi vestido con unos vaqueros y un jersey. Recogió el traje de la boda que permanecía tirado por el suelo como lo estaba también mi vestido antes de que lo recogiera y se lo echó al hombro sin ningún miramiento. Imaginaba que no sería él quien lo lavaría y plancharía debidamente.

—¿Vamos? —exclamó señalando la puerta y salió.

Fuera hacía fresco así que me monté rápidamente en el vehículo y seguidamente lo hizo él tras cerrar la puerta de aquella casa que ahora podía apreciar mejor gracias a la luz del día. Era preciosa toda forrada de madera por fuera. Se podía ver como una balconera la rodeaba y estaba en el borde del acantilado que daba a la laguna por lo que pude ver cuando dio marcha atrás con el vehículo.

—¿Tienes hambre? —me preguntó al cabo de un rato en el que los dos guardábamos silencio.

—Bastante, pero comeré en el avión, no te preocupes —contesté siendo consciente de que no podía perder más tiempo.

—Está bien —contestó secamente.

No podía soportar aquel silencio así que, sin preguntar si le molestaba o no hacerlo, le di al botón de la radio del coche o lo que supuse sería la radio y la música comenzó a sonar.

—¿Qué tipo de música te gusta? —me preguntó de pronto y yo le miré extrañada.

—Bueno... como buena rusa y amante de la danza y el ballet me gusta la música clásica, pero adoro el pop rock y lo que no soporto es el rap. —No supe porque tuve que añadir aquello.

—Me gusta la música clásica —contestó sin apartar la vista de la carretera en ningún momento—. Aunque nunca he ido a ver una función de ballet clásico la verdad —añadió.

—¿No? Pues no sabes lo que te pierdes —respondí sin pensar.

—Podríamos ir... juntos —añadió al final de coletilla.

—Tal vez —contesté después de unos segundos de meditarlo—. Quizá pueda hacer un hueco en mi agenda —contesté con cierto tono de diversión.

—Me prometiste los fines de semana, ¿Recuerdas? —dijo en un tono bastante serio y yo le miré fijamente. Ese perfil no indicaba que bromeaba, se lo había tomado bastante en serio.

—Te prometí los fines de semana, pero no te prometí que yo viajara — dije de pronto.

—¿Eso qué quiere decir? —exclamó confuso e incluso volvió su mirada para verme.

—Que si los quieres, vas a tener que venir a por ellos allá donde esté — aseguré.

—¿Me vas a hacer coger un avión para ir a verte cada fin de semana?

—Si —afirmé seria, pero divertida al mismo tiempo.

—¿Todos? —volvió a insistir.

—Todos —dije sin pena alguna, después de todo él pretendía que yo lo hiciera.

Alejandro pareció meditar un momento y yo intenté relajarme en el asiento.

—Habrá que discutirlo —dijo de pronto.

—No hay discusión Alejandro, te dije que yo pondría las normas, ¿Recuerdas? —le recordé y noté como su respiración era profunda.

—¿Qué mas normas se supone que habrá? —preguntó directamente.

—Vas a aprender que a partir de ahora tu no tienes el control —comencé a decir tratando de ser comedida—. Te daré una dirección y un lugar cada viernes por la mañana junto a tu itinerario de viaje e irás sin rechistar. — Aunque estaba improvisando en el fondo me estaba gustando, iba a hacerle a Alejandro exactamente lo que él me había hecho a mi.

—¿No voy a saber donde iré hasta el mismo viernes? —dijo con evidentes signos de contrariedad.

—No —negué. Ni tampoco mantendrás ningún tipo de contacto conmigo durante la semana, solo existiré para ti de viernes a Domingo el tiempo que estés conmigo.

—¿Algo más? —dijo sorprendiéndome que no discutiera aquellos términos.

—Si —dije de pronto—. Vas a venir bien dispuesto, no quiero malas

caras, ni malas formas, ni pretensiones y mucho menos recriminaciones — mencioné sin tratar de reírme—. Y vas a follarme hasta que diga basta —añadí esta vez casi en un susurro.

—¿Algo... —escuché como tosía para aclararse la voz— ¿Mas?

—Si —jadeé—. Vas a hacer lo que te pida, cuándo te lo pida y cómo te lo pida... sin excusas, sin peros y sin preguntas.

—¡Joder! —escuché como gritó a la vez que sentía como el vehículo derrapaba frenando en un lateral de la carretera secundaria en la que viajábamos.

Me había asustado y miré al frente, pero no vi nada, en ese momento volví la vista a él y se abalanzó sobre mí mientras devoraba mi boca con tanto frenesí que no pude sino responder a sus ardientes labios.

INTERCAMBIO DE PAPELES

El cinturón de seguridad impedía que nuestros cuerpos se fusionaran en una cercanía tan próxima como realmente ambos queríamos, escuché el cierre y antes de darme cuenta por estar tan concentrada en aquellos labios que me devoraban con ansia me vi atraída hacia él por aquellos fuertes brazos para dejarme caer sobre su cuerpo.

Aquel vestido no ayudaba, es más, después de lo de anoche y lo que estaba soportando en ese momento dudaba que pudiera quedar servible para otra ocasión, por no decir que no llevaba ropa interior bajo el.

La desesperación con la que nos anhelábamos mutuamente era tan obvia que mientras él se desabrochaba los vaqueros yo intentaba remangarme el vestido y sin querer debí darle a la bocina del coche porque en ese momento salté del susto y aprovechando la inclinación de mi cuerpo noté como aquel miembro viril y duro se adentraba lentamente en mi conforme bajaba y jadeaba de puro placer.

¡Joder!, Estábamos en una carretera secundaria que cualquiera que pasara nos podría ver, pero a ninguno de los dos pareció importarnos. Sus manos estaban firmes en mis caderas mientras acompañaban mis movimientos y mi boca era incapaz de despegarse de la suya salvo para emitir gemidos ahogados que morían en sus labios. Era demasiado placentero, demasiado embriagador como para admitir que tendría que soportar la larga sequía de cinco días sin poder disfrutar de aquello, de aquel endiablado hombre y de ese dios griego del sexo.

Sus jadeos roncós acompañados de esas salvajes embestidas hacían que ese momento de culmen se acercara, podía notar como se acercaba a mi, como comenzaba a invadirme esa sensación previa en la que era inevitable cerrar los ojos para saborearla, para sentirla plenamente dejándose arrastrar por

ella.

—Vamos... córrete conmigo preciosa —jadeó de pronto rozando mis labios y no pude evitarlo, me arqueé hacia él mientras dejaba que mi cuerpo fuera arrastrado por el cálido y abrasador orgasmo mientras escuchaba como él gemía alcanzando el mismo éxtasis que yo.

Ambos guardamos silencio cuando emprendimos el camino de nuevo. Lo cierto era que me había costado tener que separarme de su cuerpo, de su calor y abandonarlo para volver a mi asiento.

Llamé por teléfono a mi personal de seguridad, les dije que iría directamente al aeropuerto, así que les encargué recoger mis cosas en la habitación del hotel.

—¿Entonces te llevo directamente al aeropuerto? —preguntó en cuanto colgué.

—Si, a la zona de vuelos privados. —contesté mientras tecleaba en el teléfono unos mensajes para confirmar que comenzaran a poner a punto el avión y pudiera salir en cuanto llegara.

—Supongo que no te veré hasta el próximo viernes —dijo justo en el momento en el que nos adentrábamos en la zona para vuelos privados.

—Supones bien —respondí metiéndome en mi papel.

Después de todo aún no podía creerme que él accediera, pero debía precisamente aprovechar la situación que estaba a mi favor.

—¿Me avisarás cuando tu avión aterrice? —preguntó de pronto justo cuando paró el vehículo en la puerta de entrada ya que no tenía autorización para entrar.

—No —negué tratando de no sonreír.

Necesitaba que Alejandro sintiera lo que él me hizo a mi para que fuera consciente de ello.

—¿Y cómo sabré si llegaste bien? —exclamó frunciendo el ceño.

—Si el viernes tienes noticias mías, sabrás que llegué bien —contesté bajando del vehículo y cerrando la puerta mientras lo bordeaba para entrar a

la zona privada de acceso restringido.

No iba a despedirme, podría hacer que mis defensas cayeran y cambiar de opinión, así que pensaba marcharme sin mirar atrás, pero una mano se agarró a mi brazo impidiéndome avanzar.

Tenía la esperanza de que me detuviera, de que me diera uno de esos besos de película diciéndome que me quedara una noche más, suplicándome que lo hiciera, pero eso solo ocurría en las películas, aquello era la vida real, porque quien me había detenido fue mi personal de seguridad, no Alejandro.

Pude cambiarme de ropa en el avión y guardar aquel vestido al fin, sin duda lo llevaría a alguna tintorería para ver que se podía salvar de él. Tenía un hambre voraz por lo que acabé casi por completo con las existencias del avión privado para sorpresa del personal de tripulación. Además, unido al hambre, tenía esa ansiedad por la falta de sexo que iba a tener de Alejandro durante toda la semana. No habían pasado ni dos horas y ya estaba sufriendo la agonía... ¡Dioses! Ese hombre suponía un peligro para mi integridad sexual, me había vuelto adicta, ninfómana y todos los términos que se pudieran apelar para definir que me tenía literalmente enganchada.

Eran las tres de la mañana cuando al fin llegué a mi pequeño apartamento, en esos momentos agradecí vivir sola. No habría soportado las charlas eternas de mi madre y más aún después de aquel fin de semana apoteósico y peor aún, después de la conciencia que iba a tener que tomar para el papel que tendría que representar y actuar frente a Alejandro.

Yo no era así por naturaleza, era una persona más pasional y menos fría, iba a costarme un mundo mantener un carácter serio y autoritario, pero debía hacerlo. Tal vez esa fuera la única forma de poder tenerlo de algún modo.

No quería tener esperanza, de verdad que no quería...pero mi corazón iba por otro lado a mi razón y cuando me metí bajo el grifo de la ducha no podía dejar de imaginar las mil posiciones sexuales que quería hacer el próximo fin de semana cuando tuviera a Alejandro solamente para mí, a mi merced y realizando cualquier deseo o petición que le pidiera hacer.

Me deslicé entre las sabanas de mi enorme cama, la sentí demasiado fría, ¿Dónde estaba su calor?, ¿Dónde estaba esa calidez que él tenía? Deseé tenerlo allí, aunque solo fuera a mi lado para dormir y comprendí que estaba más enamorada de Alejandro de lo que jamás había estado y con aquel fin de semana solo había conseguido que mis sentimientos aflorasen aún con más fulgor que antes.

Aquel lunes me levanté con la hora pegada, tal vez el sueño tardío fue una de las causas, pero agradecí tener toda la mañana ajetreada para no pensar tanto en mi dios griego y desinhibirme un poco de su reciente recuerdo que me perseguía constantemente.

—¿Y bien? —preguntó Nadia nada más verme.

Habíamos quedado para comer juntas y contarle que tal había ido el fin de semana, ni tan siquiera le había dado un pequeño adelanto por teléfono muy a su pesar. La suerte es que ella estaba igual o más liada de trabajo que yo y eso ya era decir.

—No se si decir que muy bien o muy mal —bufé dejándome caer sobre la silla del restaurante en el que acabábamos de entrar para almorzar. Por suerte ese día Nadia tenía turno de noche y no tendría que comer en el hospital para poder verla.

—Que mal suena eso —contestó mientras miraba la carta del menú y yo la imitaba sin saber qué elegir porque tenía de todo menos hambre por raro que pareciera.

—A ver —dije cerrándola de pronto porque acabaría pidiendo lo de siempre y así no tendría que pensar mucho más a pesar de mi poco apetito—. La cuestión es que sí pactamos una especie de acuerdo en el que solo nos veríamos el fin de semana y solo tendríamos sexo —confesé en un tono de voz bajo.

—¿Pero? —añadió mi amiga.

—Sé porqué él actúa de ese modo —le confesé.

—¿Cómo dices? —exclamó atónita.

Le relaté lo que me había confesado su hermana Teresa con cierto tacto y ella gimió de compasión tal como habría esperado.

—La cuestión es que no se si estoy haciendo bien pagándole con la misma moneda con la que él me trató a mi —confesé—. Aunque crea que pueda servir para que reaccione o se de cuenta de que todas las mujeres no son como su abuelo le hizo creer.

—Mira... por muy dura que me parezca la situación, creo que puede funcionar. Si él sufre en sus carnes propias el mismo trato que tu recibiste de él, puede que lo haga, que reflexione al respecto o al menos, que descubra si siente algo más por ti que atracción física.

—¿Y si no funciona? —exclamé con cierto miedo.

—Al menos te quedará el consuelo de que lo has intentado, porque tú sí que estas enamorada de él —dijo de forma plausible.

—No quiero que me haga más daño, pero tampoco puedo dejarlo ir —confesé de pronto.

—Quien no arriesga, no gana Irina —confesó llevándose la copa de agua a los labios.

—Eso es lo que siempre ha dicho mi padre —contesté con una vaga sonrisa mientras el camarero se acercaba y nos tomaba nota de la comanda.

Durante el resto de la semana me quedé mirando el teléfono varias veces esperando que su nombre apareciera, pero no hubo ningún mensaje, ninguna llamada, nada. ¿Tan en serio se había tomado mi advertencia? En realidad, yo lo hice cuando él me lo ordeno en su día. No le llame, ni le envié ningún mensaje, pero no sé porque ahora me parecía distinto.

Había pensado hacer algo especial como primer fin de semana, no tenía claro qué hacer, pero sí estaba segura de que no llevaría a Alejandro a mi casa, mucho menos a un hotel puesto que me parecía algo frío y distante... por lo que alquilé un lujoso ático en el centro de Moscú durante el fin de semana.

Le envié los billetes de avión, había pensado en enviarle mi avión privado, pero me parecía darle demasiados privilegios y aquello solo sería el

principio.

El ático estaba meticulosamente decorado con buen gusto, bajo mi punto de vista algo ostentoso, pero lo alquilé por el jacuzzi climatizado que tenía en la terraza acristalada al exterior y por la enorme bañera que tenía uno de los baños. Sabía en cuanto la vi que íbamos a hacer buen uso de ella. Constaba de varios salones grandes y numerosas habitaciones, además de una gran cocina comedor en cuya nevera me había asegurado de tener helado.

Adjunté con los billetes de avión una copia de la llave con la dirección y las indicaciones pertinentes para que no hubiera complicaciones en su interpretación. Estaba nerviosa, Alejandro debería llegar de un momento a otro si tenía en cuenta la hora de su vuelo y el trayecto desde el aeropuerto hasta el ático, más aún cuando un chofer le estaba esperando precisamente para traerle directamente hacia su destino.

Me había librado pronto de la última reunión y me fui directamente desde la empresa hasta el apartamento, cualquiera podría afirmar que estaba al borde de la desesperación cuando me duché rápidamente lavando meticulosamente cada palmo de piel de mi cuerpo y embadurnándolo en aceite perfumado para tener una piel extremadamente suave. Ondulé mi cabello para que pareciera que tuviese más volumen, me maquillé sutilmente y me vestí únicamente con una prenda de satén y encaje que había comprado específicamente para ese momento, aunque en realidad iba a estrenar ropa interior todo el fin de semana, pero esa era especial, de color azul noche; consistía en una minúscula braguita brasileña que se unía centralmente como si se tratara de un trikini al sujetador de encaje que no dejaba casi nada a la imaginación y portaba unas correas cruzadas.

Esperaba que le gustara, al menos lo había comprado únicamente con esa intención e incluso lo acompañé de una bata de seda en el mismo tono de azul.

Me senté en la barra de la cocina a esperar, ni en el propio taburete, ni de pie, sino en la barra americana que separaba la cocina del comedor y que cuando Alejandro se adentrara sería lo primero que vería. Esperé con el

teléfono al lado, no tenía ningún aviso, ni llamada, ni mensaje... supuse que todo estaría en orden y de pronto escuché la llave en la cerradura. Rápidamente dejé el teléfono a un lado, me dejé caer la bata por un hombro y crucé mis piernas como si estuviera tranquilamente allí pasando el tiempo.

Cuando le vi adentrarse mi cuerpo se contrajo, iba con un traje gris claro, portaba al hombro una especie de bolso de piel marrón y en la otra su maletín de trabajo, como si acabara de salir de la oficina. En ese momento me pregunté como sería esperarlo en casa cuando volviera del trabajo, ¿Sería exactamente así?

Antes ni siquiera de saludar, escuché como dejaba caer los bultos al suelo de un solo golpe, parecía no importarle el contenido porque no tuvo ningún cuidado en hacerlo. Le miré, me miró y en ese momento de conexión entre ambos dio dos zancadas abalanzándose sobre mi y devorando mi boca con tanta ansia que solo pude enroscar mis piernas alrededor de su cintura y acogerle. Literalmente ardía en deseos de ese hombre y mi fuego necesitaba ser apagado.

Sin dejar de besarme apasionadamente notaba como se deshacía de su chaqueta y posteriormente de su camisa. No pude evitar abrirme mas de piernas para acercarme a su cuerpo, aunque de por si estaba literalmente pegado al mío mientras nuestras bocas no se abandonaban ni un solo instante.

El olor a sudor mezclado con su perfume me embriagaba, ese aroma tan masculino y varonil que solo él poseía hacía que perdiera todos mis sentidos al mismo tiempo y obnubilaba por completo mi juicio.

—Debería ducharme, pero mi instinto por meterme dentro de ti sobrepasa mis límites —gimió separando levemente sus labios antes de que yo contestara mordiéndole uno de ellos y el sabor férreo de la sangre me abrumara.

Definitivamente este hombre me hacía perder el juicio y sacar la fiera que había dentro de mi. Me quité la bata dejándola caer a mi espalda y bajé mis manos por su torso ahora desnudo mientras él comenzaba a realizar un recorrido desde mi boca hasta bajar por mi cuello mientras yo ahogaba mis

gemidos en su hombro y clavaba mis dientes en él.

Le desabroché el cinturón y rápidamente sus manos se acoplaron a las mías para ayudarme a deshacerse de su pantalón. Podía notar su más que evidente erección y aquello únicamente me enardecía, saber que Alejandro estaba siempre más que dispuesto para tomarme solo provocaba que mi ardor no se apagara, sino que, por el contrario, aumentara considerablemente.

Justo en el momento en el que podía notar como su erección ahora libre rozaba mi muslo interior, acercándose lentamente a mí, buscando la entrada que nos conduciría a ambos al abismo. Busqué de nuevo su boca como si fuera algo totalmente necesario, como si me pertenecieran sus besos y los necesitase tanto o más que el mero hecho de que él me hiciese suya. En el mismo instante que mi lengua se adentraba para buscar la suya, noté sus dedos haciendo a un lado mis mini braguitas y sentí como la polla de Alejandro se hundía dentro de mí provocando que gritase en su boca de puro placer.

«¡Oh dios!» jadeé mordiendo de nuevo su labio sin poder evitarlo mientras notaba sus manos en mi trasero atrayéndome hacia él mientras salía lentamente y volvía a embestirme con fuerza.

Rodeé con mis piernas su cuerpo y me apoyaba en él cada vez que volvía a entrar en mí acudiendo al encuentro de sus embestidas, haciendo que aquel momento fuera una catarsis de placer y cuando sentí aquel orgasmo llegar para atravesarme completamente, grité como nunca había gritado antes. Sin duda la ausencia de sexo en esos cuatro días había provocado que el encuentro fuera más que apoteósico, había sido extraordinario.

Mi pulso tardo en volver a ser algo normal, aunque aún seguía acelerado. Notaba como Alejandro no se había separado de mi cuerpo tampoco y en ese momento reaccioné. Tenía que ser autoritaria, tenía que imponer mis normas, así que con la actitud más fría que pude aunar, me separé de él de un movimiento y me bajé de un salto de la encimera no importándome en absoluto mi casi desnudez.

—Ve a ducharte, tienes diez minutos —dije tratando de no mirarle o me

costaría un mundo hacerlo.

—¿Vamos a alguna parte? —contestó con un tono de voz que parecía extrañarle mi orden.

—No —negué—. Te espero en el jacuzzi, date prisa porque ahora te quedan nueve y restando.

—¿Es que tendré que cumplir algún tipo de castigo si llego tarde? — exclamó y pude notar una especie de sonrisa en sus labios haciendo que me costase no reírme.

—Si, como llegues tarde no te dejaré follarme durante el resto de la noche —susurré y en ese momento él cambió su semblante y sin mediar palabra se quitó los zapatos y el pantalón que estaba arremolinados en sus tobillos para quedar completamente desnudo.

—Me sobrarán cinco —contestó autoritario mientras se daba la vuelta y me dejaba ver ese perfecto culo en movimiento mientras caminaba—. ¡Así que prepárate porque voy a follarte toda la noche preciosa! Y aún tendré más para mañana y pasado mañana.

En el momento en el que se perdió por el pasillo no pude evitar reírme... ¡Ay dios!, ¡Aquello iba a ser más divertido de lo que imaginaba!

Controlé la hora y justo cuando faltaba apenas un minuto Alejandro apareció completamente desnudo por la puerta acristalada de la terraza cubierta.

Había encendido el Jacuzzi y hacía burbujas al mismo tiempo que estaba iluminado, unas velas hacían también de ambiente y dos copas de vino aún por servir junto a una botella era el resto de acompañamiento para una magnífica velada. Por suerte ya lo había dejado todo preparado y solo había tenido que encender las velas para el momento mientras esperaba.

—Debo reconocer que las vistas son espectaculares —dijo sin dejar de observarme atentamente.

—Fue lo que me hizo decidirme para alquilarlo —contesté sincera y reconfortándome que le gustase.

—No me refería al apartamento preciosa, aunque también las tiene — afirmó consiguiendo que me sonrojara.

—¿Estás intentando sobornarme acaso? —exclamé alzando una ceja.

—No, ¿Tendría que hacerlo?, ¿Ganaré puntos con ello? —preguntó algo contrariado.

—Tal vez hayas tardado más de diez minutos —aseguré perspicaz.

—No, he tardado exactamente nueve minutos y treinta y seis segundos. — En ese instante alcé una ceja. No podía ser... era imposible que lo supiera.

—Es imposible que lo sepas, no tenías ni reloj, ni móvil... —comencé a decir.

—Se marcar el tiempo, de pequeño debía hacerlo muy a menudo para llegar siempre puntual —aclaró sin entrar en detalles.

—¿Por qué? —exclame no pudiendo evitar preguntarlo por intuir la respuesta.

—No importa —contesto eludiendo la pregunta—, pero en ocasiones como ésta siempre viene bien para saber cuánto estoy tardando.

—Está bien —dije mientras alargaba el brazo para coger la botella y se la entregaba junto a un sacacorchos.

Alejandro descorchó el vino y yo cogí las copas esperando que lo sirviera.

—¿Por qué brindamos? —me preguntó de pronto.

—Porque esta noche, tu y yo terminemos extasiados —sonreí recordando el momento en el que él dijo eso justo en aquel jacuzzi de aquel piso madrileño la primera vez que me citó tras aquel acuerdo.

—Brindo por ello —respondió chocando su copa con la mía y ambos degustamos el vino.

Dejé mi copa sobre el borde y apagué tanto las luces como el motor del jacuzzi, solo nos iluminaba la poca luz que emanaba de las velas y observé como él me imitaba y también depositaba su copa sobre el borde. Fui apagando una a una cada vela.

—¿Por qué apagas todo? —preguntó entonces y yo sonreí ahora a oscuras mientras me acercaba a él y me colocaba a horcajadas sobre su cuerpo.

—Porque no quiero que me veas... quiero que me sientas —susurré roncamente en su oído mientras notaba como sus dedos rodeaban mi cintura y depositaba un cálido beso en mi garganta.

—Quiero sentirte Irina... es lo que más deseo —gimió antes de fundir sus labios con los míos y una pregunta se formaba en mi mente.

¿Acaso tendría algún tipo de trasfondo sus palabras?

¿ALGUNA VEZ TE HAS ENAMORADO?

Notaba su piel caliente junto a la mía, su carne invadiéndome, provocando la fricción entre nuestros cuerpos y saciando ese apetito sexual insaciable que tan bien sabía hacer. No podía cansarme de él, era perfectamente consciente que no podría hacerlo jamás y aun así me torturaba en pensar que, pese a todo, probablemente él jamás pudiera tener una relación normal e incluso de forzarse a hacerlo, primaría más su interés que sus sentimientos.

«Mejor no pienses en ello», me dije a mi misma dejándome arrastrar por el sueño y agotamiento de aquella noche.

No solo habíamos tenido sexo en el jacuzzi, también en el salón cuando tomábamos la cena que había pedido a domicilio, en la cocina de nuevo cuando fui a por el helado y en aquella enorme cama cuando decidimos acostarnos. Si, estaba extasiada, extenuada y segura de que al día siguiente cuando despertase querría más, mucho más de nuevo.

Me giré de lado para dormir apoyando mi cabeza sobre la almohada y sentí como su cuerpo, de pronto se acoplaba al mío mientras un brazo se apoyaba en mi cintura al tiempo que suavemente me atraía a él provocando que mi espalda tuviera el calor constante de su firme pecho. Adoraba estar así, aunque jamás lo confesara en voz alta.

No dije nada, él tampoco lo hizo y el silencio nos abrumaba. En ese momento sentí sus labios en mi hombro, posteriormente en mi cuello y finalmente en mi nuca mientras escuchaba su respiración profunda.

—Buenas noches preciosa. —Su voz era ronca, aunque sonaba pausada.

—Buenas noches, Alejandro —contesté sin moverme expectante ante su siguiente caricia a pesar de estar somnolienta.

—Me encanta tu olor después de hacerte mía —susurró a mi oído

provocando que me estremeciera.

—¿Mi olor? —exclame sin poder evitar preguntar aquello a pesar del sueño que comenzaba a invadirme.

—Si... —jadeó apretándome más contra él—. Tu aroma natural es suave y con la mezcla de sexo es puramente exótico.

—A mí también me gusta como hueles —admití en un momento de confesión.

—¿Sí? —preguntó sorprendido.

—Si —afirmé—, incluso pensé en retirar del mercado ese tentador perfume que usas —contesté riéndome sin poder evitarlo.

—¿Cómo? —gritó justo antes de que sus dedos se clavaran en mi carne suavemente provocándome cosquillas y no pude evitar retorcerme para deshacerme de él al mismo tiempo que me reía a carcajadas.

—¡No! —grité—. ¡Para! —Volví a gritar mientras me retorecía y reía al mismo tiempo.

—¿Vas a tratar de retirarlo del mercado? —contestó mientras me seguía haciendo cosquillas y yo intentaba vagamente deshacerme de sus manos.

—¡No!, ¡No lo haré! —contesté gritando para que parase.

—Vaya... qué fácil es convencerte —contestó acercándose a mi quedando su frente unida a la mía. Yo jadeaba por el esfuerzo de retorcerme y él me miraba fijamente. La habitación apenas estaba iluminada salvo por la suave luz que se filtraba desde la ventana procedente de las luces de la ciudad —. Me gusta tu risa —confesó haciendo que mi garganta se secase por sus palabras.

No sabía que responder, por lo que acaricié sus brazos que estaban a mis costados y posteriormente acaricié su rostro delicadamente aun notando la barba incipiente algo áspera, la sensación me encantaba. Sus labios acortaron la distancia y se fundieron junto a los míos lenta y pausadamente, era tan dulce que no quería que el momento terminara jamás, pero se separó del mismo modo y volvió a colocarse a mi lado volviendo a rodear mi cintura y

atrayéndome de nuevo hacia él.

—¿Alguna vez te has enamorado? —pregunté de pronto sintiendo la necesidad de hacerlo. Pude notar la tensión en su cuerpo estando tan pegado al mío y su respuesta se prolongó hasta el punto de que pensé que no pensaba hacerlo.

—No —contestó secamente y pensé que su respuesta simplemente sería aquella negación, que no añadiría nada más y ahí quedaría todo—. Nunca he creído en esas cosas —añadió partiéndome el corazón en dos.

No dije nada, no respondí siquiera, simplemente cerré los ojos y pensé con todas mis fuerzas en que no iba a dejar que aquellas palabras me afectaran. No lo harían. No podían hacerlo. Tal vez, aunque ni el mismo Alejandro lo supiera; podía enamorarse.

Abrí los ojos lentamente tratando de reconocer donde estaba para ubicarme. En un principio no reconocí el lugar, hasta que recordé que era apartamento que había alquilado para ese fin de semana y del que sin duda recurriría en más de una ocasión cuando citara a Alejandro en Moscú.

Alejandro... pensé en ese momento mientras me giraba sobre mi misma y comprobé que la cama estaba vacía, ¿Dónde estaba?

Me alcé rápidamente con la intención de buscarle. No se habría marchado, ¿no? Al menos no le había dado permiso para hacerlo, pensé y me reí de mi misma, puesto que él jamás pediría permiso para irse. Era plenamente consciente de que no lo haría, es más, ahora que lo pensaba no le había dado el acuerdo que había redactado esa semana y que me había costado tanto trabajo hacer porque no era capaz de ser una persona firme y estricta como quería aparentar que sería.

Cuando abrí la puerta del dormitorio y salí a través del pasillo le vi en la cocina. Me apoyé en el marco de la puerta para contemplar ese hermoso cuerpo en movimiento mientras parecía preparar el desayuno vestido únicamente con un pantalón de chándal oscuro acompañado de todos aquellos músculos de sus brazos y pectorales en movimiento.

—¡Buenos días! —dijo en cuanto me vio observándole.

Le vi recorrer lentamente con la mirada mi cuerpo como si me devorase y yo crucé los brazos mientras avanzaba hacia él. En ese momento fui consciente de que estaba completamente desnuda al rozar mis brazos con mis pechos desnudos, pero no dejé que eso me hiciera retroceder, al contrario, alcé aún más el mentón.

—No recuerdo haberte dado permiso para salir de la cama —dije todo lo seria que pude.

—¿Debía pedirlo? —preguntó alzando una ceja extrañado.

—Si quiero que me folles cuando despierte, debes estar ahí —gemí muy cerca de él.

—Pensé que después de anoche tendrías hambre. —Su voz ahora había cambiado a un tono ronco, demasiado ronco y aquello solo provocaba en mí un calor incesante y un anhelo de contacto inminente.

—Tengo otro tipo de hambre aún más fuerte —sugerí justo antes de notar como él rodeaba con un brazo mi cintura y me alzaba contra él.

—Joder... —susurró cerca de mis labios—. Pienso despertarte cada mañana con mi polla tan hundida dentro de ti que solo podrás gemir de placer cuando abras los ojos —gimió en mi oído.

Estaba segura de que si llevara bragas en ese momento las habría mojado, estaba más que preparada para sentirlo, para recibirlo y con mis pies fui empujando como podía su pantalón hacia abajo mientras buscaba el contacto con su boca incesante.

Cuando noté su polla adentrándose en mi interior jadeé. Sin duda Alejandro me había convertido en una ninfómana, ya era oficial, esa necesidad de sexo constantemente, casi a cada hora solo podía significar eso. Aunque si tenía en cuenta de que solo lo quería con él tal vez no se considerase una enfermedad del todo.

Terminamos comiendo huevos con beicon algo chamuscado, aunque sorprendentemente ninguno de los dos se quejó de ello porque éramos

conscientes de la razón por la se había quemado y no nos importaba.

Vi que justo al lado de donde estábamos sentados estaba el maletín con la carpeta que contenía el documento del acuerdo y cuando terminé de comer lo saqué de allí para enseñárselo.

—He redactado el documento personalmente —me adelanté a decir mientras se lo entregaba en una carpeta marrón.

—¿Qué es? —preguntó algo extrañado.

—Nuestro acuerdo —afirmé pensando que sería de su interés.

No respondió, sino que se limitó a abrir la carpeta y le vi bajarse de la silla y comenzar a andar mientras parecía leerlo. No sabía si se opondría a alguna de las condiciones, básicamente en ellas redactaba un poco lo que habíamos acordado verbalmente.

Mis fines de semana serían suyos desde el viernes a las diez de la noche hasta el domingo a la misma hora, es decir, dos días completos. Eso era lo único que conseguía de mí, porque el resto de las condiciones solo eran beneficios míos.

Alejandro debía venir allá donde le indicara que lo hiciera y todos los gastos correrían por mi parte. No podía excusarse, replicar, contradecir o reprochar en ningún momento y tampoco servían los motivos que no fueran justificables y éstos solo implicaban la muerte o un estado de salud precario. El resto no eran aceptables y en caso de no acatarlo el acuerdo se rompía.

No se podría hablar de trabajo bajo ningún concepto, ni tener vida social con otras personas. Nadie sabría que existía algún tipo de contacto y en el caso de acudir a un evento juntos, deberíamos actuar como simples conocidos.

Alejandro debería acudir de buen agrado, sin malas caras y mucho menos realizar cualquier tipo de reproche hacia mi. Siempre estaría dispuesto, listo y preparado si lo exigía y acataría cualquier petición que quisiera sin rechistar.

Hasta ahí podía ser algo normal, pero había sido un poco más puntillosa. Tenía que pedir permiso cada vez que se separara de mi lado y esperar que a que se lo diera, de lo contrario no podría marcharse. Tendría que cocinar para

los dos, cosa que ya había empezado a hacer sin saberlo de antemano y además debía estar correctamente depilado, aseado y perfumado para mi disposición.

—¿Tienes un bolígrafo? —preguntó provocando que saliera de mi ensoñación mientras recordaba todas las normas.

—¿No tienes ninguna objeción? —reclamé pensando que contradiría alguna de mis peticiones.

—No —contestó secamente.

Fui hasta el maletín donde saqué un bolígrafo que llevaba el logotipo de la empresa y se lo di. Alejandro se acercó a la mesa y lo firmó sin más réplicas entregándomelo.

—Aquí tienes tu copia, ya está firmada por mi —dije entregándosela y él la firmó también dejándola a un lado. Casi me sorprendía la facilidad con la que había accedido a todo aquello no siendo él bajo ningún concepto beneficiado, ¿Por qué lo haría?

—Ahora que el papeleo ya está, ¿Qué se supone que haremos, señora? —preguntó con sorna.

—Quiero un baño caliente en esa bañera enorme —mencioné en primer lugar porque fue lo primero que se me ocurrió.

—¿Para ti sola? —Su voz no era seria y aquello me agradaba.

—Puede —musité.

—¿Ah sí? —exclamó incitándome con una media sonrisa.

—Tal vez lo comparta si sabes dar masajes —contesté atrevida.

—¿Dar masajes? —preguntó y le vi alzar una ceja.

—Quiero después un masaje por todo el cuerpo con aceite —admití recordando que compré un montón de chismes online de juguetes sexuales y hasta ahora no me había acordado...

—Será una tentación —gimió cerca de mi oído—. Pero me limitaré solo a mover los dedos —añadió antes de desaparecer por el pasillo camino del baño.

Cuando ya estaba fuera de mi vista caí en la cuenta de que ante la excitación había olvidado que no me pidió permiso para irse, ¡Mierda!, ¡Yo no servía para hacer aquello! Gemí interiormente mientras no podía evitar reírme.

Esperé pacientemente para darle tiempo a preparar aquel baño, pensando en si no me estaría equivocando de estrategia... ¿Por qué Alejandro, ese dios griego dominante, accedía a todas mis peticiones de buen agrado?

«Tal vez sea consciente del comportamiento que tuvo al juzgarme mal» pensé inocentemente y ahora yo se la estaba devolviendo de la misma forma y sintiéndome culpable al mismo tiempo por ello.

Empezaba a creer que tal vez había sido una mala idea, quizá no debí darle el acuerdo tan pronto, tal vez habría sido mejor esperar un tiempo, ver hacia donde nos conducía aquello y ¿Quién sabe? Tal vez un día sin darnos cuenta éramos una pareja normal. Aunque muy normal nunca seríamos debido a nuestros trabajos personales y a vivir en dos países demasiado distantes.

Estaba tan ensimismada que cuando sentí aquellos brazos rodeando mi cintura grité por no esperarlo.

—¡Joder! —exclamé mientras me llevaba una mano al pecho por la agitación.

Alejandro me había envuelto en sus fuertes brazos y sin decir nada me alzó de tal forma que tuve que agarrarme a él para no caerme y me llevó en volandas hacia el baño donde pude percibir el sonido del agua y el aroma a lavanda que invadía la estancia debido a las sales de baño que debió haber vertido en el agua. Me dejó caer lentamente en la bañera mientras el agua cubría mi cuerpo. La estancia estaba iluminada con luz natural, era muy acogedora y agradable al mismo tiempo.

—Sé que te gusta el agua muy caliente —susurró mientras entraba en la bañera y se colocaba detrás de mi.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté insólita.

—Porque nos hemos duchado juntos en más de una ocasión y he podido darme cuenta —contestó mientras me atraía hasta él quedando en su regazo y

la espuma comenzaba a taparnos.

—¿Y a ti no te importa? —pregunté calmada.

—Después de ducharme con agua fría media vida, creo que puedo soportarlo —Su voz sonaba lejana, vi como cogía una de las esponjas nuevas y la mojaba en agua para después echarle gel y comenzar a frotar muy suavemente mi piel con ella.

Aquello era tan placentero que podría permanecer así toda la vida, era tan agradable estar de esa forma con él... quería estar siempre así, me sentía feliz así.

—¿Y por qué te duchabas con agua fría? —pregunté sonando lo más natural posible.

—No parecía ser una necesidad el agua caliente en la casa que vivía. Descubrí que existía el agua caliente cuando fui a la Universidad —aseguró y a mi se me encogió el corazón.

—¿A los dieciocho años? —exclamé sin poder evitarlo.

—Diecisiete —contestó con el mismo tono neutro—. Tenía prisa, así que me adelanté un curso para terminar antes.

—¿Por qué tenías prisa? —pregunté entonces.

Tenía mis razones —contestó evadiendo la pregunta y ahí supe que estaba entrando en terreno pantanoso.

Las manos de Alejandro comenzaron a trazar círculos con la esponja en mi estómago y fue bajando lentamente hasta frotar mi clítoris haciendo que me contuviera de placer. Si yo hacía ese gesto me parecía normal, pero que ese dios griego lo hiciera por mi, me provocaba oleadas de calor y placer al mismo tiempo.

MALDITA MALA SUERTE

Jadeé con su contacto mientras alzaba mis brazos para acercar su boca a la mía y arqueé mi cabeza para permitir el contacto. Era como darle un beso al revés y supo extremadamente bien cuando su boca se acercó a la mía.

Su incipiente barba raspaba mi frente y parte de mi nariz consiguiendo que aquello me deleitase. Introduje mi lengua profundamente y Alejandro salió a mi encuentro con la suya, mientras bailaban al mismo compás que sus dedos jugueteaban allí abajo provocando que mis gemidos murieran en la garganta.

Dejé de besarle repentinamente, provocando su confusión por aquel repentino corte. Le miré intensamente mientras lentamente avanzaba por el agua hasta colocarme de rodillas y avanzar con mis manos dándole una buena vista de mis nalgas que previsiblemente suponía estaban embadurnadas de espuma.

Bajé mi cuerpo todo lo que pude sin mojarme mientras me abría ligeramente de piernas. Era toda una invitación, que esperaba que él supiera interpretar perfectamente.

Escuché el sonido del agua y sus manos no tardaron en tocar mis glúteos mientras lo acariciaban y de pronto noté su agarre fuerte mientras gemí incontroladamente anticipándome a lo que estaba por llegar. Esperé atentamente, no sabía que haría, pero deseaba que se hundiera dentro de mí ser a pesar de que no hacía ni dos horas desde que habíamos tenido sexo en la cocina, pero debía aprovechar el tiempo, ¿no? Tan solo faltaban treinta horas para que él se marchara y no volvería a verlo en varios días de nuevo.

Escuché el sonido del agua, ¿Había abierto el grifo de la bañera de nuevo? Me resistí a no mirar, prefería la incertidumbre puesto que eso acrecentaba mi deseo. Los chorros de agua comenzaron a acariciar mis partes íntimas e inmediatamente después su boca me devoraba con ferocidad

—¡Dios! —exclamé al notar como succionaba mi clítoris y después hundía su lengua en mi interior mientras comenzaba a jugar con ella provocándome espasmos.

«Plaff»

El sonido de una cachetada no muy fuerte en mi trasero me hizo contener la respiración y el movimiento por inercia ante la sorpresa no evito que me encogiera. No había sido para nada fuerte, de hecho, no había dolido, ni tan siquiera picaba la piel... mas bien lo podía definir como excitante.

—¿Quieres más? —exclamó jadeante.

—Si —gemí

Y de nuevo sentí otra cachetada justo antes de que sus dedos se adentraran lentamente dentro de mi y grité ante el contacto.

Busqué su cercanía tratando de retroceder para sentir su miembro en mis nalgas y me incorporé para hacerlo.

—Lo quieres, ¿Verdad? —exclamó mientras comenzaba a recorrer un camino ascendente con la mano que le quedaba libre.

—Lo quiero —susurré mientras sus dedos entraban y salían y con otra mano me agarraba uno de mis pechos frotándolo al mismo tiempo.

—Dímelo —jadeó con esa voz ronca

—El qué —susurré implorante.

—Sabes perfectamente lo que quiero escuchar —insistió cerca de mi oído y después sentí sus dientes en el lóbulo de la oreja mientras creía que moriría extasiada lentamente.

—Soy tuya Alejandro —jadeé—. Te necesito dentro de mi hundiéndote por completo.

—Eres mía —repitió al mismo tiempo que sus dedos reemplazaban su polla erecta y firme mientras se abría paso en mi interior deslizándose suavemente.

Estaba más que mojada, más que preparada para alojarle dentro de mi ser y su contacto solo me hacía asegurar y perseverar lo que de por sí sabía, que

todo mi cuerpo y cada célula de mi ser le pertenecía completamente.

Ladeé mi cabeza para poder besar sus labios, y así, entre suaves, pero firmes movimientos con mi espalda en permanente contacto con su pecho y nuestros cuerpos unidos como uno solo, sentí que quería ser de verdad de Alejandro, que le quería tener en mi vida para siempre perteneciéndole a él, pero que también fuera mío.

Después del repentino cansancio que invadió mi cuerpo tras liberarse, agradecí que fuera tan sumamente atento como para envolverme en una gran toalla y me acogiera entre sus brazos hasta depositarme sobre la cama. Adoraba que me tratara así, aunque me hiciera sentir como una niña pequeña, pero resultaba encantador.

—¿Dónde está ese aceite? —preguntó cuando incluso a mi se me había olvidado el supuesto masaje que debía darme.

—Allí —señalé el armario.

Le escuché reírse y me extrañó, así que alcé la vista y le observé sacando la caja en la que había metido todo.

—¿Vamos a usar todo esto? —preguntó algo divertido.

—Quizás... —respondí intrigante—. Si no te gusta podría usarlo...

—No vas a utilizar esto con otra persona que no sea yo —respondió tan tajante y serio que apagó mi leve sonrisa—. Tenemos un acuerdo.

—Iba a responder sola —dije de pronto y pareció cambiar su semblante de cara, como si de pronto le volviera el color a la piel.

—En ese caso deberás llamar por teléfono para estar informado puesto que me serías igualmente infiel con esos cacharros —advirtió señalándolos.

—¿Te sería infiel? —exclamé entre atónita y divertida al mismo tiempo.

—Lo serías —aseguró mirándome fijamente.

—Entonces debo llamarte si decido “jugar” con esos juguetes —contesté haciendo comillas con los dedos cuando lo mencioné.

—Así es... —insistió.

—Pero no estaríamos respetando el acuerdo —le recordé.

—Entonces no utilizarás esos juguetes y me los llevaré para asegurarme de que solo los utilizas conmigo —contraindicó sorprendiéndome.

—Tal vez me lo piense —susurré—, pero ahora me vas a dar ese masaje —dije no queriendo insistir demasiado en el tema.

Las sensuales manos de Alejandro recorrían mi cuerpo embadurnado de ese aceite que embriagaba la estancia con olor a chocolate de forma inusual. Aun así, sus manos se deslizaban suavemente ciñéndose a la espalda y lo cierto es que en un momento dado, fui consciente de que necesitaba aquello. Llevaba toda la semana bastante tensa y Alejandro estaba consiguiendo que me relajase.

—Estoy aguantándome las ganas de devorarte —susurró de pronto con esa voz suave y sin querer me reí de sus palabras porque hasta a mi me estaba entrando hambre con aquel olor.

—Pues es comestible —respondí en cierto tono de diversión.

—¿En serio? —escuché justo antes de sentir un mordisco en mi hombro.

—¡Ay! —exclamé de pronto intentándome dar la vuelta, pero él me lo impedía.

—No he terminado —respondió justo antes de sentir como su lengua recorría mi espalda mientras sus manos impedían que pudiera moverme literalmente y simplemente me quedé atenta a cada movimiento de su lengua sobre mi cuerpo.

Sus labios fueron ascendiendo hasta llegar a mi cuello y darme un cálido beso, entonces sentí como su mano acariciaba mi mejilla y me giré lentamente pudiendo apreciarle de cerca, mirándole directamente a los ojos.

Lentamente se inclinó posando sus labios junto a los míos y yo alcé mis manos para envolver su rostro. Era tan sumamente dulce que casi parecía un sueño.

—¿Qué te apetece comer, señora? —preguntó de pronto rompiendo esa magia que de pronto había sentido por un momento, como si hubiéramos conectado de verdad, sin necesidad de palabras.

—No me llames señora, no me gusta —advertí ante aquella palabra que me hacía sentir una vieja decrepita.

—¿Y como deseas que te llame? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Como siempre has hecho —contesté sin dudar.

—¿Preciosa? —exclamó con una vaga sonrisa.

—Si —afirmé y sonreí.

—Está bien, preciosa... Entonces, ¿Qué deseas que te prepare? —volvió a preguntar.

—Tortitas con chocolate y nata —respondí evitando no reírme por mi respuesta.

—Eso es un desayuno —contestó extrañado.

—¿Nunca has almorzado un desayuno? —pregunté retándole con la mirada.

—No —negó como si fuera lo más normal del mundo.

—Pues hoy lo harás —respondí tajantemente.

—¿El menú también me incluye a mi? —preguntó en cierto tono de diversión.

—Por supuesto que si —afirmé sonriente.

Me parecía demasiado divertido ver a Alejandro cocinar, más aún degustar las tortitas con chocolate y nata que le obligué a tomar. Lo cierto es que le habían salido bastante bien y comenzaba a apenarme el hecho de que le obligase a cocinar para los dos. No era una persona dada a que los demás me lo hicieran todo a pesar de mi condición. Me gustaba compartir las tareas, ayudar... y ahora me estaba costando un mundo no hacerlo.

—¿Has traído algún traje? —pregunté de pronto.

—Si, aunque tendré que plancharlo ¿Por qué? —respondió extrañado.

—Porque vas a necesitarlo esta noche —respondí dándole un mordisco a una manzana roja que había cogido del frutero.

—¿Dónde iremos? —preguntó curioso.

—Es una sorpresa, pero debemos salir a las siete en punto, así que iré a prepararme —respondí dejándole solo para darme una ducha ya que debía quitarme la pringue del aceite en la espalda.

En lo más profundo de mi ser, pensaba que de un momento a otro él se adentraría en aquella ducha, pero agradecí que no lo hiciera o no me daría tiempo a arreglarme adecuadamente. Esa noche quería estar realmente hermosa, espléndida, hacerle justicia a su apodo; preciosa.

Había escogido para ello un vestido negro entallado con el cuerpo superior en gasa y bordados que ocultaban las zonas que debían cubrir, es decir; mi pecho. Porque salvo ese bordeado el resto era completamente visible dejando a la vista mi piel. Era tan insinuante que probablemente era el vestido mas provocador que había vestido en toda mi vida.

Cuando salí a las siete en punto por el pasillo, Alejandro ya estaba impecablemente vestido con su traje. Supuse que debió encontrar una plancha por el apartamento cuando no me mencionó nada al respecto y tuve que reconocer que estaba endiabladamente sexy, casi me daban ganas de cambiar los planes, pero repetí mentalmente que no debía hacerlo.

—¿Debemos irnos ya? —dijo de forma susurrante acercándose hasta mí.

—Si —jadeé conforme se fue acercando porque ese perfume suyo se apreciaba a esa distancia consiguiendo que el culote de encaje que llevaba puesto se mojara por completo.

«Y eso que aún no he salido del apartamento» musité.

—Pues a mí me apetece encerrarte en esa habitación y follarte con ese vestido puesto —jadeó al tiempo que sus manos rodeaban mi cintura y sus labios se posaron en mi cuello cuando le facilité el acceso.

—Vamos a llegar tarde si hacemos eso —jadeé de nuevo.

—Está bien, pero te follaré con ese vestido a la primera oportunidad, así que quítate lo que sea que lleves debajo —dijo de pronto.

—¿Qué? —exclamé y le miré abriendo sorprendidamente los ojos ante su petición.

—Si no puedo tenerte ahora y yo tengo que aguantar empalmado toda la noche, al menos tu no llevarás ropa interior —insistió.

Aquello me causó gracia, pero la sola idea de no llevar nada me excitaba. Me metí una mano por debajo de la falda ajustada y estiré del culote hacia abajo hasta que lo saqué, iba a volver para dejarlo en la habitación cuando él me freno en mi intento.

—No —dijo rápidamente—. Yo lo guardo preciosa —añadió arrebatándome la prenda y guardándosela en el bolsillo del pantalón—. Así podré olerla sabiendo lo que me espera después.

«¡Joder!» gemí interiormente.

La limusina nos esperaba en la puerta del edificio tal y como estaba previsto. Y el chofer nos esperaba servicialmente para asistirnos. Alejandro me permitió entrar primero y después entró él acto seguido mientras el chofer cerraba la puerta y rodeaba el vehículo para adentrarse de nuevo en la limusina y emprender el viaje.

—Imagino que no me vas a decir a donde vamos —dijo en ese momento Alejandro rompiendo el silencio.

Ni tan siquiera me había quitado el abrigo de pelo sintético que llevaba en ese momento para evitar el frío que hacía fuera.

—Imaginas bien —respondí sonriente.

—¿Puedo saber al menos cuanto tiempo tardaremos en llegar? —Su voz comenzaba a ser susurrante... provocativa...

—No —respondí adelantándome a sus intenciones, aunque si era sincera conmigo misma me moría de ganas porque me tocara, la sensación de no llevar nada de bajo era más que liberadora, simplemente excitante.

—Entonces... —comenzó diciendo al mismo tiempo que su mano acariciaba mi pierna por encima del estrecho vestido subiendo hasta mi cintura— ¿Qué podemos hacer mientras llegamos? —preguntó con ese tono ronco que hacía que me mojara por completo y gimiera de placer.

—¿Brindar? —exclamé en un susurro.

Era gelatina en sus manos, estaba visto y comprobado que me derretía ante su simple contacto.

—Brindemos entonces —contestó separándose de pronto e inclinándose hacia la cubitera que teníamos enfrente con una botella de cava y de paso cogió las copas para servir. Le ayudé cogiendo las copas para que descorchara la botella mientras observaba atentamente como lo hacía y después sirvió el contenido en cada una de ellas hasta la mitad volviendo a dejar la botella en su lugar para que se mantuviera fría.

—¿Por qué brindamos esta vez? —preguntó mirándome a los ojos directamente.

—Por una noche diferente —respondí sin dejar de mirarle.

—¿Diferente? —exclamó y le observé alzar una ceja.

—Si... diferente y arriesgada —le dije de forma sugerente.

—Arriesgada... eso me gusta, suena demasiado bien —gimió acercándose a mis labios.

—Y excitante —gemí antes de rozar los suyos para apartarlos y beber el contenido de la copa.

La espera hacía que todo fuera mucho más placentero o eso esperaba... porque ganas no me faltaban de abalanzarme sobre Alejandro para devorarlo allí mismo.

La limusina frenó la marcha. Ya deberíamos haber llegado teniendo en cuenta que el gran teatro Bolshoi no quedaba muy lejos del apartamento en el que nos alojábamos.

Cuando bajé de la limusina observé a Alejandro que miraba detenidamente el teatro y seguramente se fijó en las personas elegantemente vestidas que comenzaban a entrar por la gran alfombra roja bien colocada.

—¿Esto es lo que creo que es? —preguntó de pronto girándose para verme.

—Depende de lo que creas que sea —le respondí sonriente.

—Ballet —dijo sin preguntas, dándolo por hecho.

—Si —afirmé—. Hoy es el estreno de temporada del gran ballet ruso.

—Eso suena emocionante —contestó atento.

—Lo es. Aquí es todo un acontecimiento —dije entrelazando mi brazo mientras caminábamos hacia la entrada.

Mi familia tenía un palco privado en el teatro para acudir las veces que quisiéramos disfrutando de la privacidad que aportaba. Era uno de los lujos que mi padre se permitía tener y que a mi desde pequeña me encantaba. Lo cierto era que lo disfrutábamos relativamente poco debido a la agenda apretada de mi padre, pero de pequeña solía ir en ocasiones con mis tíos o mis niñeras si ellos no estaban en la ciudad. Era sencillamente espectacular, sin tener en cuenta que lo había practicado durante toda mi vida.

—¿Palco privado? —exclamó una vez que entramos y las cortinas de terciopelo volvieron a cerrarse.

—Uno de los privilegios de ser una Komarov —mencioné sin mucha importancia.

—Y deduzco que estaremos solos —gimió acercándose hasta mi, junto al borde del palco donde observaba como la gente comenzaba a entrar y sentarse en sus butacas.

—Deduces b...

—¿Luciana? —exclamó una voz y en ese momento quise morirme, que literalmente me enterraran viva, ¿No se suponía que mis padres estaban de crucero en las Bahamas? Lejos del frío invierno y disfrutando de un sol maravilloso como para no echar de menos Moscú.

—¡Papá! —exclamé fingiendo la sonrisa más extraña que en mi vida había dedicado a mi padre.

—¡Irina!, ¡Si estás aquí! —gritó mi madre que acababa de entrar porque seguramente debía estar saludando a alguien conocido y por eso había tardado un poco más.

—Si —afirmé nerviosa—. ¿Y vosotros no se suponía que estabais de crucero? —No quise que mi voz sonara molesta, pero dudaba que lo hubiera

conseguido.

—Tu padre no quería perderse el estreno y además, es el cumpleaños de Ingrid, así que decidimos volver anoche y hemos llegado esta misma mañana —contestó de forma natural.

—¿Y no se os ocurrió avisar a vuestra única hija? —pregunté con cierto tono de ironía.

—No sabía que debíamos hacerlo. Además, tu dijiste que estarías todo el fin de semana ocupada, ¿Quién es él? —preguntó de pronto mi madre al ver a Alejandro que nos observaba atentamente y del que me había olvidado momentáneamente ante la aparición inesperada de mis padres.

—Él es...

—Álvarez —dijo mi padre ofreciéndole la mano y terminando la frase por mí.

—Así es —añadí—. Teníamos asuntos que tratar de la empresa y me parecía poco hospitalario no invitarle al estreno del ballet ya que estaba aquí y es muy típico de la ciudad.

—Por supuesto —dijo mi padre serio—. Así es como se mantiene a los socios contentos —añadió con cierta sonrisa.

La sonrisa de mi padre me tranquilizó, al menos la mentira había colado o eso esperaba fervientemente.

—Encantado de volver a verlo Señor Komarov —dijo Alejandro dirigiéndose a mi padre en un perfecto inglés—. Señora —saludó con la cabeza a mi madre que le saludó ofreciéndole la mano sonriente mientras le observaba detenidamente.

—Será mejor que nos sentemos, va a comenzar el breve la función —dije para calmar mis nervios.

¡No me podía creer mi maldita mala suerte!, ¡Para una vez que planifico algo, me sale el tiro por la culata!

NERVIOS A FLOR DE PIEL

Estaba tensa. El hecho de que mis padres y Alejandro entraran en la misma frase me ponía los nervios a flor de piel y a pesar de que el ballet me encantaba, no me conseguía relajar.

Podría ser que la mentira de traer a Alejandro como socio hubiera colado con mi padre, pero era más que evidente que no lo haría con mi madre y no sabía que explicaciones debería dar al respecto si se interesaba más de lo debido.

«Cálmate» me dije a mi misma. «Ya eres lo suficientemente mayorcita como para tener que decir con quién o no tienes una relación por muy implícitamente sexual que ésta sea»

Alejandro estaba en una esquina del palco mientras que mi madre y yo ocupábamos los asientos centrales. Era lo suficientemente amplio como para estar los cuatro en primera fila.

Noté el roce de su mano deslizarse sobre mi cadera lentamente y me puse más tensa aún. Le di un manotazo y juraría que le vi sonreír adrede.

—Nunca te había visto así de rígida preciosa —susurró con aquella voz ronca cerca de mi oído que consiguió contrariarme.

¡Gracias al cielo que todo el teatro estaba a oscuras salvo el escenario!

—Recuerda que llevo tu ropa interior en mi bolsillo —añadió ante mi silencio.

—¡Calla! —susurré en voz baja y le escuché reír silenciosamente.

—No me digas que la situación no es un tanto... divertida —volvió a susurrar.

—No le encuentro la diversión por ninguna parte —contesté seriamente e incluso hasta me parecía raro que él lo encontrara gracioso.

—Para mi, sí —contestó rápidamente—. Intentaste controlar todo y se te

olvidó el factor sorpresa —musitó.

Le miré boquiabierta, aunque él apenas pudiera verme por la poca luz que había en el lugar.

—Ya te parecerá menos divertido esta noche —respondí airada.

Vi como cogía mi mano y la colocaba en un lugar donde sentí su erección. La dureza de su miembro hacía que mi respiración se cortara.

—Eso solo logra excitarme —me susurró aquel dios griego a mi oído.

—¿Sí? —gemí en un susurro—. Ya me lo dirás luego.

—¿Vas a azotarme? —gimió en un hilo de voz.

—Algo peor —contesté provocándole.

Lo cierto era que aquello había hecho que casi olvidara que mis padres estaban justo al lado y cuando fui consciente de nuevo me erguí en mi sitio ya que estaba ligeramente inclinada hacia él y observé que mi madre seguía con la mirada fija en el escenario.

La función acabó y nos levantamos para aplaudir. Había sido magnífico pese a que apenas hubiera podido prestar la atención que realmente se merecía la compañía de baile.

—No han decepcionado —dijo mi padre asintiendo cuando las luces del escenario se apagaron y los aplausos comenzaron a cesar para comenzar a evacuar el teatro.

—No, nunca lo hacen papá —asentí.

—¿Le ha gustado? —preguntó mi madre a Alejandro en español.

—¡Oh sí! Muchas gracias señora Komarov. Era la primera vez que veía una actuación de ballet y ha sido magnífica.

—Nada como el ballet ruso —corroboró mi padre—. ¿Dónde vais a cenar? Deberías llevarlo a Menestrof es el mejor restaurante para degustar nuestra comida.

—Si, claro —contesté sonriente—. Probablemente iremos —asentí intentando despedirme.

—Señor y señora Komarov —advirtió Alejandro—. Ha sido un placer

—añadió mientras nos despedíamos.

Entramos en la limusina de nuevo y nada más cerrar la puerta, él se abalanzó sobre mi apresando mis labios intensamente.

—No me apetece nada cenar en ningún restaurante por muy bueno que sea —jadeó cerca de mis labios.

—¿Y qué quieres hacer? —pregunté curiosa.

—Encerrarme en ese apartamento contigo y no volver a salir hasta que tenga que marcharme —contestó mordiendo mi labio inferior y lo arrastró sutilmente pellizcándome sin llegar a hacerme daño, pero con un matiz tan sugerente y sexy que podía notar el flujo entre mis muslos de lo candente y húmeda que estaba.

—Voy a atarte a la cama —susurré.

—¿Sí? —jadeó mi dios griego.

—Si... —afirmé—, y voy a montarte hasta saciarme, a follarte intensamente... y tú no podrás tocarme —le aseguré mientras no dejaba de mirarme a los ojos.

Guardamos la compostura hasta que llegamos al apartamento y entré primero, la puerta se cerró tras él mientras comencé a avanzar, pero su mano me detuvo y mi espalda tocó la puerta de entrada haciéndome retroceder mientras sus manos acogían mi cintura.

Sus labios se acercaban peligrosamente a los míos y le detuve.

—No —susurré—. Irás a la habitación y te desnudarás de cintura para arriba, te tumarás sobre la cama de la habitación del fondo y me esperarás.

—No se si podré esperar —me susurró en el oído.

—Lo harás —dije intentando no sonreír y alcé el mentón altivamente para que entendiera que era una orden.

Escuché una especie de gruñido y después bajo su mano por mi cintura hasta hincar sus dedos en mi trasero sobre la tela del vestido, agarrándolo fuertemente.

Aquel sonido me estremeció, pero acto seguido se dio la vuelta y se

marchó hacia la habitación mientras le veía quitarse la chaqueta por el camino y preveía que estaba desabotonándose la camisa.

Me deshice del vestido y lo dejé sobre el sofá. Salvo por las medias hasta los muslos y los zapatos altos de tacón, estaba literalmente desnuda y caminé hacia la habitación principal. Me coloqué un conjunto transparente de seda, era una especie de body negro que dejaba poco a la imaginación.

Cogí la caja con los juguetes eróticos y fui con paso decidido hacia la habitación donde se encontraría mi dios griego. Había elegido esa habitación porque el cabecero era de forja y podría enganchar las esposas con las que pensaba maniarlo.

Cuando entré vi a Alejandro tumbado sin zapatos y solo con el pantalón del traje, su pecho estaba completamente descubierto tal como le había indicado que estuviera.

Me observaba atentamente y la sensación de poder era refrescante.

—Alza tus brazos sobre la cabeza —ordené mientras dejaba la caja sobre la cama y la abría para sacar las esposas. Pese a ser un juguete sexual parecían bastante robustas.

—¿En serio? —exclamó alzando una ceja con una medio sonrisa.

—Completamente —contesté acercándome mientras él subía sus brazos y enredaba sus manos alrededor del cabecero. Me aseguré de que quedaba bien agarrado.

—Debo reconocer que me pone mucho verte así de autoritaria —me dijo con ese tono ronco.

—Acostúmbrate —susurré inclinándome sobre él rozando con mis pechos su nariz y pude notar como intentaba abalanzarse para morderme, pero lo evité apartándome justo a tiempo.

—¿Iba en serio lo de no poder tocarte? —me preguntó observándome fijamente.

—Si —jadeé mientras mis manos comenzaban a acariciar su pecho y bajaban poco a poco.

Le desabroché el cinturón mientras él me observaba fijamente, desabroché el botón y le quité los pantalones dejándole únicamente en ropa interior.

Cogí uno de los geles de calor de la caja y me subí a horcajadas sobre él mientras trazaba una línea en su pecho y comenzaba a masajear mientras le daba pequeños mordiscos a su cuello.

—¡Joder! —gimió mientras yo me movía sobre él creando fricción en su dura erección situada entre mis muslos.

—¿Te gusta? —gemí.

—Sí —jadeó tratando de moverse sin apenas conseguirlo

—Esto solo acaba de comenzar —le dije mientras jugueteaba con el borde de su bóxer y le escuché gemir.

Metí una mano bajo ellos y acaricié su erección lentamente sin dejar de mordisquear su pecho. Fui bajando lentamente hasta que liberé su erección y me la metí por completo en la boca de una sola vez. Alcé la vista y vi como él me miraba fijamente y después arqueaba su cabeza hacia atrás mientras gemía de éxtasis.

Así era como quería tenerlo... gimiendo del placer que yo le daba y que solo obtenía conmigo.

Me ayudé con una mano para masajear al mismo tiempo que hundía su polla en mi boca cada vez más rápido, con mayor fricción, hasta que mi cuerpo me pidió a gritos tenerlo dentro.

Me subí de nuevo a él mientras deslizaba la parte de la braguita del body y me hundía completamente.

Alejandro alzó sus caderas para metérmela hasta el fondo y gemí al notar su desesperación.

—Preciosa... —le escuché jadear.

—¿Sí? —pregunté mientras balanceaba mi cuerpo para hundirme de nuevo en él.

—Bésame —gimió—. Quiero tener tus labios mientras me hundo en ti.

Mis músculos estaban resentidos de aquella agotadora noche, pero sonreí para mis adentros mientras recordaba y rememoraba esa fantástica velada ya que ahora me debía conformar con un triste helado en el sofá porque Alejandro se había marchado hacía tan solo unas horas.

Habíamos estado teniendo sexo hasta altas horas de la madrugada, aquel hombre definitivamente era insaciable y yo me sumaba a su insaciedad, si es que esa palabra existía. Para que mentir, era plenamente consciente de lo embaucada que estaba de ese dios griego y lo tremendamente vulnerable que era mi cuerpo a sus caricias o simplemente a su sola presencia.

Suspiré mientras le daba otra cucharada al helado de chocolate mientras pensaba en los largos que iban a ser los días hasta que llegara el viernes. Se había ido hacía tan solo dos horas y ya notaba su ausencia. Nos habíamos levantado algo tarde y aún conservaba su olor en mi piel porque no, no me había duchado y no lo haría hasta el día siguiente por la mañana para conservar su olor impregnado en mi cuerpo... en las sábanas de aquella cama... en todo el apartamento en sí, ¡Dios! Iba a morir lentamente por la falta de su presencia.

Alejandro se había llevado la caja con los juguetes eróticos y casi me reí cuando lo hizo. No se la había llevado literalmente, sino que los había metido en su bolsa de viaje. Aún recordaba aquel beso antes de marcharse donde dejaba una promesa en sus labios cuando nos viéramos dentro de cinco días... Pero ya no estaba segura de poder aguantar cinco días, no estaba segura de nada.

El lunes fue una mañana demasiado caótica. Tanto fue así que se me olvidó por completo de que había quedado a comer con Nadia, por suerte mi amiga me perdonó por no poder acudir y pasé el resto del día encerrada en mi despacho atendiendo llamadas y redactando algunos documentos importantes, así como leyendo algunos informes para los que tendría varias reuniones a lo largo de la semana.

—Señorita Komarova —anunció mi secretaria justo cuando creía que mi

cabeza estallaría de un momento a otro.

—¿Si? —respondí tratando de destensar mis hombros.

—Al parecer ha surgido un problema con la sede de Portugal y requieren que asista urgentemente para aprobar una medida disciplinaria.

—¿Es de vital importancia que asista? —pregunté a mi secretaria.

—Lo he consultado con el asesor y dice que si, que necesitan su firma para incorporar la medida urgentemente —insistió.

—¿Cuándo sería? —pregunté haciendo memoria sobre lo apretada que tenía la agenda esa semana.

—Le he dejado el miércoles libre para que pueda ir a primera hora y esté de vuelta el jueves.

—¿Pasaré la noche allí? —pregunté de pronto con los ojos abiertos como platos.

—Si, como no sabía cuánto se podría alargar, pensé que sería una opción razonable, pero si lo prefiere yo puedo...

—No, no —respondí enseguida—. Es perfecto así.

Portugal estaba a un tiro de piedra de Madrid.

«Tal vez podría darle una pequeña sorpresa a mi Dios griego» me dije mientras sonreía pensando en la maldad que acababa de ocurrírseme.

El miércoles terminé mucho antes de lo que pensaba mi secretaria, es más, antes de que acabara la mañana ya estaba fuera de la sede Komarov en Lisboa y tomé el avión para ir directamente a Madrid. Me cambié en el avión y nada más aterrizar en menos de una hora, cogí un taxi hacia la sede directamente.

No aguantaba mis ganas de aparecer en su despacho para darle aquel mensaje. Cuando subí hasta la última planta su secretaria me confirmó que no estaba, al parecer había salido a comer con un socio y volvería un poco más tarde.

—Le esperaré en su despacho —dije contundente.

—Pero yo debo marcharme en veinte minutos —me contestó algo

contrariada.

—No importa, váyase tranquila —le insistí. Mejor aún si tenía que marcharse.

—Está bien —contestó sacando una llave de su bolso personal y abriéndome la puerta.

Estuve paseándome por el despacho más de veinte minutos, de hecho, abrí la puerta y comprobé que la secretaria de Alejandro ya se había marchado.

Me metí en el baño privado de su despacho porque me estaba asando de calor con aquel abrigo de plumas y debajo solo llevaba un conjunto de lencería de seda en color rojo, por lo que me parecía demasiado extravagante estar así pululando por su despacho.

En ese instante escuché la puerta y el sonido de su voz.

«¡Mierda!, ¿Iría con el socio con el que había salido?» pensé mientras me colocaba rápidamente el abrigo de nuevo y comprobé que no había ninguna voz aparte de la de él, estaba hablando por teléfono y le podía escuchar porque no había cerrado del todo la puerta.

—¡Pero que pesado eres!, Ya le he dicho a mi hermana varias veces que no vamos a ir a cenar. Al final fue mala idea llevarla a la boda después de todo —le oí decir y aquello provocó que prestara más atención.

«Silencio»

—¿Y qué quieres que le diga?, ¿Qué solo es una folla-amiga?, ¿Qué solo estoy con ella por interés? No puedo decirle eso y lo sabes.

Tuve que llevarme una mano a la boca para no producir sonido alguno, ¡Hablaban de mí!, ¡Estaba segura de que se refería a mí!

—Está bien... hablaremos en otro momento. Saluda a Teresa de mi parte.

Cuando el silencio fue prolongado supuse que habría finalizado la llamada. Me recosté en la pared y alcé la vista al techo para evitar que las lágrimas salieran.

Tenía dos opciones después de saber que Alejandro solo estaba conmigo

por interés. Hacer como que no había escuchado nada y después terminar con aquello o gritarle lo que pensaba y marcharme.

Cuando me decidía porque opción tomar de las dos escuché la puerta y salí un par de minutos después dándome cuenta de que el despacho estaba vacío. Aproveché para salir de allí y hui aprovechando que él no estaba.

Era consciente de que sabría que le había escuchado cuando su secretaria le informara al día siguiente de que estaba esperándole en su despacho, pero no me importó. En ese momento sabía que no podía hacerle frente, mi maltrecho corazón no podría asumirlo.

Fue entonces cuando supe que intentar tener una relación con Alejandro era como darse contra un muro, pero había albergado una pequeña esperanza, había pensado que algo había cambiado en él... y solo era el puro interés el que podía moverle hacia ello. No me quería a mí, sino a mi apellido.

REACCIÓN INESPERADA

Volví directamente al aeropuerto y esperé a que prepararan el avión privado para salir inmediatamente hacia Moscú. No iba a pasar la noche allí, me negaba a hacerlo.

Inconscientemente apagué el teléfono, no quería saber si me llamaba, tampoco quería hablar con nadie. Tenía que asimilar primero yo misma la verdad de aquellas palabras que resonaban una y otra vez en mi cabeza.

Trabajo. Eso era lo único que haría que me olvidase de esa maldita conversación que había escuchado por error y también me haría olvidar a Alejandro.

—Nadia! —contesté cogiendo el teléfono de mi despacho que me acababa de pasar mi secretaria.

—Me tienes abandonada —contestó mi amiga con reproche.

—Ha sido una semana horrible, es más, tengo mucho que contarte — admití.

—¿Sigues teniendo los fines de semana ocupados? —me preguntó.

—Ya no —contesté seria.

—¿Qué ha pasado? —exclamó preocupada.

—Te lo cuento mejor esta noche, ¿Vienes a mi apartamento? —contesté invitándola.

—Esta noche tengo guardia, pero tal vez antes de entrar pueda pasarme y así cenamos juntas —dijo tan atenta como siempre.

—Me parece bien, te veo esta noche Nadia.

—Hasta luego, Irina.

Mi teléfono comenzó a sonar de nuevo, pensé que sería Nadia que se le habría olvidado decirme algo.

—Dime Nadia —contesté sin mirar.

— No soy Nadia —respondió aquella voz grave.

Su voz grave me tensó.

—¿Qué quieres? —contesté airada.

—¿Es cierto que estuviste ayer aquí Irina? —exclamó directamente.

—Si, estuve —respondí sincera mientras me dejaba caer sobre la silla.

—¿Y por qué te marchaste?, Me podías haber esperado... Tengo ganas de ti, preciosa. No imaginas cuánto.

—Déjame dudar —atajé.

—¿Cómo? —exclamó y su voz denotaba contrariedad.

—Que dado tu “interés” hacia mi, déjame dudar que quieras estar con tu “folla-amiga” —le contesté para que no quedase ninguna duda.

—Estabas aquí... —susurró.

—Si Alejandro. Te esperé... y ahora casi agradezco haberlo hecho para saber que solo te importa mi apellido. Hemos terminado, por si te quedaba alguna duda al respecto.

—¿Qué?, ¡No! —gritó.

—Adiós Alejandro —respondí secamente y aparté el teléfono para darle al botón de finalizar la llamada

—Iri... —no le seguí escuchando porque le colgué.

Hice caso omiso a las llamadas que vinieron después, incluso se atrevió a llamar a mi despacho y tuve que remitir a mi secretaria que no me pasara ninguna llamada de él.

Preparé dos copas de vino blanco y metí la pizza en el horno justo en el momento en el que sonó el timbre y abrí directamente sabiendo quien sería.

Cuando abrí la puerta Nadia me sonrió y yo fingí una media sonrisa.

—Por tu cara presiento que no me vas a contar nada bueno —dijo con semblante preocupado.

Suspiré y le di dos besos para saludarla.

—Será mejor que nos sentemos —le dije mientras pasaba y cerraba la puerta comenzando a contárselo todo.

—¡Será cabrón! —exclamó cuando le relaté lo que escuché en su despacho.

—No lo sé Nadia, le he dado demasiadas vueltas y he llegado a la conclusión que tal vez yo tenga parte de culpa en todo esto —aseguré.

—¿Culpa?, No seas idiota... él fue un capullo desde el principio, la diferencia es que ahora que sabe quien eres. Le “conviene” estar contigo más que antes.

—Lo sé —admití—. Pero eso no cambia el hecho de que esté enamorada de él y me duela saberlo.

—¿Cómo estas? —me preguntó en ese momento preocupada.

—Jodidamente mal —admití y me dejé caer en la encimera mientras me mordía el labio para evitar derramar las lágrimas que me apetecía, pero que me negaba a soltar.

—Ese idiota no te merece —me contestó levantándose para abrazarme—. Llamaré al hospital para avisar que no puedo ir, tu me necesitas más esta noche.

—Gracias Nadia —susurré mientras la abrazaba y esta vez sí caían las lágrimas de mis ojos sin poder evitarlo.

—Para que están las amigas sino —la escuche contestar.

Nadia se quedó toda la noche y lo cierto es que me sirvió desfogarme con ella y contar todo lo que Alejandro me hacía sentir. Comprendí que él nunca me prometió nada, que nunca dejó entrever que me quisiera o que sintiera algo por mí. Había pensado que todo se debía a su infancia como me había advertido su hermana, pero era evidente que él era así, no iba a cambiar y por más que me empeñase en hacerlo, él solo se movería en base a su interés y nada más.

Aquel fin de semana decidí pasarlo en casa de mis padres. Tuve que soportar el interrogatorio de mi madre sobre Alejandro, pero creo que la convencí de que entre el señor Álvarez y yo, no había absolutamente nada.

Había desconectado el teléfono porque seguía recibiendo llamadas de

Alejandro y mensajes diciendo que tenía que hablar conmigo. No contesté ninguno, ni pensaba hacerlo. Cuando tuviera que reunirme con él por algo referente a la empresa ya pensaría que hacer para evitar verlo o si tenía suerte, cosa que dudaba, me habría olvidado de él.

Aquel lunes fui con más optimismo al trabajo. Desahogarme con Nadia sobre todo lo que sentía y pasar el fin de semana en casa de mis padres me sirvió de distracción para no pensar en él y coger con fuerza renovada el retorno a la rutina. Leí el informe de pendientes para esa semana y revisé la agenda que tenía preparada mi secretaria para la semana, no tenía ningún viaje y lo agradecí infinitamente porque no me apetecía en absoluto salir de la ciudad.

—Señorita Komarova, tenemos un aviso urgente de la sede central de Komarov en Madrid —avisó mi secretaria por el interfono en cuanto contesté.

Me alerté momentáneamente al escucharlo, no podía encontrármelo tan pronto. Fuera lo que fuera enviaría a Andrei en mi lugar porque me negaba a tener que enfrentarlo cara a cara.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté sin dejar que me afectara la noticia no queriendo que mi secretaria me notara preocupada.

—El director de la empresa ha dimitido —contestó sin premura—. Presentó su carta de cese el viernes a última hora y nos han avisado esta mañana cuando la han tramitado. Hay que suplir el puesto inmediatamente y encontrar un candidato adecuado o sufriremos retrasos importantes.

—¿El señor Álvarez ha dimitido? —exclamé estupefacta.

—Si señorita —afirmó de nuevo.

—¿Por qué? —No pude evitar preguntarlo puesto que para Alejandro ese trabajo lo era todo en su vida.

—Solo alegó asuntos personales en su carta de renuncia. La cuestión es que no hay nadie capacitado para el puesto, por lo que la situación es algo caótica al no existir un miembro en la junta directiva que asuma el cargo —añadió preocupada.

—Yo me encargo de todo —contesté mientras ella asentía.

Enviaría a Andrei para que fuese inmediatamente a la sede de Madrid a poner orden y tratara de encontrar a alguien que ocupara el puesto de Álvarez. Aún no podía creerme que Alejandro hubiera dimitido, ¿Tendría algo que ver lo que había pasado entre nosotros para que lo hiciera?

Cité a mi primo en mi despacho para comunicarle la noticia, no era algo que creía oportuno mencionar por teléfono.

—¿Me has mandado llamar primita?

—Si. Tenemos un contratiempo —le confirmé—. Cierra la puerta.

Observé como Andrei me miraba contrariado y cerraba la puerta.

—El director de la sede en Madrid ha dimitido —solté en cuanto estuve segura de que aquello que habláramos no saldría de mi despacho.

—¿Álvarez? —exclamó confuso.

—Así es —afirmé.

—¿Esto es personal Irina? —preguntó cruzándose de brazos.

—Lo cierto es que no lo se. Puede que lo sea —respondí sincera porque ni yo misma sabía que razones había tenido para renunciar a su puesto idílico dentro de la empresa.

—¡Joder Irina! —gritó saltando de la silla.

—Necesito que vayas y averigües que ha ocurrido para que dimita —dije haciendo caso omiso a su reacción.

—¿No es más fácil que cojas el teléfono y le llames para preguntárselo tú misma? —exclamó retándome con la mirada.

—No puedo —aseguré.

—¿Y por qué no vas tu a averiguarlo? —insistió.

—Tampoco puedo —contesté evasiva.

—Está bien, iré —dijo levantándose—. Pero no voy a tratar de convencerlo si esto es debido a un asunto personal entre vosotros —aseguró señalándome con el dedo como si fuera una amenaza.

—Lo más probable es que esté en la competencia —aclaré convencida

que tal vez la conversación que tuvimos por última vez le hubiera dado pie a buscar trabajo en otro lugar.

—¿Y si es así? —preguntó para saber que tendría que hacer en ese caso.

—Busca a alguien acorde para el puesto o hazle una mejor oferta. Seguro que no lo rechazará —concordé segura de que habría pasado precisamente eso.

—Está bien, saldré inmediatamente y te mantendré informada —contestó abriendo la puerta para marcharse.

—Gracias Andrei.

—Nada, aquí está tu primo mayor para salvarte el culo cuando lo necesites —bufó.

Sonreí de medio lado como respuesta y le vi salir de mi despacho sonriente.

Intenté centrarme en el trabajo los días siguientes hasta que recibí la llamada de Andrei el miércoles, había supuesto que todo habría sido bastante fácil y por eso no había tenido noticias suyas con anterioridad, pero estaba equivocada, demasiado equivocada de hecho.

—Hola primito —contesté algo nerviosa porque sabía de qué trataría su llamada y lo cierto es que la había esperado mucho antes.

—Esto es un puto caos prima —atajó sin saludarme.

—¿Qué ocurre? —exclamé preocupada.

—Pues que aquí nadie está capacitado ni preparado para el puesto de dirección y Álvarez se niega a volver. Ya ha rechazado dos cifras muy superiores al sueldo que tenía anteriormente en la empresa y francamente, sé cuando alguien no quiere volver por lo que por mucho que le ofrezca se negará a regresar de nuevo —contestó con ligero abatimiento.

—¿Has hablado con él? —pregunté nerviosa.

—Si —afirmó—. Lo curioso de todo esto es que no se ha ido a la competencia como pensabas —añadió con cierto tono extraño.

—¿No?, ¿Y dónde está entonces? —pregunté extrañándome que se negase

a volver si no tenía otro trabajo a la vista.

—Está trabajando de camarero en una discoteca, ¿Te lo puedes creer? — gimió incrédulo y yo me quede boquiabierta, pero ¿qué narices hacía Alejandro trabajando como camarero?—. Tengo que ir a Estados Unidos mañana, así que te vas a tener que venir tú hoy mismo y aclarar esto, porque ya te advertí que si era algo personal me lavaba las manos y esto querida prima, es obvio que es personal.

—Joder... —susurré.

—Mas te vale llamar al aeródromo para que preparen el jet privado y salgas cuanto antes —dijo como contestación.

—Está bien. Iré yo misma —respondí porque realmente no me quedaba otra alternativa más que asistir personalmente y solucionar aquello.

Fui a comer como tenía previsto a casa de mis padres y después volaría hacia Madrid para ver como aclaraba aquel asunto. Aún no podía creerme que Alejandro hubiera cambiado la dirección de la empresa por estar detrás de una barra, ¡Era absurdo!

—Hola mamá —saludé nada más entrar en la cocina y verla dando el último toque a los platos. Ella no cocinaba, pero creo que el hecho de colocar meticulosamente la vajilla, elegir la combinación de los platos y decorar la mesa la hacía sentir como que realmente lo hacía.

—¡Irina, hija! ¡Que pronto has llegado! —exclamó mi madre aceptando el beso que le daba en la mejilla.

—Tengo que coger un vuelo a primera hora de la tarde, así que tengo algo de prisa y por eso he llegado un poco antes —confesé dejando el bolso y la maleta en la entrada del salón.

—Está bien. La comida estará lista en cinco minutos y tu padre está ahí dentro así que ve a hacerle compañía —contestó señalándome el salón.

La dejé terminar como a ella le gustaba dándole el último toque a las copas y me fui hacia el salón donde mi padre estaba viendo la televisión.

—Veo que la vida de jubilado no te sienta nada mal —exclamé siendo

algo divertida.

—¡Luciana! —gritó sonriente mientras me miraba enseñándome los dientes.

—Papá —contesté dándole un beso en la mejilla—. ¿Qué tal todo?

—Igual que hace tres días que estuviste aquí —contestó mi padre volviendo la mirada hacia el televisor.

—Bien —dije secamente.

—¿Alguna novedad? —preguntó y supe que me estaba poniendo a prueba, cada vez intentaba contarle menos cosas sobre la empresa a menos que fuera estrictamente necesario para que se sintiera con más libertad y menos atado a ella, al menos ese era mi propósito.

—No, todo bien —contesté mirando también hacia el televisor.

—Entonces ¿Ya está solucionado lo de la dirección en la sede Komarov de España? —preguntó con simpleza como si me hubiera dicho que le pasara el azúcar para el café.

—¿Qué?, ¿Cómo te has enterado? —pregunté nerviosa.

—Yo me entero de todo Luciana —contestó mi padre seriamente.

—Lo voy a solucionar, saldré esta tarde hacia allí —atajé dando por finalizada la conversación.

—No deberías mezclar lo personal con lo profesional, Luciana —dijo volviendo la mirada del televisor hacia mi y enmudecí.

—¿Cómo? —exclamé.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Álvarez no tenía nada que tratar aquí hace una semana y eso lo sabemos muy bien los dos. Ahora resulta que ha dimitido sin preaviso. Si esto se trata de algo personal más vale que lo soluciones cuanto antes —contestó en un tono muy serio.

—Pienso solucionarlo papá —dije cruzándome de brazos algo enfadada.

Era el segundo miembro de mi familia que me “regañaba” por ser la culpable de aquella dimisión cuando ni tan siquiera sabían lo que había ocurrido y ya me estaba hartando.

—Eso espero —contestó—. No nos podemos permitir que una de las sedes no tenga dirección.

—Andrei está allí —dije asegurando que realmente el puesto estaba cubierto temporalmente.

—Tu primo no es Álvarez. Ese hombre sabe como dirigir la empresa y de hecho lo hace demasiado bien, por eso le permití ser socio dado su potencial —admitió mi padre seguro de sus palabras.

—¿Me estás diciendo que quieres que vuelva a dirigirla? —exclamé atónita.

—Yo no presido la empresa ahora, pero si quieres mi opinión, te diré que no vas a encontrar a nadie más dedicado y que haga mejor su trabajo que Álvarez —contestó firme.

—¡Todos a la mesa! —exclamó mi madre de pronto dando por terminada la conversación entre mi padre y yo.

Lo cierto era que no sabía que mi padre tenía a Alejandro en tan alta estima y en aquellos momentos no sabía si quería que lo tuviera o no teniendo en cuenta que Alejandro solo estaba conmigo por puro interés.

Llegué con el tiempo suficiente para que Andrei me pusiera al corriente de la situación. Me comentó todo lo que sabía sobre Alejandro y posteriormente se marchó dejándome sola en la habitación del hotel.

Iba a acostarme inmediatamente, a pensar en cómo actuar al día siguiente cuando tuviera las cosas algo más claras respecto a cómo debía proceder, pero sabía que no podría conciliar el sueño. Así que cogí el único vestido que llevaba en la maleta acompañado de unos tacones altos y los labios rojos, me fui directamente en taxi a la dirección que Andrei me había dado donde supuestamente trabajaba Alejandro. Tenía que verlo con mis propios ojos para creérmelo.

Entré a la discoteca y pese a ser un miércoles a las tres de la madrugada había algo de ambiente, aunque estaba mucho de tener el aforo completo. Me quité el abrigo y avancé hasta que efectivamente reconocí a Alejandro detrás

de la barra que había al fondo, justo en la mitad de la discoteca.

Me acerqué lentamente con paso decidido y me senté en uno de los taburetes que había en la barra esperando a ser atendida. Él estaba tan concentrado sirviendo copas que no me había visto. Llegó entonces hasta mi y alzó la vista quedándose un segundo atónito mientras le miraba fijamente.

—¿Qué haces aquí? —exclamó sin apartar la vista.

—Yo tengo la misma pregunta, Alejandro.

CONFESIONES

POV ALEJANDRO

Estaba allí, Irina Luciana Komarova... mi apreciada y preciosa rubia estaba justo allí delante de mis narices tan hermosa como siempre y observándome fijamente. Quizá estaba soñando, quizá no estaba despierto aún...

Sólo hacía unos días que me había volcado de lleno en el trabajo del pub por las noches para evitar pensar en Irina y en todo lo que había ocurrido. Aún no me hacía a la idea de que no volvería a pisar el despacho de dirección de Komarov, pero ir cada día a esa oficina sabiendo que no volvería a verla cuando llegara el fin de semana o que suponía que solo estaba con ella por su maldito apellido me asfixiaba, necesitaba demostrarle de alguna forma que lo único importante para mi era y siempre sería ella, que me importaban mil infiernos estar en la dirección o trabajar en un simple bar de camarero con tal de volver a tenerla.

No había esperado que Andrei se presentara allí mismo, justo donde ahora estaba ella para ofrecerme una propuesta que triplicaba mi anterior sueldo con tal de que regresara de nuevo a la dirección de la empresa. Jamás me había sentido como un pilar fundamental o indispensable de la empresa, sabía que podría ser sustituible a pesar de hacer muy bien mi trabajo o al menos empeñarme en lograr hacerlo cada vez mejor hasta liderar la sede de España como una de las pioneras en toda Europa, pero cuando el primo de Irina me ofreció aquella cantidad además de mejorar las prestaciones de mi contrato, supe que no tenían un candidato mejor que yo o medianamente idóneo para el puesto.

En cualquier caso, me había negado rotundamente a todas y cada una de

sus propuestas, mi finalidad no era obtener mejores prestaciones o aumentar el sueldo que de por sí estaba conforme pese a no ser la gran fuente de mis ingresos... Yo solo quería una cosa; Irina. Si no la tenía a ella, no quería nada a cambio.

Jamás pensé que ella acudiría a mi despacho por sorpresa después de ser tan clara en sus condiciones y en no mantener relación alguna entre semana, pero desde luego me había encantado la idea de que lo hiciera, solo que maldije por decir lo que dije en aquel momento y sobre todo porque ella malinterpretara mis palabras de aquella forma sin dejarme si quiera explicarme, cortando todo contacto conmigo para evitar justificarme.

Lo admito; la culpa era únicamente mía como casi siempre lo había sido, pero me moría por estar con ella más de aquellas cuarenta y ocho miserables horas que pasábamos juntos y la necesitaba con desesperación. La agonía por no poder expresar cuánto la echaba en falta y lo que realmente me importaba, hacía que me estuviera consumiendo lentamente y lo peor de todo es que temía tanto poner alguna objeción a cualquier petición suya porque me negaba a perder aquel acuerdo puesto que era lo único que me permitía estar cerca de ella. La sola idea de no volver a verla me aterraba casi tanto como enfrentarme a mi pasado y aceptar lo que mi abuelo verdaderamente me había provocado pese a fingir que no era así.

La quería... definitivamente quería tanto a Irina que me dolía en el pecho y en el alma no estar junto a ella. Saber que no podría estar a su lado era un tormento y mucho más insoportable que cualquier dolor físico que hubiera experimentado, algo que por desgracia había padecido en mi propia piel con bastante frecuencia durante mi niñez.

Nunca me he quejado de mi infancia, asumí que formaba parte de mi vida y de la experiencia que me había tocado vivir para convertirme en el hombre que ahora era. Mi abuelo fue una persona estricta, con una doctrina militar que supo inculcarme a una edad muy temprana, en lo más profundo de mi ser era consciente que aquel adoctrinamiento me había llevado a estar en el lugar

donde ahora me encontraba, pero al mismo tiempo había demasiadas cosas que podría recriminar a la educación que me había tratado de inculcar y al comportamiento que mantenía frente a Teresa dejando claro que no la toleraba.

Aún seguía teniendo las marcas en mi piel de aquellos golpes que había tenido que soportar para protegerla. Incluso en ocasiones tenía pesadillas que regresaban del pasado rememorando aquellos fragmentos que aún no conseguía olvidar a pesar de que habían pasado demasiados años... por suerte mi abuelo había muerto justo el año que debía comenzar la universidad porque de otro modo no me habría podido llevar conmigo a Teresa sin su consentimiento, a pesar de que de todos modos pretendía hacerlo.

Gracias al poco dinero que aún le quedaba y a la venta de la casa en la que habíamos vivido todos esos años, pude alquilar un pequeño apartamento cerca del colegio de Teresa puesto que mi sueldo de camarero no daba para tanto, pero así fuimos sobreviviendo e incluso cuando Teresa cumplió la mayoría de edad pude permitirme pagarle una universidad privada para que tuviera la mejor formación académica.

Teresa para mi siempre había sido mi prioridad, mi responsabilidad y por consecuencia, la única mujer que había tenido en mi vida a la que de verdad quería y consideraba excepcional frente a todas las demás, aunque mi creencia se había ido a freír puñetas en cuanto Irina desestabilizó toda mi existencia, ella había conseguido lo que ni mi hermana durante años de insistencia no había logrado, que abriera mi corazón al amor.

Me deleité de nuevo observando su rostro tras aquella barra, con aquellos ojos de un azul especial tan nítido que era incluso más bello que el mismísimo cielo y ni qué decir de sus labios, ansiaba tanto besarlos que apreté fuertemente los puños para controlar aquel felino impulso. Sabía porqué estaba ella allí, probablemente habría acudido tras los infructíferos resultados de su primo Andrei, no iba a hacerme vanas ilusiones, no había venido porque de algún modo me hubiera perdonado o me diera otra oportunidad, sino porque probablemente estaba en un aprieto respecto a la dirección de la

empresa y necesitaba que regresara de nuevo a ocupar mi lugar.

POV IRINA

Tardó casi un minuto en responder, quizá el necesario para inventarse una excusa creíble o eso pensé.

—Ya le dije a Andrei que no iba a volver por mucho que subiera la oferta —contestó y apartó la mirada.

Le observé confusa, iba a responderle cuando alguien le pidió una copa interrumpiéndonos y yo miré hacia otro lado mientras veía como la servía y le cobraba al chico que acababa de pedir.

—¿Por qué lo rechazaste? —pregunté una vez que el chico se marchó con su copa y nos volvimos a quedar a solas.

—No me interesa —contestó mientras le veía coger el trapo y limpiar la barra.

Lo cierto era que me sorprendía la facilidad con la que se desenvolvía porque justo cuando terminó de hacer aquella tarea comenzó a ordenar los vasos.

—¿Y te interesa más esto? —exclamé englobando el lugar.

—He trabajado desde los dieciséis años en “esto” —puntualizó—. Me pagué así la carrera, por lo que no veo porque no podría volver a hacerlo, es un trabajo tan honrado como otro cualquiera.

Enmudecí. De todas las cosas que me podía haber respondido no me esperaba aquella.

—Necesitamos que vuelvas a la dirección. Al menos temporalmente —dije en el tono más formal que pude.

—Podréis encontrar a otro que desempeñe el trabajo igual o mejor de lo que yo lo hacía —afirmó sin mirarme.

—Haces esto para fastidiarme, ¿verdad? —respondí exaltada—. Esto es algo personal y lo sabes. Se suponía que nunca debía pasar de lo personal a lo

profesional.

—Estoy trabajando —contestó cambiando de tema—. Si no vas a tomar nada al menos déjame hacer mi trabajo.

Iba a levantarme y largarme de allí, pero entonces el orgullo me pudo.

—Vodka —dije sin pensar—. Solo —añadí—. Y doble.

No me contestó, simplemente tuve mi copa delante de mi en menos de dos minutos e incluso con su rodaja de limón. No sabía que demonios hacía allí, ¿porque no me largaba y que le dieran con viento fresco? Pero con eso no iba a arreglar nada y solo le iba a demostrar a mi padre que no era capaz de gestionar lo personal y lo profesional al mismo tiempo.

Yo me había metido en ese lío y yo solita iba a salir de él. No había tomado ni dos sorbos de la copa cuando alguien se me acercó.

—Hola preciosa —escuché a mi izquierda y pude apreciar vagamente la silueta de un chico. Parecía joven pero lo que más me inquietaba era que ese preciosa no salía de los labios de Alejandro que precisamente estaba a escasos metros de distancia en aquel instante.

—Hola —contesté por ser cortés.

—¿Que hace una belleza como tú, sola en este lugar? —exclamó e intuí que lo hacía por dar pie a una conversación que me apetecía más bien poco tener.

—¿Tomar una copa? —ironicé.

—¿Te puedo invitar a otra? —preguntó con cierto tono sensual.

—Claro —volví a ironizar.

—¡Ey tú! —gritó llamando despectivamente a Alejandro que se acercó enseguida—. Sírvele otro...

—Vodka solo —intervine.

—Eso —contestó el aludido—. A ella y yo tomaré lo mismo —añadió sonriente.

Miré a Alejandro que evitaba completamente el contacto y de algún modo me dolió que lo hiciera, pero comprendí que él estaba conmigo por interés,

¿No era así? Entonces nada de todo aquello podría siquiera importarle, yo no le importaba.

Me tomé de un sorbo el resto de mi copa y cogí la otra.

—Una chica salvaje —escuché susurrar al chico que me había invitado a la siguiente copa—. Eso me gusta —siseó cerca de mi oído y me aparté.

Le miré directamente a la cara. Era corriente, quizá podría llegar a ser interesante si no fuera por lo anulado que quedaba al compararlo con el dios griego en cuestión. Todos eran incomparables respecto a él.

—Te agradezco la copa, pero no me interesas —dije directamente y sin rodeos.

—¿No? Pues yo diría que sí —dijo comenzando a acercarse a mí de tal modo que comenzaba a rozarme con su pierna.

—He dicho que no —insistí aún con un tono de voz calmado.

—Vamos —comenzó a susurrarme—. Bailemos y ya verás como cambias de opinión, ¿O que tal si te tomas otra copa? Puedo pagarte si quieres...

«¿Qué demonios?» Me refrené las ganas de propinarle un guantazo.

—Aléjate de mí ahora mismo —contesté con un odio que ni yo misma era capaz de contener.

—¡Vamos!, ¡Déjate de remilgos! Eres una puta, ¿No?

El puñetazo que vi estrellarse en la cara de aquel tipo no lo vi venir y cuando observé los músculos contraídos en la cara de Alejandro me quedé sin palabras.

—¡Largo! —gritó saliendo de detrás de la barra mientras el tipo se recomponía.

—¡Haré que te despidan! —gritó el tío que acababa de insultarme en toda mi cara y al que Alejandro acababa de marcarle un ojo—. ¡Quiero hablar con el encargado ahora mismo! —volvió a gritar.

—Adelante, habla —contestó Alejandro exaltado— Le tienes delante.

—¡Pues exijo hablar con el dueño! —volvió a gritar el otro tío que había pasado de parecerme imbécil a idiota completo.

—Venga, dime—le apremió Alejandro—. También le tienes delante.

—¿Pasa algo? —preguntó el guardia de seguridad que acababa de llegar hasta donde nos encontrábamos nosotros y toda la situación me parecía de lo más surrealista.

—Échalo de aquí Johnny —dijo Alejandro sin miramientos—. Y no le quiero volver a ver por el local.

—Si señor —afirmó con semblante serio y cogió al tipo que iba refunfuñando mientras le arrastraba hasta la puerta.

En ese momento Alejandro se volvió y caminó directamente hacia donde me encontraba. No me había movido del sitio, aunque si me había quedado de pie junto a la banqueta. Sin decir absolutamente nada me agarró del brazo y me arrastró junto a él detrás de la barra hasta que atravesamos la puerta que había tras ella y que daba a un pasillo.

—¿Dónde vamos? —pregunté de pronto.

—A negociar —afirmó—. ¿No has venido a eso? —exclamó.

De alguna forma sabía que estaba enfadado pese a no entender porqué. ¿No se suponía que la enfadada debía ser yo? Aunque más que enfadada estaba indignada por la situación. Llegamos hasta la puerta del final del pasillo y entramos a lo que parecía ser un despacho. Inmediatamente al entrar, cerró la puerta y me quedé acorralada entre su cuerpo y la madera, aspirando de nuevo ese aroma que me volvía absolutamente loca y me extasiaba hasta límites incontrolables.

—¿Eres el dueño de la discoteca? —pregunté de pronto porque necesitaba aclarar mi mente de la intensidad sexual que él me provocaba.

—Si. Es uno de los negocios que poseo —contestó con simpleza.

—Y si eres el dueño... ¿Por qué trabajas de camarero? —pregunté confusa.

—Porque necesito ocupar mi mente —respondió sin entrar en detalles.

En ese momento le miré fijamente a los ojos y vi su intensa mirada sobre mi, juraría que aquel brillo era deseo. Un deseo profundo y extremadamente

abrasador.

—¿Por qué? —susurré sin saber siquiera porqué lo había preguntado.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti, porque me vuelves loco... porque definitivamente voy a agonizar sino te tengo. —Su tono era ronco y su respiración agitada—. Irina...—comenzó a decir de nuevo—. Me muero si no estoy contigo.... literalmente me muero.

Sus labios casi rozaban los míos, su aliento se entremezclaba de tal forma que me hacía anhelar besarlo y yo solo podía cerrar los ojos ante la intensidad de su masculinidad y el deseo que no solo expresaban sus palabras, sino también su cuerpo.

Cerré los ojos embriagándome con su aliento y sintiendo como todo mi cuerpo se estremecía ante su inminente contacto. Era pura gelatina entre sus dedos, deshaciéndome por momentos y pudiendo ser moldeada a su antojo y semejanza.

—No —susurré aunando todas mis fuerzas e intentando apartarme de él.

El recuerdo de aquella maldita conversación telefónica que había escuchado había conseguido instalarse en mi cerebro y reunir las fuerzas suficientes y necesarias como para separarle.

«Solo está contigo por interés, solo eres una “folla-amiga” y nada más». Me repetí mentalmente.

Apoyé mis manos en su pecho y le intenté apartar. Sabía que yo no tenía la fuerza necesaria para hacerlo, pero él interpreto mi gesto y se apartó.

—Te escuché —dije mirándole fijamente y estaba completamente segura del dolor que podía reflejarse en mis palabras—. Te oí Alejandro —añadí—. Oí perfectamente como declarabas que estabas conmigo por interés y sé que te has marchado porque te he descubierto —dije echándoselo en cara.

—Si —afirmó y su respuesta fue tan contundente que hasta me confundió a mí misma que no lo negara hasta la saciedad o que ni siquiera lo intentara—. Interés sexual, Irina... al igual que tú, ¿O lo vas a negar?

«¿Qué?» era lo único que procesaba mi mente.

—¿De qué forma iba a aprovecharme si mantengo la misma posición y estatus que antes y se supone que tu y yo no nos conocemos, ni mantenemos una relación porque así lo quisiste? —Me recriminó como si con eso explicara todo—. ¿Te puse alguna objeción?, ¿Te contra-oferté alguna propuesta?

—No... —negué admitiendo que era cierto.

—Exacto, porque a mí no me interesa tu apellido como has debido presuponer, ni la empresa, ni el maldito dinero que tu primo quiere ofrecerte para que vuelva. La que me interesa eres tú. Solo y exclusivamente tú. —Su voz era tan seria que en aquel momento me hubiera caído redondita al suelo si no llega a ser porque aún permanecía cerca de la puerta y pude agarrarme al pomo para sostenerme ya que mis piernas temblaban como flan.

—Pero tu dijiste... —comencé a balbucear.

—Tenía un mal día —comenzó a decir mientras se daba la vuelta y se llevaba una mano al cabello para repeinárselo como si estuviera nervioso—. Mi hermana lleva insistiendo en que vayamos a cenar a su casa desde que volvieron de la luna de miel hace una semana. Me llama todos los días porque quiere verte, ¿Qué cojones querías que le dijera? Le conté la verdad a mi cuñado para ver si era capaz de apaciguarla, porque si se lo cuento a ella con lo ilusionada que está, sé que la destrozaré. —Hizo una pausa para observarme—. No me arrepiento de haberte llevado a la ceremonia Irina, fue el mejor fin de semana que he tenido en mi vida... y lo fue solo porque estabas tu. Si dije aquello solo era por la presión que sentía en ese momento y porque te extrañaba, de haber sabido que estabas ahí... —Sus palabras murieron en un sonido gutural que murió en su garganta.

Podía apreciar a Alejandro algo contrariado y nada seguro de sí mismo. Aquello me conmovió.

—Me lo podías haber sugerido —contesté centrándome en aquello que preocupaba a Alejandro que podía llegar a comprender, su hermana Teresa. Al igual que sabía que a ella le preocupaba él.

—Dejaste claro que nada de citas, ni incluir a terceros o algo similar.

Eso sin mencionar que sería yo siempre quien viajaría y sería el único modo de verte —dijo recordando las condiciones del acuerdo.

—Aun así, podrías haberlo propuesto... —insistí.

—¿Y arriesgarme a no verte más?, ¿A qué rompieras de nuevo el contacto conmigo? No —negó—. Tú no querías una relación, lo dijiste. Tu querías un acuerdo.

No sabía si era desesperación lo que notaba en sus palabras o era lo que yo quería desear que fuera, pero cada vez estaba más segura de que me estaba desvaneciendo por ese hombre a cada palabra que decía. Tal vez fuera yo, que le amaba tanto como para creerme cada una de sus palabras o tal vez fuera lo afectado que parecía lo que hacía que me las creyera.

—Yo no quería un acuerdo —confesé—. Nunca lo quise; ni la primera vez, ni la segunda, pero pensé que tu sí —respondí totalmente sincera.

—Yo quería estar contigo, me daba igual el cómo, el dónde o de qué forma Irina —contestó acercándose a mí de nuevo y llevando sus manos a mi cara para acariciarme con sus pulgares.

Se sentía algo rudo, pero era deliciosamente suave al mismo tiempo sin dejar de mirarme a los ojos con aquellas profundas y brillantes gemas azules.

—Pero me dijiste que no eras un hombre de relaciones, ¿Qué podría hacer sino para que estuviéramos juntos? Me lo dejaste claro desde el primer día Alejandro —insistí.

—Lo sé —respondió uniendo su frente con la mía—, pero puedo intentarlo... contigo sé que puedo hacerlo.

—¿Quieres... intentarlo? —repetí como si no lo hubiera escuchado bien.

—Si —susurró en mis labios—. Lo quiero de verdad —aseguró—. Quiero estar contigo sin restricciones.

Notaba sus labios acariciando los míos suavemente y me alcé de puntillas para entrelazar mis brazos alrededor de su cuello y profundizar aquella caricia deleitándome en cada uno de sus suaves besos.

—Está bien —dije mirándolo fijamente al separarme un poco.

—¿Bien? —exclamó alzando una ceja.

—Si —respondí sin añadir nada más.

—¿Sí? —preguntó con un deje de sonrisa, como si no creyera que estuviera accediendo a aquello.

—Con una condición —añadí de pronto haciendo que él frunciera el ceño de repente, probablemente pensara que no sería tan fácil y no lo era.

—¿Cuál? —preguntó sin apartarse de mi lado.

—Bueno... en realidad son dos condiciones —dije después de pensarlo y frunció aún más el ceño. Esperé a ver si tenía algo que decir, pero guardaba silencio esperando a que hablara—. La primera es que volverás a la dirección de la empresa puesto que te necesito en ese puesto —aclaré.

—Si me prometes que vas a dirigir el consorcio Komarov desde aquí, lo haré gustosamente o al menos el noventa por ciento del tiempo. Y no me vale que me digas que no puedes porque sé que perfectamente que es viable desde cualquier parte del mundo —contraatacó.

—Está bien. —acepté.

De todos modos, iniciar una relación estando los dos en polos opuestos del mundo carecía de sentido. Podía trasladar mi despacho a Madrid y tratar los asuntos por videoconferencia como venía haciendo cuando tenía que viajar.

Alejandro sonrió complacido y me colocó las manos en la cintura atrayéndome hacia él.

—¿Y la segunda? —preguntó ahora más alegre.

—No hablamos Alejandro, nunca lo hacemos... apenas sé nada de ti, ¿Qué clase de relación vamos a tener? Mira a donde hemos llegado con todo esto precisamente por eso —aclaré englobando la situación.

—Ahora estamos hablando —atajó—. Lo estamos haciendo, ¿no?

—Si, hasta que el sexo nos anula el juicio —contesté.

—No puedo evitar desearte, y sé que tú a mi tampoco —confesó acariciándome lentamente las caderas y bajando hacia mis nalgas.

—Si vamos a intentar tener una relación para que funcione... —dije haciendo una seña para señalarnos—. Vamos a hacerlo bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó temiendo mi respuesta por su expresión.

Lo que iba a decir creo que me dolería más a mi que a él, quizá a partes iguales, pero sería la única forma de conocerle, la única forma de que se abriera a mi.

—Nada de sexo durante un mes —dije cerrando los ojos porque si le veía sería incapaz de negarme a lo que mis propias palabras estaban diciendo en voz alta.

—¿Un mes? —gritó en un tono de incredulidad que casi me hizo reír.

—Un mes —repetí.

—¿Quieres volverme loco? —exclamó apartándose de mí y llevándose las manos a la cabeza—. ¿Cómo voy a controlarme durante todo un mes teniéndote al lado? Casi sería mejor que ese mes estuvieras en Moscú en lugar de aquí o me matarás lentamente.

—Para mi también será difícil. —respondí—. Además, si no cumplimos esa parte no me vendré a vivir aquí. Esta será la única forma de llegar a conocernos Alejandro.

—Un mes —volvió a repetir—. Treinta días.

—Desde hoy —le aclaré.

—Pues prepárate preciosa, porque el día treinta y uno pienso llevarte al extremo de placer de ti misma y vas a gritar mi nombre desde el ocaso hasta el alba —susurró en mis labios mientras los devoraba con voracidad.

UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD

—Creo que es mejor que vuelva al hotel —dije con media sonrisa y apartando mi rostro del suyo porque probablemente si no dejaba de mirarlo saltaría sobre él literalmente y enviaría al demonio mis propias palabras sobre vetar el sexo entre nosotros.

—¿Has venido sola? —preguntó entonces.

—Si —afirmé sin decir que había cogido un taxi para llegar.

—¿Y dónde se supone que están tus guardaespaldas? —preguntó observándome inquisitivamente.

—Les dejé en el hotel —confesé encogiéndome de hombros.

—No voy a dejar que te vayas sola —contestó mientras en ese momento veía como se quitaba su camiseta ajustada y yo me mordía el labio para evitar así el gemido que saldría de mi garganta.

Jamás me cansaría de apreciar ese cuerpo musculoso y bien formado de horas de gimnasio, pero ¿Quién en su sano juicio lo haría? Era humana... y mis bragas mojadas así lo atestiguaban.

«Dios bendito que largo iba a ser ese mes» Ni tan siquiera había pasado un día y ya me estaba arrepintiendo»

—Vamos —advirtió Alejandro sacándome de mi ensoñación y me fijé que ahora llevaba una camisa ajustada y se colocaba una chaqueta de cuero encima al tiempo que cogía los dos cascos de la moto en la mano.

—¿Iremos en moto? —pregunté sonriente.

—Si —afirmó—. Es mas cómodo moverse por la ciudad en moto, así que no traje el coche.

—Está bien —respondí sonriente y él se acercó a mi para darme un fugaz beso que apenas tuve tiempo de saborear mientras me cogía la mano y estiraba de mi para que le siguiera.

—¿En qué hotel estas? —preguntó una vez llegamos hasta el lugar donde tenía aparcada la moto que estaba muy cerca de la entrada.

—Me alojo en el Palace —aseguré colocándome el casco.

—Está bien. Sube —dijo en cuanto el motor estaba encendido.

El trayecto fue bastante corto y cuando llegamos al hotel, Alejandro frenó en la puerta. Debido a las altas horas de la noche apenas había tráfico para ser un lugar céntrico.

—Gracias —susurré.

—Ahora mismo solo querría subir contigo a esa habitación y volverte loca de placer, preciosa —comenzó a decir con esa voz ronca y rota que me provocaba todas esas sensaciones alterando así hasta mi sistema nervioso.

—Alejandro —susurré cerrando los ojos y tratando de contenerme.

—Lo sé. Nada de sexo en treinta días —aseguró.

—Si —gemí.

—Pero no dijiste nada de besos —añadió antes de apresar mi boca con una fiereza innata que me fue imposible no responder de la misma forma.

—Creo que es mejor que paremos —susurré mientras me separaba lentamente.

—¿Te veré mañana? —preguntó con una vaga sonrisa.

—Te esperaré en la oficina para restituir tu puesto como director —respondí tácitamente.

—¿Y después? —preguntó impaciente.

—Viajaré por la tarde a Moscú para planificar mi regreso a Madrid y cerrar las pertinentes reuniones que tenga pendientes —afirmé.

Observé como Alejandro sonreía y una de sus manos me apretaba contra él, tenía que abrir mis piernas para no chocar con la suya e inclinarme parcialmente sobre él que seguía sentado en la moto.

—Hasta mañana entonces, preciosa. —contestó mientras me daba un lento y más que delicado beso en la clavícula dejándome extasiada.

En ese instante se colocó el casco y llevaba el de repuesto en brazo

izquierdo metiendo la mano entre la visera y la entrada para poder utilizar ambas manos en la moto.

—Hasta mañana —dije esperando verlo marchar.

—No me iré hasta que entres —comentó pacientemente.

Alcé una ceja por respuesta y no pude evitar sonreír.

—¿De verdad? —exclamé divertida.

—Vamos, entra —insistió mientras me daba la vuelta y justo antes de entrar me giraba para verle allí en la moto aún, esperando a que mi silueta se perdiera.

Solo cuando entré en el hall de entrada del hotel pude escuchar el ruido de la moto arrancar y posteriormente marcharse.

«Treinta días sin sexo... casi veintinueve» pensé mientras me dejaba caer en la puerta de la habitación del hotel tras saludar a mis guardaespaldas y avisarles de que había regresado.

Me quité el maquillaje lavándome la cara y me puse el pijama. Habían pasado muchas cosas esa noche, pero entre ellas la más importante era que iba a intentar una relación con Alejandro, íbamos a empezar una relación, algo serio y no sabía si nos definiríamos como pareja, novios o ¿Por qué había que ponerle nombre? Lo único importante era que no habría acuerdos, ni contratos, nadie que ganara algo con aquello... solo estaríamos él y yo juntos al fin y lo más importante, sin sexo de por medio. Aunque aquello fuera una auténtica tortura para ambos.

Justo cuando estaba cerrando los ojos pese a no poder dormir de la pura felicidad que sentía, mi teléfono se iluminó en la oscuridad de la habitación.

No iba a cogerlo, pero lo hice y pude apreciar que era un mensaje, uno de Alejandro y el pulso se me aceleró inmediatamente mientras desbloqueaba el móvil y lo abría.

Alejandro:

«Ya que no podré tenerte físicamente, te tendré en mis sueños y en mis

pensamientos porque me vuelves loco. Buenas noches preciosa»

No sabía si responder o no, pero ante un mensaje así ¿Cómo no hacerlo?

Irina:

«Puedes soñar conmigo todo lo que quieras... si después lo harás realidad. Buenas noches Alejandro»

Su respuesta no se hizo esperar mucho tiempo.

Alejandro:

«Ten presente que lo haré. No lo dudes»

A las nueve de la mañana estaba entrando en la sede central Komarov de Madrid ataviada con un traje completamente gris, entallado hasta las rodillas y que marcaba cada una de mis curvas. Con un escote bastante indecente para ser un vestido de oficina, pero precisamente por eso lo había elegido, que no tuviera sexo en treinta días con Alejandro no significaba que no quisiera provocarle, o al menos era lo que mi subconsciente necesitaba hacer pese a ello.

Sabían de mi llegada así que un miembro del personal se acercó para darme varios informes que Andrei había dejado para mi y acompañarme a la planta cuarenta y siete donde estaría el despacho que ocuparía, es decir, el despacho de Alejandro.

Sorprendentemente pensé que había llegado temprano teniendo en cuenta la hora a la que me despedí de Alejandro, él ya estaba allí esperándome en la puerta del que era su despacho y que en pocas horas volvería a serlo.

Se levantó en cuanto llegué hasta él y sorprendiéndome tanto a mi como a su secretaria y a la persona que me había acompañado además de mis guardaespaldas, me dedicó una sonrisa y sin previo aviso se acercó para besar

mis labios delante de todos.

Fue una caricia suave, con un matiz intenso, pero dejando claro que aquello iba en serio y a pesar de la inesperada sorpresa de aquel gesto, me gustó que lo hiciera.

Se separó lo justo para mirarme fijamente a los ojos, como si esperase una reacción por mi parte y en ese momento sonreí.

—Buenos días preciosa —susurró ahora relajado.

—Buenos días señor Álvarez —contesté con cierto aire divertido—. Creo que tenemos una cita pendiente en su antiguo despacho.

—Eso tengo entendido —contestó con cierto aire de diversión.

Su matiz en las palabras al mismo tiempo que su mirada intensa se fijaba en el escote de mi vestido, me hacían sentir deseada.

Pasé junto a la antigua secretaria de Alejandro y la miré fijamente.

—Si, señora —dijo levantándose enseguida para abrirnos el despacho.

—Señorita por favor —aclaré en cuanto abrió la puerta y entré seguidamente de Alejandro.

—Por supuesto señorita —contestó algo aturdida—. ¿Desea alguna cosa?, ¿Qué le traiga algo?

—Café por favor y llame antes de entrar —contesté sin pensar, pero en ese momento sentí las mejillas rosadas de la secretaria de Alejandro y me ruboricé yo también.

¡Mierda!, Ahora todo el mundo pensaría que no sería una reunión de trabajo después del beso que me había dado y de confirmar que estábamos juntos.

Cuando cerró la puerta me volví para dirigirme hacia la mesa, pero Alejandro me lo impidió interceptándome en el camino y apresando mi cintura entre sus manos para atraerme hacia él y esta vez sí, devorar con ansiedad mis labios de forma frenética consiguiendo que mi cuerpo se uniera aún más a él impidiendo siquiera que un hilo fino de aire corriera entre nuestros cuerpos y dejando mi aliento por completo en su boca.

—No sabes lo que tuve que contenerme para no besarte así ahí fuera — gimió en mis labios.

—¿Y por qué no lo hiciste? —contesté algo sonriente.

—La próxima vez lo haré —contestó aturdido, pero mirándome fijamente como si aquello fuera una promesa real.

—No se si será una buena idea —dije separándome de él y tratando de llegar hasta la silla que había tras la mesa, la misma silla que siempre había ocupado él cada vez que había ido a su despacho—. Podrían pensar que somos unos degenerados y se supone que hay que mantener una reputación de cara a la empresa, al menos eso me dijiste tu mismo —añadí con cierto retintín al final.

—Empiezo a pensar que me importa un comino la reputación —contestó mirándome fijamente pero no me miraba a la cara, sino al escote de mi vestido.

—¿Te gusta? —pregunté entonces haciéndole que me mirase a los ojos.

—Sabes la respuesta —contestó con esa mirada azul directa que me provocaban los siete males por mi cuerpo—. Si no fuera por esa maldita petición tuya... ahora mismo te tumbaría sobre esta mesa y me hundiría dentro de ti, haciéndote gritar mi nombre de forma que se enterase todo el edificio que eres mía.

—Veintinueve días —susurré.

—Tu cuerpo me dice que lo deseas tanto como yo —comenzó a susurrar mientras se inclinaba sobre la mesa acercándose hasta mi—. Si me lo pides aguantaré, pero nos vas a matar a los dos de agonía.

—Veintinueve días —repetí algo más segura.

Si caía ahora... si quebraba, estaba segura de que no funcionaría. Ni tan quiera sabía porqué, pero de algún modo creía necesario que Alejandro y yo teníamos que conocernos sin sexo de por medio. Quizás sería la única forma de que él, al fin se abriera a mi y realmente me revelara sus miedos.

—Tenía que intentarlo —dijo entonces dejándose caer en la silla y en ese

momento llamarón a la puerta para traernos el café.

Restituí el antiguo contrato que Alejandro tenía con la empresa, mismas condiciones, salario y jornada laboral, pero con fecha actual. En cuanto terminamos y aclaramos algunos puntos que habían quedado colgados tras su marcha, fuimos a almorzar puesto que yo saldría a primera hora de la tarde de vuelta a Moscú.

—¿Cuándo volverás? —preguntó nada más sentarnos en el restaurante una vez que le dije que partiría en cuanto termináramos el almuerzo.

—Probablemente mañana o pasado, depende de lo que tarde en realizar el traslado e informar de ello a todo el mundo —aseguré.

—Está bien —contestó algo serio y me descolocó, pero no le di importancia—. ¿Se lo dirás? —añadió y no supe entender a qué se refería.

—¿El qué? —contesté encogiéndome de hombros.

—¿Le vas a decir a tus padres las razones por las que te trasladas aquí? —preguntó directamente.

—¿Por qué quieres saberlo? —dije colocándome la servilleta en las rodillas y bebiendo un sorbo de agua.

—Porque no creo que se me den bien las relaciones familiares... —contestó algo alterado.

—Ya conociste a mis padres en la función de ballet, aparte de que mi padre sabe quien eres y te conoce —dije sin ver el problema.

—No es lo mismo el trato únicamente profesional que cuando se convierte en algo personal —puntualizó con cierto semblante de preocupación.

—Mi padre te tiene en alta estima Alejandro —contesté sonriente—. Me dijo que no quería perderte como director de la sede Komarov en Madrid y quería que te restituyera en el puesto.

—Que me quiera para dirigir la empresa es una cosa, pero que vea de buen agrado que me acuesto con su hija es otra bien diferente —afirmó mirándome ahora directamente.

—Lo sabe —contesté sincera y por primera vez vi a Alejandro sin

palabras, estaba completamente mudo—. Sabe que tuvimos algo, al igual que lo sabe mi primo Andrei y deduzco que hasta mi madre lo sospecha, pero no apesuremos las cosas, tal vez pase bastante tiempo hasta que coincidamos de nuevo.

Noté como Alejandro relajaba los músculos, ¿Tan en serio se tomaba que le aceptaran? Él siempre me había parecido que encajaba perfectamente en cualquier situación, la típica persona que sabía manejarse ante todos, pero tal vez en ese ámbito no sabría como hacerlo al ser algo completamente desconocido para él.

Me despedí de mi dios griego en el restaurante justo antes de coger el vehículo que me llevaría directamente al aeropuerto privado puesto que ya había preparado mis cosas para salir ese mismo día y deberían estar cargadas en el Jet privado.

—Llámame cuando llegues —susurró en mis labios antes de darme un cálido beso.

—Lo haré —contesté con una sonrisa mientras me alejaba de él y me giré para verlo una última vez antes de marcharme.

No podía dejar de imaginarme como ese hombre había conseguido filtrarse tanto bajo mi piel, pero solo había que observarle allí de pie; impecablemente vestido, pulcramente peinado y con esa mirada penetrante que podría derretir el mismísimo glacial ártico para saber que le pertenecía, que todo mi cuerpo, mi mente y hasta mi conciencia eran por y para él.

Había tomado una decisión. Había apostado por esa relación pese a todos los altibajos que hasta ahora habíamos tenido y me tocaba esperar que mi familia me apoyara. Siempre se había dirigido la presidencia desde Moscú desde que mi padre fundó la empresa lo había hecho así, esperaba que cuando le dijera la decisión que había tomado porque no me quedaría mas remedio que decírselo antes de que alguien se lo mencionara, lo aceptara y no me recriminara nada.

Fui directamente a la mansión de mis padres sin pasar por mi pequeño

apartamento, ya iría al día siguiente para hacer unas cuantas maletas en cuanto aclarara ciertos puntos básicos en la empresa que tendría que hacer antes de marcharme.

—¡Irina! —gritó mi madre en cuanto me vio atravesar la puerta.

—¡Hola mamá! —exclamé sonriente, pero algo cansada ya que estaba muerta del viaje y de apenas dormir en varios días.

—¡Que mal aspecto tienes hija!, ¿Duermes bien? —preguntó en tono de preocupación.

—¡Pero qué preguntas tienes! —Atajó mi padre acercándose hasta donde estaba para darme un beso—. ¿Se ha aclarado ya el tema de la dirección en la sede de Madrid? —preguntó directamente.

—Si papá, ya está todo aclarado —asegué con una sonrisa.

—Trabajo, trabajo, trabajo —comenzó a decir mi madre—. Así tu hija jamás se va a echar novio y no te dará nietos —comenzó a decir mientras iba hacia dios sabe donde y mi padre me miraba con esa cara de saber que algo le estaba ocultando.

—Voy a dirigir la empresa desde Madrid —solté sin más porque no sabía como decirlo sin rodeos.

—No creo que sea buena idea que hagas eso —contestó en un tono que no parecía una replica, sino más bien un consejo. Al menos no había puesto el grito en el cielo—. Siempre se hizo desde aquí y hay ciertos asuntos que requieren que estés precisamente aquí.

—Puedo hacerlo desde cualquier parte y lo sabes, tu mismo lo has comprobado debido a la cantidad de tiempo que pasabas fuera. Hoy día con la tecnología que tenemos a nuestra disposición mucho más avanzada que en tu época, puedo hacerlo perfectamente. Además, no era una pregunta papá, era una afirmación, pero quería que te enteraras por mi —afirmé convencida.

—¿Entonces estás segura? —preguntó como si estuviera tanteando la situación.

—Lo estoy —respondí firme—. Completamente segura.

—¿Es por él? —preguntó mi padre alzando una ceja.

—Si. —Sabía que negarlo era mentir descaradamente y se daría cuenta.

—¿Seguís hablando de trabajo?, ¿Es qué no os cansáis nunca? —exclamó mi madre de nuevo a mi espalda.

—En realidad hablábamos sobre el novio de tu hija —contestó mi padre sin apartar la vista de mi.

Mis ojos se abrieron de par en par y abrí la boca estupefacta. Para mi asombro mi padre comenzó a reír en lugar de hacer algún tipo de reproche o mencionar algo.

—¿Qué? —gritó mi madre y en ese momento mi padre empezó a reír a carcajadas sorprendiéndome aún más—. Es una broma, ¿verdad? —preguntó mirándome a mi.

—Diría que no cuando piensa mudarse a España, así que debe tratarse de algo serio —confirmó mi padre sin dejarme hablar.

En ese momento mi mirada pasó de mi padre a mi madre que me observaba fijamente.

—¡Con que reunión de negocios en el palco del teatro! —refunfuñó mi madre colocándose una mano en la cintura—. ¡Muy bonito!, ¡Ten hijas para que no te cuenten nada y lo nieguen todo! —comenzó a gritar—. ¡Tú lo sabías y no me dijiste nada! —le reprochó a mi padre.

—Se supone que te lo debería contar ella, ¿no? —contestó encogiéndose de hombros.

—¡Qué estoy aquí! —grité atrayendo la mirada de los dos.

—Tienes que traerlo y presentarlo formalmente —comenzó a decir mi madre.

—Entonces se supone que... ¿Os parece bien? —pregunté algo contrariada sobre todo mirando a mi padre.

—No es ruso desde luego, pero no puedo hablar mal de él —contestó mi padre y rodé los ojos.

—Mejor que Dimitrios desde luego que es —intervino mi madre en voz

baja y en ese momento me reí interiormente.

No había punto de comparación entre Dimitrios y Alejandro, era como comparar a un dios griego con un simple mortal.

—Creo que mejor me voy a acostar, estoy muy cansada y mañana tengo demasiadas cosas que preparar —dije eludiendo toda la dicharachera que se traían entre manos.

—Pero ¿cuándo lo vas a traer? —insistió mi madre—. Tendremos que conocerlo mejor, ¿Verdad Luciano?

—¡En algún momento lo haré! —grité escapando del salón donde mis padres se encontraban para dirigirme hacia mi habitación que seguía exactamente igual que siempre.

Bueno, el primer paso estaba dado. Después de todo no podía eludir decírselo, porque si Alejandro y yo íbamos a empezar a ir en serio, los rumores iban a comenzar y prefería que no se enterasen por terceros o peor aun, por la prensa. Lo mejor había sido que mi padre parecía aceptarlo de buen agrado y algo me decía que probablemente sabía algo de él que parecía gustarle, quizá él se veía reflejado en Alejandro de alguna forma y por eso apreciaba tanto su trabajo... fuera como fuera, la cosa no podía haber salido mejor.

Cogí el teléfono y vi que tenía una llamada perdida de Alejandro. Sonreí interiormente y en lugar de contestar con un mensaje le llamé.

—Hola —dijo al tercer tono de llamada con esa voz ronca completamente reconocible en él.

—Hola —respondí. Mi voz sonaba estúpida, como de tonta enamorada y hasta yo misma sacudí la cabeza para centrarme.

—Esto es un poco extraño —comenzó a decir él.

—Lo sé —reí algo nerviosa.

—¿Llegaste bien? —preguntó amablemente.

—Sí, ahora mismo estoy en casa de mis padres. Vine a decirles la decisión de irme a España —contesté para que lo supiera.

—¿Y? —preguntó con cierta intriga.

—Respetan mi decisión y no han puesto objeción alguna —respondí con cierto aire de felicidad.

—¿Entonces cuando volverás? —exclamó rápidamente.

—No lo sé, si puedo y me da tiempo lo haré mañana...o tal vez pasado —susurré.

—Quiero tenerte cerca Irina, aunque me niegues tenerte. —Su voz era cargada de sensualidad y comencé a tener un calor incesante. La necesidad de darme una ducha fría inmediatamente para calmarme aunaba con fuerza.

—¿Has hablado con tu hermana? —pregunté cambiando de tercio

—No, aún no.

—¿Por qué no hablas con ella y aceptas esa cena para cuando regrese? De todos modos, tendremos que buscar planes para no quedarnos mucho tiempo a solas ante el peligro —dije divertida.

—Me gusta quedarme a solas ante el peligro —gimió—. Pero la llamaré mañana para que organice algo este fin de semana y estemos los cuatro juntos, así no estaremos solos ante el peligro.

Sonreí para mis adentros.

—Alejandro —susurré mordiéndome el labio con un aire exótico que esperaba se pudiera apreciar en la voz.

—Dime preciosa —jadeó con esa voz tan ronca que estaba casi rota.

—El sexo telefónico no se considera sexo, ¿verdad? —gemí.

—¡Dios!, ¡No!, ¡Por supuesto que no se considera! —contestó completamente excitado al otro lado de la línea.

—Menos mal... porque ahora mismo estoy deseando que me cuentes las mil maneras en que vas a follarme cuando pasen estos veintinueve días —dije mientras me dirigía hacia el baño de mi habitación.

SEXO TELEFÓNICO

—Preciosa, si no me matas de agonía te hago lo que quieras... donde quieras... como quieras, pero siempre que implique estar dentro de ti. —le escuché gemir levemente.

—¿Estás solo? —pregunté aun intuyendo la respuesta.

—Completamente, ¿Y tú? —jadeó.

—Si —gemí.

—Desnúdate... aunque no pueda verte, desnúdate para mí —susurró.

—Si... —contesté mientras comenzaba a subirme el vestido.

—¿Aún llevas ese vestido con el escote de esta mañana? —preguntó en ese tono sensual y erótico que me volvía loca.

—Si —afirmé volviendo a susurrar.

—Entonces déjate —me contestó de golpe—. Hoy tenía tantas ganas de follarte con ese vestido puesto que no quiero que te lo quites.

—Está bien —dije mordiéndome el labio—. Dime qué quieres que haga —añadí dándole la voz cantante.

—Quítate la ropa interior —contestó rápidamente—. Quiero tenerte desnuda bajo ese vestido.

—Vale... —Comencé a decir mientras me aguantaba el teléfono entre la oreja y el hombro y me quitaba las braguitas negras y el sujetador como buenamente podía, haciendo malabares para que el teléfono no se golpeará contra el suelo.

—Quiero verte... —susurró con esa voz ronca tan masculina que me hacía arder de deseo.

—No —afirmé—. Dije nada de sexo y esta será la única excepción.

—Me vas a matar preciosa, me paso el día empalmado pensando en ti y en ese perfecto culo que tienes —contestó con la respiración agitada.

—¿Lo estás ahora? —pregunté de forma sugerente.

—¿Tu qué crees? —ironizó—. Tengo mi polla más dura que una piedra en la mano y deseando hundirse dentro de ti.

—Húndete en mi entonces... —gemí—. Cierra los ojos e imagina que estoy allí, sobre ti, saboreando la piel de tu cuello.

—Um —le escuché gemir—. Tócate para mi... haz que tus manos sean las mías preciosa.

—Si... —jadeé mientras me dejaba caer contra la encimera del lavabo abriendo mis piernas y frotando mi clítoris al tiempo que bajaba para hundir mis dedos adentrándose, pensando en que era él quien lo hacía—. ¡Dios! —grité mientras comenzaba a acelerar el ritmo.

—¿Quieres cabalgarme preciosa? —Su voz sonaba acelerada, como si pudiera sentir la agitación—. O quieres que me hunda en ti desde atrás mientras te corres para mi.

—¡Ah! —grité mientras me volvía a sujetar el teléfono entre la oreja y el hombro para acariciar mis pechos bajo el vestido con la mano libre—. Desde atrás —gemí mientras aceleraba el ritmo.

—Si —contestó balbuceante—. Casi puedo sentir tu olor que me vuelve loco... y tu coño palpitante en cada una de mis embestidas —gimió frenético.

—¡Joder sí! —grité apretando con una mano uno de mis pechos mientras me mordía el labio y sabía que estaba a punto de alcanzar el clímax.

—Vamos preciosa... córrete conmigo, córrete para mí. —dijo previamente a que el clímax me alcanzara.

—¡Si! —grité—. ¡Si! —comencé a gemir mientras notaba como mi cuerpo convulsionaba con el placer del orgasmo.

No colgué el teléfono mientras mi respiración volvía a recuperarse pausadamente, aunque seguía siendo algo acelerada se iba calmando. Escuchaba como Alejandro estaba en la misma tesitura que la mía.

—Me vuelves completamente loco y ni siquiera te tengo aquí —le escuché decir al otro lado de la línea.

—¿Eso es bueno o malo? —respondí con una pregunta.

—No lo sé, pero quiero averiguarlo —contestó con semblante serio.

—Entonces lo averiguaremos —respondí traviesa.

—Y mientras tanto tendré que hacer acopio de guisantes congelados — gimió desalentado.

—¿Guisantes congelados? —pregunté extrañada.

—¿Cómo crees que voy a apaciguar sino el deseo que me provocas preciosa? —contestó con ironía.

En ese momento una carcajada profirió de mi garganta de imaginarme a mi dios griego con una bolsa de guisantes congelados en la entrepierna.

—No tiene ni puta gracia —le escuché decir, aunque su voz era algo divertida.

—Si que la tiene —dije algo más calmada.

—No importa... pienso hacer que me lo recompenses con creces — contestó tan seguro de sí mismo que hasta mi labio interior tembló ante lo que sabría que se avecinaba en cuanto aquel veto sin sexo finalizara.

Me despedí de Alejandro y me di una ducha rápida antes de meterme en la cama. Aún no podía creerme que después de todo lo que había ocurrido entre mi dios griego y yo, fuéramos a estar juntos de verdad. Sin ningún tipo de acuerdo o trato, solo por la simpleza de querer permanecer unidos frente a todos.

Al final mi viaje se retrasó hasta el mismo sábado a primera hora de la mañana porque tenía varios asuntos pendientes que terminar antes de irme sin fecha de vuelta, salvo para casos puntuales. Decidí no llevarme tanto equipaje como la primera vez puesto que preveía que en apenas dos semanas tendría que volver a una junta directiva. Además, mi secretaria no había podido volver a reservar el pequeño apartamento en el que estuve alojada cuando entré como becaria a la empresa y del que tantos buenos recuerdos guardaba porque al parecer lo habían vendido, de hecho, estaban en trámites de compra y por eso no podía recurrir al nuevo comprador, así que me alojaría

momentáneamente en un hotel mientras encontraba un apartamento que se ajustara a mis necesidades, eso requería no llevar tanto equipaje para mi propia comodidad.

Llegué algo agotada del viaje sobre el medio día y pese a que dormí en el avión, me di una ducha y me acosté un par de horas para descansar. Aquella noche iríamos supuestamente a cenar a casa de la hermana de Alejandro y no sabía exactamente que esperar de aquella cena, aunque ya me conocían, no era lo mismo hablar cinco o diez minutos como en la boda que durante toda la velada.

Los golpes en la puerta me despertaron y tras ubicarme temporalmente me dirigí a ver porque mi personal de seguridad requería mi presencia. Probablemente tendría pelos de loca y solamente llevaba una camiseta corta en la que se veía perfectamente mi ombligo junto a unos shorts de color rosa, pero cuando abrí la puerta me encontré con ese par de ojos azules estudiándome fijamente y no pude evitar sonreír al verle de nuevo; tan sumamente guapo y puramente masculino, irradiando sensualidad sin pretenderlo o no... daba igual, él era la esencia de la atracción encerrada en un cuerpo de hombre.

—Eres jodidamente atractiva incluso recién levantada —susurró antes de dar una zancada y tenerme agarrada de la cintura entre sus brazos mientras me daba mi beso de bienvenida que con gusto lo recibía enredándome en sus labios y agarrándome a su cuerpo para no caerme con la fuerza y devoción que lo hacía.

El calor de su cuerpo traspasaba hacia el mío de una forma tan sensual y potente que provocaba que perdiera la noción y el sentido completamente.

Noté sus manos rodeando mi cintura y lentamente comenzaron a bajar por mis nalgas alzándome para atraerme hacia su cuerpo. Gemí susurrante en sus labios mientras le mordisqueaba por todo lo que era capaz de hacerme sentir.

—Será mejor que te vistas o acabaras tumbada sobre esa cama y me darán igual tus condiciones, la cena y el puto mundo entero —rugió.

Su mirada era tan intensa que hasta me hacía dudar a mi misma si quería verdaderamente aquel veto, ¡Que mierdas! Estaba claro que no lo quería, que lo que deseaba era que tumbara sobre aquella cama y sentir como me llenaba por completo, pero sería un error. No podíamos tener una relación basada únicamente en sexo y que el noventa por ciento de ésta fuera eso. Aquello no funcionaría a largo plazo si entre nosotros no nos comunicábamos.

Con esa idea me separé de él dando un paso hacia atrás y luego me mordí el labio sensualmente al ver esa mirada de profundo deseo sexual que era incapaz de apartar de mi cuerpo y me hacía sentir completamente deseada y profundamente atractiva al menos en su presencia. Solo él podía hacerme sentir así ante la intensidad de poder que tenían sus hechizantes ojos. Vi que iba a dar un paso en mi dirección, justo el espacio que nos separaba como si mi gesto hubiera sido una invitación, así que para no caer en la tentación de nuevo me di la vuelta y salí corriendo hacia el baño mientras le escuché reír.

—¡Cobarde! —me gritó.

—¿Cobarde? —le reproché—. ¡Aquí el que trata de romper el veto eres tú! —le grité.

—No trato de romper nada, lo acepté —dijo alzando la voz para que le escuchara puesto que había dejado la puerta del baño entreabierta—. Solo pruebo para ver si has cambiado de opinión. —Esta vez le escuché en el marco de la puerta y le vi a través del espejo del baño. Estaba en ropa interior a punto de meterme en la ducha.

—Era un requisito Alejandro —le contesté seria—. Si lo rompemos volveré a Moscú y tendremos una relación a distancia. —En realidad lo dije para controlarme a mi misma, pero noté como su semblante cambiaba y parecía entenderlo.

—Está bien. —Su tono pese a ser serio, no parecía enfadado. Se acercó lentamente y sin dejar de mirarme en el reflejo del espejo me rodeó por la cintura y le vi posar sus labios sobre mi hombro—. Será como tu quieras —añadió y volvió a depositar otro beso en el cuello mientras inesperadamente

dejaba de abrazarme y se marchaba del baño cerrando la puerta dejándome completamente a solas.

¿De donde había salido ese Alejandro comprensivo, tierno y dulce al mismo tiempo? Casi podía decir que hasta paciente y todo.

Me metí en la ducha y me enjaboné rápidamente, cuando salí le escuché hablando por teléfono y me puse rápidamente un mono negro de pantalón largo y tirantes, tal vez fuera algo elegante para una cena entre amigos o familiar en este caso, pero era lo primero que había cogido del armario sin pensar y sabía de sobra que llegaríamos tarde. Me apresuré en dar un poco de toque de color a las mejillas y labios junto a un poco de máscara de pestañas para enmarcar los ojos. Ya estaba lista puesto que no había tenido que retocar mi pelo, recogí el abrigo y el bolso justo antes de mirar a Alejandro que seguía hablando por teléfono mientras se acercaba a mi para rodearme la cintura y así salir de la habitación juntos.

—Les he dicho a tus guardaespaldas que esta noche estarás conmigo. Así que se quedarán en el hotel —dijo en cuanto colgó la llamada.

—Está bien —respondí dirigiéndome al que estaba apostado en la puerta de mi habitación—. Os llamaré cuando esté de vuelta, aprovechad para descansar unas horas.

—Como usted mande señorita —contestó formalmente asintiendo.

—Ahora soy toda suya, señor Álvarez —dije divertida—. Más vale que me proteja o se las tendrá que ver con unos fornidos rusos de mal carácter —añadí algo risueña.

—Tal vez decida secuestrarla señorita Komarova —respondió en el mismo tono de diversión.

—Um, ¿Y qué harás?, ¿Pedir un rescate? —pregunté mientras entrábamos en el ascensor.

—Tal vez... —sugirió mientras le daba al botón de bajar—. Depende de si vale o no su peso en oro.

Le di un manotazo al molestarme su respuesta de interesado pese a intuir

que estaría bromeando y efectivamente el deje de su sonrisa me lo hizo ver así.

—Tal vez ni tan siquiera su peso en oro sería capaz de tentarme si pienso en que sería completamente mía, señorita Komarova —susurró en mi oído justo cuando las puertas del ascensor se abrieron y todo mi cuerpo se estremeció, también lo hicieron mis bragas que se mojaron por completo con aquella sensual voz.

Durante el camino a casa de Teresa y Alberto fuimos hablando de gustos musicales, y terminamos por concretar que una de las cosas que podríamos hacer es ir a una obra teatro que fuera un musical aprovechando la temporada. Cuando aparcamos el coche en la entrada de un complejo residencial bastante nuevo y moderno, me puse algo nerviosa. No les había visto más que en una ocasión y fue en su boda por lo que apenas había tratado con ellos, tampoco sabía que les habría contado Alejandro sobre mi, ni con que intenciones se suponía que acudía a esa cena y por algún motivo las palabras no me salían para preguntárselo a él.

—¿Te pasa algo? —preguntó con evidente tono de preocupación.

—No —negué y sonreí algo forzada.

—Teresa tiene muchas ganas de volver a verte, vamos —dijo apremiándome mientras rodeaba el vehículo para subir a la acera y veía que llevaba una botella de vino en la mano.

—Si, claro —contesté decidida mientras Alejandro llamaba al código del apartamento

—¿Sí? —Se escuchó al otro lado del interfono.

—Hemos llegado —contestó con voz autoritaria Alejandro.

En ese momento le sentí entrelazar los dedos de su mano libre y no pude evitar aferrarme a ellos.

—¿Qué les diré si me preguntan cómo nos conocimos? —exclamé nerviosa.

—No te preocupes... ella quiere sobre todo saber de ti, de tu vida, más

que de nosotros —sonrió de pronto.

—¿De mí? —pregunté confundida.

—Ha intentado sonsacarme cosas sobre ti y no le conté nada, supongo que de ahí su insistencia en invitarte a cenar para ver si así averigua algo —dijo con una vaga sonrisa.

—O sea, que me someterá a un interrogatorio —contesté dando por hecho que así sería.

No me pudo responder porque las puertas se abrieron y la puerta de uno de los apartamentos que daban al hall estaba abierta y de ella se podía apreciar la leve música y luz tenue que salía de ella.

—¡Irina! —escuché antes de ver la sombra de la figura de Teresa viniendo hacia mí para abrazarme.

—¡Hola! —exclamé algo sorprendida ante la efusividad y algo divertida al mismo tiempo observando a Alejandro como nos miraba.

—¿A mí no me saludas hermanita? —intervino él algo divertido.

—¡Solo porque al fin has decidido compartirla un rato con nosotros y no reservarla solo para ti! —exclamó airada, pero se notaba el deje de diversión en todo momento dejando a relucir que era una broma.

—Hola Irina. —Me giré para ver al marido de Teresa, Alberto que se acercaba con unas copas en la mano y le sonreí mientras le daba dos besos.

—¡Sentaos! —exclamó Teresa algo eufórica y pude divisar que la mesa ya estaba lista y con algunos entrantes colocados.

Alejandro me ayudó a quitarme el abrigo y caminó hasta la entrada para dejarlos en el perchero volviendo después para sentarse a mi lado.

—¿Y dime Irina?, ¿Es cierto que llevas la presidencia de la empresa en la que trabaja mi hermano? —me preguntó directamente Teresa.

—Si, así es. —respondí sin restricción—. Mi padre no se encontraba muy bien y decidí asumir el mando a pesar de no tener apenas experiencia. Pero no estoy sola, cuento con bastante ayuda —añadí sonriente.

—¿Pero qué edad tienes? —preguntó alarmada.

—Veintidós años —dije como si fuera normal.

—¡Asaltacunas! —gritó de pronto Alberto y yo miré a Alejandro que para mi asombro sonreía.

—Diez años no es una gran diferencia, ¿No? —contestó él sin extrañarse y en ese momento me di cuenta de la diferencia de edad entre Alejandro y yo. Nunca me había parado a pensarlo, sabía que era unos años mayor, pero no exactamente cuantos, aunque sinceramente me importaba bien poco el tema de la diferencia de edad.

—Tu no hables mucho, que nosotros nos llevamos cinco —intervino Teresa.

—De todos modos, la edad está sobre valorada, mis padres se llevan casi quince años —intervine como si fuera lo más normal.

—Parece que la cosa viene de familia... —dijo Alberto guiñando un ojo y aquello me hizo tranquilizarme.

—¿Y cómo es que hablas tan bien español? —me preguntó Teresa volviendo al tema de las preguntas en aquel infinito interrogatorio.

—Mi madre es española. Así que desde pequeña me enseñó su lengua materna como es lo más normal y me desenvuelvo bastante bien —afirmé.

—Entonces eres mitad rusa y mitad española —aclaró como si lo entendiera todo.

—Si, tengo la doble nacionalidad —sonreí delicadamente hacia la hermana de Alejandro.

La cena comenzó a volverse divertida, contestaba a todas las preguntas que Teresa me hacía y hubo un momento en el que nos quedamos ella y yo manteniendo una conversación mientras que ellos comenzaron a hablar de otra cosa.

—Ven, que aún no te he enseñado el apartamento, dejemos que los chicos recojan la mesa mientras tanto. —Ni siquiera me dio tiempo de rechistar ya que me vi arrastrada por Teresa hacia el interior de la vivienda a través del pasillo que daba al salón en el que nos encontrábamos.

Estaba segura de que la intención de Teresa no era otra que la de hablar en privado, la cuestión era si se debía a que ella querría contarme algo o más bien, preguntarme a mi.

—Tengo que saberlo —susurró en cuanto llegamos al fondo del pasillo y vi que era la habitación principal

—¿Qué? —exclamé en voz baja y algo extrañada no sabiendo a que se refería exactamente.

SECRETOS A ESCONDIDAS

Teresa se aseguró que nadie venía hacia el pasillo y que realmente estábamos a solas.

—¿Te lo ha contado?, ¿Te ha confesado algo sobre su pasado? —insistió con interés.

—No... —negué algo contrariada porque en realidad me habría gustado que lo hiciera para saber que confiaba en mí.

—Lo suponía, aunque albergaba cierta esperanza al verle sonreír como nunca lo ha hecho —contestó algo hostil—. Sé que es demasiado doloroso para él, aunque nunca lo reconozca, pero también sé que no será él mismo hasta que se libere y saque ese dolor que lleva acumulando durante años.

—Yo también lo creo después de lo que me contaste —le confesé—. Admito que entendí ciertas cosas a raíz tus palabras, cosas en su carácter que no habría podido comprender de otra forma.

—Él parece distinto contigo... estoy segura de que en algún momento te lo confesará y solo espero que cuando llegue ese momento, estés preparada para escucharle —me confesó—. Le conozco lo suficiente para saber que por ti es capaz de enfrentarse a sus propios demonios si ha sido capaz de reconocerte frente a todos. He deseado tantas veces que llegara alguien capaz de lograr llegar hasta él que solo puedo darte las gracias Irina, gracias por aparecer en la vida de mi hermano.

Mis ojos se volvieron algo cristalinos ante tales palabras y sinceramente no sabía que responder porque yo no había hecho nada, nada salvo enamorarme perdidamente de su hermano.

Sonreí mientras me hacía aire con la palma de la mano para no llorar y ella estaba igual que yo así que ambas reímos a la par.

—Bueno... ahora que vais a vivir juntos, tal vez sea todo más sencillo.

Alcé una ceja confundida y la miré extrañada.

—¿Vivir juntos? —exclamé algo confusa.

—¡Mierda! —dijo llevándose una mano a la boca como si hubiera dicho algo que no debiera—. A lo mejor era una sorpresa y lo he fastidiado todo puesto que se supone que yo no lo sé, pero suponía que lo sabrías cuando vives allí.

—¿Vivir dónde? —pregunté puesto que cada vez estaba más perdida sobre lo que relataba.

—En el apartamento de gran vía, ¿No vives en un ático de allí? —preguntó ahora extrañada ella—. Alejandro le pidió a Alberto que le gestionara los trámites de la compra y yo escuché que tu vivías allí... —En ese momento Teresa guardó silencio de pronto y me miró estupefacta—. La estoy jodiendo a base de bien, ¿verdad?

—¿Él es quien ha comprado el apartamento? —exclamé atónita.

—Ya no estoy tan segura —contestó algo nerviosa.

—Dejé de vivir allí hace un par de meses o tres —susurré ni recordando el tiempo exacto que había pasado—, pero llamé hace unos días y me dijeron que lo habían vendido.

—Vaya... no lo sabía. Tal vez sea una sorpresa y yo he metido la pata hasta el fondo —contestó rápidamente—. Por favor, no le digas que te lo he contado. Además, se supone que yo no debo saberlo.

Sonreí honestamente ante la cara de horror de Teresa.

—No te preocupes, no le diré nada —le contesté sincera—. Tal vez él mismo me lo cuente e incluso tenga una explicación al respecto —dije para tranquilizarla, aunque mi mente no paraba de preguntarse porque Alejandro habría decidido comprar el apartamento donde yo había estado viviendo aquellos meses, ¿Qué razón tendría?

—¡Cariño!, ¿Podemos meterle mano al postre? —exclamó la voz de Alberto a lo lejos algo insinuante.

—¡Ni se te ocurra tocar mi tarta de queso! —chilló de pronto Teresa y

casi me quedo sorda cuando lo hizo.

Cuando aparecimos de nuevo a través del pasillo, noté la mirada intensa de Alejandro sobre mi y aunque en un principio no le miré porque iba riéndome por la discusión que se traían a gritos Teresa y Alberto, lo hice cuando fui a sentarme y él extendió su brazo sobre el respaldo de la silla para acariciar mis hombros y atraerme hacia él.

Su mirada era intensa, pero descubrí que trataba de estudiarme, como si le preocupara que su hermana me hubiera contado algo. Podía notar como observaba mi reacción así que me acerqué y le di un beso en los labios que más bien era una caricia. Mi intención no era otra más que tranquilizarlo, pero su semblante pareció cambiar y noté como se erguía y parecía adquirir una máscara de cierta frialdad, al menos era lo que podía sentir en sus ojos.

—La tarta está buenísima. Adoro los postres —dije dejando la cucharilla sobre el plato completamente rebañado—. En realidad, todo estaba buenísimo.

—Me alegro de que te haya gustado —contestó sonriente Teresa—. La próxima vez te prepararé mi tarta tres chocolates. Cómo no sabía tus gustos, pensé que quizá pecaba de empalagamiento chocolatil.

Ambas nos reímos ante su ocurrencia.

—Tengo que probarla... adoro el chocolate. aunque creo que lo justo sería devolveros la invitación y cocinar nosotros, ¿No? —pregunté en ese momento mirando a Alejandro que en aquel momento pareció totalmente contrariado.

Todos guardaron silencio esperando una respuesta.

—Claro —afirmó secamente.

—Aunque yo no tengo todavía cocina puesto que estoy alojándome momentáneamente en un hotel, pero espero encontrar pronto un apartamento que se adapte a mis necesidades —sonreí explícitamente a Teresa.

—¿Te alojas en un hotel? —preguntó ella de forma fingida.

—Si —afirmé—. El apartamento en el que me alojaba fue vendido así que no tuve más remedio que irme a un hotel —contesté con pesar y noté la

mirada cómplice de Alberto hacia Alejandro y cómo éste se quedaba callado —. Aunque todavía no me acostumbro a comer tanto fuera de casa y la sensación de no estar ubicada, pero seguro que encuentro algo en esta semana —volví a sonreír hacia Teresa cómplice de lo que estaba haciendo.

—Si necesitas ayuda puedes llamarme —contestó amablemente.

—No hace falta —intervino de pronto Alejandro interrumpiendo la conversación que teníamos entre nosotras, aunque ellos estuvieran pendientes.

Teresa y yo le miramos expectativas ya que no había añadido nada más, sino que cogió el vaso de agua, se lo llevó a sus labios y pareció meditar la respuesta. Por un momento pensé que mencionaría mi antiguo apartamento sacando a relucir que era él quien lo había adquirido.

—¿Por qué? —preguntó Teresa atreviéndose a hacerlo mientras yo seguía observándole silenciosa.

—Se quedará en mi casa —aseguró mientras miraba a su hermana y me quedé completamente con la mandíbula desencajada ante aquella respuesta, pero guardé silencio porque ni tan siquiera me atrevía a preguntarle delante de su familia y luego Teresa comenzó a chillar emocionada por lo que menos aún pude mencionar nada.

—¿Qué es eso de que me quedaré en tu casa? —exclamé nada más salir por la puerta del edificio.

—Bueno... no has objetado nada cuando lo dije —añadió sin más.

—¿Porque con la reacción de tu hermana no me he atrevido! —exclamé —. ¿Va en serio lo de querer que me mude a tu casa? —insistí asombrada.

—Prefiero que estés en mi casa a que estés en un hotel —fue su respuesta.

—Eso no contesta a mi pregunta, ¿Realmente quieres que invada tu espacio Alejandro? —pregunté mirándole detenidamente para estudiar su respuesta.

—Nunca me ha importado tenerte en mi cama precisamente —sugirió de forma imperiosa mientras llegábamos al coche que estaba aparcado y él me

atrapaba entre la carrocería y su cuerpo tremendamente caliente. Se agradecía ante el contacto frío de la chapa del coche que estaba helada.

—Olvidas que estamos de celibato por veintisiete días aún —dije recordándolo para ambos.

—Veintiséis, ya es más de media noche —corrigió.

—Da igual, veintiséis —respondí observándole fijamente—. Eso no quita el hecho de que no habrá sexo esté o no en tu cama.

—Puedo soportarlo —contestó acercándose a mí.

Lo extraño es que seguía algo más serio y taciturno de lo normal, como si en el fondo algo no le agradara o tal vez fuera mi percepción y simplemente estaba viendo fantasmas donde no los había.

—¿Entonces va en serio? —volví a insistir.

—Al menos hasta que encuentres un apartamento si quieres —susurró cerca de mis labios y comenzando a mordisquear lenta y suavemente mi labio interior tirando de él.

—Ni tan siquiera sé donde vives, nunca me has llevado a tu casa —susurré con desesperación porque deseaba que me besara con deseo, con ese frenesí que solo él era capaz de lograr.

Noté sus manos en mi cintura adentrándose por el abrigo y rodeándome. Podía notarlas sobre la prenda de ropa que cubría mi cuerpo, tan calientes y al mismo tiempo fuertes que me hacían sentirme segura entre sus brazos. Nunca, jamás, ningún hombre me había hecho sentir la seguridad que él me proporcionaba. Era como si estando entre sus brazos, no tuviera miedo a nada... como si pudiera afrontarlo todo porque sabía que él estaría ahí.

—Entonces debo solucionarlo ahora mismo. —Sus labios rozaron los míos fugazmente y escuché el sonido de los cerrojos del coche abrirse. Acto seguido me abrió la puerta y sonreí ante tal caballerosidad mientras me sentaba en el asiento del copiloto del vehículo donde se estaba mucho más calentito que en la calle.

Alejandro se sentó y enseguida conectó la calefacción mientras arrancaba

el coche y poníamos rumbo hacia su casa, o al menos así me lo había hecho saber.

Iba a saber dónde vivía, por fin iba a descubrir cómo era la casa de Alejandro a la que tantas veces traté de imaginar y que siempre ponía imágenes similares a la decoración de los pisos a los que él me había llevado.

Llegamos al centro y veía como Alejandro comenzaba a callejear. Habíamos guardado silencio todo el camino y lo cierto es que solo me había percatado de ello cuando vi que entrábamos en lo que parecía un garaje subterráneo e inexplicablemente me puse nerviosa de pronto, ¿Por qué razón debía ponerme nerviosa? Tal vez fuera porque plantearme el hecho siquiera de vivir en su casa, de compartirlo absolutamente todo, era al mismo tiempo emocionante y atemorizante.

Aparcó el coche en la que imaginé sería su plaza de garaje porque al lado estaba esa moto en la que había montado hacía tan solo unos días y antes de reaccionar él ya había dado la vuelta y llegado hasta a mi rodeándome con su brazo por la cintura pegándome a su cuerpo.

—Antes de subir quiero preguntarte algo. —Su tono era serio y su mirada aún más. Si no fuera por la cercanía de su cuerpo hubiera pensado que tendría algo que temer porque parecía que iba a reprocharme algo.

—Tu dirás —respondí observándole como si no tuviera nada que esconder.

—Que te ha contado Teresa. —No era ni siquiera una pregunta, daba por hecho que su hermana me había contado algo y por su rostro, era como si no le fuese a gustar lo que ella me habría dicho.

—No entiendo a qué te refieres —respondí sincera.

—Sé que te quería preguntar o contar algo y quiero saber qué era —me exigió.

—¿Por qué? —quise saber—. ¿Es qué no puedo hablar de cosas en privado con tu hermana?

—¿Te habló de mi? —insistió.

—Puede ser... —fingí desinterés.

—Dime ahora mismo qué te ha contado —dijo acercándose aún más a mi y su nariz casi rozaba con la mía.

—¿Es que tienes un pasado que ocultar, Alejandro? —gemí en sus labios—. ¿Algo de lo que temes que me entere? —susurré—. ¿Tal vez una exnovia celosa y maniática de la que tenga que preocuparme porque aparezca en tu puerta suplicándote? —terminé por decir para quitarle hierro al asunto.

En ese momento sentí como su cuerpo se relajaba y noté como su respiración era pesada y contenida.

—No tengo exnovias —atajó mientras su nariz rozaba mi mejilla y emprendía camino hacia mi cuello—. Y eres la primera mujer aparte de Teresa que va a entrar en mi casa.

La sorpresa ante sus palabras fue tal que si no hubiera sido porque cuando su boca apesó la piel de mi cuello provocando un gemido de mis labios hubiera proferido un grito de emoción al saber que iba a ser la primera mujer que Alejandro invitaba a su casa, no solo a entrar, sino a vivir allí y sabía que eso debía significar una cosa; yo era importante para él.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos. No me extrañó verle pulsar el botón superior que la caja de mandos del ascensor tenía, después de citarme en varios lugares y ser todos una última planta, deduje que el fanatismo de Alejandro por los áticos era incuestionable, de hecho, fue una de las razones para que en Moscú alquilara aquel ático, sabía que le gustaban.

—¿Por qué te gusta tanto vivir en la última planta? —pregunté algo divertida.

No había insistido en saber qué era lo que su hermana me había contado o preguntado y lo agradecí porque ni quería mentirle, ni contarle la verdad. De algún modo deseaba que fuera él quien se abriera a mi y no forzarlo a hacerlo.

—No me gusta que nadie esté por encima de mí —soltó sin más.

Aquella respuesta me hizo meditar. ¿Qué quería decir exactamente con sus palabras? Sonaban tan ambiciosas que la comparación con el terreno

profesional cruzó mi mente... no quería plantearlo siquiera de nuevo, ya había desechado la idea de que estuviera conmigo por interés profesional, pero era demasiado difícil no pensarlo después de aquella confesión.

—Yo estoy por encima de ti en la empresa —intenté decirlo en un tono despreocupado.

—Pero soy yo quien dirige la sede. Te recuerdo que me fui y no encontraste a alguien lo bastante bueno para que me reemplazase —contestó con una sonrisa de sobrado y lo peor es que tenía razón, no había nadie tan bueno como él y eso lo sabía Andrei, mi padre, el propio Alejandro y hasta yo misma.

Las puertas se abrieron en ese momento y llegamos a un hall donde para mi sorpresa había dos puertas en lugar de una. Pensé que el fanatismo se extendía hasta vivir solo en la última planta, pero cuando entré comprendí porque habría pasado por alto ese pequeño fallo y es que las vistas eran absolutamente únicas hacia la ciudad. Nada más entrar todo era absolutamente acristalado al fondo y hasta que las luces comenzaron a encenderse la luz de la propia calle era la que iluminaba parcialmente aquel inmenso salón decorado mínimamente. Todo en sí era una decoración minimalista en tonos suaves, cálidos y neutros combinados con los suelos de madera veteados que recorría probablemente todo el apartamento.

—¿Te gusta? —me preguntó mientras se quitaba el abrigo y lo colocaba en un armario con puertas correderas en la entrada, de forma que resultaba casi invisible.

—Todavía no lo he visto completamente para poder juzgar —añadí mientras yo también me quitaba el abrigo al notar la calidez por estar encendida la calefacción.

—¿Qué tal si te das una vuelta para inspeccionar mientras yo descorcho una botella de vino? —me preguntó mientras se desabotonaba los puños de la camisa y el primer botón, como si la tranquilidad de estar en casa le hiciera hacer aquello mecánicamente.

—Está bien —sonreí ante la idea de poder explorar yo misma sin restricción alguna su apartamento.

Comencé a mirar a mi alrededor. Justo a la derecha había una puerta que comunicaba con lo que pude apreciar era la cocina, bastante moderna y seguía la misma línea de tonos neutros. Con una pequeña isla en la mitad que servía tanto de barra americana como para cocinar y con todos los electrodomésticos de acero inoxidable, parecía sacada de un anuncio de revista de decoración. Dejé allí a Alejandro eligiendo el vino entre su selección de vinoteca para volver al otro extremo del salón donde se abría un pasillo. La primera habitación estaba casi vacía y era relativamente pequeña. Deduje que era la habitación de planchar por todos los artefactos que allí había precisamente para el planchado, sin mas misterio cerré la puerta y proseguí. Encontré un baño de tamaño medio bastante normal, deduje que era un baño de invitados porque todo estaba pulcramente colocado y limpio, sin una pequeña señal de uso.

Seguí adentrándome por el pasillo y descubrí el primer dormitorio o lo que deduje sería un dormitorio porque la habitación estaba completamente vacía sin muebles, ¿Cuánto tiempo haría que él vivía allí? Descubrí que tenía baño propio y estaba exactamente como el anterior, sin señal alguna de que se usara.

Entré a otra habitación exactamente igual que la anterior. Vacía y con un encogimiento de hombros y comenzando a pensar que algo raro ocurría, abrí la última habitación y me encontré con el que debía ser el dormitorio de Alejandro porque para empezar no existía ningún otro amueblado. Por su tamaño sabía que era la habitación principal y lo más raro de todo era la simpleza en la decoración, no había cuadros, ni elementos decorativos. Solo una cama con dos mesitas y en ninguna de ellas había nada. Todo estaba en su lugar bien colocado, como si cada cosa tuviera su sitio. La cama estaba perfectamente hecha sin ningún tipo de arruga y no había ropa de por medio, nada, ni tan siquiera una silla o butaca donde colocar algo, ¿Tan estrictamente

ordenado era este hombre? Me fijé en las dos puertas que había a mi izquierda y deduje que sería el armario, si me venía a vivir a aquella casa dudaba que mi ropa entrara en ese armario tan pequeño, pero cuando lo abrí me quede con la boca abierta al descubrir un ropero más grande incluso que la habitación en la que me encontraba y que probablemente sería el sueño de cualquier mujer hecho realidad.

—Y yo que creía que mi ropa no iba a entrar en el armario... —susurré.

—Puedo hacerte un hueco. —Di un pequeño saltito al escucharle porque no le había oído llegar. Vi que llevaba dos copas en la mano y me ofreció una, la cogí mientras me colocaba el cabello a un lado para volver a inspeccionar el lugar.

—Creo que solo por esto y las vistas ya merece la pena el apartamento —me sinceré y noté como él emitía una carcajada.

—Me gusta que mis trajes tengan su espacio —confesó sin ningún tipo de vergüenza al poseer semejante vestidor.

—¿Por qué tienes las habitaciones vacías? —le pregunté intrigada.

—Es la excusa perfecta para no invitar a nadie o que alguien se auto invite —dijo sin más importancia.

En ese momento me eché a reír ante tal declaración. En mi vida se me podría haber ocurrido una respuesta similar, menos aun en imitar ese gesto para evitar las visitas oportunas o no.

—¿Te resulta gracioso? —me preguntó confundido.

—La mayoría de la gente pondría excusas, pero tu, prefieres tener el apartamento medio vacío para evitar darlas. —contesté aún con cierto atisbo de sonrisa.

—Tengo lo que necesito, esas habitaciones simplemente podrían no existir —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Y si un día decidieras tener hijos? —pregunté sin pensar bien la pregunta.

El semblante de Alejandro cambio a un rostro algo más serio y taciturno

y aquello hizo que mi sonrisa se perdiera lentamente.

—No es algo que me haya planteado —terció sin entrar en detalles.

—Yo tampoco —contesté para aliviar la tensión.

—¿Entonces vas a mudarte? —preguntó directamente mientras su mano comenzaba a rodear mi cintura para acercarme a él.

—No sé si sea una buena idea —contesté mordiéndome el labio—.
Teniendo en cuenta que solo hay una cama para compartir.

—Podemos hacer muchas cosas en esa cama... sin llegar a tener sexo —
gimió cerca de mi oído.

—¿Estás tentándome? —pregunté acalorada.

—Totalmente —susurró con esa voz grave y sexy en mi cuello al tiempo
que notaba el roce de sus labios candentes en mi piel.

UNA CONFESIÓN PROFUNDA

—Bueno... también tengo la opción de encontrar al comprador de mi antiguo apartamento para recomprárselo o tal vez alquilarlo.

—Podrías... —sugirió—. Aunque era un poco pequeño.

—Era perfecto —concluí—. De hecho, creo que sí, definitivamente voy a hablar con el nuevo propietario o tal vez pueda renegociar en la mediación si aún no se ha firmado la compra.

—No lo hagas... —susurró de pronto.

—¿Por qué? —fingí desinterés.

En ese momento noté que se separaba de mí y daba un largo sorbo a su copa y evitaba mirarme directamente.

—Porque al nuevo propietario no le interesa ninguna de tus opciones.

—¿Y eso como puede saberlo tú? —exclamé cruzándome de brazos.

Tenía exactamente en el punto en el que quería a Alejandro, sin más remedio que confesar y de hecho me sorprendía que hubiera caído en la red y no me hubiera puesto alguna excusa o simplemente tratado de que desechara esa idea.

—Porque yo soy el comprador. —Su franqueza casi me sorprendió.

—Vaya... —No fingí que estaba sorprendida o estupefacta, sino todo lo contrario, mi pasividad respecto a su afirmación era evidente.

—Lo sabías —confirmó comprendiéndolo enseguida.

—Si, pero esperaba que me lo dijeras tu —confesé con sinceridad y desde luego seguía sin comprender porque no me lo había mencionado.

—¿Desde cuándo? —preguntó ahora interesado.

—Eso no importa y no responde a la razón de porqué no lo has mencionado ni siquiera —dije en un tono neutro que no evidenciaba que estaba enfadada, pero tampoco contenta.

—Quiero saber desde cuanto hace que parezco un imbécil —afirmó sin responder lo que verdaderamente importaba.

Rodé los ojos ante su respuesta y le miré.

—Tal vez te lo diga si confiesas tu interés en ese apartamento —dije pensando que así conseguiría sonsacarle algo.

—Simplemente me pareció una buena inversión... —contestó sin más—. Está en el centro, cerca de aquí y es una última planta en un edificio singular.

—Si quieres que me venga a vivir aquí Alejandro, vas a tener que darme la respuesta que quiero escuchar y no una excusa banal que te acabas de inventar ahora mismo —le advertí mirándole fijamente.

—Esa es la verdad —insistió.

—Si fuera esa la razón, tú mismo lo habrías mencionado cuando dije que estaba interesada en volver a ese apartamento, pero lo habían comprado y no te habrías tenido que ver presionado a confesarlo como ahora —dije segura de mi misma. Noté como guardaba silencio, como si dudara o no en contar lo que no tenía ni la más remota idea serían las razones para adquirir aquel inmueble en el que me había alojado y que él visitó en tantas ocasiones, pero estaba segura de que no era por ser una buena inversión porque de hecho el apartamento no estaba a la venta—. Será mejor que me marche —añadí sin esperar una respuesta y girándome para atravesar el pasillo que conducía a la puerta de entrada.

Había llegado al salón cuando me dirigí directamente para coger mi bolso y llamar a mi personal o a un taxi que viniera por mí, cuando de un solo movimiento sentí como era arrastrada hacia atrás y unos fuertes brazos me acogían entre ellos. Cerré los ojos instantáneamente y aliviada al mismo tiempo por saber que había impedido que me marchara de aquella forma, que no todo estaba perdido después de todo, quería que confiara en mí.

—Necesitaba sentirte de nuevo —susurró en mi oído sin dejar de abrazarme por la cintura y mi espalda notaba su abdomen firme, su calor a través de la ropa y aquel aroma que siempre le acompañaba—. Necesitaba

tener algo que me recordara a ti... y ese era el único lugar en el que fuiste mía sin reservas, te entregaste a mí por completo y te hice el amor... no podía dejar que nada, ni nadie lo reemplazara.

—Alejandro... —sollocé casi con las lágrimas en los ojos.

De todas las posibles respuestas, jamás me había podido imaginar que fuera precisamente esa la razón y era tan sumamente extraordinaria que me dio un vuelco al corazón.

—El sentimiento de anhelo que tengo hacia ti es tan fuerte que me asusta, pero al mismo tiempo sé que no puedo, ni deseo, ni quiero alejarme de ti Irina —confesó con aquella voz ronca casi en un susurro.

Mi respiración era entrecortada ante tal confesión. Sus manos aún rodeaban mi cintura apretándome contra su cuerpo y lentamente me fui girando sobre mí misma para verlo, para enfrentarme a él porque necesitaba urgentemente ver su rostro.

Cuando le observé sus ojos eran cabizbajos, como si no pudiera enfrentarse a mí, como si de algún modo pudiera temer mi reacción o al menos así lo interpretaba. Nada más lejos de la realidad... con aquellas palabras solo había conseguido que mi corazón se acelerase y palpitara a un ritmo que probablemente me acabase dando un ataque cardíaco de gran magnitud.

—Yo tampoco quiero alejarme de ti —comencé a decir en voz baja captando su atención porque en ese momento su mirada se alzó clavándose en mis ojos—. Ni lo deseo... ni puedo... ni tan siquiera creo que pudiera lograrlo.

En ese momento no aguanté más y me lancé hacia sus labios cual cazador se lanza hacia su presa, necesitaba saborearle con intensidad, con una necesidad imperiosa que hasta yo misma me podría asustar. Noté como sus labios respondían fervientemente mientras me alzaba de pronto y sentí la dureza en mi espalda de lo que probablemente sería la pared más cercana a donde nos encontrábamos mientras el cuerpo de Alejandro se aplastaba contra mí y podía apreciar perfectamente su erección entre mis muslos, provocando

que todas mis defensas se anularan en aquel momento.

Le necesitaba... ¡Maldita fuera mi estampa! Le necesitaba con urgencia.

Mientras sus manos acariciaban mis nalgas sobre el pantalón de tejido fino y podía sentir el calor de estas a través de la prenda, mis labios comenzaron a rozar su cuello y poco a poco le fui desabrochando la camisa mientras más piel quedaba a relucir para cubrir con mis labios.

Cuando mis dedos bajaron por su pecho entre nuestros cuerpos y busqué su entrepierna, rocé su erección por encima del pantalón.

—Espera... —susurró apartándose ligeramente de mí.

Le escuche respirar profundamente mientras parecía querer controlarse.

—No quiero esperar —dije de pronto.

—No dejaré que te vayas... no lo permitiré —respondió sorprendiéndome con aquella confesión—. Respetaré el veto sin sexo para evitar que te marches.

Me mordí el labio con desesperación, yo misma lo había impuesto y ahora yo misma era presa de mi propio destino y por primera vez me arrepentía de mis propias palabras porque le necesitaba con desesperación y anhelo, quería que él también supiera cuánto me importaba.

—Solo esta noche —susurré—. Te necesito ahora y después lo cumpliremos.

—¿No te irás? —exclamó suplicante.

—No —respondí jadeando en sus labios—. Te prometo que no me iré y me vendré a vivir aquí, contigo.

—Joder... —gimió antes de devorar literalmente mis labios con desesperación mientras escuché como la tela del mono negro que llevaba se rasgaba ante el ardor que notaba que debía sentir para aquello. Sus labios fueron recorriendo mi piel por mi cuello y bajando por mi escote, me liberó uno de mis pechos y noté sus labios apresando uno de mis pezones, gimiendo de puro placer.

En ese momento sentí como me cogía entre sus brazos y me abracé

instantáneamente a él mientras me llevaba hasta la habitación, sin dejar de besarme un solo instante pronto sentí la comodidad del mullido colchón bajo mi espalda. Necesitaba fervientemente sentirle de nuevo, era demasiado tiempo sin volver a estar completa, sin estar llena por él.

Saqué su camisa del pantalón y comencé a desabrocharle el cinturón mientras él me despojaba la prenda que había quedado inservible. Probablemente iba a necesitar todo mi guardarropa considerando el lado salvaje que en cierta forma me atrevía a afirmar que me encantaba de Alejandro.

—Me haces perder el juicio, preciosa —jadeó mientras sus manos recorrían mi piel y las mías tocaban su pecho apreciando cada uno de sus músculos mientras no podía dejar de mirarle a los ojos guardando silencio.

—Hazme tuya, necesito ser tuya —gemí.

El sonido inteligible de su garganta me hizo volver a jadear al saber que así sería cuando sus labios se hundieron en mi cuello mientras una de sus manos se introducía entre mi ropa interior para buscar el centro de mi placer. Con un solo roce de sus dedos en mi clítoris me tenía gimiendo entre sus brazos, pero yo quería más, deseaba más.

—Por favor... —gemí mientras mis manos se agarraban fuertemente a las sabanas de aquella cama con fuerza al tiempo que mi cuerpo se arqueaba hacia él en busca de la unión de nuestros cuerpos. El roce de su erección en mi muslo era una completa tortura para mí, iba a volverme completamente loca.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa —me susurró al oído antes de sentir como se adentraba lentamente, abriéndose paso en mi interior con facilidad, volviendo a sentirme completa de nuevo y un profundo gemido de placer escapó de mis labios—. ¿Eres mía, Irina? —exclamó con aquella voz ronca rota de pasión.

—Soy tuya Alejandro.... completamente tuya —asentí.

Y no mentí, era suya lo quisiera o no; en cuerpo, mente y alma.

—Mía... —le oí susurrar mientras yo me perdía en una vorágine de olas

de placer que me proporcionaban cada una de sus embestidas y el auténtico clímax de éxtasis me embriagaba con fuerza haciéndome perder por completo mis sentidos.

Notaba mi respiración agitada con cada jadeo después de haber gozado la plenitud y abrí lentamente los ojos siendo consciente de la pared blanca de la habitación y después del peso del cuerpo de Alejandro sobre el mío. La sensación lejos de ser pesada era asombrosamente placentera, me gustaba notar su peso sobre mí, apresando cada palmo de mi cuerpo unido al suyo, podía incluso estremecerme con ello.

En ese instante se hizo a un lado y justo cuando iba a exclamar un gemido de nostalgia por separarse de mi cuerpo, sus fuertes manos me arrastraron hacia él quedando ambos tumbados de costado sobre el colchón de aquella cama que había sido testigo de nuestra pasión, observándonos sin decir absolutamente nada.

No se trataba de un silencio incomodo, todo lo contrario. En sus ojos podía decir mucho más que cualquier palabra, simplemente nos comunicábamos mediante aquella mirada silenciosa.

No pude evitar acariciar su mejilla sin dejar de observarle y él termino por apresar mi mano con la suya para darme un beso en la punta de los dedos.

—He pensado muchas veces en cómo sería tenerte en esta cama, tal y como te tengo ahora —dijo con voz calmada.

—¿Pensabas en mi cuando estabas solo? —Me atreví a preguntar.

—Preciosa, yo siempre pienso en ti, este solo o no. —Cuando dijo aquello se giró tumbándose de espaldas sobre la cama, como si con aquella confesión hubiera abierto una parte de él que no quería ser descubierta y de algún modo se sintiera culpable. Aproveche la ocasión para colocarme sobre su pecho recostándome a su lado.

—No eres el único —me atreví a decir para ver cuál era su reacción.

—¿Eso significa que hay más hombres igual de locos por ti que yo? —exclamó irónicamente.

—¡Serás tonto! —grité mientras escalaba para mirarle fijamente—. Eso significa que yo también pienso en ti constantemente —dije mientras me acercaba para darle un cálido beso cuya intención solo era rozar sus labios, pero con Alejandro nada era suave y de pronto me vi en vuelta por la embriaguez de su pasión profundizando de nuevo aquel beso.

—Me alegro de que así sea, porque empezaba a creer que era el único que estaba perdiendo la cordura —susurró mientras me alzaba con sus brazos y terminaba colocándome a horcajadas sobre él. Sabía que adoraba que lo montase así, en aquella postura, era consciente de que se deleitaba viéndome cabalgarle mientras me desinhibía al mismo tiempo y le daría exactamente lo que quería porque no solo lo deseaba él, también lo hacía yo, que adoraba ver esa mirada de verdadera lujuria en sus ojos cuando lo hacía.

Abrí lentamente los ojos, a pesar de la oscuridad de la habitación se podía intuir que debía ser de día por la poca claridad que entraba a través del pasillo en la estancia que permanecía con la puerta completamente abierta. Me moví un poco y noté entonces el cuerpo que tenía a mi espalda y el brazo que sostenía mi cintura, en ese momento sonreí sin poder evitarlo al percatarme de donde me encontraba y de quién era mi opresor.

Me imaginé la imagen de mi misma con sonrisa boba de tonta enamorada y era completamente consciente de que así debía estar ahora mismo, pero no me importaba, era feliz con ello, la dicha me invadía al recordar las confesiones de Alejandro de la pasada noche y era aún más feliz por estar entre sus brazos siendo suya de verdad, bueno... no teníamos un compromiso formal ni nada por el estilo, pero sentía que le pertenecía solo a él, al igual que él a mi.

En ese instante noté como su abrazo me apretaba más contra su cuerpo y pude advertir su erección en mis nalgas desnudas no pudiendo evitar sonreír y más aún cuando escuché su leve queja en mi cuello. Desconocía si estaba despierto o no porque su respiración era tranquila y ahora que lo pensaba agradecía que él no roncara o al menos, no había percibido que lo hiciera, ni

me había despertado para averiguarlo.

Supe que Alejandro estaba despierto cuando sus labios rozaron mi hombro, después mi cuello y finalmente mi nuca.

—Buenos días —susurré sin verle porque estaba de lado hacia la pared.

—¿Te he despertado? —gimió en mi oído mientras me rodaba para quedar boca arriba mientras él seguía de lado.

—No... —negué—. Lo cierto es que ya estaba despierta.

Sus labios se acercaron a los míos y los recibí fervientemente. Gemí en los suyos cuando volví a notar su erección frotándose contra mí, queriendo buscar su hogar, adentrarse de nuevo en las profundidades para satisfacerme y volverme loca, pero no podía ser... no podíamos volver a lo mismo ahora que tanto habíamos progresado.

—Alejandro... —susurré en un gemido.

—¿Sí? —Su voz sonaba perdida, deleitándose en mi cuello mientras sus manos recorrían mi cuerpo y eso provocaba que me costase aun más trabajo decir aquello.

—No podemos. —Mi voz denotaba dolor, me lamentaba tener que negarme a algo que tanto deseaba y probablemente incluso me dolía más a mí que a él.

En ese momento sentí como sus labios se apartaban de mí y sostenía su cuerpo con sus manos sin rozarme, le vi alzar su rostro hacia arriba como si necesitara no observarme para recomponerse y entonces le escuché suspirar.

—Está bien —dijo de pronto—. Será mejor que vayamos a desayunar y después iremos a recoger tus cosas para instalarte aquí.

—¿Hoy? —pregunté sorprendida.

—¿Para qué retrasarlo? —Me contestó mientras se levantaba y observaba su completa desnudez.

Desde luego podía pasar por una de esas figuras que se exponen en los museos musculosas... un dios griego, ¡Mierda!, ¡Si es que el apodo le venía como anillo al dedo! En ese instante le vi mirándome fijamente, aquel hombre

no escondía su cuerpo, no tenía un atisbo de vergüenza en exponerlo y me reí al darme cuenta de que estaba observando como probablemente se me caía la baba de mirarlo detenidamente.

—Si... porque retrasarlo —respondí después de que casi me había olvidado hasta de su respuesta y puede que hasta de mi nombre completo ante semejante bombón. Así que esquivé su mirada que seguía mirándome fijamente.

—¿Sabes una cosa? —exclamó haciendo que volviera a mirarle y me fijé en que seguía allí observándome de pie en la misma posición, completamente desnudo mientras yo seguía en la cama, en su cama.

—¿Qué? —pregunté en ese momento algo cohibida.

—He descubierto que estás justo donde quiero verte cada mañana cuando despierte —soltó con tanta seguridad y simpleza que mi corazón se detuvo en aquel instante.

¿De dónde se sacaba este hombre aquellas palabras tan dulces? Y lo soltaba con tanta naturalidad como el que dice pásame el azúcar...

No pude contestar porque en ese momento se dio la vuelta sin esperar una respuesta y se perdió por la puerta del baño.

INICIOS DE CONVIVENCIA

Salí de la ducha envuelta en una toalla y no había rastro de Alejandro por la habitación, aunque se escuchaban ruidos lejanos de lo que supuse provenían de la cocina. No sabía que ponerme puesto que mi ropa estaba rota y sonreí al recordarlo, así que me aventuré en el enorme guardarropa de Alejandro a la búsqueda de alguna prenda que me pudiera servir.

Encontré el cajón de su ropa interior, más bien podría decir cajones y descubrí que no había otro color que no saliera del blanco, negro y algún gris esporádico, ¿Es que tenía algún problema con la diversidad de colores? Me dije a mi misma que tenía que regalarle unos boxer de color amarillo, solo para que contrastaran con la monotonía de aquellos tonos. Reconocía que el blanco le sentaba genial, bueno y el negro y el gris, y todos... por eso estaba segura de que el amarillo le sentaría igual de bien.

Cogí unos boxer de color blanco y me los puse mientras tiré la toalla momentáneamente al suelo y me dediqué a elegir alguna camisa, todas estaban tan pulcramente abotonadas y planchadas que hasta me daba cierta nostalgia estropearlas, pero finalmente cogí una azul celeste que no recordaba haberle visto y por lo que supuse no sería de sus favoritas.

Con la toalla en la mano la camisa a medio abotonar, atravesé el salón y fui directa a la cocina, donde la luz estaba encendida y descubrí a mi perfecto dios griego semi desnudo cocinando.

—¿Tortitas? —exclamé emocionada.

—Con chocolate y nata para la dama —contestó mientras se giraba a verme y vi cómo se llevaba el pulgar a la boca como si estuviera limpiándose algún resto de comida.

Ese gesto le hacía parecer de lo más sexy y endiabladamente atractivo.

—Así que te he viciado —respondí con sorna.

—Me parece un desayuno poco sano, pero puedo hacer una excepción los fines de semana si eso te complace —contestó mientras se acercaba lentamente a mí—. Y además, necesitas reponer energías después de lo de anoche.

Sonreí ilusamente y en ese momento recordé que llevaba la toalla para echarla a lavar.

—¿Dónde pongo esto? —pregunté cambiando de tema porque más valía no tentar a la suerte.

—En el baño, ¿O se te ha olvidado que vas a vivir aquí? —contestó sonriente.

—Pues... la tiré al suelo. —Por no decir que no sabía si Alejandro se sentiría cómodo al compartir conmigo el baño teniendo en cuenta que en aquella casa había cuatro.

—En ese caso, la habitación de la colada está allí —contestó señalándome lo que hasta ahora creía sería una despensa y en realidad era un minúsculo espacio donde había lavadora, secadora y varios canastos de ropa, uno blanco, otro negro y otro verde—. Blanca, negra y color. Así no hay confusión —me señaló cada uno de los cestos.

—Parece que lo tienes todo bien calculado. —Me aventuré a decir sonriendo mientras me acercaba y dejaba la toalla dentro del canasto blanco.

—¿Llevas mi ropa interior? —exclamó en su típico tono ronco y grave en ese momento.

Ya empezaba a conocerle lo suficiente como para saber que se estaba excitando.

—Si, a menos que quieras que no lleve nada, es lo único que he encontrado. Le miré y podía notar el deseo en sus ojos y la intensa mirada... sabía que, si por él fuera y quizá también por mi misma, estaría ahora mismo sentada sobre aquella lavadora con su miembro hundiéndose entre mis piernas; así lo atestiguaba el bulto bastante apreciable que escondían sus bóxer blancos, al igual que los que yo llevaba puestos.

Desconocía que utilizar su ropa interior iba a satisfacerle hasta tal punto de tener una erección, pero también podía notar como se auto controlaba a sí mismo.

Oí como tosía para aclararse la garganta y en ese momento le vi apartar la vista de mí y volver a la vitrocerámica donde siguió cocinando las tortitas en silencio. Me contuve sobre no decir nada, sabía que necesitaba apaciguarse y porque no decirlo, yo también lo necesitaba.

Tal vez estaba siendo una idiota por vetarnos a ambos a tener sexo, pero de algún modo Alejandro se estaba abriendo al fin a mi y de alguna forma presentía que si la incertidumbre de él por la que tantos años le habían machacado según Teresa era que todas las mujeres eran iguales y que todas abríamos las piernas para un fin por decirlo de algún modo, a mi juicio debía demostrarle a Alejandro que sin sexo también existíamos, tenía que dejar que me conociera y solo así, terminaría por terminar de confiar en mi para contarme todo aquello que de algún modo sentía que lo torturaba por dentro.

Recogimos mis cosas del hotel y las cargamos en su coche, terminé de realizar la cancelación de la habitación y hospedé a mis guardaespaldas en un hotel algo más cerca del edificio de Alejandro, dándoles nuevas órdenes ya que ahora que iba a estar mucho mas tiempo acompañada me parecía absurdo contar con su servicio pese a que Alejandro insistió en que mantuviera la seguridad siempre, incluso aunque estuviera acompañada por él, así que desde que saliera de casa, hasta que volviera, estarían cerca de mi.

Coloqué la última de las perchas y estiré mis brazos. Aún no tenía toda mi ropa allí, pero lo cierto es que quedaba aún bastante espacio que poder utilizar. Coloqué las maletas vacías en una de las habitaciones sin ocupar y me di una ducha rápida para quitarme el sudor de todo el día. Esta vez sí coloqué mi toalla junto a su albornoz y me sentí algo extraña, miré la encimera del lavabo donde estaba mi neceser y había colocado el cepillo de dientes junto al suyo, no era la primera vez que veía las cosas de Alejandro junto a las mías, puesto que en alguna ocasión había visto su neceser junto al mío como cuando

fui a Londres a verlo o cuando vino a Moscú no hacía tanto, pero si que era la primera vez que estaban allí por tiempo ilimitado y quizás, solo quizás incluso permanente.

Salí a buscarlo y me lo encontré sentado en el sofá, con un pantalón de chándal como una única prenda de vestir, suponía que debía ser así cuando estaba tranquilo en casa y aquello me hizo sentir cómoda, parecía estar cambiando de canal sin mirar nada en concreto y conforme me acercaba me observó fijamente con aquel gesto de cejas y una medio sonrisa la cual respondí.

—¿Qué se supone que vamos a hacer? —pregunté algo desorientada mientras me sentaba a su lado en el sofá y colocaba los pies de lado para acomodarme.

—Pues como imaginé que debías estar cansada... ¿Qué te parece si vemos una película en casa y pedimos más tarde la cena para que nos la traigan? —preguntó para saber si estaba de acuerdo.

—¿Sushi? —exclamé de pronto sonriente.

—No por favor... —contestó rápidamente mirando hacia la pantalla del televisor para esquivar mi rostro—. Cada vez que pienso en sushi, recuerdo aquella vez que lo comí de tu cuerpo y... —se calló cuando comencé a reír.

—Está bien —reconocí, ya que a los dos nos podría traer demasiados recuerdos ardientes que no podíamos paliar—. ¿Pizza? —pregunté siendo esta mi segunda opción.

—Puestos a elegir y teniendo en cuenta que nada será sano, lo acepto —terció resignado.

—¿Tienes algún problema con la comida que yo deba saber? —exclamé de pronto en un tono divertido.

—En absoluto —negó—. Como de todo, pero suelo evitar las grasas innecesarias y procuro comer bastante saludable para que ésta —añadió señalándose el abdomen—. Se mantenga en su sitio.

—Entonces... —susurré colocándome de pronto a horcajadas sobre él y

al parecer le sorprendió que lo hiciera—. Tendré que asegurarme que “ésta” —dije cambiando el tono de voz recalcando la palabra—, se mantenga en su sitio y me conformaré con no tentarte demasiado —añadí mientras le daba un esporádico beso lo suficientemente profundo como para que cuando me apartara de él la inercia de su cuerpo viniera en mi busca y así fue, solo que sonreí y volví a mi lado del sofá.

—Eres perversa —admitió, pero su sonrisa decía lo contrario.

—Ya agradecerás que lo sea cuando termine este veto —jadee cerca de sus labios.

—Créeme que lo haré —afirmó seguro.

Al final terminamos comiendo pizza familiar de cuatro quesos a pesar de la negación de Alejandro a elegir concretamente esa y vimos una película romántica y ñoña de la que estaba segura él vomitaría azúcar hasta por los oídos, pero en el fondo supe que lo hacía porque aquella era mi primera noche viviendo en su casa y quería contentarme, probablemente con el paso del tiempo comenzaría a sacar sus verdaderos gustos y dejando de ser tan consentido.

Me quedé dormida entre sus brazos en un momento dado casi sin pretenderlo, antes de que la película terminara y lo supe porque solo porque me desvelé mientras Alejandro me llevaba en brazos a la habitación.

—Tengo que lavarme los dientes —susurré somnolienta.

Probablemente debía ser la única persona del mundo que pensaba en algo así cuando ya me había dormido. Alejandro por toda respuesta me dejó en el suelo del baño frente al lavabo, me dio un beso en el cuello y volvió a salir. Me cepillé los dientes con los ojos cerrados, estaba absolutamente muerta de cansancio y luego subí a la cama trepando sobre ella hasta meterme bajo el cobertor, pero estaban frías y me encogí, así que en cuanto sentí la fuente de calor humano me acerqué a ella como una polilla hacia la luz y noté como sus brazos me rodeaban atrayéndome hacia él.

«Podría pasarme aquí el resto de mi vida» pensé antes de dejar que

Morfeo me arrastrara hacia la oscuridad.

Empezamos a establecer una rutina conforme iban pasando los días. Alejandro se levantaba primero y se daba una ducha, a él le gustaba tomarse el café tranquilo, mientras leía el periódico así que cuando yo llegaba ya vestida, él terminaba de desayunar en mi compañía. Posteriormente yo me maquillaba en uno de los otros baños mientras él se terminaba de preparar y después salíamos juntos hacia el trabajo.

Resultaba bastante cómico cuando la gente nos veía llegar a la vez y el rumor de que la presidenta y el director de la empresa estaban juntos había comenzado a extenderse como la pólvora, probablemente a estas alturas no quedaba nadie que no lo supiera.

Por las noches solíamos hacer planes, ese fin de semana Teresa y Alberto vendrían a cenar a casa para devolverles la invitación y sobre todo Teresa parecía demasiado encantada con la idea. Mientras tanto, Alejandro había insistido en que fuera con él al gimnasio, el mismo en el que ya estuve tiempo atrás. La intención era desfogarnos y terminar demasiado cansados como para no caer en la tentación posteriormente en casa, aunque lo cierto es que era inevitable pensar en los días que faltaban cuando le veía cada mañana levantarse con ese cuerpo creado para la tentación de abdominales perfectos y no poder disfrutarlo como quisiera.

Lo sé, era un castigo impuesto casi por mi misma, pero me convencía de que él estaba haciendo progresos. Me había hablado de su época universitaria, donde conoció a la mayoría de sus amigos con los que mantenía buena relación y también eran amigos de Alberto, también me había hablado del barco y de varias de sus posesiones, pero seguía sin decir ni media de su niñez y aquello comenzaba a preocuparme. Tal vez necesitara más tiempo, al menos eso era lo que trataba de repetirme una y otra vez.

—Ya solo faltan nueve días, preciosa. —Me susurró aquella noche después de darnos una larga ducha para quitarnos el sudor del gimnasio y estábamos sentados en el sofá descansando.

No solíamos ducharnos allí, no sabía por qué Alejandro no lo hacía y yo evidentemente no le iba a dejar esperando, aunque lo cierto es que prefería hacerlo en casa para poder ponerme el pijama justo después.

—Parece que llevas la cuenta rigurosamente, apuesto a que hasta tienes un calendario en el que vas tachando los días —contesté riéndome de la situación.

—Puede ser... —admitió y entonces reí fuertemente.

Pasé sus manos por los hombros, su tez bronceada ya no lo era tanto debido a que probablemente estuviera perdiendo el bronceado del verano y ahora eran visibles unas pequeñísimas y finas líneas apenas apreciables. Había que fijarse muy de cerca para verlas, me pregunté de que serían porque eran mas fáciles de notar al tacto incluso que a la vista.

—¿De qué son estas marcas? —me atreví a preguntar para ver su expresión.

—¿Qué marcas? —exclamó sin importancia.

—Estas —reiteré—. Aquí —dije indicándole la zona para que observara.

—No lo sé, nunca me he dado cuenta —contestó apartando la mirada, pero notaba como evadía la respuesta y a su vez también evitaba mirarme.

—¿Cómo no te vas a dar cuenta? —exclamé presionándole.

—¿Qué mas da? —gritó bruscamente siendo tosco en su respuesta y supe que aquellas marcas debían de traerle malos recuerdos.

—¿Fue él? —exclamé.

No supe porque razón las palabras se escaparon de mis labios sin control y en ese momento Alejandro me miró con sus ojos oscurecidos como si acabara de decirle que el mismísimo demonio había regresado de los infiernos.

—¿Él?, ¿Cómo que él? —exigió demasiado serio.

En ese momento no sabía si debía confirmar o no que lo sabía, pero ya había metido la pata y no había vuelta atrás. Sabía que no dejaría pasarlo e

insistiría hasta que confesara a qué me refería.

—Tu abuelo —confesé esperando su reacción.

Se levantó ofuscado en el momento en el que lo dije, noté como su respiración se agitaba de manera incontrolada.

—¿Hace cuánto que lo sabes? —preguntó sin mirarme.

—¿Importa mucho eso? —respondí indecisa.

—¡Si!, ¡Por supuesto que si que importa! —exclamó alterado.

—Lo sé desde la boda de tu hermana —contesté decidiendo ser sincera.

—Te lo dijo ella —afirmó llevándose las manos a la cabeza.

—No... —susurré no queriendo meter en líos a Teresa a pesar de que ella lo habría hecho de buena fe, tratando únicamente de ayudar a su hermano.

—¿No?, ¿Es que acaso me investigaste?, ¿Investigaste mi pasado?, ¿Por qué razón ibas a hacerlo ahora y no antes? Fue ella —insistió.

—¿Y qué más da la razón por la que me enterara o quién me lo dijera? —grité tratando de hacerle ver que no era importante.

—Lárgate de aquí. —Su respuesta me dejó estática y completamente anonadada.

—¿Qué? —exclamé casi sin pensarlo no queriendo procesar lo que acababa de pedirme.

—Me has oído, fuera de mi casa. —Su era tono autoritario, lo había dicho sin mirarme, completamente de espaldas a mi, como si de alguna forma no pudiera decírmelo a la cara.

—¿Tan malo fue?, ¿Tan grave es que me para que no puedas decírmelo de una maldita vez? —exclamé

—¡He dicho que te largues! —gritó esta vez con tal autoridad que casi podría acongojarme.

—Si salgo por esa puerta, no pienso volver Alejandro. —Le amenacé, pero todo lo que obtuve fue un silencio atroz.

—Me parece bien —contestó y escuché su voz baja, nada que ver con su tono anterior, sino que parecía sonar frío, calculador... como si no le

importara.

En ese momento cogí el móvil y sin pensarlo me fui hacia la puerta. No pensé que estaba descalza, no pensé que estaba en pijama, solo pensaba en los mil demonios que me llevaba aquella situación y como habíamos terminado en lo que parecía una noche tranquila de aquella forma.

Abrí la puerta dispuesta a marcharme, dispuesta a irme de verdad, a romper con todo y a sufrir, porque estaba completamente segura de que sufriría como jamás lo había hecho y en ese instante me giré hacia él viendo como tenía una mano apoyada en la pared dejándose caer, era como si estuviera abatido, roto por dentro... Así que en ese momento le di un portazo a la puerta cerrándola con todas mis fuerzas, tanto fue así, que el sonido hizo eco por todo el apartamento solo que no estaba fuera, no me había ido, seguía allí dentro.

—¡No! —grité pasados unos segundos.

La adrenalina me consumía, no pensaba largarme, no pensaba allanarle el camino, quisiera él o no, iba a enfrentar sus miedos de una maldita vez, porque lo único que me hacía pensar de su comportamiento era eso, Alejandro tenía que tener miedo de enfrentarse a su pasado, un miedo que solo estaba en su cabeza y que no le permitía avanzar.

En ese momento él se giró de pronto y enmudeció. No sabía si el hecho de que me hubiera quedado le sorprendía o le cabreaba, pero me dio exactamente igual.

—¡No pienso irme!, ¡No pienso largarme de nuevo! —exclamé—. Ya estoy harta de esa maldita coraza que interpones entre tu y yo, que no me permite llegar hasta ti, Alejandro.

—Te dije que te fueras... —susurró, pero su voz sonaba más a una especie de pregunta por la forma de arrastrar sus palabras.

—No pienso irme, te guste o no, voy a quedarme —dije cruzándome de brazos.

—No quiero que estés conmigo por lástima. No lo puedo soportar —me contestó evitando la mirada.

—¿Lástima?, ¿Qué estoy contigo por lástima? —ironicé—. Alejandro... siento muchas cosas por ti y lástima no es precisamente una de ellas.

—¿Y por qué ibas a estar conmigo sino? Precisamente desde la boda de Teresa, cuando antes me habías dejado claro que entre tú y yo no habría nada. —Sus palabras parecían denotar dolor.

—Porque te quiero —dije sin más. En ese momento él me miró de pronto a los ojos buscando verdad en mis palabras—. Me enamoré de ti sin quererlo, sin pretenderlo, si tan siquiera darme cuenta mucho antes de que Teresa me confesara aquello y si no quería nada contigo antes de la boda fue porque no quería que me hicieras daño de nuevo, no podría volver a pasar por ese dolor otra vez. —Me acerqué lentamente a él mientras permanecía quieto, llegué hasta estar de frente y coloqué una mano en su pecho desnudo, notaba como su corazón se aceleraba al igual que el mío—. Estoy completa y absolutamente enamorada de ti —añadí antes de elevarme un poco para llegar a rozar mis labios con los suyos, esperando una respuesta...

Y la respuesta no tardó en llegar cuando él los apesó de tal forma y con tal voracidad que pensé que me caería al suelo si no llega a ser porque al mismo tiempo me alzó entre sus brazos.

EL OSCURO PASADO DE ALEJANDRO

Sentía sus manos rodeando mi cintura con fuerza. La necesidad que había en aquellos labios me hizo comprender mucho más que deseo, me hizo sentir su tormento.

—Irina... —susurró en un gemido.

—Cssh —siseé acallando sus labios y volviendo a besarle mientras paseé mis manos por sus brazos hasta llegar a su mano y tirar de él conforme caminaba hacia atrás sin dejar de besarle en ningún momento dirigiéndome a la habitación.

Aparté mis labios de él un segundo para deshacerme de la camiseta que llevaba, no utilizaba sujetador para estar por casa, así que mis pechos quedaban libres y a la vista. Antes de que pudiera reaccionar Alejandro se abalanzó sobre mi cuello provocando que no pudiera evitar proferir un gemido interno por respuesta ante la sorpresa. Sus candentes labios bajaban por mi clavícula dando ligeros besos y acercándose a mi pecho lentamente, era como si no hubiera prisa a pesar de la necesidad que sabía que él tenía y que sin duda alguna yo también podía incluirme.

Mordisqueó la piel alrededor de mis pezones hasta que de un fuerte movimiento que me provocó una oleada de calor noté como su boca húmeda apresaba mi pecho izquierdo en su boca y jadeé de puro placer. Mientras su boca se deleitaba yo no podía evitar arquearme inclinándome hacia él, sentía como mi cuerpo me exigía ser invadido por él, que fuera llenado de nuevo para volver a sentirme completa. Me incliné para intentar llegar hasta el borde de su pantalón mientras él seguía acariciándome con deleite y me mordía el labio ante aquel roce extremo, mis manos no llegaban así que alcé mis piernas y con los dedos de los pies fui haciendo que su pantalón de chándal fuese inclinándose hacia abajo.

—Por favor... —supliqué.

—No te vayas nunca. —Su voz era ronca.

Mis pantaloncitos de pijama desaparecieron al igual que mis braguitas. Podía sentir su erección frotándose contra mi entrepierna, pero me miraba con esos ojos azules tan brillantes que hacía que me conmoviera, como si esperase una respuesta.

—No voy a irme, no pienso irme —afirmé.

—No te vayas, aunque te ordene que lo hagas —insistió mientras seguía mirándome fijamente—. Ya no sé vivir sin ti, no quiero vivir sin ti.

Mis ojos debieron volverse cristalinos, aquello no era una declaración de amor, no me estaba diciendo que me quisiera como yo le había confesado, pero era más, mucho más de lo que esperaba.

Coloqué mis manos en su rostro suavemente, pude notar como una pequeña lágrima escapaba de mis ojos.

—No me alejaré, ni me marcharé, ni huiré... aunque tu mismo me ordenes que lo haga —aseguré.

Por toda respuesta Alejandro me besó suavemente mientras sus manos entrelazaban las mías sobre mi cabeza y se deslizaba en mi interior consiguiendo que mi gemido ante tal deseo muriera en sus labios.

Su lengua jugaba en un baile sensual con la mía, su calor corporal apresaba mi cuerpo provocándome oleadas de placer inaudito que, en conjunto con cada una de sus embestidas, al principio suaves, pero cada vez más certeras, intensas, profundas y fuertes, conseguía que me acercara para rozar el paraíso.

En ese momento Alejandro me alzó de un solo movimiento atrayéndome hacia él, mientras sus manos sujetaban mis nalgas mientras sentía como se hundía completamente en una estocada y morí de placer justo cuando sus dedos rozaron mi clítoris para estimularme. Grité de éxtasis al notar como el orgasmo me llenaba, me invadía e incluso me colapsaba.

—Te quiero. —Fue lo primero que escuché cuando mis sentidos

comenzaban a volver en sí.

Abrí mis ojos para encontrar su mirada azul fija en mí y en ese instante le abracé con desesperación.

Me quería, Alejandro acababa de confesar que me amaba.

—Las marcas por las que preguntaste son de un látigo, en concreto de un martinete.

«Dios mío...» Pensé sin expresarlo mientras mis dedos acariciaban su espalda.

Iba a separarme de él levemente para mirarlo, pero entonces noté que me abrazaba con más fuerza e intuí que mientras me lo contaba no deseaba que le mirase, tal vez así le resultara más fácil hacerlo y entonces seguí rozando mis dedos en su espalda.

—Apenas tengo recuerdos nítidos antes de los seis años, solo el leve recuerdo de estar en una casa sucia que olía mal y allí entraban muchos extraños, muchos hombres. Algunos ni tan siquiera reparaban en nosotros, pero hubo uno que quiso llevarse a Teresa y escapé por la ventana con ella a casa de una vecina, apenas recuerdo el rostro, pero sí que nos daba algo de comida y nos dejaba quedarnos en su casa hasta que aquellos hombres se iban. Teresa debía ser muy pequeña, ni siquiera sabía andar y lo recuerdo porque yo siempre la llevaba en brazos. Mi madre o más bien, la mujer que supuestamente se hacía llamar madre, ni tan siquiera se daba cuenta de que no estábamos en casa, mis últimos recuerdos de ella eran siempre tirada en el suelo de aquella casa rodeada de basura y agujas que más tarde comprendí, eran jeringuillas para drogarse. Murió de una sobredosis, y si soy sincero, no sentí nada cuando nos explicaron que había muerto. Tenía más estima a esa vecina casi desconocida a la que probablemente le dábamos lástima y por eso nos daba algo de comer que a mi propia madre. Teresa no sabe absolutamente nada de esa época, no la recuerda y yo jamás le conté nada, aunque sabe que nuestra madre murió de una sobredosis y que se prostituía, yo nunca le dije el peligro al que esa mujer nos exponía cada día. Asuntos sociales se dio cuenta

que no estábamos escolarizados y le dio nuestra custodia a nuestro abuelo. La primera vez que le vi pensé que nuestra suerte no podía ir a peor, nosotros veníamos de un lugar si normas, sin disciplina y sin reglas. Mi abuelo era un exmilitar en el que basaba su vida en esos tres pilares fundamentales; cumplir las reglas, acatar las normas y una estricta disciplina harán que te conviertas en hombre.

Sus palabras indicaban que esa frase se la debía haber recitado demasiadas veces. No supe lo extremas que eran sus palabras hasta que descubrí que por cada falta por mínima que fuera, implicaba un castigo. Si las sábanas no estaban perfectamente estiradas sin una sola arruga, el desayuno era sustituido por tres latigazos de cinto. No estar puntualmente a la hora indicada donde él decía, implicaba pasar cada minuto de retraso por una hora de rodillas, con un garbanzo en cada una de ellas para que se clavara literalmente en la piel y los brazos extendidos con un tomo de la biblia en cada uno de ellos. Eso me hizo a contar mentalmente el tiempo, porque no tenía reloj. Conforme fui creciendo el dolor del cinto ya era demasiado poco, me había acostumbrado al dolor y sin dolor, el castigo no era ejemplar, por lo que del cinto pasó al látigo y después al martinete que tenía más correas para rasgar la piel. Me abracé más a él si es que era posible, era injusto que hubiera tenido que soportar aquello a manos de aquel hombre atroz que no se merecía ser llamado abuelo.

—Yo creía que era normal, incluso pensé que debía ser así para convertirme en un hombre como él siempre decía, pero su odio hacia Teresa me hacía pensar que algo en él estaba mal. Ella apenas era un bebé, demasiado pequeña incluso para recordar, pero la trataba como si fuera una vergüenza, decía que sería una puta igual que su madre y su abuela, que lo llevaba en la sangre. A pesar de los insultos yo entendía que no podíamos ir a ninguna parte, así que la única forma que tenía para proteger a Teresa de las palizas de él era llevármelas yo en su lugar, a él le enfurecía que tratara de protegerla, así que cuando me castigaba por defender a Teresa, habitualmente

no podía levantarme en varios días de la cama. Supe que tenía que sacarla de allí pronto, debía terminar mis estudios lo más pronto posible para llevármela de ese infierno, yo podía soportarlo, pero ella no. Con el tiempo descubrí que mi percepción hacia cualquier mujer que no fuera Teresa era tal como mi abuelo lo había descrito, las veía a todas como unas interesadas, unas putas que se vendían al mejor postor por un precio y era incapaz de sentir absolutamente nada por ellas, nada que no fuera apetito sexual... nada hasta que llegaste tu que incluso a pesar de creer que eras como todas las demás, me hiciste algo de lo que era incapaz de escapar, de dejar de pensar en ti. Hiciste que me diera absolutamente igual que fueras o no una interesada, yo solo quería estar contigo porque si pensaba que te había perdido, sentía que me ahogaba. Por eso estaba dispuesto a intentarlo, a pesar de no haber tenido nunca una relación, a pesar de que creyera que sería incapaz de hacerlo bien, pero solo era miedo a perderte, miedo a que te dieras cuenta que yo... no sé querer a una mujer Irina, no sé qué se supone que tengo que hacer o qué debo decir y no quiero perderte, no quiero que un día te des cuenta y descubras que...

—Yo solo necesito que seas tu, Alejandro. Te amo incondicionalmente, con tus defectos, con tus cambios de humor, con tu tono ronco que me hace vibrar de deseo y con tu increíble autoridad que sin ninguna duda altera mi sangre por completo.

—¿No te cansarás de mi?, ¿No te marcharás cuando te des cuenta de que no soy normal? —preguntó con cierto abatimiento.

—No deseo que seas normal, si lo fueses... no estaría aquí contigo y no me habría enamorado de ti —le aseguré.

—No te merezco Irina, pero soy demasiado egoísta para dejar que te vayas —admitió y sonreí.

—Entonces sé egoísta... seré feliz así —admití abrazándole con más fuerza.

—Enséñame a amarte... enséñame a quererte... —susurró mientras

acariciaba mis labios y su aliento se mezclaba con el mío tan candente que mis ganas de que me volviera a hacer suya crecían intensamente.

Ahora que Alejandro me había confesado ese tortuoso pasado que le atormentaba, parecía como si una parte de él se hubiera liberado, era como si la carga que pesaba sobre sus hombros fuera más liviana y pasajera, lo noté porque cada vez sonreía con mayor facilidad al mirarme, porque aprovechaba el mínimo roce para rodearme con aquellos fuertes y enormes brazos para acercarme a él y abrazarme sin ninguna intención, solo por el mero hecho de tenerme cerca de su cuerpo y probablemente él mismo lo hacía de forma inconsciente.

Para ser un hombre que aseguraba no saber cómo amar... lo estaba haciendo mejor que la mayoría que se suponía que sí sabían y tal vez por eso mismo, lo hacía con más intensidad.

—¡Esta noche vienen Alberto y Teresa! —grité entrando en la cocina con las bolsas de la compra que acababa de traer, aunque imaginaba que lo recordaba.

—Sí, pero ¿Por qué no me dijiste que ibas a hacer la compra? Te podría haber ayudado —contestó entrando en la cocina siguiéndome.

—No pasa nada, me gusta hacerlo —contesté sin más mientras me acercaba a él y le daba un beso que no desaproveché para profundizarlo con aquella jugosa lengua que hacía maravillas por mi cuerpo—. Te lo decía porque no me gustaría que le reprocharas nada sobre lo que ella me contó de ti. Sabes que solo tenía buenas intenciones.

No habíamos vuelto a hablar del tema desde que Alejandro hizo su confesión, pero de alguna forma no deseaba que le recriminase nada a su hermana, a pesar de que sabía cuánto quería a Teresa y de que jamás le diría nada que pudiera dolerle.

—Lo sé —contestó algo distraído—. En el fondo creo que hasta podría darle las gracias, ¿No? —confesó algo sonriente y le di un leve beso por respuesta.

—Tal vez debas hacerlo —dije guiñándole un ojo.

—¿Estás tratando de seducirme señorita Komarova? —Aquél tono ronco y sexy me ponía a cien y él lo sabía de sobra...

Me mordí el labio evitando mirarle mientras era incapaz de evitar una sonrisa.

—Para nada señor Álvarez —gemí.

—Yo creo que sí... —Su aliento estaba en mi nuca.

Acababa de apartar mi cabello suelto hacia un lado y podía notar como su nariz la rozaba aspirando mi aroma.

—Tengo que preparar la cena... —jadeé tratando de hacerle tomar conciencia de que no podía perder más tiempo.

—Pues empieza —gimió mientras notaba sus dedos subiendo el vestido ajustado que llevaba puesto y para entonces ya estaba completamente húmeda y mojada ante la idea de lo que iba a suceder.

Su polla estaba completamente dura y podía notarla rozando mis nalgas, mientras una mano ascendía por mi vientre, tocando mis pechos y subiendo hasta mi boca donde me metió uno de sus dedos en la boca y yo lo chupé con ansia, su mano derecha se colaba entre las medias abriéndose paso hacia mi entrepierna, donde mi más que húmedo coño le esperaba.

—¡Joder! —gimió en mi oído—. No sabes lo cachondo que me pone saber lo húmeda que estas cuando te toco, siempre preparada para que te folle, para que te haga mía de nuevo.

Gemí por respuesta mientras sus dedos encontraban la apertura y se deslizaban hacia mi interior tan fácilmente que ambos jadeamos al mismo tiempo.

—¡Dios! —gemí mientras le chupaba los dedos que metía en mi boca y mis manos se iban hacia atrás para desabrochar su pantalón.

—¿Me quieres dentro de ti, preciosa? —susurró mientras le bajaba la cremallera y estiraba de su pantalón a la vez que metía una mano en los bóxer liberando así su erección.

—Siempre te quiero dentro, dios griego —jadeé.

—¿Dios griego? —gimió sin dejar de cesar en sus movimientos entrando y saliendo con sus dedos de mi interior.

—Si... —gemí—. Eres mi dios griego.

—Pues tu dios griego va a llevarte al Olimpo, preciosa. —De un tirón sentí como las medias y mi ropa interior eran arrancados de mi piel y antes siquiera de reaccionar, notaba su polla hundiéndose dentro de mi de un solo movimiento.

—¡Ah! —gemí ante la sorpresa.

Me apoyé en la encimera sujetándome con fuerza mientras mi dios griego salía lentamente para volver a hundirse de nuevo con más ahínco. Pronto empecé a acompañar sus movimientos, sus embestidas eran cada vez más fuertes y profundas, tanto así que no podía evitar gemir ante tal placer. Me alcé girándome levemente y su boca apresó la mía con desesperación mientras no dejaba de sentir la fricción de sus movimientos ahogándome literalmente en lujuria. Y en ese momento Alejandro me alzó una pierna provocando que se adentrará aún más en mi al tiempo que tocaba el punto exacto consiguiendo hacer realidad sus palabras... acababa de llevarme al puto Olimpo de los dioses.

Romper ese maldito veto de sexo, sin duda fue la mejor decisión de todas, aunque nunca llegamos a cumplirlo, de hecho, lo rompimos en dos ocasiones y ahora que Alejandro se había abierto a mi, ya no era necesario.

Sabía que el sexo era un pilar fundamental de nuestra relación, muy fundamental, pero éramos felices así... yo era feliz así.

—¡Traigo el postre! —gritó Teresa nada más entrar en la casa.

—¿Qué has traído hermanita? —Escuché preguntar a Alejandro mientras yo sacaba el pescado del horno que ya estaba listo.

A pesar de la interrupción por parte de Alejandro —aunque si tenía en cuenta que solo había sido para proporcionarme placer como siempre—, me había dado tiempo de terminar la cena justo a tiempo mientras él había

preparado la mesa.

—No te lo diré o eres capaz de meterle mano antes de la comida. — escuché recriminarle Teresa con un tono divertido y oí la risa de Alejandro por respuesta, no pude evitar sonreír a pesar de que no los veía.

—Vaya cuñado, te veo muy bien. —Ésta vez era la voz de Alberto y los tacones repiqueteando en el suelo me advertían que Teresa no tardaría en entrar en la cocina.

En el instante en que dejé la bandeja caliente sobre la rejilla y apagué el horno me quité los guantes y me di la vuelta.

—¿Qué le has hecho? —exclamó casi en un susurro sonriente.

—¿Es en el buen sentido o no? —contesté con otra pregunta algo extrañada sabiendo que se refería a su hermano.

—Desde luego que, en el bueno. Nunca le había visto tan sonriente. A ver... sonreía, pero no de esa forma tan... natural, sin ser forzado —admitió.

—Te gustará saber que al fin me lo confesó todo —dije ahorrándome los detalles.

—¿En serio?, ¡Oh dios mío! —exclamó dejando la bandeja que llevaba en el primer hueco que encontró y se abrazó a mí—. Debe de quererte mucho Irina... ni tan siquiera conmigo ha sido capaz de hablarlo.

—Hermanita, déjala respirar que la necesito viva para llevar a cabo mis planes —escuchamos ambas mientras estábamos abrazadas.

Teresa se apartó rápidamente de mí y miró a su hermano.

— ¿Y cuáles son esos planes? —preguntó ella divertida.

—Si te lo digo, no será una sorpresa para mi preciosa novia —aseguró y en ese momento me sonrojé, intuía cuáles eran esos planes y lo más probable es que mi dios griego volviera a llevarme al Olimpo.

—Hola Irina —me saludó en ese momento Alberto.

La cena fue bastante tranquila, entre risas y algunas anécdotas de Alejandro y Alberto con sus amigos.

—Bueno, hay algo que nos gustaría contaros —intervino Teresa

sorprendiéndonos a todos.

—Somos todo oídos, hermanita. —contestó Alejandro y en ese momento Teresa miró a Alberto cómplice de ella al parecer.

—Aunque aún es muy pronto y no queremos decírselo a la familia, si no os lo cuento a vosotros creo que explotaré de tanto contenerme o algo peor —comenzó a decir Teresa—. Hermanito... vas a ser tío.

Miré a Alejandro que se quedó con el rostro serio, sin expresión alguna, como si hubiera esperado cualquier cosa menos esa y en ese instante yo chillé de emoción para contrarrestar su sorpresa.

—¡Ay! —grité—. ¡Eso es estupendo! —volví a gritar mientras me levantaba y abrazaba a Teresa que sonreía radiantemente y en ese momento miré a Alejandro que al menos había cambiado su cara neutra por una sonrisa y le daba un abrazo a Alberto.

—Supongo que no lo esperabas... —escuché decir a Teresa cuando abrazó a Alejandro.

—No tan pronto... lo admito —volvió a sonreír—, pero me alegro mucho por ti, por vosotros.

—Eso espero porque vais a ser los padrinos de nuestro bebé —contestó tranquilamente mientras se acercaba a Alberto que la acogía entre sus brazos.

En ese momento comprendí que acababa de formar parte de aquella familia y que no quería estar en ningún otro lugar que no fuese allí, junto al amor de mi vida. Aquella noche mi dios griego volvió a llevarme Olimpo, como hacía desde que le conocí y como estaba segura de que haría durante el resto de mi vida.

—La semana que viene debo ir a Moscú por trabajo, y de paso veré a mis padres para estar con ellos unos días. —le dije mientras estábamos abrazados en la cama y yo tenía medio cuerpo sobre el suyo.

—¿Pasarás allí el fin de semana? —preguntó ensimismado.

—Sí, tenía pensado hacerlo —admití acariciando con los dedos su pecho.

—Entonces tendré que ir a verte —dijo sorprendiéndome ante tal hecho.

Alcé mi vista y le vi mirando hacia abajo, justo a su pecho donde yo tenía apoyada la cabeza.

—Estarás en casa de mis padres —le advertí haciéndole ser consciente de la situación.

—Está bien —contestó como si nada le preocupase—. Supongo que tarde o temprano tendría que hacerlo teniendo en cuenta que son los padres de la mujer que quiero. Además, ya me conocen y según me has contado aprueban que estemos juntos, ¿no?

—Si, pero vas a pasar mucho tiempo con ellos —le advertí—. No quiero presionarte.

—¿Es que no quieres que vaya? —preguntó algo alterado.

—¡Por supuesto que quiero que vengas! —grité—. Es solo que quiero... ¿Advertirte? —exclamé—. A veces mi madre puede ser muy pesada cuando quiere y mi padre...

—Lo soportaré —me susurró mientras me alzaba para que pudiera besarle—. Por ti sería capaz de soportar el fuego del mismísimo infierno si hiciera falta, preciosa.

LA DECISIÓN DE ALEJANDRO

POV ALEJANDRO

Se había marchado a Moscú hacía solo seis horas y ya la echaba de menos. ¡Dios!, ¿En qué momento esa mujer se había convertido en parte de mi vida?

Lo sabía muy bien... desde ese instante en que recibí esa foto, desde el mismo momento en el que la vi en aquel ascensor, desde que mis cámaras la grabaron llegando a mi despacho y desde el mismísimo instante en que llamo a aquella puerta del hotel acudiendo a nuestro encuentro dándome el orgasmo más placentero que había tenido en toda mi jodida existencia.

No era solo porque fuese increíblemente preciosa, con un cuerpo extremadamente sensual y sexy. Irina era mucho más. Ella era inteligente, fuerte, tenaz e irradiaba tanta vida, que había conseguido contagiarme para que yo también deseara vivir, deseara ser feliz, deseara amar... todo gracias a ella.

¡Joder si la amaba! Eso que sentía era tan fuerte que más me valía no pensar mucho en ello o me podría cagar de puro terror al pensarlo y por increíble que pareciera ella me quería, quería estar conmigo y no iba a ser yo quien le impidiera hacerlo sino todo lo contrario.

Jamás hubiera imaginado que una mujer así podría llegar para darle un vuelco de ciento ochenta grados a mi vida, pero menos mal que había aparecido y gracias a Dios que lo había hecho, porque ahora me daba cuenta de la oscuridad en la que siempre había estado y lo insulsa que había sido mi vida hasta que ella había llegado.

Yo, Alejandro Álvarez me encontraba allí contando las horas y minutos que faltaban hasta volver a verla, a pesar de que ello implicaba estar con sus

padres y me daba igual ¡Me daba absolutamente igual si ello significaba estar con mi preciosa Irina

Había comprendido que no quería estar sin ella, que mi vida no tendría sentido si no la tenía a mi lado. Así que había tomado una decisión, algo que cambiaría mi vida, que marcaría un antes y un después, pero que era la determinación más fácil que me había costado decidir hasta ahora y quería hacerlo bien. Por primera vez, haría las cosas bien y no al revés como había sido toda nuestra relación desde el principio.

Me resultó extraño atravesar las rejas de la casa del señor Komarov. Pese a ser un socio minoritario de la empresa y el director de una de sus sucursales, en mi vida pensé tener una relación estrecha con ese hombre respetable y al que por supuesto admiraba por haber creado tan magnífico imperio empresarial desde cero y por su cuenta. Si era franco conmigo mismo, estaba nervioso, Irina me había advertido que aprobaba nuestra relación, pero hasta que no hablase en privado con él, no sabía hasta qué punto sería de verdad así o simplemente no había querido contrariar a su única hija.

Iba a subir el último peldaño cuando la puerta se abrió y pude ver esa cabellera rubia justo antes de abalanzarse sobre mí. En ese momento tiré mi bolsa de viaje de piel al suelo y la cogí en mis brazos sujetándola con fuerza.

«Ese perfume» pensé nada más reconocerlo. Podría pasarme la vida oliendo su cuerpo y embriagándome en cada parte de su ser olfateándolo.

Busqué sus labios importándome un comino donde estábamos y la abracé aún con más fuerza cuando su lengua comenzó a jugar con la mía.

—¿Me has echado de menos? —susurré jadeante cerca de sus labios.

—No... —negó divertida—. ¿Acaso hice algo para que creyeras lo contrario? —Me preguntó volviendo a besarme con la misma intensidad.

—Para nada preciosa —gemí de nuevo en sus labios.

Una tos grave hizo que nos separásemos y miráramos en dirección a la puerta de entrada donde vi al señor Komarov de pie.

—Señor —le dije mientras dejaba a Irina en el suelo y me acercaba para estrecharle la mano la cual me respondió formalmente.

—Espero que haya tenido buen viaje Álvarez —contestó formalmente.

—Papá... —intervino mi preciosa rusa que pareció recriminarle algo.

—Me alegro —afirmó un poco más alegre—, ¿Porque no acompañas a Alejandro a su habitación para que se acomode? Tu madre no tardará en llegar —añadió mirando hacia su hija.

—Claro que sí, vamos —contestó mi preciosa novia cogiéndome de la mano para estirar de mi.

¿Debía decirle adiós a los formalismos? Aún no me imaginaba llamando al señor Komarov, Luciano a secas.

Aunque me había instalado en la habitación que estaba justo enfrente de mi preciosa rusa, no tenía ninguna intención de dormir lejos de ella, pero no me hizo falta decírselo porque fue ella misma quien se adelantó a mis pensamientos asegurando que dormiría allí conmigo y que incluso sus padres supondrían que así sería, aunque aquello solo fuera un mero formalismo.

La señora Komarov fue igual de simpática que el día que la conocí en la ópera y lo cierto es que conforme más tiempo pasaba, comencé a sentirme más aceptado por los padres de Irina. De algún modo empecé a sentirme cómodo en aquella situación a pesar de que había pensado lo peor creyendo que pensarían que no era lo suficientemente bueno para su hija.

Nos iríamos el domingo después de almorzar, así que me levanté temprano esa mañana, mucho más de lo normal, observé a la preciosidad durmiente que tenía en la cama de la habitación que me habían asignado para dormir y pensé en lo afortunado que sería viendo ese rostro cada día al despertar durante el resto de vida... con ese pensamiento bajé las escaleras y me encontré al señor Komarov desayunando en la mesa del salón mientras parecía leer la prensa.

—Buenos días hijo —me saludó sin apartar la vista del periódico.

—Buenos días señor Komarov —contesté acercándome hasta donde él se

encontraba y guardando un silencio incómodo.

Por primera vez en mucho tiempo estaba nervioso, bastante de hecho, pero tenía que hacerlo.

—Suéltalo de una vez —dijo el padre de Irina sacándome de mis pensamientos.

Miré a ese hombre que seguía sin apartar la vista del periódico, ¿Cómo demonios sabía que quería decirle algo? Más bien, preguntarle algo.

—¿Cómo dice? —exclamé confundido.

—Estás ahí de pie, dudando entre preguntarme o no algo que evidentemente te tiene inquieto —contestó mientras doblaba el periódico y se quitaba las gafas de vista para mirarme—. Sea lo que sea te escucho.

—Me gustaría hablar con usted en... privado —contesté en un tono formal.

—Vaya, eso ha sonado bastante serio, ¿Debo preocuparme? —exclamó y por raro que pareciera incluso noté cierta diversión en sus palabras. Tal vez solo era producto de mi imaginación.

—No señor... espero que no —dije esperando que se lo tomara bien.

—Está bien, vamos a mi despacho —concluyó levantándose—. Allí no nos molestará nadie.

Le seguí a través de varias estancias hasta lo que se suponía que era el despacho personal de Luciano Komarov y en otro momento me habría parado a observar cada detalle, pero mis manos sudorosas y el tembleque de mi labio inferior me hacía no prestar atención a nada más que mi agitación.

—¿Y bien? —preguntó nada más cerrar la puerta.

—Quiero a su hija —respondí sin más.

—Me alegro. Yo también la quiero, aunque no del mismo modo, desde luego —contestó con cierta calma.

—Si, por supuesto —afirmé siendo consciente de la escasez de mis palabras—. Lo que quiero decirle es que la amo profundamente y deseo pasar el resto de mis días con ella —dije deseando haberme explicado lo

suficientemente bien.

—¿Estás seguro? —exclamó mirándome fijamente.

—Completamente —dije firme—. Por eso quiero solicitar su permiso para pedirle que se case conmigo. —Ya está, lo había dicho, por fin había expresado firmemente mis intenciones hacia su hija.

—¿No se lo has preguntado aún? —preguntó extrañado.

—No señor, primero quería obtener su aprobación —respondí nervioso.

—Siéntate hijo —me dijo de un modo que eso no consiguió tranquilizarme, sino todo lo contrario. Hice lo que me pedía mientras me sentaba frente a su mesa—. Voy a ser sincero —comenzó a decir... por un momento creí que se negaría, que me diría que no y el mundo se habría acabado para mí. Podría darme igual que me aceptara o no, pero sabía que ella no sería feliz sin la aprobación de su familia—. Investigo a todos mis socios para saber si esconden algún trapo sucio en su pasado que pueda afectar a mi empresa, como comprenderás no puedo correr riesgos y tú mejor que nadie puede entenderlo. Conozco tu pasado, y seré franco cuando admito que me honra saber en el hombre que te has convertido a pesar de ello; tu tenacidad, tu determinación y ese afán de superación en parte me recuerdan a mí, por eso no dudo de tu palabra cuando confiesas amar a mi hija. Mi pequeña Irina es mi única hija, ella es todo para mí aparte de mi mujer, claro. —hizo una pausa—. No soy ciego y he visto lo feliz que ella es a tu lado, hacía tiempo que no veía esa felicidad en sus ojos y sé que está enamorada de ti.

Me quedé esperando sin saber qué contestar, ¿Era ahora cuando venía un “pero”?, ¿Cuándo se negaría rotundamente a darme su mano porque no era suficiente para ella?

—Los dos lo somos —admití.

—Creo que eres el pilar que mi hija necesita para presidir la empresa y será un placer llamarte hijo si ella te elige y acepta como su futuro esposo —admitió finalmente.

—¿Me da entonces su bendición? —exclamé atónito sin creer que me hubiera dado su consentimiento.

—Aunque no la necesites te la doy —contestó sonriente.

En ese momento sentí una liberación incomprensible e inaudita, tanto fue así que no pude sino levantarme, sonreír y darle un pequeño abrazo por lo infinitamente agradecido que me sentía en ese momento.

Tenía la aprobación de su familia, ahora solo me faltaba la de ella y tendría que hacer algo inaudito para conseguirlo.

POV IRINA

Alejandro había estado de lo más raro desde que habíamos vuelto de Moscú. No sabía si es que por alguna razón había sucedido algo que no le había gustado o es que se había sentido demasiado incómodo en casa de mis padres a pesar de que no me dio esa sensación en ningún momento. Dejé de darle vueltas y cogí el teléfono para llamar a Nadia, apenas había podido comer con ella un par de veces cuando estuve durante esos días en la ciudad y últimamente ella apenas tenía tiempo por el sinvivir de horas extras que debía hacer en el hospital durante su primer año para conseguir experiencia.

—¡Iriiiii! —gritó nada más descolgar el teléfono y sonreí por su expresión de alegría.

—¡Nadiiii! —contesté en el mismo tono.

Si, parecíamos dos idiotas al teléfono, pero por suerte nadie nos escuchaba, aunque de hacerlo nos daba absolutamente igual.

—¿Qué tal va tu estupenda vida de enamorada?, ¿Problemas en el paraíso? —exclamó con cierto tono de ironía y noté que la había pillado en la hora de la comida porque la escuché engullir algún tipo de alimento y hablar con la boca llena.

—¿Qué haces comiendo a estas horas? —pregunté al contar mentalmente la diferencia de horario que debían ser las cinco de la tarde en Moscú.

—Turno doble. —Logré deducir que había dicho tras varios segundos después de su respuesta.

—Ese trabajo te va a matar, mejor ni te pregunto por tu inexistente vida sentimental porque dudo que tengas tiempo ni de depilarte.

—Ahora que lo dices, debería —admitió—. En realidad, me conformaría incluso solo con sexual, aunque fuese —dijo riéndose—. En serio... no tengo tiempo ni de buscar a alguien para echar un simple polvo, que asco de vida.

—Pues sí que estas desesperada —contesté riéndome.

—Mejor no hablemos de mi, sé que me llamas porque te preocupa algo —dijo sorprendiéndome.

—¿Y tú como lo sabes? —exclamé atónita.

—Por las horas a las que me estás llamando —contestó Nadia como si fuera lo más normal del mundo.

—Vale, me conoces demasiado... pues es que Alejandro está muy raro desde que hemos vuelto de Moscú. No es que las cosas estén mal ni nada parecido, es que no sé, es como si me ocultase algo —admití no queriéndole dar más importancia de la que de por sí le daba.

—¿Crees que tiene a otra? —me preguntó directamente.

—¿Qué?, ¡No! Bueno... creo que no —admití ahora pensativa y con la duda en mi cabeza.

—A ver... en que te basas para decir que está raro, tal vez si me lo cuentas lo entenderé —contestó mientras la escuchaba masticar de nuevo.

—Le he pillado dos veces hablado por teléfono cuando llegaba e inmediatamente se encerraba en una habitación para que no le escuchase. Lleva dos días diciendo que tiene cosas que hacer y se queda en el despacho hasta tarde, algo que no había hecho hasta ahora... incluso me da la sensación de que me esconde algo y evita contarle cuando intento sonsacárselo —admití nerviosa.

—No sé, quizás no sea nada y estés viendo cosas donde no las hay o realmente sí tiene aventura, pero eso sería fácil de descubrir —contestó segura.

—Me moriré si me está engañando con otra... —susurré.

—Tengo que dejarte, hay una urgencia —contestó rápidamente—. Te llamo esta noche y seguimos hablando.

—Si, no te preocupes. —dije antes de que me colgara.

No podía engañarme, Alejandro no podía hacerme eso, él me quería, ¿no? Me lo había dicho, pero Nadia me había dejado con la incertidumbre. Ni

tan siquiera lo había pensado hasta que ella lo había mencionado.

¿Me estaría realmente engañando Alejandro con otra mujer?, ¿Me moriré si es así! Pensé y en ese teléfono mi teléfono sonó haciendo que lo cogiera del bolso y me extrañó que fuera un mensaje de Alejandro.

Alejandro:

«A las 22.30h Hotel Petite Palace, habitación 568. No se retrase señorita Komarova»

¡Ay dios! Musité. Era el mismo hotel, la misma hora, la misma habitación en la que todo comenzó... ¿Por qué me citaba allí?

Fui a buscarle a su despacho, pero ya no estaba y le llamé, pero no contestó.

Alejandro:

«Pd: No se olvide de llevar un vestido elegante y sexy al mismo tiempo, preciosa»

Decidí contestarle y comencé a teclear rápidamente viendo que no había otro modo alguno de contactar con él.

Irina:

«¿Qué clase de juego es este señor Álvarez?»

Alejandro:

«Uno que espero le agrade, señorita Komarova»

Irina:

«Eso ya lo veremos»

Cuando llegué a casa tampoco estaba, todo parecía tan misterioso que no sabía si preocuparme o simplemente disfrutar para aquello que suponía sería una noche de placer extremo.

Me duché y sequé el pelo cuidadosamente, me maquillé ligeramente y cogí un precioso vestido nuevo algo entallado por la rodilla de color rojo con escote en los costados al llevar unas cintas cruzadas que dejaban piel a la vista. Pensé que sería elegante y sexy al mismo tiempo. Me calcé los tacones y cogí el abrigo mientras salía por la puerta viendo que eran las diez y cuarto pasadas. Iba a llegar tarde y sonreí por ello porque me daba absolutamente igual, sabía que a Alejandro ya no le molestaría como en aquellos entonces.

Subí a la quinta planta del Petite Palace y golpeé la puerta de la habitación 568 mientras esperaba.

—Llega tarde señorita Komarova. —Aunque me asusté inicialmente por la cercanía tras no esperarle, su voz me tranquilizo.

—No llego tarde —contesté divertida—. Es su reloj que está adelantado.

—Y encima mentirosa... no, no, no —gimió—, deberé castigarla por su falta —me susurró al oído mientras notaba como su nariz acariciaba mi cabello y casi rozaba mi nuca.

—¿Castigarme? —exclamé completamente mojada ante la expectación de lo que acontecía.

—Así es... por lo tanto cierra los ojos —anunció mordéndome el lóbulo de la oreja.

Los cerré inmediatamente y sentí como me colocaba una venda en ellos para ocultar la vista y que no pudiera ver nada. Justo cuando lo hizo noté como me cogía en brazos y por inercia me abrazaba a él para sujetarme.

—¿Dónde vamos? —pregunté al no escuchar ninguna puerta.

—Tu solo déjate llevar preciosa —susurró y me mordí el labio por inercia.

Noté como entraba en un vehículo al tocar la piel de los asientos, Alejandro me depositó con delicadeza mientras él también se sentaba a mi

lado y me rodeaba la cintura. Aunque le notaba cerca no me besaba, solo se limitaba a acariciar mi cintura mientras me apretaba contra él. Estuve en silencio todo el tiempo hasta que del vehículo se detuvo y escuché la puerta, entonces volví a sentir como él me cogía de nuevo en brazos. Hacía algo de frío y deduje que estábamos al aire libre. Escuchaba voces lejanas, y olía a árboles, como a vegetación... ¿Dónde se suponía que estábamos?

Me pareció que pasó una eternidad hasta que noté de nuevo el firme suelo cuando me deslizó de sus brazos y sentía su cuerpo en mi espalda mientras sus brazos rodeaban mi cintura.

El sonido de un violín se hizo presente en ese momento, se notaba a cierta distancia de allí, la melodía era suave y la reconocí inmediatamente; era un clásico del ballet del cascanueces, ¿Era casualidad? El resto de la orquesta comenzó a sonar de pronto y podía reconocer perfectamente que aquella música era en vivo y en directo, ¿Dónde estábamos?

—Desconozco el instante en el que me enamoré de ti, al principio pensé que solo era deseo, después ansía de dominación, más tarde posesión y finalmente comprendí que solo era amor... —Su voz sonaba aterciopelada y sentí como se posicionaba delante de mi porque lo hacía pegado a mi cuerpo.

Sus manos deshicieron el nudo de la venda que llevaba en los ojos y antes de quitarla besó mis labios levemente.

—Te amo, y deseo pasar el resto de mi vida junto a ti. —En ese momento la venda se deslizó sobre mi rostro y noté la oscuridad de la noche y las infinitas luces de velas que había alrededor, sobre el agua que estaba a nuestro alrededor.

Vi la orquesta frente a mi, reconocí inmediatamente donde nos encontrábamos, era el templo de Debod, había estado allí y fue donde conocí por casualidad a Teresa. Entonces me fijé en Alejandro que había dado un paso hacia atrás alejándose de mi poca distancia y en ese momento se arrodilló frente a mi en lo que parecía ser un lecho de pétalos de rosas que había bajo nuestros pies.

Supé en el instante en el que vi aquella cajita en su mano lo que estaba ocurriendo, de pronto supe porqué había estado tan extraño los últimos días y a qué se debía todo aquel misterio.

—¡Oh dios mío! —grité llevándome las manos a la boca en una exclamación que fui incapaz de contener debido a la emoción.

—Irina Luciana Komarova Suárez, ¿Me harás el honor de ser mi esposa?
—afirmó Alejandro mientras sus ojos se perdían en los míos haciéndome vibrar de pura emoción.

III PARTE

TU + YO = EXTENSO

HABITACIÓN 568.

La música había desaparecido, en ese momento no me importaba la gente que nos miraba, las velas alrededor iluminando tenuemente el lugar o la orquesta que seguía sonando al fondo con música celestial. Solo existía Alejandro para mí y de pronto unas lágrimas incontrollables comenzaron a inundar mi rostro no pudiendo contener la emoción que sentía en aquellos momentos. Eso sin duda era felicidad en estado puro, me sentía la mujer más afortunada del mundo.

—Ya soy tuya, Alejandro —contesté emocionada—. Por supuesto que quiero ser tu esposa. No hay nada en el mundo que desee más que tú —añadí mientras me tiré prácticamente a sus brazos y él me rodeó por la cintura al mismo tiempo que me alzaba y dábamos vueltas sobre aquel suelo lleno de pétalos de rosas.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del planeta —susurró mirándome a los ojos mientras nuestras frentes permanecían juntas y aún me sostenía en vilo pegada a su cuerpo.

—Solo soy feliz si estoy contigo —sentenció.

—Te quiero Irina. Te quiero tanto que no puedo ni expresarlo —contestó con tanta firmeza que sentía como el vello de la piel se erizaba ante aquellas palabras.

—Te quiero Alejandro —jadeé—. Vayámonos ahora. Llévame a un lugar donde estemos a solas, porque en este momento quiero hacer demasiadas cosas que no estarían permitidas en público —dije con una sonrisa cómplice.

—Te llevaré a la mismísima luna si así lo deseas —contestó justo antes de besar mis labios y en ese momento sentía realmente que mi dios griego me había llevado verdaderamente al Olimpo de los dioses donde me haría feliz para toda la eternidad.

Para mi sorpresa no regresamos a casa, sino que volvimos de nuevo a esa habitación 568 donde tuvimos nuestro primer encuentro en el hotel el Petite Palace, sonreí en cuanto Alejandro abrió la puerta para dejarme entrar antes que él. Justo en el momento en el que lo hice no avancé ni dos pasos cuando él me agarró de la cintura para evitar que siguiera avanzando y de un solo movimiento atrapó mi cuerpo entre sus brazos sintiendo la firme pared a mi espalda.

Su boca atrapó velozmente la mía que apresó sus labios con imperiosa necesidad y devastación. Deseaba tanto el néctar procedente de su boca que me deleité saboreando su lengua y entrelazándola con la mía mientras escuchaba el ruido ronco que hacía su garganta siendo consciente de que aquello era un síntoma del placer que le provocaba.

Sus labios fueron descendiendo lentamente por mi cuello saboreando cada palmo de piel candente, haciendo que vibrara de emoción con cada nuevo aterciopelado beso humedecido que dejaba rastro en mi cuerpo. No teníamos prisa, a pesar de necesitarnos, ahora sabía que pasaría el resto de mis días a su lado y era plenamente feliz de saberlo, como si aquello hubiera calmado mi ansiedad y concediéndome mi más ferviente deseo que era permanecer al lado de Alejandro para siempre.

Con sumo cuidado fue bajando los tirantes de mi vestido hasta dejar mi pecho completamente al descubierto y aproveché la situación para abrirle la camisa de un movimiento provocando que los botones se desperdigaran por la habitación. De alguna forma estábamos reviviendo aquella magnífica noche en la que todo había cambiado para nosotros, en la que sin duda alguna fuimos conscientes sin saberlo que jamás podríamos encontrar en otra persona la conexión que sentíamos hacia el otro...

La mano de Alejandro acogió uno de mis pechos y jadeé con su contacto, él me observó y sonrió de medio lado justo antes de meterse el pezón en la boca y gemí acercándome más a él, sintiendo como sus manos se aferraban en mi cintura y bajaban hasta mis nalgas donde comenzaron a deslizarse bajo la

falda de aquel vestido que llevaba.

—Alejandro —susurré en un leve jadeo entrelazando mis dedos en su cabello y tirando de él para apresar de nuevo su boca con suma ansia de placer.

—Dime qué deseas preciosa —contestó separándose un instante sin dejar de rozar mis labios.

—A ti —afirmé volviendo a acortar la distancia—. A ti dentro de mi —insistí.

—No hay nada que en el mundo que me complazca más —gimió mientras sentía como me daba la vuelta y subía mi vestido provocando que mis nalgas desnudas quedaran a la vista al llevar medias de ligeros a pesar del frío—. A veces pienso que eres demasiado hermosa para ser real —confesó paseando sus dedos por mi piel y deslizando el culote que llevaba puesto hacia abajo dejándome completamente expuesta a su merced.

Aún no me acostumbraba a ese nuevo Alejandro sin reservas, a esa sensación de saber que me quería sin límites y sin restricciones. A un hombre que finalmente se había abierto a mi confesándome sus miedos, aunque todavía me quedaba demasiadas cosas por conocer de su pasado, pero estaba segura que me terminaría confesando. Él era el hombre de mi vida y afrontaría cualquier contratiempo siempre que estuviera a mi lado.

—Llévame al Olimpo —musité sonriente mientras me inclinaba hacia él, rozándome con su entrepierna abultada bajo aquel pantalón de traje impecablemente planchado.

En ese momento noté una palmada en mi nalga y jadeé de placer, me giré para observar esa mirada intensa sumamente placentera que anticipaba el puro éxtasis que estaba segura de que obtendría en cuanto me poseyera.

—Tu dios griego te llevará a donde deseas preciosa —escuché justo antes de notar como se adentraba lentamente hundiendo su polla en lo más profundo de mi ser y grité ante el placer que ello provocaba mordiéndome el labio.

—¿Es esto lo que querías? —exigió acercándome a él y alejándose de nuevo.

—¡Dios!, ¡Si! —exclamé suplicante mientras comencé a ajustar mi ritmo al suyo con aquel movimiento de sus embestidas que empezaba a incrementarse.

En el momento que alcancé aquel infinito placer perdiendo todas mis fuerzas y dejándome caer hacia atrás para que él me sostuviera. Noté su fuerte abrazo al mismo tiempo que me envolvía el calor de su cuerpo.

—Te quiero tanto Irina —susurró con una voz tan dulce que pensé que se trataba de un sueño.

Aunque aquello era realmente un sueño, después de todo lo que habíamos pasado hasta llegar allí, de todas y cada una de las discusiones, malos entendimientos o separaciones; nuestro final feliz parecía haber llegado al fin.

—He deseado tanto este momento —contesté aferrándome a sus brazos—. Te quiero mi dios griego —añadí sonriente y sentí como me alzaba entre sus brazos hasta que finalmente me depositaba sobre aquella cama que para mi sorpresa también estaba llena de pétalos de flores como el lugar donde me había pedido matrimonio.

—Lo tenías todo planeado —dije en ese momento llevándome un puñado de aquellos pétalos a la nariz para oler su esencia.

—Reconozco que me costó un poco que no te dieras cuenta —admitió algo sonriente y le vi dirigirse hacia la mesa donde justo al lado había un carrito lleno de platos tapados, exactamente de la misma forma que en nuestro primer encuentro.

—¿Por qué me has traído a esta habitación Alejandro? —pregunté a pesar de intuir la respuesta, pero quería saber las razones de sus propios labios.

—Porque ese día cambiaste mi vida —aseguró volviendo hacia la cama con aquel carrito—. Aunque todo comenzara con aquella foto que aún te niegas a decirme para quien iba dirigida, fue aquí donde descubrí que me

había vuelto adicto a ti.

En ese momento le miré fijamente y sonreí.

—Imagino que si vamos a pasar el resto de la vida juntos, ya no habrá más secretos entre nosotros —sentencié y vi como él destapaba el primer plato revelando unas almejas en algún tipo de salsa que recordaba también haberlas pedido en aquella ocasión si la memoria no me fallaba.

—Ningún secreto —confesó mirándome fijamente.

—Está bien —dije acercándome hasta él y sentándome sobre sus piernas mientras le abrazaba—. La noche en la que te envié aquella imagen, me había metido en un chat para ligar y justamente conocí a un chico que se llamaba Alejandro, no recordé que ya te había registrado en la agenda esa mañana cuando mi madre me dio tu teléfono por si tenía algún problema en la empresa, supongo que como lo hice con prisas... no presté la atención necesaria para recordarlo en aquel momento, la cuestión es que en lugar de enviarle esa fotografía al chico del chat, te la envié a ti.

—¿Fui un error fortuito? —exclamó anonadado.

—Lo cierto es que si —contesté riéndome de lo absurda que fue la situación.

Observé como fruncía el ceño algo serio y coloqué una mano en su mejilla para que me mirase.

—Nunca me he alegrado tanto en toda mi vida de haber cometido ese error fortuito —aseguré perdiéndome en ese mar azul de profundos ojos.

—Me había imaginado tantas cosas respecto a esa foto... —dijo con una expresión contrariada.

—Tu fuiste el único que vio esa imagen y también su único dueño —sonreí acariciando su pecho.

—En el fondo debo agradecerle a ese tipo que se llamara como yo —afirmó con un poco más de entusiasmo—. De lo contrario no habría tenido lugar tal confusión tan beneficiosa para mi —añadió ahora con cierta sonrisa en sus labios y aproveché para coger una de las almejas de aquel plato y

llevármela a la boca.

—Cuando descubrí que te había enviado realmente la foto a ti, entré literalmente en pánico —contesté riéndome recordando la situación—. Pensaba que eras un viejo verde que se masturbaría viendo mi foto medio desnuda.

—¿No sabías quien era? —preguntó curioso.

—En absoluto —admití—. No lo supe hasta el momento en que te vi en la cafetería y una compañera de trabajo lo mencionó. Ahí fue cuando supe que eras tú a quien le había enviado aquella foto.

—¿Y cuál fue tu reacción al saberlo? —exclamó con cierto tono de interés y no pude evitar reírme al recordarlo.

—Que menuda desgraciada era por enviarle la foto a un chico tremendamente guapo, pero increíblemente gay —contesté mordiéndome el labio para aguatar la risa.

—¿Gay? —gritó atónito.

—Al parecer más de una en la oficina pensaba de ese modo porque nunca solías prestarles atención —musité llevándome otra de las almejas a la boca y degustándola con sumo cuidado en un gesto provocador.

—Me parece que quedó demostrado entonces que no era así, aunque si aún sigues teniendo dudas creo que puedo aclarártelas enseguida —aseguró con semblante serio

—Eso suena bien, mi prometido —sonreí divisando entonces el anillo que llevaba en mi mano izquierda.

Se trataba de un solitario de oro blanco con un diamante engarzado que brillaba insólitamente casi tanto como el amor que sentía por ese hombre de increíbles ojos azules.

—¿Te gusta? —preguntó al verme observar atentamente la alianza.

—Me encanta, es precioso... ¿Lo elegiste tu? —contesté sonriente tratando de imaginar a Alejandro en alguna joyería mirando meticulosamente cada artículo.

—Sí —afirmó acariciando mi espalda y me apoyé parcialmente en su pecho.

Era increíble que de verdad estuviera pasando, que después de todo fuésemos a casarnos.

—¡Oh dios mío! —grité—. ¡Mis padres! —exclamé—. Tendremos que decírselo... —susurré con algo de congoja porque no sabía como iban a reaccionar, probablemente me dirían que era demasiado joven o que aún no le conocía lo suficiente para casarme tan pronto, pero no estaba más segura de algo en toda mi vida que de querer estar junto a Alejandro.

—Quizá sea mejor decírselo cuándo hayamos elegido una fecha, ¿No crees? —contestó Alejandro con una calma demasiado tranquilizadora.

—¿Tan seguro estás de que mi padre te aceptara como su yerno? —pregunté con media sonrisa.

—¿Qué harás si no es así?, ¿Qué harías si tu padre se opone a nuestro compromiso? —preguntó entonces mirándome fijamente.

—Tendría que aceptarlo si quiere que sea feliz, pero te elegiría a ti Alejandro, que no te quepa la menor duda —aclaré segura de mis palabras sabiendo él era mi presente y mi futuro.

—Entonces me alegro de que me diera su consentimiento para proponerte matrimonio —contestó inmediatamente y observé su rostro alegre.

No me lo podía creer, ¿Realmente le había pedido permiso a mi padre para proponerme matrimonio? Solo a él se le podría ocurrir hacer algo así, incluso traté de imaginar la escena y no podía evitar mordirme el labio tratando de anticiparme al rostro de mi padre. Sin duda tendría que preguntarle su reacción, pero si le había dado su consentimiento, si mi padre aprobaba que me casara con él, significaba que estaba seguro de que no encontraría a otro hombre como él.

SOLOS TÚ Y YO.

A pesar de los acontecimientos y aquel fin de semana apoteósico en el que la mayor parte la pasamos encerrados en aquella habitación de hotel puesto que Alejandro la había reservado para todo el fin de semana con masajes eróticos incluidos y todo un arsenal que había preparado para no aburrirnos precisamente, el lunes tocó volver al trabajo y a la realidad.

Habíamos decidido no hacerlo público a la prensa hasta hablarlo formalmente con mis padres. A pesar de que previamente Alejandro le hubiera pedido permiso para casarse conmigo expresamente —todavía no me imaginaba la escena por más que la había intentado reconstruir en mi cabeza—, quería comunicárselo personalmente a ellos y así concordar una fecha, aunque teníamos más o menos establecido que fuera en aproximadamente cuatro o cinco meses, tiempo más que suficiente para organizar una pequeña ceremonia íntima.

Lógicamente no me pude aguantar más las ganas y aprovechando que estaba sola en mi despacho, llamé a Nadia. Ella era mi mejor amiga y se merecía ser la primera en saberlo puesto que durante todo aquel fin de semana había desconectado por completo el teléfono y ni tan siquiera me había puesto a leer los cientos de mensajes que debía tener acumulados por no mencionar los correos de la empresa.

—¿Se puede saber donde te has metido? —exclamó nada más contestar preocupada.

—¡Buenos días para ti también! —exclamé no dejando pisotear mi alegría.

—Por lo que veo estás alegre, así que intuyo que se habrá debido arreglar el problema que tenías con Alejandro y que finalmente no te está engañando —dijo atropelladamente.

—Pues no... —musité haciéndome la interesante y levantándome de la silla para visualizar las magníficas vistas que poseía de la oficina.

Me había instalado en un despacho contiguo al de Alejandro, por lo que a pesar de no estar juntos explícitamente, no es que estuviéramos muy lejos el uno del otro.

—¿Y bien? —preguntó algo intrigada y sonreí a pesar de no producir sonido alguno por la cara que debía estar poniendo Nadia al respecto.

—¡Que me caso! —grité no pudiendo contener un segundo más las ansias de soltarlo en un chillido que podría asegurar que traspasaría las paredes de no ser por lo bien aisladas acústicamente que se encontraban.

—¿Qué? —exclamó atónita—. ¿Qué te casas? —añadió alzando la voz completamente asombrada.

—¡Si! —volví a gritar eufórica—. Esa era la razón por la que estaba tan extraño y tan raro últimamente —dije recordando nuestra última conversación donde la ponía en antecedentes sobre lo preocupada que estaba desde que había regresado de Moscú con Alejandro y él estaba demasiado raro e incluso a veces hasta me evitaba.

—¡No me jodas! —soltó y parecía que la estaba viendo sentándose en el primer lugar donde encontraba—. Así que sí que va en serio el tío... —añadió con un tono de voz menos apagado.

—¡Ay Nadia!, ¡Estoy tan feliz! —exclamé con el tono de ensoñación y felicidad que me acogía desde entonces, miré de nuevo aquel anillo que no me había quitado ni para ducharme y que desde luego no pensaba quitarme en el resto de mi vida.

—Me alegro mucho por ti Irina, después de todo lo que habéis pasado y de que él al fin consiguiera abrirse a ti contándote su pasado, esto significa que a él le importas de verdad, que quiere pasar el resto de su vida a tu lado —aseguró y mis ojos se volvieron cristalinos de nuevo ante la verdad de las palabras de mi amiga.

—Si soy sincera aún no me lo creo, que después de todo lo que hemos

pasado, al fin llegase este momento —sonreí derramando alguna pequeña lagrimilla mientras me reía.

—¡Anda tonta!, ¡Si eres una suertuda! —exclamó tratando de animarme—. ¿No tendrá un hermano o un primo por ahí que esté igual de bueno? —soltó sin más y comencé a reírme de verdad.

—Pues hermanos o primos no, pero amigos unos cuantos... —respondí recordando a los siete enanitos que no eran precisamente enanos amigos de Alejandro.

—¡Cásate pronto! —gritó y exclamé una carcajada monumental—. ¡Que necesito sexo en mi vida!

—¿Tan mal están las cosas? —pregunté incrédula.

Nadia era bellísima y con un cuerpo espectacular, sabía que con solo chasquear los dedos podría tener a una lista de pretendientes haciendo cola para entrar en su cama, de hecho, mi primo Andrei podría ser uno de los primeros ahora que lo pensaba.

—Peor que mal —admitió con cierta pesadumbre—. No me malinterpretes, adoro mi trabajo y me encanta lo que hago, pero es sumamente agotador —dijo en un suspiro.

—¿No puedes simplemente reducir las horas de trabajo? —pregunté no sabiendo exactamente como funcionaba aquello, pero desde luego sabía que Nadia no trabajaba tanto precisamente por dinero, puesto que sus padres tenían solvencia económica.

—No si quiero quedarme en este hospital —admitió con pesar—. El primer año es el más duro de todos y ya lo sabía antes de entrar, si consigo buenas referencias la junta directiva aprobará mi admisión y podré ampliar mi especialización hasta quedarme definitivamente.

—Sé que lo vas a conseguir, no me cabe la menor duda —afirmé visualizando el plan semanal que mi secretaria me había enviado desde Moscú con la programación semanal y vi que debía viajar a Inglaterra esa misma semana, maldije internamente por tener que ausentarme, aunque fuera un par de

días...

—Si no me muero antes... —admitió con cierta ironía—. Por cierto, ¿Cuándo será la boda?, ¿Ya tenéis fecha? —preguntó e intuí su voz desesperada.

—Aún no, pero no quiero prologarlo más de tres o cuatro meses a ser posible.

—¿Y será en España o aquí en Rusia? —preguntó y no supe que responder porque ni tan siquiera me lo había planteado hasta el momento.

—No tengo ni idea —admití sentándome en la silla y de pronto fui consciente de todo lo que una boda implicaba por muy íntima o pequeña que quisiera hacerla—. No tengo ni idea de nada.

Desde el desplazamiento y alojamiento de los invitados, hasta el elegir el lugar, las decoraciones, invitaciones, flores, vestidos, damas de honor, lista de invitados, menús, tartas, viaje de novios...

«Me está dando dolor de cabeza solo de pensarlo» musité resoplando.

—Lo primero es que contrates a una organizadora de bodas y que lleve todo el tema —dijo Nadia de pronto y una bombillita pareció iluminarse en mi cabeza.

¡Pues claro!, ¡Cómo no había caído antes que existían ese tipo de personas!

—Que haría yo sin ti... —susurré mientras apuntaba en mi agenda buscar a la mejor organizadora de bodas en cuánto decidiéramos donde celebrar la boda.

Nadia comenzó a reírse y nos despedimos. Ella entraba a trabajar con doble turno y yo aún tenía demasiadas cosas que hacer, por no mencionar que casi se me había olvidado la entrevista para la revista empresarias del año en la que saldría como portada el próximo mes por ser la mujer más joven en alcanzar la presidencia de una de las empresas más consolidadas del mercado.

En primera instancia iba a declinar la oferta, pero después de hablarlo con la junta directiva se llegó a la conclusión de que era una oportunidad de

publicidad adecuada para el consorcio Komarov que no podíamos dejar pasar. Lo de salir en la portada de una revista de economía no me hacía especialmente ilusión, suponía que después de que mi madre intentara hasta la saciedad que fuera modelo y me llevase a varios castings para ello, aborrecí el posado y todo ese tejemaneje que tenía ese mundillo detrás de las cámaras. No me gustaba la hipocresía, ni la falsedad que siempre se creaba en ese ámbito.

—Señorita Komarova, los de la revista Forbes están aquí —anunció la chica que gestionaba todos mis asuntos allí y se coordinaba con mi secretaria en Moscú, casi podría decirse que era una especie de asistente personal para recordarme que debía hacer durante el día, puesto que ya había descubierto que teniendo a Alejandro al lado, me había convertido en la persona más impuntual de toda la galaxia.

—Hazles pasar Evelyn —contesté amablemente mientras me alisaba las inexistentes arrugas de aquel vestido color caramelo ajustado de manga al codo y escote de barco que había elegido para la sesión de fotos.

No me apetecía nada espectacular, sino dar una apariencia de sobriedad y elegancia dignos del puesto que ostentaba. Me ajusté el pelo asegurándome de que caía bien sobre mis hombros y me levanté en cuanto se abrió la puerta para recibirles, eran dos chicos uno mucho más joven que el otro y se presentaron inmediatamente como el fotógrafo y periodista que realizarían el reportaje para la revista.

Fue más fácil de lo que pensaba y lo cierto es que me hicieron sentir cómoda en todo momento sin preguntas incómodas. El alcance de aquel pequeño reportaje tendría repercusión mundial puesto que era una revista muy conocida entre el mundo de las finanzas y más aún famosa por hablar sobre las personas más influyentes y millonarias del mundo.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó esa voz ronca que me hacía vibrar de sensaciones estremecedoras.

—Bastante bien —contesté alzando la vista de mi ordenador para

visualizar a ese dios griego andante que caminaba hacia mi con paso decidido.

Desde luego le hubiera ido extremadamente bien siendo modelo, más aún de ropa interior. Aún me pregunto si en lugar de dedicarse a atender tras la barra de un bar para pagarse sus estudios hubiera decidido prestar su imagen ahora mismo sería el hombre más deseado del planeta.

«Mejor para mi» pensé. «Ahora es solo mío»

—Aún no me agrada la idea de que salgas en la prensa y estés expuesta en todos los periódicos del país frente a tanto degenerado suelto —habló Alejandro con semblante serio y supuse que estaría algo celoso a pesar de no tener motivo alguno para estarlo.

—Sabes que a mí solo me importas tú, ¿no? —dije acercándome a él que se había dejado caer sobre la mesa y me coloqué entre sus piernas para abrazarle.

—Solo seremos tu y yo siempre, ¿verdad? —respondió acercándose hasta mis labios peligrosamente mientras colocaba delicadamente mi cabello hacia atrás dejando el cuello al descubierto para después colocar precisamente allí sus manos desnudas.

El roce de su piel caliente al tacto con la mía era estremecedor, hasta el punto de consolar mi desasosiego en las peores circunstancias.

—Solo tu y yo, siempre —contesté sonriente acortando la distancia que había hasta su boca para obtener el elixir de mi esencia.

¡Dioses! Si no fuera porque faltaba muy poco para la hora del almuerzo, estaba segura de que me lo comería enterito a él entre el hambre y el deseo que sentía hacia ese hombre.

—Mejor vayamos a almorzar —dijo separándose lentamente de mis labios a pesar de la evidente frustración que sentí cuando lo hizo—. Tenemos una reunión a primera hora de la tarde —jadeó e inclinó la vista hacia su pantalón donde podía apreciarse una evidente erección.

—¿Sabes que aún no hemos estrenado esta mesa en condiciones? —pregunté en un tono que evidenciaba mis pretensiones.

—No me tientes Irina... —gimió—. Porque soy capaz de todo cuando se trata de ti.

Aquella afirmación hizo que la piel de todo mi cuerpo se erizara, que mi pulso se acelerara y que desde luego mi deseo infernal explotara. No necesitaba mucho más para saber que mi dios griego deseaba aquello tanto como yo, así que coloqué una de mis manos en su cuello para atraerle bruscamente mientras la otra viajaba a través de su camisa hacia el cierre del cinturón que había en sus pantalones.

Alejandro no intentó negarse, ni tan siquiera interrumpió mi ataque hacia su integridad, todo lo contrario... se abalanzó sobre mi con aquella fuerza e ímpetu que se apoderaban de él cuando destapaba su pasión y antes de darme cuenta estaba tumbada sobre aquella mesa de roble macizo con mi dios griego entre las piernas culminándome de un placer sumamente exquisito.

—El viernes he quedado con mi hermana y Alberto para cenar —mencionó Alejandro en cuanto ordenamos al camarero la comanda de lo que deseábamos almorzar en un restaurante cercano a las oficinas.

Decidimos que no era oportuno frecuentar la cafetería después de confirmar nuestra relación para no levantar demasiadas habladurías, así que, si no podíamos regresar a casa a la hora del almuerzo por algún compromiso en la tarde en el que no nos diera tiempo, almorzábamos en algunos de los restaurantes cercanos a la empresa. Eso también nos dejaba margen para hablar de cosas personales sin que las pudieran escuchar terceras personas.

—No creo que haya problema —contesté llevándome el vaso de agua que nos habían servido nada más sentarnos para calmar mi sed—. Debo viajar el jueves a Inglaterra para una convención de empresas, pero espero volver en el mismo día o el viernes a primera hora —aseguré informándole.

—¿Viajarás sola? —exclamó frunciendo el ceño y bastante serio.

—Si —contesté como si fuera lo más normal—. Bueno... Evelyn me acompañará probablemente para gestionar y coordinar mi agenda, aunque esté fuera de la ciudad —recordé en ese instante y noté a Alejandro algo más

relajado.

—No sé si me acostumbraré a que te ausentes cada poco tiempo —afirmó cogiendo ahora él el vaso de agua y bebiéndose todo su contenido con aquel gesto como si de verdad lo necesitara—, pero supongo que no me queda más remedio que aceptarlo —añadió con lo que pude apreciar resignación.

—En algún momento deberé frenar el ritmo —contesté sonriente refiriéndome al hecho de tener hijos, aunque aún era demasiado pronto para pensar siquiera en ello.

—Eso espero —contestó sonriendo del mismo modo y me alegró el hecho de saber que él también deseara ser padre algún día entendiendo a lo que me estaba refiriendo.

—Por cierto, ¿Qué tal se encuentra Teresa con el embarazo? —pregunté recordándolo—. No he tenido tiempo de llamarla o quedar con ella para preguntarle como lo lleva.

—No lo sé, imagino que bien —contestó secamente, pero no me dio tiempo de insistir en ello porque el camarero llegó con nuestros primeros platos y Alejandro cambió enseguida de tema centrándonos en trabajo, ya que en cuestión de una hora tendríamos una reunión bastante importante sobre un nuevo proyecto de inversión en tecnología de innovación para el desarrollo de ahorro energético.

NO SOY UN COBARDE.

Al final tuve que quedarme la noche del jueves por varios imprevistos de última hora que se alargaban al día siguiente, así que tuve que conformarme con dormir sola en aquella habitación de hotel que ahora me parecía estremecedoramente vacía sin la compañía de Alejandro.

Tal vez tener que quedarme pudiera conllevar algo bueno, quizás podría escaparme a Harrods entre otras cosas para hacerme con varios conjuntos de ropa interior que sorprendieran a Alejandro puesto que era bastante exquisito en ese ámbito. Con esa idea y repasando los últimos puntos que debía aclarar al día siguiente antes de marcharme para que aquella escapada no se hiciera infinita, mi teléfono comenzó a sonar y sonreí cuando visualicé la foto de Alejandro en la pantalla que había colocado en el avión hacía tan solo unas horas. Era una foto que le había hecho antes de venir, con la simple idea de tenerla grabada en el teléfono ya que me había dado cuenta que no era demasiado participativo en cuanto a fotografías, desconocía las razones, pero probablemente era algo relacionado con la privacidad, al menos había conseguido que sonriera al tomarle aquella.

—Hola dios griego —respondí nada más descolgar el teléfono en un tono más que sugerente.

—Debo imaginar que estás completamente sola si respondes así —contestó en un tono más formal, aunque con evidencias de esa voz rasposa y ronca que tanto me agradaba.

—¿Y con quién iba a estar a estas horas? —exclamé apartando el teléfono y comprobando que eran las diez de la noche en España, una hora menos aquí en Inglaterra, pero teniendo en cuenta que se cenaba mucho antes, prácticamente era la hora de acostarse.

—Con tus guardias de seguridad, como tantas veces te he mencionado —

atajó y suspiré.

Tenía razón, tanto él como Andrei habían insistido en que no fuera ni siquiera al baño sin su explícita compañía, pero lo cierto es que pasar tanto tiempo acompañada de Alejandro, de mi asistente Evelyn que se encontraba alojada en la habitación contigua o reunida, había hecho que prácticamente me olvidase de utilizarles salvo cuando me desplazaba de un lugar a otro...

—Tranquilo, que estoy bien —aseguré tratando de tranquilizarle.

Sabía de sobra que al ser un personaje importante estaba expuesta, probablemente salir en aquella revista no beneficiaba en nada a ello, pero salvo el incidente hacía unos cuantos meses en aquel baño de hombres y del que afortunadamente Alejandro llegó a tiempo para salvarme, no había ocurrido nada significativo, de hecho, llamaba más la atención al llevar seguridad que sin ella.

—Me tranquilizaré cuando dejes de confiarte y siempre vayas acompañada en todo momento salvo que yo esté contigo —insistió.

—¿Es que te preocupa algo, Alejandro? —pregunté en ese momento tratando de averiguar si sus palabras tenían algún mensaje oculto, si en realidad había algo que desconocía y de ahí radicaba su insistencia.

—Solo me preocupa tu seguridad preciosa —contestó de forma elocuente y me tranquilicé, aunque no del todo. Tal vez me estaba ocultando algo para no preocuparme, pero en cualquier caso le resté importancia no queriendo empañar la conversación con banalidades de aquel tipo.

—¿Y qué te parecería si en lugar de eso, cogieras el último vuelo que sale esta noche hacia Londres mientras yo te espero en la habitación del hotel atada a la cama y con unas expectativas muy altas de obtener de ser follada? —exclamé mordiéndome el labio inferior tras decir aquello y tratando de evitar un gemido que la sola idea de imaginar aquella escena me acontecía.

—Joder Irina... —le oí maldecir con un profundo sonido ronco de su garganta.

—Vamos... di que sí —insistí a pesar de saber que al día siguiente él

trabajaba.

—Sabes que no puedo hacerlo, mañana debo estar aquí, son días de cierre y debo supervisar todo —dijo con cierto pesar como si le doliera tener que admitirlo.

—Cobarde... —musité mordiéndome la lengua y recostándome en el mullido colchón y alegué tener que ducharme para cortar la llamada.

Me apetecía dejarle con esa incertidumbre, con esa sensación de vacío de saber que le quería aquí conmigo y debía fastidiar por no poder tenerle a pesar de que le necesitara. Tenía que reconocer que mi matrimonio no sería como el de mis padres, puesto que mi madre solía acompañar con bastante asiduidad a mi padre en asuntos de negocios, sobre todo cuando pasaba más de dos días fuera de la ciudad. En nuestro caso no tenía ni idea de como lograríamos compaginarlo, pero esperaba encontrar un equilibrio, llegar el momento adecuado, no me imaginaba estando siempre lejos de él y mucho menos de mis hijos cuando llegara el momento de tenerlos...

Con ese pensamiento me quedé finalmente dormida, queriendo encontrar una solución para algo que evidentemente no la tenía y en el momento que una suave caricia me despertó pude ver una sombra que provocó que me asustara y si no llega a ser por el increíble olor que tan bien caracterizado lo tenía, probablemente hubiera despertado a todo el hotel de madrugada.

Me aferré a aquella boca que apresaba mis labios con tanta fuerza como si fuera un manantial de agua fresca en medio de un mar desértico a pesar de estar aún somnolienta.

—Has venido —susurré entre jadeos mientras notaba sus dedos acariciando mi piel y yo bajaba mis manos por su pecho desnudo hasta encontrarme con la cinturilla de un pantalón elástico.

—Por supuesto que he venido —gimió acercándose a su cuerpo—. Nadie me dice que soy un cobarde y después me pone una mala excusa para intentar cortarme —contestó con cierto atisbo de soberbia en sus palabras.

—¿Entonces no eres un cobarde? —exclamé divertida posando mis

labios en su oreja para morder lentamente aquel pedazo de carne suave entre mis dientes.

—Puedo ser muchas cosas, pero la cobardía no es una de ellas —admitió justo antes de sentir como me alzaba y conforme fui bajando lentamente pegándome a su cuerpo sentía que se abría paso en mi interior.

¡Dios! Ni tan siquiera sabía como había logrado desnudarme sin ser consciente de ello, pero se sentía tan sumamente bien que incluso me apetecía fundirme con su cuerpo, ser solo uno y parte de su ser. Alejandro no solo conseguía incitarme, excitarme y volverme loca de pasión, sino que al mismo tiempo lograba adentrarme en un mundo de abstracto del que siempre me dejaba con ganas de volver a estar. Necesitaba palpar esa sensación de nuevo y con cada instante de arrebatador placer que me otorgaban sus movimientos lo conseguía, lograba estar más cerca de ese paraíso.

—¡Más fuerte! —grité dejándome caer hacia atrás como si pretendiera contemplar las estrellas del firmamento a pesar de que lo único que estaba viendo era la oscuridad de aquella habitación.

La intensidad con la que sentía como Alejandro se adentraba en mi cuerpo con cada embestida era sumamente mortal para mi delirio, de un momento a otro sabía que aquella invasión febril y estremecedora me arrasaría con tanta fuerza como la lava de un volcán en plena erupción.

—Me vuelves loco preciosa... definitivamente perdí la cordura el día que te conocí —gimió mordiéndome uno de los pezones y exploté no pudiendo soportar un segundo más contenerme.

—Tal vez los dos la perdimos —susurré acercándome a sus labios y justo al rozarlos Alejandro me dio un cálido beso en ellos tan dulce que resultaba sobrecogedor—. Has venido... realmente has venido —añadí colocando las palmas de mis manos en su pecho no creyéndome aún que estuviera allí.

—¿De verdad creías que no vendría después de llamarme cobarde? —musitó con cierto aire sonriente dejando ver sus perfectos dientes blancos que brillaban en la penumbra de la habitación.

—¡Solo viniste por eso! —exclamé dándole un pequeño manotazo en el pecho y por consecuencia Alejandro apresó mis brazos por las muñecas sujetándolas en mi espalda con una sola mano.

—¿Y por qué otra razón debería haber venido preciosa? —preguntó con ese tono ronco incitador al pecado...

—Dímelo tu —contesté alzando el mentón y fijándome en aquellos ojos que estaban levemente bañados por la poca luz que se filtraba desde la ventana de la habitación.

—¿Quieres que te diga que vine porque no podía dormir sin estar contigo?, ¿Qué la sola idea de imaginarte desnuda amarrada a la cama esperándome no se alejaba de mis pensamientos?, ¿Qué solo ansiaba salir corriendo importándome un cuerno como acabará el día de mañana por pasar la noche contigo? —empezó a recitar y con cada una de sus respuestas me apretaba más hacia su cuerpo haciéndome vibrar.

—Por eso eres mi dios griego —contesté acercándome a sus labios deseando demostrarle cuánto amaba a ese hombre—. Te quiero tanto, Alejandro.

En cuanto soltó mis manos recorrí su espalda para abrazarle fuertemente, necesitaba apretarme contra él para saber que estaba ahí, junto a mi.

—Tú eres la única Irina —afirmó con voz ronca—. Siempre has sido y serás la única mujer que he amado... por ti movería montañas, te traería la luna o iría al mismísimo infierno si hiciera falta.

Mi corazón se encogió en ese momento y permanecimos así, abrazados... mientras el tiempo pasaba, pero a nosotros no nos importaba.

Alejandro se marchó antes del amanecer en mi avión privado, puesto que él debía estar a primera hora en el trabajo y nos entretuvimos más de la cuenta —o mejor dicho, yo le entretuve mucho más de lo necesario— de forma que perdió el vuelo para llegar justo a tiempo, por lo tanto mi asistente cogió varios vuelos comerciales en la tarde para regresar a Madrid.

Sabía que eso implicaba perder mucho más tiempo, pero no había otro

remedio, así que aprovechando las dos horas de margen que quedaban desde que terminé las reuniones fui a Harrods como tenía pensado pese a no tener mucho margen de tiempo. Conseguí encontrar varias prendas de colección que sabía que serían un éxito rotundo en cuanto las estrenara, de hecho, si podía, me pondría esa misma noche un conjunto azul marino que un tejido suave y liso vetado con transparencias horizontales por toda la tela de forma que quedaba muy insinuante.

—¡Lo sé!, ¡Llego tardísimo! —grité nada más entrar por la puerta y dejar las bolsas en el suelo mientras salía corriendo hacia el fondo de la habitación quitándome la ropa al mismo paso que corría.

En cuanto llegué a la habitación vi a Alejandro en el vestidor abrochándose los pantalones y aún sin camisa. Estaba descalzo y frené en seco deleitándome con aquel cuerpo, ¿Me acostumbraría algún día? Probablemente no, si no lo había hecho en todo el tiempo que llevábamos juntos y menos aún conviviendo, sería un defecto de fábrica el quedarme babeando mientras le miraba.

—Se supone que hemos quedado en veinte minutos —dijo acercándose hasta mi con aquel paso firme y pagado de sí mismo que hacía entender que no se avergonzaba en absoluto de su físico, aunque, por otro lado, ¿Cómo se iba a avergonzar? Seguro que, si pone una máquina de monedas al lado en la que le paguen por quitarse la camisa y enseñar esa tableta de chocolate, se forra.

—Voy, voy, voy —dije volviendo en sí y dando un paso para adentrarme en el baño para darme una ducha exprés, pero su brazo en mi cintura me detuvo justo antes de poder hacerlo y ni tan siquiera pude protestar porque me dio uno de esos besos de película que te hacen soñar.

—Bienvenida a casa —gimió con una voz suave cerca de mis labios en cuanto apartó su boca de la mía.

—Gracias —contesté sonriente y cuando quise colocarme de puntillas para volver a deleitarme con sus besos, sentí una palmada en mi trasero haciéndome dar un chillido agudo.

—¡Y ahora a la ducha! —exclamó autoritario y me mordí el labio mientras obedecía.

Apenas tardé dos minutos en enjabonarme y ducharme, por suerte solo tenía que retocarme el maquillaje y acomodarme algo el pelo, así que en cuanto me enfundé en aquellos zapatos de tacón y cogí un vestido cruzado después de ponerme la ropa interior estuve lista en menos de cinco minutos.

—¿Has comprado algo para llevar? —pregunté mientras íbamos saliendo de casa recordando que no llevábamos nada.

—Cogeré una botella de vino como hago siempre —contestó Alejandro serio.

—¿Vino? —pregunté confundida—. ¿Vas a llevarle vino a una embarazada?

—El resto se supone que podemos beberlo, ¿no? —dijo encogiéndose de hombros y me asombró que Alejandro tuviera tan poca consideración con su hermana.

—Está bien, pasaremos por alguna pastelería de camino que aún esté abierta y compraré algo rápidamente.

Si Teresa ya era efusiva antes de estar esperando un hijo, ahora ya fueran por las hormonas o vete a saber qué, lo era más. En cuanto me vio aparecer por la puerta de su casa se abalanzó sobre mi en un abrazo sobrecogedor.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclamó en cuanto se despegó de mí—. Quería llamarte, pero Alejandro me ha dicho que estabas muy ocupada y no quería ser una molestia en tu apretada agenda.

—He tenido bastante lío últimamente, pero la próxima vez llámame, mi asistente logrará encontrar un hueco en la agenda —contesté sonriente mientras terminábamos de saludarnos y finalmente nos sentábamos.

—Bueno, ¿Qué es eso que querías contarnos Alejandro? —preguntó Alberto cuando todos estábamos al fin sentados.

—Pues... —comenzó a decir pareciendo buscar las palabras.

—¡No me digas que os vais a Moscú porque me da un algo! —chilló

Teresa repentinamente provocando que me riera ante aquella ocurrencia que por otro lado, no era tan descabellado pensarlo.

—Más vale que lo sueltes porque tu hermana lleva dándome el coñazo toda la semana con que cree que te vas y no volverá a verte —aseguró Alberto cabizbajo.

—Irina a aceptado casarse conmigo —soltó así sin preámbulos y el grito que dio Teresa nos dejó sordos a todos, incluido al bebé que llevaba en su vientre, de eso estaba segura.

—¿Y donde será la boda?, ¿Cuándo? Ni se os ocurra celebrarla cuando esté a punto de salir de cuentas eh —comenzó a recitar Teresa de forma atropellada que realmente parecía estar hablando sola.

—Aún tendremos que decírselo a mi familia —contesté mirando a Alejandro—, pero solo es cuestión de tiempo que fijemos una fecha —añadí sonriente y él me cogió la mano para llevársela a sus labios y depositar un delicado beso.

—¡Esto se merece un brindis!, ¡Aunque yo brinde con zumo de naranja! —exclamó Teresa y comenzó a servir más vino en las copas—. Por qué no estarás también embarazada, ¿no? —preguntó mirándome con cierta complicidad justo antes de servir el vino.

—¡No! —negué rotundamente pensando en que eso sería precisamente lo que me faltaba en aquellos momentos, demasiado estrés tenía suficiente con la empresa y coordinar una boda para meter a un bebé de por medio.

—Bueno, pero espero que me deis pronto sobrinos —contestó con media sonrisa.

—No creo que eso sea posible hermanita —intervino Alejandro capturando la atención de todos, incluida la mía que no esperaba ni de lejos esa respuesta—. Irina y yo decidimos no tener hijos —añadió contundente.

«¿Habíamos decidido no tener hijos?, ¿Cuándo se suponía que habíamos mantenido esa conversación inexistente?»

Enmudecí repentinamente y traté de recordar algún momento en el que le

hubiera dado pie a Alejandro para pensar aquello. No había ninguno, al contrario... incluso yo misma pensaba que él deseaba tenerlos, no de forma inmediata pero sí en algún momento.

—Esa es una decisión tan respetable como cualquier otra —contestó Alberto ante la sorpresa de Teresa que permanecía callada y también la mía que probablemente estaba incluso pálida.

Decidí no mencionar nada, después de todo no era el momento, ni el lugar indicados para hacerlo, pero una sensación de congoja comenzaba a apoderarse de mi mente, era un sentimiento que crecía por momentos y hacía que me anticipara a los hechos sin saber siquiera cuál era su percepción al respecto. La sola idea de que Alejandro se negara a tener hijos imposibilitándome a mi en consecuencia creía expandiéndose tan rápido como la pólvora y presentía que sería un tema demasiado delicado que tratar.

HUIR NO ES UNA OPCIÓN.

Durante todo el viaje de regreso me mantuve en silencio, incluso cuando Alejandro abrió la puerta de casa y entré fui recogiendo todo el desastre de bolsas y pertenencias que había dejado de forma atropellada cuando volví de Londres con prisas por llegar tarde y que no me había dado tiempo a recoger. No sabía de que forma afrontar el tema, tampoco si era el momento justo de hacerlo, pero las ansias me podían y al mismo tiempo el miedo me frenaba a preguntar algo de lo que estaba segura no me gustaría escuchar su respuesta.

Guardé las cosas como si tuviera la necesidad de entretenerme en algo para no incendiar la casa, incluso me di otra ducha a pesar de haberme duchado antes de salir de casa solo por creer que así me calmaría y aclararía mis ideas, pero en cuanto salí de la habitación después de colocarme el camisón y vi a Alejandro sentado en el sofá cambiando de canal en el televisor no lo pude controlar.

—¿Ni siquiera me vas a preguntar qué me pasa? —exclamé no soportándolo un segundo, con esa actitud de creer que no pasaba nada cuando en realidad sí que pasaba.

—¿Cómo dices? —exclamó con otra pregunta y noté su evidente cara de confusión.

—No he pronunciado palabra alguna en todo el trayecto desde que salimos de la casa de tu hermana y tú como si nada —dije intentando no alzar la voz.

—Pensé que estabas cansada —contestó mirándome ahora fijamente.

—Sabes perfectamente cuando estoy cansada y que eso no me vuelve silenciosa —respondí cruzándome los brazos mientras le observaba allí de pie.

En ese momento Alejandro apagó el televisor, de todos modos, dudaba

que hubiera encontrado algo que le agradase en tan poco tiempo y se levantó del sofá caminando hacia mi con paso decidido, como si supiera perfectamente que era lo que me molestaba de la situación y fuera a aclararlo o eso esperaba.

—No puedes pedirme que sea entusiasta con la idea de que mi hermana esté embarazada porque no lo seré —dijo de forma inesperada y yo le miré con los ojos aún más abiertos—. No es algo que me complace y menos aún si tengo en cuenta el peligro que ella corre al gestar esa vida.

—¿Por qué? —pregunté tratando de entender que podía afectarle a él que hasta su propia hermana tuviera hijos—. ¿No te gustan los niños?

—No me disgustan —contestó eludiendo la primera pregunta y supuse que lo hacía de forma evidente.

—¿Y entonces? —exclamé no comprendiéndolo—. Esta noche dijiste que no tendríamos hijos porque así lo habíamos decidido y desde luego es una conversación que ni siquiera hemos mantenido —añadí tenaz.

—Dijiste claramente que solo seríamos tu y yo siempre —contestó con tanta seriedad que me hizo dudar a mi misma de si en algún momento había prometido tal cosa a pesar de no recordarlo... pero recordé el momento exacto al que se refería.

—¡Hablaba de terceras personas, no de hijos! —grité no creyéndome que pudiera malinterpretar tanto mis palabras.

Su expresión cambió completamente y si no fuera por su tez morena casi podría decir que estaba incluso pálido.

—No deseo tener hijos Irina —contestó con semblante serio—. Es algo que no entra en mis planes.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo? —exclamé—. ¿Antes o después de la boda?

No sabía si estaba enfadada, indignada, preocupada o todo junto a la vez, pero desde luego me sentía casi estafada por ocultarme algo así.

—No creía que fuera algo relevante —contestó con tanta simpleza que

me dejó anonadada.

¿De verdad la decisión de tener o no tener hijos no era relevante?, ¡En todo caso lo sería para él!

—¿Qué no es relevante? —ironicé con evidente signo de estar cabreada—. No estamos hablando de comprar una casa o irnos de vacaciones Alejandro, sino de una decisión que se toma entre dos y que parece que tu ya lo decidiste hace tiempo si tan siquiera consultarme.

—¿Tan importante es para ti tener un hijo? Estamos bien así solos; tu y yo, ¿Por qué querer complicar las cosas? —exclamó cruzándose de brazos mientras se sentaba en una de las banquetas de la cocina y por más que trataba de comprenderle, era incapaz. ¿Cómo podía Alejandro hablar tan fríamente respecto a ese tema?

—No es que quiera ser madre mañana mismo —contesté tajante—. Aún soy muy joven, pero desde luego es una posibilidad que he planteado varias veces y que desde luego me gustaría en un futuro. De hecho, cuando comenté que en algún momento debería frenar el ritmo de trabajo me refería precisamente a eso, a tener familia —aseguré sentándome en la banqueta de al lado mientras Alejandro tenía la mirada perdida al frente como si se focalizara en algún punto de la cocina abstraído de todo aquello.

—No puedo darte eso Irina —contestó y en sus palabras incluso noté dolor—. No puedo hacerlo —añadió inclinando la cabeza y llevándose las manos a la cabeza de forma que sus codos se apoyaron en la encimera y mantenía la vista baja.

No sabía que decir, entendía que era un tema delicado para él y necesitaba comprender porqué, pero no sabía si era el momento idóneo de seguir indagando sobre ello.

¿Podría renunciar a tener hijos por él?, ¿De verdad era capaz de rehusar a la idea de ser madre por el amor que sentía hacia Alejandro? En aquel momento podría decir que sí, infinitamente y sin lugar a duda podría hacerlo, pero quizá con el tiempo aquella decisión me pesara tanto que sería casi

insoponible. La cuestión es si podía asumirlo y tomar una decisión que bien podría cambiar el curso de mi vida para siempre.

—¿No puedes o no quieres? —pregunté con tacto, queriendo saber hasta que grado de implicación llegaba en ese aspecto.

—¿Acaso existe diferencia? —exclamó en un tono de hastío lo suficientemente tosco para saber que no deseaba hablar del tema—. No tendré hijos y punto —añadió levantándose y tal cual estaba vestido cogió las llaves de casa con la clara intención de marcharse.

—¿Te vas? —exclamé anonadada y dejándome con la palabra en la boca vi como abría la puerta y se marchaba.

No me lo podía creer. Alejandro acababa de dejarme allí plantada con nuestra primera discusión sobre un tema importante que a ambos nos afectaba y sin más se largaba sin decir nada. Por un momento no sabía que hacer, ¿Qué se supone que debía hacer en una situación así?, ¿Irme a un hotel?, ¿Coger mis cosas y largarme de allí?, ¿Se suponía que había roto conmigo?, ¿Qué había dado por zanjada la conversación dejando en claro su punto de vista y todo había terminado?

No iba a salir corriendo, aquello no había terminado para mi, al menos no de aquella forma, así que me senté en el sofá mirando cada dos segundos el teléfono creyendo que por algún milagro divino recibiría una llamada, un mensaje... un algo que me hiciera creer que regresaría pronto, hasta que en algún momento después de las tres y cuarto de la mañana me quedé dormida porque y esa fue la última vez que vi la hora marcada en la pantalla.

Algo me despertó de repente, me sentía desubicada hasta que noté unos brazos rodeándome y acogiéndome entre ellos percibiendo al instante el inconfundible perfume de mi dios griego provocando que me abrazara fuertemente a aquella fuente de calor.

—Lo siento —susurró acercando sus labios a mi frente.

Musité algo inteligible tratando de preguntar qué sentía realmente, pero la coherencia no salía de mis labios y me abracé aún más fuerte.

—No quiero perderte —escuché como un jadeo cerca de mi oído y me separé para observarle, a pesar de la oscuridad podía apreciar su rostro afligido, casi suplicante.

—No vuelvas a irte nunca más —contesté lanzándome a sus labios siendo consciente de que no había nada en el mundo que quisiera más que estar a su lado.

No podía vivir sin Alejandro, sentía una opresión en el pecho tan grande que me faltaba aire en los pulmones solo de pensarlo. La decisión era simple e inconscientemente sabía que la había tomado sin meditarlo; mi dios griego era todo lo que necesitaba para ser feliz, no había nada más importante para mi, ni tan siquiera la sola idea de ser madre era lo suficientemente fuerte para compensar su ausencia en mi vida.

—No me iré, no a menos que tu me pidas que lo haga —dijo suavemente mientras notaba como inspiraba aire profundamente—. Lo eres todo para mi, pero no puedo hacer frente a...

—Cssh —siseé colocándole un dedo en sus labios para acallarlo. Algo en mi interior me decía que Alejandro sufría con aquello, que verdaderamente suponía para él un verdadero martirio la sola idea de tener hijos a pesar de desconocer los motivos, aunque algo me advertía de que su pasado debía influir demasiado en ello—. Está bien, lo comprendo... —dije mirándole a los ojos a pesar de que había poca luz y me abracé a él como si tratara de consolar su inquietud, demostrándole que permanecería a su lado a pesar de ello.

No hubo respuesta por su parte, sino que se limitó a llevarme hasta la cama y sentí la delicadeza con la que me depositaba sobre el mullido colchón mientras él se acostaba a mi lado sin soltarme. En ningún momento se apartó, ni tan siquiera se desvistió y agradecí que no lo hiciera porque necesitaba sentirle junto a mi constantemente para saber que no me abandonaría, que siempre estaría junto a mi a pesar de todo.

El roce de unos labios suaves me despertó y sonreí inmediatamente al

reconocer quien era el dueño de aquel magnifico beso.

—Buenos días preciosa —dijo aquella voz ronca que aún lo era más por la acentuación de la somnolencia.

—Buenos días —contesté sonriente sin abrir aún los ojos.

—¿Que te parece si nos vamos a pasar el fin de semana a la cabaña del lago? Así podremos estar solos tú y yo.

—Solo si me prometes que me prepararás tortitas con chocolate y nata para desayunar —contesté abriendo los ojos y visualizando esa maravilla de pecado capital.

Alejandro tenía la camisa medio abierta, pero aún llevaba la misma ropa de anoche, la cuál no se había quitado ni siquiera al despertar.

—Entonces... —sugirió girándose y estirando un brazo para ver que acercaba una bandeja a mi y abrí los ojos impresionada por el contenido—. Será mejor que vaya preparando las cosas para irnos en cuanto termines de desayunar.

—Pero, ¿Cómo? —exclamé mirando las tortitas con nata y chocolate que había en el plato junto a una rosa roja que cogí inmediatamente para olerla.

—Mi deber es cubrir tus necesidades —contestó acariciándome la mejilla y giré el rostro para verle mientras me observaba detenidamente. Alejandro se acercó lentamente y rozó con su nariz mi cuello, después la mejilla y posteriormente me dio un cálido beso en la frente—. Te espero en la ducha —añadió con una promesa en sus labios lo suficientemente obvia como para que, en lugar de disfrutar calmadamente de aquel desayuno, lo engullera literalmente.

Hicimos algo de compra para pasar ese fin de semana ya que en la cabaña no había prácticamente nada y yo tenía demasiado antojo de helado, algo que inexplicablemente había agotado. Aproveché para comprar algunas revistas sobre vestidos de novia y organización de bodas a pesar de no tener aún muy claro como haríamos las cosas, ni tan siquiera sabíamos donde íbamos a celebrarlo.

—¿Dónde te gustaría que celebráramos la boda? —pregunté mientras íbamos de camino y pasaba algunas hojas rápidamente a la revista de novias enseñando algunos lugares espectaculares sobre sitios ideales.

—No me importa el lugar, con que tú estés me basta —respondió tan simple que alcé la vista inmediatamente y vi que mantenía la mirada al frente centrada en la carretera.

—¿No te importa donde sea?, ¿Cómo si es en Machupichu? —exclamé por decir un sitio al azar.

—Sería un lugar tan bueno como otro —contestó con una vaga sonrisa.

—¿Entonces estarías de acuerdo si la boda se celebrara en Moscú? Sé que dije que aún no lo teníamos decidido, pero lo cierto es que no puedo evitar pensar que preferiría que fuese allí —dije dando alas a mis pensamientos.

—Por mí no hay ningún problema, preciosa. Se hará donde tu decidas.

No sabía si aquella reacción tan sumamente complaciente de Alejandro tendría algo que ver con la discusión que habíamos mantenido anoche o con el hecho de tratar de recompensarme de esa forma, pero desde luego era demasiado extraño que no rebatiera ninguna decisión con su opinión propia y sin duda alguna para mi resultaba preocupante.

—Pero quiero que sea una decisión de los dos, no solo mía —rebatí cerrando la revista de golpe y tirándola de mala manera al bolso que tenía en los pies del asiento.

—Irina... yo solo quiero gritarle al mundo que al fin eres mía; mi mujer, así que no me importa el dónde, ni el como, ni el cuándo salvo que sea pronto. Para todo lo demás estaré de acuerdo con lo que decidas —concluyó inmediatamente.

—Para el coche —dije en un tono tan serio y grave que ni yo misma sé como pude lograrlo.

—¿Qué? —exclamó mirándome preocupado.

—¡Para el coche! —grité esta vez con énfasis y observé como se

apartaba a un lado de la carretera secundaria a la que nos habíamos incorporado hacía unos minutos, frenando suavemente.

En cuanto lo hizo me solté el cinturón y me abalancé sobre él buscando sus labios. Noté que al principio no reaccionaba y tardó unos segundos en interpretar lo que estaba pasando para sentir su respuesta que no fue otra sino atraerme hasta su asiento y apretarme contra él.

—Ya soy tuya Alejandro Álvarez, eres el dueño de mis pensamientos, de mi raciocinio y de mi alma —susurré adentrando mis manos bajo su camisa por el borde del pantalón y escuché un jadeo por su parte. Abrí los ojos para observar que él los mantenía cerrados, como si se estuviera deleitando con aquel momento preso de la lascivia tanto como yo.

—No puedes imaginar cuánto te necesito en mi vida, Irina. —Su voz sonaba completamente ida, casi dolorida como si realmente fuera cierto que sufría. Aquel sentimiento me sobrecogía, quizá porque era casi tan fuerte al mismo tiempo que lo que yo sentía por Alejandro, eso acompañado de la irrefrenable atracción sexual que manteníamos era un vínculo demasiado fuerte, completamente indestructible.

No me importó estar en una carretera por la que podría pasar cualquier transeúnte, ni que quizá nos viera alguien por estar a plena luz del día, de hecho, si no recordaba mal ya lo hicimos la vez anterior que precisamente volvíamos de la cabaña del lago a la cual nos dirigíamos ahora. Con una necesidad imperiosa y con la increíble habilidad de mi dios griego para sostenerme; sentí como se adentraba en lo más profundo de mi ser al tiempo que ambos jadeábamos de placer. Sin duda el sexo con Alejandro nunca era suficiente.

¡NOS CASAMOS!

El lunes a primera hora comuniqué a mi asistente que organizara el viaje a Moscú para el siguiente fin de semana sincronizando también la agenda que tenía Alejandro. No me apetecía pasar dos días en casa porque eso sería básicamente el tiempo que tardaría mi madre en reaccionar a la noticia de que su única hija se casaba y encima lo haría en Moscú. Tenía más que claro que mi padre no le habría dicho nada o de lo contrario no se habría aguantado las ganas de llamarme para ver si le daba la noticia, así que daba por descontado que mi padre esperaba que fuera yo quien lo hiciera una vez que Alejandro me lo pidiera. Lo cierto es que me hacía especial ilusión decirle que me casaba, aunque aquello implicara la inminente respuesta de hacerles pronto abuelos y tener descendencia, pero no iba a ponerme a pensar en eso ahora, ya lo haría a su debido tiempo cuando el momento llegara.

—Señorita Komarova, su primo Andrei por la línea dos —escuché la voz de Evelyn por el interfono e inmediatamente descolgué el teléfono y marqué el dos.

—Debe ser algo importante cuando me llamas a mi despacho en lugar de mi teléfono personal —contesté sonriente.

—Te llamé varias veces, pero contestaste —habló la voz de Andrei demasiado seria para que de pronto se apagara mi sonrisa y me preocupara.

—¿Qué ha ocurrido?, ¿Es algo grave?, ¿Es mi padre?, ¿Está bien?, ¿Le ha dado otro inf...

—Tranquila Irina, no tiene nada que ver con tus padres, ellos están bien y de hecho tampoco tiene nada que ver con la empresa —afirmó igual de serio y me preocupé aún más.

—Me estás asustando Andrei, ¿Te ha pasado algo?, ¿Es que estás metido en algún lío? —pregunté alarmada.

—No quiero que te alarmes, ni tampoco que te preocupes en exceso o más de lo debido —contestó Andrei haciendo que me asustara aún más.

—Suéltalo de una vez porque ahora sí me estas asustando de verdad.

—El tipo que intentó agredirte en la sede de Komarov se ha escapado y mis hombres no han dado aún con él —afirmó con evidente tono de preocupación en su voz.

Por un lado sentí cierta calma porque la situación no era tan grave como en un principio había pensado, probablemente Andrei estaba exagerando en su preocupación ya que dudaba que aquel tipo intentara siquiera volver a acercarse a mi después de la reprimenda de Alejandro y posteriormente lo que mi primo hubiera hecho con él, pero podía entender que estuviera alerta solo para ser precavido.

—No creo que ese tipo vuelva a acercarse siquiera a Komarov, Andrei —dije restándole importancia.

—Probablemente así sea, ya que le debió quedar lo suficientemente clara la advertencia, pero aún así quiero que no te separes ni un solo segundo de tu seguridad, ni siquiera cuando vayas de compras, a comer o a cambiarte el puñetero tampoco Irina. Es muy importante que no estés sola bajo ningún concepto al menos hasta que le localicen.

En cualquier otra situación pensaría que Andrei estaba exagerando, es más, ni tan siquiera me planteaba la situación como que lo tomara en cuenta, sino más bien como una exigencia.

—Está bien —contesté para que estuviera tranquilo—. No me separaré de ellos bajo ningún concepto, no te preocupes —añadí sabiendo que era lo que él necesitaba escuchar.

—Bien, llamaré yo mismo a Álvarez para informarle.

—¡No! —exclamé de pronto—. No —dije ahora de forma más suave—. Prefiero que esto quede entre tú y yo Andrei o Alejandro se preocupará demasiado y conociéndole como le conozco al final terminará encerrado en casa, cosa que no me puedo permitir porque tengo demasiadas cosas que

organizar todavía de la boda.

—¿Boda? —preguntó confuso.

—¡Ay dios! —exclamé llevándome una mano a la cabeza—. No deseaba decírtelo así puesto que este fin de semana volaré a Moscú para contárselo a mis padres, pero... ¡Alejandro y yo vamos a casarnos! —grité entusiasmada.

—Así que al final sí que iba en serio... —contestó con cierto atisbo de diversión en su voz—. Y yo que pensaba que solo lo querías para pasar el rato...

—¡Oh, calla! —exclamé olvidándome completamente del otro asunto por el que me había llamado Andrei y contándole todos los detalles desde como fue la pedida y que con toda seguridad se celebraría en Moscú.

—Entonces imagino que tendré que ir pidiendo cita con mi sastre para tener el traje a tiempo.

—No estabas saliendo con nadie, ¿verdad? —pregunté ahora pensativa porque había estado dándole vueltas a quienes serían mis damas de honor y acompañantes.

—Me conoces lo suficiente para saber que no soy hombre de una sola mujer, primita —afirmó rotundamente y con socarronería.

—Vale, entonces serás la pareja de una de mis damas de honor.

—Si me vas a hacer que sea la pareja de alguien, más te vale que esté buena o te juro que me vengaré de ti por toda la eternidad —contestó amenazante y comencé a reírme a carcajadas mientras vi que la puerta se abría y entraba Alejandro observándome fijamente mientras trataba de contener la risa.

—Tal vez me arriesgue solo para ver tu expresión —afirmé mordiéndome el labio para no reírme.

—Irina... —respondió casi preocupado, pero no contesté, sino que colgué el teléfono y entonces sí que solté la carcajada que me estaba conteniendo sin poder evitarlo.

—¿Quién era? —preguntó Alejandro seriamente y traté de apaciguarme

secándome las lágrimas de los ojos para contestarle.

—Mi primo Andrei —contesté aún con cierta efusividad.

—¿Y qué te hace tanta gracia? —preguntó encogiéndose de hombros, pero con el rostro más relajado.

—En realidad es una tontería, pero cree que le pondré como pareja a la dama de honor más fea que encuentre —dije volviendo a reírme sin parar.

—¿Y eso tiene tanta gracia? —volvió a preguntar como si no lo entendiera.

—Si conocieras a Andrei sí, la tiene y mucho —afirmé—. Es la persona más superficial que he conocido en lo que se refiere a mujeres.

Alejandro me miró fijamente y después torció el gesto.

—Realmente no puedo decir que no le entienda, hasta hace poco también era lo único que valoraba en una mujer, pero si te causa gracia martirizarle de esa forma, entonces búscale a una pareja que sea completamente opuesta a lo que él quiere —contestó con una vaga sonrisa.

—¡Ah!, ¡Ya creo que lo haré! —exclamé frotándome las manos sonriente.

—Creo que hasta puedo compadecerme de tu primo, recuérdame no convertirme en tu enemigo —afirmó acercándose hasta la silla e invitándome a levantarme para acercarme a su regazo.

—Puedo ser vengativa cuando hay que serlo, señor Álvarez, pero desde luego este no es el caso... solo voy a martirizar un poco a mi primo, pero en el fondo estará agradecido al final —contesté acercándome hasta él y rozando sus labios—. Por cierto, ¿A qué has venido? —pregunté ahora siendo consciente de que aún faltaban dos horas para la hora del almuerzo.

—Tengo que marcharme a la presentación de uno de los proyectos de energía renovable y no te veré hasta la noche, así que quería despedirme adecuadamente —respondió colocando su mano en mi nuca para atraerme de una forma delicada y muy sugerente.

—Así que mi prometido me deja sola para almorzar... que bonito —contesté con una sonrisa que enseñaba todos mis dientes.

—Que te parece si te lo recompenso en la cena, preciosa —dijo sin alejarse mucho de mis labios.

—Ya puedes traer toneladas de maki de salmón para que compense esta falta señor Álvarez —respondí amenazándole con el dedo índice en su pecho que, si no llega a estar tan sumamente firme, se hubiera clavado en su piel.

—Espérame tumbada sobre la mesa, con ese body negro que te regalé tras estropear ese que llevabas cuando comí sushi de tu cuerpo... —susurró en mi oreja—. Y tendrás todas las toneladas que quieras así tenga yo que pescar el salmón —jadeó mordiendo el lóbulo y provocando que gimiera de placer contenido.

—¿El verde? —gemí mordiéndome el labio.

—Lo que menos recuerdo es el color de la prenda, preciosa —aseguró dándome un beso en el cuello y apartándose de mi para encaminarse hacia la puerta sin volver la vista atrás.

«¿Por qué tenían que faltar aún tantas horas para la cena?» maldije siendo consciente de que aún quedaban al menos nueve horas para que aquello sucediera.

En ese momento sonó el teléfono y vi que era un mensaje de Andrei donde me recalca que, a pesar del desvío de conversación, tuviera presente la advertencia y no me separase de mi personal de seguridad. Casi me había olvidado de ese asunto después de hablar sobre la boda que empezaba a obsesionarme y ni tan siquiera habían comenzado los preparativos. ¿Debería preocuparme realmente que el tal Fernández ese estuviera desaparecido? No había vuelto a tener noticias de ese tipo desde el mismo momento en que Alejandro le dio una paliza y después mi primo se encargó de hacerle desaparecer. No tenía ni idea de cuál habría sido la advertencia, pero lo cierto es que dudaba mucho que quisiera correr el riesgo de acercarse a mi o a la empresa después de lo sucedido.

Aprovechando que Alejandro estaría fuera a la hora de la comida, contacté con mis antiguos compañeros. No es que fuera algo demasiado

recomendable hacer siendo ahora la presidenta de la empresa, pero teniendo en cuenta que no me apetecía ni comer sola, ni regresar a casa... me salté las normas por una vez y les busqué por la cafetería. Me sorprendió gratamente que se alegraran de mi ascenso, sobre todo Marta, con la que había congeniado muy bien cuando me asignaron el puesto de becaria que era todo un cerebritito y fue la primera en acercarse a mi en cuanto aparecí por la cafetería. Me agradó que tanto Jaime como Amaya me pusieran al corriente de lo bien que iba el proyecto por el que tanto había luchado por sacar adelante, de hecho, las expectativas estaban siendo mucho mejor de lo esperado inicialmente según la previsión y estaban muy ilusionados. Me apunté mentalmente hacer un seguimiento exhaustivo personalmente para así mantenerme informada.

—¿Por qué no te vienes este viernes con nosotros a tomarnos algo como en los viejos tiempos? —preguntó Oscar entusiasmado, no sabía si por retomar el contacto o porque todos en la cafetería nos observaban.

—¡Me encantaría! —exclamé sonriente—, pero tendrá que ser otro viernes, porque éste no puedo.

Evité añadir que viajaría a Moscú ese fin de semana por las posibles preguntas, de hecho, mi anillo de compromiso lucía hacia abajo por lo mismo, no quería que nadie más se enterase de la noticia antes de comunicárselo a mis padres.

—¡Entonces no se hable más! —sentenció Marta—. Mas te vale aparecer algún viernes o tendremos que ir a tu despacho a secuestrarte —concluyó sonriente y agradecí su interés.

—Prometo que me dejaré caer por allí en las próximas semanas —aseguré con toda la intención de hacerlo de verdad. No solo me venía bien despejar la mente del trabajo, sino que no tenía amigos en la ciudad, salvo los que tuviera Alejandro, así que aunque técnicamente fueran mis empleados, creo que no le hacía daño a nadie mezclándome con ellos.

Aquella noche en cuanto llegué a casa me preparé a conciencia para lo

que me esperaba. No podía dejar de sonreír en la ducha mientras recordaba aquella última vez en la que mi cuerpo había servido de bandeja para degustación de comida japonesa y me estremecí sabiendo cuánto iba a disfrutar de ello; antes, durante y después de la cena. Tal como había prometido mi dios griego trajo toneladas de maki de salmón, de hecho, había tantas bandejas que dudaba que nos comiéramos siquiera la mitad de todo aquello a pesar de tener un hambre voraz, sobre todo porque sabiéndolo con premeditación apenas había probado bocado durante el almuerzo reservándome para devorarlo todo, incluyendo el postre que era indudablemente Alejandro.

«Gracias al cielo que era viernes» pensé en cuanto cerré la agenda y la guardé en el maletín, puesto que aún tendría que repasar en el avión un par de informes de última hora que necesitaban mi aprobación.

El resto de la semana había sido tan caótica que apenas había podido ver a Alejandro por la oficina y menos aún volver a comer con mis antiguos compañeros en la cafetería porque apenas si había tenido tiempo para devorar un triste sándwich que mi asistente me traía a la oficina.

—Otra semana así y moriré prematuramente —musité una vez me acomodé con los pies en alto en el asiento del jet privado que en esos momentos daba las gracias infinitas por poseer, porque si tuviera que aguantar cinco horas la incomodidad de un vuelo comercial después de lo cansada que estaba, me suicido.

—Ven aquí —dijo Alejandro deshaciéndose de la corbata y atrayéndome hacia él para que me dejara caer sobre su pecho.

«Esto es vida» pensé sin llegar a decirlo.

—Me voy a quedar dormida y aún tengo que repasar dos informes que no me dio tiempo antes de salir de la oficina —advertí con voz ida.

—Dámelos a mi, yo los repasaré... tu duerme —contestó sorprendiéndome y alcé la vista.

—Estoy tan cansada que ni siquiera voy a pensármelo dos veces —

contesté sacando la carpeta de mi maletín y ofreciéndosela mientras volvía a recostarme sobre su pecho.

Confiaba en Alejandro lo suficiente para saber que dictaminaría con criterio la evaluación de aquel informe y me haría un resumen explícito del mismo para saber si era concluyente o no. Así que, con esa idea, me tranquilicé y me abandoné al abismo.

Había avisado a mis padres de que iríamos ese fin de semana o de lo contrario dada mi suerte, seguro que ni estaban. Así que en cuanto llegamos a casa mi madre tenía una enorme mesa preparada con comida —como hacían todas las buenas madres rusas a pesar de que ella fuera española, pero para el caso era lo mismo, lo intentaba—, llena de tanto color que todo resultaba enormemente apetecible.

—Espero que tengáis hambre —exclamó frotándose las manos.

—¡Yo siempre tengo hambre! —contesté sonriente aún abrazada a mi padre.

—Te veo más entusiasmada de lo normal... ¿No me vas a decir que estás embarazada? —soltó mi madre así sin más colocando las manos en jarras.

En ese momento observé a Alejandro cuyo rostro parecía bastante serio e incluso rozando la palidez.

—¡Qué cosas tienes mamá!, ¡Para críos estoy yo ahora! —respondí dando por zanjado el tema y cogiendo uno de los panecillos para untar en salsa que había preparado para picar, así tendría la boca llena.

—Mañana he organizado un té en casa para la familia, tus tías llevan tiempo preguntándome cuando vienes y aprovechando que estarías aquí todo el fin de semana, les dije que se pasaran —intervino mi madre rompiendo el silencio repentino que se había creado.

—¡Oh, eso será estupendo! Así podré darle, la noticia a todos —exclamé volviendo a sonreír que me miró extrañada y entonces coloqué mi mano de manera que pudiera ver perfectamente el anillo de compromiso—. Alejandro y yo vamos a casarnos —anuncié mirando directamente a Alejandro que estaba

a mi lado y que en aquellos momentos entrelazaba su mano con la mía bajo la mesa.

El grito que dio mi madre probablemente se debió escuchar en todo el vecindario, no sé cuál había sido mayor, si el de la hermana de Alejandro o el de ella.

—No será una broma de mal gusto, ¿no? —preguntó en cuánto se alzó de la silla con la intención de dirigirse hacia mi.

—No lo es señora —aclaró Alejandro interviniendo puesto que lo había dicho en español.

—¡Oh dios mío!, ¡Oh dios mío! —siguió exclamando—. Con las ganas que tengo yo de celebrar una grandiosa boda —siguió hablando en su discurso ella sola.

—Querida, recuerda que la boda es de tu hija, no tuya —dijo mi padre mirándola detenidamente y ella simplemente esquivó aquel reproche haciéndole caso omiso.

A mi madre le encantaba organizar fiestas y tener la excusa perfecta para lucir un diseño de firma, así que imaginaba que aquella boda era darle en todo el gusto y lo cierto es que por una vez, agradecía que así fuera porque estando a distancia, ella iba a tener que supervisar por mí demasiadas cosas y con el buen gusto que tenía, sin duda sabía que podía confiar en su criterio.

—Enhorabuena hijo —escuché decir a mi padre mientras le daba un golpe en el hombro a modo de abrazo.

—Gracias señor —contestó ciertamente algo cohibido por su tono.

—Llámame Luciano, después de todo vamos a ser familia muy pronto —añadió guiñándole un ojo y pude ver el amago de sonrisa de Alejandro.

—Por supuesto Luciano.

—Que contenta estoy de que mi hija vaya a casarse con un español —soltó mi madre rodeando la mesa para abrazarle—. A mi me llamas Natalia, ¡eh! Nada de señora o algo por el estilo como las últimas veces que has estado aquí que no te dije nada por compromiso.

—Por supuesto, Natalia —asintió Alejandro con cierta sonrisa cómplice hacia mi.

—¿Y por qué estás tan contenta de que sea español?, ¿Es un pretexto para poner paella en la boda? —preguntó mi padre con cierta ironía y porque conocía de sobra a mi madre.

—¡No digas bobadas Luciano! —exclamó airada—. ¿Acaso servimos paella en nuestra boda? —preguntó estupefacta—. Solo estoy contenta porque mis nietos tendrán nacionalidad española y además hablarán mi idioma —añadió finalmente sonriente y mi realizó una expresión de estupefacción.

—Ah querida, en tal caso ya te habrías encargado tu de que hablaran español, como hiciste con tu hija desde que nació —contestó mi padre no valiéndole la excusa que había dado mi madre—, pero déjate de nietos que aún es muy joven todavía.

Me limité a sonreír sin decir nada y por suerte comenzamos a hablar sobre dónde realizar la boda ya que sería allí mismo en Moscú, mis padres sugirieron celebrarla en el mismo lugar donde ellos se casaron; una pequeña abadía preciosa que había a las afueras de la ciudad y que contaba con un salón espectacular. Finalmente decidimos visitarla aprovechando que estaríamos allí durante cuatro días y fijar así la fecha de la boda para proceder a todo lo demás puesto que no quería que el proceso se alargara demasiado, de hecho, me había fijado mentalmente que quería que se celebrara en un plazo no superior a cuatro meses y esperaba poder lograrlo, así que debía irme con varios deberes hechos.

TÚ NO ERES COMO ÉL

—Estás segura de esto, ¿verdad? —preguntó Alejandro una que entramos en mi habitación, esta vez ni me había planteado siquiera que se instalara en la de invitados, puesto que carecía de sentido estar separados cuando dormiríamos juntos.

—¿A qué te refieres? —pregunté algo confusa por la pregunta y dudaba que me estuviera preguntando si estaba segura de que durmiéramos en la misma cama, algo que me parecía demasiado absurdo incluso hasta decirlo en voz alta.

—De casarte conmigo —aclaró firmemente acercándose hasta mi.

—¿A qué viene esa pregunta Alejandro? —exclamé atónita—. Por supuesto que estoy segura, no he estado de nada más segura en toda mi vida que de querer casarme contigo —puntalicé y noté que su expresión se relajaba.

Intuí que quería decir algo, que parecía dudar entre hacerlo o no, pero por alguna razón simplemente se acercó hasta mi y con un gesto sumamente delicado acarició mis labios con dulzura.

—Sólo quería estar seguro —contestó enseñándome sus perfectos dientes—. Voy a darme una ducha.

Algo en mi interior me decía que lo que a Alejandro le preocupaba era que todo mi entorno de una u otra forma, más tarde o más temprano sacarían a relucir el tema “tener hijos” a la palestra. La verdad es que ni yo misma sabía como iba a afrontarlo porque si era sincera no era algo que a corto plazo me preocupara, pero tampoco era para tanto, ¿no?, ¿Cuántas parejas decidían no tener hijos por una u otra razón?, o ¿Cuántas simplemente no podían tenerlos? Incluso tal vez ni siquiera podía tener hijos, aunque lo deseara por ser estéril...

—Alejandro... —susurré agarrándole del brazo para evitar que se marchara.

Tenía que saber la verdadera razón. Si de verdad iba a renunciar a ello por él, por lo menos me debía eso.

—¿Si? —preguntó volviéndose.

Mantenia la mirada en el suelo porque no era capaz de mirarle a los ojos para preguntárselo, algo me decía que era un tema delicado y a pesar de que me había contado su infancia y su pasado, sabía que aún guardaba ciertos temas que se reservaba únicamente para él por el dolor que le suponía revelarlo.

—Puedo aceptar que solo seremos nosotros el resto de nuestra vida, te quiero por encima de todo y deseo permanecer a tu lado, pero necesito que me cuentes la verdadera razón.

—No tendría nada bueno que ofrecerle Irina y además no deseo compartirla con nadie —afirmó tan contundentemente que se me encogió el corazón—. No cometeré los mismos errores que sufrí en mi infancia.

—Alejandro, tú no eres como él —aseguré apretando su brazo.

—¿No? —gimió—. Tengo más de él de lo que crees y cada día tengo que convivir con ello. No permitiré infligir el mismo daño a alguien que el que a mi me hicieron, aunque sea de forma inconsciente.

—¡No lo harías Alejandro! —exclamé casi en un alarido porque no podía creer que él se condicionara de aquella forma.

—No voy a cambiar de opinión al respecto. Nunca lo haré —afirmó tozudamente y se alejó para entrar al baño mientras yo me quedaba allí de pie, estática, tratando de comprender las razones por las que mi dios griego rehusaba a proseguir su estirpe.

De todas las causas posibles, nunca había pensado que él creyera de alguna forma que era igual que su abuelo y que, de hecho, podría infringirle el mismo dolor a su propio hijo que el que le había causado a él. Tal vez Alejandro no se refería explícitamente a un dolor físico como el que le había

provocado aquel hombre en su infancia, sino que el verdadero problema es que tenía miedo de no querer a su propio hijo como tal vez creyera que no lo habían querido a él.

No sabía si eran invenciones de mi propia cosecha el llegar a esas conclusiones, pero todo me incitaba a creer que de alguna forma era así, que lo único que provocaba todo aquello era el miedo que sentía Alejandro de enfrentarse a su pasado de nuevo y cometer los mismos errores que habían provocado que él fuera de esa manera.

«Tal vez deba hablar con Teresa» medité mientras me cruzaba de brazos con la mirada perdida a través de la ventana de mi habitación que daba al jardín a pesar de que lo único que estaba iluminado era el pequeño camino que bordeaba la piscina. Quizá ella tuviera ciertas respuestas que yo era incapaz de encontrar, tal vez ella tuviera la clave a ciertos aspectos de la vida de Alejandro que me hicieran terminar de comprender porque se sentía de aquella forma y porque repudiaba tanto aquella idea porque incluso sentía repulsión hacia el que sería su propio sobrino.

Abrí los ojos lentamente y los párpados me pesaban, no tenía ni idea de cuántas horas había dormido, pero toda la habitación permanecía en penumbra e incluso tarde más de un minuto en darme cuenta que estaba en casa, en la casa que me había criado toda la vida y la añoranza de recuerdos me invadió de pronto divisando el cuadro con todas las fotos que aún guardaba desde mi infancia con varias de mis amigas, por supuesto Nadia e incluso mis primas que eran unos años más pequeñas que yo. Me percaté que el lado de la cama donde debía estar Alejandro estaba vacío y me incorporé repentinamente.

—¿Alejandro? —exclamé por si estaba en el baño a pesar de que no salía luz por debajo de la puerta.

¿Es que se había marchado? Ni tan siquiera me había percatado de su ausencia hasta que no había despertado, pero estaba tan cansada de toda la semana que probablemente, aunque hubiera pasado un tráiler por encima de mi cuerpo no me habría enterado.

Me lie en la primera bata que pillé al azar de un cajón puesto que estaba desnuda y bajé rápidamente las escaleras. No se le habría ocurrido marcharse por la conversación que habríamos tenido, ¿verdad? Repentinamente escuché su voz que provenía de la cocina y también oí a mi madre, eso me tranquilizó así que entré con menos efusividad.

—¡Buenos días! —dije sonriente y visualicé la enorme mesa llena de croissant apetecibles, donuts glaseados, tostadas, tartas de diversos tipos, aunque una de chocolate llamaba especialmente mi atención y por supuesto café, zumo y té—. ¿Desde cuándo sirves tanto dulce para desayunar? —pregunté algo extrañada porque mi madre era la primera en mantener el azúcar a ralla e incluso hacérselo mantener también a mi padre.

—Desde que tenemos invitados que van a convertirse en parte de la familia —contestó sonriente—. Aunque ya he visto que a mi futuro yerno no le atrae tanto el dulce como a mi propia hija.

—Tampoco soy tan golosa —añadí sirviéndome un zumo de naranja y sentí la mirada incesante de Alejandro sobre mi escote que al inclinarme dejaba parcialmente a la vista uno de mis pechos—. Te has levantado temprano... —susurré.

—Recibiste una llamada a primera hora en tu móvil de tu asistenta porque no habías dado la respuesta de los últimos informes, así que se lo envié yo mismo.

—¿Qué has hecho qué? —exclamé.

Una cosa era que me ayudara y otra que tomara decisiones por mi.

—Estabas demasiado cansada de toda la semana, así que no quise despertarte para algo tan trivial...

—Pero ese es mi trabajo Alejandro —le reproché sin querer aparentar que estaba enfadada, aunque realmente no sabía si lo estaba.

—Hija, creo que Alejandro solo trataba de hacerte un favor —intervino mi madre como si quisiera hacerme entrar en razón.

—Tranquila, no volverá a suceder —contestó con un semblante serio y vi

como se llevaba la taza de café a los labios para acabar su contenido—. Si me disculpáis tengo que hacer un par de llamadas todavía —añadió y salió inmediatamente de la cocina dejándonos solas.

—¡Irina Luciana! —gritó mi madre.

«Malo... muy malo... si mi madre me llamaba Luciana es que se avecinaba la guerra de Troya»

—¡No me grites! —exclamé y salí tras Alejandro porque en el fondo hasta me sentía culpable por haberle reprochado aquello cuándo era consciente de que solo lo había hecho por mi bien.

Encontré a Alejandro apoyado sobre la baranda de la terraza de mi habitación, parecía mirar el horizonte como si estuviera meditando algo.

—Lo siento —dije llamando su atención—. Sé que no debí hablarte de ese modo y menos aún delante de mi madre —afirmé culpable.

—Sólo dijiste lo que pensabas y tienes razón, no debí entrometerme en tu trabajo ni presuponer que me agradecerías que lo hiciera —aseguró consiguiendo que me sintiera aún peor.

—Y estoy agradecida —aseguré acercándome hasta él para tocarlo porque necesitaba que entendiera que no estaba enfadada—, pero es mi responsabilidad y no deseo cargarte a ti con cosas que me corresponderían hacer a mi.

—Esta semana apenas has dormido más de cinco horas seguidas, ni tan siquiera has ido a almorzar a casa y cuando volvías venías cargada de trabajo... no estoy dispuesto a ver cómo te matas a trabajar diariamente sin hacer nada. Admiro tu esfuerzo y dedicación, así como admiro la gran capacidad que tienes para controlarlo todo, pero no voy a permitir que te pase lo mismo que le pasó a tu padre, así que o contratas a una persona que te ayude o me permites hacerlo yo mismo —sentenció firmemente mirándome a los ojos.

—¿Quieres ayudarme? —exclamé con una sonrisa.

—¿De verdad necesitas preguntarlo? —confirmó con un amago de

sonrisa rodeándome la cintura—. Haría cualquier cosa por pasar más tiempo a tu lado preciosa.

—¿Y qué pasará entonces con la dirección de la empresa?, ¿Podrás llevar ambas cosas? La última vez Andrei no fue capaz de encontrar a alguien que pudiera hacerse cargo.

—Vayamos poco a poco, creo que inicialmente podemos compaginar ambas cosas como lo hemos hecho hasta ahora y si hay que cubrir el puesto de dirección, me encargaré yo mismo de encontrar a la persona adecuada — afirmó depositando un suave beso en mi cuello.

—Está bien —contesté dejándome caer sobre su pecho y pensando en que Alejandro y yo a pesar de todas las adversidades, lográbamos formar un gran equipo. En ese momento fui consciente del frío que hacía allí fuera y mis pezones bastante erectos se clavaban en la camisa de Alejandro.

—Si no fuese porque tu madre nos espera para ir a visitar esa abadía, creo que te metería en esa cama y no saldríamos en toda la mañana.

—¡Mierda!, ¡Es verdad! —exclamé de pronto dando un pequeño empujón y corriendo hacia la ducha.

Tenía muchísimas ganas de visitar aquella abadía que solo había visto en fotos, ¿Sería tan bonita como la recordaba? Lo cierto es que pronto lo sabría porque para no perder demasiado tiempo, puesto que a primera hora de la tarde comenzarían a llegar los invitados de mi madre, mi desayuno consistió en un croissant que fui comiéndome durante el trayecto.

Mis padres fueron en su coche con chofer, mientras Alejandro y yo les seguíamos con mi viejo deportivo de color rosa claro que conducía él. Si soy sincera solo lo hacía porque no podía contener la risa que me provocaba ver a mi dios griego tan cachas y tan sumamente masculino en un coche que era sin lugar a duda mucho más que afeminado.

—Como envíes esa foto a alguien, me vengaré —dijo en cuanto me vio las intenciones al sacar el móvil del bolso y apuntar hacia él.

—¿Y de qué forma vas a vengarte? —exclamé guardando el teléfono tras

hacer aquella captura de imagen.

—De una forma perversa —contestó con esa mirada oscura que indicaba mil y una promesas.

—Creo que siento unas enormes ganas de correr ese riesgo —respondí mordiéndome el labio...

Realmente no tenía intención alguna de enviar esa foto, pero tal vez sí enseñársela a sus amigos en algún momento, sobre todo a Teresa, que estaba segura de que la retendría en su retina para los restos de su existencia.

—¿De verdad tenías que elegir un coche rosa? —exclamó repentinamente cambiando de conversación y poniendo el coche en marcha.

—Me pareció divertido en su momento —contesté encogiéndome de hombros no queriendo añadir que en aquella época me sentía un poco Barbie por ser mi último año de instituto— y después me dio pereza cambiar el color.

—No será por falta de dinero precisamente—aseguró Alejandro.

—Que derrochador... —suspiré. No pensaba admitir que para ir a la Universidad siempre cogía el coche de mi madre puesto que ella tenía dos y encima casi nunca los utilizaba porque siempre venían sus amigas a recogerla o que la mitad de las veces Nadia se pasaba por casa para ir juntas porque le pillaba de camino a la facultad.

TRECE DE MAYO

Aquella abadía antigua era sin lugar a duda espectacular. Estaba al final de un largo camino de tierra rodeado de jardines con arboleda espesa y al final se abría como un prado que ahora estaba cubierto parcialmente de nieve, pero que intuía que con la llegada de la primavera estaría completamente lleno de flores silvestres de colores.

—Imagínatelo lleno de flores —fue lo primero que dijo mi madre nada más salir del vehículo y caminar hasta donde se encontraban—. Sigue siendo igual de hermoso que hace veintisiete años —añadió sonriente.

A pesar del poco margen, nos hicieron una visita guiada por el lugar. Las vistas eran preciosas, la abadía a pesar de ser algo pequeña estaba llena de frescos y vidrieras que aportaban una luz espectacular y lo que sin duda alguna merecía realmente la pena de aquel lugar, era el enorme salón lleno de grabados de estilo rococó con enormes lámparas de araña que colgaban desde aquellos inmensos techos. Se decía que el último zar ruso Nikolài Romanov solía pasar allí algunos veranos.

—¿Qué te parece? —pregunté a Alejandro que parecía absorto mirando los frescos de los techos—. ¿Te gusta?

—¿Te gusta a ti? —contestó mirándome fijamente.

—Si —afirmé no pudiendo evitar una exclamación algo infantil.

—Entonces será aquí —afirmó dándome un rápido beso en los labios—. ¿Qué fechas hay disponibles? —preguntó a la mujer que nos estaba haciendo aquel tour en un perfecto inglés.

—La próxima fecha más cercana que tenemos disponible es dentro de cuatro meses porque hubo una cancelación —afirmó la mujer.

—¡Nos la quedamos! —gritó Alejandro apretando mi cintura.

—¿Y si da mala suerte? —pregunté algo preocupada.

—¿Por qué iba a dar mala suerte? Solo es una fecha preciosa... la mala suerte no existe.

—¿Qué fecha es? —pregunté queriendo saber que día era el que comenzaría una nueva etapa de mi vida.

—Trece de Mayo —afirmó la mujer.

Trece... ¿No era ese el número maldito? Miré a Alejandro para ver si tenía algo que decir, pero únicamente se limitó a colocarme el cabello detrás de la oreja mientras tenía una mano rodeando mi cintura.

—Una fecha que jamás olvidaré —dijo entonces en un hilito de voz mientras me observaba con aquellos increíbles ojos azules y supe que maldito o no, el trece iba a ser mi número favorito desde ese momento.

Con el sitio elegido, tenía una cosa menos que hacer le la lista, de hecho, no pensaba que sería tan sumamente fácil escoger el sitio, pero ni si quiera me había planteado la posibilidad de ese lugar hasta que a mi madre se le ocurrió mencionarlo. No podía creer que fuera real, que de verdad iba a casarme con Alejandro en apenas cuatro meses... todo había ido tan rápido y al mismo tiempo caótico que todavía me parecía creer que era irreal.

Toda la familia se alegró sobre la noticia de la inminente boda y conforme fueron pasando los días que tenía previsto estar en casa de mis padres, me di cuenta de que mi lista de invitados superaría de largo los doscientos invitados que en un principio me había fijado como máximo, de hecho, superaba los quinientos y mi padre aún seguía añadiendo a socios, amigos e incluso empleados.

—Esto será un estrés —mencioné dejando a un lado de la cama las listas y tirándome sobre los cojines que tenía en el respaldo.

—Ven aquí —mencionó Alejandro atrayéndome hacia la fuente de calor que emanaba de su cuerpo—. Deja que tu madre se encargue de eso, esta encantada de hacerlo y tu ya tienes demasiado trabajo llevando la presidencia de la empresa para querer revisar cada detalle de la organización de la boda.

—Pero... es que será mi boda —afirmé con cierta nostalgia.

—Ni siquiera conoces a la mitad de la lista de invitados porque son compromisos que mantiene tu padre, si no fueras hija única... lo enviaría todo al diablo y te raptaría ahora mismo para llevarte a las vegas, así se acabaría toda esta locura, pero entiendo que para ellos sea importante.

—¿Las vegas? —exclamé con diversión—. No sería una mala idea... —dije algo pensativa.

Pensando en todo lo que había que organizar conforme aquella lista crecía, hasta me parecía la opción más idónea en esos momentos.

—No me tientes Irina... no me tientes... —dijo de pronto Alejandro y le miré.

Estaba tumbado de lado con la cabeza apoyada sobre la palma de su mano, era tan sumamente guapo con ese bronceado natural y el aire masculino que siempre emanaba con aquella pose que resultaba endiabladamente atractivo.

«Desde luego lo de dios griego le encajaba a la perfección»

—¿Tentarte? —exclamé—. Eso jamás señor Álvarez —añadí sugerente dándole la espalda y dejando a la vista mis nalgas envueltas en una fina braguita brasileña que por detrás era transparente con un pequeño lacito justo en el centro superior.

—Empiezo a creer que eres toda una experta en esto de la tentación —escuché al tiempo que sentía un dedo acariciando mi espalda por la columna vertebral que iba bajando hasta llegar al borde de aquellas braguitas y sus dedos comenzaron a deslizarse por una de mis nalgas apretándola fuertemente, provocando que mordiera mis labios de puro placer—. Cada momento que paso a tu lado supone una tentación constante... —jadeó acercándose a mi cuerpo de forma que podía notar su prominente erección en mi trasero.

Giré parcialmente mi rostro hasta encontrar la mirada de Alejandro y en ese momento sus labios devoraron los míos con brutalidad, como si realmente estuviéramos necesitados. No sabía si en algún momento el sexo con aquel dios griego llegaría a ser medianamente normal y si pasaría el resto de mi vida

sintiendo esa necesidad de tenerle constante, inagotable, excitante al mismo tiempo que apasionante.

Acarició mi pierna y poco a poco fue bordeando mi cintura hasta perderse bajo mi ombligo buscando la fuente de mi propio placer. Gemí en sus labios en cuanto se abrió paso entre los pliegues de mi sexo provocando que aquellos movimientos circulares de sus dedos me hicieran rozar el cielo. Antes de alcanzar el clímax sentí como se adentraba en mi cuerpo colmándome de placer y morí extasiada.

—Tu piel es ese laberinto en el que deseo perderme con los cinco sentidos, Irina —susurró antes de quedarme completamente dormida con una sonrisa en los labios sabiendo que pronto sería la esposa de ese maravilloso hombre.

Me había proyectado la expansión de la empresa a América y Asia en un periodo aproximado de dos años, pero los acuerdos sobre ambos continentes estaban siendo asfixiantes, por no decir que eso sumado a los problemas que ya de por sí generaban todas las empresas del consorcio Komarov resultaba agobiante.

—Tienes que venir —terció Andrei por teléfono por tercera vez aquella semana, que a pesar de haber regresado de Moscú el miércoles estaba siendo demasiado larga muy a mi pesar.

—No puedo ir ahora Andrei, hace solo dos días que he vuelto de Moscú y tengo demasiadas cosas aún pendientes... —contesté abrumada.

—Si no vienes, no vamos a lograr cerrar el acuerdo con los americanos, así que tu decides si quieres retrasarlo todo porque te recuerdo que eras la más interesada en conseguir este contrato.

Suspiré pensativa. Ir a Nueva York significaba ausentarme durante al menos una semana si todo iba sobre ruedas... no me apetecía en absoluto tener que marcharme justo en aquel momento que tenía tantas cosas que decidir sobre la boda, pero no me quedaba más remedio.

—Saldré esta misma tarde —aseguré antes de colgar.

El teléfono sonó inmediatamente después y pensé que era Andrei de nuevo.

—He dicho que iré —contesté sulfurada.

—¿Ir a donde? —respondió la voz de Alejandro confusa.

Respiré hondo y solté el aire pausadamente. No me gustaba tener que separarme de él y menos aún admitirlo de ese modo... sabía que le haría tan poca gracia como a mi, quizá era demasiado pronto para acostumbrarnos a estar separados.

—Pensaba que eras Andrei, acababa de colgar justo antes de que llamas.

—¿Está aquí? —exclamó sorprendido.

—No —admití—. Sigue en Nueva York —añadí dando por sentado que lo entendería y de hecho el silencio se prolongó por al menos un minuto.

—Imagino que es necesario —dijo con un tono neutral, bastante comprensivo.

—Al parecer lo suficiente para insistir en que no habrá acuerdo si no asisto inmediatamente —aseguró dejándome caer en la silla. Ni siquiera sabía porqué manteníamos esa conversación por teléfono estando a unos pasos de distancia.

—¿Cuándo sale tu avión? —preguntó inmediatamente.

—Ni siquiera me ha dado tiempo a programarlo, pero intentaré salir a primera hora de la tarde en cuanto pueda.

—¿Cuántos días? —volvió a preguntar.

—No lo sé —admití—. Quizá una semana... dos como mucho.

—No me gusta estar tanto tiempo sin ti —contestó serio.

—A mi tampoco me gusta, pero no iría si no fuera absolutamente necesario para la empresa —insistí con un suspiro.

—Está bien —contestó con cierto pesar—. Te llevaré yo mismo al aeropuerto.

No repliqué porque realmente deseaba que me acompañara para estar

hasta el último minuto junto a él teniendo en cuenta que no sabía cuanto podría prolongarse en el tiempo mi ausencia.

—Llámame en cuanto aterrice el avión —mencionó en cuanto estacionó el vehículo a poca distancia del avión privado que parecía estar preparado.

—Será lo primero que haga —contesté abalanzándome sobre él para abrazarle fuertemente.

—¿Crees que volverás la semana que viene? —preguntó inquisitivamente.

—No lo sé, espero que si —contesté sin saber una respuesta exacta—. ¿Tenías planeado hacer algo? —pregunté curiosa.

—No —negó—. Realmente nada importante, solo quería saber cuándo volverías, pero entiendo que no sabes cuanto se podrán alargar las negociaciones.

—En cuanto me libre del acuerdo regresaré inmediatamente —jadeé en sus labios aspirando aquel aroma para retenerlo en mi memoria hasta mi regreso.

—Sin duda te estaré esperando, preciosa —gimió antes de profundizar aquel beso.

Justo en el momento que me senté en el asiento y fui a apagar el teléfono para el despegue, comprobé que tenía mensaje sin leer y para mi sorpresa era de Teresa en el que mencionaba que el próximo viernes de la semana siguiente era el cumpleaños de Alejandro y quería organizar para el sábado una fiesta sorpresa en su casa con todos sus amigos donde podríamos dar la noticia de la boda. Quería que le diera mi confirmación para comenzar a organizarlo todo...

«Su cumpleaños» medité tras leerlo tres veces, ¡Era su cumpleaños y no me había dicho nada! Con razón insistía en saber si volvería la semana que viene, con toda probabilidad sería esa la razón, pero no había querido condicionarme advirtiéndome que sería su cumpleaños. Tenía que regresar a tiempo, no podía perdermelo por nada del mundo.

Llamé a Alejandro en cuanto aterrizó el avión para informarle de que todo estaba bien, debían ser aproximadamente las tres de la madrugada y aún así había esperado despierto mi llamada. No hice mención alguna en referencia a su cumpleaños y menos aún recriminárselo. De hecho, por mucho que quisiera volver a tiempo aún no sabía si podría hacerlo hasta que me encontrara con Andrei y me informara de en qué punto estaban realmente los acuerdos.

Me encontré con Andrei en el mismo hotel en el que él se alojaba para ponerme al día de la situación y la cosa no pintaba tan bien como había tenido la esperanza de creer para volver cuanto antes, de hecho, entendía el porqué de la insistencia por parte de mi primo para que fuese de inmediato.

—No lo entiendo —concluí—. Tenemos un modelo de negocio que funciona perfectamente en Europa y con unos números impecables. ¿Qué es lo que falla para que nos pidan tantos requisitos? —insistí.

—Las cosas aquí funcionan de diferente forma al parecer —contestó Andrei—. Empezando porque querían que la propia presidenta del consorcio estuviera presente en la firma e incrementando todos los porcentajes de producción como garantía en un ocho por ciento más de lo que habíamos escatimado.

—Dame los informes, los repasaré antes de dormir y tomaré una decisión en función de eso si no llegamos a un acuerdo inferior.

A pesar de acostarme tarde, nada más despertar llamé a Teresa para informarle que siguiera adelante con los preparativos de la fiesta a pesar de que pudiera o no volver a tiempo, aunque intentaría por todos los medios hacerlo, pero prefería que no mencionara nada a Alejandro en cualquiera de los casos. Apenas había dormido cuatro horas, pero la impaciencia me podía, así que no retrasamos la reunión prevista para ese mismo día con los inversores.

Andrei me presentó a los doce miembros del grupo inversionista con mayor renombre de toda la ciudad dispuestos a ser socios de nuestra empresa

e invertir un gran capital si llegábamos a un acuerdo. La mayoría pasaban la cincuentena salvo por dos de ellos, que debían rondar la edad de Alejandro. Ni tan siquiera llevaba un día separada de él y ya le comparaba por todos lados.

—El señor Komarov no nos mencionó que usted fuera tan joven —dijo uno de ellos observándome detenidamente.

—No sabía que había venido a discutir mi edad, en lugar del proyecto de inversión en el que todos saldremos beneficiados —contesté drásticamente y aquel hombre me miró con cierta impresión.

—Tiene toda la razón —contestó uno de los miembros más jóvenes que si no recordaba mal era un tal Kendrich—. Estamos ansiosos de escuchar que es lo que tiene que proponernos, señorita Komarova.

A pesar de tener capital suficiente y no necesitar inversores para la expansión, mi padre siempre había buscado a socios capitalistas importantes que invirtieran para que sus influencias la convirtieran la empresa en una de las pioneras de su campo en el país. Así había sido desde que se expandió por primera vez y el modelo no había variado en todas y cada una de sus sedes, convirtiéndose precisamente en líderes del sector.

—No creo que pueda aportar mucho más de lo que el señor Komarov les ha mencionado, pero sí que puedo decirles que su ocho por ciento de incremento en costes de producción es excesivo e innecesario. Estaremos dispuestos a asumir en todo caso el tres por ciento. Respecto al resto de condiciones, no tengo nada que objetar, salvo que el edificio estará en el centro de la ciudad y guardará las semejanzas en cuanto a arquitectura del resto de países —concluí sin un ápice de miramiento, no pensaba ceder en ese aspecto por muchos costes que se ahorrasen.

Cinco días después aún seguíamos sin llegar a un acuerdo y cuando parecía que había adelantado dos pasos, de pronto retrocedía tres. Mi paciencia estaba llegando a su límite y si a eso le añadía que necesitaba salir como muy tarde al día siguiente para llegar a tiempo a la fiesta sorpresa de

cumpleaños de Alejandro, más aún.

—Necesito tomar el aire —dije a Andrei mientras hacíamos un descanso bajaba al bar que había en la planta baja porque necesitaba tomarme algo para sobrellevar aquel infernal estrés.

—Hola —escuché en cuanto di el primer sorbo y vi que el hombre que había llegado colocándose a mi lado era el tal Kendrich. Al parecer había tenido el mismo pensamiento que yo cuando estaba allí.

—Hola —contesté cortésmente mientras daba otro sorbo al vozka solo rebajado con hielo que indiscutiblemente sabía a gloria a pesar de no tomar habitualmente alcohol.

—Es difícil encontrarte a solas —dijo de pronto y me sorprendió esa clase de afirmación, pero no dejé que se percatara.

—Normalmente siempre estoy acompañada, de hecho, también lo estoy en este momento —respondí señalando al personal de seguridad que se encontraba a unos metros de distancia.

—No me refería a tu personal de seguridad, eso es previsible, más bien me refería a Andrei Komarov —añadió apoyándose con los codos en la barra y observándome fijamente.

—¿Es quería discutir algún asunto privado conmigo? —pregunté frunciendo el ceño. No creía que hubiera nada que añadir respecto al acuerdo que mi propio primo no pudiera escuchar.

—Desde luego me gustaría discutir más de un asunto con usted en privado —terció llevándose la copa que acababan de servirle a los labios—. Creo que ambos podríamos llegar a un buen entendimiento y podría ayudarla a acabar con este interminable acuerdo.

—¿A qué se refiere exactamente señor Kendrich? —pregunté directa. Si algo odiaba en este mundo eran precisamente los rodeos.

—Asista a mi hotel esta noche y mañana tendrá el acuerdo bajo sus condiciones firmado sobre la mesa —susurró en voz baja.

«No me lo puedo creer» pensé inmediatamente. ¿De verdad estaba

tratando de coaccionarme?

—¿Es consciente de lo que me está proponiendo? —pregunté para asegurarme.

—Lo suficiente para proponérselo, ¿No cree? —insistió.

—Si... ya veo —aclaré cogiendo la copa y vaciando todo el contenido

—¿Significa eso que acepta señorita Komarova? —preguntó impaciente.

—Ni siquiera he tenido que pensarlo un segundo —sentencié cogiendo mi bolso—. Ni mi empresa, ni yo estamos en venta señor Kendrich, pero me ha dejado bastante claro su posición al respecto —afirmé largándome de allí sin esperar una respuesta.

Le podían dar viento fresco a todos ellos, de hecho, no pensaba quedarme allí ni un minuto más y conforme pulsé el botón del ascensor para volver a subir a la planta donde estábamos llevando a cabo las reuniones desbloqueé el teléfono y llamé a mi asistente, quería tener mi avión listo en dos horas para salir rumbo a Madrid sin escala inmediatamente.

—¿Ya has vuelto? —preguntó extrañado Andrei por haber tardado tan poco tiempo.

—Cambio de planes —afirmé mientras él me miraba extrañado y entré en la sala de reuniones donde solo estaban ocho de los doce miembros, aunque los otros cuatro incluido el famoso señor Kendrich no tardaron en llegar.

—Lamento informarles que acabamos de recibir una oferta mucho más ventajosa para nuestra empresa en Abu Dabi, teniendo en cuenta que era objeto de estudio la expansión hacia ese continente, le daremos preferencia al no llegar a ningún acuerdo, así que damos por concluido los acuerdos —mencioné recogiendo las carpetas y despidiéndome de los presentes.

—¿Qué haces?, ¿Estás loca? —exclamó Andrei en cuanto salimos de aquella sala de reuniones y dejamos a todos los inversores algo desorientados.

—No, lo que estoy es cansada— afirmé—. Creen que somos inexpertos porque no están tratando con Luciano Komarov y que podrán exprimirnos al máximo para salir beneficiados, lo último que me ha faltado es que uno de

ellos me ofreciera asegurar que firmarían bajo nuestras condiciones si me acostaba con él, lo que me ha dejado lo suficientemente claro que no se trata de dinero, sino de poder. No voy a permitir que nadie maneje mi empresa por más acciones o capital que tenga a su antojo, así que o aceptan las condiciones iniciales o buscaremos a otros inversores que lo hagan. —Si no fuera porque me había tomado un vodka para calmar mi enfado monumental, ahora mismo estaría echando fuego.

—¿Quién ha sido ese cerdo? —exclamó Andrei.

—No importa... creo que le ha quedado lo suficientemente claro que no estoy en venta y mi empresa tampoco —afirmé—. Cuando vuelvas a entrar menciona que ha sido un contratiempo, pero que mantendremos la oferta inicial sin cambios ni acuerdos durante tres meses solo por cordialidad. Si no lo aceptan es su problema, de todos modos, son conscientes de que tenemos capital suficiente para hacerlo por cuenta propia si quisiéramos.

—No creo que acepten Irina, pero lo mencionaré —contestó cruzándose de brazos mientras entraba en el ascensor.

—Me apuesto lo que quieras a que antes de los tres meses han aceptado —contesté segura y mi guardia de seguridad pulsó el botón conforme se cerraban las puertas.

UN CUMPLEAÑOS INOLVIDABLE

No había vuelto con el acuerdo bajo el brazo, pero ciertamente me importaba más bien poco después de lo ocurrido. Sabía que expandirnos solo era un afán por llegar más lejos, pero realmente no suponía una necesidad y menos aún, una prioridad, solo se trataba de un objetivo más bien propio que quería alcanzar en mi primer año como presidenta. Tal vez había sido una pérdida de tiempo haber ido, al menos había descubierto por mi misma como funcionaban las cosas y quizá aprendido a tratar los asuntos desde otra perspectiva y no darle tantas vueltas a lo mismo sin llegar a ninguna parte.

En cuanto aterricé envié un mensaje a Alejandro para advertirle que me retrasaría unos días más puesto que ese día era su cumpleaños y quería darle una sorpresa, solo esperaba que hubiera previsto ningún plan, aunque según Teresa, su marido Alberto no estaba informado de nada al respecto.

«Igual toda la estrategia se me iba directamente al infierno, pero yo lo haría según el plan»

Fui a casa y rebusqué por todas partes hasta que encontré las llaves de la casa del lago que supe identificar por el llavero. Solo había estado en un par de ocasiones, pero recordaba perfectamente los desvíos hasta llegar —o eso esperaba—, pero como no me separaba del personal de seguridad haciendo caso fielmente a las medidas de Andrei, me daba menos miedo perderme.

Metí varias prendas de ropa interior y dos vestidos con los que dudaba porque ambos eran de color rojo, pero no tenía tiempo de decidirme en una bolsa y cerré de nuevo el apartamento porque aún tenía que comprar todas las provisiones que estimé oportunas para preparar la cena. Ciertamente tardé un poco más en llegar porque dudé varias veces en uno de los desvíos al salir de la carretera, pero finalmente reconocí el entorno y cuando divisé la casita al final del camino me entusiasmé de haberlo conseguido. Justo antes de meter el

pescado al horno, me alejé de la casa de la casa buscando un punto con cobertura hasta que finalmente lo encontré a treinta metros de la casa y envié un mensaje.

Irina:

«Te espero impacientemente para regalarte tu mayor noche de placer. Pd: No traigas nada, porque solo necesito tu cuerpo de dios griego»

Inmediatamente después hice una foto enmarcando la casa del lago iluminada por los últimos rayos de sol y esperé medio congelada de frío a que lo leyera, algo que no tardó más de cinco minutos en hacer por suerte.

Alejandro:

«Llego en una hora»

Fue toda su respuesta y me reí interiormente porque supe que ni tan siquiera se había parado a escribir más para no perder el tiempo. Tuviera o no planes para esta noche, a la vista estaba que no importaban.

Mientras el pescado estaba en el horno aproveché para ducharme y mientras mi personal de seguridad esperaba a que llegase Alejandro para marcharse a la ciudad, encendieron la chimenea para que la casa se caldeara. A pesar de dudar cuál elegir entre los dos vestidos que había llevado, puesto que uno era palabra de honor y el otro de manga larga, pero escote en corazón, me decidí por este último porque era más apropiado para el tiempo y bajo mi punto de vista más sensual incluso que el otro, además así podría combinarlo con el body lencero igualmente en tono rojo que había metido en la bolsa.

En el momento que encendí las velas de la mesa que había estado preparando meticulosamente aprovechando que tenía tiempo, escuché el ruido del motor en el exterior y alcé la vista a los dos armarios empotrados que tenía por guardaespaldas; Frederick y Viktor, que me acompañaban a todas partes. Eran rusos y de pocas palabras, pero solo bastó alzar la vista para que

Viktor, el más joven de los dos saliera a comprobar si la persona que había llegado era Alejandro, aunque tendría que ser él. Estaba algo nerviosa y realmente no entendía porqué, tal vez fuese por la expectación o solo porque esperaba que aquella mini sorpresa que le había preparado con tan poca antelación le gustase, pero en cuanto apareció por la puerta vino hacia mi tan decidido con el rostro serio que no sabía si le había agradado o no.

No hubo palabras, ni saludos, ni ningún tipo de gesto referente a ello, sino que me agarró fuertemente de la cintura y me atrajo hacia él mientras se lanzaba sobre mis labios con tanta posesividad que me hizo temblar todo el cuerpo.

—Espera —susurré un segundo apartándome ligeramente de sus labios y me dirigí con la vista hacia la puerta—. Frederick, podéis marcharos, no os necesitaré hasta el lunes por la mañana —mencioné ante la atenta mirada de Alejandro.

—Por supuesto señora —contestó en un profundo ruso y salió cerrando la puerta para ahora sí, dejarnos completamente a solas.

Antes de poder mencionar palabra alguna Alejandro volvió a estrecharme apretándome contra él y sentí posar sus labios sobre mi cuello, rozando con su nariz mi nuca y deleitándose con sus besos.

—¿Eres mía todo el fin de semana? —exclamó sugerente.

—Toda tuya —afirmé mordiéndome el labio y tratando de evitar sonreír.

—Reconozco que ha sido una deliciosa sorpresa recibir ese mensaje —susurró cerca de mi oído.

—¿Creías que iba a permitir que pasaras solo tu primer cumpleaños estando juntos? —exclamé y entonces se apartó sorprendido abriendo aún más aquellos ojos azules para observarme.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó sorprendido.

—Desde luego por ti no ha sido —afirmé.

Decir que me lo había recordado Facebook era mentir como un bellaco porque él no usaba esa red social y yo la eliminé hacía unos meses, pero

mencionar que había sido Teresa quien me lo había mencionado, sería fastidiar la sorpresa de mañana, aunque por otro lado ella ya nos había invitado a cenar en su casa y Alejandro debía intuir algo.

—¿Has investigado mi currículum? —preguntó en un tono ciertamente divertido y al mismo tiempo sensual.

—Podría ser... —fingí con aire misterioso y me alejé de él para llegar hasta la cocina.

—¿Has cocinado para mí? —Su voz parecía entusiasta, como si estuviera sorprendido de que hubiera hecho tal cosa solo para él.

—En realidad para los dos —mencioné dejando la bandeja sobre la vitrocerámica—. ¿Podrías abrir el vino?

—No sé si tengo más hambre de ti o de ese delicioso pescado que has preparado —gimió detrás de mi espalda y tuve que agarrarme a la encimera para soportar aquel temblor de mis piernas—. Aunque diría que es a ti a quien prefiero en este instante.

Habían sido demasiados días sin tocarle, sin besarle, sin tenerle entre mis sábanas y el ardor por volver a sentirle de nuevo era mucho más que excitante. Decir que le necesitaba era quedarse corto, más bien se trataba de un anhelo infinito del que probablemente nunca me vería saciada.

—Tendrás que esperar a que se acabe la cena —contesté tratando de controlarme para no girar sobre mí misma y lanzarme a él—, o de lo contrario no habrá servido de nada que me pase una hora cocinando...

—Está bien —dijo apartándose y observé como sacaba de uno de los cajones un abridor y comenzaba a descorchar el vino—. Te saborearé lentamente como al buen vino.

Estar solos en aquel asombroso silencio era maravilloso. Una lástima que fuese invierno, porque sin duda cuando comenzara el buen tiempo, la brisa agradable que habría proveniente del lago por la noche sería exquisita... no veía el momento de que avanzara el tiempo, no solo por comprobarlo, sino porque así faltaría aún menos para la boda.

Hablamos sobre mi viaje y que finalmente no llegando a ningún acuerdo decidí volver. Alejandro no pareció muy convencido con mi jugada antes de marcharme, pero evitaba contarle lo sucedido porque imaginaba que su reacción sería mucho peor que la de mi primo Andrei, así que simplemente me limité a contarle que probablemente nos estaban haciendo perder el tiempo para cansarnos y conseguir aceptar sus condiciones, algo que me negaba a pactar. Por el contrario, en mi ausencia había sido una semana de trabajo bastante tranquila sin incidencias, algo probablemente inusual.

—Hoy enviaron un ejemplar de la portada que saldrá el lunes en todos los quioscos —comentó en un tono neutral.

—¿He salido medianamente aceptable? —contesté sonriente llevándome la copa a los labios.

—Diría que demasiado para mi gusto —respondió perspicaz y vi su tono bastante serio—. No se si me agrada que medio mundo te conozca por ser increíblemente preciosa.

—¡Oh vamos! —exclamé levantándome puesto que ya habíamos terminado de comer y solo faltaba el postre—. Medio mundo pondrá cara al consorcio Komarov, solo es publicidad.

—Lo sé... pero yo sé lo que me digo —insistió sin entrar en detalles y aunque ciertamente la idea de salir como portada en la revista no era especialmente de mi agrado puesto que nunca había buscado fama o popularidad, de hecho, esa fue una de las razones que me desmotivaban seguir la carrera de modelo que le entusiasmaba a mi madre, lo hacía solo por la empresa.

—De todos modos, el reportaje menciona una inminente boda —dije sonriendo apartando los platos de la mesa y observé la cara de sorpresa de Alejandro que a pesar de parecer querer decir algo, no dijo nada. Aproveché el momento para coger la pequeña tarta que había en la nevera a la que incluso ya había colocado la vela y la encendí justo antes de darme la vuelta—. ¡Cumpleaños Feliz!, Cumpleaños feliz... —comencé a cantar ante su atenta

mirada—, pide un deseo antes de soplar —mencioné ofreciéndole el dulce.

—Tengo todo lo que quiero, Irina —contestó observándome con deseo.

—Aún así... tú pide un deseo —insistí y él hizo un gesto extraño a modo de sonrisa y después sopló la vela.

—¿Me dirás que has pedido si se cumple? —pregunté.

—Tal vez... —susurró antes de quitarme de meter un dedo en la nata y acercármelo a los labios para que lo probara, cosa que hice con sumo gusto introduciéndome aquel dedo en la boca para rodearlo con la lengua pacientemente.

—Voy a...

—No —terció Alejandro impidiéndome que me alejara y cogió la tarta con una mano mientras que con la otra rodeó mi cintura apremiándome a seguirle hasta el sofá donde se estaba mucho más calentito gracias a la chimenea encendida.

Dejó la tarta sobre una pequeña mesa auxiliar y mientras se sentaba me invitaba a que yo lo hiciera sobre sus rodillas, de forme que mi cuerpo se inclinaba sobre el suyo permaneciendo en contacto. Sus dedos subieron lentamente por mi pierna y costado hasta llegar al borde del cuello y rozar una de mis mejillas. Me estremecí ante aquel leve roce y me giré tratando de besar su mano, pero a cambio acertó la distancia para devorar mis labios con el mismo ímpetu que cuando entró en casa.

Sentí como la cremallera de mi vestido se abría entre sus dedos y antes de darme cuenta la prenda había desaparecido para recibir las caricias de aquel dios griego deleitándose por todo el cuerpo, provocando que ahogara mis gemidos en su cuello.

—Eres tan receptiva, preciosa —susurró e instintivamente succioné el lóbulo de su oreja por respuesta provocando que sus dedos se hundieran en mis nalgas para apretarme aún más contra él si es que aquello era posible.

—No lo era antes de conocerte —admití—. Como tampoco era insaciable, aunque eso solo me ocurre contigo...

—¿Sólo conmigo? —exclamó—. ¿No estarás diciendo eso solo por complacerme porque es mi cumpleaños?

—Podría... —confesé—, pero es la realidad —dije apartándome un segundo para mirarle detenidamente—. Nunca he sentido con otra persona lo que tú me haces sentir, Alejandro.

—Me alegra que sea así, me hace pensar que no soy el único completamente obsesionado de los dos —jadeó metiendo una mano bajo el body para rozar mi clítoris al tiempo que daba un suave mordisco sobre el tejido en uno de mis pechos.

—¡Ah! —exclamé sin poder evitarlo mientras tiraba de su camisa para abrirla haciendo que los botones saltaran de ella hacia todas partes—. Quiero sentirte... necesito... ¡Ah! —ni tan siquiera era capaz de terminar la frase porque tuve que morderme el labio para reprimir gritar de nuevo.

En cuanto abrí la cremallera de su pantalón y Alejandro se movió para deshacerse de la prenda, su miembro resurgió erguido preparado para que le cabalgase. Mientras sentía como se hundía poco a poco en lo más profundo de mi ser noté sus dedos acariciando mis pechos y cuando me empujó hacia abajo para hundirse completamente en mi, grité de placer al mismo tiempo que aquel dios griego de ojos azules rasgó la prenda interior que llevaba puesta por la mitad para dejarme completamente desnuda. Ni tan siquiera pude quejarme porque me alzó de las nalgas levemente para dejarme caer y el movimiento provocó de nuevo mi deleite, haciendo que comenzara a moverme sobre él en un vaivén en el que ambos nos sincronizábamos para encontrar el placer en el otro hasta que sentí como me agarró con fuerza para alzarme y apoyarme contra una de las paredes de la casa mientras me penetraba con tanta fuerza que simplemente me dejé arrastrar por el orgasmo que me abrasaba...

No cambiaría aquel infinito placer que él me proporcionaba ni por el tesoro más grande del universo. Alejandro era único en su especie, deleitándome en cada ocasión de un infinito abismo que siempre quería alcanzar por breve que éste fuera, pero era tan intenso... que merecía cada

letra de su apodo de dios griego. Definitivamente no era normal.

—No vuelvas a marcharte tanto tiempo —susurró mordisqueándome el hombro—. Es una completa tortura estar sin ti tanto tiempo —gimió—. He tenido que conformarme con ver tus fotos en mi teléfono y decirme a mi mismo que más pronto que tarde volverías.

—Yo también te he echado de menos —contesté dejándome caer sobre él, sobre todo porque no tenía apenas fuerzas y sabía que él me sostendría siempre.

—No me gusta el hueco que dejas en mi cama cuando no estás —insistió—. Ni que el perfume en tu almohada se desvanezca día tras día.

—Ven conmigo la próxima vez —dije abrazándole.

No sabía cuando tendría que volver a marcharme, ni tampoco si sería por uno o varios días... era impredecible.

—No puedo dejar la dirección de la empresa vacía durante mucho tiempo, lo sabes —mencionó sabiendo que era consciente de ello.

—Lo sé —afirmé—, pero encontraremos una solución, pensaré en algo.

Nos sentamos en el sofá y Alejandro comenzó a desenvolver la manta para taparnos e inmediatamente después cogió la tarta.

—Espera, iré a por cucharas —mencioné levantándome y recordando el regalo que tenía en el bolso que no tenía ni idea de si le gustaría.

—Mañana le dije a mi hermana que iría a cenar a su casa pensando que no estarías, pero creo que la llamaré mañana y lo cancelaré, así podremos pasar aquí todo el fin de semana solos.

—Si te invitó creo que deberías ir... bueno, deberíamos —dije alzando la voz para que me escuchara, si cambiaba los planes por mi culpa, Teresa me mataba después de organizarlo todo—. Probablemente quiera felicitarte y por eso querrá que vayas a cenar a su casa.

—Si... pero prefiero que nos quedemos aquí.

—Pues iremos a la cena y después nos volvemos directamente aquí —dije sonriente—. Además, está embarazada y no hay que contradecirla —

aseguré a pesar de que aquel tema podía ser un tanto peliagudo con él.

—Está bien... —mencionó dejándose caer hacia atrás como si no pudiera tener opinión propia.

—Esto es para ti —le advertí dejando aquel paquetito envuelto con un lazo sobre sus piernas y lo miró detenidamente para después mirarme a mí. En ese momento le quité la tarta que aún la sostenía en una mano y me senté a su lado—. Espero que te guste —añadí con cierta sonrisa poco convincente.

—¿Por qué me has comprado algo? —exclamó cogiendo aquel paquete—. No necesito nada, que hayas venido y te molestases en preparar todo esto ya era demasiado...

—Bueno... yo quería que tuvieras algo que tuviera un significado para ti —me adelanté a decir y en cuanto abrió el paquetito pudo vislumbrar un reloj.

—Es muy bonito —mencionó sacándolo de la caja.

Era un reloj de la marca rolex, aunque realmente lo importante no era la estética que por cierto era elegante y moderno.

—¿Te gusta? —pregunté.

—Sí —afirmó quitándose el que tenía puesto y supuse que sería para probárselo.

—Tiene una inscripción —dije antes de que se lo colocara en la muñeca y giró para leerlo.

Para mi asombrosa suerte, había tienda en el hotel que me alojaba y pude no solo comprar el reloj, sino que además le hicieran aquella inscripción grabada en su reverso.

«Solo tuya, Irina» esperaba que lo entendiera, porque había mencionado tantas veces que solo fuera suya, que podía incluso entender que necesitaba que lo dijera para creer que así no me marcharía con otro, que no le compartiría y que no le abandonaría como hicieron su madre y su abuela.

En el momento que alzó la vista tras leer aquel mensaje, sus profundos ojos azules brillaron y no supe si fueron de emoción, deseo o simplemente una mezcla de ambos.

—Solo tuya, siempre —aclaré y vi como él sin dejar de mirarme se abrochaba aquel reloj.

—Cada vez que mire la hora lo tendré presente —aseguró inclinándose para rozar mis labios—, sabré que eres mía —afirmó contundentemente.

Era suya, no como una propiedad o como un objeto, sino porque mi alma y mi corazón eran suyos sin lugar a duda.

Finalmente, a pesar de estar demasiado tranquilos en la casa del lago, emprendimos el camino hacia Madrid para acudir a la casa de Teresa, que de no ser por aquella fiesta sorpresa yo misma habría decidido cambiar de planes porque una vez que estábamos en ese lugar, no deseábamos regresar al mundo real —por no decir caótico—, de la ciudad.

—¡Sorpresa! —gritaron todos en cuanto Alejandro entró en el apartamento de su hermana y lo primero que hizo fue girarse hacia mi para observarme mientras me encogía de hombros siendo cómplice de aquel complot.

Me reencontré con los amigos de Alejandro que no había visto desde la boda de Teresa y no solo aprovechamos para comunicarle la noticia de nuestro compromiso, sino que les advertí a todos ellos que serían las parejas de mis damas de honor.

—Pero serán guapas, ¿Verdad? —exclamó Óscar que sin duda era el más gracioso y salao como diría mi madre de todos ellos.

—Tío... son rusas, eso no se pregunta —contestó Carlos que era otro de ellos—. Nacen guapas por defecto de fábrica. No hay que estar muy ciego para verlo —añadió señalándome y no pude evitar soltar una carcajada.

—Puede que haya alguna española —mencioné porque aún no tenía claro si pedírselo a dos de las que fueron mis compañeras de trabajo, puesto que dos de mis primas estaban embarazadas.

—Nosotros por ti hacemos lo que haga falta —añadió un tercero y Alejandro me agarró de la cintura en ese momento.

—Se va a casar conmigo, lo sabéis, ¿no? —exclamó a modo “macho

alfa”.

—Creo que el pedrusco que lleva en la mano lo deja bastante claro — dijo Óscar señalando mi anillo y por suerte para mi, Teresa vino en ese momento a mi rescate diciendo que necesitaba ayuda en la cocina.

—Dime, ¿En qué te ayudo? —exclamé cuando estábamos a solas en la cocina.

—En realidad no necesitaba nada, solo era una excusa para que habláramos ya que has estado fuera todo este tiempo o liada con trabajo y no quería importunarte —terció algo preocupada.

—Te dije que no molestabas Teresa, lo cierto es que me habría gustado llamarte y comer juntas o tomar un café, pero estas últimas semanas han sido demasiado estresantes de trabajo.

—Lo sé... hablé con tu asistente un par de veces para saber si tenías algún hueco libre y mencionó que era algo complicado.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. No me ha mencionado nada.

—Le pedí el favor de que no lo hiciera para que no te sintieras presionada y que llamaría más adelante, pero prefiero aprovechar unos minutos ahora que estás aquí ya que cuando os fuisteis la última vez me quedé algo preocupada por tu reacción cuando Alejandro mencionó que no tendríais hijos. No había que ser una experta para saber que la noticia te cogió de sorpresa tanto como a mi.

—Si te digo la verdad, esa noche terminamos discutiendo y Alejandro se marchó durante unas horas de casa —admití dejándome caer sobre la encimera y cruzándome de brazos—, él cree que no sería un buen padre y que no podría querer a su propio hijo —afirmé apenada—. Está convencido de ello e incluso teme que cometería los mismos errores que vuestro abuelo.

—¡Eso es absurdo! —exclamó atónita.

—Yo acepté que quiero estar con él por encima de todo, aunque eso incluya que siempre estemos solos él y yo.

—¿Estás segura Irina? —preguntó colocando una de sus manos sobre mis

brazos cruzados—. Será peor si un día te arrepientes de esa decisión.

—Le quiero demasiado, por encima de todo —contesté sincera—. No te preocupes por nosotros Teresa, somos felices teniéndonos el uno al otro.

—Me alegro mucho Irina —respondió con aquellos ojos vidriosos.

—Por otra parte, espero que me llenes de sobrinos a los que consentir demasiado —dije riéndome para quitarle importancia a aquella conversación.

—Pues como no vengan de dos en dos, no creo que tengas muchos por mi parte —contestó sonriente y llevándose las manos a su vientre.

En ese momento sentí una pizca de envidia, solo fue un instante, pero comprendí que yo jamás viviría esa sensación de albergar una vida en mi vientre, de ese instinto de llevarse las manos para protegerlo de cualquier cosa, incluso de mi propia sonrisa y fui consciente a lo que realmente había renunciado.

CELOS Y AMENAZAS

Dicen que los lunes son horribles y ahora entiendo perfectamente porqué lo dicen. Después de pasar un fin de semana idílico porque volvimos tras la fiesta de cumpleaños de Alejandro a la casa del lago a pesar de que terminamos de madrugada, pasamos todo el domingo encerrados hasta el punto de quedarnos también a pasar la noche y madrugar para volver a tiempo al trabajo. Había necesitado dos cafés bien cargados para despertar de aquel letargo y aún así me costaba trabajo centrarme de nuevo en aquel maldito informe de plan de negociación, también porque estaba plagado de cláusulas infumables que era incapaz de entender a esas horas.

—¡Ah, es imposible! —exclamé soltándolo sobre la mesa y dejándome caer sobre la silla—. Dime Evelyn —dije en cuanto sonó el teléfono y pulsé el botón del altavoz.

—Señorita Komarova, es su primo Andrei, dice que es importante y que no responde al teléfono —mencionó la voz de Evelyn por el intercomunicador.

—Es cierto, se me olvidó activar el sonido. Pásamelo —exclamé mientras sacaba el teléfono del bolso y activaba el sonido.

—Irina, ¿Para qué demonios tienes un teléfono si no lo coges? —gritó algo sulfurado.

—Tampoco es para tanto, me has localizado en el despacho. Dime que es eso tan importante —pregunté esperando que por favor no fuera una catástrofe de las de tener que salir corriendo porque necesitaba pasar unos cuantos días centrada en un sitio y no de hotel en hotel después de casi tres semanas de viajes.

—Contra todo pronóstico los americanos han aceptado tus condiciones iniciales sin ningún tipo de contraoferta —mencionó casi tan sorprendido que ni él mismo se lo creía.

—Te dije que lo harían, aunque pensé que tardarían más en hacerlo la verdad... —admití.

—Al parecer, alguien ha lanzado un rumor sobre que estábamos negociando con otros inversores de su competencia —mencionó Andrei—, aunque desconozco quien ha podido ser, pero desde luego la jugada ha salido favorable para nosotros.

—¿Cuándo está planificada la firma? —pregunté centrándome en lo realmente importante. Quería tener ese acuerdo firmado de una vez para asegurarme que de verdad habría expansión en Estados Unidos, hasta que no viera los documentos firmados no me lo creería.

—Pasado mañana —contestó seguro—. Es tiempo necesario para que los abogados tengan todos los contratos preparados.

—Genial, avísame si se produce algún contratiempo y asegúrate de que nuestros abogados lean todas las cláusulas del contrato detenidamente. Me fio menos de esos americanos que de la mafia rusa —solté sin miramientos y Andrei exclamó una carcajada.

—Sabes que lo haré —mencionó antes de colgar.

A media mañana Alejandro entró en mi oficina sin llamar dando un portazo que hizo temblar todas las paredes del despacho. Se notaba a leguas que estaba enfadado y no entendía la razón de dicho cabreo monumental.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —gritó y supuse que lo hacía porque nadie nos oiría al estar insonorizado.

—¿Decir el qué? —exclamé sin saber de qué demonios estaba hablando.

—¡Lo sabes perfectamente Irina! —gritó—. Uno de los inversores americanos te ofreció firmar el acuerdo a cambio de meterte en su cama.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sin negarlo, porque era evidente que lo sabía todo.

—Lo sé y punto —terció—. Por quien me enterase es lo de menos.

Tenía que haber sido Andrei, ¿Quién sino iba a decírselo si nadie más lo sabía?

—Vale, sí —afirmé—. Es cierto, pero ¿Qué importancia tiene? —exclamé—. Me negué rotundamente y de hecho replanteé las negociaciones por ese motivo. No ocurrió nada, Alejandro.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó con una calma de esas que cualquiera puede prever que se avecina la tempestad.

—Porque precisamente quería evitar esto —dije abriendo los brazos y englobando la escena—. Que desconfíes de mi porque pienses que podría llegar a engañarte.

—¡Desconfiaré más si no me lo cuentas! —bramó alterado—. ¿Quién es ese tipo? —insistió.

—¿Ves? —exclamé—. Te debe importar bien poco quién es o de quien se trate, solo te debería de importar que a mi me da absolutamente igual sus pretensiones porque no me interesa, solo te necesito a ti.

—Una vez sí te interesaron mis pretensiones —concluyó mirándome fijamente y comprendí su miedo...

—No Alejandro, no te confundas —aseguré acercándome a él—. Yo jamás acepté el acuerdo que tuvimos porque ganase algo, lo sabes perfectamente. Fui a ti desde el principio sin ninguna intención más allá que la de la atracción sexual que sentía y así siguió siendo hasta que finalmente me enamoré perdidamente de ti.

—¿Y cómo sé que en algún momento no llegará alguien mejor que yo que te haga darte cuenta de que no soy suficiente? —preguntó en un tono de voz que podría incluso sentir ese sufrimiento interno.

—Alejandro —susurré colocándole las manos en el pecho para que me mirase—. ¿Cuándo vas a entender que yo te elegí a ti? —exclamé segura—. Confía en mi... no voy a marcharme, no quiero a nadie más... soy tuya, ¿Recuerdas? —añadí tocándole la muñeca en la que llevaba el reloj que le había regalado—. Tú lo eres todo para mi.

Su respuesta fue abrazarme fuertemente y me aferré a él como si mi vida dependiera de ello. Necesitaba que me sintiera, que de verdad creyera mis

palabras porque sabía que debía luchar contra años de aquella persistente convicción en la que creía que le abandonaría por más veces que le repitiera que nunca sucedería.

En cuanto Alejandro se marchó de mi despacho, Evelyn entró con el correo y lo dejó sobre la pila que se acumulaba de toda la semana que había estado fuera.

—Me he tomado la libertad de comprar un ejemplar mientras venía a la oficina. No sabía si le enviarían uno puesto que ya enviaron la portada y pensé que le gustaría tenerlo —mencionó entregándome la revista.

Era extraño verme en la portada, salía bastante favorecida a decir verdad con aquel fondo negro y pose bastante formal, aunque había elegido una de las pocas fotos en las que sonreía para la portada.

—Gracias Evelyn —contesté ojeando la revista hasta llegar a la parte de la entrevista que se limitaba a hablar sobre la empresa salvo el punto final en el que mencionaba que la joven empresaria —es decir yo—, estaba prometida recientemente con el director de la sede española de mi propia empresa algo que más tarde Alejandro me demostró que le había encantado que hiciera cuando leyó la entrevista completa.

«Si no fuera por esa inseguridad que padecía por culpa de su niñez, cualquiera podría pensar que era un retrógrada, pero podía comprenderle y de hecho lo había aceptado que me costaría tiempo que entendiera que no pensaba irme»

El jueves a primera hora de la mañana recibí el contrato del acuerdo firmado con los americanos. Aún no podía creerme que por fin hubiera pasado, así que lo primero que hice fue llamar a mi padre para contárselo ya que aquel sueño de expansión también había sido de él. Me sentía orgullosa de seguir ampliando aquel imperio y había conseguido un gran avance en apenas unos meses que llevaba al frente de la empresa. En cuanto colgué el teléfono vi que tenía un mensaje sin leer, supuse que sería de Nadia ya que le había enviado un mensaje por la mañana y aún no me había contestado, pero para mi

sorpresa era de un número desconocido y bastante raro.

Número desconocido:

«Sé quien eres zorra y voy a hacer que pagues por todo lo que me hiciste»

¿Qué demonios era ese mensaje? Directamente lo eliminé pensando que seguramente se trataba de una equivocación y seguí con lo que había dejado pendiente.

Aprovechando que Alejandro estaría fuera en la hora del almuerzo, volví a comer en la cafetería con mis antiguos compañeros de trabajo que me felicitaron por la inminente boda y no pude negarme a prometerles ir al día siguiente al bar que teníamos enfrente de la empresa como en los viejos tiempos, sobre todo para comunicarles a Marta y Amaya si me podrían hacer el enorme favor de ser mis damas de honor a pesar de no tener una gran amistad con ellas, puesto que hacerlo dentro de la empresa me parecía demasiado formal.

—Hoy he ido a comer con mis antiguos compañeros cuando trabajaba como becaria —dejé caer una vez que llegué a casa y me había puesto cómoda. Alejandro ya había comenzado a sacar las cosas para preparar la cena y me acerqué a ayudarlo.

—¿Crees que sea conveniente relacionarte con ellos ahora que eres la presidenta de la empresa? —contestó con otra pregunta sabiendo que por política de empresa precisamente no era lo adecuado, no por nada, sino para no dar lugar a la creencia de favoritismos dentro de la sede.

—La gente entenderá que fueron excompañeros, no creo que sea nada malo —concluí—. Además, todos saben que trabajé como becaria hace solo unos meses y no habrá favoritismos.

—Lo sé, aún así deberías tener cuidado —contestó sorprendiéndome que no me recriminara por ello, así que aproveché la situación.

—Mañana iré a tomarme algo con ellos después del trabajo, así le pediré a las chicas que sean mis damas de honor.

—Una cosa es que almuerces en la cafetería de la empresa, pero relacionarte fuera de la empresa no es conveniente Irina. No debes hacerlo.

—¿No debo o no quieres? —exclamé.

—Ambas —afirmó contundente—. Aún recuerdo a ese informático intentando meterte mano a la primera de cambio...

—¡Por dios Alejandro! Todos me felicitaron por el compromiso, creo que le debió quedar lo suficientemente claro que tengo novio y si tanto te preocupa, ven tu también —le advertí haciéndole ver que no quería ocultarle nada.

—Sabes perfectamente que no puedo, mañana terminaré tarde de la última convección.

—Te prometo que solo será una ronda y me vendré a casa, lo justo para decirles a Marta y Amaya que sean mis damas de honor y quedar bien con todos ellos.

—Si me lo dices para justificarte, tú misma estas admitiendo que no es lo correcto, Irina —advirtió acercándose hasta mi y acogiéndome por la cintura para atraerme hacia él—, pero son decisiones tuyas en las que yo no debo intervenir por mucho que me cueste aceptarlo.

En aquel momento sonreí y me coloqué de puntillas para besarle.

—Que te parecería si cuando regreses volvemos a la casa del lago para pasar de nuevo todo el fin de semana, aunque esta vez sin interrupciones.

—Me parece una idea estupenda —contestó agachándose ligeramente, porque tampoco era mucho más bajita que él a pesar de no llevar tacones y volvió a rozar mis labios—. De hecho, me parece la mejor idea que has tenido hasta ahora —determinó levantándose del suelo y sonreí mientras rodeaba con mis piernas su cintura aferrándome a él.

Una serie de imprevistos hicieron que la mañana del viernes se volviera un completo caos, hasta el punto de no tener siquiera un respiro para tomar un

café tranquilamente.

—Señorita Komarova, le dejo la correspondencia de hoy sobre la mesa —dijo Evelyn tras entrar en mi despacho y asentí con la cabeza mientras tecleaba en el portátil.

—Déjalo sobre la mesa Evelyn, lo abriré en cuanto pueda —contesté sin alzar la vista.

Aún me quedaba correo acumulado por abrir desde principio de semana y al ritmo que llevaba la mañana dudaba que pudiera abrirlo hasta el lunes. Por suerte, las cosas más urgentes me llegaban por email y solía leerlos de camino al trabajo o mientras me tomaba el segundo café, ni tan siquiera sabía como iba a lograr llegar a tiempo a las tres que era cuando habían quedado.

Justo en el momento que apagaba el ordenador o de lo contrario no llegaría, me mentalicé con terminarlo durante el fin de semana o el lunes a primera hora el teléfono de la oficina comenzó a sonar y me extrañó porque Evelyn ya se había marchado. Imaginé que si lo cogía solo sería más trabajo y finalmente no llegaría, así que lo dejé pasar y si se trataba de algo urgente ya me localizarían en el teléfono móvil, por lo que le di mi maletín a uno de mis guardias para que lo dejase en el maletero del coche mientras el otro me acompañaba al bar de enfrente y esperaba en la puerta a cierta distancia.

LA PEOR DE LAS PESADILLAS

Me alegró volver a ver a todos, porque esta vez sí estaban todos los que fueron mis compañeros de trabajo allí presentes. El tiempo se me pasó demasiado rápido y cuando saqué el teléfono para mirar la hora vi que ya eran casi las cinco y que tenía al menos diez llamadas de Andrei.

¡Mierda! Pensé mientras indicaba que iría un momento al baño para alejarme del ruido y así poder llamarle.

Aquel bar no era excesivamente grande, pero tenía zona de cocina y restaurante, por lo no era del todo pequeño y sobre todo muy frecuentado por la gente de la oficina. Cuando entré al baño agradecí que no hubiera nadie, pero quizá fuese porque realmente éramos pocas las chicas que estábamos en el local, así que en cuanto le di a la tecla de llamar me miré al espejo y con la mano disponible traté de acomodarme mejor el cabello.

—Suelta el teléfono —dijo una voz profundamente masculina.

No sabía quien era, no le veía en el espejo, pero si podía ver parte del brazo y el arma con la que me apuntaba a la cabeza.

¿Aquello era una broma?, ¿Era el día de los santos inocentes o algo similar?

Hice lo que me pedía colocando el teléfono sobre el lavabo y con las manos estiradas fui dándome la vuelta poco a poco hasta ver el rostro algo desfigurado, pero reconocible del tipo que me apuntaba con aquella pistola.

—¿Qué es lo que quieres? —me atreví a preguntar sabiendo que la última vez que había visto a ese hombre, había sido precisamente en un baño tratando de violarme, pero por suerte Alejandro llegó para impedirselo.

—Hacerte pagar por lo que me hiciste, zorra —escupió con rabia—. ¡Vamos, sal! —gritó señalándome la puerta y en ese momento pensé que aquello sería mi salvación porque alguien me vería, de hecho Viktor o

Frederik estarían pendientes de que saliera para supervisar que todo estaba bajo control, pero para mi desgracia el baño estaba en un pasillo antes de salir a la sala y aquel tipo me agarró del brazo y me empujó dentro de una de las puertas que había por aquel pasillo que no era otro que la cocina de aquel bar, que se encontraba vacía por las horas que eran. Al fondo había una salida y supe que se saldría con la suya, así que cogí una sartén que había sobre la encimera con todas mis fuerzas y traté de darle un golpe, cosa que conseguí hacer, pero no en la cara como tenía pensado, sino que frenó con su el brazo en el que no llevaba el arma y acto seguido sentí la fuerza del metal golpeándome la cara haciendo que perdiera durante unos segundos la noción de donde estaba.

—Vuelve a intentarlo y te pegaré un tiro ahora mismo, puta zorra — aseguró con tanta vehemencia que le creí—. Por tu culpa he pasado un auténtico infierno y no me temblará el pulso apretar el gatillo, Irina Luciana Komarova.

Ni tan siquiera pude contestar, porque el tal Fernández como sabía que se apellidaba abrió la puerta y me arrastró a pesar de mis leves gritos hacia una furgoneta que había aparcada en aquella calle trasera.

«No podía tener tanta mala suerte para que nadie me viera en pleno centro de Madrid y a plena luz del día» pensé mientras trataba de resistirme y forcejear inútilmente porque era más fuerte que yo, pero tal vez así ganase tiempo, alguien me viera y pudieran venir en mi ayuda.

Para mi desgracia no fue así, aquel hombre consiguió abrir la puerta y me empujó dentro volviendo a cerrar y dejándome completamente a oscuras mientras trataba de aporrear la chapa de la puerta.

«No puede ser real» me dije volviendo a golpear. «No puede estar secuestrándome el tipo que había intentado violarme» me repetí mentalmente. Andrei me había advertido, precisamente él me dijo que tuviera especial cuidado y a pesar de no separarme del personal de seguridad no se lo había impedido...

—¡Andrei! —exclamé recordando que le estaba llamando y que precisamente no corté la llamada.

¿Lo habría escuchado?, ¿Habría entendido algo?, ¡Dios esperaba que sí lo hubiera hecho y hubiese dado la voz de alarma! No podía evitar pensar si él había averiguado algo y su insistencia se debía precisamente a eso; tratar de advertirme del serio peligro que estaba corriendo por la cercanía de ese individuo.

Quería llorar, pero las lágrimas no salían de mis ojos debido a que me sentía una completa estúpida e ingenua en aquellos momentos al no haberle dado la seriedad de aquella advertencia. Presentía que algo malo iba a suceder... y lo peor de todo aquello era que tal vez no volvería a ver a Alejandro y sentía miedo de albergar ese sentimiento...

Estuve encerrada en aquel vehículo en marcha durante demasiado tiempo, hasta el punto de sentir las piernas entumecidas y pensar que nunca llegaría a un destino, ni tan siquiera podía calcular cuanto tiempo llevaría, pero ya fuera por la agonía o porque realmente había pasado demasiado tiempo, me parecieron horas hasta que finalmente escuché como parecía que se detenía y oí el ruido de la puerta cerrarse. Tal vez la oscuridad hacía que el resto de mis sentidos estuvieran alerta porque incluso era capaz de escuchar los pasos hasta que el ruido de metal me hizo saber que la puerta se estaba abriendo y de pronto la luz me cegó al llevar tanto tiempo completamente a oscuras.

—¡Vamos!, ¡Baja! —gritó y caminé lentamente hacia el filo de la puerta, sobre todo porque quería saber donde estaba, a donde se suponía que me había llevado después de tanto tiempo, pero a pesar de llevarme una mano a los ojos y poder ver mejor el exterior era incapaz de reconocer nada. No tenía ni idea de donde estaba porque aquello parecía casi desierto.

—¡Ay! —grité en cuanto sentí como me empujó y caí al suelo apoyando las manos, fue entonces cuando me di cuenta de la sangre que había en ellas y me asusté, solo que la sangre no era de mis manos puesto que no tenía ninguna herida y de hecho estaba seca.

Instintivamente me llevé el dorso de la mano al labio y noté que me dolía, cuando lo aparté vi el ligero rastro de sangre en ella. No grité. No lloré. No dije absolutamente nada, porque sabía que hacerlo no serviría para sacarme de allí, en todo caso quizá para que me propinara otro golpe.

—¡Camina si no quieres que te lleve todo el camino a patadas! —gritó y comencé a caminar a pesar de llevar tacones que afortunadamente no eran muy altos, pero que se clavaban en aquel terreno de grava dificultándome hacerlo.

—¿Dónde estamos? —pregunté sin poder evitarlo—. ¿Qué es este sitio? —insistí a pesar de que igualmente no tendría porqué decirme nada, pero necesitaba respuestas a mis preguntas, tales como si me había llevado hasta allí para violarme, asesinarme o ambas cosas.

—Un lugar donde nadie podrá relacionarte hasta que consiga lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres? —exclamé mientras parecíamos entrar en una especie de nave abandonada porque no había puertas, ni ventanas... todo estaba desvalijado.

—Todo tu dinero —concluyó con un amago de sonrisa.

¿Eso era todo?, ¿Solo dinero? Pensé mientras llegábamos casi al fondo de aquel edificio y me obligaba a bajar unas escaleras. El lugar debió ser una fábrica en su día porque había maquinaria pesada que estaba oxidada con el paso del tiempo y cuando llegamos al sótano abrió una puerta obligándome a entrar en aquella absoluta oscuridad, hasta que segundos después se iluminó parcialmente con varias luces que colgaban de un cableado sobre unos cuantos pilares. Todo estaba lleno de grafitis, cristales rotos y suciedad por todas partes como si aquel lugar hubiera sido fruto de fiestas nocturnas para adolescentes en otros tiempos.

—Por si te lo preguntas, ya nadie viene por aquí —afirmó—. Así que nadie podrá encontrarte...

—Puedo darte ahora mismo la cantidad que quieras —aseguré al ver como cogía sobre la que en otra época habría sido una mesa de madera una

cadena con dos grilletes y se acercaba hasta mi despacio.

Sabía que el destino de esa cadena era maniatarme y solo imaginaba los horrores que iban a sucederme cuando eso ocurriera.

—No lo dudo, pero tengo otros planes —contestó y literalmente temblé del miedo necesitando apoyarme en una de las columnas que había allí para no caerme.

Iba a violarme, sabía que terminaría lo que no pudo hacer en aquel baño y me juré a mi misma que lucharía hasta el final para resistirme así tuviera que morir en el intento.

En cuanto se acercó lo suficiente para colocarme el primer grillete en la muñeca, le empujé de forma que cayó al suelo y salí corriendo a pesar del temblor de mis piernas, pero la adrenalina que tenía en ese momento me daba la fuerza necesaria para hacerlo. En cuanto llegué a la escalera escuché el disparo e instantáneamente me llevé las manos a la cabeza tratando de protegerme de alguna forma mientras seguí subiendo y cuando llegaba al último escalón, algo apresó mi pierna haciéndome caer de bruces al suelo.

No había tenido ningún plan salvo escapar de allí de un destino que no me auguraba nada bueno, solo quería encontrar ayuda, gritar y que alguien me escuchara. El infierno estaba en aquel sótano junto a aquel demonio que planeaba vengarse de la peor forma.

—No vas a escapar de mi, furcia —escuché mientras era arrastrada hacia abajo del tobillo y gritaba con cada escalón que se clavaba en mi espalda—. Llevo mucho tiempo planificando esto y no voy a dejar que lo eches todo a perder.

—¡Eres una rata asquerosa! —grité con todas mis fuerzas—. ¡Un cerdo enfermizo! —añadí tratando de soltarme y pataleando, pero aquel grillete seguía atado a mi tobillo y solo provocaba más dolor con mis movimientos mientras él tiraba de aquella cadena.

—Soy el peor de tus demonios —aclaró de pronto—. Y haré que tengas pesadillas —afirmó antes de darme un golpe que me hizo perder el

conocimiento por completo.

Cuando desperté sentí las manos entumecidas por encima de mi cabeza y al tratar de moverlas fui consciente de que estaban inmovilizadas en aquellos grilletes de hierro algo oxidado que me desgarraban la piel cada vez que trataba de moverlas.

Estiré varias veces con todas mis fuerzas y vi la sangre caer por mi brazo hacia abajo como un hilo fino haciendo su recorrido gracias a la gravedad que la empujaba... en ese momento me sentí débil, indefensa y completamente vulnerable hasta el punto que no pude evitar derramar lágrimas de impotencia porque deseaba salir de allí, que todo aquello terminara y por un segundo deseé haberle hecho caso a Alejandro y no haber ido a aquel maldito bar a pesar de saber que si no hubiera sido allí, aquel degenerado habría tratado de secuestrarme en otra parte, pero quizá su intento sí hubiera sido frustrado.

Lamentarme por lo que podría o no haber pasado no iba a servirme de nada, de hecho, ni siquiera podía secarme las lágrimas que empañaban mi visión, aunque a deducir por el absoluto silencio que impregnaba el lugar, no me cabía la menor duda de que estaba completamente a solas. No sabía si volvería pronto, pero si sabía que lo haría y aunque mi ropa no estuviera desgarrada, no podía dejar de pensar si aquel cerdo me habría puesto las manos encima, pero no iba a torturarme pensando en ello, tenía que encontrar una manera de escapar, por muy absurda que ésta fuera, porque sabía que aquel tipo no pensaba soltarme con tanta facilidad, aunque le dieran el rescate que pedía.

AGONÍA

POV ALEJANDRO

No dejaba de mirar la hora una y otra vez deseando que aquella maldita convección se acabara para volver a casa y salir hacia la casa del lago a pasar todo el fin de semana junto a mi preciosa rubia.

Ni tan siquiera había recibido un mensaje para advertirme que había regresado, esperaba que aquella quedada con sus antiguos compañeros no se le hubiera ido de las manos porque no me gustaba nada que aquel informático que en otros tiempos había tenido demasiadas pretensiones estuviera allí con ella.

«Cálmate» me dije a mí mismo tratando de asimilar lo que tantas veces la propia Irina me había mencionado y miré de nuevo el reloj donde ella misma lo había grabado.

Tenía que aprender a confiar en ella, aunque me costara una vida y media lograr hacerlo, pero casi me había hervido la sangre cuando contacté con un antiguo compañero que trabajaba en la bolsa de Wall Street para lanzar una estrategia y hacer que los inversores americanos por fin se decidieran a firmar el acuerdo. Casi no podía dar crédito cuando contacté con el propio Andrei para informarle y me contó la verdadera razón del porqué habían fracasado las negociaciones.

En ese momento habría ahogado con mis propias manos al hijo de puta que había tratado de coaccionar a mi futura esposa. Ella era mía y aunque asumía que se había negado rotundamente a esas acciones, lo cierto era que me hervía la sangre por saber que ella era todo un deleite para los ojos de cualquiera, incluidos los míos que ni tan siquiera había podido resistirme a caer rendido ante tanta belleza.

Ni yo mismo sabía como había podido tener tanta suerte para que aquella

espléndida mujer se enamorase de mi, aceptara casarse conmigo e incluso renunciara a tener hijos porque yo no los deseaba. Casi podía admitir que no la merecía, que realmente no me merecía tener a una mujer tan hermosa e inteligente al mismo tiempo sin añadir todas las demás cualidades en las que Irina sobresalía con creces.

Saqué de nuevo el teléfono y a pesar de saber la hora por el reloj, puesto que eran casi las seis de la tarde me sulfuré pensando que se estaba alargando aún más de lo que había creído en un principio. En otros tiempos antes de conocerla a ella, disfrutaba de que la jornada de trabajo se prolongase los viernes porque no tenía nada mejor que hacer la mayoría de las veces, pero ahora lo estaba detestando casi tanto, como el hecho de no tener un mensaje suyo diciendo cuando llegaría y que me estaba esperando.

En ese momento el nombre en la pantalla de Andrei apareció y me sorprendió que me llamase a esas horas, así que creyendo que se trataría de algo importante, descolgué la llamada mientras me levantaba para dirigirme hacia la puerta más cercana que daba al pasillo central.

—Andrei —mencioné serio. Quizá solo se trataba de algo referente al contrato con los americanos y algún imprevisto espontáneo.

—Irina ha desaparecido —contestó en un inglés con marcado acento ruso.

—¿Qué? —vociferé en aquel absoluto silencio de aquel pasillo desierto.

En aquel momento sentí lo que hacía demasiados años no sentía; un miedo atroz que me desgarraba por dentro.

—Creo que la han secuestrado, pero aún no estoy seguro —mencionó algo alterado.

—¿Cómo que crees que la han secuestrado?, ¡A qué te refieres exactamente! —grité necesitando respuesta.

—Ella me llamó y pude escuchar parte de una conversación con un tipo, pero era en español seguramente porque no les entendía y después se pierde la pista de su paradero. El personal de seguridad encontró el teléfono en el baño

aún en funcionamiento.

—¿Dónde demonios estaba su personal de seguridad?, ¿Por qué no estaban allí? —grité.

—Estaban, pero el tipo que la secuestró fue demasiado listo y lo debía tener todo calculado —afirmó Andrei—. ¡Le advertí que tuviera cuidado! —gritó—. ¡La llamé una decena de veces para decirle que ese tipo podía estar cerca y no me cogió el teléfono!

—¿De qué hablas? —exclamé caminando hacia la salida—. ¿A quién te refieres? —pregunté asustado.

—Fernández —afirmó Andrei—. El tío ese que trabajaba en Komarov y que trató de violarla.

—¿Él es quien la ha secuestrado? —pregunté temiéndome lo peor...

¡Dios! Irina no podía estar en las manos de ese degenerado sin pudor.

—Es casi seguro que sea él —confirmó Andrei—. Hace unas semanas le perdimos la pista tras escaparse del lugar donde estaba confinado y advertí a Irina que tuviera cuidado hasta que diéramos con su paradero... ese tipo querrá vengarse por lo que le hicimos Alejandro.

—¡La violará! —grité exasperado.

—No puede hacerlo, pero me preocupa que le haga algo peor...

—¿A qué te refieres con que no puede hacerlo? —pregunté atónito.

—Cuando Irina me contó lo sucedido y que me ocupara del asunto, contacté con personas que trabajan para ciertos contactos amigos míos... —susurró como si aquello no fuese especialmente de su agrado—. Implicaron al tal Fernández en varios delitos de drogas y le sometieron a una castración química antes de entrar en una cárcel donde corrieron el rumor de que era un violador de niños y no reciben de buen agrado a tipos como esos...

—¡Joder! —grité imaginándome lo sucedido y las razones que le habían llevado a raptar de aquel modo y a plena luz del día a Irina.

—Tengo a todo el departamento de seguridad trabajando para encontrarla.

—Hay que avisar a la policía —afirmé rotundamente y en ese momento me di cuenta que tenía una llamada entrante de un número desconocido—. Espera un segundo —advertí antes de coger la llamada.

—Tengo a tu prometida, Álvarez —dijo aquella voz con cierto carisma de diversión—. Y esta vez puede que me lo pase mucho mejor con ella ahora que sé que no nos vas a interrumpir...

Apreté los puños con fuerza y maldije por no haberle ahogado lo suficiente para acabar con aquella escoria humana.

—Tócale un solo pelo de la cabeza y eres hombre muerto, Fernández —dije con una calma que desde luego no tenía en absoluto.

—Tarde... creo que incluso le he arrancado unos cuantos —terció riéndose y traté de no entrar en pánico. Solo el hecho de saber que ella podía estar dolorida o sufriendo en manos de aquel energúmeno me exasperaba hasta límites insospechados.

—Te juro que...

—¡No jures tanto y escúchame si quieres volver a verla con vida! —gritó acallándome—. Cincuenta millones de euros. Ni uno más, ni uno menos —advirtió firmemente—. Los quiero dentro de dos días, así que asegúrate de que tu futura familia los tenga preparados en billetes de cincuenta y de cien. Si veo algo raro... como el hecho de que avises a la policía, le pegaré un tiro y te quedarás sin tu juguetito para presumir.

—Te lo advierto... —pero la frase se quedó a medias porque escuché como colgó el teléfono—. ¡Maldita sea! —grité dando un puñetazo a la puerta del coche porque era lo que tenía más a mano en aquel instante.

Antes de abrir la puerta del coche confirmé las sospechas de Andrei advirtiéndole que Fernández acababa de llamarme y que pedía un rescate de cincuenta millones por ella y que no avisáramos a la policía del secuestro. La cantidad era algo descomunal porque, aunque consiguieran reunir esa cantidad de dinero, dos días era demasiado poco margen y por otro lado, mucho tiempo de espera y sufrimiento para ella.

—Vamos a encontrarla antes —aseguró Andrei más convencido que yo respecto a ello—. Sé que la encontraremos, ya estamos siguiendo la pista de una furgoneta que fue avistada en las inmediaciones donde ella se encontraba...

—Si le pasa algo... —La voz me quebró en el último instante porque no era capaz de imaginarme una vida sin Irina, simplemente no era capaz de hacerlo.

—Los Komarov somos fuertes y cuando la encontremos me aseguraré de que el tipo ese no vuelva a ver la luz del día.

Ni tan siquiera era capaz de dormir unos minutos para estar despejado en caso de ser necesario, temía que si lo hacía al despertar todo hubiera acabado y ella nunca volvería de nuevo a mis brazos. Me desesperaba el hecho de no poder hacer nada, de no saber en qué parte se encontraba e ir yo mismo a rescatarla. Tenía que hacer algo o me volvería literalmente loco, aún más de lo que de por sí estaba y terminaría matando a alguien debido a mi impaciencia.

No importándome la hora que era, puesto que la última vez que miré el reloj eran las tres de la madrugada, cogí el casco y bajé al sótano del edificio donde tenía varias plazas de aparcamiento y guardaba la moto. Tenía que averiguar algo sobre aquel mal nacido que había secuestrado a Irina y la única forma de saber más sobre él, era volviendo a Komarov para encontrar su ficha laboral. No esperaba sacar gran cosa, pero al menos ciertos datos de relevancia que me sirvieran para tirar del hilo mientras esperaba noticias de Andrei que al mismo tiempo que investigaba, trataba de reunir el dinero del rescate.

Ser el director de la empresa me facilitaba la entrada a altas horas de la madrugada cuando todo estaba completamente cerrado. Mencioné que se había producido una urgencia con los servidores para no levantar sospechas y me fui directamente a mi despacho. Por suerte tenía acceso a todas las fichas laborales de los trabajadores desde mi propio ordenador, incluso a los perfiles que ya no trabajaban en la empresa, eso me facilitaba no tener que

pedir a recursos humanos cierta información relevante, así que en cuanto busqué los datos de Fernández, ni tan siquiera recordaba su nombre porque siempre le llamaba por su apellido, pero allí estaba; Emilio Fernández Ruiz. Encontré entre varios datos irrelevantes una dirección de su supuesto domicilio habitual. Probablemente no diera con nada significativo porque ya no viviría en aquella casa o al menos no sería tan estúpido de tener allí a Irina retenida, cuando sería el primer lugar donde mirásemos, pero quizá me podría conducir a otra parte, al menos me sentía menos imbécil que tratar de esperar sentado en el sofá de casa y con una botella de brandy al lado para paliar mi desesperación.

Eran las siete de la mañana cuando comenzó a haber movimiento en el edificio que supuestamente había sido habilitado por Fernández y mi teléfono sonó en cuanto divisé un vehículo oscuro aparcado unos metros más atrás con cristales tintados.

—Si —dije no apartando la vista de aquel coche.

—¿Se puede saber que haces aparcado en la puerta de Fernández? —exclamó Andrei.

Supe en aquel momento que aquel vehículo oscuro debía ser gente contratada por Andrei que vigilaba ese domicilio.

—No podía dormir —aseguré dejándome caer en el asiento y frotándome la frente. Empezaba a tener dolor de cabeza por la falta de sueño, pero sabía que era incapaz de dejarme vencer para dormir, aunque fuese un par de horas.

—Ese tipo no le hará nada hasta que no tenga el dinero, no será tan estúpido para pretender que le entreguemos el rescate sin pedir pruebas de que ella está bien —aclaró algo agitado—. Escúchame atentamente, porque realmente te llamaba para saber si sabes donde podemos localizar a la exnovia que tenía por ese entonces, ya que al parecer no tiene padres, ni hermanos que conozcamos por su historial.

—¿Novia? —exclamé no teniendo idea de que ese engendro mal nacido pudiera tener novia cuando pretendía aprovecharse de Irina en el lavabo de

caballeros.

—Haciendo una búsqueda cibernética han aparecido fotos de él con una chica frecuentemente en su red social, pero no hemos podido averiguar de quien se trata; te enviaré las fotos inmediatamente. Es posible que ella siga viviendo en ese domicilio, pero hasta el momento no ha aparecido, aunque al ser fin de semana es posible que se encuentre fuera de la ciudad. Tal vez ella pueda darnos una pista sobre algún lugar que reconozca en la zona que hemos triangulado donde se registró el servidor del número con el que te llamó y que coincide con el que días antes Irina recibió un mensaje.

—¿Un mensaje?, ¿Cómo que recibió un mensaje? —grité exaltado.

Si había recibido una amenaza de ese tipo, ¿Por qué demonios no dijo nada? O más bien ¡No me dijo nada a mí!

—Lo eliminó del teléfono tras recibirlo según ha determinado el informático que examinó el teléfono. Era una amenaza y no sé porqué no dijo nada sabiendo el peligro al que está expuesta, pero de nada sirve lamentarnos ahora, hay que encontrar a esa chica y ver que información puede darnos.

En ese momento apreté los dientes porque no podía creer que Irina hubiera recibido un mensaje de amenaza de ese tipo y no le hubiera hecho ni caso. Aunque en aquel momento deseara darle una reprimenda por haber actuado de esa forma, realmente lo único que quería en aquel instante era que volviera, deseaba tenerla de nuevo entre mis brazos y no dejarla escapar. Me aseguraría de que nada, ni nadie volvieran a ponerle un solo dedo encima o dejaba de llamarme Alejandro Álvarez para el resto de mi vida.

En cuanto abrí las imágenes que Andrei acababa de enviarme al teléfono casi me quedé sin respiración contemplarlas porque reconocía perfectamente quien era la mujer que aparecía en ellas. Recordaba perfectamente a esa chica que se me había insinuado una decena de veces tanto en la cafetería, como en los pasillos e incluso llegaba a encontrármela casualmente cada mañana en el ascensor hasta el punto de averiguar de quien se trataba solo para evitarla. Esa chica encajaba perfectamente con el perfil de Fernández ahora que lo pensaba,

incluso podía creer que después de que no le hiciera ni puñetero caso, se lanzara a la caza y captura de otro miembro de la empresa muy superior en rango al suyo que si estuviera dispuesto a recibir sus atenciones.

Cuando divisé la ficha laboral de la tal Carla Mateos, no solo descubrí donde vivía, sino que casualmente había estado en el mismo departamento que Irina cuando entró como becaria y casualmente había sido ascendida justo antes de que despidieran a Fernández.

«La conocía» pensé inmediatamente y algo me decía que probablemente podía estar implicada con aquel secuestro porque no creía en tantas casualidades.

SECUESTRADA

Había llegado a un punto que no me sentía las manos por más que intentaba moverlas y perdido la noción del tiempo por tantas horas como allí llevaba inmovilizada. Me preguntaba si me estarían buscando o simplemente reuniendo el rescate para pagarlo y no podía evitar pensar en qué estaría haciendo Alejandro, si estaría enfadado conmigo por no haberle mencionado la advertencia de Andrei y sobre todo por no hacerle caso...

Si nada de aquello hubiera pasado, ahora mismo podría estar en aquella casa del lago disfrutando de estar entre los brazos de mi dios griego y saberlo solo hacía que sintiera aún más nostalgia de la que de por sí padecía. Comencé a llorar desconsoladamente pensando en que quizá no volvería a verle de nuevo, que no podría tener otra oportunidad de besar aquellos labios, de sentirme protegida en aquellos fuertes brazos o de embriagarme con su aroma especial que al mismo tiempo me reconfortaba.

Entre aquel infernal silencio escuché unas voces lejanas, apenas se podía distinguir de qué hablaban, pero sin duda parecía que estaban discutiendo acaloradamente hasta que finalmente el silencio volvió y entonces oí los pasos de aquellos escalones mientras alguien se acercaba.

Reconozco que tenía miedo, más bien pánico. Por un lado, que alguien viniera me ofrecía la posibilidad de escapar, aunque ahora comenzaba a pensar que si se trataba de aquel individuo evidentemente debía tener un cómplice si estaba discutiendo con alguien, pero por otro lado tenía absoluto pavor sobre lo que podía hacerme estando maniatada y sin poder defenderme. En aquel momento la puerta se abrió y vi de nuevo a Fernández que emitió una sonrisa cínica nada más verme.

—Tengo buenas noticias para ti —dijo mientras se acercaba lentamente—. Al parecer tu familia te aprecia lo suficiente para reunir todo el dinero del

rescate —añadió mientras observaba que en la mano llevaba un teléfono móvil—. Así que vas a ser una buena chica y no dirás nada inconveniente, ¿Estamos? —exclamó de forma que no entendí exactamente a qué se refería.

—Si —afirmé solo por seguirle la corriente y se acercó lo suficiente a mi como para percibir su pestilente olor a sudor provocándome nauseas.

—Voy a llamar a tu prometido —mencionó volviendo a poner aquella sonrisa cínica de nuevo—, le dirás que pague tu rescate y que no haga ninguna tontería porque de lo contrario no volverá a verte, ¿Te ha quedado claro?

—Si... —susurré porque no podía creer que fuera a escuchar su voz, aunque fuese una última vez.

Me pareció una eternidad el momento en el que marcó en aquel teléfono y comenzó a dar señal y la voz de Alejandro sonó por el altavoz.

—Soy Álvarez —dijo aquella voz profunda y masculina completamente inconfundible para mi.

—Tienes treinta segundos —contestó para ambos aquella escoria humana y respiré hondo.

—¡Alejandro! —exclamé.

—¡Irina!, ¡Dios!, ¿Estás bien?, ¿Te ha hecho algo? —escuché con profunda preocupación y no pude evitar que las lágrimas se me saltaran.

—Estoy bien —mentí—. Escúchame atentamente —insistí—. Haz lo que él pide Alejandro, pagadle el rescate para que me libere o de lo contrario me matará —dije con contundencia para que pensara que cooperaba perfectamente.

—Te sacaré de ahí —contestó con tanta credibilidad que lo creí capaz de eso y mucho más—. Te quiero.

—Yo también —respondí y cerré los ojos suplicando al cielo que alguien más estuviera escuchando aquello—. Estoy en una nave textil abandonada— añadí en ruso y en el mismo instante que dije aquello sentí el golpe en mi mejilla haciendo que me balanceara sobre aquellas cadenas.

El dolor fue intenso, no sabía si fue más duro el golpe o el desgarró de

mis muñecas, pero al menos gracias a eso no me había estampado contra el suelo porque con toda probabilidad me habría clavado alguno de los cristales minúsculos que había por allí esparcidos por todo mi alrededor.

—¡Qué le has dicho! —gritó a pleno pulmón haciendo que mis oídos que aún pitaban por el golpe pudieran escucharle perfectamente—. ¡Qué le has dicho zorra de mierda! —vociferó y apreté aún más los ojos.

—Solo le dije que es estoy completamente enamorada de él en ruso. Puedes comprobarlo tú mismo —susurré en voz baja mientras podía notar el sabor férreo en mi boca, ya no sabía si se debía a algún diente, el labio o qué demonios era... pero me dolía absolutamente todo.

—Mas te vale que así sea o no volverás a ver la luz del día —aseguró mientras me dejaba allí y se largaba de nuevo.

Esperaba que al menos hubiera servido de algo haber recibido aquel golpe. Sabía que Andrei me estaría buscando por toda la ciudad y que de alguna forma debía tener el teléfono de Alejandro pinchado para interceptar las llamadas, solo esperaba que aquella información que le había dado fuese lo suficientemente relevante para encontrar el lugar. Después de llevar allí no se cuantas horas y de revivir una y otra vez cada momento desde que Fernández me había apuntado con el arma en el baño de aquel bar, hubo miles de pequeños detalles que tal vez habrían podido evitar que me secuestrara, pero lo que había descubierto es que entre todos los cristales y porquería que me rodeaban y que aquel tipo no se había ni tan siquiera dignado a limpiar, había muchos trozos de tela deshechos, como si se tratara de trapos viejos y me sorprendió la cantidad, hasta que apareció el mismo logotipo dos veces y la palabra textil en uno de ellos. Entonces recordé la máquina que había visto al entrar y supe que era una de esas antiguas bovinas de hilar... tenía que estar en una fábrica textil de hace varias décadas sin ninguna duda, lo que no sabía es si habría muchas de ese tipo en la capital.

Traté de levantarme apoyándome en aquella columna en la que estaba atada y sentí como los músculos de mis brazos doloridos se consolaban al

hacerlo. Ni tan siquiera podía ver las heridas que me habían provocado aquellos grilletos porque la sangre estaba seca y cubría más de medio brazo. Intenté golpear aquellas esposas de hierro contra el muro esperando que se abriera aquel cierre debido a estado oxidado en el que se encontraban, pero era técnicamente imposible.

El golpe en la puerta me hizo saber que había regresado y alcé la mirada para enfrentarle pensando que quizá había descubierto lo que significaban aquellas palabras que había mencionado en ruso a Alejandro, pero para mi sorpresa llevaba una botella de agua y lo que parecía comida en la otra mano. Podía ver que llevaba el arma sujeta en la cintura de aquel pantalón vaquero y estaba demasiado seguro de sí mismo, como si tuviera la certeza de que en ese lugar nadie podría encontrarnos.

—Imagino que tendrás sed —dijo tirándome la botella de agua a los pies y cuando fui a agacharme me cogió del pelo estirándome hacia atrás haciendo que gritase por el dolor insistente de aquel gesto—. Primero agradéceme que haya pensado en concederte esa gracia —susurró mirándome detenidamente.

—Gracias —escupí la palabra de mala manera esperando que me soltara.

—No... —siseó acariciándome la cara y me dio asco que aquellos dedos se pasearan por mi cara, así que traté de empujarle, pero me agarró las manos y se acercó a mis labios tratando de besarme por la fuerza.

Le mordí el labio con todas mis fuerzas provocando que me empujara contra la columna y cayera de golpe al suelo con la fuerza suficiente para volver a desgarrar de nuevo las heridas en mis muñecas.

—¡Ni se te ocurra tocarme! —grité a pesar del dolor.

—Haré lo que me de la gana contigo —contestó con tanta seguridad que en aquel momento cuando comenzó a desabrocharse el cinturón me temí lo peor—. Debí haber supuesto que no eras solo una cara bonita que se abría de piernas para Álvarez —comenzó a decir mientras veía como estiraba el cinturón y lo pasaba por sus manos delicadamente—, pero no... tenías que ser una puta Komarov y encima ser de él, que siempre lo consigue todo, solo que

esta vez no te tendrá a ti —añadió con esa sonrisa cínica de nuevo que me ponía los pelos de punta.

Sus palabras denotaban cierta amargura y envidia al mismo tiempo, como si culpara a los demás de sus propias desgracias.

—En eso te equivocas —dije alzando el mentón—. Porque por mucho que hicieras, yo solo voy a quererle a él. Soy de él —afirmé con contundencia—. Eres tan poco hombre que solo puedes tener a una mujer a la fuerza... das asco.

—¡Maldita perra! —exclamó cogiéndome del cuello y apretando—. Tienes suerte de que esa gentuza que contrataste me hiciera lo que me hizo porque de lo contrario te enseñaría que clase de hombre era —escupió tan cerca de mi cara que podía notar su aliento asqueroso.

Casi no podía respirar, ni tampoco defenderme de aquella mano que me apresaba con tanta fuerza, pero cuando creía que estaba a punto de desfallecer, que el aire no llegaba a mis pulmones y finalmente moriría a manos de aquel hombre; escuché mi nombre.

Ni tan siquiera sabía si solo era producto de mi imaginación o realmente lo había oído, pero no debí ser la única porque de pronto me soltó y haciendo que cayese de rodillas al suelo.

—¡Irina! —escuché más nítidamente y cerré los ojos dando las gracias de que al fin me había encontrado porque en el fondo de mi misma sabía que lo haría, sabía que Alejandro me encontraría.

—No puede ser... —susurró Fernández sacando el arma de su cinturilla—. Nadie conoce este lugar, no pueden haberlo encontrado... —seguía diciendo como si de esa forma intentara convencerse a sí mismo de que era imposible.

En el momento que le vi alejarse con el arma en la mano grité porque temía por su vida mucho más que por la mía propia y aunque el dolor me consumía volví a gritar con todas mis fuerzas para indicar que estaba allí.

—¡Cállate o te pego un tiro ahora mismo! —vociferó acercándose de

nuevo a mi y apuntándome con el arma en la sien.

En ese momento vi como sacaba la llave de su bolsillo y me quitaba aquellos grilletes provocando la liberación de mis muñecas maltrechas al mismo tiempo que me agarraba del cabello para arrastrarme tras él mientras gritaba de dolor. Abrió una puerta en el lado contrario al que habitualmente entraba y comenzó a subir unas escaleras mucho más estrechas mientras yo apenas podía ver debido a la oscuridad y no dejaba de tropezar.

—¡No! —grité tratando de soltarme, pero me agarró por el cuello.

—¡Camina, zorra! —insistió mientras seguía y seguía subiendo mientras me empujaba tras él.

No tenía ni idea de hacia donde se dirigía, pero solo podía pensar que Alejandro me había encontrado y rezaba porque no hubiera sido tan estúpido de venir solo, sino que trajera refuerzos suficientes para acabar con aquel energúmeno.

SUEÑOS EXTRAÑOS

Los segundos parecían ser eternos y en el momento que sentí el aire frío del exterior supe que estaba en el tejado de aquella nave medio destruida. Era casi de noche, debía de haber pasado algo más de un día... ¿Tal vez dos? Ni tan siquiera tenía noción del tiempo en aquel instante y conforme aquel tipo se acercaba al borde de la nave, cada vez presentía un final peor.

En el momento que vi aparecer a Andrei tras la misma puerta por la que habíamos salido mi respiración se agitó porque tras él apareció Alejandro y en cuanto lo hizo comencé a derramar lágrimas sin control, sin saber exactamente porqué, quizá porque quería ir hasta él y no podía.

—Un paso más y le pego un tiro —afirmó Fernández contundente.

—Hazlo y haré que vivas un completo infierno —afirmó Alejandro y supe que Andrei no había entendido nada porque parecía algo confuso.

—Dudo que sea peor que el que ya viví —respondió contundente Fernández—. Y no pienso volver a correr la misma suerte —añadió apretando la pistola contra mi sien más fuerte y cerré los ojos con fuerza pensando que lo haría, me iba a pegar un tiro allí mismo delante de mi primo y del único hombre que había amado en mi vida.

—Irina... mírame —dijo entonces Andrei en ruso—. En cuanto aparte la pistola de tu cabeza corre hacia él —añadió mientras le miraba expectante y después miré hacia Alejandro que parecía alterado.

—¿Qué ha dicho? —gritó Fernández y en ese momento sentí como apartaba el arma de mi cabeza para apuntar hacia Andrei.

En aquel momento no lo pensé y le di un pisotón con todas mis fuerzas mientras me deshacía de su agarre y traté de correr hacia Alejandro sin pensar en las consecuencias. Cuando ni siquiera había dado una zancada escuché un disparo y aunque me llevé las manos a la cabeza seguí corriendo hasta que sus brazos me apresaron.

—Te tengo —escuché su voz profunda—. Te tengo —repitió mientras yo me encogía dejándome abrazar por sus músculos sintiéndome protegida, sintiéndome a salvo.

Dos hombres aparecieron entonces que reconocí como personal de seguridad de Andrei.

—¡Cogedle! —ordenó Andrei—. Va a saber lo que es verdaderamente el infierno... —añadió en inglés mirándole con profundo odio.

Deslicé la mirada hacia donde se debía encontrar Fernández y vi que se sujetaba el brazo. No tenía ningún arma así que supuse que se le debía haber caído cuando Andrei le disparó. Mi primo tenía muchos defectos, pero la mala puntería no era uno de ellos precisamente.

—No voy a pasar otra vez por ese calvario —dijo Fernández acercándose al borde del edificio.

—¡Detenedle! —gritó Andrei comprendiendo sus intenciones, pero antes de que aquellos dos tipos lograran alcanzarse, se precipitó al vacío y yo volví mi mirada al pecho de Alejandro para no ver aquel trágico final mientras las sirenas de policía sonaban acercándose...

Noté como me envolvía con mayor fuerza mientras sus labios se posaban sobre mi frente y alcé la mirada para verle, para contemplar de nuevo aquellos ojos azules

—Me has encontrado... —susurré en ese instante.

—Pero que te ha hecho ese mal nacido... —contestó tratando de acariciarme con sumo cuidado y me quejé cuando pasó sus dedos cerca de mis labios.

En aquel momento noté que me acogía entre sus brazos y comprobé que me dolía absolutamente todo, era como si de repente mi cuerpo fuera consciente del dolor sufrido en todas aquellas horas y no tenía ni la fuerza suficiente para aferrarme a él sin quejarme.

—Lo siento... —susurré entre lágrimas sin poder contener el llanto que era una mezcla del dolor que sentía y del alivio al mismo tiempo porque sabía

que estaba a salvo.

—Cssh —siseó Alejandro mientras al fin salíamos de aquel edificio desvalijado y vi que había una ambulancia—. Todo está bien—dijo con profundo dolor en sus palabras—. Yo te cuidaré.

En aquel momento un policía nos acompañó hasta la ambulancia mientras el resto se adentraba en el edificio y supuse que estarían al tanto de lo que pasaba, solo que no entendía porqué habían llegado mucho más tarde que ellos.

—Debemos llevarla inmediatamente al hospital —comunicó alguien de la ambulancia—. Hay que hacer el protocolo estándar de secuestros y realizarle todos los exámenes pertinentes.

Alejandro asintió y no me dejó sola ni un solo instante salvo cuando llegamos al hospital y le prohibieron el acceso mientras yo volvía la mirada atrás para ver como se quedaba tras aquellas puertas. En algún momento dejé de sentir dolor, realmente dejé de sentir incluso el propio tacto del médico y poco a poco fui abandonándome hacia aquél profundo sueño.

«Abrí los ojos y observé un prado verde que se extendía a mi alrededor tan grande que incluso podía perder la vista al frente sin que acabase. El olor a flores era agradable y cerré los ojos para aspirar aquel aroma embriagador que no tenía una fragancia exacta, sino que era una mezcla perfecta de la combinación entre diferentes especies florales. Las risas de fondo captaron mi atención y cuando me giré observé a una preciosa niña que corría con un vestido azul hacia mi. Tenía unos enormes ojos azules y el cabello castaño oscuro le caía por los hombros con perfectos tirabuzones.

—¡Te pillaré! —exclamó entonces la voz que tantas veces había deseado escuchar y vi como se incorporaba desde el suelo Alejandro, que lejos de estar serio parecía completamente ensimismado con aquella pequeña niña.

La escena me conmovió profundamente y solo pude sonreír ante aquella singularidad con la que ambos jugaban como si yo no estuviera presente. No tenía ni idea de quién era aquella niña, probablemente fuera su sobrina, pero sí

podía apreciar el amor que parecía sentir Alejandro por la forma en la que la miraba.

Cuando aquella pequeña llegó hasta mi con los brazos abiertos indudablemente la abracé sonriendo sin saber quien era.

—Despierta —susurró con aquella voz infantil—. Tienes que despertar —insistió justo antes de que aquella imagen se desvaneciera y todo volviera a ser oscuridad»

Podía notar ahora mis músculos algo doloridos, era consciente del peso de mi cuerpo y de que al intentar moverlo me pesaba demasiado...

—Aún está dormida —escuché una voz femenina y cuando abrí los ojos observé el perfil de mi madre que parecía hablar por teléfono con alguien.

—¿Mamá? —exclamé y entonces se volvió rápidamente mientras dio un pequeño grito y de pronto la tenía sobre mi rostro con lágrimas en los ojos y tocando mi frente.

—Estoy aquí —dijo sonriente—. Tu padre también, pero ha bajado un momento a la cafetería —añadió algo más calmada—. Voy a llamar al médico —dijo alejándose hacia la puerta.

—¿Y Alejandro? —pregunté intentando incorporarme, pero en cuanto coloqué los brazos sobre aquel colchón de la camilla e intenté dejar caer el peso vi las estrellas y grité de dolor.

—¿Estás bien? —gritó mi madre acercándose de nuevo y una enfermera entró en ese instante—. Acaba de despertarse.

—¿Qué me pasa? —exclamé—. Me duele todo... —susurré.

—Debes de tener mal la vía porque no deberías sentir dolor —contestó mientras empezaba a hacer su trabajo y mi madre comenzó a telefonar a todo el mundo para avisar que me había despertado.

—¿Dónde está Alejandro? —insistí de nuevo cuando la enfermera se marchó para decir que avisaría al médico.

—Llevaba tres días sin dormir y le ordené que se marchara a casa a descansar, que yo misma le llamaría cuando despertases —contestó mi madre

pacientemente y su respuesta me tranquilizó—. Quería estar aquí cuando despertases, pero más bien parecía un cadáver andante —aclaró mi madre consiguiendo que sonriera a pesar de la situación.

—¿Cómo os enterasteis de lo sucedido? —pregunté ahora que el dolor parecía remitir y comenzaba a sentirme mucho más cómoda.

—Andrei nos informó de todo cuando ya estabas a salvo, aunque a tu padre no le ha gustado nada que no nos lo comunicara mucho antes, pero entiende que no quiso alarmarnos, aún así, teníamos derecho a saber lo que estaba pasando.

—Es mejor que lo hiciera así —afirmé viendo mis muñecas vendadas.

En ese instante se abrió la puerta y entró un hombre de mediana edad que supuse sería el médico acompañado de una mujer que vestía igual que él y dos enfermeras.

—Señorita Komarova —comenzó a decir—. Soy el Doctor Ibáñez y ésta es la doctora Elena —añadió sonriente—. Nos gustaría hablar contigo en privado —mencionó y miró a mi madre que me observó a mi y asentí para que saliera de la habitación.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó la doctora.

—Dolorida —contesté sincera—, aunque poco a poco comienzo a dejar de sentir dolor —afirmé.

—Aparte de las magulladuras, algunos cortes y varias lesiones internas sufridas probablemente por golpes, descartamos otros síntomas tras realizar varias pruebas, aún así nos gustaría saber si recuerdas haber sufrido algún tipo de abuso —afirmó aquel doctor.

—Si lo que preguntan es si ese tipo me violó, no lo hizo, al menos no estando consciente —afirmé.

—¿Solo estuvo él presente? —insistió el médico—. ¿No hubo nadie más?

—No vi a nadie más —contesté intentando recordar todo lo sucedido—, aunque le escuché discutir con alguien y había otra voz... —dije recordando

aquel momento en el que él apareció después con aquella botella de agua y comida que por cierto nunca llegué a probar—. Si que debió haber alguien más, pero nunca vi su rostro.

—¿Es posible que esa voz fuera la de una mujer? —preguntó la doctora.

—No sabría... —comencé a decir cerrando los ojos—. ¡Si! —grité de pronto—. ¡Era la voz de una mujer! —exclamé recordando el tono mucho más agudo y en aquel momento una de las enfermeras asintió y salió de la habitación.

—Está bien —afirmó el doctor—. Voy a recetarte unos calmantes que te ayudarán a conciliar el sueño, sobre todo porque tras sufrir un shock como el que has padecido, es muy probable que no logres descansar lo suficiente y que despiertes con ansiedad, por ello también te recetaré unos ansiolíticos que será muy importante que los tomes regularmente —habló pacientemente.

—Está bien —contesté sin contradecirle.

—La doctora Elena es la mejor psicóloga que hay en nuestro centro —prosiguió—. Y te acompañará a lo largo de todo el proceso para asegurarse de que evolucionas favorablemente —dijo acercándose hasta la camilla donde me encontraba—. Sabemos que no ha debido ser fácil, pero ahora estás a salvo con tu familia y nosotros estaremos aquí para lo que necesites —añadió sonriente.

En el momento que iba a contestar, la puerta se abrió de golpe y mi corazón dio un vuelco cuando visualicé el rostro de Alejandro que importándole muy poco que estuvieran médicos o enfermeras presentes se abalanzó sobre la camilla para abrazarme.

—Siento no haber estado cuando has despertado —susurró mientras notaba como hundía su nariz en mi cuello y me abrazaba a él.

—Estás aquí ahora —contesté respirando esa fragancia masculina—. Es lo único que importa...

MAFIA RUSA

—Creo que será mejor dejarles a solas, me pasaré luego para ver que tal se encuentra señorita Komarova —anunció el médico y en ese momento Alejandro pareció percatarse de quienes se encontraban en la habitación porque había entrado con tanto fulgor que ni tan siquiera se había fijado en quienes eran.

—Ella está bien, ¿verdad? —preguntó dirigiéndose hacia el médico sin soltar mi mano.

—Si señor Álvarez. Su prometida evoluciona favorablemente y no corre ningún tipo de riesgo —afirmó algo sonriente mientras salía de la habitación.

En cuanto nos quedamos a solas de nuevo Alejandro se acercó y posó sus labios en mi frente prolongando el momento durante unos instantes en los que permanecí completamente quieta, necesitando verdaderamente aquella caricia para saber que él estaba allí conmigo y que no se marcharía.

—No he pasado tanto miedo en toda mi vida —susurró colocando la palma de su mano en mi nuca mientras se apartaba levemente para poder ver mi rostro completamente—. Juro que me has robado al menos diez años de vida —afirmó antes de rozar sus labios con los míos en un beso tan sumamente suave que me conmovía.

—Creí que no volvería a verte Alejandro —confesé con lágrimas en los ojos—. Pensé que era el fin y lo único que sentía era no poder abrazarte una última vez.

—Ya se acabó esta pesadilla, preciosa —afirmó acogiéndome entre sus brazos delicadamente y donde yo me sentía realmente confortada—. Ese mal nacido ya no volverá a tocarte —añadió sin dejar de acariciarme.

—Él... está... —comencé a balbucear sin terminar la frase.

—Ya no está —afirmó y supe que había muerto cuando se precipitó del

tejado de aquella nave abandonada—. Ya no puede hacerte daño.

Horas más tarde apareció Andrei, que se había estado encargando personalmente de todo el trámite policial que al parecer resultó insufrible por no dar parte antes de lo sucedido y dejando todo maniatado para que los hechos no trascendieran a la empresa, ni a la prensa.

—Hay algo que debes saber Irina, ya que es posible que finalmente haya un juicio —dijo Andrei cuando mis padres salieron de la habitación para pasar la noche en el hotel.

—¿Un juicio? —pregunté confusa—. No entiendo, si Fernández ya no puede...

—Creemos que tuvo un cómplice —afirmó Alejandro—. Alguien le ayudó, aunque desconocemos que grado de participación tuvo al respecto. La policía está trabajando en ello.

—¿Te refieres a esa mujer? —exclamé recordando las preguntas del doctor.

—¿La viste? —preguntó Andrei abriendo los ojos ya que hablábamos en inglés para que él se enterase de todo.

—No —negué—, pero le oí discutir con alguien y casi podría jurar que era la voz de una mujer, aunque no estoy completamente segura.

—¿Recuerdas quienes estaban en el bar antes de que te secuestraran? —preguntó Alejandro con cautela, como si la respuesta que fuera a darle marcará una gran diferencia.

—Sí —afirmé recordando las escenas—. Estaban prácticamente todos los compañeros del proyecto y de cuando entré como becaria.

—¿También estaba Carla? —insistió Alejandro—. Carla Mateos.

—¿Carla? —exclamé extrañada—. No... —negué—. Marta me dijo que la habían ascendido y que la había invitado, pero que al parecer ya no se relacionaba mucho con ellos desde que estaba en otro puesto de la empresa, ¿Por qué lo preguntas?

—Al parecer estuvo saliendo con Fernández antes del incidente del baño

—contestó Alejandro—. De hecho, fue él quien la eligió a dedo para el puesto y estamos casi seguros de que fue ella quien le ayudó a perpetrar tu secuestro.

—¿Carla? —exclamé sin poder creerlo—. ¿Por qué? —pregunté sin entender que motivos podría tener aquella mujer contra mi. No es que me llevase especialmente bien con ella en su momento, pero ni tan siquiera había tenido el trato suficiente para caerle mal o provocar algo que le hiciera odiarme hasta ese punto.

—Pueden ser varios los motivos —anunció Andrei—, desde que estuviera coaccionada por el propio Fernández o... —de pronto se calló y miró a Alejandro.

—¿O qué? —insistí.

—Podría decirse que esa mujer trató de llamar mi atención en varias ocasiones y fue bastante persistente —contestó Alejandro.

—¿Fue tu amante? —exclamé atónita.

—¡Por supuesto que no! —bramó Alejandro como si la sola mención de aquello fuera un insulto—. Aunque desde luego era lo que pretendía con aquel insistente acoso.

En ese momento no sé por qué razón recordé mi primer día en la empresa, cuando fui a comer con Marta a la cafetería y ella me dijo quien era realmente él y que supuestamente era gay porque así lo había dicho Carla al comprobar que la evitaba. Era evidente que cuando supo que estaba saliendo conmigo, debió ser consciente que Alejandro no era gay, sino que no estaba interesado en ella. ¿Era ese motivo suficiente para odiarme?

—De todos modos la tendremos vigilada si la policía descarta que esté involucrada —mencionó Andrei.

—Y en cualquier caso será despedida de la empresa —añadió Alejandro secundando a mi primo.

—¿Estáis seguros? —pregunté indecisa—. No me gustaría que pagaran justos por pecadores y menos aún que pudiera tomar represalias.

En el momento que Andrei iba a contestar el teléfono de Alejandro

comenzó a sonar.

—Es de comisaría —anunció cogiendo la llamada ante nuestra expectante mirada.

Tras varias afirmaciones finalmente colgó la llamada y me miró fijamente llevándose una mano la frente como si pareciera devastado.

—¿Qué te han dicho? —intervino Andrei ante su silencio.

—Ha confesado que colaboró con Fernández bajo coacción —admitió Alejandro—. Al parecer tenía fotos íntimas y la había amenazado con publicarlas si no le ayudaba.

—No crees que sea verdad —afirmé mirando a Alejandro que parecía meditar aquello.

—No —negó—. No la veo como el perfil de mujer que se involucra en algo como un secuestro solo para que no publiquen unas fotos íntimas por mucho carácter sexual que éstas tengan.

—¿Y entonces? —preguntó Andrei con el ceño fruncido.

—Me inclino más por pensar que tenía razones personales contra Irina para hacerlo o que la amenazó con revelar la verdadera razón de su ascenso y vio peligrar su pellejo dentro de la empresa. En cualquier caso, si consigue demostrar que estaba coaccionada, se librará de la cárcel...

—Ya me encargaré yo de que no lo haga —sentenció Andrei sacando su teléfono y saliendo de la habitación.

En ese momento Alejandro se acercó hasta sentarse en la camilla justo a mi lado mirándome seriamente sin pronunciar palabra.

—Recuérdame que nunca le lleve la contraria a tu primo o seguro que termino en una cárcel turca por atracar un banco escocés —aseguró con cierto tono de diversión a pesar de la gravedad del asunto y por raro que pareciera comencé a reír al tomarse de aquella forma la amenaza de Andrei contra esa mujer.

—¿No te asusta mi familia? —exclamé cuando pude recomponerme de aquel ataque de risa.

—Entiendo que siendo una familia de bastantes recursos, necesiten proteger a los suyos cuando la propia justicia no puede hacerlo —determinó con pesar en sus palabras—. No sé si haría lo mismo estando en su lugar, probablemente sí teniendo en cuenta el sufrimiento por no saber si te volvería a ver y habría matado con mis propias manos a ese tipo si no llega a suicidarse él mismo —añadió rozándome la mejilla con los dedos suavemente—. Solo de pensar en lo que te ha hecho... en lo que te podría haber hecho...

—Solo me golpeó Alejandro... —susurré—. Él no me... no me...

—Lo sé —afirmó atrayéndome hacia él—. Tu primo se encargó de que no pudiera ni siquiera intentar violar a ninguna otra mujer.

—¿Qué? —exclamé.

—Le sometieron a una castración química —afirmó—. Y menos mal que fue de ese modo o de lo contrario habrías sido objeto de sus abusos.

—¡Oh dios! —exclamé llorando de alivio porque, aunque no sabía si aquel tipo no me había tocado de aquella forma estando consciente, aún sentía esa sensación que me oprimía el pecho al pensar si en algún momento en los que había perdido la conciencia se habría aprovechado de mi estado indefenso.

—Ya... —contestó acariciándome el cabello mientras me consolaba—. Estás a salvo preciosa —insistió mientras yo seguía llorando, solo que esta vez lo hacía de puro alivio.

—No me dejes nunca —susurré.

—Jamás —afirmó con tanta contundencia que verdaderamente lo creí. Supe que así podría acabarse el mundo y mi dios griego no me abandonaría.

MAREOS Y NAUSEAS

Los días en el hospital pasaron bastante rápidos y en apenas una semana ya me habían dado el alta al evolucionar favorablemente, sobre todo porque no presentaba graves heridas, sino más bien todo se había alargado por prevención al poder tener consecuencias psicológicas.

En realidad no había sufrido pesadillas, ni me había despertado sofocada o con ansiedad por lo sucedido, aunque probablemente todo se debiera a la medicación que me administraban y que me habían recomendado tomar al menos durante tres meses y si todo iba bien reducir la dosis. No era propensa a tomar medicamentos, pero ante la insistencia de los médicos para paliar síntomas traumáticos posteriores, seguí las indicaciones.

Aunque mi madre había insistido que volviera a Moscú al menos solo un par de semanas, lo cierto es que quería regresar a la normalidad y sobre todo a la que ahora consideraba mi casa y mi cama; que no eran otras que las de Alejandro. No podía, ni quería separarme de él, es más, no veía el momento de ir a ese lugar que ahora era mi hogar y sentirme rodeada por sus brazos mientras dormía, algo que no podía hacer en aquella camilla de hospital, así que me negué en rotundo a regresar a mi país por el momento, de todos modos debía viajar más adelante para supervisar las cosas que mi madre estaba seleccionando junto a la organizadora de la boda en poco tiempo, por lo que gracias a eso no insistió demasiado.

—Hogar dulce hogar —dije en cuanto Alejandro me abrió la puerta y entré en casa.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar? —preguntó atento.

Por suerte era viernes y le tendría para mí todo el fin de semana. Había pasado casi cinco días en aquel hospital y mis heridas estaban más que curadas, apenas me quedaban un par de moratones que no dolían.

—¿Sushi? —pregunté con cierta diversión y sus ojos azules me miraron fijamente.

—¿Estás segura? —exclamó acercándose peligrosamente a mí—. Aún no sé si estas...

Pero no dejé que terminara de pronunciar aquella frase y le acallé con un profundo beso al mismo tiempo que saltaba sobre él y me cogía en el aire mientras avanzaba conmigo por aquel pasillo que llevaba hasta nuestra habitación.

—¡Cómo deseaba poder hacer esto! —exclamé mordiendo su cuello con ansiedad. Estaba tan necesitada de él que casi rozaba la desesperación.

—Espera... —susurró tratando de alejarse, pero le impedía que lo hiciera—. No quiero que te hagas daño.

—Estoy perfectamente bien Alejandro —supliqué—. Me harás daño si no te hundes tan profundamente dentro de mí que olvide hasta mi nombre —jadeé volviendo a su boca y parece que conseguí el efecto esperado porque en solo unos segundos sentía como mi ropa interior era desgarrada bajo aquel vestido vaporoso que llevaba puesto y me tumbó sobre la cama mientras terminaba de bajarse los pantalones que yo había comenzado a desabrochar.

—¿Estás segura? —insistió una última vez más mientras comenzaba a gatear sobre mí.

—¡Ven aquí de una vez! —exclamé enroscando mis piernas sobre su cintura y atrayéndole hacia mí.

Conforme sentía que se adentraba una sensación de ser colmada me apresaba. Mordí su labio con desesperación y noté como se hundía por completo, como si hubiera perdido el control con aquel gesto y por un instante los dos nos observamos mientras nuestra respiración era algo agitada. Podía sentir que lo hacía para saber si estaba realmente bien, si deseaba realmente aquello, pero por supuesto que lo deseaba, más bien lo necesitaba así que le incité a que se moviera y en un instante podía sentir como comenzaba a salir para volver a embestirme de nuevo.

—¡Joder! —grité agarrándome al tejido que cubría la cama—. ¡No pares!
Y no paró... no lo hizo hasta que consiguió colmarme de placer como siempre lograba hacer.

Convencí a Alejandro para que nos fuéramos a la casa del lago como supuestamente deberíamos haber hecho el fin de semana en el que sucedió toda aquella locura que deseaba olvidar. Lo cierto es que estar solos en aquella casa sirvió para desconectar de todo lo ocurrido y pasar unos días de sexo frenético y sin medida con Alejandro. Tal vez era lo que necesitaba para volver a sentirle más cerca que nunca y olvidar lo sucedido, porque desde luego cuando estaba con él podía afirmar que lo sucedido solo había sido una pesadilla como si realmente no hubiera ocurrido.

El lunes volví a retomar el trabajo con cautela. Ni tan siquiera estuve toda la jornada, sino que al volver a casa para la hora del almuerzo decidí quedarme trabajando desde allí.

—No te presiones demasiado —insistió Alejandro antes de volver de nuevo a la oficina—. Entiendo que quieras volver a la rutina y olvidar lo ocurrido, pero tómatelo con calma.

—Tranquilo —dije dándole un último beso antes de que se marchara—. Solo contestaré varios emails y abriré el correo que tenía retrasado —mencioné antes de que se fuera.

Revisando el correo encontré un sobre con otra amenaza de Fernández. Al principio me alarmé y tiré el sobre al suelo, pero luego fui consciente de que aquello lo recibí antes de que me secuestrara, y probablemente si lo hubiese abierto a tiempo, podría haber evitado todo aquello, incluso si no hubiera sido tan tonta como para eliminar ese mensaje que posteriormente sabría que también era de él.

Esta vez decidí no guardarlo solo para mi, sino que dejé aquel sobre sobre la encimera de la cocina y enseñárselo a Alejandro en cuanto regresara. Si algo había aprendido de todo aquello era precisamente a darle importancia a las cosas que realmente lo requerían. No volvería a tomarme una amenaza a

la ligera nunca más en toda mi vida.

Suerte o no, el destino quiso que en aquel sobre hubiera huellas dactilares de Carla y finalmente fue apresada sin fianza por riesgo a fuga debido a ello, por lo que ni tan siquiera hizo falta que Andrei tuviera que intervenir para que pagara con la justicia haber sido cómplice de secuestro.

Solo necesité tres semanas para volver a sentirme de nuevo yo misma, sin tener esa sensación de mirar por las esquinas a pesar de no separarme de mi personal de seguridad que ahora me acompañaban sin necesidad de pedirlo hasta la propia puerta del baño e incluso comprobaban primero que no había nadie dentro. Eso en cierta forma me hacía no olvidar lo sucedido, pero también me daba la seguridad de confiar en que no volvería a ocurrir nunca más, sobre todo porque entendía las razones por las que Alejandro no había deseado que saliera en la portada de aquella revista de economía; ahora era más vulnerable y reconocida para cualquier otro degenerado como Fernández.

«Y pensar que en su día creí que solo eran celos» medité mientras regresaba a casa y en cuanto monté en el coche y el vehículo arrancó comencé a sentir mareo hasta el punto de bajar la ventanilla.

No fui dándole importancia, pero comprobé que sentía aquellos mareos en algunas situaciones dispares, como cuando bajé a la cafetería a por algo de comer porque últimamente tenía más hambre de lo normal, cuando me montaba en el coche sobre todo por las mañanas y a veces cuando salía de la ducha, pero pensé que quizá solo serían falta de alguna vitamina hasta que comencé a tener náuseas e incluso llegué a vomitar. En aquel momento me asusté y telefoneé a Nadia, para algo me tenía que servir tener a un médico como mejor amiga.

—¡No tengo perdón! —exclamó nada más coger el teléfono.

—¿Por qué? —exclamé contrariada.

—Porque después de toda la odisea que me contaste que te había sucedido, prometí que te llamaría al día siguiente y mi vida ha sido un completo caos desde entonces —alegó frustrada y sobre todo sintiéndose

culpable.

—No pasa nada Nadia —contesté con cierto tono de diversión—. Probablemente tengas unas ojeras de campeonato y lleves tres días intentando lavarte el pelo sin lograrlo —reí ante mi comentario.

—¡Dios! —exclamó—. ¿Me estás viendo ahora mismo?, ¿Dónde está la cámara? —añadió estupefacta.

—Si no te tomas un respiro, ese trabajo acabará contigo —le advertí.

—Es lo que me dice mi madre, pero me conformo con pensar que solo es el primer año y ya me queda menos de la mitad —aseguró y la escuché resoplar—. Si es que llego con vida, claro—, pero no hablemos de mi ¿Qué tal estás? Aunque por mensajes me dijeras que todo iba bien, puedes decirme si has notado algo raro o si no descansas bien que sería lo más lógico en estos casos...

—En realidad estoy bien, bueno... me encuentro bien en ese aspecto. No he tenido pesadillas, tampoco noto que descansa menos de lo normal, de hecho últimamente tengo incluso más sueño que antes por raro que parezca, pero si que te llamaba por algo en concreto —aseguré no sabiendo como explicar realmente lo que me sucedía.

—Pues tu dirás —contestó ante mi silencio espontáneo.

—A ver... en realidad no creo que sea nada, pero llevo varios días notando algunos mareos —comencé a decir—. Son muy leves, incluso al principio pensé que tal vez podría ser de cervicales o alguna mala postura, pero lo cierto es que no han cesado y he comenzado a preocuparme un poco más cuando he empezado a tener náuseas, sobre todo cuando despierto por la mañana.

—¿Mareos y náuseas? —preguntó Nadia como si tratara de confirmarlo.

—Si —afirmé—. En principio es solo eso, no crees que sea nada grave, ¿verdad? En el hospital me hicieron toda clase de pruebas y no vieron nada... tal vez sea la medicación que me recetaron o...

—¿Crees que es posible que estés embarazada? —preguntó Nadia

directamente.

¿EMBARAZADA?

¿Embarazada? No, eso era imposible, técnicamente era imposible.

—No puede ser... —contesté contundentemente—. Siempre he tomado la píldora y aunque estuve sin tomarla los días que permanecí secuestrada y recuerdo que tuve la última regla en el hospital, las retomé junto a la medicación que me recetaron para ayudarme a conciliar el sueño.

—¿Qué te recetaron?, ¿Puedes decírmelo? —insistió y me encogí de hombros.

—Pues espera que soy muy mala para los nombres, pero llevo aquí en el bolso todo lo que me dieron —dije sacando los dos medicamentos y mencioné los nombres raros que supuestamente uno debía ser para conciliar bien el sueño y el otro eran ansiolíticos para evitar posibles ataques de ansiedad que sería lo más normal tras un secuestro y se tomaban por precaución.

—Irina, los ansiolíticos interfieren en el efecto de los anticonceptivos anulando casi por completo su efectividad, ¿Le dijiste al médico que te las recetó que estabas tomando la píldora? —preguntó Nadia con bastante calma teniendo en cuenta que en ese momento todo parecía pasar a cámara lenta para mí tratando de pensar mil cosas al mismo tiempo, pero no logrando pensar ninguna.

—¿Qué? —fue lo único que era capaz de expresar.

—A ver... cálmate —contestó Nadia con toda la paciencia que probablemente le daba esa capacidad para ser un buen médico—. ¿Recuerdas si le comentaste al médico que te atendió que estabas tomando la píldora? —insistió.

—No —negué contundentemente porque realmente ni me lo preguntó y menos aún pensé en decírselo cuando precisamente tenía la regla en ese momento—. Sólo me preguntó si tomaba algún medicamento o padecía alguna

enfermedad y le dije que no —admití.

—Vale —aseguró—. Creo que lo mejor es que te hagas las pruebas y salgas de dudas. Quizá no sea eso lo que te esté ocurriendo y solo sea un efecto secundario de la medicación, pero en cualquier caso ve inmediatamente a una clínica privada y que te hagan la analítica rápidamente para descartarlo antes de seguir tomando cualquier medicación e incluso la propia píldora.

—Pero... ¿Es posible que esté embarazada? —exclamé atónita.

—No te voy a mentir —Su voz sonaba firme—. Es muy probable por los síntomas que presentas, de hecho, es lo primero en lo que he pensado, pero teniendo en cuenta que hace menos un mes que padeciste un shock bastante fuerte, tal vez no sea esa la causa de tus mareos y náuseas. Puedes hacerte un test de embarazo, pero yo te recomendaría acudir a una clínica para estar seguros ya que esos chismes dan fallos y más si estás de muy poco tiempo.

—Está bien —contesté con cierto pavor—. Te llamaré para informarte cuando tenga los resultados —dije antes de colgar porque aún necesitaba digerir lo que aquello significaba en caso de ser cierto.

«No puedo estar embarazada» pensé inmediatamente.

«Simplemente no puedo» me convencí mientras me colgaba el bolso al hombro y pedí a Evelyn que me solicitara cita en la clínica privada para esa misma tarde. Debía salir de dudas cuanto antes.

En cuanto le planteé a mi doctora la situación y le hablé tanto de los fármacos que me habían recetado como de la píldora que yo estaba tomando, decidió hacerme las pruebas de embarazo sin dudarlo confirmando lo que Nadia me había mencionado unas horas antes; que aquel fármaco podía llegar a anular drásticamente el efecto anticonceptivo de la píldora.

¡Dios!, ¡No podía creerlo! Me parecía casi surrealista la sola idea de poder estar embarazada y más aún lo que aquello implicaba. Sin embargo allí estaba, en la sala de espera mientras pasaba el tiempo necesario hasta que llevaban a cabo las pertinentes pruebas para darme una respuesta. No tenía ni la menor idea de qué haría en caso de ser real, de que de verdad tuviera a una

criatura en mi vientre.

Entré de nuevo en la consulta cuando la enfermera mencionó mi nombre y casi podía asegurar que aquel momento fue eterno, me temblaban las piernas y no precisamente por expectación, sino porque no sabía si deseaba que me dijese que realmente estaba embarazada o por el contrario que no lo estaba.

¿Y si era una oportunidad inesperada?, ¿El azar del destino para concederme el deseo de ser madre? Tenía muy claro que si la respuesta era afirmativa no pensaba renunciar a esa criatura, aunque tuviera que luchar con uñas, dientes y sangre por mi propio hijo, pero si por el contrario no era así, probablemente jamás tendría descendencia.

—Siéntate Irina —mencionó mi joven doctora y pacientemente me senté dejando el bolso en la silla vacía que tenía a mi derecha.

—¿Ya están los resultados? —pregunté impaciente.

—Si —afirmó—. Con una analítica de sangre podemos estar seguros porque en cuanto una mujer se queda embarazada se dispara una hormona a ciertos niveles no comunes que nos indica el patrón inconfundible de que está en estado.

—Entonces... ¿Estoy embarazada? —pregunté queriendo saber de una vez la respuesta.

—Si —contestó contundente—. No hay duda de que, en efecto estás embarazada.

En aquel momento sentí como mi cuerpo se relajaba con una calma inesperada, era como si la seguridad de saber que estaba esperando un hijo me diera la fuerza suficiente para aceptar aquella noticia sin ningún tipo de temor. No tenía miedo, ni tampoco pensé en la reacción que tendría Alejandro cuando se lo comunicara, sino que solo pude pensar en la inmensidad que significaba aquella frase y sentí una alegría inmensa incapaz de expresar.

—Imagino que, aunque haya sido algo inesperado, seguirás adelante con el embarazo, ¿no? —preguntó mi doctora y supuse que lo hacía solo por asegurarse.

—Por supuesto —afirmé sin dudarle un instante—. Quiero a este bebe.

—Bien —continuó—. Te recetaré algunos medicamentos que debes tomar los primeros meses de embarazo y te derivaré al ginecólogo y al obstetra que te acompañaran durante todo el proceso, ambos son muy buenos y seguro que estarás contenta con ellos —mencionó mientras la observaba teclear en el ordenador.

—¿Ha podido afectar en algo que haya seguido tomando la píldora? —pregunté instintivamente porque había leído demasiado sobre no tomarla en caso de posible riesgo de estar embarazada porque podría ser muy perjudicial para el feto.

Mi primera preocupación en ese momento era saber si mi bebé estaba bien, si habría podido sufrir a consecuencia de los medicamentos que había seguido tomando.

—En principio debemos asumir que no ha sido así al haber tomado rigurosamente el medicamento que te recetaron que anulaba su efecto, pero te haremos las pruebas pertinentes para comprobar que todo está correcto y es un bebé sano —aseguró—. Evidentemente debes dejar de tomarlas, al igual que tampoco es muy recomendable que sigas tomando los ansiolíticos y si tienes algún tipo de trastorno, acude directamente a mi y trataré de recetarte algo que no perjudique al feto.

—Está bien —afirmé todavía algo aturdida por la noticia.

Cuando salí de la consulta me dispuse a caminar sin rumbo fijo, simplemente tenía que hacerme a la idea de mi nueva situación, pero sobre todo saber cómo iba a afrontarlo puesto que era algo inesperado y estaba más que mentalizada de que no sería deseado por parte de Alejandro.

A pesar de llevar a mis dos guardias de seguridad detrás a cierta distancia que no me perdían de vista, en aquel momento me sentía sola... estaba completamente sola en aquella nueva andadura que acababa de empezar porque era consciente de que al padre de aquella criatura no le agradaría la idea después de haber sido bastante contundente respecto al tema, aunque

quizá podría cambiar de opinión, tal vez el destino había decidido jugar a su favor para ofrecernos aquella oportunidad de forma inesperada y esa fuera la única solución para que Alejandro lo aceptara.

Me fijé en una mujer que venía de frente paseando con un carrito de bebé y sentí cierta complicidad con ella al saber que en tan solo unos meses yo estaría en la misma situación que ahora estaba ella, empujando de una silleta mientras paseaba a mi bebé.

«Mi hijo» medité.

«Realmente voy a tener un hijo de Alejandro» pensé instantáneamente llevándome una mano al vientre.

Una especie de felicidad infinita me recorrió por dentro como si me hiciera tan fuerte que pudiera enfrentarme a cualquier situación, incluso al propio rechazo por parte de Alejandro a nuestro hijo. Necesitaba contárselo a alguien, gritar que estaba embarazada y que iba a ser madre, así que saqué el teléfono para marcar a Nadia que esperaba pudiera contestarme. Cuando escuché su voz sentí cierto alivio por poder revelarlo.

—¿Irina? —preguntó ante mi silencio.

—Lo estoy —confirmé—. Tenías razón, ¡Estoy embarazada! —grité.

—Vaya... ¿Debo felicitarte? —preguntó con cierta calma—. Porque sabiendo que no es buscado no sé si entraba en tus planes.

—Desde luego no ha venido en el mejor momento y menos aún teniendo en cuenta que... —mencioné guardando silencio.

—¿Ocurre algo? —preguntó preocupada—, sabes que sea lo que sea a mi puedes contármelo.

—Alejandro dejó muy claro que no deseaba ser padre, Nadia —confesé a mi mejor amiga.

—¿Qué? —chilló de tal forma que supuse que más de uno se habría quedado observándola si estaba en un lugar público, aunque ante el silencio que vino después supe que debía estar en casa.

—No te escucha nadie, ¿verdad? —pregunté por si acaso.

—Tranquila, estoy en casa —afirmó—. ¿Qué es eso de que él no desea ser padre? Te refieres a esperar unos años hasta asentar tu posición en la empresa, ¿no?

—No —negué—. Me refiero a que no desea ser padre y punto; ni ahora, ni en un futuro —susurré mirando hacia atrás y visualizando a unos diez pasos aproximadamente a mi guardaespaldas Viktor.

—¿Y tú? —exclamó—. ¿También quieres eso? —preguntó con cierta intriga.

—Nunca me había planteado seriamente la idea de ser madre, pero era algo que sí tenía en mente algún día puesto que aún era demasiado joven, aunque cuando él dejó clara su postura renuncié a esa posibilidad porque prefería estar a su lado, solo que ahora...

—Ahora no puedes renunciar a tu hijo —concluyo Nadia por mi.

—No podría hacerlo, Nadia —afirmé—. La sola idea de imaginarlo me aterra y me repugna, pero al mismo tiempo tengo miedo a su reacción cuando lo descubra.

—Quizá sea mejor que esperes un tiempo prudencial, al menos hasta estar segura de tu propia decisión y pensar en la mejor forma para contárselo si es tan reacio al tema.

—¿Tú crees? —pregunté indecisa.

En esos momentos no sabía qué era mejor o peor respecto a la reacción de Alejandro cuando le contara que estaba embarazada. Lo cierto es que no tenía ni la menor idea de cómo iba a reaccionar, pero sabía que muy bien no sería.

—Voy a ser franca —contestó Nadia—. Estás de muy pocas semanas y hasta los tres meses realmente no es del todo estable, quizá te llesves un disgusto al decírselo y por consecuencia tengas un aborto espontáneo, así que si me pides mi sincera opinión te diré que lo mejor es que esperes y tú estés mentalmente preparada para contárselo.

—Si... —afirmé alargando la palabra—. Creo que lo mejor será esperar

al menos unos días.

—Aunque tal vez reaccione de forma inesperada, quizá no entraba en sus planes, pero una vez que comprenda que quiera o no; será padre, cambie su forma de pensar al respecto, ¿No crees? —mencionó con cierto atisbo de positividad.

—Ojalá fuese así —tercié no queriendo ser demasiado pesimista—. Ojalá...

Pero lo cierto era que cada día que pasaba tenía menos claro de qué forma debía contárselo o decírselo, ni siquiera sabía como empezar a sacar el tema para llegar al momento justo en el que revelarlo. Incluso cuando me rodeaba por la cintura para abrazarme mi reacción instantánea era intentar apartarme porque en lo más profundo de mi ser presentía que se daría cuenta de lo que le estaba ocultando a pesar de que aún no se me notaba absolutamente nada por el poco tiempo que llevaba embarazada, no tenía siquiera una ligera curvatura del vientre que pudiera evidenciarlo.

Hasta el momento había dado excusas sobre mis leves mareos por los analgésicos que estaba tomando y por pura suerte, Alejandro nunca había escuchado mis náuseas matutinas porque siempre estaba en la ducha o en la cocina desayunando, de forma que aún no se había percatado de ello porque entre otras cosas, siempre usaba otro baño. En general no tenía más síntomas que esos, pero si ciertas medidas que en cualquier otro caso no eran normales como el hecho de no tomar alcohol o tener cuidado con cierto tipo de alimentación que hasta el momento había conseguido evitar sin levantar sospechas.

Aquella mañana me había despertado sin náuseas, pensando que al fin se habrían acabado para siempre y dándome ese pequeño respiro después de tantos días, tendría una cosa menos de la que preocuparme. Abrí la puerta de la cocina que tan meticulosamente Alejandro cerraba cada mañana para no despertarme con el ruido que hacía y entré entusiasmada por aquel repentino cambio hasta que el olor a café me inundó por completo provocándome unas

arcadas monumentales. Justo en el momento que él alzó la vista para verme, mi cara debió palidecer ante aquella contracción de náuseas y salí corriendo hacia el baño para vomitar lo que ni siquiera había aún comido.

—¡Irina! —le escuché gritar, pero no podía responder de ninguna manera—. ¿Estás bien? —insistió y vi que no solo me había seguido, sino que entraba conmigo en el baño para observar aquella escena desastrosa.

—Si —jadeé en cuanto pude contestar y comencé a tantear con la mano encima de la cisterna del w.c para encontrar el rollo de papel con el que limpiarme, algo que solía hacer habitualmente—. Algo debió sentarme mal anoche... —dije para intentar salir del paso sin que me interrogase.

—¿Y te hace efecto por la mañana? —exclamó sin creerlo—. No. Te llevaré a urgencias inmediatamente, si te hubiera sentado mal la cena te habrías puesto mala durante la noche.

—No hace falta Alejandro —contesté abriendo el grifo del agua para lavarme la cara después de pulsar la cisterna, por suerte solo sería esa única vez y pasaría el resto del día bien—. Te digo que ya me siento mucho mejor, no me apetece ir a urgencias ahora después de haber pasado tanto tiempo de hospitales.

—No —se negó rotundamente—. Últimamente estás muy extraña y encima tienes esos mareos que según tú se deben a los medicamentos que te recetaron... —comenzó a decir no muy convencido—, no me quedaré tranquilo hasta que un médico te examine por completo y me asegure que no tienes nada. Después de que casi te pierdo, no pienso quedarme de brazos cruzados viendo como empeoras cada día.

—Alejandro te digo que estoy bien —afirmé contundente.

—¿Bien?, ¿Llamas a esto estar bien? —exclamó señalando todo el conjunto incluyendo tanto el baño como a mí por referirse a la situación con un tono que distaba mucho de ser cordial—. ¿Es que me estás ocultando algo? —dijo de pronto y las piernas me temblaron—. Te pasa algo, ¿Verdad? —añadió preocupado—. ¡Dios Irina, dímelo de una vez! —gritó alterado.

LAGRIMAS DESGARRADORAS

Tenía que decírselo, no podía ocultárselo más tiempo y él mismo se estaba dando cuenta de que algo me pasaba. Ya no quería seguir escondiéndome por temor a que lo averiguara, ni rehuir de él cuando me abrazaba por temor a que se diera cuenta cuando en realidad me moría porque estar en sus brazos.

—Estoy embarazada —solté sin rodeos esperando su reacción descomedida.

Había pensado en las mil y una formas de cómo decírselo para que no pusiera el grito en el cielo. Pensé que vociferaría, que gritaría, que incluso me echaría de casa en un arrebato instantáneo, pero no pensé que guardara una calma abismal y una completa indiferencia al mencionarlo.

—Cómo —reclamó tras un minuto de silencio.

No era una pregunta, sino una exigencia y supuse que por su cabeza debieron pasar todos aquellos síntomas que había presentado hasta coincidir en que evidentemente debía ser cierto lo que acababa de decirle.

—Los ansiolíticos que me recetaron tras el secuestro anularon el efecto de los anticonceptivos que estaba tomando —contesté sincera puesto que aquella era la conclusión a la que Nadia y mi médico había llegado conjuntamente.

—¿Puedes ab...

—¡Ten cuidado con lo que vas a decir! —grité—, ¡Porque estás hablando de mi hijo, Alejandro! Es una vida que se ha creado aquí dentro a pesar de haber sido completamente inesperado y no buscado —dije explícitamente poniendo una mano en mi vientre—. No pienso renunciar a él bajo ningún concepto —aseguré con lágrimas en los ojos, pero tan firme que no había ninguna duda al respecto.

—¿De tu hijo? —exclamó—. ¿Entonces yo no pinto nada en todo esto? —añadió frunciendo el ceño y cruzándose de brazos.

—¡No cuándo lo único que quieres es deshacerte del problema sin plantearte siquiera lo que eso puede significar! —grité.

—¡Lo habíamos hablado Irina!, ¡Sabías perfectamente que yo no lo deseo!, ¡No lo quiero!, ¡Y eras consciente de cuál iba a ser mi reacción al respecto! —En su voz podía notar la incomodidad que le generaba hablar del tema y tras escuchar aquellas palabras no pude evitar apartar la vista de él y mirar hacia el suelo.

Por supuesto que sabía cuál iba a ser su reacción, por eso precisamente había evitado contárselo hasta el último momento, por eso incluso probablemente me arrepintiera hasta de habérselo dicho, porque saber que no lo deseaba, que no lo quería, que incluso lo detestaba me dolía infinitamente en el alma puesto que yo sí que lo quería con todo mi ser pese a no poder sentirlo todavía.

—Quiero saber si vas a intentarlo Alejandro —dije sin rodeos alzando la mirada para verle y observé como abría los ojos enormemente tras decirle aquello, era como si le hubiera dicho que tenía que enfrentarse a un demonio—. Dime si al menos vas a darle una oportunidad.

Su silencio fue toda la respuesta que necesitaba para saber que no era así, que el problema de Alejandro debía ir mucho más allá para que ni tan siquiera se conmoviera ligeramente con la idea de que iba a convertirse en padre. Las lágrimas estaban a punto de salir de mis ojos y amenazaban con brotar de un momento a otro, me había auto convencido de que en el fondo él terminaría aceptándolo porque el destino caprichoso así lo había decidido, que después de todo el miedo, dolor y sufrimiento por creer que no volvería a verle de nuevo nunca más, un milagro se alojaba en mi interior para que nos uniera aún más de lo que estábamos para ser una verdadera familia. No podía estar más equivocada, él ni siquiera pensaba darle una oportunidad a nuestro hijo, directamente lo había desechado como una camisa vieja que se puede tirar a la

basura sin pensar en las consecuencias.

Me dirigí hacia la habitación donde guardaba mis maletas vacías y cogí una de ellas para llevarla hasta el vestidor donde la abrí empezando a echar algunas cosas sin pensar en doblarlas siquiera, desde luego era lo que menos me preocupaba ahora, que se arrugase alguna prenda. Lo hacía por inercia, ni me paré a pensar realmente en lo que estaba haciendo, creía que en algún momento Alejandro aparecería, que me diría que dejara de hacer aquello porque no iba a permitir que me alejara de él, pero en lugar de eso lo que sentí fue la puerta de entrada cerrarse de golpe y reaccioné saliendo de la habitación para saber si efectivamente se había marchado o solo había sido producto de mi imaginación, solo que no, no lo había sido y él acababa de irse dejándome sola después de decirle que iba a convertirse en padre.

No podía volver a Moscú inmediatamente, era dar demasiadas explicaciones a mis padres que por el momento necesitaba procesar yo misma primero para saber a que iba a enfrentarme. Tenía muy claro que a ese bebé no le faltaría nada, que podría hacerlo sola perfectamente, pero el dolor que sentía en aquel momento por su rechazo era indiscutible. Entré en su despacho y comencé a buscar por los cajones hasta que encontré las malditas llaves de mi antiguo apartamento donde dudaba que fuese a buscarme cuando se diera cuenta de que me había marchado de casa, pero en el primer lugar donde buscaría en caso de hacerlo sería en un hotel antes que allí, así que me ahorraría cualquier intento en vano por lograr convencerme para deshacerme de mi hijo. Al menos no deseaba ni verle hasta estar lo suficientemente preparada mentalmente para soportarlo.

Pedí a Frederik y Viktor que me llevaran hasta mi antiguo apartamento y después les di varios días de permiso porque no iba a necesitarles ya que pensaba encerrarme en aquel ático hasta tomar una decisión sobre qué haría al respecto. En el momento que abrí la puerta de mi pequeño ático los recuerdos me invadieron creándome cierta nostalgia, no había estado allí desde que me había marchado hacía ahora tantos meses que llegaba a creer que habían

pasado incluso años.

El lugar estaba tal y como lo dejé, de hecho, abrí la nevera y aún seguían aquellas tarrinas de helado que había dejado y que por suerte para mi, nadie se había preocupado de retirar porque probablemente terminaría comiéndomelas todas. Aún seguían las sábanas y toallas en el lugar donde yo las había dejado, tal parecía que Alejandro debió darse prisa por comprarlo cuando ni tan siquiera se habían preocupado en retirarlas para volver a ponerlo en alquiler, aunque lo cierto es que lo agradecía porque las había comprado yo y ahora podría usarlas.

Me desnudé completamente y me metí en aquella ducha, dejando que el agua recorriera cada parte de mi cuerpo arrastrando de paso las lágrimas que el llanto descontrolado emergió desde lo más profundo de mi ser. Se suponía que tener un hijo debía estar rodeado de felicidad, dicha, amor... y al parecer solo yo era capaz de sentir todas aquellas sensaciones por esa criatura pequeña que se alojaba en mi interior. Ni tan siquiera abrí la maleta para buscar algo de ropa que ponerme, si era sincera no sabía siquiera si habría metido prendas interiores ahora que lo pensaba porque apenas recordaba que había echado con tanta prisa por marcharme de aquella casa, pero no me importó, me quedé envuelta en aquella toalla blanca y me acosté sobre la cama que aún conservaba el nórdico doblado tal y como lo dejé cuando me fui. Me envolví en él y cerré los ojos esperando que el día siguiente fuera mínimamente mejor que el que acababa de tener.

El sonido del teléfono terminó despertándome y cuando lo saqué del bolso vi una llamada entrante de Teresa, ¿Por qué me llamaba la hermana de Alejandro? Lo primero que pensé fue que quizá le había ocurrido algo en mi ausencia, ¿Y si había tenido un accidente?, ¿Y si no estaba bien? Por pura inercia descolgué el teléfono despertando así en el acto.

—¿Sí? —exclamé conteniendo el aliento.

—¡Irina!, ¿Dónde estás?, ¿Estás bien? —exclamó preocupada.

—Si... —afirmé arrastrando la voz y sentándome sobre el taburete de la

isla de la cocina—. ¿Ha pasado algo? —pregunté a pesar de temer la respuesta.

—Alejandro ha llegado esta mañana completamente borracho a mi casa y apenas entendimos una palabra de lo que decía, pero no dejaba de repetir tu nombre una y otra vez, ¿Ha pasado algo? —preguntó preocupada—. Porque no es normal que él beba así y menos aún que encima aparezca en mi casa...

En ese momento suspiré y el aire entró de nuevo a mis pulmones, no le había pasado nada, al menos, nada grave.

—Si... ha pasado algo —afirmé—. Algo que tu hermano no deseaba que ocurriese y que va a separarnos para siempre.

—¿Qué? —gritó.

—Estoy embarazada Teresa —solté sabiendo que ella entendería lo que eso significaba, porque incluso en su día habíamos abordado el tema.

—¡Oh dios mío! —exclamó y me la imaginé llevándose una mano a su incipiente vientre, algo que por extraño que pareciera, hice yo misma sin pretenderlo.

—No lo quiere Teresa..., ¡Prácticamente me pidió que abortara! —grité con lágrimas en los ojos recordando aquellas palabras que había impedido que pronunciara.

—¡Este hombre tozudo me va a escuchar cuando despierte! —gritó.

—No Teresa —afirmé contundentemente—. Le pregunté si le daría una oportunidad, si al menos podría intentarlo y su respuesta fue marcharse de casa sin decir nada. No voy a obligarle a que acepte algo que realmente no desea y que incluso detesta la sola idea de enfrentarse a ello... soy perfectamente capaz de criar a mi hijo sola y no le necesito —aclaré sin un atisbo de duda.

—Pero él es su padre... —insistió y podía notar la preocupación en sus palabras, como si se sintiera entre la espada y la pared porque comprendía que al ser su hermano, le preocupaba realmente lo que sucediera.

—No te equivoques —aseguré—. Uno no solo es padre porque por sus

venas corra su sangre, él no quiere a este bebé.

—Pero... ¿Tú estás bien?, ¿Quieres que vaya y hablemos? Puedo salir inmediatamente y estoy ahí en media hora.

—No por favor —aseguré porque en aquel momento no me apetecía ver a nadie—, lo cierto es que me apetece desconectar unos días y creo que apagaré el teléfono porque necesito pensar en todo lo ocurrido.

No iba a confesar que me había marchado de casa y menos aún donde estaba. A pesar de no creer que Alejandro fuera precisamente a buscarme, no tenía intención alguna de revelar por el momento donde me encontraba, al menos hasta tener claro por donde pensaba reconducir mi vida.

Llamé a Nadia porque necesita desahogarme realmente con alguien que fuera imparcial, porque a pesar de que me llevase muy bien con Teresa hasta el punto de saber que en ese sentido mi hijo podría tener el apoyo de su familia paterna, no quería demostrarle que realmente estaba rota por dentro, que la ilusión por la llegada de éste bebe no era del todo completa por la ausencia de su hermano y que el hecho de saber que mi hijo nunca tendría a su padre al lado me aterraba, sobre todo porque yo le amaba, le seguía amando y probablemente muriera amándole.

—Dejo ahora mismo el trabajo y me voy para España —mencionó Nadia en cuanto le conté como se había tomado Alejandro la noticia.

—¿Estás loca?, ¡Ni hablar! —exclamé tirándome sobre el sofá—. Te lo agradezco, pero creo que debo pasar por esto sola y además, no te estás partiendo el culo en ese trabajo para abandonarlo todo ahora.

—No tienes porqué estar sola Irina, sabes que yo estaré contigo para lo que necesites. Además, dada la situación lo mejor será que regreses a Moscú, ¿Para qué vas a quedarte allí si él ha dejado clara su postura respecto a tu hijo?

—Si... —afirmé rodando los ojos—. En realidad, empiezo a tener claro que volveré, pero creo que no estoy preparada para decirle a mis padres cuál es exactamente la situación y que finalmente no voy a casarme... ¡Dios!, ¡La

boda! —bufé pensando que tendría que cancelar absolutamente todo.

—Eso es por lo que menos tienes que preocuparte ahora mismo, lo único importante aquí eres tú y que hagas lo que hagas sea lo mejor par ti y el bebé.

—Lo sé —afirmé tocándome la barriga—. Haré lo mejor para mi bebé.

Advertí a Nadia que apagaría el teléfono durante unos días porque no me apetecía en absoluto hablar con nadie más. La nevera seguía vacía así que aproveche que hacía algo de sol para salir a comprar comida suficiente para los siguientes cuatro o cinco días que pensaba estar como mínimo en aquel apartamento, necesitaba surtirme de bastante fruta además del helado que de por sí ya tenía en el congelador.

—¿Ha vuelto al apartamento señorita? —preguntó el conserje al verme salir ya que se encontraba en el rellano fregando las escaleras.

—Sí —contesté sonriente—, aunque solo estaré unos cuántos días.

—¡Oh! —exclamó sorprendido—. Que disfrute entonces de la ciudad —añadió amablemente y asentí pulsando el botón del ascensor para bajar.

Esperaba que Alejandro no tuviera demasiado trato con el conserje del edificio para que éste no le avisara de que ocupaba el apartamento, aunque tampoco es que me preocupara demasiado que se enterase de donde me encontraba puesto que lo que menos haría sería precisamente buscarme.

Al tercer día de estar allí encerrada y comunicarme únicamente mediante emails con mi asistente, atrasé todas las reuniones presenciales o viajes de negocios que debía hacer inminente achacando un virus estomacal que me retenía en casa. Había tomado la decisión de volver finalmente a mi verdadera casa... a Moscú y no iba a quedarme más tiempo allí completamente sola así que a pesar de tener que enfrentarme a la realidad de la circunstancia y de cancelar una boda, encendí el teléfono que llevaba tres días apagado para telefonar a mi asistente. En cuanto lo hice comenzaron a entrar llamadas; tanto de Evelyn como de mi secretaria en Moscú, de mi madre, de la coordinadora de la boda, de Andrei y de... Alejandro.

Me había llamado, no sabía exactamente para qué, ni con qué intenciones,

pero lo había hecho. Por un momento pensé en devolver la llamada, puesto que si era sincera echaba de menos escuchar su voz, oler su perfume o simplemente abrazarme a él para sentirme de nuevo protegida, aunque era consciente de que no podía hacerlo, de que aquello se había terminado definitivamente para siempre.

—Hubiera sido tan diferente si él te hubiera dado una oportunidad —susurré en voz baja mirando hacia mi vientre—, pero yo estaré siempre contigo, a tu lado y te hablaré de él cada noche antes e dormir...

Marqué el teléfono de mi asistente y le pedí que gestionara rápidamente el vuelo privado a primera hora del día siguiente hacia Moscú. No me importaba dejar gran parte de mis pertenencias en casa de Alejandro, por mí podría incluso tirarlas, pero sí quería algo... la primera ecografía diminuta de mi pequeñín que había guardado minuciosamente entre las páginas del libro que había sobre la mesita de noche a pesar de no tener tiempo alguno de leer. Así que le pedí como favor que enviara a alguien a recoger algunas pertenencias, pero que lo que verdaderamente me importaba era ese libro y las llevara directamente al jet privado de la empresa.

—Señorita Komarova, el señor Álvarez no deja de preguntarme por usted y por donde se encuentra, ¿Deduzco que no debe ser informado de que tomará el vuelo mañana a primera hora? —me preguntó con cierto tacto como el de alguien que no sabe si está metiendo la pata hasta el fondo.

—¿Ha preguntado por mi? —exclamé confundida.

Pensé que tras aquella discusión y su posterior huida, estaba más que clara su postura respecto a mi y al bebé ¿Tal vez quería discutir asuntos de la empresa? Lo dudaba, para eso me habría enviado un email.

—Si, señorita —afirmó—. Está muy extraño últimamente y discute con todo el mundo.

—Ya... —contesté por inercia. Imaginaba que aún no se había hecho a la idea de que a pesar de que no lo quisiera tendría un hijo por mucho que se empeñara en lo contrario—. No le diga nada, por favor —añadí por si acaso.

Lo que menos necesitaba ahora era otro intento de Alejandro por pedirme que interrumpiera el embarazo. No podría soportar siquiera pensar en esa idea.

—Por supuesto. Le confirmaré todo por email señorita Komarova, por si desea volver a apagar el teléfono.

—Muchísimas gracias Evelyn —contesté infinitamente agradecida.

Probablemente tuviera que reubicar a la chica en otro puesto, porque había demostrado ser lo suficientemente eficiente para prescindir de ella ahora que no necesitaría sus servicios al volver a Moscú.

El vuelo saldría a las nueve de la mañana, así que decidí dejar todo listo y comencé a meter de nuevo las cosas en la maleta que había traído a pesar de que no había sacado apenas nada porque desde el día que había llegado ni siquiera había salido del apartamento. Dejé la ropa que me pondría colgada del perchero y justo cuando estaba cerrando la maleta escuché la llave que giraba el pomo de la puerta de entrada al apartamento.

En aquel momento el corazón se me aceleró creyendo que estaba entrando algún ladrón o algo peor así que cerré la puerta de la habitación rápidamente girando la cerradura y me maldije ochenta veces por no tener el móvil allí dentro.

—¿Irina? —exclamó esa voz profunda haciendo que el aire volviera de nuevo a mis pulmones.

No era ningún ladrón, ni ningún psicópata de nuevo, sino que era Alejandro.

«¿Cómo demonios me había encontrado?»

UNA OPORTUNIDAD

Medité varias veces si debía o no abrir aquella puerta, ¿A qué había venido?

—Irina por favor abre la puerta —insistió con un tono de voz alarmante.

—¿Qué haces aquí Alejandro? —pregunté lo suficientemente alto para que me escuchara sin abrirla.

—Tenemos que hablar —fue su única respuesta y me gustara o no lo que tuviera que decirme finalmente giré el pestillo y esperé a que él abriera la puerta, porque no pensaba hacerlo yo.

Alejandro no tardó ni dos segundos en abrirla para entrar cautamente. En cuanto le vi supe por sus ojeras que había debido dormir muy poco últimamente y su aspecto denotaba cansancio.

—Creo que dejaste muy clara tu postura al respecto cuando te dije que estaba embarazada Alejandro, no sé de qué quieres que hablemos si ambos sabemos que no estaremos de acuerdo —dije adelantándome a lo que tuviera que decirme.

—Llevo tres días buscándote como un loco por toda la ciudad —afirmó y noté su estado de agitación—, preguntando por ti en cada uno de los hoteles, llamando a todos tus contactos y si no llega a ser porque hablaste con Teresa y porque te comunicabas mediante emails con tu asistente habría ido directamente a comisaría a presentar una denuncia por desaparición.

—Pues ya ves que estoy bien, no me ha pasado nada —aclaré cruzándome de brazos.

—Tal vez tu estés bien, pero yo no estoy bien... no estaré hasta que vuelvas, no estaré bien si no estas conmigo, Irina —contestó con firmeza.

Mi corazón se aceleró con aquellas palabras, aunque para mi no eran suficientes... tal vez en otro momento lo fueran, pero ahora no podía pensar

únicamente en mi bienestar, sino que primaba el de mi bebé por encima de mis sentimientos.

—No voy a renunciar a mi hijo Alejandro... —admití mirándole a los ojos—. No lo haré —mencioné con los ojos empañados porque toda aquella situación me dolía. Tenía que elegir cuando realmente no quería hacerlo.

—Sé que no lo harás —afirmó sorprendiéndome—. Encontré esto cuando volví un par de horas más tarde y ya te habías ido —dijo sacando del bolsillo interior de su chaqueta la ecografía que había guardado en aquel libro—, ni sé porque cogí ese libro... supongo que cuando me di cuenta de que no estabas y me senté en tu lado de la cama, fue lo primero que vi que era tuyo y quise tocarlo para tenerte un poco más cerca. Nunca pensé que iba a encontrar esto ahí escondido, pero cuando lo vi me invadió un mar de sensaciones que me ahogaban y al mismo tiempo me abrumaban ante la idea de que era real, de que verdaderamente iba a ser padre a pesar de habérmelo negado a mi mismo durante años.

—Y te emborrachaste —afirmé mirándole a los ojos.

—Me di cuenta de que esa criatura no tenía la culpa de mis propios miedos, que mi hijo... porque es mío también, es inocente de todo lo que a mi me sucedió. Pensé que lo había fastidiado todo, cuando volví a casa y no estabas creí que te había perdido para siempre y acabé con todas las existencias de licor que tenía para después irme al bar más cercano porque aún seguía siendo consciente de cuánto la había fastidiado.

—¿Tu hijo? —exclamé mientras me rodaban las lágrimas de los ojos sin poder evitarlo.

—Mi hijo —confirmó y pude ver sus ojos brillando, como si estuviera al borde del llanto—. Déjame estar a tu lado Irina... no me alejes de ti, no me apartes de vuestro lado.

—¿Realmente quieres estar a mi lado Alejandro?, ¿Estás completamente seguro? —exclamé con el corazón en vilo. No podía creer que realmente estuviera allí diciéndome aquello después de todo lo sucedido.

—Si —afirmó uniendo su frente con la mía—. No sé si seré buen padre o no, pero no quiero pasarme el resto de mi vida arrepintiéndome por no haberlo intentado al menos.

Me incliné sobre él y rocé sus labios de forma suave, notando como Alejandro respondía a ese roce cada vez con mayor intensidad.

—Te quiero tanto —susurré alejándome levemente de su boca.

—Sé que no me merezco tenerte, que no soy digno de que me quieras, pero que me condenen si no soy feliz por ello —jadeó justo antes de lanzarse sobre mis labios esta vez con posesión, con ahínco, con premeditación completa y absoluta de devorarlos.

—Todos tenemos derecho a equivocarnos y a recapacitar sobre nuestros actos —concluí cerca de sus labios.

Alejandro me alzó cogiéndome de las nalgas haciendo que me pegara a su cuerpo y rodeé con mis piernas su cintura, enroscándome a él para degustar mejor aquel beso. Sentía como sus brazos me atrapaban apretándome contra él.

—No le pasará nada al bebé, ¿verdad? —preguntó de pronto como si estuviera preocupado aflojando su abrazo.

—No —sonreí mientras se me escapaba una pequeña lágrima de pura felicidad—, no le pasará nada —afirmé antes de que volviera a unir nuestros labios cuando se quedó satisfecho con mi respuesta y me depositaba lentamente sobre aquella cama que tantas veces había sido testigo tiempo atrás de nuestros encuentros cuando estábamos escribiendo nuestra historia sin siquiera saberlo.

Aquellos suculentos labios fueron recorriendo cada palmo de mi ser de forma minuciosa, dejando un cálido rastro de amor en cada uno de aquellos besos que Alejandro dejaba delicadamente. Observaba como rozaba delicadamente la piel de mi vientre, como si tuviera especial cuidado en esa zona y dejó esa parte para el final hasta que la besó de la forma más dulce que jamás había esperado antes de volver a subir de nuevo por mi garganta hasta

llegar a mis propios labios.

—Aquí te hice por primera vez el amor de verdad —susurró cerca de mi oído—. Aquí me di cuenta de que realmente te amaba —añadió suavemente—. Y aquí quiero prometerte que nunca volveré a dejar que mis miedos me hagan huir de tu lado... que te amaré hasta el último de mis días, hasta el último aliento, hasta el último latido Irina Komarova.

Sin duda alguna Alejandro podía tener muchos defectos, pero mentir no era uno de ellos y sabía que lo que en aquel momento me estaba asegurando lo cumpliría de verdad. Me aferré a su cuerpo queriendo que el tiempo se detuviera, deseando que aquel momento fuera eterno porque no podía ser más dichosa... mi felicidad ahora sería plena, sería completa de verdad.

En el momento que mis prendas fueron perdiéndose en algún lugar de la habitación al mismo tiempo que yo me deshacía de las de Alejandro, atesoraba cada instante grabándolo en mi retina para el recuerdo. Sería la primera vez que él me tomaría siendo consciente de que estaba embarazada, que no solamente me estaría amando a mi, sino al ser que llevaba en mi vientre y lo cierto es que cuando sentí como se hundía poco a poco hasta llenarme por completo, noté la suavidad en sus movimientos, como si realmente temiera hacerle daño a su propio hijo. Su delicadeza me conmovió, así que le empujé hasta colocarlo de espaldas sobre la cama y comencé a moverme sobre él de una forma mucho más ruda, demostrándole que no pasaba nada y pareció comprenderlo porque la bestia que había en mi dios griego resurgió de entre lo más profundo de su alma y comenzó a empujarme contra él apretando mis nalgas mientras buscaba su propio placer al mismo tiempo.

—Eres tan hermosa —rugió observándome con aquella mirada oscura y acogiendo uno de mis pechos en su mano—, absolutamente preciosa.

—¡Ah sí! —gemí aumentando el ritmo mientras me mordía el labio inferior de puro placer.

—Nunca me canso de mirarte... y de desearte —siguió hablando—. Deleitas cada uno de mis sentidos.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Sigue hablando! —jadeé queriendo seguir escuchando su voz.

—Adoro tu tacto —comenzó a decir mientras masajeaba la piel de mi abdomen—, es tan suave y delicado que no puedo dejar de tocarte. Me embriaga tu perfume —dijo incorporándose para rozar su nariz sobre mi piel aspirando—, tu aroma es inconfundible —susurró jadeante.

—¡Oh dios! —grité.

—Cada vez que te miro y observo esos preciosos ojos me conmueves, no puedo dejar de observarte un solo instante tratando de descubrir algo nuevo sobre ti —siguió diciendo—. Tus gemidos me vuelven definitivamente loco cada vez que los escucho, pero sin duda alguna tu sabor consigue nublar me el juicio hasta el punto de perder cualquier rastro de mi propia cordura.

En ese instante sentí que aquel deleite colosal abrumaba mis sentidos, recorriendo cada palmo de mi ser desde la punta de los pies hasta el último de mis cabellos y grité... grité de puro éxtasis ante aquel infinito orgasmo.

—Eso ha sido... —comencé a decir sin poder siquiera terminar la frase por la falta de aliento y me tumbé sobre la cama para tratar de recomponer mi respiración— absolutamente precioso —aseguré cuando mi respiración comenzó a ser un poco más lenta.

—Es todo lo que provocas en mi, Irina... —contestó rodeando mi cintura y atrayéndome hacia él—. Me siento pleno cuando estoy contigo.

—Soy tan feliz —susurré con una sonrisa.

—Gracias —contestó observándome.

—¿Por qué? —contesté indecisa.

—Por dejarme formar parte de esa felicidad —concluyo antes de abrazarme y así permanecemos hasta que finalmente me quedé dormida.

Aquella noche y las dos siguientes, simplemente nos quedamos en aquel apartamento sin salir aprovechando que era fin de semana. Alejandro ni siquiera fue a por algo de ropa a casa, sino que estuvo desnudo o en toalla todo el tiempo mientras pedíamos comida a domicilio aprovechándome de mis

antojos y rebañando cada bote de helado que sacaba de la nevera.

—Creo que voy a engordar por lo menos veinte kilos como siga a este ritmo —dije en un ataque de ansiedad por el que me comí yo solita toda la tarrina de helado después de una pizza familiar. Me sentía como un pozo sin fondo.

—Tengas veinte, treinta o cuarenta kilos más, voy a quererte igual, aunque después te obligue a practicar deporte conmigo —aclaró y no pude evitar reírme de la situación.

—¿Me querrás igual cuando tenga la panza enorme? —ironicé.

—Puede que más —susurró cerca de mi oído—, porque serás doble —añadió riéndose a carcajadas.

—¡Serás...! —grité—. ¡Perverso! —añadí encontrando al fin la palabra.

—Solo espero que el vestido para la boda te quedara lo suficientemente grande para que te entre el día de la ceremonia.

¡Mi vestido! Pensé en ese momento y recordé que aún tenía que realizarme la última prueba, ¿Cómo se me había podido olvidar? Bueno... hasta hacía solo un par de días pensaba que ni habría boda, ni me casaba, ni nada de nada.

—Creo que ahora mismo la opción de fugarnos a las Vegas la veo muy viable —confesé sonriente.

—Vamos... —confesó colocando mis pies sobre sus piernas para darme un masaje—, solo son tres semanas y después te llevaré a los confines de la tierra.

¿Confines de la tierra? Eso sonaba demasiado bien.

—¿Vas a seguir sin decirme donde iremos de luna de miel? —pregunté dejándome caer sobre el sofá para degustar aquel masaje que era pura gloria en aquellos momentos.

—Te dije que sería una sorpresa en su día y lo sigo manteniendo —afirmó tan contundente que supe que sería una pérdida de tiempo tratar de persuadirle y en el fondo me gustaba la idea de no saberlo para disfrutar más

aún del momento, aunque me muriera de curiosidad por dentro.

Acordamos que sería conveniente no dar la noticia del embarazo hasta volver de la luna de miel porque así habría cumplido los tres meses y sería un embarazo estable, al menos era lo que Nadia me había advertido. Pese a morirme del deseo de gritar a los cuatro vientos que estaba embarazada, sobre todo a mi madre porque sabía la ilusión que le haría ser abuela, tendría que morderme la lengua un poco más de tiempo para darle la buena noticia.

El lunes volví a pisar de nuevo mi despacho y debía reconocer que, por alguna razón, me estaba costando más trabajo mantenerme despierta sin tanta cafeína, de hecho, estaba que me dormía por las esquinas... lo sorprendente era que Alejandro se estaba encargando de ir a las reuniones y de hacer la mayor parte del trabajo incluso cuando volvíamos a casa porque yo me quedaba literalmente con los ojos cerrados.

—Me he vuelto a quedar dormida —admití en cuanto abrí los ojos y comprobé que estábamos en el sofá y que la pila de documentos ahora estaba sobre su propio regazo.

—Tranquila, vete a la cama si estás incómoda. Yo termino con esto en unos minutos —contestó tranquilamente.

—¿Qué hora es? —gemí algo somnolienta.

—La... —contestó mirando el reloj de pulsera que yo le había regalado y el cuál no se había quitado desde que lo hice—, una y media —admitió.

Era tardísimo, apenas iba a dormir cinco horas y estábamos en semana de cierre.

—Esto no puede seguir así, no puedes seguir así —contesté tajante.

—¿A qué te refieres? —exclamó y por su tono supe que parecía preocupado.

—A que te sobrecargas entre tu trabajo y ahora el mío porque yo me voy durmiendo por las esquinas —contesté con pesar.

—No pasa nada, puedo con ello —admitió relajado.

—No —me negué—. Mañana mismo empiezas las entrevistas para el

puesto de dirección —amenacé señalándole con un dedo.

—¿Quieres que me despida? —preguntó frunciendo el ceño.

—No... simplemente te ascendo —sonreí.

Para mi sorpresa él hizo el mismo gesto.

—¿Y que cargo voy a ostentar señorita Komarova? —gimió divertido.

—El de co-presidente de empresas Komarov —contesté elocuente.

—¿Co-presidente?, ¿Eso existe? —exclamó frunciendo el ceño, pero con evidente gesto de diversión.

—Si no existe, lo patento yo misma —admití—, pero quiero que antes de la boda tengas a alguien ocupando el puesto de dirección —insistí.

—¡A sus órdenes! —exclamó—. Mañana mismo me pongo a ello, presidenta —contestó acercándose a mi.

—Así me gusta co-presidente —admití—. Que obedezcas mis órdenes —añadí intentando parecer seria, pero no pude evitar reírme.

No veía la hora en que pasara aquella boda y al fin pudiera tener a Alejandro solo para mi, para mi propio deleite.

SIEMPRE JUNTOS

Hacía siete días que había regresado a Moscú para ultimar detalles de la boda y los mismos siete días que llevaba sin ver a mi dios griego, aunque el motivo principal por el que me había venido una semana antes era que el precioso vestido que había elegido para mi boda no me entraba ni insistiendo... por no decir que casi tuve que cortarlo para sacármelo y eso que por suerte no se notaba demasiado el embarazo Pensé que tendrían que obrar un milagro para sacar de donde no existía, pero finalmente consiguieron adaptarlo unos centímetros y al menos podía respirar con tranquilidad. Fue toda una aventura lograr que mi madre no se enterase de lo ocurrido porque tenía todo controlado.

Solo faltaba un día para la boda y el olor a orquídeas blancas llegaba hasta mi habitación y perfumaba toda la casa. El hall de entrada estaba lleno de esas flores que formaban parte de la decoración tanto en la iglesia como en el banquete y que permanecerían allí hasta el siguiente día que tendría lugar la ceremonia.

Admitir que estaba nerviosa era decir poco, de hecho, estaba aterrada porque estaba segura de que algo saldría mal y todo se iría a tomar viento fresco, aunque tal vez todo se debiera a que aún no podía creerme que finalmente fuera a casarme al fin con Alejandro a pesar de que apenas habían pasado seis meses desde que me lo propusiera y todo lo que habíamos tenido que afrontar hasta llegar a este momento.

Nadia vendría a pasar esa noche a casa, mi última noche de soltera para estar conmigo mientras me arreglaba al día siguiente, aún temía su reacción cuando le dijera que sería la pareja de Andrei, pero seguro que algún día me perdonaba... sin embargo estaba disgustada porque no vería a Alejandro hasta el mismo momento en que entrara en la iglesia y eso me daba cierto pavor,

¿Qué ocurriría si no estaba?, ¿Y si no llegaba? Lo de hacer ese rito a modo español no me terminaba de convencer, puesto que esa absurda teoría de Teresa en la que daba mala suerte ver al novio antes de la boda y que mi madre había secundado hacía parecer que formaban un complot en contra de mis nervios sin ningún tipo de piedad

En cuanto sonó el teléfono di un respingo... realmente todo estaba controlado y se suponía que solo debía descansar, pero eso era lo último que pensaba en aquel instante.

—¿Ya has llegado? —exclamé en cuanto vi que se trataba de Alejandro.

—Si, acabamos de aterrizar —confirmó y noté su voz algo agitada como si estuviera bajando escaleras o caminando con bastante prisa—. Quise avisarte ahora porque realmente no sé si luego tendré tiempo de hacerlo.

—¿No vas a venir a verme? —exclamé en un evidente tono de nostalgia.

—Quisiera, pero Teresa no me dejará ni un segundo a solas precisamente para que no se me ocurra escaparme a verte, aunque no hay otra cosa que más desee en este momento que fugarme como un adolescente para ir a tu encuentro, preciosa —contestó y pude notar su tono de diversión al instante.

—Como dos amantes en mitad de la noche que acuden a un encuentro prohibido —suspiré melancólica.

—¡Queda terminantemente prohibido ver a la novia antes de la boda! —gritó Teresa y escuché el ahogo de un quejido que seguro provenía de la garganta de Alejandro.

—A sus órdenes sargento —contestó Alejandro haciendo que exclamase una carcajada imaginándome la situación—. A veces dudo que ella sea la hermana menor, ¿Tu también te vas a volver así de gruñona? —exclamó con diversión.

—¡Oh no! —grité—. Seré mucho peor —añadí comenzando a reírme por imaginarme su cara.

—En ese caso igual me planteo eso de acudir mañana a la iglesia...

—¡Más te vale estar allí esperándome Alejandro Álvarez! —grité medio

enloquecida.

Al final va a tener razón y de verdad seré una gruñona, medité justo después.

—Irina, ¿Te encuentras bien? —preguntó algo aturdido y guardé silencio por un instante.

—Si —afirmé cuando en realidad quería decir que no, porque ni yo misma sabía qué me pasaba.

—Tengo que dejarte, vamos a pasar por el túnel de salida y no creo que tenga cobertura, hablamos luego —contestó antes de colgar y me senté en la cama algo nostálgica.

Estaría esperándome en el altar cuando llegara, ¿verdad? Me pregunté mientras miraba el teléfono algo pensativa. Tal vez mis dudas solo se debieran a que llevaba una semana sin verle y poco antes pensé que todo habría acabado para siempre, pero mi dios griego estaba allí, había venido hasta Moscú y no podía dejarme plantada en el altar, no después de todo lo que nuestra relación había tenido que soportar y madurar hasta llegar a ese momento.

Nadia llegó media hora más tarde con todo lo necesario para arreglarse al día siguiente. Los vestidos de las damas de honor eran de color azul y a ella le sentaba especialmente bien aquel tono que resaltaba sus ojos. Sabía cuando lo elegí que estaría preciosa, quizá por eso me dejé influir por aquella gama cromática que además me recordaba a los ojos de Alejandro.

—Mañana es el gran día, ¿Nerviosa? —preguntó Nadia en cuanto cerró la puerta para que nadie nos escuchara.

—No —negué—. Solo tengo unas inmensas ganas de vomitar —afirmé mientras me tumbaba sobre la cama.

—¿Es por el embarazo? —exclamó—. Puedo darte algo si...

—No creo que sea por eso —concluí llevándome una mano a la cabeza—. En realidad, no es nada —dije restándole importancia—, seguro que se me pasa enseguida.

—Está bien, pero si te encuentras peor dímelo, que al menos sirva de algo el ser médico y matarme a trabajar —respondió sonriente.

—Bueno... igual tus ganas de ayudarme se fugan por la ventana cuando te diga quien será tu acompañante —suspiré sabiendo que no podría retrasar más ese momento.

—¿Me has puesto a un adolescente que todavía tiene espinillas en la cara? —exclamó estupefacta poniendo cara de asustada.

—No —negué—, pero igual hubiera sido mejor elección que Andrei.

—¿Tu primo? —gritó a pleno pulmón—. ¿En serio tenía que ser tu primo?

—Pues... si —dije sin saber cómo justificarme, porque en realidad las razones solo fueron en primer lugar fastidiar a Andrei, aunque en el fondo lo hacía porque me parecía que hacían tan buena pareja que al menos deseaba verles juntos el día de mi boda, quizá eso pudiera arreglar al fin sus diferencias y llevarse bien después de tantos años y de que los dos tendrían que verse y coincidir si iban a estar a mi lado, sobre todo cuando naciera mi bebé.

—Dame una buena razón para no ahogarte ahora mismo con la funda de la almohada —terció cruzándose de brazos.

—¿Porque tu sobrino no nacería? —exclamé con una sonrisa cómplice.

—Por ahí te vas a librar —bufó—. ¿En serio tenía que ser él? Sabes que me cae peor que un grano en el culo.

—Yo diría que en el fondo te gusta —contesté sin pensarlo detenidamente, porque era lo que de verdad opinaba.

—¿Gustarme? Sabes que lo detesto —afirmó—. Él es todo lo opuesto a lo que busco en un hombre —aseguró.

—Si tu misma admitiste que solo podías tener relaciones esporádicas por tu trabajo y ni eso, ¿O te recuerdo quien me recomendó la página de contactos para encuentros de una sola noche? —exclamé.

—Una cosa es acostarse con un desconocido y otra con ese inepto de tu

primo —insistió no aceptando que en el fondo, muy en el fondo hasta le gustaba Andrei, porque yo sabía que esa actitud solo podía significar una cosa en Nadia.

—Está bien, por suerte para ti solo tendrás que soportarle unas cuantas horas —admití con pesar.

Esperaba que ese par no dieran el espectáculo durante la ceremonia, pero aún quedaba la peor reacción que sin duda sería la de Andrei, aunque igual me sorprendía por una vez en mi vida.

Nadia se perdió en el baño para darse una ducha puesto que había venido directamente del trabajo y no tardó más de una hora en quedarse profundamente dormida porque estaba agotadísima de trabajar horas extras para librar ese fin de semana. Al menos prefería que durmiera antes que escuchar su parlotearía de represalias en un futuro por la tortura a la que iba a someterla.

«Tampoco era para tanto» pensé mientras no dejaba de dar vueltas en la cama. Dudé en si no habría sido mejor emparejarla con alguno de los amigos de Alejandro, aunque no se entendieran bien con el idioma, pero de todos modos iría en la misma mesa de banquete que Andrei y el resto de mis primos, por lo que daba lo mismo.

Escuché un pequeño golpe en la ventana y me sobresalté. Nadia seguía igual de dormida o más que antes así que miré a pesar de estar todo oscuro sentí de nuevo otro golpecito suave, entonces vi la sombra en la ventana y grité.

—¡Ah! —exclamé sin poder evitarlo y en ese momento la pantalla del teléfono móvil se iluminó al mismo tiempo que una luz se proyectaba desde la sombra del individuo en la ventana dejándome ver el rostro de Alejandro.

Miré hacia Nadia que ni mis gritos parecían haberla hecho inmutarse y corrí para abrir suavemente la puerta de la ventana que daba a la terraza.

—Te he llamado cientos de veces, pero no cogías el teléfono —susurró nada más deslizar la ventana—. Estaba preocupado.

—Lo siento —susurré en el mismo tono—, Nadia estaba aquí y ni siquiera miré el móvil hasta ahora —dije mientras rodeaba con mis brazos su cintura y me apoyaba en su cuerpo.

—¿Estás bien? No me pude deshacer de Teresa hasta que estuvo finalmente dormida, de lo contrario habría venido antes.

—Ahora que estás aquí si estoy bien —musité oliendo ese aroma que tanto me gustaba—. Solo estaba... —dije guardando silencio porque ni yo misma sabía realmente como estaba—... creo que solo son nervios, o las hormonas, o no lo sé.

—Sea lo que sea pronto acabará, mañana disfrutaremos de nuestro día y después solo seremos tu y yo —aseguró.

—¿Solos tu y yo? —exclamé.

—Solos tu y yo hasta que nazca nuestro bebé —aclaró—. Solo entonces te compartiré, pero hasta que llegue ese momento eres solo para mi —sonrió de medio lado y al mismo tiempo fue inevitable sonreír del mismo modo.

—¿Me querrás cuando esté enorme y tenga carácter de sargento? —pregunté dando rienda suelta a mis pensamientos más horrendos.

—Irina, yo te querría de cada una de las formas posibles en las que se pueda amar a una mujer. —Su mano acarició mi mejilla y me colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Ocupas todo mi corazón y eso no lo cambiará nada, ni nadie.

En aquel momento la opresión que sentía en mi pecho se liberó y supe que aquellos miedos infundados se desvanecían como una bruma pasajera.

—Entonces debes marcharte ahora —tercié de pronto colocándole las manos en el pecho.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Así vas a agradecerme que haya escalado hasta aquí solo para verte? —insistió con cierto pesar que reflejaba su voz porque la luna aún era creciente y apenas nos iluminaba el rostro.

—Se supone que da mala suerte ver a la novia antes de la boda —contesté lo más serio posible.

—Vamos... —susurró—. Llevo una semana sin tocarte... sin besarte... sin acariciarte... —jadeó acercándose a mis labios, pero sabía que en el momento que los rozara me perdería en ellos y la poca voluntad que ahora aunaba se iría al traste.

—Y podrás aguantar tan solo unas horas más, como yo —tercié ladeando el rostro para evitar que me besara.

—Catorce horas —gimió.

—¿Cómo? —exclamé.

—Catorce horas para que al fin seas mía de verdad —insistió tan cerca de mi oído que hasta la piel se me erizó por completo.

—Ya soy tuya Alejandro —contesté asumiendo que no me sentiría más unida a él de lo que ya lo estaba solo por firmar unos documentos.

—Si —afirmó—, pero mañana podré referirme a ti delante de todos como *mi* mujer.

Aquella palabra sonaba tan cercana y al mismo tiempo tan lejana que no sabía exactamente como hacía que me sintiera, pero Alejandro tenía razón... en solo unas horas yo sería su mujer y el mi marido.

Finalmente, y a regañadientes, Alejandro se marchó, pero esta vez utilizó la puerta de entrada porque prefería no correr riesgos de que pudiera torcerse un tobillo o algo peor. Ni siquiera sabía como había sido capaz de escalar desde el jardín de la piscina hasta mi habitación sin caerse, menos aún, como había entrado en la propiedad, aunque algo me decía que sencillamente le habían dejado pasar porque sabían quien era. En el complejo había guardias y cámaras de seguridad repartidas por toda la casa precisamente para evitar que alguien entrara, así que probablemente incluso podría ver su magnífica escalada hasta mi habitación por aquellas cámaras.

«Seguro que ha sobornado a los guardias para que no digan nada» pensé riéndome mientras volví a la cama y observé de nuevo a Nadia abrazada a la almohada como una niña pequeña.

«Catorce horas» medité antes de cerrar los ojos. ¿Qué eran catorce horas

separados cuando nos esperaba el resto de nuestra vida juntos?

LA BODA

Estaba delante del espejo viendo la silueta que éste reflejaba y sin reconocer que realmente era yo la imagen que proyectaba. Con aquella pequeña diadema que pertenecía a la familia de mi padre como algo prestado, con los pendientes de zafiros que me había regalado mi madre como algo nuevo y azul al mismo tiempo supe que maldito o no, el día trece no iba a influir en mi felicidad. Ese sería el día más maravilloso de mi vida y que jamás olvidaría hasta la posterioridad.

—Se que te lo he dicho unas cuantas veces, pero es que estás verdaderamente deslumbrante —volvió a decir mi madre e inevitablemente sonreí.

El vestido era un corpiño entallado hasta la cintura de encaje con escote en forma de corazón y pequeños destellos brillantes, para no ser demasiado insinuante una gasa envolvía la parte del cuello, mangas y escote con el mismo bordado otorgándole una elegancia única y que resultaba al mismo tiempo insinuante. A partir de la cintura arrancaba la falda voluminosa de tela de raso bordada que contrastaba con el encaje del corpiño y se alargaba casi dos metros de larga cola. Por suerte podía retirarse y quedarse a ras de suelo por si resultaba demasiado incómoda durante el banquete.

—Gracias mamá —tercié con los ojos brillantes.

No quería llorar, aunque probablemente fuera inevitable no quería hacerlo para no estropear el maquillaje perfecto que me habían hecho y que Alejandro me viera tan bella como se suponía que debía estar.

—¿Dónde está mi pequeña? —exclamó en ese momento mi padre entrando por la puerta y justo cuando alcé el rostro le vi enmudecer.

—Creo que ya dejé de ser pequeña —contesté en un tono de voz algo risueño.

—Por mucho que crezcas, siempre serás mi pequeña Luciana, mi Irina — dijo acercándose hasta mi—. El orgullo de mi vida y lo mejor que supe hacer.

—¡Oh!, ¡No me hagas llorar! —exclamé mientras se me escapaba una pequeña lágrima de la emoción que sentía en aquel momento.

—Entonces mejor no te digo nada —añadió la voz risueña de Andrei que se asomó en ese momento por el marco de la puerta y no pude evitar sonreír.

—Al final has venido... —contesté observándole con aquel traje immaculado que le sentaba especialmente bien.

Mi primo era bastante guapo, lo suficiente para estar demasiado seguro de sí mismo, quizá ese era su mayor defecto de entre todos los que tenía.

—Que remedio... —bufó—, la familia es la familia.

—¡He encontrado el ramo! —gritó Nadia que había desaparecido hacía al menos media hora para buscar mi ramo de novia, algo que no tenía ni idea de donde lo había dejado, como tantas otras cosas con los nervios previos de la boda.

Observé como Andrei miraba a Nadia en silencio mientras ella se acercaba a entregarme aquel precioso ramo de orquídeas blancas y rosas azules. Tuve que morderme el labio para no reírme sobre lo que sucedería a continuación.

—Andrei, te presento a tu acompañante —dije señalando a Nadia y vi como él agrandaba los ojos—. Por cierto, tienes que llevarla hasta el lugar de la ceremonia también.

—¿Ella? —exclamó.

—Yo puedo ir en mi coche —terció Nadia contundente sin prestarle atención.

—Andrei estará encantado de llevarte Nadia, ¿Verdad primo? —pregunté directamente y vi que él la miraba de nuevo e incluso recorría con sus ojos la silueta de Nadia.

—Claro —afirmó con una vaga sonrisa—, ¿Qué podría pasar? —insistió mirando fijamente a Nadia, pero nadie añadió nada porque en ese momento

llegó el fotógrafo para hacernos el reportaje.

Cuando me monté en un vehículo clásico conducido por el chofer de toda la vida de mi padre junto a mis padres, fui consciente de que a partir de ese día yo formaría mi propia familia tal como ellos lo habían hecho, que a pesar de saber que siempre estarían allí para apoyarme y ayudarme, emprendía un nuevo camino de la mano de Alejandro... un camino que ansiaba descubrir día tras día por muy plagado de espinas que tuviera que ser, sabría que todo merecía la pena estando a su lado.

No habíamos realizado ensayos de ningún tipo, sobre todo porque era meramente imposible reunir a todas mis damas de honor con sus parejas en aquel lugar siendo de diferentes países y ciudades, así que esperaba que, a pesar de todo, saliera bien, tampoco debía ser tan difícil, ¿no?

En cuanto divisé el camino de entrada hacia la abadía, sentí el mariposeo en mi estómago crecer. Las flores por todo el jardín eran absolutamente preciosas y el vehículo en el que viajábamos se detuvo justo delante de aquella alfombra roja llena de pétalos blancos. Podía ver a las hijas pequeñas de mis primas con sus vestiditos blancos que parecían pequeñas princesitas esperando a que llegara y la emoción me pudo al contemplarlas, ¿Sería una niña lo que estaría esperando?, ¿O tal vez un niño? En solo unas semanas podría saberlo si quisiera, aunque si era sincera no me importaba... lo querría incondicionalmente fuese del sexo que fuese.

—Es la hora —terció mi madre sonriente mientras me ayudaba a bajar del vehículo más que nada por la voluminosa falda del vestido de novia que ella tan minuciosamente abullonaba para que quedase realmente bonita.

Ciertamente había llegado el momento que tanto había ansiado y en cuanto entré en la iglesia agarrada del brazo de mi madre, no tuve ojos para ver aquel pasillo perfectamente decorado con aquellas orquídeas blancas, ni tampoco lo espléndidas que quedaban mis damas de honor con ese azul zafiro alrededor del altar con sus respectivas parejas al otro lado, justo al lado de mi dios griego que me observaba llegar fijamente con los brazos unidos por

delante, como si de ese modo tratara de calmarse.

Estaba absolutamente imponente con aquel traje azul marino del mismo color de sus ojos. Simplemente no tenía palabras para describirlo a pesar de haberle visto en tantas ocasiones vestido con trajes a medida que le sentaban impecablemente bien, tenía que admitir que ya fuera por mis sentimientos, por el momento o por todo en general... no podía ver más allá de su figura esperándome en aquel altar.

Sonreí instantáneamente por haber dudado siquiera que él no estaría y a la mente vinieron imágenes de nuestro primer encuentro en aquel ascensor donde ni tan siquiera mencionó su nombre o en aquel hotel en el que me citó por primera vez donde debí intuir que jamás podría deshacerme de la esencia de ese hombre, de su masculinidad o de su aura poderosa que me embriaga por completo. Había pasado tanto tiempo y tantas cosas desde entonces que sentía como hoy le dábamos punto y final a esa historia, aunque solo fuera realmente para escribir nuestro principio.

Me agarré fuertemente al brazo de mi padre porque mis piernas temblaron en cuanto vi aquella sonrisa en su rostro. Nunca me había considerado afortunada a pesar de haber nacido en una familia pudiente, quizá porque se esperaba más de mi que de cualquier otra niña en otra circunstancia y siempre había sentido la presión de mi apellido sobre mis hombros. Quizá había podido elegir otro camino, ser quien yo quisiera, pero en el fondo sabía lo que se esperaba de mi y nunca había tenido otras pretensiones que no fueran las de estar a la altura del apellido de mi padre. En aquel momento me sentía verdaderamente afortunada porque gracias a ese apellido, gracias a ese imperio yo había conocido al hombre de mis sueños y al único capaz de hacerme feliz.

—Ella es mi tesoro más preciado, espero que la cuides tanto como se merece Alejandro —susurró mi padre en cuanto llegamos a la pequeña escalinata de seis peldaños que había frente al altar que Alejandro había bajado para salir a mi encuentro sin dejar de mirarme.

—Será un honor para mi cuidarla y protegerla con mi vida si es necesario, Luciano —contestó con una voz tan firme que nadie podría dudar de su palabra.

Aunque sonara a novela histórica y era demasiado cursi por no decir que incluso arrogante, lo cierto es que mi corazón se encogió al escucharle decir aquello directamente a mi padre que se retiró a un lado y se sentó junto a mi madre para dejarnos solos.

Alejandro entrelazó mis dedos con los suyos fuertemente y subimos juntos aquellos peldaños que nos separaban del párroco que parecía esperarnos pacientemente y observó como nos sentamos frente a aquellos banquitos con detalles de oro cuyos cojines estaban forrados en terciopelo rojo.

Observé a Nadia acercarse pausadamente y le entregué el ramo de flores que llevaba, vi que ella permanecía de pie a unos metros de distancia a la misma altura a la que me encontraba hacia mi izquierda y sin embargo hacia mi derecha estaba Andrei. A partir de ellos y hacia abajo estaban el resto de mis damas de honor y acompañantes respectivamente.

—Debo reconocer que estás absolutamente preciosa —susurró Alejandro a mi oído.

—¿Solo ahora? —exclamé con cierta aprensión y tono de diversión.

—Siempre —afirmó—, pero hoy tienes un brillo especial en tu mirada —añadió llevándose la mano que aún tenía entrelazada a sus labios para depositar un suave beso en el dorso—. Soy un hombre afortunado.

—No —negué—. Yo soy la afortunada por haberte encontrado —admití justo antes de que aquél párroco comenzara a officiar la misa.

Podría decir que dudé un instante cuando me preguntaron si aceptaba como legítimo esposo a Alejandro Álvarez para el resto de mi vida, pero en realidad no fue así, solo estaba perdida en aquel mar de ojos azules observándome que incluso perdí la noción del tiempo, pero lo tenía tan claro que era imposible dudar al respecto.

—Por el poder que me ha sido otorgado, yo les declaro marido y mujer —escuché al fin las palabras que tanto ansiaba oír.

Alejandro ni siquiera esperó a que dijera que podía besarme porque literalmente se lanzó sobre mis labios, aunque lo hiciera de forma suave y delicada.

—Mi esposa —gimió ante los aplausos y algunos vítores que se escuchaban de fondo—. Por fin mi esposa —insistió mientras sonreía y notaba como sus ojos brillaban.

Tras firmar los oportunos papeles de registro y recibir las miles de felicitaciones por los familiares más cercanos y amigos, aunque de forma apresurada, nos perdimos afortunadamente para nosotros durante unos minutos con el pretexto de hacernos algunas fotos. En cuanto doblamos la esquina para dirigirnos hacia los jardines, Alejandro rodeó mi cintura atrayéndome hacia él y pude sentir sus labios apoderándose de los míos con fervor, notando la desesperación en sus labios e inevitablemente respondí de la misma forma como si mi vida dependiera de ello.

—Tenía tantas ganas de besarte de ese modo —susurró tratando de controlarse—. No veo el momento de tenerte por fin a solas para mí.

—Yo también desearía perderme en este momento y desaparecer contigo —susurré porque era cierto, más aún teniendo en cuenta que llevábamos una semana sin vernos a excepción de la pasada noche en la que apenas habíamos tenido tiempo.

Ví como iba a inclinarse de nuevo para volver a besarme y escuché el sonido del «click» de la cámara capturando la imagen. Supe que se había terminado nuestro momento, aunque también supe que con toda probabilidad desearía enmarcar aquella imagen en grande que capturaba nuestro deseo.

En cuanto entramos al salón donde tenía lugar el banquete, Teresa se acercó hasta mí y a pesar de su más que abultado vientre me abrazó fuertemente mientras yo respondía a su efusividad.

—Creo que nunca podré agradecerte lo suficiente por hacer todo lo que

has hecho con él —susurró sin despegarse.

—En realidad no hice nada Teresa, todo lo hizo él —admití porque realmente había sido así. Nunca condicioné a Alejandro, quizás pude presionarle en algunos momentos, pero nada más.

—Supiste entenderle cuando nadie más lo hacía, estuviste a su lado cuando quizá otra persona no lo haría y supiste perdonar sus meteduras de pata a pesar de que las circunstancias fuesen quizá justificadas —aseguró separándose lentamente.

—Solo soy una mujer enamorada —tercié con los ojos vidriosos empañados en lágrimas.

—A la que por fin puedo llamar hermana, aunque te considerase así mucho antes. —La sonrisa de Teresa me contagió y a pesar de que mi amiga y hermana del alma siempre sería Nadia, sabía que en ella podría encontrar no solo una confidente, sino también una hermana que me apoyaría incondicionalmente como lo había hecho hasta ahora.

—Alejandro tiene suerte de tener una hermana como tú —admití.

—Siempre estaré en deuda con él, yo no sería quien soy hoy día si no fuera por todo a lo que fue capaz de renunciar por mí —aseguró con ciertas lágrimas en sus ojos.

—Lo sé —afirmé rozándole el brazo con las manos para apaciguarla mientras trataba de secarse las lágrimas que amenazaban con salir.

—Últimamente estoy demasiado llorona —dijo riéndose con desgana—. Supongo que es normal en mi estado o que siempre quiero echarle la culpa a eso porque aún trato de asimilar que al fin todo cuánto había deseado se ha hecho realidad.

La miré algo extrañada y fruncí el ceño, aunque imaginé que se refería al hecho de ser madre.

—Serás una madre estupenda, ya quisiera yo ser igual de lo que tú lo serás muy pronto —admití teniendo en cuenta que no tenía ni la más mínima idea sobre bebés.

—No me refiero a eso, aunque sin duda siempre deseé ser madre para poder darle a mis hijos todo lo que mi propia madre nunca nos dio a nosotros —afirmó—. Siempre deseé desde el fondo de mi corazón que Alejandro encontrara la felicidad, que algún día alguien se cruzaría en su camino y él pudiera sonreír de verdad.

Mi pulso se aceleró en ese momento y mi corazón se encogió de pesar, porque después de todo, yo conocí al verdadero Alejandro, al que era antes de que entrara en su vida, al autoritario, egocéntrico y oscuro, porque en su vida solo había eso, oscuridad y amargura.

—Yo...

—Tu fuiste su soplo de aire fresco Irina, la mujer que él necesitaba para darse cuenta del pozo sin fondo en el que se estaba sumergiendo desde hacía años y recé tanto para que llegaras a su vida, para que te cruzaras en su camino aún sin saber quien serías, que por fin siento que puedo respirar tranquila.

Realmente podía entenderla, porque deseaba lo mejor para su hermano y a pesar de ello, se había posicionado de mi lado en los peores momentos, como cuando le dije que estaba embarazada y que Alejandro no deseaba a aquel bebe. Ella había estado ahí a pesar de todo, e incluso puede que le hiciera entrar en razón de alguna forma que yo aún desconocía... sin duda deseaba a Teresa en mi vida, cerca de nosotros... de mi familia. Ella había sido un punto clave de nuestra relación y había sabido estar en los momentos más críticos que de alguna forma nos habían reconducido hasta ahora.

—Pecosa, ¿A mi no me vas a felicitar? —exclamó de pronto Alejandro provocando que nuestra conversación finalizara, aunque ambas sabíamos que tendríamos mucho de lo que hablar aún.

—¡Calla y abrázame grandullón! —gritó alzándole los brazos y observé como Alejandro se encorvaba para adaptarse a ese vientre abultado.

—Gracias —escuché que susurró cerca de ella, pero Teresa no contestó, sino que se limitó a acariciarle la espalda y vi como sus lágrimas se

derramaban de los ojos.

Quizá preguntara algún día que era lo que agradecía Alejandro, tal vez lo hiciera, pero ahora no era el momento exacto.

El banquete pasó sumamente rápido para mi, de hecho, apenas me di cuenta de que había terminado y los amigos de Alejandro alzaban la tarta nupcial para que Alejandro me subiera entre sus brazos y tratara de alcanzar las figuritas que lucían sobre la tarta. Fue bastante divertido, porque al ver que llegaba con facilidad la colocaron aún más alta para que no pudiera llegar tan fácilmente, así que me deshice de la falda larga y mi dios griego me sonrió con complicidad de forma que me cogió de los tobillos y llegué sin problema alguno hasta el primer piso, alcanzando así mi premio ante la expectación de sus amigos.

Tras un breve inciso inició la música y comenzamos a bailar un vals nosotros solos teniendo a disposición toda la pista de baile. Aquel sin duda fue nuestro momento a pesar de que todos nos estuvieran observando, porque para mi no importaba nada más, sabía que en unos instantes podríamos marcharnos para estar al fin, solos de verdad.

—¿Me vas a decir ya donde iremos de luna de miel? —pregunté sin dejar de mirarle.

—Por supuesto que no —contestó aferrando aún más sus manos a mi cintura.

—¿Por qué? —pregunté completamente intrigada.

—Porque deseo ver tu reacción cuando lleguemos —aseguró y aquello me dejó aún más consternada sobre cuál sería el destino elegido para pasar nuestra luna de miel.

No tenía un lugar especial al que quisiera ir que yo recordara, es más, nunca me había preguntado cuál sería mi viaje soñado o algún sitio al que tuviera especial cariño o devoción que visitar, así que no tenía la menor idea de donde iríamos, aunque tenía especial interés en que fuera un lugar tranquilo y a ser posible paradisíaco porque deseaba alejarle de todo aquel estrés del

trabajo ya que a mi pesar aún no había encontrado candidato para sustituir el puesto de dirección de la sede muy a mi pesar.

—Dime al menos si me gustará —dije tratando de averiguar algo más.

—Creo que te encantará —aseguró antes de inclinarse para besar mis labios e intuí que no solo me encantaría, sino que jamás olvidaría el lugar.

ISLA IRINA

Una hora más tarde nos despedimos de todos los invitados, aunque me fue imposible encontrar a Nadia por ninguna parte y lo cierto es que tampoco encontré a Andrei para advertirle que la llevase a casa aunque consiguiera encandilar a alguna de las invitadas para pasar la noche, supuse que igual ambos habían encontrado con quien terminar el resto de la velada y por eso no les encontraba. Prometí avisar a mi madre en cuanto llegara a nuestro destino, a pesar de no tener ni remota idea de cuánto tardaríamos en llegar.

—Un minuto más con estos zapatos y creo que moriré —dije caminando hacia la suite nupcial del hotel.

—Eso tiene fácil solución —terció Alejandro mientras me alzaba entre sus brazos y sonreí abrazándome a su cuello para evitar caerme.

Cuando entramos en la suite nupcial todo estaba lleno de pétalos de flores por el suelo y por la cama, incluso había una botella de champan junto a dos copas para celebrar nuestro enlace. Alejandro me dejó sobre la cama y se agachó lentamente para deshacerse de aquellos zapatos que tanto me molestaban, no podía dejar de observarle atentamente.

—Enseguida vuelvo —afirmó antes de desaparecer a lo que supuse sería el baño y me tumbé sobre la cama de aquella habitación.

Maldito o no el número trece, lo cierto es que solo significaba una superstición absurda porque nada podría haber salido mejor. Me deshice de la falda larga que había vuelto a colocarme para el baile y que posteriormente no me volví a quitar y justo cuando intentaba desabotonar el vestido sentí unos dedos atrapando los míos.

—Déjame a mi hacerlo —jadeó la voz de mi dios griego muy cerca de mi oído y simplemente dejé caer mis brazos deleitándome con su tacto.

Poco a poco fue deshaciéndose de cada una de mis prendas hasta dejarme

en ropa interior luciendo aquel conjunto de encaje blanco de dos piezas que podría llegar a parecer uno puesto que la parte superior era un corpiño que se ceñía a mi cintura sin apretarla.

—¿Eso es agua? —pregunté al darme cuenta del sonido que se escuchaba.

—Si —afirmó sonriente y volvió a cogerme entre sus brazos para dirigirse conmigo hacia el baño en el que momentos antes se había perdido.

El olor que emanaba de aquel lugar era espectacular y todo estaba iluminado tenuemente por multitud de velas. Alejandro me dejó sobre el borde de la bañera que se estaba llenando y que ya tenía una gran capa de espuma, así que me deshice del corpiño superior y me hundí en el agua exclamando un sollozo por lo agradable que era.

—¿No vas a entrar? —pregunté observándole que se había quedado parado mirándome.

—Si —afirmó—. Aunque primero quiero deleitarme, guardar esta imagen en mi memoria para siempre.

—¿Qué tiene de especial? —pregunté incoherente porque no era la primera vez que nos bañábamos juntos, de hecho, había perdido la cuenta de las ocasiones en las que lo habíamos hecho.

—Que es nuestra noche de bodas —afirmó—. Y que eres mi esposa.

Sabía que para Alejandro era importante esa afirmación, aunque no le quería más ahora de lo que le había querido momentos antes, ni deseaba con más fervor estar a su lado de lo que lo había estado hacía una semana, pero entendía que su posesividad innata por ese miedo a perder lo que realmente quería le llevaba a tener esa clase de contestaciones.

—No voy a marcharme, Alejandro —afirmé como si sintiera que era necesario confirmarlo—. Siempre voy a permanecer a tu lado.

—Lo sé —contestó acercándose mientras se sentaba sobre el borde de la bañera y tocaba el agua. En ese momento cerró el grifo y el silencio nos abrumó—, pero eres tan perfecta que a veces creo que no he podido tener tanta

suerte al encontrarte.

—En realidad te encontré yo a ti —confirmé sentándome de rodillas y rozándole con las manos la camisa, mojándole de esa forma la prenda, aunque no pareció importarle.

—Cierto —susurró acercándose a mis labios—, pero desde que supe quien eras te volviste casi una obsesión para mí que no podía sacar de mi mente.

Rocé sus labios suavemente mientras comenzaba a desprender los botones de la prenda y poco a poco noté como él respondía a ese beso conforme sus manos viajaban por mi piel perdiéndose bajo el agua.

En cuanto conseguí deshacerme de su cinturón y bajar sus pantalones, me apresuré a deslizar una mano sobre su bóxer para apresar aquel miembro más que erecto y preparado para saciarme. Noté el quejido en sus labios mientras aún devoraba su boca con premeditación y me separé de un movimiento para hundir mi boca en la polla de Alejandro mientras él jadeó de placer ante aquel hecho. Subía y baja con movimientos acompasados de la mano que masajeaba al mismo ritmo y sentí sus dedos acariciando la piel de mi espalda hasta rozar uno de mis pezones.

—Ven aquí preciosa —gimió apartándose ligeramente para hundirse en el agua y acercarse hasta mí de forma que me incliné hacia atrás y apresó mi boca de nuevo mientras me alzaba con tanta facilidad por las nalgas abriéndome así para él de tal forma que nada nos separaba salvo los segundos previos al momento en que sabía que me llenaría de nuevo por completo.

Mordí el labio de mi dios griego mientras se hundía poco a poco abriéndose paso entre los pliegues de mi piel y sentía que me consumía lentamente por aquel momento infinito de placer carnal. Había sido una semana demasiado larga teniendo en cuenta que mis hormonas estaban por las nubes y que estaba tan necesitada de su tacto como de nicotina para un adicto al tabaco.

Sus movimientos eran tan suaves que me deleitaba con cada una de sus

embestidas, era tan sumamente delicado que su roce me embriagaba hasta el punto de no necesitar que fuera más brusco, rudo o tosco como si lo había necesitado otras veces.

Estaba viviendo el lado más romántico y dulce de ese hombre con el que acababa de casarme, sintiendo cada beso que me daba en el cuello mientras volvía a hundirse de nuevo hasta hacerme alcanzar el límite de mi misma, hasta que realmente me aferré a él porque sentía que desvanecería y me dejé arrastrar por la oleada de placer que sencillamente arrasaba con todo mi ser.

—Descansa —susurró mientras me metía completamente desnuda en la cama después de secarme suavemente mientras prácticamente me había dormido entre sus brazos debido al cansancio que tenía acumulado y también que era una marmota andante desde que comprobé que estaba embarazada y había dejado de tomar cafeína, teína y todo lo que me hacía mantenerme despierta indirectamente por miedo a ser perjudicial para mi bebé.

En cuanto abrí los ojos aquella mañana lo primero que noté fueron unas manos calientes sobre mi vientre, como si de algún modo parecieran protegerlo del peligro y pronto sentí el mismo calor en mi espalda que no podía ser sino el pecho de Alejandro en permanente contacto con mi cuerpo. Me moví lentamente y sentí el roce de su nariz en mi cuello aspirando el aroma e inmediatamente después sus labios en ese punto estableciendo contacto.

—Buenos días —susurré con voz ronca y algo adormilada.

—Buenos días esposa —contestó con cierto aire de satisfacción mientras contemplaba la dulzura de aquel rostro adormilado cuyos ojos azules brillaban especialmente haciendo que mi respiración se cortara paulatinamente ante tanta belleza innata albergada en el mismo cuerpo.

—¿Sabes una cosa? —exclamé en un arranque de sinceridad—. Siempre creí que debieron esculpirte los dioses griegos, porque verdaderamente tanta belleza junta no puede ser normal —solté lo que tantas veces había pensado y nunca me atreví a decir por no engrandecer su ego, aunque ahora que era mi

marido, aquello era lo que menos me importaba.

La respuesta de Alejandro fue una sonora carcajada que acompañó de muchas más, como si lo que hubiera dicho en aquel momento fuera la cosa más divertida que jamás había escuchado. Pensé que estaba riendo de mi así que cogí la almohada y se la tiré a la cara provocando que se riera con más fuerza aún, por lo que me levanté abandonando la cama y dándole la espalda, pero no llegué demasiado lejos antes de que él me alzara literalmente en el aire y me llevara de nuevo a la cama.

—¡Déjame! —exclamé—. Encima que soy sincera te ríes de mi —bufé tratando de no mirarle.

—Mírame —dijo con voz suave y en ese momento rodé los ojos para verle de frente mientras él me tenía presa bajo su cuerpo—. No pretendía reírme de ti, pero me hizo gracia saber que esa es la razón de que en ocasiones me llames tu dios griego —añadió sonriente—, siempre quise saber porqué lo hacías, pero no me atrevía a preguntarte porque pensaba que la razón se debía a ser alguien frío y distante como lo fui contigo al principio.

—¿Frío y distante? —exclamé confusa—. Eso es lo último en lo que pensaba cuando te bauticé con ese apodo y eso que ni sabía como eras...

—Ahora me he dado cuenta, pero solo me reía de mi propia creencia que así era, no de que signifique eso para ti, porque realmente es lo más bonito que jamás me han dicho.

—¿Nunca te han dicho que eras guapo? Porque como me digas que no, sabré que mientes...

—Si —admitió—. En muchas ocasiones, pero compararme con un dios, jamás.

—En realidad estuve tentada a confesarlo demasiadas veces, pero no lo hice porque creía que solo engrandecería tu vanidad —admití mordiéndome el labio.

—Me habría encantado oírte, pero igual me ha gustado más que lo dijese ahora, porque cuando tu dios griego te lleve al Olimpo, sabrá exactamente lo

que significa para ti —jadeó mordiéndome el labio y grité extasiada.

—¡Llévame ahora! —grité—. ¡Quiero ir ahora! —jadeé.

—Tus deseos son órdenes para mi, preciosa —confirmó antes de cumplir con su palabra.

Primero fue una limusina que nos llevó al aeropuerto como inicio de nuestro viaje de luna de miel, después dos aviones privados en los que no supe en ningún momento el destino de cada viaje y finalmente montamos en un helicóptero y debía reconocer que todo aquello me tenía aún más entusiasmada sobre cuál sería el destino final de todo aquel largo recorrido que ya duraba casi seis horas entre idas y venidas.

—¿Tendremos que coger otro avión más? —pregunté algo aturdida por el ruido que hacía aquel aparato. Nunca me habían gustado los helicópteros, de hecho, puede que sea algo genético porque mi padre prefería moverse en coche antes que utilizar aquel medio por la ciudad a pesar de que podría ahorrar tiempo si lo hacía.

—No —negó drásticamente—. ¿Ves la pequeña isla que hay a tu derecha? —preguntó y por inercia miré instantáneamente.

—Si —contesté mientras veía aquella pequeña isla paradisiaca con una enorme casa rodeada de árboles y palmeras, desde allí se podía apreciar una gran piscina.

—Ese es nuestro destino —afirmó sonriente.

—¿Vamos a estar solos en una isla? —exclamé, puesto que di por sentado que así sería cuando solo había una casa.

—Casi —confirmó—. Salvo el personal de seguridad de la isla y los empleados que vendrán cada día.

—Eso suena interesante, espero que tampoco haya cobertura —sonreí—. ¿Cómo se llama? —pregunté volviendo a mirarla.

—Irina —respondió y entonces le miré.

—¿Sí? —pregunté ante su silencio.

—Así se llama la isla, Irina —insistió y entonces le miré sorprendida—.

Es nuestra.

—¿Qué? —grité—. ¿Cómo que es nuestra? —volví a gritar porque no sabía si estaba más sorprendida de que se llamase como yo o que fuera nuestra.

—Tu padre quería que fuera una sorpresa, pero este es su regalo de bodas para nosotros.

—¿Una isla? —exclamé—. ¿Nos ha regalado una isla?

—Nos ha regalado a Irina —contestó sonriente.

—Voy a matarle cuando le vea —jadeé mientras veía como el helicóptero iba aterrizar en su propia plataforma.

—Cuando vio que estaba a la venta y llevaba tu nombre, no se lo pensó dos veces y me llamó para saber si me parecía una buena idea ya que sería para los dos.

—Que locura... —susurré en cuanto pudimos bajarnos del helicóptero y pude divisar todo mi alrededor. Se podía apreciar varias islas más lejanas y mucho más cerca la que acabábamos de dejar para venir hacia ésta. Sin duda aquello era un paraíso al alcance de muy pocos.

—¡Vamos! —gritó Alejandro—. Hay muchas cosas por descubrir.

Ni el cansancio del viaje me hizo detenerme para recorrer cada estancia de aquella enorme casa de dieciséis habitaciones, quince baños, cuatro salas de estar, dos salones amplios, una cocina gigantesca y terrazas por doquier. No podía creerme que semejante preciosidad llevase mi nombre, pero lo cierto es que aquel paraíso reinante de paz y tranquilidad tenía todo cuanto deseaba para que Alejandro y yo pasáramos allí nuestra luna de miel sin que nadie nos interrumpiera, ni tan siquiera el servicio, puesto que era la discreción absoluta y en ocasiones ni nos dábamos cuenta de que habían venido. La nevera siempre estaba llena, las fuentes llenas de fruta y comida preparada para que ni siquiera tuviéramos que molestarnos en cocinar. Lo cierto es que allí todo estaba buenísimo o yo tenía un apetito mucho más avanzado de lo normal, puesto que no podía dejar de comer a todas horas, de hecho, juraría que quince

días después de estar allí mi tripa ya era más que considerable.

—Ni tan siquiera voy a necesitar decírselo para que se den cuenta de que serán abuelos —dije mientras regresábamos a Moscú, puesto que decidimos finalmente privarnos de los últimos días para darles la noticia a mis padres antes de volver a Madrid. Prefería decírselo en persona antes que llamar por teléfono.

—No seas exagerada preciosa, tu vientre crece a un ritmo normal, solo se nota porque antes estabas completamente plana, pero lo cierto es que es una curva infinitamente hermosa.

Alejandro se había pasado aquellos quince días acariciándome el vientre a la mínima oportunidad, incluso podía descubrir como a veces se quedaba eclipsado mientras me untaba la crema en esa zona hasta que llegaba él para terminar de expandirla suavemente con sumo cuidado, incluso se había atrevido a decir que deseaba que fuera una niña, es más, había comenzado a llamarla su pequeño zafiro porque daba por hecho que tendría los ojos de color azul.

—¿Estás diciendo que te gusta mi barriga? —exclamé en un tono jocoso.

—No me gusta —afirmó—, me encanta —dijo dejando la revista que estaba ojeando hasta ahora en uno de los asientos vacíos del jet privado.

—No puedo creer que estés tan tranquilo cuando le vamos a decir a mis padres que van a ser abuelos —comenté dejándome caer sobre él en el asiento para acomodarme.

Realmente no sabía porqué tenía tanta incertidumbre cuando suponía que la noticia les agradaría, es más, probablemente se entusiasmaran mucho más de lo que esperaba que hicieran.

—¿Que te ocurre? Porque dudo que sea simplemente decirle a tus padres que estás embarazada puesto que sabes que estarán encantados con la noticia.

—Es que... —comencé a decir—. Sé que van a alegrarse, aunque quizá no lo esperasen tan pronto, pero al mismo tiempo siento que me alejaré de ellos aún más por irme lejos y me entristece.

—Pensé que deseabas establecer nuestra residencia en Madrid, nunca mencionaste nada al respecto —contestó frunciendo el ceño.

—Y quiero —aclaré ese punto—. Creo que la calidad de vida es mucho mejor y estaremos mejor posicionados respecto a la expansión del consorcio para viajar a todas partes, pero eso no significa que añore a mi familia.

—Podremos ir a visitarles todas las veces que quieras Irina —insistió haciendo que le mirase a los ojos—. Sabes que nunca me opondría.

—Lo sé... supongo que al final me terminaré acostumbrando y este sentimiento de nostalgia solo sea producto de las hormonas y el cansancio.

Y probablemente lo fuera, porque nunca me había dado por pensar en ello hasta ahora y ni tan siquiera recordaba haber echado de menos a mis padres, estando en España, pero tal vez el hecho de que dentro de seis meses fuese madre, me hacía pensar más en estar cerca de la familia.

El hecho de que apareciéramos sin avisar preocupó inicialmente a mi madre, que, en lugar de alegrarse de vernos, empezó a gritar histérica pensando que nos había ocurrido algo. Probablemente mi cara de no descansar lo suficiente en las últimas horas no ayudaba, sobre todo porque mis náuseas matutinas aún no me habían abandonado, pero esa misma noche después de haber descansado un par de horas, Alejandro y yo les dimos la noticia y aunque la reacción de mi madre fue de efusividad puesto que más o menos ya lo presentía, lo que nunca pensé es que mi padre arrancara a llorar.

Jamás en todos mis años de vida le había visto derramar una sola lágrima, ni aunque fuese de dolor o frío. Nunca. Así que al verle mi cuerpo se congeló.

—Papá, ¿Estás bien? —pregunté acongojada ante el silencio de Alejandro y de mi madre.

—Un nieto... —sollozó—. Tendré un nieto.

—Si —afirmé sonriente con menos preocupación—. ¿Estás contento?

—¿Contento? —exclamó—. ¡Es la mayor alegría que podías darme Luciana!

Para mi propia consternación mi madre anunció que con mi padre o sin él, ella se mudaba a Madrid para estar cerca durante todo el embarazo y no perderse el nacimiento de su primer nieto, algo que sorpresivamente mi padre constató dándole permiso para buscar una casa relativamente cerca de la nuestra.

Mi felicidad fue plena cuando una semana después de haber vuelto de Moscú recibí una llamada inesperada de Nadia diciéndome que había aceptado un traslado al hospital Universitario de Madrid para especializarse en cirugía cardíaca porque se lo habían ofrecido como una oportunidad única para aprender de grandes especialistas que habían sido galardonados en la materia y dos días después Andrei llamó personalmente a Alejandro para decir que no buscara a nadie más porque él mismo aceptaba el puesto de dirección de la sede Komarov en España.

—¿Qué está pasando? —exclamé en cuanto Alejandro mencionó que mi primo sería el nuevo director de la empresa, algo completamente extraño teniendo en cuenta que Andrei nunca se había interesado en ser el director de ninguna de las sucursales Komarov, ya que lo consideraba un rango inferior al de su posición en el consorcio.

—¿Tal vez haya sido tu padre quien se lo haya sugerido? —exclamó dejando caer la pregunta en el aire para darle algún sentido lógico a aquel hecho, pero habían pasado casi tres semanas desde que el puesto se quedara libre ocupándolo provisionalmente un socio de la empresa mientras nosotros estábamos fuera y Alejandro hacía entrevistas a los posibles candidatos.

—Me extraña que mi padre sugiera tal cosa, de hecho, él prefiere tener a Andrei en Moscú. Esto debe ser cosa de él, pero me pregunto que motivos tendrá para haber aceptado... —medité en voz alta.

Algo me decía que por remoto que aquello pareciera, el hecho de que Nadia también viniera a la ciudad no podía ser tanta casualidad en ambos casos.

—Lo cierto es que a nosotros nos viene muy bien que se haya decidido a

ocupar el puesto —terció Alejandro sirviéndose un café—. Al final hemos tenido suerte, aunque tendrá que aprender español.

—Eso es cierto —sonreí mientras ocultaba la mitad del rostro con el libro sobre maternidad que estaba leyendo porque cada vez sospechaba con mayor creencia que aquello no era ni casualidad, ni suerte, ni dios que se le parezca... algo ocultaba Andrei para haber aceptado aquel puesto y pensaba averiguarlo tarde o temprano.

Alejandro se acercó hasta mi y me cogió los pies para sentarse en el sofá y así colocarlos sobre su regazo.

—¿Cómo está mi pequeña Zafiro esta mañana? —exclamó acercándose hasta dar un beso en mi vientre que no estaba cubierto con nada.

—Debe estar feliz —susurré—. Porque las náuseas por fin han desaparecido —añadí contenta.

No me molestaba aquel apodo tan tierno, de hecho, incluso le había cogido especial cariño.

—Esa es mi chica —insistió Alejandro dando otro beso a mi panza.

—¿Has pensado que pasará si es un niño? —pregunté para ver su respuesta.

—Es una niña —afirmó tan seguro de sí mismo que hasta a mi me hacía dudar teniendo en cuenta que no me había hecho la prueba para saberlo y lo cierto es que dudaba que la hiciese al verle tan seguro al respecto, quizá no deseaba desilusionarle si finalmente era un niño.

—Vale —contesté—, pero ¿Qué pasará si es un niño? —insistí.

—Mi Zafiro no será un niño —aclaró—. Ella será la niña más hermosa que nadie jamás haya visto. Tan hermosa como tú —concluyó observándome y no tuve palabras que responder ante aquello.

MI ZAFIRO

POV ALEJANDRO

A los nueve meses y una semana, porque mi pequeña Zafiro no quería salir del vientre ya que parecía estar lo suficientemente a gusto y bien calentita dentro de la panza de su madre —quizá porque fuera hacía bastante fresquito a pesar de no haber llegado aún el invierno—, me desperté cuando sentí la voz de mi preciosa rusa que ahora por fin podía decir que era mi mujer, solo mía.

—Alejandro ya viene —oí el susurro inconfundible de Irina.

—¿Qué?, ¿Ya? —grité reaccionando de pronto y dando un salto de la cama.

Todo estaba más que preparado porque desde hacía una semana estábamos a la espera precisamente de ese momento, así que comencé a vestirme con los primeros pantalones que encontré que no eran otros que los que había usado ese día y cogí una camisa al azar. Lo que menos me preocupaba en ese momento era que ambas prendas combinaran entre sí, por mi podía ser marrón y verde que así parecería un árbol de navidad.

—Si —jadeó ella con cierto dolor en su rostro—. La cama está mojada porque creo que he roto aguas y las contracciones son bastante fuertes —asintió y me acerqué a ella para tratar de ayudarla.

—Dime qué quieres que haga —contesté nervioso.

No podía creer que por fin viniera, que al fin fuese a conocer a mi pequeña... porque sin duda sería una niña tan guapa como su madre.

—Tráeme un vestido azul que hay colgado y coge los bolsos que hay preparados sobre la habitación del bebé —mencionó respirando profundamente e hice lo que me pedía.

Habíamos adecuado una de las habitaciones en tonalidades blancas y

tonos de beige y grises porque Irina se negó a saber el sexo del bebé, aunque yo le había insistido hasta la saciedad en que sería una niña y de hecho casi toda la ropa que había comprado al menos en mi presencia era precisamente de niña.

En cuanto montamos en el vehículo camino del hospital noté como se agarró a mi brazo y apretó con fuerza al mismo tiempo que gritaba y tuve una sensación de absoluta impotencia por no poder sufrir yo su dolor.

—¡Joder como duele! —gritó con cierto ahogo en su voz.

—Tranquila cariño —dije completamente nervioso y templándome el pulso—. Llegaremos enseguida —tercié mientras encendía el motor.

—Llama a mis padres —advirtió dejándose caer en el asiento—. Y a Nadia que igual no está de guardia y puede venir —insistió ya que nos dirigíamos hacia una clínica privada y la amiga de Irina trabajaba en el hospital central.

El momento desde que llegamos hasta que finalmente la revisaron y le pusieron la epidural fue eterno, pero en apenas dos horas, mi preciosa rusa estaba de parto y yo tenía aquella bata verde, guantes, gorro, fundas de zapatos y de todo porque iba a ver nacer a mi Zafiro, por fin iba a ponerle cara a esa criatura preciosa que tanto me había negado en un principio a tener y que ahora se había convertido casi en el núcleo central de mi vida aparte de mi esposa, desde luego.

Tenia miedo. Lo confieso. Tenía realmente pavor sobre las expectativas que suponía enfrentarse a ese mundo desconocido y sobre todo no estar a la altura, no hacer las cosas bien porque no tenía ni la más mínima idea de cómo ser un buen padre cuando nunca tuve un ejemplo en el que reflejarme, pero iba a intentarlo, sabía que eso me haría ser mejor persona, mejor hombre, mejor marido y sobre todo... porque se lo debía a esa pequeña criatura que estaba apunto de salir del vientre de su madre.

—¡Empuja ahora! —exclamó el doctor que la asistía en el parto y la ayudé a incorporarse para empujar mientras me apretaba la mano sudorosa.

—No puedo más —jadeó y besé sus labios.

—Claro que puedes —aseguré sonriente a pesar de que verla en ese estado me conmovía profundamente, pero tenía que hacerlo, tenía que resistir —. Te necesitamos —añadí dándole un beso en la mano.

—¡Vamos, un último empujón Irina!, ¡Con todas tus fuerzas! —exclamó el doctor.

—Un último empujón —advertí y la vi respirar profundamente mientras comenzó a gritar haciéndome gritar a mi también por la fuerza con la que me apretaba.

En ese momento observé aquella cosa diminuta entre las manos de aquel médico y un sentimiento extraño me conmovió por dentro sin saber cómo sentirme o como reaccionar, solamente podía quedarme allí estático observando a esa criatura agitar los brazos.

—Es una preciosa niña —anunció en un tono de voz vibrante y la depositó sobre el pecho de Irina.

—¡Oh! —la oí exclamar—. Hola pequeña —susurró mientras observaba como se aferraba a su madre y en ese momento sentí la mirada borrosa, noté como agua en mis mejillas y comprobé que estaba llorando, ¡Dios! Estaba llorando de emoción porque aquello simplemente superaba todas mis expectativas—. Alejandro... ¿Estás bien? —preguntó entonces mi preciosa mujer y tuve que secarme aquellas lágrimas con la manga de aquella bata verde.

—Es... —comencé a balbucear—. Es perfecta —dije acercándome a ella y dándole un beso en la frente primero a la pequeña y después me acerqué a los labios de mi preciosa esposa que no podía dejar de mirar a nuestra pequeña y los rocé suavemente—. Gracias por darme el mayor regalo de mi vida.

—¿Cómo se llamará la pequeña? —preguntó entonces una enfermera mientras cogía a la pequeña del regazo de Irina y se la llevaba suponíamos que para hacerle las pruebas necesarias y ver que todo estaba bien.

En ese momento miré a Irina. Habíamos mencionado muchos nombres, pero nunca nos habíamos decidido por alguno que nos gustase a ambos.

—Decídelo tu —susurré llevándome su mano a los labios.

—Zafiro —contestó en ese momento y me quedé sin habla—. Zafiro Komarova Álvarez —contestó sonriente y supe que en algo tenía que terminar cediendo cuando le había puesto como nombre a mi hija el apodo con el que la había bautizado y era que mi apellido tendría que ir en segundo lugar, aunque eso era algo a lo que podía acceder gustosamente cuando mi propia hija heredaría el imperio de su abuelo materno.

—¿Zafiro? —exclamé—. ¿Estás segura de esto? —insistí puesto que un nombre era para toda la vida.

—Realmente no me gusta ningún otro nombre y sé que tu la vas a llamar siempre así —respondió sonriente.

—No podrías haberme hecho más feliz —contesté colocándome a su altura.

—¿No te molesta que no lleve tu apellido primero? —preguntó sorprendida porque probablemente no había mencionado nada al respecto.

—¿Cómo podría molestarme cuando es un orgullo que lo lleve? —exclamé sonriente.

—Te quiero Alejandro —susurró y supe que sin pretenderlo, sin siquiera pensarlo, aquella mujer me había cambiado por completo.

Aquel hombre que una vez fui años atrás que simplemente aspiraba a colmar el tiempo con trabajo, que detestaba la sola idea de tener una relación estable, que era incapaz de confiar en una mujer y que asumía que jamás tendría una familia y moriría solo, había desaparecido. Irina había hecho que acabara con mi pasado, que me enfrentara a mi mismo y a todos esos miedos que aún reservaba de mi pasado y que condicionaban mi presente además de mi futuro. Sin duda alguna me había estado privando de tantas cosas... que ahora no veía la hora de aprovechar al máximo aquella felicidad que solo ella me proporcionaba.

Era feliz... era inmensamente feliz y solo podía agradecersele amándola cada instante, cada momento, cada segundo de mi vida que pasara a su lado.

Poco a poco fueron llegando tanto amigos como familiares a conocer a nuestra pequeña Zafiro, que era sin lugar a duda la niña más hermosa que jamás había visto y no lo decía porque fuera mi hija... ¡Mi hija! Sino porque realmente era tan preciosa como lo era su madre.

—¿Y ese nombre? —preguntó mi hermana sorprendida mientras sostenía a mi sobrino Andrés en sus brazos que no se soltaba de su madre y yo mantenía entre los míos a mi pequeña Zafiro.

Había esperado que la experiencia cuando fui a conocer a mi propio sobrino sería vagamente similar a cuando mi pequeña naciera, pero era completamente distinto, de hecho, no tenía nada que ver, porque era demasiado extraño amar con toda convicción a un ser al que simplemente acababas de ver por más que tratara de convencerme que esperaba su llegada. Era extraño, pero al mismo tiempo me colmaba de ternura cada vez que la miraba ahora que la sostenía entre mis brazos mientras dormía plácidamente.

—Nunca creí que la paternidad fuera a sentarte tan bien, grandullón —susurró mi hermana.

—Ni yo —admití sin quitar los ojos de encima a mi hija—, pero reconozco que es una de las dos mejores cosas que me han pasado en la vida.

—¿Dos? —preguntó aturdida—. ¿Cuál fue la otra? —exclamó sonriente.

—Encontrar a Irina —afirmé sincero sin cohibirme—. Ella me lo ha dado todo... incluso a mi hija —confesé alzando la mirada para verla que estaba distraída hablando con su mejor amiga Nadia que parecía estar evaluando si se encontraba bien.

—Ahora tienes una familia Alejandro —contestó mi hermana—. Y sé que serás el mejor padre que esta pequeña puede tener.

—¿De verdad? —pregunté con cierto tono de preocupación.

—Siempre estuviste a mi lado Alejandro, me protegiste, me cuidaste, hiciste hasta lo imposible porque no me faltase nada, aunque tu tuvieras que

renunciar a tu infancia por ello, ¿De verdad crees que no serías un buen padre? —exclamó con firmeza—. Si hiciste todo eso por mi, ¿Qué no harás por tu propia hija?

—Pero solo lo hice porque... —en ese momento mis palabras murieron en mi garganta y comprendí lo que trataba de decirme y lo que durante años insistió en que entendiera—. Te quiero pecosa —añadí sonriente.

—Lo sé —afirmó—. Y me alegro de que por fin hayas encontrado a alguien que te merece de verdad, alguien como ella.

Sonreí ante las palabras de mi hermana y no pude añadir nada más porque aquella pequeña despertó inquieta y al parecer tenía hambre, así que la llevé junto a su madre.

Cualquiera podría decir que las noches cuando tienes a un bebé son infernales, pero lo cierto es que cada vez que aquel llanto me despertaba solo podía pensar que aquello era de verdad y no se trataba de un sueño, que mi hija era real y que Irina era mi mujer... aunque también debo reconocer que mi pequeña Zafiro era demasiado buena o eso pensaba yo por ser mi hija, porque lo cierto es que solo despertaba para comer y enseguida se dormía.

Desde que Andrei había tomado el puesto de dirección en la empresa, nos habíamos hecho bastante íntimos hasta el punto de llegar a conocerle y tratarnos casi como hermanos, eso me daba la seguridad suficiente para confiar en él y aunque yo asumí íntegramente la presidencia de la empresa haciéndolo lo mejor que podía e incluso contando con el apoyo de mi suegro Luciano mientras Irina estaba en la recta final de su embarazo y ahora cuidando a nuestra pequeña, sabía que podía escaparme unos días y dejarle al frente a él por si algo sucedía, aunque tampoco pensaba desconectar del todo, pero me apetecía darle una sorpresa a mi esposa, algo que estaba segura de que le encantaría y que llevaba meses planificando hasta que por fin la habían terminado.

—¿Estás seguro de que puedes tomarte unos días libres? —insistió mi preciosa esposa y yo sonreí.

—Que si —dije cargando a la pequeña mientras ella terminaba de meter no se cuantos botes de cremas en uno de esos bolsos de bebes.

—Está bien —contestó cargándose el bolso al hombro y se lo quité porque sabía que pesaría demasiado.

No tuve que conducir demasiado porque el lugar al que íbamos estaba a menos de una hora de nuestro apartamento. Cuando comencé a adentrarme por un camino lleno de arboleda, noté la mirada inquieta de Irina y pareció extrañada.

—¿Dónde se supone que estamos? —preguntó mirando hacia los lados no apreciando nada en particular.

—Al norte de la ciudad —admití no perdiendo detalle de su rostro por el espejo retrovisor.

—Pero..., ¿No se suponía que íbamos a ir a la casa del lago? —exclamó esta vez mirando al espejo retrovisor para verme.

—En realidad no —admití—. Te he traído a otro lugar que espero que te guste.

—¿Dónde me has traído? —preguntó y en ese momento la enorme casa apareció frente a nosotros.

—Al que espero se convierta en nuestro hogar —admití nervioso porque no sabía si le gustaría o no, pero no quería criar a mi hija en todo el caos de la ciudad, por eso había encontrado aquel lugar idílico y perfecto que deseaba convertirlo en nuestro hogar.

—¿Nuestro hogar? —preguntó susurrante y supe que era porque Zafiro se había quedado dormida—. ¿Cómo que nuestro hogar?, ¿Vamos a vivir aquí?

Salí del coche y abrí a puerta trasera para coger a la pequeña mientras ella también salía por la otra puerta de atrás y la veía observar aquella inmensa casa.

—Si te gusta nos vendremos a vivir aquí para estar alejados de la ciudad. Hay un colegio muy bueno a tan solo veinte minutos y la calidad de vida que tendrá nuestra pequeña aquí no la conseguirá en la ciudad, además tampoco

estamos tan lejos y aunque no lo parezca, hay más casas por la zona pero la arboleda nos proporciona la intimidad perfecta.

—¿De verdad? —exclamó aturdida y vi que comenzó a bordear la casa, probablemente tardaría solo unos minutos en descubrir porqué me había decidido por esa casa.

—¡Oh dios mío! —gritó cuando la inmensidad de aquel prado enorme se abría campo a través hasta donde la vista lograba perderse.

—¿Te gusta? —pregunté y vi que había enmudecido, como si no tuviera palabras para definir aquello o eso pensaba.

EL DIOS GRIEGO

Había soñado con ese lugar, lo había visto nítidamente en sueños y, es más, había visto también a Zafiro a pesar de no saber siquiera que era mi propia hija en aquel momento. También había visto a Alejandro en aquella imagen, pero sin duda era ese prado, olía exactamente igual que en mi sueño y podía ver las flores que precisamente proporcionaban esa fragancia singular que me habían recordado el momento.

—Este es nuestro hogar —afirmé sin revelar que por increíble e ilógico que pareciera había tenido un sueño premonitorio, probablemente pensaría que estaba loca si lo admitía en voz alta.

—Si aún no has visto la casa —contestó con una sonrisa divertida mi dios griego.

—No me hace falta verla, sé que éste será nuestro hogar. No hay ningún otro que pudiera tener esto —admití abriendo los brazos y señalando aquel campo enorme.

—Sabía que dirías eso —dijo acercándose y besando mis labios—. Por eso la compré.

—¿La compraste? —exclamé pensando que solo estaba valorando la posibilidad, no que directamente la había comprado.

—Lo tuve claro desde el momento que la vi, pero no quería presionarte diciéndote que ya era nuestra.

No me sorprendió que Alejandro hiciera esa clase de cosas, lo cierto es que ni sé como no lo había supuesto desde el primer momento, aún así recorrí toda la casa y lo cierto es que tenía su encanto, era una mezcla perfecta entre casa victoriana con toques muy modernos, tan modernos que prácticamente estaba robotizada para adaptarla a ser lo más autosuficiente y energética posible. Aquel lugar sería donde Zafiro crecería y donde esperaba que, tras

unos años nuestra familia aumentase aunque aún no lo hubiéramos planificado.

—¿Hay algo que quieras cambiar de la casa? —preguntó Alejandro cuando terminé de realizar el recorrido.

—Si —afirmé—. Hay un par de cosas —contesté muy seria.

—¿El qué? —exclamó—. Porque pensé que la decoración te gustaría.

—Me gusta, pero hay dos cosas que me faltan —dije acercándome a él. La primera es esa fotografía de nuestra boda sobre el cabecero de nuestra cama —susurré sonriente y él pareció algo aliviado.

—¿Y la segunda? —preguntó aún no del todo convencido.

—La segunda es que no hay nata para las tortitas —contesté de forma sugerente y en ese momento él pareció respirar tranquilo.

—Eso es porque está en el maletero del coche —admitió y abrí los ojos sorprendida.

—¿De verdad has traído nata? —pregunté atónita.

—¿Creías que iba a dejar a mi preciosa esposa sin tortitas con nata y chocolate para desayunar? —exclamó—. Fue lo primero que metí en el maletero.

—¡Oh! —exclamé abrazándole con cuidado porque aún sostenía a Zafiro en brazos que seguía dormida—. ¡Ahora sé porqué te quiero tanto! —añadí riéndome mientras me colocaba de puntillas para besarle.

Noté como bordeaba mi cintura atrayéndome a él y subí mis brazos para rodearle el cuello mientras comenzaba a profundizar aquel beso con desesperación. Hacía demasiado tiempo que no tenía sexo con mi propio marido debido a la recta final de embarazo y después al postparto, así que en aquel momento sentía que mi apetito sexual era inmensamente descomunal después de un largo letargo.

—Si me besas así voy a desear mucho más y no...

—Cssh —siseé mientras le cogía de la mano y le arrastraba escaleras arriba hasta llegar a una de las habitaciones donde había una cunita y dejé a Zafiro en ella profundamente dormida mientras volvía a besarle.

—¿Estás segura? —exclamó—. ¿Ya... podemos? —preguntó con cierta cautela y salté sobre él rodeándole con mis piernas la cintura, algo que hacía meses que no había podido hacer y que me encantaba porque apretaba con sus manos mis nalgas haciéndome sentir su erección en todo su esplendor como ahora.

—Completamente segura —afirmé besándole de nuevo con ansia y devorando sus labios con desesperación mientras él caminó hasta que sentí la pared de aquella habitación en mi espalda e instantes después los botones del vestido que llevaba para poder darle el pecho a la pequeña saltaban mientras Alejandro comenzaba un reguero de besos que iba desde mi cuello hasta pasar por el esternón mientras gemía suavemente de placer.

—Llevo tanto tiempo deseando esto que dudo que pueda aguantar más de dos minutos sin hundirme dentro de ti, preciosa —jadeó llevándose una mano al pantalón y le ayudé en ello mientras me quitaba la prenda interior que llevaba puesta.

Ambos miramos por inercia hacia la cuna y observamos que nuestra hija seguía durmiendo así que cuando Alejandro volvió a alzarme me abracé a él mientras sentía como se hundía poco a poco en mi interior hasta que finalmente le sentí por completo y mordí su hombro para acallar el sonido de aquel profundo jadeo que intentaba salir de mi garganta.

¡Joder!, ¡Cómo había echado de menos aquello! Pensé mientras sentía como él volvía a salir para embestir de nuevo en un vaivén frenético que comenzó a envolvernos a ambos. Hubo un momento en el que nos observamos mutuamente mientras dejábamos que el placer nos embriagara, nos consumiera y nos devorase por completo.

—Llévame al Olimpo —gemí mirándole directamente a los ojos—. Sé mi dios griego eterno —susurré.

—Te llevaré al Olimpo y a los confines del mundo si tu lo deseas, mi preciosa esposa —jadeó rozando mis labios y me dejé arrastrar por aquel auténtico paraíso terrenal.

Finalmente nos mudamos a esa enorme mansión a las afueras de la ciudad, rodeada de prados verdes y arboleda, un lugar idílico a tan solo una hora de la ciudad. Merecía la pena a pesar del tráfico para llegar al trabajo, aunque había comenzado a traerse tanto trabajo a casa, que lo cierto es que podíamos pasar bastante tiempo juntos. A mis padres les encantó la casa, así que compraron una lo suficientemente cerca para estar cerca de Zafiro y en cuanto la pequeña cumplió los seis meses, comencé a retomar de nuevo el trabajo parcialmente para que no solo yo pudiera disfrutar de nuestra hija, sino que Alejandro también pudiera hacerlo.

Aquella tarde se me había echado el tiempo encima y cuando terminé la última videoconferencia con los americanos. Salí del despacho que habíamos organizado en la planta baja y descubrí que Alejandro estaba dormido en el sofá con la pequeña sobre su pecho sujetándola con ambos brazos. Me dejé caer sobre el marco de la puerta y supe que podría pasarme la vida observándoles sin cansarme. Ellos lo eran todo para mí, eran mi propia familia y no había lugar en el mundo donde quisiera estar que no fuera ese.

Si tuviera que dar marcha atrás, si volviera a ese instante donde por un azar del destino envié aquel mensaje al destinatario equivocado, sin duda alguna repetiría cada error, cada decisión por buena o mala que ésta fuera solo para llegar al mismo destino, a ese en el que obtendría lo que ahora tenía ante mis ojos.

No deseaba nada más... mi felicidad era completa.

—¡Ey! —susurró Alejandro abriendo los ojos y dándose cuenta de que se había quedado dormido—. ¿Ya has terminado? —preguntó incorporándose con sumo cuidado para no despertar a la pequeña.

—Si —contesté en voz baja mientras empezaba a apagar las luces para irnos a la cama—. Todo sigue según lo previsto —advertí mientras le seguía por las escaleras hasta entrar en nuestra habitación y dejar sobre la cuna que había pegada a mi lado de la cama a nuestra hija mientras comenzaba a desvestirse algo adormilado.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —dije recordando sin saber porqué en aquel momento algo.

—Claro —dijo sacándose la camiseta por los hombros.

—¿Qué fue lo que pediste por tu cumpleaños? —exclamé.

Aún no había pasado un año siquiera de aquello y sin embargo en aquel momento no sabíamos lo drásticamente que cambiaría nuestras vidas. Observé que Alejandro se levantaba y se dirigía hacia mi, que estaba en el baño de la habitación frente al espejo con el cepillo de dientes en la mano. Se colocó detrás de mi de forma que le veía a través de su reflejo al igual que él a mi.

—¿Quieres saber si se ha cumplido? —preguntó mirándome directamente.

—Si —afirmé observándole del mismo modo.

—Si... se cumplió —contestó provocando que tuviera aún más intriga sobre aquello.

—¿Y puedo saber que fue? —insistí con una vaga sonrisa.

—Deseé encontrar una joya valiosa y única que regalarte, para que siempre pudieras recordar a quien pertenecías —contestó pacientemente y entonces me di la vuelta sorprendida.

—¿Deseaste algo para mi? —pregunté extrañada.

—Si —afirmó guardando silencio.

—Pero no me has regalado ninguna joya —contesté incoherente.

—En realidad podría decirse que me la has regalado tú a mi, pero sé que es tan valiosa para ti como lo es para mi —susurró y en ese momento supe que se refería a nuestra hija.

—¿Eres feliz? —pregunté con los ojos algo empañados.

—No podría definir exactamente qué es la felicidad, pero sé que no hay ningún otro lugar en el que no quiera estar que no sea aquí, contigo y con nuestra pequeña joya azul.

—Eres el único hombre que verdaderamente he amado, Alejandro —confesé alzando los brazos para rodear su cuello.

—Y tu sin duda eres la única mujer que he logrado amar en toda mi vida, mi preciosa Irina —contestó sonriente acercando sus labios a los míos, rozándolos suavemente—. Solo necesité una imagen de ese perfecto trasero, para saber que definitivamente cambiarías mi vida por completo.

En ese momento no pude evitar reírme al recordar como comenzó nuestra relación y me mordí el labio suavemente mientras le observé fijamente.

—¿Sabes que aún conservo esa prenda interior? —confesé incitándole y vi como aquella mirada de profundos ojos azules se oscurecía.

—Definitivamente me vuelves loco —admitió acercándose para apresar mis labios—, pero seré un loco infinitamente agradecido de que te cruzaras en mi camino para darme todo aquello que no sabía que anhelaba.

—Espérame en la cama —jadeé sonriente mientras le empujaba para que saliera del baño.

—¿Vas a desear que sea tu dios griego esta noche? —gimió antes de que cerrase la puerta.

—Por supuesto —admití mordiéndome el labio.

Pero cuando abrí la puerta lo que encontré me dejó completamente indefensa, porque Alejandro estaba vestido realmente como un dios griego y tuve que agarrarme al marco de la puerta para sostenerme ante la divinidad que tenía delante de mis ojos. Al parecer se había tomado literalmente la pie de la letra mi deseo, llevaba una especie de trapo dorado enredado en la cintura que luego subía hacia uno de sus hombros, además se había colocado una especie de botas o espinilleras doradas y también llevaba una especie de brazaletes del mismo material. Para completar el conjunto también se había colocado una especie de corona dorada y posaba de forma sensual...

—Aquí tienes a tu dios griego —pronunció con esa voz grave que hizo que temblase todo el cuerpo y esta vez con verdadera razón.

Definitivamente era un dios griego, uno desde los pies hasta la cabeza con cada musculo curtido e impresionantemente apuesto. Me acerqué lentamente hacia él y en cuanto llegué a su lado me apresó atrayéndome a su

cuerpo, pudiendo apreciar aquellos músculos firmes que me tenían enjaulada y cuyos barrotes eran sus brazos.

Tal vez acababa de descubrir porque Alejandro era único, inigualable e indescriptible y es que definitivamente sí era un dios... mi dios griego.

FIN.

AGRADECIMIENTOS

Le doy las infinitas gracias a mis bellas florecillas por la paciencia y espera que han tenido hasta completar esta trilogía. Se que han esperado de forma impaciente y que habrán degustado cada página con fervor hasta llegar a la palabra “fin”. Sabéis que sin vuestro apoyo durante el camino no lo conseguiría.

Gracias a mi buen amigo Jaroh, por darme el impulso necesario para que ésta obra fuera publicada cuando ni siquiera confiaba en mi misma para hacerlo y creía que no era lo suficientemente buena en este género.

Gracias a mi fiel amigo, amante y compañero de vida al que le dedico con todo mi amor esta trilogía.

Y gracias a ti, lector. Por acompañarme en este camino a lo largo de cada página, por ser paciente, ansioso o simplemente curioso, por no abandonar en el camino y por dejar que mis palabras formen ahora una pequeña parte de ti.

Phavy Prieto.

